

Selección RNR

RAQUEL MINGO

*A un beso
de perderte*



Romance Actual

A un beso de perderte

Raquel Mingo



1.ª edición: noviembre, 2017

© 2017, Raquel Mingo

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 9788490699218

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A Pablo, por su sacrificio, su constante entrega, su fe sin reservas, su
incansable ánimo.*

Porque te prometí que todos mis libros serían para ti.

*A Selección B de Books, porque siguen apostando por mí, viendo algo que
ni yo misma encuentro cuando hurgo en mi alma, pero que florece cada vez
que una de mis historias abandona el nido y sale al mundo para volar sola.*

*A la vida, por darme fuerzas para acometerlo todo sin que doble las
rodillas, a pesar de desfallecer de vez en cuando.*

*A ti, siempre a ti, porque cuento con tu apoyo en esta aventura. Porque me
has seguido a través de mis letras, únicas armas con las que cuento para
expresar mi alegría, mi rabia, mi pena, mi pasión, mi soledad, hasta mis
quejas. También mis momentos de locura.*

Sigue a mi lado. Sin ti no podría dar rienda suelta a mi verdadero yo.

Para Lola Gude,

*Eres el alma de Selección,
mamá gallina cuidando de todos sus polluelos,*

*Papá Noel la mañana de Navidad,
una estrella fugaz en una noche muy triste,
la famosa lámpara de Aladino.*

El día que tengas que decir no, no sé si tu corazoncito podrá soportarlo.

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Epílogo

Nota de autora

Promoción

PRÓLOGO

Le temblaba la mano mientras sujetaba con fuerza el marco de plata perfectamente lustrado.

No podía creer que la visita programada diez días antes a casa de Nathaniel Rosdahl, el magnate y gran tiburón de la tecnología, en la más amplia extensión de la palabra, fuera a desembocar en aquella situación.

Se concentró de nuevo en la fotografía de la preciosa joven rubia que le devolvía la mirada desde el papel con esos ojos azules tan impresionantes en su evidente bondad y esa deslumbrante sonrisa que hacía que le martilleara el pecho de manera dolorosa. «Es posible que eso se deba a que llevas soñando con ella casi cada noche durante los últimos ocho meses», lo contradijo su siempre analítica mente mientras absorbía cada detalle de ella, desde las largas y torneadas piernas, visibles gracias al corto vestido veraniego, pasando por las dulces y provocativas caderas, la diminuta cintura, los generosos senos —que el escote en pico insinuaba a pesar de tratarse de una prenda elegante y recatada—, el grácil y largo cuello, el perfecto y por demás hermoso rostro, con sus grandes y sensuales labios rosas, sus marcados pómulos, sus grandísimos ojos claros de un intenso azul que resaltaban en aquella piel blanca como el alabastro, sus pestañas largas y curvadas y toda esa mata de cabello tan rubio que parecía casi blanco. En la imagen, al contrario que en sus sueños, iba maquillada de forma muy tenue, pero sin duda alguna se trataba de la misma mujer. Y aquello sencillamente era inconcebible.

Porque aquella diosa era un producto de su imaginación. Una obsesión.

—¿Has encontrado algo que te interese más que mi conversación? — Escuchó la voz de su anfitrión a su espalda, pero no consiguió encontrar la fuerza de voluntad necesaria para prestarle la debida atención—. ¿O alguien? —Años de práctica en el despiadado mundo de los negocios consiguieron a

duras penas que mantuviera una expresión neutra y escondiera su absoluto asombro.

—Admiraba el paisaje —mintió, mostrando indiferencia.

—Claro —aceptó el hombre mayor, ahora a su lado, sin molestarse en comentar que, aparte de la chica, solo aparecía un solitario árbol y una franja de césped. Jassmon lo miró de reojo y vio que estaba tan ensimismado como él observando la fotografía.

—¿Quién es? —preguntó en voz queda, dejándose de disimulos.

—Larry. —Se lo quedó mirando con la boca abierta.

—¿Qué? Pero cuando mencionaste ese nombre yo creí que... —Se calló, no queriendo resultar más idiota de lo que ya parecía.

—¿Qué estaba hablando de un hijo varón? —Terminó el multimillonario por él. Se limitó a asentir. El otro mostró una sonrisa triste mientras sus ojos seguían fijos en la joven de la instantánea.

—Muchos caen en ese error. Supongo que la culpa es de ese apodo que le puse hace una eternidad, pero de niña era un huracán, y tenía tantas ganas de complacerme que casi antes de sostenerse en pie ya estaba aprendiendo béisbol, hockey sobre hielo y, por supuesto, fútbol. Con seis años era un auténtico marimacho, para absoluto horror de su madre, que vivía obsesionada con apuntarla a clases de ballet, piano y pintura, con la obvia intención de contrarrestar. Lo de Larry comenzó como una broma, pero cuando quise darme cuenta ya no pude quitármelo de la cabeza. Mi esposa nunca me lo perdonó —terminó con un suspiro cansado, volviendo su mirada azul, tan parecida a la de la muchacha, hacia él—. Pareces... aturdido —dijo, con expresión pensativa.

—Es solo que no sabía que tuvieras una hija. —Se apresuró a mentir.

—La tenía —aclaró con voz apenada. Jassmon sintió que el corazón se le detenía. No podía ser. No podía llevar ocho meses soñando con alguien que ya no existía.

—¿Qué ocurrió? —preguntó en un susurro, con la garganta cerrada. No estaba muy seguro de si quería saberlo, pero se obligó a permanecer firme,

esperando las palabras que lo confirmaran.

—Desapareció. —Al oírle decir aquello sintió un dolor agudo en el vientre, como si le hubieran clavado una lanza y se la estuvieran retorciendo en la carne, aunque se dijo que no había nada peor y más definitivo que la muerte. Que aquello dejaba una puerta abierta.

—¿Cuándo?

—Hace un año.

—Quizá se marchó sin más. —Esa posibilidad era infinitamente mejor que la que dejaba entrever Nathaniel. Porque después del tiempo que había pasado, no era muy probable que apareciera si no se había marchado por su propia voluntad.

—No. Ella adoraba a su madre. Eran uña y carne, jamás se habría ido de ese modo. Además, tenía una vida cómoda y sin complicaciones. Éramos una familia feliz —afirmó el hombre mayor con los ojos fijos en los suyos, como si quisiera convencerle de ello—. Mi mujer murió de pena, Seveages. Cuando vio que ninguna cantidad de dinero, ninguna influencia o poder —por mucho de ambos que tengo—, ningún ejército de investigadores, burócratas ni agencias gubernamentales traía de vuelta a su niña, cuando comprendió que la había perdido para siempre, ella... se dejó morir. La enterré hace seis meses. De hecho, las enterré a las dos. —Dejó la fotografía con infinito cuidado sobre el aparador, mirándola con cariño—. Además, está su colgante. —Jassmon lo miró inquisitivo—. Apareció en Riad hace diez meses. Se lo regalamos cuando cumplió dieciocho años y desde entonces siempre lo llevaba puesto. —Jass se mantuvo en silencio, poco dispuesto a decirle a aquel padre atormentado que era bastante probable que la chica lo hubiera vendido si se había quedado sin blanca. Aunque también cabía la posibilidad de que lo hubieran hecho sus secuestradores si la joya era cara, siempre y cuando la teoría del rapto fuera cierta. Y aunque de cualquiera de las dos formas habría podido terminar en la capital de Arabia Saudita, diez mil quinientos kilómetros le parecían demasiados. Agudizó la vista, pero desde la distancia en que estaba tomada la instantánea era imposible distinguir nada.

—¿Tienes alguna en la que se vea de cerca? —Si se extrañó por la pregunta su anfitrión no lo dejó ver.

—Elige una. —Siguió el movimiento de su mano y evitó por los pelos quedarse sin respiración. Al otro lado de la habitación había una elegante mesa rectangular colocada contra la pared, atiborrada de fotografías de ella. Las había de todas clases: grandes, pequeñas, de cuerpo entero, solo de la cara, de cuando era niña, adolescente, más actuales, en marcos de plata, de madera labrada, de nácar... No tuvo consciencia de haberse acercado, pero de repente sostenía una imagen de su rostro con sus chispeantes ojos mirándole con fijeza y una enorme sonrisa que parecía ir dirigida solo a él. Bajó la mirada al colgante y suspiró para sí mientras admiraba el pequeño piano de cola. Había comprado bastantes chucherías para saber que aquella joyita, de apariencia elegante y sencilla, costaba una fortuna.

—Supongo que no es de bisutería. —El otro alzó una ceja con desdén.

—Es de platino. —Su voz rezumaba arrogancia—. Tiene catorce diamantes blancos y seis negros formando las teclas, y está valorado en cincuenta mil dólares. —La mirada fija de Jassmon fue suficiente para que se viera obligado a señalar un último detalle—. Es macizo.

—Ya —se limitó a decir, para nada sorprendido con la extravagancia. Rotó los hombros, por completo convencido de su decisión, a pesar de haberla tomado en ese mismo instante—. Necesitaré una ampliación lo más grande y clara que puedas conseguir de la pieza. Y varias fotografías de tu hija. —Ante ese último comentario su pulso se aceleró, consciente de que por primera vez dispondría de una imagen real de la mujer de sus sueños. De inmediato notó el cambio en su anfitrión, que se alejó un paso de él y le miró con desconfianza.

—¿De qué está hablando, Seveages? —A Jass no le pasó desapercibido que había vuelto a las formalidades, un tratamiento que habían dejado de usar poco después de estrecharse la mano, la primera vez que se vieran.

—De que voy a buscar a tu hija y a traértela de vuelta. —La cara de absoluto asombro del hombre lo dejó indiferente, aunque algo se enterneció

muy dentro de él con la pequeñísima chispa de esperanza que se prendió en aquellos ojos azules.

«Lariel». El nombre se deslizó por su paladar como un trago de *whisky* Crown Royal Northern Harvest Rye elaborado por la destilería canadiense Crown Royal y proclamado como el Mejor *Whisky* del Mundo 2016 pocos meses atrás.

Entrando en su inmensa oficina se dirigió hacia el mueble bar, disimulado por los paneles de madera que lo hacían parecer un mueble funcional más, y abriéndolo cogió la botella redondeada con el tapón dorado en forma de corona y las pegatinas de color crema pálido e intenso verde con el distintivo sello de la corona real roja sobre el cojín púrpura. Echó una buena cantidad en el vaso, ignorando al antes afamado whisky escocés, ahora demasiado acomodado por una reputación que ya no le hacía justicia, y por lo tanto falto de innovación.

Supuso que era un poco temprano para ponerse a beber, pero se consoló pensando que no todos los días descubría uno que la deslumbrante visión de todas sus fantasías nocturnas, y de las diurnas, por qué no admitirlo, existía en el mundo real. Enterarse también de golpe de que era muy probable que estuviera muerta y descuartizada en algún minúsculo hoyo de cualquier remoto bosque tampoco ayudaba a tranquilizarle los nervios. Porque por mucho que intentara convencerse de la hipotética huida de la joven de los amorosos brazos de sus progenitores, esa posibilidad cada vez le parecía menos viable.

Había hablado con Nathaniel un buen rato, y aunque los padres tendían a idealizar a sus hijos y a creer que sus vidas eran de color de rosa, en verdad no parecía tener motivo alguno para escaparse de noche con lo puesto, sin siquiera una nota de despedida.

Por lo que sabía, había ido a una fiesta benéfica en lugar del matrimonio, puesto que ellos tenían otro compromiso. Solía hacerlo a pesar de su juventud, y Jass tuvo que apretar la mandíbula al pensar que cuando

desapareció tenía solo veintiún años. Muchas personas recordaban haberla visto durante el acontecimiento –sobre todo los hombres, que estuvieron rondándola o bailando con ella durante horas–, pero no pareció que prestara especial atención a nadie en particular. Circuló por la fiesta, hablando con unos y otros, dispensando una especie de encantamiento natural en ella, con el único objetivo de recaudar fondos para la obra de caridad de esa ocasión, que era la construcción en Queens de un colegio para niños discapacitados y, de repente, en algún momento entre las doce y media y la una, simplemente se esfumó sin dejar rastro. Su limusina seguía en la calle esperando a que saliera a las tres de la madrugada cuando el salón se quedó vacío, y fue entonces cuando empezaron a sonar las alarmas. El chofer llamó al señor Rosdahl para informarle de la situación y horas después se activó un dispositivo de búsqueda a nivel internacional, promovido por Nathaniel, que duró seis meses.

Todo eso se lo había contado él mismo hacía una hora escasa, y Jass había absorbido cada detalle como si fueran los Diez Mandamientos contados por Dios en persona.

No podía culpar al hombre por haber perdido las esperanzas y abandonado la investigación. Seis largos meses sin una sola pista, viendo cómo su mujer se consumía frente a sus ojos hasta morir entre sus brazos, habría acabado con cualquiera. Pero había logrado mantenerse en pie, a pesar de haber perdido a las dos personas que más quería en el mundo, y seguía manejando con puño de hierro una de las empresas más importantes y lucrativas del país. Quizá esa fuera la razón, sospechó. Sin poder lanzarse de lleno a los negocios día tras día, planteándose nuevos retos a cada tanto, como la fusión que ambos estaban estudiando, no le quedaría nada por lo que luchar, y se hundiría en el mar de desesperación que las pérdidas habían dejado tras de sí.

Él hablaba muy en serio cuando le dijo que la traería de vuelta, aunque no había añadido que siempre y cuando siguiera viva. Pero aun así y todo se aseguraría de que sus restos fueran repatriados para que su padre pudiera enterrarla con dignidad. Habría querido ignorar el fagonazo de dolor que le

atravesó el pecho cuando ese pensamiento penetró en su subconsciente, pero llegó con tanta rapidez y lo atravesó de lado a lado con una intensidad tan arrolladora, que no supo protegerse.

Miró el vaso, aún intacto, y se lo bebió de un trago, ignorando la vocecilla que le susurraba que esas no eran maneras de saborear el Mejor *Whisky* del Mundo del Año, y dejó escapar una desagradable risa entre dientes mientras rellenaba el vaso y volvía a vaciarlo con idéntica prisa. Bastante más relajado, se preguntó con cierta guasa qué era con exactitud lo que hacía de aquel licor el mejor, si sacar la mayor puntuación en los cuatro criterios según el incomparable Jim Murray: nariz, gusto, equilibrio y acabado de la destilación, o que dos copazos lo dejaran a uno *suavecito*. Con la botella en la mano miró dudoso el vaso vacío. Tan solo eran las diez y media y nunca, jamás, bebía a esas horas.

De repente, unos ojos claros de un azul intenso aparecieron en su subconsciente y su mano, por sí sola, llenó el vaso casi hasta el borde. Dejó la botella en el mueble para evitar tentaciones y se sentó frente a su enorme escritorio, en el que no había ni un lapicero fuera de su sitio. Dio un pequeño sorbo, apreciando esa vez las notas de suave roble, caramelo y vainilla especiada. En verdad estaba bueno, y sus entrañas agradecían el ardor del licor mientras recorría su organismo, como un bálsamo que ayudara a calmar sus demonios. Aunque no consiguiera borrar esos malditos ojazos.

La primera vez que soñó con ella se había creído un tío con suerte. En su fantasía había podido ver su cuerpo curvilíneo, sus medidas perfectas, sus vivos ojos azules, su larga melena rubio platino, sus labios succulentos y carnosos. Había sentido, aunque no lo escuchara, cómo lo llamaba, y había querido con toda su alma llegar hasta ella. Había sabido, en lo más profundo de sí, que esa mujer estaba hecha para él. Y cuando había despertado, sudoroso y anhelante, pensó que había sido el sueño erótico más extraño de su vida, puesto que no contuvo ni pizca de sexo.

La segunda vez no había tenido tanta suerte. Sus gritos de auxilio lo habían sacado de la cama de un salto. Había sentido el corazón bombeando

con fuerza, golpeando contra su tórax, la respiración tan jadeante como si hubiera estado corriendo varios kilómetros. Había estado nervioso, agitado y expectante. Había sabido que solo había sido un sueño, pero aun así había tenido una sensación extraña, como si esa mujer estuviera llamándolo, y sus palabras rondaron su mente mucho tiempo después de que se obligara a olvidar el incidente. «Ayúdame, por favor, ayúdame».

Aquellos malditos sueños aparecieron cada semana para torturarlo con un realismo espeluznante, y su cariz se volvió cada vez más urgente, denotando un peligro mayor, lo que le provocó una angustia alojada en su pecho que no conseguía eliminar, aunque con las primeras luces del alba su cerebro, siempre tan lógico, lo obligaba a ocultarla tras una cortina de sentido común y cautela.

A veces, no sabía si por suerte o por desgracia, había noches en que la historia empezaba de otro modo, y se convertía en el sueño húmedo más caliente de toda su vida. Entonces se despertaba excitado y anhelante, tenso y duro como el acero, y deseando golpear algo con fuerza.

Durante esos largos ocho meses siempre tuvo claro que se trataba de fantasías nocturnas provocadas por la necesidad de una mujer bajo él, ya que su absorbente trabajo no le dejaba mucho tiempo para el sexo.

Pero una mirada a aquella maldita fotografía y todas esas mentiras que había estado pergeñando para mantenerse cuerdo se habían ido al traste.

Hizo además de tomarse su tercer lingotazo del día, pero lo dejó sobre la mesa con un golpe sordo. Necesitaba tener la cabeza despejada. Sacó el iPhone del bolsillo interior de su americana y pulsó un número de la lista de marcación rápida, poniendo el manos libres mientras empezaba a teclear en su moderno ordenador. Tan solo dio un timbre cuando se escuchó una voz al otro lado.

—¿Qué hay, chico? —A pesar de cómo se sentía, sonrió. Tenía veintisiete años y era el dueño de una de las empresas líder en tecnología, tanto de Estados Unidos como a nivel mundial. Hacía mucho que había dejado de ser un chico, pero a su interlocutor le encantaba utilizar esa palabra como un

apodo, quizá porque sabía cómo lo había detestado cuando verdaderamente lo merecía. Era muy probable que siguiera llamándolo así porque pensara que seguía molestandole, y no tenía ninguna intención de sacarlo de su error.

—¿Estás muy ocupado?

—Qué va. Esto está más tranquilo que una pensión de prostitutas con gonorrea. —Jass contuvo una carcajada—. ¿Qué necesitas? —Se limitó a preguntar, ya que le conocía desde el día que nació. Aun así, dudó porque lo que iba a pedirle traería graves consecuencias, pero aquellos ojos grandes y dulces aparecieron de nuevo y todo lo demás dejó de tener importancia.

—Quiero que prepares un equipo de asalto. —El silencio al otro lado de la línea le hizo contener la respiración. No había pensado que se negaría, sin embargo, en ese momento le parecía una posibilidad muy real.

—¿Y puede saberse para qué, exactamente, un pijo como tú necesita un equipo con conocimientos militares?

—No me jodas, Rolland.

—Y tú no me vengas con hostias, muchacho. Tendrás que darme algo más que una orden nebulosa para que me meta en la boca del lobo a pecho descubierto. —Jassmon se pasó la mano por el pelo y maldijo para sí. Ya sabía que tendría que contárselo, así que ¿por qué estaba montando ese numerito de «Aquí mando yo y se hace lo que yo digo»? «Porque tiene el poder de conseguirte lo que necesitas». Y lo acojonaba que se lo negara.

—Está bien. Es una operación encubierta...

—Todas lo son, cachorro. Ahora suelta lo que no sé. —Jass inspiró profundo mientras su mirada se perdía entre la multitud de edificios que conformaban el distrito financiero y que los enormes ventanales acristalados que ocupaban todo un lado de la espaciosa oficina situada en el piso ochenta y dos mostraban con un esplendor demoledor, pero no reparó en las espectaculares vistas, ni su imagen contribuyó a relajarlo, como solía ocurrirle de manera habitual.

—La hija de un socio potencial desapareció hace un año, y antes de cerrar el trato quiero tener claro qué pasó. Cada vez se hace más evidente que la

secuestraron durante una fiesta en el Waldorf Astoria, con más de trescientos invitados de entre lo más granado del *jet set* de Nueva York.

—¿Y qué tiene eso que ver con reunir a un equipo?

—Aún es circunstancial, pero podría ser que se la hubieran llevado a Arabia. —Un silencio espeso se coló a través del cable del teléfono.

—¿Quieres que meta a mis hombres en Oriente Medio para rescatar a la polluela de un posible socio comercial? ¿Pero quién te crees que eres, Rambo? —Jassmon entrecerró los ojos, algo irritado por la burla.

—Es complicado, Ro. Pero sí, esa sería la versión oficial.

—¿Y cuál es el verdadero motivo de esta locura?

—Con lo que voy a pagar por este trabajo, espero que sirva con la que te he dado —contestó con brusquedad.

—Puede que al resto, pero no a mí.

—Bien, ¿y qué tal que unos putos árabes se han llevado a una de nuestras mujeres? —exclamó a voz en grito—. ¿Necesitas mucha imaginación para darte cuenta de para qué la quieren esos cabrones?

—Cálmate, chaval, aún no sabes si esa historia es cierta y ya estás echando pestes sobre esa gente. —Jass respiró hondo, intentando aceptar el consejo, pero la imagen de la joven, con su largo pelo rubio, sus ojos azules, y su piel blanca e inmaculada, todas ellas características sumamente apreciadas y deseadas en un país en el que solo existía todo lo contrario, le provocaron un escalofrío de terror—. ¿Qué es lo que no me estás contando? —le oyó preguntar con voz suave.

—Déjalo estar, Ro. Sabes que mi instinto raras veces me ha fallado. —Esperó, con todos los músculos en tensión, durante el larguísimo minuto que su amigo se mantuvo callado.

—Si de verdad la tienen allí, va a ser un infierno sacarla. —Jass dejó escapar el aire que había estado reteniendo sin darse cuenta y sus dedos volvieron a moverse, volando sobre el teclado.

—Lo sé.

—Reunir un equipo para enfrentarse a una misión suicida me va a costar lo suyo, sobre todo si no quieres que involucre a tu padre, como supongo que es el caso.

—Mantenlo al margen —confirmó con voz helada—. No he conseguido recopilar mucha información de momento, pero estoy mandándote todo lo que tengo. La pista más consistente es un colgante bastante valioso que siempre llevaba consigo y que apareció hace diez meses en una casa de empeños de Riad.

—¿Lleva algún grabado que lo identifique como de la chica?

—No, pero al parecer es de Chopard. —Como el viejo no contestó nada se apresuró a añadir—. Es un renombrado diseñador de joyas. Y donde nos sonrío la suerte es que fue un encargo específico de sus padres, por lo que no hay otro igual en el mundo.

—Un detalle muy conveniente, por cierto —acordó su amigo—. Supongo que has descartado que la muchacha se marchara por propia voluntad. —Jass lo pensó durante una fracción de segundo.

—Sí.

—Bien. Empezaré a trabajar en ello en cuanto lo reciba. Dudo que saquemos algo de los asistentes a la fiesta, sobre todo teniendo en cuenta que ha pasado un año. La mayoría estarían demasiado borrachos como para ver algo más que el fondo de sus copas y el resto o bien se encontrarían muy ocupados agasajando a los peces gordos o simplemente dejándose ver. Esas fiestas son un circo.

—Estoy seguro de que mis congéneres apreciarían mucho tu elevada opinión de ellos. —Escuchó el gruñido del hombre mayor.

—A veces olvido que eres uno de ellos, pijito. Y hablando de dinero, que es lo único que podrá convencer a esos hombres de unirse a tu alocado plan...

—Ofrécele medio millón a cada uno —lo cortó, tajante. El silbido apreciativo no lo sorprendió. Era una condenada fortuna.

—¿En cuántos estás pensando?

—No podemos llevar un maldito ejército o supondremos un blanco tan fácil que lo mismo daría si lleváramos una gran equis en la espalda, pero necesitamos los suficientes como para representar una fuerza de ataque a la vez que defensiva. Creo que con una docena bastará.

—Joder, eso son seis millones. Y súmale otro en infraestructura, sobornos y desarrollo. Y eso gracias a lo que vamos a ahorrarnos con tus juguetitos de última tecnología.

—No te preocupes por el dinero. Concéntrate en conseguir once tíos que sepan lo que hacen y que no duden en jugársela en ese desierto. No voy a regalarle medio kilo a nadie. —Cerró los ojos un instante antes de soltar la bomba final—. Yo seré el número doce.

—Y una mierda. —La frase, si era que podía denominársela así, fue dicha en voz muy baja, pero la agresividad de las palabras fue tan patente que Jass sintió un pequeño nudo en la garganta. Ese hombre había sido su mentor, su superior, y un segundo padre para él, y había aprendido desde muy joven cuándo era mejor no jugársela al duro coronel—. No vas a ir allí.

—Claro que sí. Es mi misión y pienso ir, así que no gastes saliva.

—Mira chico, tu padre me descerrajaría un tiro entre ceja y ceja si permitiera que arrastraras tu digno culito de Harvard por el reino de Salmán bin Abdulaziz, así que quítatelo de la cabeza.

—Tendrás que vivir con eso, *viejo*. —Jassmon enfatizó la última palabra para devolverle lo de chico, disfrutando al imaginarlo echando humo por la nariz al escuchar la pulla—. Porque no voy a cambiar de opinión. Además, así te evitas contratar a un piloto. —Se cruzó de brazos, consciente de que aquella era una gran baza a su favor. Rolland sabía muy bien que era capaz de hacer volar cualquier cosa con un par de alas.

—Eso no es ni la mitad de difícil que mantener al teniente general ajeno a todo este embrollo del demonio. Así que mejor te quedas probando tus *tablets* y chucherías antes de que papá se enfade. —No se ofendió en lo más mínimo por sus palabras despectivas. Estaba más que acostumbrado a que aquel hombre aprovechara cualquier estrategia para conseguir lo que quería, y en el

pasado había utilizado aquella en particular demasiadas veces para picarlo y llevarlo de la nariz de un sitio a otro, como un maldito mono amaestrado.

—Tengo que hacerlo —susurró en cambio, y supo que lo había escuchado porque su interlocutor dejó escapar un suspiro cansado.

—Venga, Jass, no te encabezones, hombre. Esta es una misión peligrosa, no una excursión a un sitio exótico. Espero que al menos la mitad de los hombres no regrese. —Permanecieron un momento en silencio, asimilando la realidad. Ambos sabían que era lo más factible, así como también que, a pesar de las altas probabilidades de no salir con vida de aquello, conseguiría los hombres que necesitaban.

—Sabes que tengo entrenamiento militar. El hecho de que no dedique mi vida a ello no significa que lo haya olvidado. Y si te preocupa que no esté en forma...

—No es eso, maldita sea. Sé que eres el rey del gimnasio, cuando tu ayudante y tu secretaria consiguen echarte de la dichosa oficina, pero Arabia no es lo mismo que el entrenamiento básico de la Fuerza Aérea. Allí te verás obligado a matar o ver morir a tus compañeros, incluso palmarla tú mismo o esa señorita a la que tanto deseas rescatar. ¿Estás preparado para eso, muchacho? ¿Serás capaz de quitar una vida humana, quizá veinte? —No pudo darle una respuesta rápida y contundente. Aquella había sido una de las principales razones por las que había rechazado esa forma de vida, para gran disgusto de su padre. Un pequeño bip anunció la llegada de un email a su bandeja de entrada. Lo abrió sin mucho interés y se quedó sin respiración cuando una fotografía del rostro de Lariel acaparó toda la pantalla. Nathaniel se había apresurado a mandarle todo lo que le había pedido, a juzgar por la cantidad de archivos que había adjuntado. Rozó la pálida mejilla como si realmente la tuviera allí, frente a él.

—Haré lo que haga falta —juró, deseando más que nada en la vida poder enfrentarse a esos ojos en persona.

—Joder, Jass. Vas a hacer esto aunque no te apoye, ¿verdad?

—Sí. —Casi pudo ver cómo el otro se mesaba el cabello, exasperado.

—Está bien. Puedes ahorrarte mis quinientos mil también. En cuanto...

—Ni hablar. Tú no vienes.

—¿Qué has dicho?

—Ya lo has oído, así que déjate de gilipolleces. —Sentía el corazón a mil por hora y sabía bien a qué era debido. Se llamaba miedo. El propio Rolland había dicho que aquella era una misión suicida, y por nada del mundo iba a permitir que el hombre al que quería como a un padre terminara enterrado bajo unas pocas paladas de tierra en un asqueroso desierto.

—Chico, si estás empeñado en jugarte el tipo en ese país de mala muerte, no me queda más remedio que ir a cuidar de tu culito neoyorquino. Ya es bastante malo engañar a Daymond, pero tener que informarle de que tu cuerpo viene en un ataúd cerrado o, peor aún, que ha sido imposible reunir tus trozos y transportarlos a casa... Me encargaré de traerte de vuelta, aunque sea lo último que haga. Así que hazte a la idea y pasemos a temas más importantes.

—Te he dicho que no...

—O cuentas conmigo o no hay trato. —El filo acerado de su voz le dijo que aquella condición era innegociable. Sopesó sus posibilidades. Podía buscar un equipo por su cuenta, pero sabía que no sería ni por asomo tan bueno como el elegido por Rolland, y las posibilidades de supervivencia de todos, incluidas las de la señorita Rosdahl —a la que él no debería haberse acostumbrado a llamar por su nombre de pila—, menguarían de forma notable.

—¿Cómo se supone que harás para salir de la base?

—Tengo vacaciones como todo el mundo, y me deben un montón de días que nunca encuentro el momento de cogerme. No te preocupes, estaré listo. —Le fastidió el tono jovial que detectó en la voz del coronel cuando supo que lo había derrotado, y decidió que era el momento de pinchar su burbuja de alegría.

—Estaba pensando...

—¿Humm?

—...en un C-130 H Hércules.

—¿Quieres un Lockheed 130? —preguntó el otro incrédulo—. ¿Y dónde cojones piensas que voy a conseguirlo? —Jass no respondió. Claro que no hizo falta—. ¿Pretendes que robe un avión de transporte táctico de treinta millones de dólares de la base de las Fuerzas de la Marina del Atlántico?

—Robar es una palabra muy fea. Más bien espero que lo llesves a arreglar. —Por el silencio que se hizo al otro lado supo que estaba sopesándolo.

—No será nada fácil. —Se obligó a no reírse. Le encantaba la facilidad del viejo para adaptarse a las situaciones—. Esos bichos están muy vigilados, y tendré que pedir un favor muy gordo para que en el informe figure un destrozo lo suficientemente grande como para que esté fuera de circulación el tiempo que precisamos.

—¿Y ese pedazo de soborno no irá a parar por casualidad a un competente ingeniero de vuelo? —La ronca carcajada del otro hombre lo hizo sonreír.

—Chico listo. Tengo al tipo perfecto para ese puesto, competente y temerario, justo lo que necesitamos. Y con un desmedido amor por el dólar. Claro que con tu elección de transporte me obligas a buscar a un segundo piloto.

—Olvídalo. Yo llevaré el Lockheed.

—¿Estás loco? Ese avión necesita de dos pilotos, además de un ingeniero, un [navegante](#) y un jefe de carga. Ya vamos a prescindir del último, pero no vas a pilotar tú solo un trasto que con todo el equipo pesará más de cuarenta mil kilos.

—Bastante más. Necesitaremos tanques de combustible externos para recorrer esa distancia de un tirón. De todos nodos puedo hacerlo.

—Y yo puedo tirarme al grupo de animadoras de los Yankees al completo en lo que dura un partido —Le espetó con arrogancia—. Así que iré buscando otro piloto, por si resultas herido y al final todos morimos porque no puedas levantar el puto avión del suelo. —No le quedó más remedio que aceptar que tenía razón. Cabía la posibilidad de que quedara incapacitado para pilotar, o podía morir y entonces estaría condenando al resto a buscar

otra forma de salir de un país hostil, con el posible resultado de terminar como él.

—De acuerdo —aceptó, aunque ambos sabían cuánto le había costado hacer aquella concesión.

—Dios, en menuda me he metido. Si tu padre no me mata por permitir que te embarques en esta locura, me sacará las tripas por la boca por saquear la propiedad de la Marina de los Estados Unidos. De una forma u otra estoy jodido.

—Míralo de este modo. Con tu medio millón podrás retirarte en una bonita y cálida playa de Honolulu.

—¿Eh? ¿Y para qué narices querría yo jubilarme? —preguntó en extremo indignado.

Bastante rato después de haber colgado, Jass miraba por la ventana sumido en sus pensamientos, intentando embeberse de la belleza que se extendía a sus pies como una alfombra multicolor. Aquello fue lo que lo convenció de comprar toda la planta del edificio, más que el hecho de poner en sus tarjetas el número 285 de la calle Fulton, o de contestar a sus amigos o posibles clientes que la sede central de su empresa estaba ubicada en el One World Trade Center, lo que siempre los hacía enarcar una ceja con admiración y, por qué no admitirlo, bastante envidia.

Cuando sus anteriores instalaciones en Los Ángeles se quedaron pequeñas y empezó a buscar otro emplazamiento, en ningún momento se le pasó por la cabeza hacerlo en Nueva York, y mucho menos en el emblemático edificio, pero tras hacer oídos sordos durante semanas a la insistente y famosa empresa que contrató, por fin, sobre todo porque ninguno de los otros lugares que le mostraron lo convenció, accedió a ver el sitio, y lo cierto era que se enamoró al instante de las increíbles vistas, expuestas al desnudo por las enormes cristaleras desde el suelo hasta el techo. Le gustaba considerarse a sí mismo un hombre moderno y cosmopolita, por lo que la fachada de paneles de acero y vidrio, y la estructura cuadrada de la base que iba volviéndose octagonal según subía, para volverse otra vez cuadrada al llegar al tejado, lo

cual causaba la percepción visual de que las diferentes plantas del edificio iban girando en su ascensión, y que parecía además plata líquida cuando el sol incidía en ella, sencillamente le fascinaba.

Apoyó las dos manos en el frío cristal, luchando contra los frenéticos latidos de su corazón, contra su analítica y siempre lógica mente, contra las advertencias de Rolland, incluso contra su padre, el gran teniente general Daymond Seveages, al que incluso sin estar allí podía escuchar decirle que aquello era una soberana estupidez, mucho más que haber abandonado las Fuerzas Aéreas para ponerse a jugar con chismes electrónicos, aunque unos cuantos de esos «trastos» fueran a parar a las ansiosas manos del Gobierno, y lo que su padre consideraba un *hobby* tonto le hubiera reportado a su cuenta corriente más millones de los que sería capaz de gastarse en diez vidas.

Aun así, por mucho que lo intentó, no pudo convencerse de parar esa locura.

Tenía que ir tras su sueño de ojos azules.

CAPÍTULO 1

Dos meses después

Jass intentó no reparar en el calor sofocante que hacía que le corrieran regueros de sudor por la espalda, que le calaba la camisa, la cual en cualquier otra parte del mundo habría resultado fresca y ligera y ahí se le adhería al cuerpo como una segunda capa de piel y le provocaba una sensación desagradable e increíblemente incómoda. El sol parecía que iba a freírle el cerebro, y aunque se había puesto una generosa ración de protección solar, sentía que empezaba a quemarse, aunque aún no era ni mediodía.

Había sido una locura planear aquello en pleno mes de junio, cuando se enfrentaban a temperaturas de hasta cuarenta y siete grados, y mirando con ojos entrecerrados a la furiosa esfera amarilla calculó que aquel día no debían de estar muy por debajo de ese umbral. No quería ni imaginar cómo sería atravesar el desierto a pie, pero solo de pensar en la blanquísima piel de Lariel se le ponían los pelos de punta.

Se secó la frente con el antebrazo y volvió a bajar los binoculares que tenía sujetos al casco para seguir observando el pequeño pero impresionante jardín posterior de la casa. Era una auténtica obra de arte, con sus preciosos y recortados árboles con formas de animales, la profusión de flores exóticas de todo tipo e intensos tonos, y la artística fuente circular con coloridos peces nadando en su interior y dotando a aquel edén en miniatura, de una viveza y una magnificencia espectaculares.

Pero ni toda la belleza del mundo podía aligerar la presión que constreñía su pecho. Llevaban dos días en ese puesto, vigilando la casa, además de las diferentes entradas y salidas, y aún no habían conseguido determinar si su objetivo se encontraba dentro.

Como Rolland había vaticinado, no habían logrado sacar gran cosa de los invitados de la fiesta. Aunque todos tenían algún que otro chisme más o

menos jugoso para compartir, ninguno había podido aportar una sola pista sobre la desaparición de la joven, nadie recordaba haber visto nada sospechoso, ni al parecer había estado ligeramente cerca de ella en el momento en que ocurrió.

Al final lo que lo determinó todo fue el dichoso colgante. El nuevo «propietario» se había mostrado reacio a colaborar, temiendo que lo acusaran de algún delito, pero cuando le aseguraron que no iba a ser así, y después de prometerle una jugosa compensación por su cooperación –que por supuesto hubo que transferirle primero–, el avaricioso y rastrero tipejo se mostró mucho más complaciente y colaborador, contándoles que un hombre se había presentado una tarde en su humilde negocio para vender la joya, que había dicho que pertenecía a su hermana. Al final del relato se mostró muy ufano cuando les reveló que, aunque por supuesto fingió creerle a pies juntillas, había reconocido de inmediato a Bahiid Bin Chadid, uno de los escoltas personales del gobernador de la ciudad, y que además sabía con absoluta certeza que no tenía hermanas.

Así que habían tirado de ese hilo suelto como un gatito curioso y juguetón, y habían terminado con todo un ovillo entre las manos. No solo habían descubierto que H'arün Solaymán Bin Shahin, el actual gobernador de Riad, había estado en Nueva York en viaje de negocios catorce meses atrás y había abandonado el país a la mañana siguiente de la desaparición de Lariel, sino que Bahiid había entrado y salido de aquella vivienda varias veces durante los dos últimos días.

Prácticamente lo único que habían podido averiguar era que la casa estaba protegida las veinticuatro horas del día, lo cual ya era sospechoso de por sí, porque aunque se trataba de una residencia en el corazón de la ciudad, y estaba en una zona muy exclusiva, no se trataba del domicilio del gobernador –que era un soberbio palacete a las afueras en las que mantenía casi prisioneras a sus dos esposas y al nutrido grupo de concubinas que no hacía sino aumentar día a día, además de a los cinco hijos «legales», y a una cantidad indecente de ellos provenientes de esas amantes–, todos conviviendo

en dulce armonía, como si la descabellada idea de un harén no estuviera fuera de lugar en la época actual.

Ese edificio en cambio contaba con la servidumbre justa. Habían visto tres criadas, un tipo enorme y gigantesco que había salido a la terraza un par de veces, y media docena de guardias armados hasta los dientes a cualquier hora del día, un detalle bastante extraño si no se quería proteger a toda costa algo o a alguien de su interior. O impedir que saliera.

Habían acordado que era muy arriesgado establecer comunicación con alguien del interior para sonsacarle información, por lo que habían montado su base de operaciones en ese edificio, a unos cuatrocientos metros de distancia de su objetivo. Estaban a bastante más altura que el otro, lo que les daba una vista excelente de la casa, a pesar del imponente muro que la rodeaba, y habían decidido que solo contactarían con alguno de los criados si la vigilancia no daba resultado en los próximos días.

Las diáfanas gasas de la puerta revolotearon y su mirada voló hasta allí, quedándose fija en la mujer que apareció de repente, paralizándole el cuerpo y la mente.

Era ella.

La había encontrado y parecía estar bien. Si no fuera por sus ojos sin vida y su expresión vacua.

El corazón primero pareció detenérsele, y luego lo sintió atronando contra sus costillas, en las sienes, en los oídos. Le costaba creer que al fin la tuviera al alcance de la mano. Aunque quizá aquella fuera una aseveración un tanto exagerada.

Iba a ser jodido sacarla de allí.

—Decidme que es ella o voy allí y reviento la puerta de una puta vez. — Fran, el menos paciente del grupo reunido en la azotea, y que no disponía de los prismáticos para comprobarlo por sí mismo, reflejó la inquietud que la falta de acción de los últimos días estaba provocando en todos.

—Es la señorita Rosdahl —corroboró Rolland a su derecha. Varios gruñidos, unos de alivio, otros de satisfacción, se escucharon a través de los

intercomunicadores que utilizaban para hablar entre sí, consistentes en un diminuto audífono enganchado a un estrecho micrófono que algunos llevaban tapado por el *ghutra*, el pañuelo de algodón o lino que llevaban alrededor de la cabeza para protegerse del sol. Los miembros del equipo que vestían como occidentales llevaban el micrófono oculto en la manga de la camisa y debían tener más cuidado al utilizarlo.

—Está buenísima —acotó Phil.

—Y que lo digas. Ese atuendo no deja mucho a la imaginación. Y te aseguro que la mía siempre ha sido muy prolífica —suspiró Josh.

—Dejaos de tonterías. Esa joven es nuestra misión, no un posible ligue —puntualizó Ro con voz de acero.

Jass no les prestó atención. Por supuesto era muy consciente de su escasa vestimenta. Llevaba un sujetador y un fajín, adornados ambos con perlas, *strass* y lentejuelas en tono verde manzana mezclado con verde botella. La falda, larga hasta el suelo y en el mismo color oscuro, aunque con reflejos dorados, tenía mucho vuelo y una enorme raja en una pierna, que aunque podría haberse tapado con el pañuelo que caía del cinturón, se abría en cambio a cada paso que daba por el césped cortado con pulcritud, y revelaba un muslo suave y blanco, una pierna perfectamente torneada, un delicado tobillo con una tobillera de oro y un fino, elegante y sexy pie desnudo. Para terminar, una gran gargantilla de esmeraldas y otras piedras, engarzadas sin duda en oro, caía hasta el nacimiento de sus voluptuosos pechos, los cuales no pudo evitar mirar durante unos segundos agónicos. Solo tenía ojos para ella y se quedó observando a través de los binoculares cómo paseaba ociosa entre los árboles y, tras agacharse junto a una cesta y recogerla, comenzaba a cortar diversas flores aquí y allá. Cuando tuvo un buen ramo se dirigió a la fuente, se detuvo un instante en el camino junto a una mesa baja para hacerse con un jarrón, y terminó de arreglarlas y colocarlas en el florero. El tiempo pareció detenerse mientras la veía hundir los dedos en el agua y moverlos con sensual pereza de un lado a otro, en un flujo casi hipnótico. Se moría por cruzar los cuatrocientos metros que los separaban y sacarla de aquella jaula

de oro para que pudiera tener de nuevo la oportunidad de volar. Para devolverle el control de su vida. Estaba seguro de que aquel puto cabrón la había cubierto de lujos, ese jardín de ensueño y la ropa y las joyas eran una prueba clara de ello, pero la había privado de lo que más podía valorar una muchacha norteamericana joven y sana: su libertad.

Entonces, como si presintiera su escrutinio, levantó la cabeza y miró hacia donde se encontraban. Sabía que era imposible que supiera que estaban allí, pero aún así se quedó sin respiración. Sus ojos azules se clavaron directamente en los suyos, y sin darse cuenta se perdió en sus profundidades, donde la amargura y la fría indiferencia iniciales se habían fundido en una tristeza tan abrumadora que sintió que se ahogaba por falta de aire.

Se quedó allí, indiferente a cuanto lo rodeaba, fingiendo que había conectado con la hermosa mujer, y que estaba a punto de descubrir todos sus secretos, a pesar de que las sombras que embargaban aquellos estanques azules hablaban de que tenía demasiados, y que eran oscuros y peligrosos.

De repente, detectó una ráfaga de pánico antes de que se levantase de golpe y se girase hacia la casa. Él mismo miró hacia la calle a la vez que el equipo instalado en esa zona daba el aviso a través del intercomunicador.

—Están llegando tres todoterrenos al punto uno. Me apostaría el medio kilo a que es nuestro hombre.

—¿Lo dices por esa docena de tíos armados hasta los dientes que lo rodean como si fuera un actor de Hollywood? —se burló Seppe.

—Por eso y por toda esa chulería. Su ego me deslumbra desde aquí —confirmó Philippe en tono jocoso. Jass sintió cómo se le tensaba cada músculo del cuerpo y se quedaba del todo agarrotado, supuso que de las ganas que tenía de ir a por ese bastardo.

—¿Podéis confirmarlo? —preguntó, deseando una respuesta, pues entre tanto guardia era imposible identificarlo desde allí.

—Aún no. Esos gorilas lo cercan estrechamente. ¿Estáis seguros de que aquí se condena la homosexualidad? —inquirió con evidente escepticismo. Se escucharon varias risas, pues era de sobra conocido lo que en ese país se

les hacía a los gais. Philippe tenía un sentido del humor muy peculiar.

—Confirmado —cortó John desde otro de los puntos de observación—. El objetivo número dos ha entrado en la casa —transmitió a todo el equipo.

Jassmon dejó escapar el aliento. Barrió como un poseso el interior sin resultado, y se detuvo de golpe cuando lo vio emerger tras las cortinas. Aunque no supiera quién era le hubiera repelido de igual modo. Todo su porte hablaba de arrogancia, supremacía y poder. Y aquella puñetera sonrisa rebosante de malevolencia y lascivia le puso los pelos de punta. Buscó a Lariel y la vio en el mismo sitio de antes, sujetándose por detrás a los bordes de la fuente, pero con la frente alta y la pose erguida, como un cervatillo asustado enfrentándose a un gran y hambriento león. Apenas se notaba que temblaba. Pero el gobernador debió oler su miedo, porque se relamió los labios y comenzó a acercarse a ella con pasos largos y lentos, como si estuviera acorralándola. Cuando la alcanzó le dijo algo que no provocó reacción alguna en la joven, y aquello enfureció al hombre, que la abofeteó con tanta fuerza que estuvo a punto de tirarla dentro de la fuente. La mujer se aferró a la piedra y se enderezó, sin dejar de mirarlo, lo que lo cabreó aún más y levantó el brazo, dispuesto a volver a golpearla. Pero pasados unos tensos segundos pareció pensárselo mejor, porque extendió la mano y le rasgó el sujetador, partiéndolo en dos. Se acercó con una sonrisa torcida, llena de maldad, mientras le hablaba, y le apretó ambos pechos con crueldad, besándole el cuello y restregándose contra su cuerpo, a la vez que ella forcejeaba con desesperación por soltarse. Su mano voló a la diáfana seda de la falda, que revelaba más de lo que ocultaba, y se perdió en la abertura lateral, divertido y excitado por sus inocuos intentos de evitar sus avances.

Jassmon se levantó de un salto, dispuesto a cualquier cosa, cuando sintió que lo sujetaban con fuerza del brazo.

—Jass —fue todo lo que dijo su segundo. Hizo amago de soltarse, pero el agarre se hizo más férreo. Iba a utilizar la violencia para quitárselo de encima cuando notó que lo sujetaban por el otro brazo. Vio a Lav enfrentarlo con semblante pétreo y también intentó desasirse de él, pero aquellos idiotas no

debían saber dónde estaban metiéndose porque sus dedos se apretaron en torno suyo.

—¡Soltadme, joder! —La rabia le proporcionó una fuerza adicional que le permitió deshacerse de ellos, pero el triunfo le duró poco, porque Diego y Paul se unieron a la refriega y entre los cuatro lo tumbaron en el suelo, lo inmovilizaron y lo obligaron a ser un espectador involuntario de aquel atroz crimen. Si al menos le hubieran quitado los binoculares habría podido ahorrárselo—. ¡He dicho que me soltéis! ¡Voy a mataros! ¡Os juro que os mataré en cuanto esté libre!

—¡Maldita sea, Jass! ¡Párate a pensar! ¡Aunque corrieras como un loco no lograrías llegar a tiempo! ¡Además, así solo conseguirías que ambos quedaran fuera de nuestro alcance para siempre!

—Al, dispárale. —La orden fue dada sin inflexión, pero la rabia que la envolvía era tan patente que a Jassmon le asombró que no se le disolviera la lengua en su propio veneno. Comprobó que el aludido alzaba su fusil semiautomático Heckler & Koch PSG1, pero que miraba a Rolland, como si buscara confirmación.

—Joder, chico. No puedes cargártele y lo sabes... —terció este último.

—Claro que puedo. —Fijó su atención en el francotirador, que lo miró de reojo antes de volver su atención al árabe—. Hazlo. Ahora. —El dedo rozó ligeramente el gatillo, y todos los presentes retuvieron el aliento.

—¿Quieres recuperar a la chica viva o en trocitos del tamaño de tu cartera? Porque eso es lo que pasará si Al acata tu orden. Tenemos que aguantar y ejecutar el plan según lo acordado, o todo se irá a la mierda. —«Joder, joder, joder...». Sabía que tenía razón. Aunque su corazón gritara lo contrario, su cerebro le repetía como una letanía que no podía acabar con ese cabrón por mucho que lo deseara. Con toda seguridad uno de aquellos guardias ejecutaría a Lariel en venganza, y si por una minúscula casualidad el francotirador alemán fallaba aquel sencillo tiro, los dos desaparecerían como humo en la noche. Inspiró con fuerza y alzó la cabeza, y se le rompió el corazón cuando miró hacia el jardín y contempló como ese hijo de puta la

penetraba con brutalidad, para después embestirla una y otra vez como si fuera una muñeca de trapo. Desde esa distancia no podía oír nada, pero en su mente escuchaba sus gritos con claridad, y le perforaban el alma con más eficacia que los taladros rotativos de los numerosos pozos petrolíferos de aquel maldito país.

Siguió intentando soltarse con todas sus fuerzas, desgañitándose entre insultos y amenazas, mirando como hipnotizado a aquel lunático violando sin remordimientos a aquella muchacha a la que había sentado en la base de la fuente, y contra la que arremetía con una fuerza demoníaca, como si quisiera marcarla para siempre. La larga melena rubia, casi blanca a la abrasadora luz del sol, que el árabe tenía agarrada en un puño en otro gesto más de dominación, permanecía medio sumergida en el agua y el rostro del hombre, desencajado aún por la rabia y el obvio placer, descansaba en el hueco que unía el hombro y el cuello femeninos.

Al fin, con un grito de triunfo y un último embate, todo terminó, y ese cerdo se separó de ella, recolocándose la ropa. Permaneció un minuto entero observándola, sin importarle que ella tuviera los ojos cerrados, y en un gesto sorprendente le cerró con suavidad la piernas y le acarició la mejilla con gesto inexpresivo. Después se marchó con la misma rapidez y arrogancia con la que había llegado.

Un momento después se escucharon los motores de los potentes coches y supo que el grupo había abandonado los alrededores. No les hizo caso, tenía toda su atención puesta en la mujer medio tumbada en la fuente, sin terminar de vestir y del todo destrozada. Si los ojos en verdad eran el espejo del alma, aquella muchacha estaba devastada. Jass creía que nada podía inmutarlo, que a lo largo de los años había conseguido aislarse de la gente que lo rodeaba, de manera que no pudieran encontrarse en situación de herirlo si desearan hacerlo. Y pensaba que lo había hecho admirablemente bien.

Hasta ese preciso instante. En esa azotea, mientras la veía temblar de la cabeza a los pies, abrazándose la cintura como único consuelo, y sin permitirse el desahogo de unas simples y gratificantes lágrimas, notó que el

pecho se le abría en canal y la vida se le iba en un gran charco de sangre a sus pies.

Poco a poco ella comenzó a incorporarse con evidente esfuerzo. Su mirada vidriosa se fijó en el jarrón de cristal que había quedado destrozado al estrellarse contra el suelo y en las flores multicolores desparramadas a su alrededor. Con un gesto de dolor en su perfecto rostro se acuclilló y cogió un gran trozo, bastante afilado.

Jass la vio ponerse de pie con una creciente sensación de intranquilidad. Lariel miraba con fijeza el cristal y con un movimiento pausado pero decidido lo dirigió hacia su cuello, con la punta en contacto con la carne. Quiso cerrar los ojos para no tener que ser testigo de eso también, ver quitarse la vida a la mujer que lo ha estado obsesionando durante los últimos diez meses, porque por mucho que corriera nunca conseguiría llegar hasta ella antes de que ese cristal la atravesara, igual que antes no hubiera podido salvarla de la violación...

Entonces una mano enorme cogió la de la joven, tan pequeña en comparación, y la apretó, pero ella se resistió, no queriendo soltar la improvisada arma. Él se la retorció, y con un grito de dolor terminó dejándolo caer, emitiendo un sollozo. El gigante la cogió en brazos y la llevó al interior. Jass, libre desde que el gobernador dejara la zona, gateó con rapidez para intentar vislumbrar lo que ocurría. Gracias a Dios la ventana de la primera habitación tenía las cortinas descorridas, por lo que pudo ver que era un dormitorio, y el sitio donde la habían llevado, y observó cómo la dejó con cuidado sobre la cama y la tapó con una manta.

Cuando el hombre salió del cuarto entró la anciana, que le habló durante unos momentos, acariciándole el pelo. Después, sin dejar de cuidarla, le dio una pastilla y algo de beber, y al poco la joven se quedó dormida.

—Entraremos esta noche —dijo con voz fiera, tirando con rabia de las cintas que mantenían los binoculares sujetos al casco.

—¿Estás loco? Está previsto para dentro de una semana. No tenemos ni idea de la distribución de la casa, ni de los hombres que hay dentro... —

Jassmon le lanzó una mirada asesina al coronel—. Entiendo que tengas prisa. Yo también lo he presenciado, y siento arcadas al recordarlo, pero no le serviremos de ayuda si no salimos vivos de esta. Y pensé que lo querías a él —presionó, intentando convencerlo.

—Será hoy. Y haremos que esté —prometió con voz llena de ira.

—No estás pensando con lucidez. Y eso es algo que no puedes permitirte en estos momentos.

—Lo has visto. ¡Todos lo habéis presenciado! ¿De verdad podéis decirme que vuestra conciencia soportará que *esto* vuelva a ocurrir pudiendo haberlo evitado? —Apreció la repulsión y el desprecio en las caras del grupo, pero ninguno evitó su mirada. Sabía que lo entendían, pero que también pensaban como Ro. No le importaba. Esa escoria no volvería a tocarla nunca más.

—Sabes que todos censuramos lo que acaba de ocurrir, pero lo más importante es terminar la misión con éxito. Ese es nuestro objetivo final, y lo que tenga que pasar entremedio para que eso ocurra... —El segundo de a bordo se enfrentó sin parpadear a la mirada horrorizada del jefe del grupo—. Al fin y al cabo, no es nada que la chica no haya vivido antes hasta la saciedad. —Intentó justificar. Jass lo miró con fijeza.

—¿Se supone que eso ha de hacerme sentir mejor?

—Se supone que eso no ha de hacerte sentir nada. Tienes que mantener la cabeza y el corazón fuera de esto, chico, o nuestras vidas, y por consiguiente la suya, no van a valer una mierda. —Jassmon dejó que su mirada se perdiera en la casa, pero sin la ayuda de los prismáticos ya no podía distinguir nada. Intentó aflojar los puños en los que había convertido sus manos, pero al instante se le volvieron a cerrar con fuerza y rabia.

—Esta noche —decretó, metiéndose en la casa alquilada, en busca de algún rincón tranquilo y solitario donde poder desahogar el profundo sufrimiento que lo devoraba mientras un grito escalofriante bajaba por su espalda.

«¡Ayúdame, Jassmon!».

Jass dio un sorbo a su taza y lo retuvo en el paladar, saboreándolo. La verdad era que se trataba de un café excelente, al igual que el resto de la comida, desde el primero al último plato, servido con eficacia y discreción por un personal pendiente en todo momento de sus más ínfimos deseos. Se recordó dejar una buena propina.

Dejó vagar la mirada por las vistas, espectaculares gracias a que estaban a más de doscientos metros de altura, y tamborileó con los dedos sobre la mesa, en apariencia relajado.

—Estoy lleno. Después de *llevarr* días tragando esa *mierrda* de croquetas de *garrbanzos*, el *corrdero grrasiento* y el maldito pollo especiado, es de *agrradecer* al fin una buena comida. —Jass sonrió con ligereza ante la mención del faláfel, que personalmente tampoco le hacía mucha gracia, y se limitó a ver cómo pedía un segundo postre a pesar de su comentario anterior. Lav medía dos metros y era enorme, con un cuerpo por el que cualquier culturista profesional lloraría de envidia. Y sin embargo el ruso engullía alimentos a espuestas, como si la comida en la que estuviera enfrascado en ese momento fuera la última de su vida.

—Sí, un sitio con clase. *N'est ce pas*, jefe? —Detectó de inmediato el brillo malicioso en los ojos azules de Paul y se mantuvo impertérrito, desviando una vez más la mirada a la ciudad que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. El *Glove*, que era el nombre del restaurante, además de todo el edificio, eran propiedad de H'arün y, cómo no, se trataba de un rascacielos comercial, el tercero más alto de Arabia, situado en el distrito financiero. Al *Faisaliyah Center*, así se llamaba el edificio, tenía cuarenta y cuatro plantas y doscientos sesenta y siete metros de altura, y formaba parte del complejo *Al Faisaliyah*, consistente en un hotel, otros dos edificios, y la torre en la que se encontraban. Y él odiaba cada maldita piedra que la conformaba.

—Sí, mucha clase —confirmó, indiferente. Miró a Lav y a Paul a los ojos y se permitió sonreír con sinceridad por primera vez aquel día—. Aseguraos de destruirlo hasta los cimientos. —Y se metió una cucharada de tarta de

queso y *strawberry*, que se deshizo en su boca sin necesidad de masticarla. Suspiró con placer.

El primer disparo restalló en la noche como un fulminante trueno que anunciara una catástrofe inminente. Aquella calle, debido a su exclusividad, era tranquila y solitaria, máxime cuando hacía rato que había dado la medianoche, así que las dos enormes explosiones que se sucedieron con quince minutos de diferencia la una de la otra y de las que hacía ya media hora, tomaron a la ciudad por sorpresa. En esa zona, la gente salió de sus camas y se asomó, nerviosa y asustada, a las ventanas, pero ni un alma se aventuró fuera de sus viviendas, lo que fue una suerte, porque el grupo vestido de negro de la cabeza a los pies, y con la cara tiznada del mismo color, no tenía ninguna gana de herir a civiles. Aunque las órdenes fueran hacer *cualquier cosa* para salir de allí con la chica.

Los tiros se sucedieron uno tras otro desde ambos bandos. Los ocupantes de la casa no tenían intención de dejarlos entrar, pero esa nimiedad no iba a detenerlos. El nuevo estruendo, anunciando que la cerradura de la puerta principal había sido volada, apenas les molestó, y en un momento estaban dentro, enfrentándose a la media docena de guardias que luchaban con ferocidad por proteger la joya de su señor. Pero él iba a robársela, se juró Jass mientras pasaba por encima del cadáver de un muchacho de unos veinte años. Intentó no pensar mucho en ello y se concentró en la idea de que ese crío los habría liquidado sin un parpadeo.

Un levísimo movimiento a su izquierda atrajo su atención, y tan solo tuvo un segundo para evaluar la situación y darse cuenta de que otro guardia tenía en su mira a Joshua, y que este aún no lo había visto. Alzó su Sig Sauer en un gesto instintivo y disparó. El tipo cayó hacia atrás y no volvió a moverse. Desde allí pudo ver el agujero entre sus ojos aún abiertos. Josh y él se miraron un largo instante.

—Has disparado con la izquierda —se limitó a comentar su compañero en tono admirativo. Él se encogió de hombros.

—La ametralladora pesa demasiado. No me habría dado tiempo a levantarla y apuntarle.

—¿Eres zurdo? —le preguntó con las cejas fruncidas, con seguridad intentando recordar si lo había visto en alguna ocasión utilizando esa mano.

—No.

—Y aun así, le has metido un tiro entre ceja y ceja.

—Me adiestraron bien —le dijo en tono cortante, esperando dar por zanjada la conversación—. Vamos, tenemos que seguir. —No lo esperó. Se metió en la siguiente habitación de sopetón, a fin de cuentas, tenía muy claro a qué lugar de la casa quería ir.

Minutos después, con una patada propia del mismísimo Bruce Lee, destrozó la puerta cerrada con llave, la única en toda la maldita casa, y se quedó pasmado, con la boca abierta de par en par, incapaz de creer lo que sus ojos estaban absorbiendo.

«La leche...». Había esperado encontrársela aterrada, en un estado de absoluta histeria, o como mínimo acobardada por los disparos, los gritos y el caos que se escuchaba desde hacía rato pero nada, *nada* lo había preparado para la visión de la sirena vestida con un diminuto sujetador de gasa azul celeste del todo transparente, que apenas le cubría los pechos, cuyos pezones estaban pintados de rojo, y unos sensuales pantalones bombachos del mismo material translúcido, sujetos a los tobillos, que dejaban al descubierto el pubis rasurado por completo. «Dios bendito...». Cuando consiguió despegar los ojos de *allí*, se fijó en la tobillera dorada con innumerables monedas que se desplegaba hasta los dedos de los pies, cuyas uñas tenía pintadas de rojo. Hizo el camino inverso hasta su rostro, eso sí, lo más despacio que fue capaz, reparando en la diadema de su frente del mismo tono azul, de la que también colgaban multitud de monedas, y en los sensuales labios pintados de brillante rojo, esbozando una sonrisa descarada y sensual que se le instaló directamente en la entrepierna.

Pero lo que quizá más lo impactó fueron sus ojos. Y no porque parecieran tan atrevidos y misteriosos, maquillados en abundancia con kohl negro, sino

porque eran la antítesis de todo cuanto habían mostrado aquella mañana. En ese instante se mostraban seductores, astutos, pecadores, seguros, audaces, maliciosos, subyugantes y abiertamente sexuales. En fin, aquella mujer estaba decidida a provocar la lujuria de un hombre más allá de su límite. Y no estaba, en absoluto, asustada.

Varios de sus hombres empezaron a agolparse a su espalda, pero por nada del mundo iba a permitir que entraran allí. Rolland asomó la cabeza por detrás de él. Escuchó su gruñido y se encargó de sacarlos en un segundo.

La joven inclinó la cabeza en actitud coqueta mientras lo repasaba de arriba abajo, y a su pesar se le contrajo el estómago y su miembro cabeceó.

Alguien le tocó el hombro, y al mirar hacia atrás vio a Ro ofreciéndole una chaqueta que reconoció de habérsela visto puesta a los guardias. La cogió con un gesto de agradecimiento y cerró la puerta lo mejor que pudo, ya que la había reventado, acercándose a ella con recelo. La muchacha se relamió los labios, juguetona... y Jass pensó que no tenía tiempo para intentar razonar. Los hombres del gobernador no tardarían mucho en aparecer.

La inmovilizó con la chaqueta metiéndole los brazos con rapidez por las mangas y, comprobando que le llegaba a medio muslo, la cargó sobre su hombro. Ella soltó una risita. Cuando salía por el pasillo se cruzó con la anciana a la que había visto atenderla después de la agresión.

—¿Quiere acompañarnos? —Se sintió obligado a preguntar, no fuese que, al volver ese malnacido, lo pagase con ella. La mujer lo miró de frente, pero no contestó—. Pregúntale si viene con nosotros —le dijo a la chica, ya que esa mañana había comprobado que de algún modo conseguían entenderse. Parecía que se había quedado grogui, por lo que le dio una palmada en el trasero para espabilarla. Ella profirió un grito, pero no le pareció de indignación—. Ofrécele venir con nosotros —repitió. Escuchó cómo hablaban entre ellas, y aunque no entendió lo que decían sí supo reconocer el idioma. Al final la vieja asintió, por lo que los tres se pusieron en marcha. Cuando estaban a punto de salir, sintió como Lariel se quedaba rígida entre sus brazos antes de escuchar un gemido tan bajo que, si no la hubiera tenido

contra su cuerpo, no lo habría notado. La bajó al suelo, y de inmediato ella trastabilló hacia el gigante moreno que yacía espatarrado al inicio de las escaleras. Jass la observaba con un nudo en la garganta mientras la joven permanecía de rodillas en el suelo junto al cadáver. Llevaba un minuto entero allí, mirando al hombre, pero sin tocarlo. Nada en su expresión revelaba lo que sentía, y sin embargo él era muy consciente de su pena.

—¿Amigo tuyo? —le preguntó, necesitando entenderla.

—De un modo retorcido, quizás. —Levantó la mirada hacia él, los ojos secos—. Era mi guardián más acérrimo. Mi sombra. Pero mi carcelero no contó con que Usama terminaría apreciándome. —Su atención regresó al hombre muerto—. A veces hay cosas que escapan a nuestro control, incluso pese a que las hayas planeado hasta el más mínimo detalle. Y el amor, aunque no pueda llevarse a todos los planos, es una de ellas. —Entonces su pequeña mano, temblorosa como las alas de una mariposa, cerró los ojos de aquel desgraciado. Y Jass entendió que ese árabe había sido muy especial. Por un lado, su función había sido la de vigilar a la concubina del embajador, pero también había estado allí para protegerla del resto de hombres de la casa. En cambio, él nunca había significado un peligro para ella. Porque era un eunuco.

La contempló con los ojos entrecerrados mientras el coche se comía los kilómetros a una velocidad desesperante. No iban muy lejos. A esas alturas ya habrían dado la voz de alarma y si no habían empezado a buscarlos, lo harían muy pronto, así que el equipo al completo tenía órdenes explícitas de ir al siguiente piso franco, pero debían hacerlo sin llamar la atención, por lo que iban pisando huevos.

Mientras tanto no paraba de observarla, reconciliándose con la idea de tenerla a un palmo de distancia, en carne y hueso. La dueña de sus sueños, los más húmedos de su vida y sus peores pesadillas.

Por lo demás, aquella visión de cortesana experimentada con la que se había encontrado al abrir la puerta chocaba con todo lo que sabía de ella, y

más aún con lo que había presenciado horas antes en el jardín, así que se preguntó si no estaría bajo los efectos de alguna droga.

Reconoció que se estaba comportando bastante bien, pero todas esas miraditas seductoras lo estaban sacando de quicio, además de la juerga que se estaban trayendo Ro y John desde el retrovisor interior, el cual se disputaban como dos perros hambrientos una gruesa salchicha... A Shawn ni se atrevió a mirarlo, sentado al otro lado de ella. Qué ganas tenía de llegar al piso y dejarla al cuidado de la mujer.

Cuando por fin se acercaron a la deslustrada casa, en un barrio mucho más humilde que el que acababan de abandonar, se bajaron en silencio y entraron con rapidez por la puerta de atrás, dejando a John para que ocultara el vehículo.

Diego, Josh, Al y Fran ya estaban allí, sentados frente a la mesa rectangular del salón. Aunque habían salido a la vez, su recorrido había sido más corto, pero a cambio habían tenido que atravesar una zona más peligrosa.

También habían regresado Seppe y Phil, después de los fuegos artificiales que habían montado en el barrio Diplomático. Los saludaron con un cabeceo mientras daban buena cuenta de una enorme pizza. Eso hizo que Jass se detuviera en seco.

—¿Habéis parado a comprar? —preguntó, incrédulo. El francés se encogió de hombros.

—Teníamos hambre —se limitó a señalar. En ese momento pareció reparar en algo porque una enorme sonrisa, como jamás le había visto, apareció en su rostro. Giró la cabeza y vio la mirada anhelante de Lariel, casi como... si viera por primera vez en su vida una pizza—. ¿Quieres, guapa? — El jefe de grupo apretó los dientes, molesto por las confianzas del atractivo moreno. La muchacha se limitó a asentir, hipnotizada. Philippe profundizó la sonrisa y separándose con garbo de la encimera se acercó a ella con la caja de cartón, la abrió y se la ofreció. La joven cogió un trozo y lo mordió. Dos segundos después dejó escapar un gemido que hizo entrecerrar los ojos de todos los presentes.

—Dios, qué buena. Hacía siglos que no probaba algo tan delicioso. —La devoró en unos instantes. Cómo pudo hacerlo con tanta elegancia y sensualidad a la vez, fue todo un misterio para ellos. En la puerta de la cocina comenzaron a arremolinarse los miembros del equipo con la excusa de las restantes cajas que la pareja de artificieros había traído, pero era obvio que lo que en realidad se comían con los ojos era a la chica. Ella se lamió los dedos con gesto calculado y miró a Phil de arriba abajo. Después se pasó la lengua por los labios muy despacio—. ¿Qué más tienes? —El franchute dio un decidido paso hacia ella, muy dispuesto a enseñarle cuanto poseía. Jass la cogió del brazo y la arrastró fuera de la estancia, mientras sus ojos se encontraban con los de Rolland, que le decían que era lo mejor que podía hacer. Lariel estiró una mano y se hizo con una última porción de pepperoni y doble de queso antes de que la sacara de allí y la metiera en una habitación. Se sentó como si nada en la cama, se terminó la comida y después lo observó. No tardó más que un segundo en darse cuenta de cómo la estaba mirando. Sonrió, malévola, y dio unas palmaditas en el colchón, a su lado. Él negó con la cabeza. Encogiendo los hombros se deshizo de la enorme chaqueta, que al llevar abierta tampoco era que la cubriese demasiado, se levantó y se acercó a él con pasos lentos y sensuales, marcando el movimiento de sus caderas.

—Quédate donde estás. —Ella volvió a sonreír, sabedora del efecto que causaba en él.

—Si me acerco, te gustará más. —Escuchar esa voz, *su voz*, le causó un placer inesperado. Era diferente a la de sus sueños, más suave, mucho más dulce y atrayente, como el canto de una sirena. Toda ella era un pecado andante, aunque se jugaba su ático a que esa no era la verdadera Lariel. Esos ojos en plan vampiresa no le pegaban, y él estaba desesperado por conocer a la muchacha candorosa de las fotografías que había mirado durante horas en esos últimos dos meses. Aunque la «comehombres» que tenía frente a él lo estaba poniendo cardíaco.

—Estoy seguro —reconoció sin problemas—. Pero aun así, haz el favor de dejar una distancia prudencial. Y hasta que te consigamos algo de ropa, sería

mejor que conservar la chaqueta prestada. —Ella hizo un puchero encantador. Aquello sí había sido un revés. Le habían traído ropa adecuada para el viaje, pero se encontraba fuera de la ciudad, en otra de las casas seguras que habían alquilado. Pensaban coger algo de su propio vestuario, ya que al principio iría cubierta con el *abaya*, pero en el impresionante armario de la joven solo había trapillos como los que llevaba en ese momento o esa misma mañana. Ese hijo de puta no le permitía vestirse con dignidad ni siquiera cuando él no estaba.

—Pero hace mucho calor —protestó. «Y que lo digas», pensó desesperado, intentando no bajar los ojos de su barbilla, pero sabiendo que era una batalla perdida. «No puedes ponerle a un tío una mujer prácticamente desnuda frente a él y esperar que “mire para otro lado”». Parpadeó sorprendido cuando notó su pequeña mano en su torso y se dio cuenta de que tenía a la joven pegada a él—. ¿Qué tal si nos desvestimos y me enseñas lo que sabes hacer, semental? —No quiso respirar los efluvios de su perfume, terriblemente sexual y con seguridad elegido por H’arün, ni sentir los senos casi desnudos contra su propio pecho y, por supuesto, por nada del mundo quería reparar en su candente triángulo, por completo encajado entre su dolorida y rígida entrepierna. Ella había sufrido mucho, y merecía que la tratara bien y con dignidad, y él aún sentía la adrenalina corriendo descontrolada por su organismo después de la batalla... La apartó con cierta brusquedad y se mesó el pelo, frustrado.

—¿Qué tal si te acuestas un rato? Mañana nos espera un día duro. —Ella batió las pestañas.

—¿Me acompañas? —preguntó con voz sugerente.

—Dios, no. —Toda bravuconada desapareció de su rostro, y en su lugar apareció una expresión torturada.

—Por favor, seré buena. Te prometo que te haré gozar... —Intentó acercársele de nuevo, pero la mantuvo a distancia, sujetándola por los antebrazos.

—¿Por qué haces esto? ¿Es por gratitud? Te aseguro que no... —Ella le

miró con los ojos vidriosos, como si fuera a echarse a llorar.

—Es porque lo necesito... —La miró sin comprender.

—¿Qué? —Lariel le dio la espalda y fue hacia la ventana, mirando la calle, aunque sin descorrer las cortinas. Parecía que las pautas que le había dado durante el camino para seguridad de todos no habían caído en saco roto.

—Nada —fue todo lo que contestó, abrazándose a sí misma por la cintura. Con una maldición Jass abrió la puerta y llamó a Phil. Cuando llegó le murmuró algo, y un minuto después volvió con la anciana.

—¿Qué le pasa?

—Esta vez él la quería dispuesta. —Tradujo el soldado, el único del grupo que sabía hablar árabe. La mirada oscura y tormentosa de Jassmon pasó por la vieja sin que se inmutase. Con seguridad había vivido demasiado en sus muchos años.

—¿La ha drogado? —Ella asintió tras escuchar las palabras del intérprete —. ¿Con qué?

—En un afrodisíaco muy potente que despierta su apetito sexual hasta convertirla en una prostituta descarada y complaciente. —Ambos hombres observaron a la figura temblorosa del fondo de la habitación—. Ahora mismo está luchando porque lo único que su cuerpo desea es una maratón sexual, da igual con quién. —Jass se sintió asqueado de que un hombre que se considerase como tal recurriese a vilezas como esa para abusar de una mujer. Se mirase como se mirase, seguía siendo una violación.

—¿Cuánto duran los efectos?

—El amo siempre se ha quedado con ella toda la noche —contestó a modo de explicación.

—¿Y no puede hacer nada para revertirlo? —La vieja se lo quedó mirando, como si diera a entender que a cualquier hombre, mera bestia sin control sobre sus impulsos físicos, le sería imposible resistirse a aquella situación. Le aguantó la mirada durante varios minutos en completo silencio.

—Una vez ingerido solo puede seguirse su curso. Aunque podría darle

láudano y rezar porque se le pase durmiendo —añadió al ver su expresión desesperada. Él asintió con vehemencia.

—Hágalo. —Ella salió, y después de una mirada que Jass no tuvo dificultad en interpretar, también lo hizo el francés. Sus traidores ojos, igual que lo habían hecho los de él, se perdieron en ese magnífico culo que la gasa transparente mostraba en todo su esplendor, y dio un respingo cuando la mujer mayor pasó por su lado, de vuelta en el dormitorio. Estuvo a punto de sonrojarse al darse cuenta del tiempo que había pasado abstraído en esas esferas redondas y perfectas, y con un suspiro que tenía tres cuartas partes de frustración y solo una de cansancio, salió de la habitación con una muda de ropa y la intención de darse una larga y reconfortante ducha.

Quince minutos después, mucho más tranquilo y relajado, se acercó a la cocina, y hasta bromeó con los chicos mientras se comía cuatro porciones de pizza recalentadas en el micro. Por supuesto, fría estaba asquerosa, pero comparada con el dichoso faláfel al que no terminaba de cogerle el punto era todo un manjar. No le extrañaba que, recién traída, a Lariel le hubiera parecido deliciosa.

Frunció el ceño al pensar en ella, y aunque se forzó a escuchar el informe de Lav y Paul, que por fin habían regresado de su propia misión, en cuanto pudo se escabulló y regresó al cuarto.

Cuando abrió la puerta su mirada voló hasta la joven que dormía como un angelito en la cama, vigilada de cerca por la anciana, que ahora sabía que se llamaba Jadiya. Sus ojos se encontraron durante un buen rato y suspiró, desalentado. Iba a darse la vuelta y salir a buscar a Phil cuando escuchó su voz a su espalda.

—¿Necesitas un intérprete, compañero?

—Dios, sí. Esto es de lo más frustrante. —Escuchó su risa entre dientes antes de que pasara por su lado—. Dile que se vaya a descansar, mañana tendrá ocasiones de sobra para asistirle. Esta noche me encargo yo. —Cuando terminó de traducir, ella lo estudió con detenimiento, como si lo midiera. Acto seguido asintió y se fue. Phil la observó marcharse, y después lo miró

con una sonrisa torcida. Cuando estaba a punto de preguntarle qué narices le pasaba, ensanchó la sonrisa y siguió los pasos de la criada. Lo agarró del brazo, impidiéndoselo—. No tengo intención de tocarla —le dijo, sintiéndose como un redomado idiota. Su compañero miró a la mujer dormida y no le costó esfuerzo alguno detectar el deseo en sus ojos marrones.

—Solo puedo decir que eres mucho más fuerte que yo. Y más noble. —Y dicho eso salió y cerró la puerta con suavidad.

Jass se apoyó en ella y desde allí miró a Lariel. Era una visión deliciosa, y sintió cómo todo el cuerpo se le tensaba en respuesta. Por eso se mantenía a distancia, porque sabía que si se le acercaba, era capaz de cometer una locura de proporciones épicas.

Así que metió las manos en los bolsillos del pantalón y repasó los acontecimientos de la noche, intentando determinar si habían cometido algún error.

Aunque el plan original consistía en atraer al gobernador a la casa y así hacerse con ambos, al final Ro le había hecho ver que esa opción conllevaba muchos riesgos, tanto para el equipo como para la chica. Cuando ese malnacido andaba cerca, sus guardias lo seguían como una manada de lobos, y las posibilidades de éxito del rescate se verían considerablemente mermadas.

Aun así, se mantuvo en sus trece. Quería cogerlo a toda costa, y pagaba muy bien a sus hombres para que arriesgaran el cuello por aquel trabajo. Además, si acababa con él aquella noche, no tendrían que preocuparse por posibles venganzas durante la huida.

Pero una vez más, Ro probó ser un excelente estratega y demostró además estar a su lado de forma incondicional. Le explicó que en una escaramuza como la que iban a llevar a cabo podían torcerse muchas cosas, y cualquier riesgo que pudieran minimizar sería de agradecer. Si conseguían que H'arün estuviera ocupado en cualquier otra parte de la ciudad y se enfrentaban al reducido número de guardias que por norma vigilaba la casa, la misión sería pan comido. Después, cuando la joven estuviera a salvo en Estados Unidos,

volverían a por ese cabrón y lo descuartizarían miembro a miembro. Y lo había sorprendido añadiendo que el resto del equipo estaba de acuerdo en que, por el medio millón y tras ver lo que le había hecho a Lariel, regresaría con ellos a por ese cabronazo. La verdad, no se había esperado aquello último.

Le costó un triunfo abandonar la idea de cargárselo ese mismo día. Quería que dejara de respirar, y lo deseaba con una intensidad tan avasalladora que a veces, a solas consigo mismo, le preocupaba no poder dominarse y poner en peligro las vidas de los demás por conseguir su meta.

Entonces, en medio de la acalorada discusión, Nathaniel lo había llamado por el teléfono vía satélite, y cuando le contó que por fin habían visto a Lariel, se había vuelto loco de felicidad. «Tráeme a mi hija, muchacho. Haz lo que sea preciso, pero consigue que vuelva a casa, conmigo» le había suplicado emocionado un hombre famoso por ser despiadado e implacable en el duro mundo de los negocios. Y supo que *lo que fuera preciso* era dejar vivir a H'arün un poco más. Pero el indulto temporal no significaba que lo fuera a dejar en paz.

De ahí que, amparados en la oscuridad, Phil y Seppe hubieran estado jugando en el barrio Diplomático, colocando cargas explosivas en el magnífico edificio que el bueno y pomposo del gobernador tenía designado como oficinas para ejercer su cargo.

Había que reconocer que los muchachos lo habían hecho bien. El lugar se había venido abajo como si estuviera hecho de piezas de Lego, tras un ensordecedor estruendo y un impresionante fogonazo. Aún ahora podían verse las llamaradas desde el lado norte de la casa.

Pero lo mejor, sin lugar a dudas, llegó cuando el Glove estalló en mil pedazos. Esa había sido una maniobra más arriesgada porque a esas horas aún permanecía abierto, así que tuvieron que tirar de ingenio y hacer una llamadita anónima avisando de una posible bomba en el edificio para no producir daños colaterales. Y mientras lo desalojaban, Lav y Paul se habían colado en él y habían colocado los explosivos para conseguir reproducir el 4

de julio en tierras árabes. Sonrió ante la ironía de la situación.

Desde su posición, en las sombras de la casa donde tenían a Lariel, las vistas de la gran esfera amarilla y naranja, ardiendo como el mismísimo sol unas horas antes, habían sido impresionantes. Sintió una euforia y una satisfacción tremendas al imaginar a H'arün mirando hacia allí con la boca abierta de asombro, con seguridad ya en el lugar de la primera explosión, y sin poder creerse lo que estaba ocurriendo.

Sonrió de nuevo al recordarlo, lamentando profundamente habérselo perdido.

Volvió a centrar su atención en la rubia que permanecía fuera de combate en su lecho. Se frotó la cara con cansancio, llevaba más de media hora en aquel rincón, temeroso de acercarse, pero eran... Miró su reloj, las tres y media de la mañana y tenía guardia en menos de cinco horas.

Lo cierto era que esa no era su forma de vida, y aunque su cuerpo y su mente bullían aún de energía, debería intentar descansar. El problema era la dulce sirena que ocupaba su cama.

Sin darse ni cuenta se encontró a los pies de esta, mirando embobado un cuerpo perfecto, creado por un sádico para torturar a cualquier hombre de entre quince y ochenta años, y se obligó a apretar los puños hasta clavarse las uñas para mantenerse donde estaba.

Pareció que ella iba a volverse y suspiró aliviado, pensando que por fin sus plegarias serían escuchadas. Hacía excesivo calor para dormir tapado pero, por Dios, verla con toda esa gasa transparente era demasiado. Ni que fuera un maldito eunuco...

Aquel pensamiento lo llevó a recordar al gigante moreno que había muerto esa noche a manos de sus hombres. Lamentaba la pérdida de la muchacha, pero no había podido evitar sentir un ramalazo de algo muy desagradable cuando la escuchó antes. Era obvio lo que había dado a entender. Quizá el guardia fuera solo medio hombre, pero eso no le impedía enamorarse, y se preguntó con una chispa de inquietud si ella le habría correspondido. No había sido capaz de determinarlo, ni por sus crípticas palabras, ni por su

inexpresivo rostro. Esa mujer parecía muy distinta de la joven dulce y cariñosa de las fotografías, y de las descripciones de su padre y amigos, pero imaginó que un año siendo violada de manera sistemática y sometida cada minuto del día en todos los aspectos de su vida por un loco depravado cambiaría a cualquiera. De todos modos, era una pena. Estaba seguro de que le habría gustado la antigua Lariel.

Vio que se removía inquieta, como si estuviera soñando con algo turbador, y quiso acercarse para reconfortarla. Se cruzó de brazos para evitarlo, porque estaba seguro de que no era una buena idea. Pero tras unos minutos observando cómo se iba alterando cada vez más, empezó a preocuparse. Estaba agitada, tenía la respiración acelerada, y se revolvía entre las sábanas con frenesí, cada vez más nerviosa. Y esos pequeños gemidos guturales que escapaban del fondo de su garganta... De repente se tensó, entendiendo cuál era el problema.

Aunque el láudano había conseguido dormirla, la potente droga que le habían suministrado para enardecerla seguía en su organismo, realizando su cometido con más lentitud, pero aflorando de todos modos.

Lariel estaba excitada y sufriendo, y detestaba verla padecer. Se acercó a uno de los laterales de la cama y siguió contemplándola, absorto en su obvia expresión de pasión casi descontrolada. Sabía que era una locura, pero se tumbó a su lado apoyado en un codo y acarició su precioso pelo, tan espeso y suave como había imaginado cientos de veces.

—Shhh... bonita —susurró junto a su oído. Pareció que lo oía, porque se calmó un poco, pero fue un alivio momentáneo. Un minuto después volvía a revolverse, esa vez restregándose con lujuria contra su cuerpo—. Tranquila —pidió, incorporándose con los dientes apretados, necesitando con desesperación poner distancia entre ambos. Se detuvo de inmediato al escuchar los sollozos a su espalda, y con cierto pánico miró por encima del hombro. De verdad estaba sufriendo, y tendría que ser él quien la ayudara. No podía dejarla en ese estado. Regresó a su lado y secó sus lágrimas con los labios, sorprendido de lo suave que era su piel—. Vamos, cielo, todo va a ir a

bien. Voy a hacer que te sientas mejor. Te lo prometo.

Bajó la cabeza despacio, pero cuando su boca estaba a dos centímetros de la suya se detuvo. No le pareció bien besarla sin su consentimiento. Podía ser una soberana estupidez, teniendo en cuenta lo que pensaba hacerle, pero, aun así, contuvo las terribles ganas de saborearla que tenía, y en cambio siguió descendiendo hasta que sus más que generosos, redondos y preciosos pechos, quedaron a la altura de sus hambrientos ojos. Sin detenerse a pensar en lo que estaba haciendo, porque si no saldría de esa habitación echando leches, sacó la lengua y lamió uno de sus pezones por encima de la gasa azul. Observarlos pintados de rojo le pareció lo más erótico que había visto nunca, y su miembro lo corroboró hinchándose y poniéndose duro como un garrote en cuestión de segundos. Cogió su otro seno y lo apretó con suavidad, contento de saber que lo estaba disfrutando. Y era obvio que lo estaba haciendo, su cuerpo se movía sinuoso bajo el suyo, y sus gemidos de placer llenaban el dormitorio con una canción sensual y atrevida.

Con la respiración entrecortada miró el pequeño e incitante triángulo entre sus piernas. Aunque le hubiera gustado muchísimo poder observar a placer el corto vello rubio, y habría disfrutado como un loco enredando los dedos en la suave mata, reconoció que lo ponía a cien que estuviera totalmente depilada y tuviera completo acceso a su suave carne rosada. Pasó los dedos con delicadeza por sus pliegues, y gimió cuando ella se arqueó en respuesta, requiriéndole más sin palabras. Deseaba más que nada hundir los dedos en su interior y penetrarla con fuerza, pero se había prometido no desvestirla y lo cumpliría. Si la tenía desnuda, sería incapaz de contenerse y no tomarla. Y aquello, sin lugar a dudas, se llamaría violación. Entonces, no sería mejor que H'arün.

Cuando su lengua rozó el clítoris, hinchado y ardiendo, su pene dio un coletazo, incluso constreñido por los pantalones. Hacía rato que la fina gasa se había encharcado y absorbió con rapidez su aroma y su sabor. Era exquisita, dulce y almizclada, y tan entregada que temió no poder contenerse.

Apenas unas pasadas de su lengua bastaron para hacerla llegar a la

culminación, que fue sublime, sin reservarse nada, como el largo grito que acompañó a la elevación de sus caderas y al temblor de sus muslos junto a la cara de Jass, hasta que se dejó caer en el colchón, exhausta y con la respiración jadeante. La estuvo mirando mientras se calmaba, pendiente del continuo vaivén de sus senos al coger aire con desesperación, del exquisito rubor de sus mejillas, de la plácida expresión de su rostro, de sus succulentos labios entreabiertos... No lo pudo soportar. Se inclinó sobre ella y la besó. Como había querido hacerlo desde el primer sueño. Como lo había deseado desde que supo que era real. Como lo había ansiado desde que la viera tumbada en aquella habitación, esperando a un hombre que la satisficiera. La besó y supo que nunca había sabido lo que era un beso de verdad hasta ese preciso instante, aunque sonara cursi y sensiblero. Porque sus labios eran suaves y maleables, y su boca cálida, dulce y acogedora. Y si no se detenía en ese momento, no sería capaz de hacerlo hasta que la hiciera suya por completo. Así que del todo renuente abandonó esa deliciosa boca y se encontró con unos ojos muy claros de un intenso azul mirándolo con intensidad. Se quedó muy quieto.

—Mi príncipe azul —susurró la joven con una sonrisa tan tierna que al corazón se le saltó un latido.

Acto seguido esos ojazos se cerraron y se acurrucó en la cama, al parecer saciada, tranquila y sosegada por primera vez desde que la rescatara. Él, no obstante, estaba frenético. Miró el tremendo bulto de sus pantalones y después a la sexy mujer que acababa de masturbar en su cama, que mostraba todo su cuerpo, con la tela de los pechos y el sexo empapada, y evitando hacer algo que lamentaría para siempre, salió de allí, agonizante, antes de que le fallaran las fuerzas.

Una vez más en el baño, se desnudó con rapidez, y apoyando las manos en la pared de azulejos, dejó que los chorros de agua helada de la ducha se ensañaran con su cuerpo.

CAPÍTULO 2

A la mañana siguiente Lariel se despertó con algo muy parecido a un martillo percutor en el interior de su cabeza dispuesto a trepanarle el cerebro capa a capa. Era una sensación de sobra conocida, y sin duda significaba que el demonio había vuelto a utilizar su adorada droga para convertirla en su esclava sexual, su *hadiya*, como la llamaba con un intenso sentimiento de posesión. Pero ella no era el regalo de nadie, se dijo furiosa, como siempre que regresaba del estupor provocado por aquella sustancia.

Intentó, como en docenas de ocasiones similares, cerrar su mente a los tortuosos recuerdos que sabía llegarían en oleadas de un momento a otro, sin embargo, mientras reparaba en lo pastosa que tenía la boca y lo pesados que notaba los párpados, de repente recayó en que estos no aparecían.

Y entonces supo por qué. Se incorporó de golpe, ajena a las náuseas, a la vez que sentía clavándose en su cerebro un centenar de pequeñas cuchillas, que también ignoró.

La noche anterior el gobernador no se había presentado para violarla, una vez más, utilizando un potente narcótico para neutralizar su resistencia y abusar de ella de la peor forma imaginable. Ya era terrible que utilizara la fuerza bruta, pero que la obligara a ser una prostituta deseosa de complacerlo, que rogaba porque la poseyera durante horas, hasta caer agotada de satisfacción...

Aquello le provocaba arcadas y la hacía sufrir de una manera diferente, a un nivel mucho más profundo que el resto de las vejaciones a las que la sometía, y serían cicatrices como esas, invisibles para el resto del mundo, las que no le permitirían recuperarse jamás.

Pero en lugar del atronador silencio que siempre precedía a sus visitas, había escuchado sorprendida las distantes explosiones, los disparos desde el exterior, la posterior detonación que había hecho temblar toda la estructura

del edificio, y por último el caos en el interior. Había parecido que estaban asaltando la casa, y aunque había sentido una chispa de miedo, esta se había desvanecido con rapidez, no supo si porque estaba grogui, o porque nadie que apareciera por aquella puerta podía ser peor alternativa que el bicho que ya vivía dentro.

Pero nada, *nada*, podía haberla preparado para quién había entrado como una tromba en su dormitorio, destrozando la puerta como los héroes de las películas de acción.

Sencillamente era el hombre más guapo e impactante que había conocido en toda su vida. Por supuesto aquello no era cierto, se dijo con mofa. Había estado de droga hasta las cejas, y tan excitada y necesitada de sexo que hasta el afeminado de Superman, con sus mallas ajustadas y su engominado tupé, le habría parecido un adonis. Y ni qué decir tenía que el extraño de los ojos verdes, que habían destacado de manera casi sobrenatural en aquella cara pintada de negro, no era su prototipo de hombre. Aunque debajo de esa capa de pintura pudiera haberse adivinado qué era lo que había. Salvo por sus anchísimos hombros, su descomunal pecho y sus abultados bíceps, todo ello marcado a la perfección por la camiseta elástica que se pegaba a aquel conjunto como si fuera su propia piel. Y la parte inferior estaba igual de bien. Muslos fuertes y gruesos, repletos de trabajados músculos, piernas largas y pies grandes.

Pero era la mirada de esos ojazos verdes lo que la tenía hechizada. Había deseo, sí, descarnado y fiero. Pero también admiración, curiosidad, respeto, ternura y un deje de incredulidad. Y también un par de emociones que no pudo discernir. Sin lugar a dudas era un hombre peligroso, pero instintivamente supo que no para ella.

Resopló. Menuda idiota. Ese tipo se la comería en medio minuto si no tenía cuidado.

Intentó echar mano de la vergüenza que debiera sentir por el modo en que se le había ofrecido. Por fortuna, a pesar de todo su empeño, él se había negado en redondo a aceptar sus proposiciones, y una vez sin ese corrosivo

narcótico corriendo libre por sus venas, se sintió tan agradecida por su evidente rechazo que se le nubló la vista y se mareó. Haber estado con otro hombre aparte de H'arün habría sido más de lo que habría podido soportar.

E intentó no escuchar el graznido estridente de su dolorida cabeza que decía que una vez duchado y sin esa ridícula pintura de guerra, *sí* era el hombre más guapo que había conocido en toda su vida.

—¿Cómo se encuentra hoy? —Dio un respingo al escuchar aquella voz. La noche anterior la había escuchado las suficientes veces como para saber a ciencia cierta quién era el dueño. Y ese tono grave y ronco recorrió su espina dorsal, bajó hasta el final de esta, y la aturdió aún más. Giró la cabeza despacio hacia la derecha y vio su silueta, ya que al darle el sol de lleno todo él quedaba en sombras.

—Bien —mintió, porque no tenía sentido quejarse. El hombre se acercó despacio y, cuando llegó a su lado, se detuvo. No se sentó en la cama y lo agradeció. Alzó la mirada hacia él y contuvo la respiración. Era aún más atractivo de lo que recordaba, y la observaba con preocupación y cautela. Ante eso último sonrió—. No voy a abalanzarme sobre usted —prometió con solemnidad, utilizando los mismos formalismos que él, a pesar de que la noche anterior ambos se habían tuteado. Las comisuras de los labios masculinos, finos y sensuales, se alzaron de forma imperceptible.

—¿Seguro? —Ella asintió, aunque nerviosa ante ese simulacro de sonrisa. Se levantó por el otro lado y puso toda la cama como barrera entre ellos.

—Vuelvo a ser la señorita educada en prestigiosos colegios de pago, y no una puta en celo suplicando porque me echen un buen polvo. —Toda expresión de regocijo se esfumó del rostro masculino y, sin pensarlo, rodeó aquel supuesto insalvable obstáculo y se acercó tanto a ella que sus narices casi se tocaban. Al instante la expresión de la joven se transformó en una máscara de terror, y con una exclamación ahogada retrocedió con rapidez para apartarse. Como toda su atención estaba centrada en él, no miró hacia donde se dirigía y tropezó con un pequeño escabel a su espalda. Sintió que perdía el equilibrio y se preparó para la inevitable caída, pero aquel hombre

que la ponía tan nerviosa con su sola presencia alargó la mano con una velocidad sorprendente, agarró su brazo, y consiguió estabilizarla, todo en cuestión de segundos. En cuanto estuvo seguro de que estaba bien, la soltó, casi como si quemara, y se alejó un par de pasos. Pero no fue hasta que lo miró que comprendió que de algún modo, como mínimo, lo había insultado. Cerró los ojos un instante. No quería dar explicaciones —no sobre eso al menos—, pero dado que ese hombre la había salvado de un destino infinitamente peor que la muerte —y esa no era simplemente una frase socorrida de las novelas románticas, sino que en su caso era del todo literal—, supuso necesario calmar su ego herido—. Yo... no me siento cómoda en algunas situaciones que para cualquier otra persona son por completo normales. No es nada personal. —Lo miró de refilón y lo vio apretar la mandíbula. Al parecer su disculpa no le servía. Pues no tenía más para ofrecerle.

—No pasa nada —dijo en cambio, sorprendiéndola—. En cuanto a anoche, sé que estaba bajo los efectos de un afrodisíaco que evitaba que actuara como usted misma, pero en ningún momento se comportó como una prostituta. —Lariel esbozó una sonrisa triste.

—Le agradezco su amabilidad y discreción, pero no es necesario. Me han forzado a tomar esa droga demasiadas veces, y le aseguro que mis recuerdos posteriores son muy nítidos. Sé cómo me comporto cuando la llevo dentro —añadió con un dejo de amargura en la voz que a él le royó el alma.

—Lariel... —Ella alzó la cabeza al escuchar su nombre saliendo de sus labios.

—¿Quién es usted? —Aquellos preciosos ojos verdes parpadearon.

—¿Disculpa? —Sin querer volvió a tutearla.

—No sé quién es, ni por qué me rescató ayer, ni dónde estoy, ni... nada. —Jass detectó el pánico oculto entre la confusión, la incertidumbre y la inquietud en su tono, y maldijo para sí. Apenas había dormido, estaba cansado, tenía hambre, y se sentía del todo descolocado por la belleza de pie ante él. Aún no conseguía hacerse a la idea de que estaba sana y salva a su

lado, de que podía tocarla si se atrevía a extender los dedos. «Y excitado» reconoció, echando una mirada rápida a lo que su exiguo atuendo mostraba con mucha más claridad a la luz del día. Recordó entonces lo que había llevado consigo al entrar en la habitación.

—Eso es para usted. Cuando esté lista, hablaremos. —Señaló con la cabeza a su derecha y ella siguió su mirada, hasta que reparó en el pequeño montón de ropa doblada con pulcritud a los pies de la cama.

Escuchó el sonido de la puerta que se cerraba y miró hacia allí solo para confirmar que se había marchado, tan silencioso como el humo.

Se echó un rápido vistazo y dejó escapar un gemido agónico. Había olvidado que esa alimaña había ordenado ese atuendo en particular, el que reservaba para cuando deseaba humillarla de un modo absoluto, y que bajo ninguna circunstancia debía ser lucido fuera de su dormitorio. Demasiadas veces había tenido que ponerse los breves y diáfanos trozos de gasa, y Jadiya lo hacía solo cuando la potente poción había hecho su efecto, si no, sabía que sería imposible vestirla con aquella indecencia. ¿Vestirla? Se miró en el espejo de cuerpo entero situado en una esquina, reparando de inmediato en los pezones pintados de escandaloso rojo que destacaban bajo la transparente tela azul. Maldita vieja del demonio. Cumplía las órdenes del amo con extrema precisión y esmero, y esas eran no limitarse a tentar, sino a volver loco de deseo a un hombre, exacerbar sus pasiones más elementales hasta que no quedara en él más que una lujuria salvaje y primitiva. El instinto de poseer... Lariel había aprendido hacía mucho a fingir que no le importaba la ropa sensual y atrevida con la que el embajador la vestía. Allí nunca iba nadie aparte de Usama, Jadiya y los guardias, y estos últimos se salvaban mucho de mirarla, no fuera que H'arün se enterara y les arrancara los ojos con una cuchara mientras silbaba una alegre y pegadiza melodía árabe. Pero los atuendos *especiales*, como ese, eran otro tema. Había destrozado tres antes de que la anciana comprendiera que nunca se los pondría estando en plena posesión de sus facultades, así que le suministraba el afrodisíaco, cada vez ingeniándoselas mejor para camuflar el asqueroso sabor, y esperaba con

paciencia a que comenzaran los efectos. Entonces podía hacer con ella lo que quisiera. Igual que H'arün.

Con un escalofrío, y reconociendo la pequeña chispa de temor que vio en los ojos de su imagen reflejada en el espejo, se quitó esa ropa que tanto detestaba con la mayor celeridad que pudo, deseando deshacerse de ella cuanto antes, pero también preguntándose si su reciente salvador perdería la paciencia y entraría de un momento a otro.

Tenía ganas de ducharse, de borrar cualquier rastro de aquella casa, de exorcizar sus recuerdos en agua hirviendo, pero se conformó con unas pasadas rápidas con aquella tela azul mojada en la jarra de agua que había sobre la mesa para quitarse aquel horrible y chillón tono rojo y el asfixiante y dulzón perfume que tanto le gustaba a su captor. El indecoroso conjunto quedó irremediabilmente estropeado y lo tiró al suelo, ansiando, en una actitud bastante infantil, subirse encima y pisotearlo con saña. Lo detestaba con toda su alma.

Cogió la primera prenda del montón y un suave suspiro de placer salió de sus labios. Era una camisa de manga corta en color beige, holgada y ligera, de corte un tanto masculino, y sin necesidad de probársela supo que era de su talla. Había unos pantalones haciendo juego, un cinturón y un sujetador y unas braguitas tipo *culotte*, ambos de algodón, también en el mismo tono pajizo. Se sonrojó un poco ante la lencería, sobre todo cuando comprobó que le quedaba perfecta, pero estaba tan agradecida de tenerla que hizo a un lado la vergüenza. En el último año no le habían permitido usar ropa interior de ningún tipo, y mientras las cómodas prendas se ceñían a sus curvas, sujetando lo necesario, por ridículo que pudiera parecer se sintió protegida. Y abrumada.

Terminó de vestirse y volvió al espejo, incapaz de congraciarse con la imagen que le devolvía. Aquella mujer que la miraba confusa y asustada, con sus enormes ojos azules cargados de pena, sufrimiento y traumas, no se parecía en nada a la muchacha divertida y despreocupada de Nueva York, aquella que una vez creyó que el mundo se postraba a sus pies para que

jugara a ser quien quisiera.

Por eso había terminado empresariales mientras proseguía sus interminables estudios de piano, porque no tenía claro lo que quería hacer con su vida. ¿Pero quién lo hacía a los veintiún años? Por un lado estaba su pasión por el piano, el cual comenzó a tocar a los tres años, y por otro las enormes ganas de tener un nexo en común con su padre, razón por la que se había decantado por esa carrera, para poder trabajar en alguna de sus muchas empresas, por más que él se empeñara en decirle que no le importaba si no seguía sus pasos, que sería inmensamente feliz sentándose en primera fila en cualquier auditorio, teatro o sala de conciertos del mundo, escuchándola tocar entre los más grandes. La confianza que sus padres tenían en ella era infinita y preciosa, y la hacía sentir querida y especial. De repente las lágrimas se arremolinaron en sus ojos, peleándose entre ellas por ser la primera en romper la línea de salida.

Hacía mucho tiempo, demasiado, que no se permitía pensar en las dos personas más importantes de su vida. Se llevó la mano al cuello, en un instinto reflejo, y el dolor sordo, que llegó como siempre que se daba cuenta de que el colgante no estaba, la quemó como un grueso hierro al rojo vivo.

Dejó escapar un jadeo ahogado cuando descubrió al soldado detrás de ella, y con un gesto brusco borró las lágrimas de sus mejillas con el dorso de su mano antes de girarse y enfrentarlo.

—He llamado —se justificó él con voz tensa—. Varias veces.

—Está bien —aceptó sin mirarlo. Pero no le quedó más remedio que hacerlo cuando vio su amplio pecho a pocos centímetros de ella. Sintió como todo su ser se tensaba en respuesta, en crudo rechazo, y supo que también él lo estaba notando—. Gracias por la ropa —musitó, sintiéndose tonta y cobarde.

—No es gran cosa...

—Es una mejora considerable frente a lo que me he visto obligada a llevar durante mucho tiempo. Para mí es mucho. —Jass se sintió humilde. Sabía que estaba acostumbrada solo a lo mejor y, sin embargo, su agradecimiento

por el simple conjunto parecía genuino. Se encogió de hombros.

—Es sencillo y cómodo. Hasta que estemos en Estados Unidos, tendrá que conformarse con el algodón y el poliéster. —A Lariel le enterneció que se disculpara por algo así, y se encontró sonriéndole.

—¿Nada de modelitos de alta costura, o unos Manolo Blahnik de tacón de aguja de doce centímetros de altura? ¿O al menos un par de transparencias? —preguntó con un exagerado puchero imposible de no adorar. Él curvó los labios. Solo un poco, pero lo suficiente para que se sintiera victoriosa.

—Me temo que no. —El suspiro femenino fue pesado, y aunque no se lo propusiera, sensual.

—Será difícil hacer la danza del vientre sin los accesorios adecuados —Lo estudió por entre sus largas y tupidas pestañas—. Aunque no imposible. —La carcajada masculina fue fuerte, rica, sensual y gloriosa. Ella lo miró asombrada, aunque no porque lo escuchara reír por primera vez, sino por haberse atrevido a coquetear después de todo lo que había vivido. La expresión risueña se esfumó en un abrir y cerrar de ojos, y aunque Jass tenía unas ganas tremendas de saber si de verdad sabía hacer ese baile exótico y carnal, se mordió la lengua. Con la mano la invitó a tomar asiento, y cuando lo hizo la observó.

—¿Tiene idea de por qué está aquí?

—Es obvio que me han rescatado. ¿Mi padre? —preguntó con una ansiedad que hacía daño. Asintió, confirmándolo, y ella dejó salir el aire que había estado reteniendo sin darse cuenta— ¿Está... Están bien? —Jass sintió, de verdad lo sintió, cómo su corazón se detenía durante varios segundos seguidos. Después se puso en marcha a una velocidad endemoniada y amenazó con colapsárselo. ¿Cómo se le decía a una criatura inocente y frágil que había pasado un año de su vida en un infierno de violaciones y vejaciones continuas, que de manera indirecta había sido la causante de la muerte de su madre? Él no iba a hacerlo —no le correspondía—, e incluso sería peligroso si, como sospechaba, la noticia le provocaba una crisis. Tenían que pasar desapercibidos, y no era el momento ni el lugar para contárselo.

—Estoy aquí porque Nathaniel me lo pidió —mintió, obviando que había sido idea suya ir a buscarla—. Su desaparición supuso un duro golpe para todos —se limitó a decir, sabiendo que no había notado su ambigüedad, o que no había contestado a la cuestión—. Desapareció sin dejar rastro, como si se la hubiese tragado la tierra. —En su voz se detectaba una pregunta, un filo incisivo, quizá la duda atormentada de quien se cuestiona si su marcha había sido por decisión propia. Se tragó la bilis que le subía por la garganta al recordar el terror oscuro que sintió cuando la arrancaron de su entorno y su país, y la desgarradora certeza de que moriría, indefensa y sola, durante aquellos angustiosos días posteriores, cuando la esperanza de ser devuelta a sus seres queridos tras el pago de un sustancioso rescate le fuera arrancada sin piedad. Aquel monstruo le dejó muy claro desde el principio que a partir de entonces era suya para lo que deseara hacer con ella. Su *melekia*. Y no pensaba dejarla libre nunca. Levantó la mandíbula, orgullosa y enfadada.

—Atrévase a preguntarlo —lo retó, estupefacta con su propia actitud. Había aprendido a fuerza de golpes a ser sumisa, en realidad había hecho de ello todo un arte después de sus iniciales rebeliones y sus consiguientes consecuencias. Pero ese hombre, al que solo unas horas después de haberlo conocido le debía ya tanto y al que, para cuando acabara esa travesía, sabía que ni todo el dinero de su padre sería suficiente para cubrir esa deuda, acicateaba algo en su interior, algo turbulento y peligroso que no había sabido que poseyera siquiera, y lo agitaba y mezclaba hasta que la aleación alcanzaba un nivel muy próximo a la combustión espontánea. Y entonces se dejaba llevar por sus emociones. Que en la mayoría de ocasiones y en el mejor de los casos eran bastante inestables.

Jassmon ya tenía su respuesta. La había vislumbrado en las profundidades de esos ojos azules, tan parecidos a las inverosímiles aguas de la isla de Palmerston. Había descubierto aquel increíble lugar en uno de sus frecuentes vagabundeos por el mundo, cuando la monotonía de su vida lo agobiaba tanto que creía que moriría de aburrimiento.

Le encantaba su trabajo. Investigar, crear, innovar, mantenerse siempre a

la cabeza frente a sus competidores en el mercado, fuera lo que fuere en lo que su mente estuviera ocupada en ese momento.

Pero había veces en las que ... todo aquello no le bastaba. Se sentía cansado, inquieto, hastiado, molesto, incompleto. Solo. Entonces, llenaba una bolsa con lo imprescindible, hacía oídos sordos a la jauría de asesores que le gritaban que no podía marcharse sin más durante meses para dejar abandonado su imperio como si tal cosa, y conducía de manera frenética hacía el aeropuerto, donde tenía tres aviones privados siempre listos para despegar. Y al sentir los mandos en sus manos todo dejaba de importar, al menos durante un tiempo. Las sensaciones no desaparecían del todo, quedando en un rincón de su conciencia, pero eso le permitía continuar otros cuantos meses, quizá un año, hasta que la llamada salvaje regresaba, tronando en su pecho como tambores lejanos, y él volvía a desaparecer.

De nuevo le vino a la memoria Palmerston, perteneciente a las Islas Cook, y en concreto su isla más grande, un pequeño paraíso habitado tan solo por sesenta y dos personas, descendientes todas de un solo hombre que se había casado con tres mujeres de la misma familia a finales del siglo xix. Sin ningún esfuerzo visualizó sus hermosas aguas turquesas, las cuales le recordaban con total nitidez a los ojos de Lariel. Eran unos ojos atormentados, embebidos de dolor, tragedia, y una lacerante tristeza. Ojos demasiado viejos para alguien tan joven. Y se maldijo profusamente por haber dudado cuando sabía que ella era incapaz de darle la espalda a su familia y huir sin más.

—Yo... —No sabía qué quería decirle. Una disculpa tal vez. Bien sabía que la merecía, pero no estaba acostumbrado a darlas, y las palabras se le atascaban en la garganta.

—No se apure, no me ha herido, así que ahórreselo. —Lucía el porte de una reina y volvía a utilizar el ataque para defenderse, pero Jass detectó la vulnerabilidad en el temblor de su labio inferior. Y sus manos estaban apretadas entre sí con fuerza sobre el regazo.

—He sido un imbécil, señorita Rosdahl, y le pido perdón. —Captó el

breve atisbo de sorpresa reflejado en su rostro—. Mi nombre es Jassmon Seveages, y le aseguro que entre los ocupantes de esta casa está entre amigos. Todos daríamos la vida por protegerla, y nos aseguraremos de que llegue sana y salva junto a su familia. —dijo con tranquilidad y suavidad, sin molestarse en fingir sinceridad, puesto que cada una de sus palabras salía del corazón. Notó que ella se relajaba de forma visible.

—Hablando de eso. ¿Por qué no hemos salido ya del país?

—No voy a mentirle. Nos están buscando detrás de cada piedra y, por supuesto, el aeropuerto, los ferrocarriles y las carreteras que salen de la ciudad están demasiado vigilados para intentar nada ahora mismo, aunque nos separáramos. No es necesario mencionar que ninguno de nosotros entró con un visado pero, aunque consiguiéramos atravesar los puestos de control, usted está marcada.

—¿Entonces? —preguntó, sin importarle que la fragilidad en su voz fuese tan obvia.

—Tendremos que huir a pie —explicó con una pequeña sonrisa. La mirada de la joven se quedó enganchada a la verde esmeralda, casi hipnotizada por aquellos ojos grandes de largas y oscuras pestañas. Parpadeó repetidas veces.

—¿A través de toda Arabia? —susurró confundida.

—Solo hasta Iraq. Allí es donde tenemos escondido el avión con el que la llevaré de vuelta a su hogar. —Lariel se puso de pie de un brinco, las manos en las caderas y una mirada entre indignada y asombrada.

—¿¡Qué!?! —Movié las manos en un vano intento de expresarse. Al fin se dio por vencida y las dejó caer a ambos lados del cuerpo. Le dio la espalda, y por el movimiento de sus hombros supo que estaba tratando de controlarse antes de volver a hablar. «Porque no estará llorando, ¿verdad?». Cuando se dio la vuelta de golpe, suspiró, aliviado de no encontrar un rostro surcado de lágrimas, pero eso fue antes de enfrentarse a unos ojos azules furiosos—. ¿Pretende atravesar andando el desierto y cruzar a un país enemigo? ¿Con H'arün pisándonos los talones? Estamos hablando de ¿cuánto? ¿Mil

kilómetros? —Jass se cruzó de brazos mientras admiraba a la fierecilla, preciosa en todo su esplendor.

—Cerca de mil trescientos, según el trayecto que he elegido, y contando con los tramos que no son aptos para ir andando y que tendremos que vadear. Pero más o menos esa es la idea. No se preocupe, estamos entrenados para esta situación.

—¿De cuántos hombres dispone? —preguntó, conmovida por su respuesta.

—Doce conmigo. —Las reacciones fueron sucediéndose en cadena. Primero sus ojos se abrieron con algo muy parecido al espanto, después las pupilas se le dilataron, incrédulas, luego llegaron los estremecimientos que la atravesaron de la cabeza a los pies y que intentó ocultar con valentía. Lo supo porque la vio endurecer todo el cuerpo en respuesta. Dio un paso hacia ella, dispuesto a protegerla hasta del miedo más irracional, pero una mirada de esos ojos angustiados bastó para detenerlo, recordándole que no lo quería cerca. El pecho se le desgarró mientras miraba cómo se dejaba caer al suelo, deslizándose con agonizante lentitud a lo largo de la pared que tenía a su espalda hasta que quedó sentada sobre las frías baldosas, agarrándose las rodillas flexionadas, la viva estampa de una niña desamparada y asustada. Sola en el mundo.

—¿Doce contra cientos? —murmuró tan bajo que tuvo que acercarse y ponerse a su altura para poder escucharla—. Él es poderoso, y conoce el país como la palma de su mano.

—Lariel. —Utilizó un tono de voz grave y contundente para conseguir su atención. Lo miró, pero apenas pareció percatarse de su presencia.

—Conocemos los riesgos. Pero entienda que este grupo está formado por soldados de élite, especializados en misiones de alto riesgo. —Se estiró para agarrar su mano, sin importarle que a ella no le gustara—. Vamos a sacarla de aquí. Se lo prometo. —La muchacha lo miró con una fijeza desconcertante durante tanto tiempo, sin un solo parpadeo, que creyó que se había quedado en trance. Al final asintió muy despacio.

—Nos va a dar caza como a animales —decretó con absoluta convicción, soltándose con suavidad de su agarre.

—No confío mucho en que vaya a tomarse la molestia de seguirnos, una vez que dejemos el centro.

—Oh, lo hará, se lo garantizo.

—¿Por qué está tan segura?

—Porque me quiere. —Jass no movió ni un solo músculo. Ni siquiera pareció que respirara. Simplemente se la quedó mirando durante dos minutos enteros.

—Está de coña, ¿no? —Su tono frío y tenso fue el único indicio de lo molesto que estaba. Como única respuesta ella alzó una de sus finas y arqueadas cejas—. *Eso* nunca, bajo ningún concepto, podría ser considerado amor —sentenció, recordando la escena de la terraza. Lariel sintió un escalofrío ante su obvia repugnancia, y dejó salir el aire de manera entrecortada.

—Depende de cómo tengas la mente de enferma —comentó tranquila. Demasiado tranquila para el gusto del hombre. Después de todo lo que había pasado a manos de ese hijo de puta, le parecía inconcebible que pudiera estar hablando de ello como si comentaran el último estreno en Broadway—. Lo cierto es que H'arün removerá cielo y tierra para recuperarme.

—No quiero ser grosero, pero tiene dos esposas y nueve concubinas, así que no entiendo que vaya a armar un revuelo por una más o menos. Reconozco que es una flor exótica y única en un jardín aburrido y monocromo, pero ¿arriesgarse a un baño de sangre solo por su orgullo herido? ¿O a un conflicto internacional con una potencia como Estados Unidos?

—No lo entiende. El orgullo es en extremo importante para un hombre como H'arün, pero no se trata solo de eso. Soy su *melekia*, su propiedad. Le encanta llamarme así, susurrármelo al oído cuando estamos... —Su voz se quebró, rota por la emoción. Jass se acercó y acarició su mejilla con suavidad, aunque lo que deseaba era abrazarla con fuerza y consolarla. De

inmediato ella echó la cabeza hacia atrás como un animal asustado, y terminó golpeándose contra la pared. El miedo titilaba en el azul de sus ojos—. Por favor, no me toque —susurró, desesperada. Jass bajó la mano despacio, pero no aumentó la distancia entre ellos.

—Lariel, es libre. Esa basura no podrá alcanzarla nunca más. —La joven esbozó una pálida sonrisa, tragando con esfuerzo ante su cercanía.

—A menos que me coja de nuevo —musitó con voz débil.

—No dejaré que vuelva a ponerle un dedo encima. Ninguno lo consentirá —prometió con fervor. Ella se levantó y fue hasta la ventana, incapaz de soportar el calor que emanaba del cuerpo masculino.

—Mi padre debe de pagar bien. —De espaldas a él no se percató de la repentina rigidez de su mandíbula, ni de cómo apretaba los puños a los costados de su cuerpo, pero no pudo obviar el espeso silencio que inundó la habitación. Se giró, enfrentándolo—. ¿Qué? ¿Hay quejas entre el personal? —Los ojos esmeralda refulgían, pero después de un momento se calmó. Apoyó el hombro en una de las columnas de la cama y se cruzó de brazos, tranquilo e indolente, pero a ella le pareció un tigre a punto de tirarse a por su presa.

—El dinero es suficiente, y mi gente está entrenada para cumplir su misión bajo cualquier circunstancia. —Su mirada felina la perforaba, obligándola a retener el aliento—. ¿Es así como se protege, Lariel?

—¿De qué está hablando?

—De ese sarcasmo que sorprende en un primer momento porque no le pega nada. Descoloca a los demás y les hace olvidar su objetivo. —Sintió el corazón galopando descontrolado en su pecho, aunque no permitió que él lo notara—. Pero usted no es brusca ni mordaz.

—¿Y lo sabe porque...? —Le provocó con una sonrisa irónica que no llegó a sus ojos. Él se la devolvió.

—Porque he interrogado a la mayoría de sus amigos y me han hablado de una joven muy diferente a la que tengo enfrente. Porque he visto docenas de fotografías tuyas que mostraban una personalidad que no consigo reconciliar

con la mujer a la que estoy mirando. Porque Nathaniel me habló con cariño y devoción de su «chicazo», una muchacha dulce, cariñosa, exuberante, romántica, generosa, amable, paciente, y tantas otras cosas que podría pasarme las próximas horas enumerándolas. Todas esas personas no pueden estar equivocadas. Y eso solo puede significar que esto... —La señaló con un gesto envolvente de sus manos—. No es más que una pantalla de humo.

—O —rebatí, acercándose a él mucho más de lo que lo había hecho con cualquier ser humano en meses—, que ya no soy la misma persona que ellos conocían.

Jass la observó con algo pesado y duro cerrándose alrededor de su pecho. A decir verdad, sus ojos no parecían los mismos. Tenían la misma forma y color, pero en el resto, en lo más vital, habían cambiado. Eran más duros, más tristes, más expertos, más traumatizados. Mucho más cansados. Ya no poseían esa cualidad que tanto lo fascinaba, la de la inocencia más absoluta, ni la confianza ciega del que nunca ha sido traicionado. Desde el primer momento se había sentido atraído por su candidez y dulzura, y según parecía había perdido todo eso y dejado solo a su paso la amargura, el recelo y el miedo. Pensó, mientras sentía una furia ciega abrasando sus venas, directa a su corazón, que mataría a ese cabrón solo por eso.

Era muy consciente de que Lariel le tenía miedo y eso lo consumía, lo encolerizaba y lo enfermaba. Jamás, bajo ninguna circunstancia, por extrema que fuera, le haría el más mínimo daño. Sin embargo, convencerla de ello iba a ser una tarea hercúlea, a juzgar por cómo saltaba cada vez que se acercaba a más de dos metros de ella.

Por supuesto, sabía que no solo le temía a él, sino a todos los hombres sexualmente activos. La noche anterior había sido la excepción, ya que la droga había eliminado de manera temporal la amenaza, permitiéndole estar rodeada por los miembros del equipo, no obstante, cuando saliera de ese cuarto iba a ser una tortura tener que convivir con una docena de tipos rudos y hasta arriba de testosterona.

Era lógico y esperado que una víctima de repetidas violaciones sufriera secuelas como aquella, pero no hacía que doliera menos. Cada vez que se enfrentaba a sus ojos asustados le entraban ganas de estampar el puño en algo, a poder elegir de carne y huesos, y la imagen del guapito y grandilocuente gobernador aparecía siempre como el perfecto candidato a saco de boxeo.

La miró de reojo, su postura era sin duda defensiva, aunque ella no se diera cuenta, y eso era lo que más lo molestaba, que le saliera por instinto. Se pasó la mano por el pelo, irritado y muy, muy frustrado, necesitando algo de acción, o quizá hacer algo tremendamente estúpido, porque ya empezaba a notar esa insatisfacción que lo carcomía desde adentro y que no se detendría hasta que tomara cartas en el asunto y lo solucionara, al menos por un tiempo. Y no estaba en la mejor de las situaciones para enfrentarse a ello.

—Lariel, debe entender que no podemos salir de aquí de otro modo. Si fuera posible, no tomaríamos el camino difícil solo para poder golpear nos el pecho y vanagloriarnos ante nuestros amigos de que *lo hicimos*, palmeándonos la espalda los unos a los otros y haciendo muescas en nuestros machetes. —Se arriesgó a mirarla y lo sorprendió la enorme sonrisa que lucía. Parecía a punto de echarse a reír. Era preciosa. Simple y llanamente la mujer más hermosa que había visto en su vida. Y se había liado con unas cuantas, admitió sin problemas. Su fortuna, su fama, su físico, y su carisma atraían a las féminas como un potente afrodisíaco. No había noche que saliera en busca de un poco de diversión y desahogo, y no terminara asediado por un enjambre de hembras ansiosas. Y bueno, él era un hombre complaciente, así que bastaba decir que nunca se marchaba solo a casa. Pero entre las docenas de supermodelos, cantantes internacionales, actrices famosas, o el resto de la larga lista de sus conquistas, ninguna podía soñar con superarla en belleza. Cabeceó, en un intento por despejarse—. ¿Lo entiende? —preguntó con cautela, porque ella pasaba de tener más púas que un erizo, todas levantadas en señal de ataque, a parecer un gatito mimoso.

—Claro que lo comprendo. Pero nos va a costar la vida. —Su tono no era

cortante ni severo, solo mostraba la realidad tal y como ella la veía, sencilla y desnuda.

—Por lo visto no confía demasiado en nuestras habilidades. Ni en las ganas que tenemos de seguir en este mundo, por muy corrompido que esté.

—La joven se encogió de hombros de manera coqueta, en un gesto que para ella no significaba más que indiferencia.

—Supongo que en su profesión no se tiene una esperanza de vida muy grande. Y si H'arün Solaymán Bin Shahin te quiere muerto, le aseguro que solo es cuestión de tiempo.

—Bueno, puede que la fama de los hombres de esta casa no se haya extendido hasta este remoto país, pero *yo* le garantizo a usted, señorita Rosdahl, que *siempre*, y repito, *siempre*, terminamos con éxito nuestras misiones. Y nuestra misión en este momento es llevarla sana y salva a casa con su padre. —Sus ojos, fríos como el hielo y duros como el acero por primera vez desde que lo conociera la noche anterior, la atravesaron de fuera a dentro, y rasgaron algo en su interior, algo muy parecido a su alma. Con un grandísimo esfuerzo logró ocultar el leve sobresalto que la embargó, así como el ligero temor que esa inesperada e injustificada mirada conllevó—. Y hasta los amorosos y ansiosos brazos de su prometido. —Esa vez Lariel no tuvo que cerciorarse de que él hubiera salido, sigiloso como un fantasma. El fuerte portazo resonó por toda la casa.

CAPÍTULO 3

Cuando los enérgicos golpes sonaron a través de la puerta, Lariel se llevó la mano al pecho, donde su vergonzoso y cobarde corazón tronaba como si fuera a darle un infarto. Después de musitar un débil «Adelante» se regañó por ser tan patética, recordando como algo muy lejano los días en que el mundo era de color rosa y ella se sentía exultante, rebotante de poder y seguridad en sí misma. En la actualidad, una llamada a la puerta y se moría de miedo.

Pero cuando esta se abrió y un hombre alto, de pelo largo y oscuro y ojos pardos comenzó a entrar como si estuviera en su casa, mirándola de arriba abajo, se encogió interiormente y, por la mirada divertida de él, supuso también que de manera bastante obvia.

—Hola —saludó con aire informal, deteniéndose en el centro del cuarto, a tan solo unos pasos de ella—. Soy Philippe Lasserre, pero puedes llamarme Phil. —Se quedó mirando su mano extendida, incapaz de animarse a cogerla y estrechársela como sabía dictaban las buenas maneras, pero él seguía inmóvil, observándola con esos ojos risueños, como si supiera con exactitud lo que ocurría y pensara seguir presionándola hasta que consiguiera lo que quería. Con toda la renuencia del mundo lo hizo, y su mano se perdió entre la de él, enorme y caliente, y aunque intentó retirarla tras el primer roce, por supuesto no se lo permitió, reteniéndola sin esfuerzo y, tuvo que reconocer, sin utilizar la fuerza—. Es un placer conocerte, señorita Rosdahl. —Estaba segura de que no escucharía a ese hombre llamarla así en muchas ocasiones, las sutilezas y formalidades no parecían ir con él. Más bien diría que estaba intentando tranquilizarla. Y se sorprendió descubriendo que lo estaba consiguiendo. Su cuerpo se relajó un tanto, sobre todo cuando por fin la soltó y se cruzó de brazos. De forma inconsciente se frotó la mano contra el pantalón, en un obvio gesto de rechazo. Philippe echó la cabeza hacia atrás y

soltó una sonora carcajada, masculina y sensual. La antigua Lariel habría disfrutado de la visión del hombre viril que exudaba sexualidad, poder apenas contenido y gracia felina, y habría reconocido sin problemas que era un tío guapo hasta decir basta, con un cuerpo de escándalo, y hasta habría pedido una servilleta, o incluso un mantel, para limpiarse la baba. Pero la pusilánime sombra en la que se había convertido solo podía ver el peligro que los hombres como él representaban y alejarse cuanto podía, sabiendo que no tendría posibilidad alguna de defenderse si levantaba la mano hacia ella. Y aquello la llenaba de pavor, la única emoción predominante en su mísera vida. Supuso que el soldado notó el cambio porque su expresión divertida se evaporó, sustituida por otra difícil de interpretar, pensativa, analítica—. He venido a acompañarte a la mesa. Es la hora de comer y te has saltado el desayuno.

—Preferiría hacerlo aquí —afirmó. Los ojos marrón claro, de color intenso y llamativo, siguieron fijos en ella, lo que la incomodó, como si pudieran leer su mente y ver todas sus debilidades.

—Nadie en esta casa va a hacerte daño, Lari, ni a permitir que otros te lo hagan. —Quiso gritarle que no la llamara así, que solo eran un par de extraños unidos por un terrible giro de los acontecimientos. Que ese era el apodo por el que la llamaban sus amigos y, por supuesto, él no se encontraba entre ellos, pero fue solo por un momento. Mientras sus miradas chocaban, y leía sinceridad y preocupación en la suya, se sintió reconfortada de un modo extraño al escuchar algo familiar entre toda aquella locura. H'arün la había obligado a deshacerse de todo su pasado para que no pudiera aferrarse a nada, para que solo pudiera agarrarse a él, y allí estaba Philippe, tendiéndole la mano, figurada y literalmente, para que empezara de nuevo. Miró su mano alzada de nuevo, y sabiendo que no podía hacer otra cosa negó con la cabeza. Él sonrió—. No puedes esconderte de la vida para siempre, muchacha. Algún día tendrás que salir de tu caparazón y volver a vivir. Tendrás que enfrentarte al dolor y superarlo, o te tragaré viva. —Se dirigió a la salida con tranquilidad, como si estuviera hablándole del tiempo y no de su tragedia

personal. Al llegar a la puerta la miró por encima del hombro, la expresión risueña había regresado—. Puedes empezar por comerte un plato de espaguetis con albóndigas. Lo ha hecho Jass. —La joven se quedó mirando el vano vacío y una sensación familiar de ahogo se apoderó de ella. Sabía que no podría traspasarlo, en esos momentos ni siquiera sería capaz de recorrer los pocos pasos para cerrar la puerta y resguardarse en el interior del dormitorio. De repente se había dado cuenta de que estaba encerrada con doce desconocidos, y si debía hacer caso a los vagos y difusos recuerdos de la noche anterior, y teniendo en cuenta cómo eran los dos con los que había tenido contacto esa mañana, serían del tipo todo músculos y dominación. «Ay, Dios, está al borde de un ataque de pánico y no podrá dominarlo sin Jadiya. A propósito, ¿dónde está esa mujer cuando se la necesita?». La cabeza morena de Phil se asomó lo suficiente para poder ver dentro de la habitación, alzando una ceja con arrogancia—. Entonces, ¿te gusta la pasta?

Jass murmuró una sarta de maldiciones en chino tan larga que estuvo sus buenos tres minutos divagando sin repetir ninguna palabra obscena, aprovechando que mezclaba los ingredientes para la salsa.

Lo hizo en voz baja porque sabía que sonaba ridículo y que, si alguien lo escuchaba, lo tomaría, como mínimo, por loco. Y las recitó en ese idioma tan complicado porque de los otros que conocía tenía algún exponente en la casa que podría entenderlo y traducir al resto. En realidad, era toda una hazaña, meditó. No saber tantas palabrotas en chino, sino ser capaz de hablar en una lengua que nadie comprendiera allí. Por fortuna para su orgullo hablaba con fluidez seis idiomas aparte del suyo.

Comprobó que las albóndigas no se hicieran demasiado en el horno, pensando que era un verdadero milagro que las bolas se mantuvieran después de cómo se había ensañado con ellas, machacando la carne con los puños como si fuera la desconocida cara de cierto pretendiente indeseado...

«No vayas por ahí» se aconsejó a sí mismo, apoyándose en la encimera mientras daba un considerable sorbo de vino de su copa, una ración que había

hurtado de los ingredientes de la comida. No se bebía durante la misión, estaba prohibido para todos, de guardia o no. Aquello ya era lo bastante jodido como para no estar completamente lúcido si algo salía mal, pero era el vino o estallar. Y a nadie le iba a gustar encontrarse a su lado si eso llegaba a ocurrir. Para confirmarlo, varios de los chicos habían aparecido por la cocina a lo largo de la mañana con la intención de picar algo, y se habían largado en cuanto respiraron el ambiente, más espeso e hirviente que las cacerolas en la vitrocerámica.

Miró furioso a los pobres espaguetis burbujeando en la olla, como si fueran los culpables de su mal humor. Se bebió el resto de la copa sin saborearla, tragándose junto con la oscura e intensa bebida un suspiro resignado, y probó uno de los largos filamentos. Estaban en su punto, así que los apartó del fuego y los puso a escurrir, comprobando de un vistazo que aún faltaban unos minutos para que estuviera la carne.

No se dio cuenta de que volvía una vez más al tema del prometido, y que sus nervios se crispaban en cuanto la palabra rozó su subconsciente. Apenas acababa de enterarse, y no había tenido tiempo de mentalizarse, por eso lo alteraba tanto la idea. «Mentiroso, es porque de repente ella tiene dueño, y tú la consideras tuya desde la primera noche que la viste en sueños». Quiso espantar la molesta voz como si fuera una mosca encima de su hombro, pero hasta él sabía que no era fácil acallar a la propia conciencia.

Había llamado a Nathaniel para contarle que habían rescatado a su hija. No lo hizo la noche anterior porque habían terminado tarde y todos estaban exhaustos, y después de su guardia había tenido que salir a comprarle ropa.

Había aprovechado mientras ella se cambiaba, y de inmediato había fruncido el ceño cuando al otro lado de la línea escuchó una voz que no reconoció.

—¿Diga? —El tono era arrogante y pretencioso, e incluso desde la distancia y con el ruido de fondo había podido notar que estaba molesto por la interrupción, quizá por haber tenido que coger el teléfono.

—Quiero hablar con Nathaniel —se había limitado a decir, puesto que

había llamado a su móvil personal. Durante un momento había pensado que aquel cretino le colgaría, porque no dijo nada, como si se hubiera quedado estupefacto ante su grosería.

—¿Quién es usted? —había preguntado en un tono mucho más beligerante.

—Es la misma pregunta que me estoy haciendo yo. Porque ese es el teléfono de Nat. —Aquello había parado al desconocido, y lo había hecho a propósito. Pocas personas en el mundo contaban con el privilegio de poder utilizar aquel apodo y, por su reacción, ese tipo no tenía el real permiso para llamarlo así. A pesar de que él sí, Jass no solía emplearlo, no sentía que se lo hubiera ganado, pero le encantó hacerlo en ese momento. Apenas llevaba un minuto hablando con ese idiota, y había tratado con muchos a lo largo de su vida, pero había algo en él que conseguía sacarlo de quicio.

—Me llamo Kenneth Watford, de Navieras Watford —le había informado este con vanidad. Jassmon incluso lo había visto mentalmente extendiendo su abanico de plumas como un pavo real.

—Bien, muchacho, pásale el teléfono al jefe. —Supo que lo había jodido a muerte, y había sonreído complacido mientras esperaba. «A estos cachorros hay que adiestrarlos rápido o se te van de las manos».

—Ahora mismo está ocupado. Papá da una fiesta para la gente importante de Nueva York. —Su interlocutor había hecho una pausa significativa, dando a entender que si él no estaba allí, no era nadie. «Si tú supieras, chico»—. Está con el alcalde, el gobernador, y un par de jueces importantes. No sería prudente interrumpirlo en este momento. De hecho, tendría que estar ahora con ellos, hablábamos de una reforma de ley muy necesaria. Así que si me disculpa...

—¡No, espera! —había gritado al aparato. Se había pasado la mano por el pelo, tentado de decirle cuatro cosas a ese chulo putas, pero se había obligado a contenerse, porque no podía permitirse que le colgara—. Es de extrema importancia que avises a Nathaniel que estoy al teléfono. Te aseguro que está esperando esta llamada.

—Mire...

—Cariño, ¿qué haces aquí tan solo? —Las palabras femeninas, dichas en voz muy baja, tan íntimas y sugerentes como un suave aliento en la nuca, le habían llegado con claridad a través de la línea. Incluso había escuchado el susurro quedo de la ropa al ser restregada de un cuerpo a otro, lo que le había indicado que aquellos dos se conocían bastante bien.

—Milena —había jadeado el pomposo en busca de aire, haciéndole preguntarse por un segundo qué le estaría haciendo la mujer—. Sabes que aquí no podemos. —La frase le había llegado a Jass lejana, como si el otro hubiera retirado el móvil de su oreja.

—¿Por Lari? Ella ya no está, Ken, así que...

—Cállate. Y márchate. No quiero líos en casa de mi padre. Hablo en serio, Mila, o no volveré a invitarte. —Pasados unos segundos se había escuchado el rítmico sonido de unos tacones alejándose, pero Jass solo había oído su corazón, atronando contra las paredes de su pecho, amenazando con partírselo—. ¿Sigue ahí? —Se había obligado a pensar por encima del rumor de su propia respiración y de los ruidos de fondo de la maldita fiesta que estaban celebrando al otro lado del mundo.

—Sí. —Había inspirado con fuerza y tragado saliva, sabiendo por instinto que no iba a gustarle ni un pelo lo que iba a oír. Aun así, había preguntado—: ¿Qué tienes que ver con Lariel Rosdahl? —El silencio lo había inundado todo, incluso las interferencias desaparecieron. Había estado seguro de que le colgaría, en un intento estúpido porque no lo descubriera.

—¿Qué ha escuchado?

—Solo su nombre, estoy en un sitio con poca cobertura. —Había rezado para que le creyera. No era que fuera importante que un niño mimado confiara en él, pero en ese momento desconocía si el árabe había contado con ayuda en el secuestro, y no se iba a arriesgar.

—Bueno, soy su prometido. —Jass había sentido que el suelo desaparecía bajo sus pies, los márgenes de su visión se difuminaron, y empezó a verlo todo negro. Incluso se había tambaleado y tenido que agarrarse al borde de la

mesa para estabilizarse. Había escuchado un clamoroso rugido en la cabeza y todo en lo que había podido pensar fue «no es cierto, no es cierto, no es cierto». Ella no podía pertenecerle a otro hombre. Era suya, solo suya. Desde la primera vez que soñó con ella, desde el momento en que esos preciosísimos ojos azules lo miraron en silencio, perdido en aquella pesadilla, y le había suplicado que la ayudara. Nadie más tenía derecho a reclamarla. Nadie salvo él. Aquel zumbido que parecía querer partirle la cabeza le había impedido escuchar el intercambio de palabras al otro lado del teléfono porque no había podido sacarse de encima la sensación de que acababan de quitarle algo precioso y único, a pesar de saber que estaba comportándose como un lunático.

—¿Jassmon? ¿Eres tú? —Supo que no podía leer el número de su teléfono vía satélite, y había podido reconocer la preocupación y el temor en la voz de Nathaniel pero, francamente, le había importado una mierda. Había necesitado estar solo un rato y pensar, o mejor aún, salir fuera y enfrentarse a alguno de los esbirros del gobernador. Si ya fuese con él en persona, habría sido la leche—. ¿Quién es? —La voz había cambiado, volviéndose dura e inquisitiva.

—La persona que más deseas escuchar en este momento. Bueno, la segunda.

—Joder, Seveages. ¿Qué ocurre? ¿Larry está bien? —Había rechinado los dientes, aceptando que a pesar de toda la rabia que sentía, tan ardiente como lava líquida corriendo por su sistema, no podía desentenderse de la angustia del hombre y dejarlo en ascuas por más tiempo. Le había dado una patada a la silla y se había sentado a horcajadas en ella.

—La tenemos. —Había querido añadir algo más, pero no le había sido posible. Gran parte del nudo en sus entrañas que había empezado a formarse el día que visitó la casa del magnate por primera vez y sostuvo la fotografía de Lariel con dedos temblorosos, se había deshecho al escucharlo prorrumpir en sollozos y agradecimientos.

—¿Está... bien? —había tartamudeado el otro, presa de una intensa

emoción—. ¿Está sana y salva?

—No hay secuelas físicas, pero las psíquicas son tremendas, Nathaniel. Apenas he logrado vislumbrarlas. Supongo que precisará terapia y mucho apoyo por parte de sus seres queridos. Dios, será un infierno llevarla a casa.

—¿Ese cabrón va a seguiros?

—Y tanto. No quiere renunciar a ella. Según tu hija, está enamorado. —Lo había dicho con repugnancia, y por supuesto su interlocutor lo detectó de inmediato.

—¿Le ha hecho mucho daño? —Su voz era de acero, pero Jass había sabido cuánto dolor guardaba para sí. Era su niña mimada.

—Demasiado. —No tenía pensado contarle lo que había visto de primera mano. Era su padre, y ningún padre del mundo estaba preparado para escuchar ciertas cosas, por muy fuerte que fuera.

—Si va a ir a por vosotros, entiendo que pienses que va a ser duro, pero confío en tu equipo. Dijiste que eran los mejores.

—Y lo son. Pero no me refería a eso, sino a que somos doce hombres muy hombres rodeando a tu niña, y ella no va a llevar eso bien. —La implicación de esa declaración había penetrado con rapidez en la mente del empresario, que se había mantenido en silencio durante un tenso momento, asimilándolo.

—¿Tus hombres...?

—Nadie la tocará —había jurado, y le había evitado también decir las palabras.

—Bien, haz lo que tengas que hacer para traerla de vuelta, Jass. Lo que sea —había suplicado con la voz rota. Y los dos habían sabido que nunca, en toda su vida, ni siquiera mientras empezaba a montar su imperio, había rogado a nadie.

—La protegeré con mi vida.

El silencio se había extendido entre ellos, y Jassmon había sabido con toda exactitud lo que su amigo estaba pensando. Durante ese efímero instante de duda en que un hombre sabía al fin de qué pasta estaba hecho, Nat se había

preguntado qué clase de ser humano era. Si en su cobardía y amor por su única hija sería capaz de pedirle que muriera para volver a tener a su pequeña entre sus brazos. Él no tenía hijos, en realidad no había nadie que le importara tanto como esa joven a su padre, pero sabía que de haber tenido a alguien tan especial en su vida, no lo habría dudado un segundo.

—No. —Jass había estrujado el teléfono entre sus dedos, incapaz de creer que hubiera escuchado bien—. Tienes que volver, Seveages. Si se te ocurre sacrificarte por ella, iré a buscarte al mismísimo infierno y te patearé el culo. ¿Me oyes? —No había contestado, no pudo. Se había quedado allí, mirando por la ventana la casa de enfrente a través de la cortina amarillo pálido, sin verla realmente. Apenas hacía dos meses que se conocían, en un principio por negocios, planteándose una fusión que les haría ganar millones a ambos y que habían aparcado por tiempo indefinido para centrarse en el rescate de Lariel. Desde entonces, se habían visto bastantes veces, reuniendo información, presentándole a todas las personas que habían conocido a la joven, o simplemente sentándose en el estudio de Nathaniel con una copa en la mano, para hablar de su mujer y su hija durante horas, compartiendo sus recuerdos como si se conocieran desde siempre. En ese instante se lo imaginaba soltando el aire que estaba conteniendo muy despacio y cerrando los ojos, encorvando unos hombros que siempre habían estado muy rectos, pero sereno y en paz, orgulloso de la decisión que acababa de tomar—. ¿Me oyes? —le había gritado, frustrado.

—Sería difícil no hacerlo —había respondido el joven en voz muy baja y tensa.

—Bien —había dicho más calmado, dando por zanjada la cuestión—. ¿Puedo hablar con ella? —Había tanta ansiedad en su voz que se había sentido tentado a permitirlo.

—No es buena idea, Nathaniel. Estamos en un barrio residencial, y no sé cómo puede reaccionar. Cualquier paso en falso podría destapar nuestra posición, y aún no podemos movernos, esto es un enorme avispero. En cuanto estemos más seguros, te llamaré y podréis hacerlo —había prometido.

Había escuchado su suspiro resignado y supo que lo había entendido—. ¿Quién es Kenneth Watford? —Había hecho la pregunta sin inflexión alguna en la voz, con un tono de lo más casual, a pesar de querer gritar como un poseso.

—El hijo de un amigo. —Jass había esperado en silencio, pero no había conseguido nada más.

—¿Y por qué dice él que es el prometido de tu hija?

—¿Aún sigue con eso? —La exasperación en la voz del hombre mayor había sido evidente, pero eso no lo había aplacado.

—Es obvio que sí —había contestado con sarcasmo.

—Bueno, siempre ha ido tras Larry, desde el instituto. A su padre y a mí nos hacía gracia porque en esa época era algo inofensivo, pero hace unos años tuve unas palabras con él. Le dije que mi niña era muy joven, y que tenía demasiado mundo por ver, muchas cosas por vivir antes de pensar en atarse a alguien para siempre. Él pareció entenderlo, pero hace año y medio le pidió a Larry que se casara con él, y cuál fue mi sorpresa cuando aceptó. Ni siquiera habló conmigo, maldita sea. Ella siempre lo consulta todo conmigo, pero él le preguntó y la muy imprudente dijo sí. —Jassmon había estado a punto de colgar. Se había sentido físicamente enfermo y no había entendido lo que le pasaba. Él no estaba enamorado de esa mujer. La deseaba, sí, de una forma cruda y visceral, y sentía algo fuerte e inexplicable hacia ella, con seguridad provocado por aquellos malditos sueños a lo largo de todos aquellos meses, pero nada más. Solo que eso no explicaba el terrible dolor y la agonía que había sentido al escuchar que amaba a otro hombre—. Al menos tuvo la sensatez de pedirle tiempo y que lo mantuvieran entre la familia. Aunque solo sea en eso me escuchó. Le dije que era muy joven —acababa de cumplir veintiuno—, y que no había motivo alguno para precipitarse. Podían permitirse un compromiso largo, y hacerlo público lo complicaría todo. Una fusión entre Empresas Rosdahl y Navieras Watford sería la bomba del año, y no la dejarían en paz nunca, ni siquiera después de la boda. Y Larry siempre ha detestado no tener privacidad.

—Así que apelaste a sus dudas y temores —se había obligado a decir, a pesar del sudor frío que recorría su espalda y de la tensión de todo su cuerpo.

—Tiré de todo el arsenal, joder. Recurrí a Sarah, que bendita fuera opinaba como yo, y habría terminado secuestrando al chico y le habría enviado al Amazonas en una caja precintada al vacío si todo lo demás no hubiera funcionado. —Hubo un silencio corto en el que la pregunta había quedado suspendida en el aire—. La verdad es que no quería que se casara con él. No me gusta, es así de simple. Es vanidoso, impertinente, codicioso y holgazán. Se cree el ombligo del mundo, y lo único que hace es vivir del dinero y el prestigio de papá, siempre a su sombra. —Jass había sentido que empezaba a encontrarse mejor, aunque Lariel siguiera comprometida.

—¿Pero no consideras que esos defectillos podrían pasarse por alto si el muchacho ama a tu hija con todo su corazón?

—Te diré tres cosas. Creo que si Larry no tuviera un céntimo, Ken no sabría que existe. En el año que lleva desaparecida no lo he visto derramar una sola lágrima por ella. Y te aseguro que mi hija no está enamorada de ese capullo.

En cuanto a las compras para Lariel, había sabido que era una soberana estupidez hacerlas en persona, y que se había arriesgado a que lo cogieran, puesto que la ciudad estaba plagada de soldados y los extranjeros a menudo eran detenidos en plena calle, se les requerían sus papeles, e incluso se los registraba como si fueran delincuentes, lo que demostraba la teoría de Lariel de que el gobernador no pensaba dejar piedra sin remover hasta encontrarlos.

Pero a pesar de todo se había afeitado, se había puesto un traje de Armani, y se había ido directo a uno de los centros comerciales más lujosos del Barrio Diplomático. «Con dos cojones» se había animado, una mirada desafiante en sus ojos esmeralda cuando había pasado sin ver por encima de la pareja de guardias que lo había observado de arriba abajo, acariciando la culata de sus armas, resistiendo él mismo el impulso de comprobar que su Sig Sauer estuviera bien sujeta a la funda del cinturón, justo detrás del hueso de su

cadere. La que tenía en la tobillera le molestaba más, poco acostumbrado a su peso, pero había agradecido la seguridad que le confería.

Y todo porque no había soportado que nadie más que él le eligiera la ropa, que tocara las delgadas camisas, los pantalones o peor aún, su ropa interior, antes de que ella se la pusiera.

Habría sido diferente si hubiese podido mandar a la anciana, pero que una mujer de su obvia condición humilde se paseara por un lugar tan elegante con un monedero repleto de riales, comprando accesorios femeninos, hubiera atraído más la atención que él mismo. Además, no se fiaba de ella. Aparentaba preocupación y cariño hacia la muchacha, pero no había que olvidar para quién había estado trabajando. No podían arriesgarse a que fuera derecha a los pies de su amo y los delatara.

Así que se había pasado dos horas eligiendo ropa práctica, un par de conjuntos nada más, puesto que, en las Fronteras del Norte, tenían una bolsa para ella con todo lo necesario, y los artículos personales de primera necesidad que llevaba apuntados en la lista que habían redactado entre todos la noche anterior, con bastante fanfarria y bromas, cabría decir. A los chicos les había encantado aportar ideas como compresas y tampones –ya que no tenían ni idea de cuáles utilizaría–, o pastillas para los dolores menstruales – cosecha de Diego, que tenía dos hermanas que al parecer se ponían a morir en «esos días»–, quien había especificado con los ojos en blanco y grandes aspavientos que esa franja crítica de unas cuarenta y ocho horas parecía extenderse de manera inexplicable hasta que abarcaba toda una semana de dolores múltiples, diversos cambios de humor y multitud de quejas variopintas que dejaban a cualquier hombre, por muy Rambo que fuera, agotado y desorientado.

Lariel habría querido morirse de haberlos escuchado.

Había hecho oídos sordos a la gran mayoría de propuestas, muchas por ser simplemente descabelladas, y otras por haberlas tenido en cuenta en Estados Unidos y estar ya guardadas en la mochila de la muchacha. Aunque estaba casi seguro de que en esos momentos no estaba con el periodo, agradeció

tener esos artículos entre sus propias pertenencias, dado que acababa de aprender lo importantes que eran para las chicas, había pensado con una sonrisa mientras entraba en la tienda de ropa interior, para absoluto asombro de las dependientas.

Con rapidez les había dicho lo que quería, aduciendo que su mujer acababa de recuperar la figura después del parto y que precisaba sustituir su lencería. Pero los mellizos habían contraído una infección pulmonar y no se separaba de ellos en ningún momento, por lo que él había decidido tomar cartas en el asunto y ocuparse de su esposa lo mejor que pudiera.

Se habían tragado la historia doblada. De inmediato las caras de espanto se habían convertido en expresiones apenadas y tiernas, llenas de compasión y amabilidad, y cuando había presionado un poco más, diciendo que no disponía de mucho tiempo porque había utilizado su hora de comer en el trabajo para hacer las compras, y que su jefe no estaba muy contento con él debido a los permisos que había solicitado para estar con los bebés, ellas habían corrido, y no en sentido figurado, para atenderlo.

Las tallas apenas fueron un problema, se había limitado a recorrer con la mirada a las empleadas y, evaluando a la cajera durante un par de segundos, la había señalado con una sonrisa amable y, entre cumplidos por la estupenda figura que le había quedado a su señora, le habían mostrado el género. Había escogido cinco conjuntos cómodos y resistentes, de algodón o licra, porque sabía que no siempre sería posible lavar a diario.

Se dio cuenta de que lo habían mirado de manera extraña, y solo tardó un segundo en comprender por qué. Era un hombre extranjero y, como tal, sus costumbres eran muy diferentes a las de los árabes. Las dependientas esperaban que eligiera para su esposa –una esposa que había recuperado sus formas de mujer y de la que no había disfrutado sexualmente en meses–, sedas, satenes, encajes y tules transparentes, y no el recatado algodón en tonos neutros que estaban empaquetándole. Así que había hecho oídos sordos a las protestas de sus intestinos y había encargado tres de las exquisitas creaciones que llevaba diez minutos intentando no mirar, pero que ya había

seleccionado de forma inconsciente a pesar todos sus esfuerzos.

Y, por supuesto, el picardías de dos piezas de satén en color lapislázuli con escote en uve que dejaba la mitad de los pechos al descubierto, con los laterales de los senos, el estómago y las caderas en fino encaje negro, permitiendo ver a la perfección cada una de esas partes, se fue con él. Y el conjunto minimalista verde intenso que había sostenido entre sus dedos durante la fracción de segundo que le había llevado decidirse, la parte inferior una mera tira, delgada y débil por detrás, y el minúsculo trozo de encaje delantero en forma de mariposa, que dudaba llegara a cubrir nada, acompañado por las dos igual de diminutas partes del sujetador, que llevaba en la espalda una especie de pequeñas alas, también de encaje, y que creaba un efecto sensual y arrollador a los sentidos masculinos. Y por nada del mundo se iba a dejar el rojo intenso lleno de volantes y lazos que una vez sueltos dejarían caer ambas prendas al suelo, con el liguero y las medias a juego.

Se había concentrado en normalizar el martilleo de su corazón ante las alocadas imágenes que esas malditas prendas habían provocado en su sucia mente mientras sacaba la cartera y pagaba en efectivo la pequeña fortuna que apenas ocupaba el equivalente a una caja de zapatos.

Las dependientas se habían despedido de él con grandes sonrisas, deseándole una rápida recuperación para sus pequeños, satisfechas con la venta. Había salido del centro comercial cargado de bolsas, con una incómoda erección apretándole el pantalón y una imagen fija en el cerebro, la de Lariel vestida con solo un ligero rojo y unos zapatos de tacón de aguja, moviéndose al ritmo de la afamada danza del vientre.

Jurando entre dientes corrió al horno, rezando por no haber quemado la carne mientras divagaba. Sacó la bandeja bastante cabreado, a pesar de que aún tenían comida que poner a la mesa, y añadió las albóndigas a la salsa que había preparado antes, dejando que terminaran de hacerse durante otros diez minutos, cuando agregaría la pasta. Lo removió con suavidad y lo probó, confirmando que no se había quedado corto de especias.

—Y aquí está nuestro cocinero. Por supuesto, nos turnamos para esta gran tarea, pero debo admitir que Jass tiene un talento innato. —El aludido no tuvo duda alguna de quién acompañaba al francés, a pesar de darles la espalda. Aun si el hecho de tener todo el vello erizado no fuera una señal, su suave aroma de mujer ya había llenado la espaciosa estancia y lo había dejado nervioso y excitado—. Poco importa que apenas disponga de algo más que unas pocas patatas y un pequeño trozo de carne, o que los accesorios no sean los más adecuados, en un santiamén te prepara un guiso para chuparte los dedos. —Se giró hacia ellos.

—Razón por la cual supongo que casi siempre me toca cocinar a mí —contestó sin apartar la vista de la joven.

—No es un gran sacrificio para ti, todos lo sabemos. Por eso abusamos. — Los dos seguían mirándose fijamente, sin reparar en la tercera persona que ocupaba la habitación. La tensión de su conversación anterior flotaba entre ellos como una densa niebla imposible de disipar—. Huele de maravilla y estoy famélico, e imagino que nuestra... invitada no estará mejor, después de haberse saltado el desayuno. ¿Cuánto queda para poder sentarnos a la mesa?

—No es nuestra invitada —gruñó, en un tono más brusco del que habría querido, pero necesitaba calmarse y eso le llevaría tiempo. Se percató de la mirada admonitoria del otro hombre y con una maldición silenciosa volvió a la vitrocerámica y siguió con lo suyo—. La comida estará en dos minutos. Id yendo al salón, la llevaré enseguida. —Fue consciente del absoluto silencio de la habitación. Miró por encima de su hombro a Philippe y vio su expresión sombría, tan lejos del afable encanto que había derrochado hasta entonces. De inmediato desvió la mirada a Lariel, cuyos ojos estaban abiertos de par en par, como los de un conejillo asustado. Su cuerpo estaba rígido, y respiraba tan lento y profundo que dudaba que no se estuviera mareando. Quiso darse de cabezazos contra la madera del mueble frente a él. Por supuesto a Phil le habría costado un triunfo sacarla del capullo seguro de su dormitorio, y le intrigaba saber cómo lo había conseguido. Aun así, ella estaría aterrorizada ante la perspectiva de encontrarse en un cuarto rodeada por una docena de

fornidos soldados—. O, si no es mucha molestia —pidió, con suavidad—, podríais ayudarme a llevar el pan y el agua. —Observó con verdadero dolor en el pecho cómo ella se agarraba a la sugerencia como a una tabla de salvación, su cuerpo relajándose al instante hasta el punto de que pareció que se caería. Se mantuvo quieto por simple fuerza de voluntad, en lugar de acercársele y obligarla a sentarse en una de las seis sillas que rodeaban la mesa circular en un lateral.

—Jod... —masculló el francés, trastabillando e impactando con ella. La agarró del brazo con fuerza para estabilizarla, sin darle opción a rechazarlo, y de inmediato la forzó a sentarse en la silla donde el propio Jass había querido ponerla. Todo fue tan rápido que nadie pudo reaccionar—. Lo siento, guapa. Estos muebles no están hechos para hombretones como nosotros, y me he dado un buen golpe —explicó, frotándose la cabeza—. Quédate ahí mientras nosotros cogemos las cosas que faltan, puesto que sabemos dónde está todo, y luego nos ayudas a llevarlo, ¿de acuerdo? —Aunque Jass tenía ganas de darle un derechazo por la sonrisa llena de perfectos dientes que le dedicó, cuando sus miradas se cruzaron por encima de la cabeza de la muchacha hubo un instante de entendimiento entre ellos. Por fin todo estuvo listo y cada uno con las manos llenas se dirigió a la puerta. Por supuesto, no se sorprendió cuando se quedó paralizada en el vano, los nudillos blancos en torno al asa de la jarra. Aunque Phil ya había salido, se inclinó para susurrarle al oído.

—Ninguno de mis hombres va a lastimarla, Lariel. Y aunque lo intentaran, yo no lo permitiría —le aseguró con voz firme, queriendo que detectara la absoluta convicción en sus palabras. Ella no lo miró, tampoco se relajó, pero salió del refugio seguro de la cocina y se metió de lleno en la boca del lobo.

El silencio en el salón fue ensordecedor en cuanto la joven entró. Jass maldijo a esa panda de ignorantes por ponerle las cosas más difíciles a la joven, entró como una tromba y puso la enorme olla en el centro de la mesa con un golpe seco que pareció hacer despertar a todo el mundo.

La vieja se levantó y entre exclamaciones incomprensibles corrió hacia

ella y la abrazó, como si su «protegida» hubiera pasado la noche siendo violada sistemáticamente por todos los presentes. Philippe, que no se apartaba de su lado, le quitó de las manos el agua, y así pudo devolver el abrazo a la anciana y conversar con ella en árabe. Era evidente que lo hablaba con fluidez y, como su padre no había mencionado ese detalle entre sus más que vastos conocimientos, supuso que lo había aprendido durante su estancia en el país.

Contempló a su equipo, que observaba la escena con varios grados de incomodidad o regocijo, hasta que su mirada se detuvo en Ro, el cual lo estaba estudiando a él. Alzó una ceja, interrogante, gesto que le fue devuelto en el acto. Se encogió de hombros, poco dispuesto a revelar sus embrollados sentimientos ni siquiera a su amigo, y desvió la vista.

—Bueno, yo tengo hambre. ¿Y vosotros? —Hubo un murmullo general de asentimiento ante la propuesta de Paul, y Jass se sorprendió de no escuchar la algarabía normal, comprendiendo que estaban haciendo un esfuerzo por mostrarse educados en favor de la dama presente. Se obligó a no sonreír. Todo el mundo se había levantado al entrar ellos, otro acto asombroso, y advirtió que no volvían a sus puestos originales, sino que se distribuían por la mesa, como un tablero de ajedrez bien organizado. Era obvio que Lariel quería sentarse con Jadiya, pero Diego y Philippe se colocaron de tal forma que forzaron a la mujer mayor a ponerse entre ellos. Los enormes ojos asustados se giraron hacia él, y el pinchazo en su corazón fue instantáneo. Le tendió una mano.

—¿Me haría el honor de sentarse a mi lado, señorita Rosdahl? —Le sorprendió que no aceptara de inmediato. En su lugar, su mirada voló al francés, que le respondió con una sonrisa resplandeciente, y después a los asientos vacíos a la izquierda de este, para finalmente volver a mirarlo a él. Suspiró. Y como era un suspiro interno, solo para él, se permitió uno largo y sufrido, seguro de que sería uno de tantos. Con pasos lentos fue hasta ella y, cogiéndola del codo a pesar de la rigidez con que respondió a su toque, la llevó hasta la silla contigua a Phil, la apartó para ella y cuando estuvo

sentada, se acomodó en la que quedaba a su izquierda, con lo que la joven quedó entre ambos. Entonces los demás ocuparon los sitios restantes y se sirvió la comida, que como siempre era abundante para unos hombres grandes con un apetito desmedido.

—Esto está buenísimo, Jass —alabó Seppe, que como buen italiano adoraba la pasta.

—Gracias —aceptó, fijándose en cómo la muchacha enrollaba una pequeña cantidad en el tenedor y se la comía con suma elegancia. Toda ella hablaba de estilo, gracia y clase—. ¿Le gusta? —murmuró al verla tragar.

—Sí. Tenían razón al decir que se le da bien la cocina —contestó ella sin mirarlo.

—Parece sorprendida. —Esperó, pero siguió concentrada en su plato—. Solo soy un cocinillas. Mi madre era la verdadera artista de la familia. — Aquello captó su atención. Alzó la cabeza y lo miró, y el impacto de sus ojos azules, tan llenos de miedo, aunque se esforzaba en que nadie lo notara, fue brutal—. Estudió gastronomía en la famosa institución Le Cordon Bleu de París y me enseñó todos sus secretos. —Lariel estaba hipnotizada por la blanda mirada en sus ojos verdes y por la devastadora sonrisa, repleta de nostalgia, que estaba segura de que él no era consciente de estar mostrando.

—¿Es cocinera? —La sonrisa tembló en sus labios hasta acabar desapareciendo.

—Murió. Y nunca se dedicó de manera profesional a ello. Viajó a Estados Unidos para hacer las prácticas con un famoso chef, conoció a mi padre y se casaron casi de inmediato. Y bueno, baste decir que el trabajo de su marido requería demasiado de ella para que pudiera llevar a cabo su propio sueño. Después llegué yo y, según ella, fue un ama de casa feliz. —Y sin embargo había una evidente amargura en sus palabras. Jass estaba sorprendido de haberle contado tanto de sí mismo. Había comenzado como una manera rápida para que se relajara y comiera, pero en algún momento se le había ido de las manos. Miró su plato y vio que estaba casi vacío, así que supuso que al menos el desliz había merecido la pena—. ¿Quiere un poco más? —ofreció.

Ella negó con la cabeza.

—Estoy llena, pero estaba delicioso. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto de una comida.

—¿Mejor que una pizza de pepperoni y doble de queso? —La picó, guasón. Ella respondió con una sonrisa pícaro.

—Bueno, la verdad es que pocas cosas pueden compararse con una pizza recién hecha. Salvo quizás una hamburguesa con beicon y cebolla caramelizada —admitió con voz soñadora. Jass se frotó el pecho, como si le escociera.

—Ha herido mis sentimientos. La próxima vez dejaré que Lav cocine para todos —dijo en voz alta. De inmediato se escucharon las enérgicas protestas, aduciendo a varias ocasiones en que la comida se había quemado, y otra en la cual un par de ellos habían terminado vomitando durante unas angustiosas horas. El aludido los miró a todos con una expresión siniestra que le puso los pelos de punta a la joven—. Yatorlav, contente. Lariel se está preocupando —advirtió él en tono afable. El ruso dirigió su mirada hacia ella, y para cuando sus ojos se encontraron habían cambiado de forma drástica. Nadie diría que era un corderito, ni siquiera un hombre amable en su mejor momento, pero cuando no intentaba intimidar, y a cuatro metros de distancia, con una mesa de por medio, era más o menos soportable.

—*Esstoss lloricass* son unas *nenazass*. Y yo nunca dije que supiera *cocinarr*. Procura no *meterrte* en la boca nada que haya hecho yo. *Da?* —Asintió porque no se atrevía a hablar. Ese hombre la ponía muy nerviosa, más que los otros once juntos—. En su *lugarr* te enseñaré a *dispararr* —propuso, mirándola con fijeza, como si supiera que aquello llamaría su atención. Y lo hizo. Se aferró a esa frase mientras sus miradas se enganchaban—. *Ty menya ponimayesh?* —«¿Me entiendes?». Sentía el latido de su corazón golpeándole en los oídos y todas las miradas fijas en ella, sobre todo la del hombre sentado a su izquierda. Por supuesto que entendía lo que le estaba ofreciendo, y dudaba que alguien, en toda su vida, le hubiera regalado algo más hermoso.

—*Kogda?* —susurró en aquella silenciosa sala, percibiendo la satisfacción

en los fríos ojos grises del ruso, provocada no solo por la constatación de que conociera su idioma.

—Cuando *quierass*, en el momento en el que salgamos del centro y estemos relativamente *seguross*. —Siguieron mirándose en silencio, trabando una especie de lazo invisible que haría que, con el tiempo y ese entrenamiento que le había prometido, le perdiera el miedo a ese enorme coloso de dos metros.

—¿Alguien quiere postre? El bueno de Seveages ha hecho natillas, y estoy dispuesto a hacer un esfuerzo después de los dos platos de espaguetis que me he metido entre pecho y espalda, y probarlas —terció Philippe, siempre un experto en saber el momento de cambiar de tema y qué hacer o decir para ello. Lariel apartó su silla, haciendo chirriar las patas en el suelo de madera.

—Si me disculpan, prefiero retirarme.

—Has comido poco. —Lo miró, el recelo de nuevo en su mirada huidiza.

—No tengo mucho apetito, y estoy algo cansada. —Esbozó una ligera sonrisa, que a todas luces no llegó a sus ojos—. Muchas gracias por la comida. Si dejáis los platos en la cocina, yo los lavaré después.

—Tenemos lavavajillas, muchacha —explicó Rolland, hablando por primera vez desde que se sentaran.

—Pues las cacerolas, sartenes... Quiero ayudar. —Era todo un espectáculo con su pequeña barbilla alzada, mirando desafiante a una docena de hombres dos veces más grandes que ella. Ro alzó las manos.

—Todas tuyas, entonces. —Y tan rápido como había venido, el coraje femenino se esfumó.

—Bien. —Salió de allí lo más rápido posible sin parecer que estaba corriendo. Jass se quedó mirando la puerta vacía, y solo desvió la vista cuando fue consciente de que alguien estaba a su lado. Estudió a Phil, que le tendía dos tazones llenos de cremosas natillas con sendas cucharas dentro.

—Haz que coma. Necesitamos que esté al cien por cien si queremos salir mañana. No está ni remotamente preparada para lo que vamos a exigirle durante este viaje.

—Lo sé, pero no se me ocurre otro modo de sacarla de aquí. Ese bastardo la quiere de vuelta, y no se detendrá ante nada para conseguirlo. Pensé que una vez que la arrancáramos de sus garras, daría un paso atrás y se retiraría. Al fin y al cabo, ha secuestrado a una ciudadana americana en su propia casa para utilizarla como su esclava sexual. Esto se convertiría en un incidente internacional si se hiciera público... Sobre todo teniendo en cuenta quién es su padre. Pero el muy cabrón está poniendo la ciudad patas arriba, exponiéndose a que su propio rey se entere y le pida explicaciones. —Negó con la cabeza, incrédulo, incapaz de comprenderlo.

—La has visto, amigo. No con esa ropa que lleva ahora, sino con el fascinante conjunto de anoche. No quiero ser irrespetuoso, pero esa niña es deslumbrante, capaz de subyugar a un hombre sin siquiera parpadear. Y mucho más si se trata de un tipo poco acostumbrado a la piel clara, el pelo tan rubio que es casi blanco, y unos ojos azules tan vívidos que duele mirarlos. Y luego está esa inocencia que desprende como un afrodisíaco. Diría que huele a eso, a ingenuidad, a pureza, a candor... Mientras que tiene un cuerpo hecho para el pecado y el placer. ¿De verdad crees que si fuera tuya retrocederías y la dejarías escapar?

CAPÍTULO 4

Jassmon echó un pequeño trago de su cantimplora sin aminorar el paso. Cerró el tapón en previsión de una posible caída y se giró, mientras sus ojos encontraban con rapidez los de la mujer que viajaba a su lado. Ella negó con la cabeza, a pesar de que él sabía que hacía un par de horas que no bebía. La guardó y se secó el sudor de la frente. Hacía una hora que había amanecido, y ya estaban a treinta y un grados. Al mediodía estarían carbonizados.

Habían tenido que posponer su marcha otro día más debido al ingente número de patrullas que asolaban la ciudad y las posibles rutas de escape. Estaba seguro de que aquel bastardo arrogante habría supuesto que a esas alturas se hallarían muy lejos del centro de Riad, pero estaba claro que lo había subestimado. Primero, al menospreciar su empeño en recuperar a su prisionera y después, al pensar que no descubriría sus planes de huida.

Al fin, y en vista de que no iba a cejar en su afán por detenerles, decidieron salir de madrugada, cuando todo parecía un poco más calmado, y podrían ampararse en la oscuridad.

Durante un rato se habían desplazado en los coches para salir del centro, siempre por calles secundarias, escondiéndose en oscuros y solitarios callejones cuando se encontraban con los hombres de H'arün, para terminar abandonándolos, una vez limpios de cualquier rastro de su presencia en ellos, incluidas huellas.

Llevaban caminando cuatro horas sin descanso, alertas y en absoluto silencio, habiéndose cruzado hasta en cuatro ocasiones con fuertes patrullas armadas. A dos de ellas habían logrado esquivarlas, a otra habían conseguido alejarla de ellos gracias a una maniobra de distracción bastante ingeniosa por parte de Fran, pero a la última hubo que eliminarla.

Seis soldados que no se dejaron embaucar o confundir, y lo pagaron con sus vidas. A eso se reducía todo, matar o morir. Y lo habían hecho rápido y

con eficacia. Los árabes no fueron un reto a pesar de su instrucción, apenas un minuto por reloj. Los hombres de Jass eran máquinas precisas de matar, cada uno con diversos talentos personales, con años de experiencia a sus espaldas en la lucha cuerpo a cuerpo, por lo que no había duda de que su pericia superaba a cualquier cosa que ese país pudiera ofrecer.

Cuando la carnicería hubo terminado, todos habían cavado un gran y profundo hoyo donde meter los cuerpos para que nadie supiese que habían pasado por allí y limpiaron la zona, pues era importante eliminar los rastros de sangre y de pisadas, así como cualquier otro signo de lucha. Solo entonces habían prestado atención a la mujer que les acompañaba, que lo había presenciado desde cierta distancia, protegida por media docena de ellos, entre los que se encontraba Jassmon. Todos la habían mirado a los ojos mientras pasaban por su lado, seguros de sí mismos y de lo que habían tenido que hacer para mantenerla a salvo, pero conscientes de que aquel no era su mundo, su forma de vida, y que ella no lo entendería.

La joven no había emitido sonido alguno, había aguantado sus ojos fríos y duros, sus expresiones graves y sombrías, con una mano en el estómago, como si se sintiera enferma, pero sin derrumbarse, tal como se esperaba de ella.

Las horas habían pasado lentas y lúgubres durante la larga noche, cada uno rumiando sus propios pensamientos. Los chicos estaban molestos y encabritados, sabían que eran más débiles ahora que Lariel estaba con ellos. Ella era la misión, y mantenerla con vida, el único objetivo de esta. Y eso suponía utilizar recursos muy valiosos para protegerla.

Jass también estaba algo ofuscado, aunque por un motivo muy diferente. En la reyerta lo habían dejado fuera por unanimidad, relegándole al papel de niñera. De una manera racional sabía que la seguridad de la joven era primordial, y que otros cinco compañeros lo habían acompañado en esa tarea, pero emocionalmente le dolía como el demonio que su equipo no contara con él en un momento tan crucial. A pesar de su naturaleza desconfiada, él pondría su vida en manos de cualquiera de esos hombres, y saber que no era

recíproco, magullaba algo mucho más sensible que su ego.

Echó un vistazo a la muchacha, que no había dejado escapar una sola queja, ni les había obligado a disminuir el ritmo, pero no pudo evitar preguntarse cuánto más aguantaría y, por las miradas subrepticias de los demás, supo que el resto también lo hacía. En un rato aquello se volvería un infierno, entre el calor y las batidas de los soldados, y aún les quedaban otras siete horas de duro camino antes de poder dormir un breve rato y volver a ponerse en marcha. Era mejor viajar de noche y acampar de día, así reducirían bastante el peligro de ser descubiertos, pero ese día se arriesgarían porque tenían que poner distancia entre ellos y sus perseguidores como fuera.

Observó como Lav se acercaba a Lariel y en silencio le ofrecía una fina loncha de carne sobre una rebanada de pan moreno. Pensó que la rechazaría, sin embargo, para su sorpresa estiró la mano para cogerla, evitando que sus dedos se rozaran. El hombretón no se marchó, sino que se comió su propio desayuno a unos pasos de ella, para que no se sintiera amenazada, sin dirigirle una mirada.

—Singular pareja. —Miró de reojo a su izquierda, donde John se había apostado. Era el segundo de Rolland, un tipo ecuánime, con don de mando, al que cualquier hombre seguiría.

—Se la ganó en el momento en el que le ofreció enseñarle a defenderse — comentó. Una leve sonrisa se dibujó en los gruesos labios del otro hombre.

—Esa fue una gran estrategia para conquistarla. Debió ocurrírse nos al resto. —Jass alzó una ceja, intentando parecer solo curioso.

—¿Acaso quieres conquistarla? —El capitán alzó las manos en un claro gesto defensivo, lo cual fue bastante cómico, porque las tenía ocupadas con dos gruesos pedazos de pan y sus correspondientes rodajas de ternera asada.

—Tranquilo, amigo, todos sabemos que la mujer es tuya. —Le pasó una de las raciones mientras daba un buen mordisco a la suya, sin preocuparse por su ceño fruncido.

—¿De qué estás hablando?

—Hemos visto cómo la miras y la verdad, Seveages, no es difícil

reconocer su significado. Es una mirada de posesión, de anhelo, de protección, de deseo. De reclamo. Ella es tuya, solo que aún no lo sabe. — Los dos se miraron con fijeza durante unos segundos, uno retándole a negarlo, y el otro dudando si admitirlo. Al final el jefe de equipo se decantó por comer. Era más seguro que hablar de sus sentimientos con un extraño—. Lo vas a tener jodidamente difícil, tío. —No le preguntó a qué se refería. Era obvio que John seguía hablando de lo mismo, a pesar de haberle dejado claro que no quería hacerlo—. Por eso se le ha acercado Lav. —Aquello sí atrajo su atención. Miró a la pareja a su derecha. Seguían sin hablarse, terminando su desayuno. El ruso sacó su cantimplora y se la ofreció a la joven, quien después de una levísima vacilación la aceptó y le dio un pequeño trago, para devolvérsela en cuanto acabó. Jass se giró hacia su compañero, asombrado. John rio entre dientes ante su expresión—. Él la acojona de verdad, no te creas, y por eso va a intentar aproximarse a ella poco a poco, sin asustarla, pero imponiéndoselo. Es consciente de que tendrá que tocarla para enseñarle a disparar, y entre su aversión a los hombres y la especial aprensión que él le provoca, tiene que manejarla con mucho tiento, así que está preparando el terreno. Y bastante bien, diría yo —terminó en tono risueño. Jassmon soltó el aire despacio y volvió a contemplarlos, atónito de verlos conversando en voz muy baja. Lariel parecía tensa pero tranquila y Lav... Bueno, Lav parecía Lav. Duro, frío, mortífero. Pero había una nota inconfundible de suavidad y dulzura impropia de él —todo lo suave y dulce que podía ser un mercenario ruso en un desierto árabe que huía para salvar la vida—, pero ahí estaba, y todo por llegar a una muchachita asustada y rota de la que solo sabían que, antes de haber sido llevada allí por la fuerza, había sido una cría rica con el mundo entero a sus pies, la niña mimada de un importante pez gordo. Sintió una gratitud enorme hacia ese gigante supuestamente sin alma—. En cuanto a la lucha con los guardias... —Jass giró la cabeza con brusquedad hacia él.

—Fue un buen combate. No hay más que decir —dijo en tono brusco. Más de lo que había deseado.

—Lo fue, pero no es eso lo que te molesta. —John esperó, pero él no dijo

nada. Suspiró y miró al frente mientras caminaban—. Nadie duda de tu habilidad en el combate, Jassmon. —Aquello lo hizo detenerse de golpe, mirándolo furioso. El resto los imitó, pero el capitán del Cuerpo de *Marines* de los Estados Unidos les hizo un gesto para que siguieran sin ellos. Rolland los observó de forma alterna durante un instante.

—En marcha. Nos seguirán en un momento —ordenó el coronel. Jassmon fue muy consciente de que Lariel lo miraba, pero la ignoró, y solo cuando el ruso le murmuró algo y ella siguió al resto, se permitió volver a respirar con normalidad.

—Repito, nadie lo duda —afirmó Barlett, retomando la conversación—. No tengo que recordarte que me salvaste la vida en la incursión a aquella casa, y que te encargaste de tu parte de guardias, pero aunque hayas intentado ocultárnoslo, sabemos cuánto lamentas haberlo hecho.

—Por supuesto que no. ¡Ellos la mantenían *prisionera*, *estaban* allí cuando la violaba sistemáticamente, *sabían* lo que le estaba haciendo! ¡*Eran tan culpables como él!* —Hubiera querido gritarlo a los cuatro vientos, pero el grupo estaba demasiado cerca, y no quería que ella lo oyera. Además, podía haber soldados en cualquier parte. Pero estaba rabioso. Furioso por haber oído sus súplicas nocturnas durante ocho meses y no haber hecho nada, nada por saber si en realidad existía, por encontrarla, por ayudarla. Furioso por haber perdido otros dos buscando información entre sus amigos, preparándose... Furioso por dejar escapar a ese monstruo, ese sádico al que se le levantaba haciendo daño a alguien tan precioso como esa mujer otrora dulce y cariñosa, y que ahora ni ella misma sabía quién era. Y sí... furioso porque los rostros de los dos guardias a los que había matado se le aparecían de día y de noche, sus ojos sin vida mirándolo acusadores. Y aquello lo estaba destrozando. Las pesadillas se sucedían una tras otra y le impedían descansar, y sabía que pasaría mucho tiempo antes de que pudiera reconciliarse con la idea de haber segado sus vidas.

—Tu mente sabe eso, Jassmon, pero es tu alma la que se ha roto por lo que te has visto obligado a hacer. No eres un soldado. Has recibido la formación,

una muy buena gracias a quién es tu padre y también a Rolland. —Jass lo miró, sorprendido—. El teniente general Daymond Seveages es una leyenda, no solo en la base de Norfolk, sino en todas las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos, y aparte de tu apellido te pareces mucho a él físicamente. —Él suspiró, sabiendo que cualquiera que los viera juntos notaría la inmensa semejanza entre ellos.

—¿Lo saben todos?

—Los americanos. Aquí no hemos venido a cotillear. Lo que intento decir es que todos confiamos en que el resto cuidará nuestra espalda, sin embargo, también sabemos que tú no perteneces a este mundo, y que tu motivación para venir a por ella no es el dinero, como la nuestra. —Sus miradas se entrecruzaron durante un momento, como si se midieran el uno al otro—. Así que si en una escaramuza podemos arreglárnoslas sin tu ayuda, amigo, lo haremos. Si sientes que no confiamos en ti, te equivocas de pleno, y si piensas que te protegemos demasiado, lo sentimos. Eres el jefe del grupo y el piloto, te necesitamos para volver a casa. Y no solo sufres matando, además estás implicado emocionalmente con el objetivo. No es la situación ideal para recorrer medio país con un loco y su jauría de perros persiguiéndonos —dictaminó con una mueca.

—No joderé la misión —juró con vehemencia.

—Lo sé. He estado presente en toda la planificación. Sé cómo trabajas, y me consta que Ro confía en ti más que en ningún otro de este equipo. Eso es suficiente para mí. Y para el resto. Tan solo intenta no ser tan picajoso.

—No prometo nada. —John le palmeó la espalda, ambos en camino de nuevo.

—Y no se te ocurra seducirla durante el viaje, ¿eh? Nos podría sentar bastante mal quedarnos sin piloto por tener que defender el honor de la dama. —La suave risa de Jass se escuchó durante un buen rato en los primeros albores de la mañana.

Lariel casi gimió de alivio cuando a su regreso de la misteriosa conversación con John, Jassmon ordenó detenerse para cambiarse la ropa negra que habían estado usando hasta entonces, pues el color beige, según le explicó, los ayudaría a confundirse con la arena que los rodeaba por todas partes.

La llevó detrás de una enorme piedra y, teniendo en cuenta que hacía dos horas que había amanecido, supuso que era precisamente lo que había estado buscando, y le aseguró que allí dispondría de la intimidad necesaria para lo que precisara, y que cuando estuviera lista le avisara. Dedujo que quiso decirle que más le valía hacerlo si no quería encontrarse a una docena de hombres en varios estados de desnudez. La sola idea le produjo una arcada.

Por si acaso, se apresuró a desvestirse. Se cambió de pantalones con la camisa aún puesta, para estar cubierta todo lo posible, y aprovechó para deshacerse de los pocos sorbos de agua que había bebido durante la noche con la cara roja como la grana y tapando la prueba con un buen puñado de arena, por primera vez desde que empezaran el viaje agradeciendo la vasta cantidad de ella que les rodeaba. Nunca en su vida había hecho sus necesidades a la intemperie, en aquella postura indigna, y la carcomía la vergüenza, pero llevaba aguantándose un buen rato y seguir haciéndolo no tenía sentido, en algún momento tendría que rendirse a lo inevitable y cuando al fin ocurriera, no dispondría de aquella bendita roca.

Cuando estuvo lista pensó que había corrido tanto ante el temor de que los hombres entraran en su imaginario refugio, que era muy posible que los pillara aún en *déshabillé*. Se dejó caer en el suelo, segura de que después le sería del todo imposible volver a levantarse por sí sola, pero incapaz de resistirse. Cuando su espalda se relajó, tuvo que morderse el labio inferior para no soltar un pequeño grito de protesta. Le dolía hasta el último músculo del cuerpo, muchos de ellos no había sabido que los tuviera hasta ese momento. Y ella que se consideraba una deportista por nadar en la piscina olímpica de su casa y pasar una hora diaria *machacándose* en el gimnasio del ala oeste, bajo las directrices de su exigente entrenador personal. Eso sin

contar con que corría varios kilómetros los fines de semana. Pero nada que ver con pasarse unas horas bajo el sol abrasador de Arabia en lo peor del verano, recorriendo el desierto. «Nena, apenas has caminado cinco horas, son solo las siete de la mañana y estamos en junio». Cuando el día acabase seguramente pediría que la devolvieran con H'arün, pensó con una risita algo histérica.

Al menos había podido deshacerse de la horrible *abaya* y el *nicaq*. Cuando Jadiya se presentó con la larga capa negra y el velo tan parecido al burka, el cual cubría toda su cabeza a excepción de los ojos, en una fracción de segundo algo se había roto dentro de ella, como si volvieran a intentar obligarla a ponerse uno de esos conjuntos indecentes cuya única finalidad era poseerla, controlarla, quebrarla, y por primera vez en mucho tiempo sintió la chispa de la rebelión encendiéndose en su interior. Le había arrancado ambas prendas de la mano a su criada y había salido del dormitorio casi corriendo, con un único objetivo en mente, sin percatarse de las miradas perplejas que dejaba a su paso.

—¿Qué es esto? —le había espetado en cuanto lo había visto. Jass se había girado despacio, captando de inmediato el tono gracias a su inmensa experiencia con las mujeres.

—Un velo y una capa —había contestado con voz tranquila. Los ojos femeninos se habían entrecerrado, en clara advertencia del peligro.

—Eso ya lo veo. Lo que quiero saber es por qué quiere que me lo ponga.

—¿Porque lo considero necesario? —había preguntado un tanto molesto.

—Bien, pues yo no. —Se había cruzado de brazos, retándolo con la mirada, con el condenado atuendo colgando entre ellos. Jass había inspirado con fuerza, pidiendo paciencia.

—Señorita Rosdahl...

—Señor Seveages... —lo había interrumpido—. Vamos a salir en medio de la noche. No creo que haya ningún motivo que justifique que tenga que ponerme estas degradantes prendas, más allá de algún retorcido sentido suyo por humillarme. Pero nadie volverá a someterme *jamás* —había jurado con

pasión. Las manos masculinas se habían cerrado en sendos puños a sus costados.

—Yo dirijo esta operación. La estrategia y la seguridad dependen exclusivamente de mi criterio. El cómo, cuándo, quién. Yo decido, usted obedece. Esa será la única manera en que saldrá viva de esta. —La joven lo había mirado con los ojos abiertos como platos, sin respirar apenas. El brillo inconfundible del miedo en sus pupilas—. La otra alternativa está unas pocas calles más al norte, en una hermosa cárcel de oro y fuentes con peces multicolores, sobre una cama de sábanas de seda rojo escarlata. —El jadeo estrangulado no había parecido impactarlo. Se había acercado a ella hasta que sus narices casi se tocaron—. Nunca cuestione mis órdenes en cuanto a su protección se refiere, Lariel. Voy a llevarla a casa. No me importa lo que tenga que hacer para conseguirlo. Tampoco si le gusta o no. —Con mirada tormentosa había salido de la habitación, golpeando con el hombro a varios de los hombres que se hacinaban en la entrada, testigos mudos del enfrentamiento.

Un rato después Jadiya le había contado que, según Philippe, todos iban a disfrazarse de árabes para intentar pasar desapercibidos mientras salían de la ciudad, y la *abaya* y el *niqab* eran indispensables para que no diera al traste con el plan. Aunque era obvio que no pasarían una inspección exhaustiva, de lejos podría colar.

Aún se sentía angustiada y abochornada por todo el episodio, y si él le hubiera explicado sus motivos... «No le dejaste meter baza, chica. Te lanzaste sobre su yugular y te quedaste parada viendo cómo sangraba». Suspiró, en los últimos tiempos esa era su forma de actuar. Atacar y replegarse. Nada que ver con la joven dulce y divertida de antaño. Se preguntó qué pensarían de ella sus padres ahora. O Ken. Se sobresaltó un tanto al pensar en su prometido. Hacía mucho tiempo que no le dedicaba ni un solo pensamiento, pero Jassmon lo había interpuesto entre ambos como si colocara una barrera. ¿Por qué, si acababa de conocerle? ¿Y por qué parecía tan furioso mientras lo hacía?

Nerviosa se pasó la mano por el pelo, olvidando que lo tenía trenzado y recogido en un moño para que fuera más fácil ocultarlo en la *ghutra*, el pañuelo de algodón que en cuanto hiciera acopio de fuerzas se pondría de nuevo, envolviéndose la cabeza, entre otras cosas para protegerla del sol, pero también para ocultar el llamativo color.

Echaba mucho de menos a Jadiya. Por supuesto, no había podido acompañarlos, era demasiado vieja para seguirles el paso, y habría conseguido que los cogieran, pero era tan ingenua que no había reparado en ello. Tenía tanto miedo de su situación actual y de que en cualquier momento H'arün abriera una puerta y volviera a llevársela, o de que todos esos hombres altos y fuertes como toros se le echaran encima para violarla o... o... o... que simplemente había estado convencida de que la única persona que había sido amable con ella en aquel maldito país seguiría a su lado.

Y cuando le arrebataron aquella última brizna de seguridad pensó que no podría soportarlo.

La anciana la conocía lo suficiente como para saberlo, por lo que no había permitido que ningún otro fuera el portador de las tristes noticias. Se había sentado en la cama de la muchacha, con una infusión en la mano, que le había tendido con una sonrisa desdentada, y había esperado hasta que se la terminó. Solo entonces la había mirado a los ojos y Lariel se había tensado, la boca seca a pesar de que acababa de terminarse la bebida.

—¿Qué ocurre?

—Lo que tenía que pasar, mi niña. Se acerca la hora. —La joven había esbozado una sonrisa temblorosa.

—Parece que de verdad nos alejaremos de él. Empezaremos otra vida, y será nueva para las dos, Jadiya, porque ya no podré volver a la que tenía antes como si todo esto no hubiera pasado nunca, como si no me hubiera marcado al rojo vivo por dentro. Pero estarás conmigo cuando crea que no podré soportarlo, y solo tú sabrás lo que estaré pasando... —Se había detenido, no solo por lo que aquellos viejos ojos decían y no quería creer, sino porque ella estaba negando con la cabeza, su expresión firme aunque pesarosa—.

Vendrás conmigo a casa. Te haré un lugar allí, a mi lado —había asegurado con voz ferviente, rebotante de pánico.

—Nos vamos, pero nuestros caminos se separan hoy, y nunca más volverán a cruzarse.

—¡No! —Lariel se había llevado una mano a la garganta y jadeado en busca de aire, sintiéndose como la niña que la criada la llamaba de forma cariñosa, pequeña, sola y confusa—. No puedes dejarme sola con ellos. Tú eres mi amiga, tienes que acompañarme a Estados Unidos, porque él te matará cuando te encuentre.

—Lo haría si pudiera poner sus asquerosas manos sobre mí, pero tu hombre lo ha dispuesto todo para que la familia de mi madre venga a buscarme en un par de días a una cabaña en las afueras, donde estaré segura y cómoda hasta que lleguen. Además, me ha dado dinero para que lo que me queda de vida sea agradable y sin preocupaciones. —Las lágrimas habían caído sin control por el rostro de la joven mientras apretaba con fuerza las manos de la mujer que tanto la había ayudado durante su cautiverio.

—Por favor, Jadiya, regresa conmigo. No te faltará de nada, te lo prometo —había rogado al borde de la desesperación.

—Vamos, tranquilízate. Sabes que sería imposible que recorriera todos esos cientos de kilómetros a pie. Tardaríamos el doble de tiempo a mi ritmo, y solo conseguiría que los hombres del gobernador nos cogieran. ¿Quieres que sea la responsable de la muerte de esos chicos? ¿De la tuya incluso? Quién sabe lo que puede ocurrir en una persecución de este tipo. Esos muchachos tan valientes y aguerridos tendrían que preocuparse de protegernos a las dos, y al final caerían como moscas. Soy demasiado vieja para llevarme a la tumba algo así. Y para serte sincera, no quiero abandonar mi país. Mis raíces están aquí, mis creencias, y la poca familia que me queda. Van a venir a por mí gracias a ese hombretón que no te quita los ojos de encima, y podré conocer a parientes a los que no he visto nunca. Quiero morir aquí, niña —había terminado con una sonrisa. Lariel la miraba con unos ojos tan tristes que rasgaban el alma, y la anciana había sentido un tirón

en el pecho, como si se despidiera de una hija. Sabía que la muchacha dependía de ella, era un síndrome muy común en alguien que había sufrido los terribles abusos que había padecido ella, pero también sabía, en el fondo de su corazón, que el afecto era mutuo. Y que al separarse la chica sentía que no le quedaba nada, y estaba tan asustada que apenas era capaz de pensar—. Chiquilla, Jassmon es un buen hombre. Sé que parece intimidante, autoritario y demasiado sexual para tu gusto, pero con el tiempo aprenderás a disfrutar de un macho así. —Había levantado la mano en un gesto imperioso para acallarla, segura de sus protestas—. Es un hombre en el que se puede confiar, incluso tu propia vida, como descubrirás muy pronto, y dará la suya sin dudar por ti. No creo que tu petimetre enamorado de Manhattan haga eso por ti jamás. —A pesar de todo la joven había sonreído, la opinión de Jadiya sobre Kenneth siempre había sido muy firme. Lo despreciaba. Y Lariel nunca entendería qué de todo lo que le había contado de él había causado esa opinión tan desfavorable—. Sé que tienes miedo de todos esos hombres grandotes y fuertes, y que hueles su testosterona como si se tratara de su *aftershave*, pero reconocerás que hasta ahora todos te han tratado con respeto y amabilidad. Sí, algunos te desean, pero no darán un paso adelante si no los alientas, y nunca hasta que su jefe y tú no aclaréis lo que sentís el uno por el otro.

—No hay nada entre Jassmon y yo —se había apresurado a aclarar la joven. Demasiado rápido y demasiado vehemente. La anciana se había tragado una sonrisa.

—Pero podría haberlo. —Había chasqueado la lengua ante su veloz movimiento de cabeza, negándolo—. No vamos a discutir eso ahora, pequeña. Solo quiero que sepas que en algún momento, si no te cierras en banda, serás capaz de disfrutar entre los brazos de un hombre, y el amor con uno apasionado, posesivo y con carácter es, sin lugar a dudas, algo extraordinario. —La mujer mayor había dejado escapar una carcajada ante la expresión de la joven—. Bueno, no siempre he sido un vieja seca y arrugada.

—Todo eso no importa, Jadiya. Nunca podré tener ese tipo de intimidad

con un hombre. Y en el caso de que por un milagro fuera posible, estoy prometida, y será con Ken con quien lo haga. —La anciana había apretado los labios, pero no había dicho nada, pensando que la vida pondría cada cosa en su lugar. En un arrebato, Lariel se había arrojado a sus brazos y la había abrazado fuerte—. Te voy a extrañar mucho —había susurrado, las lágrimas impregnando sus palabras.

—Siempre estaré en tu corazón, mi niña. Y tú en el mío. —Y por primera vez en muchos años, aquella vieja endurecida por el mundo y las circunstancias de su país, tuvo verdaderas ganas de llorar.

Y cuando la dejaron en aquella destartalada choza sin ventanas, al abrigo de los últimos árboles en muchos kilómetros a la redonda, lo cual al menos confería a la diminuta vivienda de la suficiente sombra como para que pudiera ser habitable, Lariel había sentido que la abandonaban a su suerte. Sobre todo cuando había visto cómo echaban llave a la única puerta que tenía para después tirarla entre unos secos matorrales, varios metros más allá. Un gemido había escapado de su garganta ante la terrible visión de su amiga muerta de hambre y de sed, semanas después, sin que nadie se enterara a tiempo.

El lugar estaba lo suficientemente apartado de todo como para que pasaran meses sin que un alma se acercara por allí. ¿Y si el mensaje no llegaba nunca a su familia y no venían a por ella?

Solo después supo que había caído en un ataque de pánico. En ese instante, no obstante, en lo único en lo que pudo pensar fue en que tenía que encontrar la dichosa llave y sacar a Jadiya de allí. No fue consciente de los arañazos en sus brazos, ni de los mechones de su pelo enredados en las ramas mientras se lanzaba a los arbustos, pero sí de los fuertes brazos que la habían izado sin esfuerzo y la habían llevado lejos de su objetivo. En ese momento no había sentido pánico por el contacto físico, y se había revuelto como una fiera, intentando liberar a la anciana.

—Ya basta, Lariel. Hemos cerrado para que no escape y pueda avisar a H'arün, pero tiene comida y agua hasta que vengan a por ella. —Aquello la

había sorprendido tanto que se había quedado paralizada. Jassmon estaba tras ella, inmovilizando sus brazos sin esfuerzo alguno, por lo que había girado la cara para verlo.

—Jadiya jamás me traicionaría —había dicho con vehemencia.

—Solo es una precaución, pero le aseguro que estará bien.

—Le he dicho... —Los brazos se habían apretado aún más en torno a ella.

—No dejaré nada al azar. Puede que crea que la conoce, y reconozco que hasta cierto punto la ha cuidado, pero estaba allí, sabía lo que él le hacía, y ayudaba a que cooperara cuando era necesario. Eso es suficiente para mí.

—¿Suficiente para qué? —había preguntado en un murmullo quedo, temiendo la respuesta.

—Para no fiarme de ella. —Se había abstenido de decir que para él era tan culpable como todos los demás. Quizá cabría reconocer que no era más que una mujer mayor, acostumbrada a recibir órdenes de los hombres, y una criada para más inri, pero a los ojos de Jass, quien no podía ver sufrir a alguien sin intentar ayudarlo, haber pasado un año siendo testigo de las crueldades a las que habían sometido a esa joven inocente sin haber hecho nada por evitarlo era simplemente deleznable. Y supo que ella lo había entendido así cuando parpadeó sorprendida.

—¿Y si no vienen por ella? ¿Y si no reciben su aviso? ¿Y si H'arün llega aquí antes que ellos? —había preguntado con miedo.

—Él no va a encontrarla porque esta casa no está en ninguna de las salidas de la ciudad, y en un par de días, tres a lo sumo, su familia llegará gracias a las instrucciones que les hemos facilitado. Necesitamos ese tiempo para estar muy lejos de aquí. Sé que le cuesta aceptarlo, pero no podemos confiar en nadie.

—¿Pero puedo confiar en usted? —había preguntado con sus enormes ojos llenos de temor. Él la había mirado con una intensidad abrumadora durante mucho tiempo.

—Esa pregunta solo puede responderla usted misma.

Lariel se masajó las sienes en un intento por despejar su mente de los ingratos recuerdos. También rotó los hombros, doloridos por el peso de la mochila con sus pertenencias, que debía cargar todo el tiempo. Estaba tan cansada que era probable que se quedara dormida allí mismo, sentada en la abrasadora arena, rodeada por su docena de guardianes personales. La idea, por extraño que pareciera, la hizo sonreír.

—¿Señorita Rosdahl? —La voz grave y aterciopelada se coló por su espalda, que al estar húmeda por el sudor le provocó un escalofrío.

—Puede pasar. —Se tragó una risilla al darse cuenta de que parecía que le estuviera permitiendo entrar en el salón de su casa, en Manhattan. En un momento podía que le ofreciera un té o una limonada bien fresquita...

—¿Qué le hace tanta gracia? —preguntó él con el ceño fruncido, mirándola desde su increíble altura.

—Pensaba en lo agradable que sería tomarme una Coca-Cola helada. —El suspiro masculino fue tan fuerte que alteró el ambiente. Se sentó a su lado y cruzó las piernas.

—Sí, yo mataría por una buena cerveza, con mucha espuma, y tan fría que empañara la jarra en un par de segundos.

—¿Y qué me dice de unas patatas fritas y unas aceitunas para acompañarla? Ummm... Mejor unas variadas y sabrosas tapas de las que sirven a la hora del aperitivo en España... ¿Ha estado alguna vez allí? —Jass asintió a la vez que la observaba, divertido, y ella se calló de golpe al darse cuenta de su sorpresa—. ¿Qué? —preguntó a la defensiva.

—Nada, es que para tener una figura tan perfecta, parece estar bastante fascinada con la comida. —Durante un instante Lariel se tensó, esperando alguna clase de ataque, pero él no estaba mirándola, sino que observaba los alrededores con pereza, contentándose con descansar unos minutos, y lo cierto era que el comentario había sido bastante inocuo, así que se permitió volver a relajarse.

—Bueno, lo invito a que pase un año de su vida sin comer otra cosa que comida árabe, que por cierto detesto con toda mi alma. Jamás volveré a

probar el maldito cordero, y estoy hasta las narices de las sopas y los purés, los zumos de frutas y el té. Y eso que se atreven a llamar pan, el *khobz*, que parece la masa de una pizza... ¡Si no tiene levadura! Y no sabe a nada. ¿Cómo pueden tomarlo en cada comida? Le juro que si tengo que volver a probar el faláfel creo que vomitaré. Y como ustedes no van a lapidarme por beber alcohol, admitiré que mataría por un copazo bien cargado. —La mirada de su acompañante se había vuelto seria de repente y se sintió obligada a aligerar el ambiente—. De modo que sí, echo de menos la comida europea, italiana, asiática... Pero la que más, sin duda, la americana. Y ahora mismo lloraría de alegría por el pastel de carne con puré de boniato y el cochinitillo asado de mi madre. —Jass volvió a perderse en el infinito desierto, sin saber qué decir. La entendía a la perfección. Apenas llevaba allí unos días y había aprendido a detestar casi todo lo referente a ese país, aunque debía admitir que su opinión estaba muy influenciada por lo que el gobernador y sus secuaces le habían hecho a aquella dulce e inocente muchacha. Y una de las cosas que más grima le producía era la comida. Todo le resultaba insípido o demasiado especiado, y si tuviera que definirlo con una sola palabra diría que plano. Parecía que siempre estuviera comiendo lo mismo. Como buenos ejemplos se le ocurrió el dichoso faláfel que acababa de mencionar, típico de la gastronomía saudita, que no era más que [croqueta](#) de [garbanzos](#) o [habas fritas](#). Quizás para otros era un manjar, pero no podía con ello, y parecía que la gente de aquel sitio no comiera otra cosa. O el *fuul*, una pasta formada por fabada, ajo y limón, que tampoco le hacía gracia. A los chicos les pasaba igual, así que la mitad del tiempo se la habían pasado buscando tiendas y restaurantes occidentales. Pensar que ella llevara alimentándose de eso todo un año y por obligación... En cuanto a la mención de su madre, intentó que no lo afectara, pero fue imposible no sentir el terrible pinchazo en el pecho, sobre todo sabiendo que muy pronto se enteraría. Por supuesto, ella no entendió su sombría mirada—. ¿Qué ocurre? —le preguntó, recelosa de nuevo, y él se maldijo por ello. No era muy habitual que bajara la guardia, pero le gustaba cuando se sentía lo bastante cómoda como para hacerlo.

—Estaba pensando que no me la imaginaba de bares, eso es todo.

—¿Demasiado estirada para codearme con la chusma en baretos de mala muerte? Para su información, señor Seveages, de vez en cuando mis pies tocan el suelo y me permito a mí misma salir de la Casa Blanca. Claro, sin que papi y Ken se enteren. —Jass la miró a los ojos, tan azules, tan bonitos, tan mortalmente heridos. Se fijó en su pelo rubio muy claro, recogido en un moño apretado para que fuera más fácil camuflarlo bajo el pañuelo masculino, algunos mechones, húmedos y rebeldes, sueltos alrededor de su rostro perfecto, tan bello. Después de un largo momento se levantó muy despacio, se sacudió la ropa sin dejar de observarla, y volvió a cargarse el arma al hombro.

—Vamos, debemos continuar.

La joven se colocó con rapidez la *ghutra* y lo siguió, aliviada al constatar que el resto del equipo estaba listo y esperándolos.

En cuanto se pusieron en marcha sus miradas se cruzaron durante un efímero instante. Ambos quisieron decir algo más, pero los dos callaron.

Jassmon miró su reloj y comprobó que eran las dos de la tarde. Llevaban caminando doce horas sin descanso, y aunque era menos tiempo del que tenía estipulado para ese día, ordenó detenerse.

Instalaron una lona improvisada que los protegiese de lo más crudo del sol porque no podían perder tiempo en algo más elaborado, asegurándose de que no fuera demasiado visible. Hacía unas horas se habían encontrado con un helicóptero militar y habían tenido que enterrarse en la arena para ocultarse. Sinceramente aquella había sido una experiencia que todos esperaban no tener que repetir.

Jass vio a Lariel de pie en el centro del espartano campamento, con la cabeza gacha y los hombros caídos, y se acercó. Sin hablar, cogió las asas de su mochila y se la quitó de encima. Cuando la liberó de aquel peso, ella se tambaleó como si fuera a caerse, y sin pensarlo pasó el brazo por su cintura para sujetarla. De forma instintiva el cuerpo de la joven se quedó rígido, con

la respiración atascada en la garganta, esperando el momento en el que se abalanzara sobre ella. Jassmon en cambio cerró los ojos, incapaz de contener las emociones que le provocaba tener a esa mujer apretada contra su pecho, oler su irresistible fragancia de inocencia y sensualidad, sentir su increíble culo apretado contra su rugiente ingle... Pero a pesar del poderoso ataque a sus sentidos podía percibir su miedo, y eso fue cuanto necesitó para apartarse.

—¿Está bien? —Hasta él era capaz de detectar la necesidad en su voz enronquecida por la pasión.

—Solo un poco agarrotada. —Sin embargo, no lo miraba, y aquello era un indicio bastante bueno de que no estaba siendo sincera.

—Vaya a dormir, Lariel. Solo puedo ofrecerle cinco horas de sueño. Después anochecerá y deberemos volver a ponernos en marcha. —Casi sintió pena cuando la vio abrir los ojos con horror, no obstante, se dijo que estaba imponiendo aquel ritmo endemoniado para mantenerla viva—. Es mucho más seguro viajar de noche. Aquí somos vulnerables. —Hizo un gesto con la mano, abarcando cuanto les rodeaba. Ella asintió, admitiendo que comprendía, pero no se movió. En cambio, echó una rápida y leve mirada a la lona. Con un suspiro repleto de agotamiento, comenzó a andar hacia allí, esperando que la muchacha lo siguiera—. Vamos, Lariel, todos necesitamos descansar. —Miró con disimulo por encima del hombro, y volvió a respirar cuando después de una pequeña vacilación, fue tras él. Dejó las dos mochilas en el suelo y le hizo una perfecta reverencia—. Señora, elija su lado de la cama.

Una pequeña sonrisa tironeó de los labios femeninos, y con una gracia digna de una reina se dejó caer sobre la arena, se quitó el pañuelo, lo dobló para utilizarlo de almohada, y por fin se tumbó. Un minuto después sintió que él lo hacía a su espalda, lo bastante lejos como para no tocarla, y aún así demasiado cerca para su gusto. Poco a poco fue consciente de que todos los demás iban entrando bajo la lona, y cuando ya no pudo soportarlo más se incorporó sobre un codo y vio sorprendida cómo se habían ido distribuyendo por la zona protegida por la tela, en una especie de círculo alrededor de ellos

dos, de tal forma que para poder acercarse a ella desde cualquier ángulo, deberían atravesar primero aquella barrera humana. Sus ojos se encontraron con los del coronel Rolland Crawford, un hombre corpulento a pesar de medir tan solo un metro setenta. Él le sonrió, sentado contra uno de los postes, preparado para hacer la primera guardia, aunque estaba tan cansado como los demás.

Volvió a tumbarse y cerró los ojos, segura de que sería incapaz de dormir entre todos aquellos hombres, aunque comprendiera, en algún recoveco de su mente, que estaban allí para protegerla del modo que fuera preciso, de cualquier amenaza posible.

CAPÍTULO 5

Jassmon abrió los ojos y miró la pequeña espalda sin atreverse a moverse, a pesar de saber que estaba dormida. Había caído a plomo en cuanto apoyó la cabeza en el suelo, pero cuando la vio incorporarse para mirar a su alrededor, un momento antes, estuvo seguro de que se levantaría y saldría corriendo como alma que lleva el diablo.

Aquella niña alegre y soñadora de la que todos le habían hablado con una sonrisa en los labios, y que él mismo había vislumbrado en las fotografías, se hallaba ahora sepultada bajo toneladas de amargura y sufrimiento, tan acobardada por cuanto la rodeaba que nunca se permitía relajarse. Era sorprendente que estuviera acostada, durmiendo con ellos a su lado, y tenía muy claro que el único motivo era que se encontraba agotada.

Estaba impresionado de lo bien que había llevado aquel primer tramo, sin quejarse ni una sola vez por el ritmo rápido que había exigido, ni por las largas horas sin detenerse. Y sabía que el resto del equipo se hallaba igual de sorprendido. Habían estado apostando, y el máximo que le habían dado hasta que se derrumbase por agotamiento había sido de seis horas. Jass también jugó —no quería quedarse fuera de la camaradería de los chicos—, y siempre que ella no se enterara no había peligro. Sonrió al recordar que se había plantado en cinco.

Percibió el intenso aroma del café, y con un sonoro suspiro se levantó y fue hacia el origen del atrayente olor.

—¿Por qué no estás durmiendo? —Los blancos dientes del hombre más joven brillaron tras la enorme sonrisa que le provocó la regañina del coronel.

—Supongo que no he podido resistirme al olor y me he desvelado —mintió con descaro, señalando la pequeña jarra a sus pies. El otro alzó una ceja.

—Si tuviera que jugármela, diría que es otra fragancia la que no puedes

quitarte de la cabeza.

—No sé lo que quieres decir. —Se sentó y se estiró para coger una taza, pero el otro fue más rápido y la alejó con el pie. Inclino la cabeza, fijando sus impresionantes ojos verdes en él.

—No podrás pegar ojo si te bebes eso —explicó su segundo.

—Haré la siguiente guardia.

—Ni hablar, chico. John me relevará en dos horas, y tú te vas ahora mismo a la cama. Junto a tu mujercita.

—No es mi mujercita —gruñó con una mirada asesina. Rolland se rio.

—Decididamente, no te envidio. Es una preciosidad, no voy a discutirlo, pero da más descargas que una anguila. Y está tan asustada y traumatizada que no es capaz de razonar quién es en realidad el enemigo. —Ro negaba con pesar con la cabeza, y Jass lo entendía. Lariel era recelosa, retraída y esquiva, y aunque a veces se relajaba durante unos preciosos segundos, dejando entrever a la muchacha dulce y divertida que debió ser, al momento volvía a mostrarse tan arisca como siempre. Y su amigo lo había explicado a la perfección. La joven no era capaz de diferenciar. Todos eran hombres, y por lo tanto capaces de cometer las mismas atrocidades que H'arün Solaymán Bin Shahin. Y que ella lo comparara con ese monstruo lo hacía enloquecer de rabia.

—Es pronto. Acaba de escapar de sus garras. Quizá cuando salga de este puto infierno sea capaz de guardar todo esto en algún lugar muy dentro de sí y construir nuevos recuerdos que la ayuden a continuar. —Ro asintió, apenado. Los dos sabían que jamás podría olvidar el año que había pasado allí. Lo que le había ocurrido la perseguiría para siempre, formaría parte de lo que era, y a lo máximo a lo que podría aspirar era a ser lo bastante fuerte como para conseguir superarlo y seguir adelante con su vida.

—Me parece que también a ti te costará congraciarte con este sitio de nuevo, ¿verdad?

—Sí. —Una única palabra, y sin embargo el sentimiento de aversión que contenía era tan intenso que cualquiera se hubiera sobresaltado. El coronel no

se inmutó. Por supuesto, era capaz de entender que Arabia no tenía la culpa de lo que le había ocurrido a aquella niña, que los actos de un solo hombre no dictaban el proceder de toda una nación, sin embargo, cuando tenían que huir por medio desierto sin parar para mear, perseguidos como animales para salvar la vida, se hacía difícil diferenciar. Así que comprendía que a Jass se le dificultara pensar en aquel lugar como próximo destino para unas agradables vacaciones—. Voy a seguir tu consejo e intentar dormir algo. Nos queda un duro camino. —Las miradas de ambos se cruzaron y se mantuvieron enganchadas.

—Si lo que dice es cierto, si de verdad está obsesionado con ella, sabes que terminará dándonos caza. —Jass se pasó la mano por el pelo, de repente agotado.

—Lo sé.

—En este puñetero desierto somos presa fácil. No hay rincón en el que esconderse, ni una mísera piedra. Si está empeñado en encontrarnos, y con los medios de que dispone, acabará haciéndolo.

—Esperemos ser más listos que él. Y que vuestro renombrado entrenamiento sirva de algo —comentó con sorna, aunque sus ojos serios desmentían la burla de sus palabras, dichas a la ligera.

Le faltó muy poco para arrastrar los pies mientras volvía a su lugar junto a la mujer, y se tragó un gemido al tumbarse a su lado. Podía ser que se entrenase a diario y practicara varios deportes con asiduidad, pero nada era comparable a aquella lucha por la supervivencia, y admitía estar molido.

De inmediato se percató del sueño intranquilo de la joven, que se removía y emitía pequeños sonidos bajos, como quejidos, de tanto en tanto. Se apoyó sobre un brazo y la observó, pero seguía dormida. Sintió un puño de hierro cerrándose alrededor de su corazón, aplastándoselo, cuando comprendió que estaba soñando y supo, con absoluta claridad, sobre qué. Y cuando vio las lágrimas brillando sobre las puntas de sus pestañas mientras susurraba palabras inteligibles, retorciéndose en la arena como si intentara defenderse, quiso dar marcha atrás y regresar a cargarse a ese cabrón, aunque con ello no

podiera borrar sus pesadillas.

Con mucho cuidado de no asustarla pasó la mano por su pelo, deseando poder deshacerle el moño, pero sin atreverse a despertarla, y acarició su nuca con movimientos lentos y dulces.

—Shhh... Tranquila. Todo ha pasado. Estás segura... —Al escuchar una voz masculina, ella se tensó aún más, y sus murmullos se convirtieron en lastimeros gemidos. Su respiración era tan rápida y superficial que de un momento a otro tendría verdaderos problemas para conseguir aire. Siguió tocándola con delicadeza, apenas rozándola con la punta de los dedos, pero intentando calmarla—. Relájate. Ya no estás en esa casa. No puede tocarte. Nadie va a hacerte daño. Estoy aquí contigo, y voy a protegerte cueste lo que cueste. —Parecía que respiraba un poco mejor, y sintió un alivio inmenso por ese pequeño detalle—. Eres muy fuerte. Puedes luchar contra él. Vamos Larry, yo te ayudaré, tan solo debes confiar en mí. Sabes que puedes. —Quiso acercarse y abrazarla, demostrarle que su fuerza servía para mucho más que dominar y someter, pero no se atrevió. Así que siguió trazando dibujos sobre su cuello, maravillado de que su piel pudiera ser tan suave y oler tan bien—. Así, pequeña..., tranquilízate... Vuelve a dormir... Estoy aquí para cuidar de ti... y de tus sueños... Confía en mí... —Poco a poco su tenso cuerpo se distendió, su respiración se fue normalizando, y los lastimeros gemidos fueron atenuándose hasta que de nuevo el silencio se instauró bajo la lona. Jass se tragó el nudo de emociones que lo embargaba antes de levantar la vista hacia sus hombres, los cuales, unos medio incorporados, otros sentados, y el resto simplemente tumbados con los ojos abiertos, observaban a la joven con distintas expresiones, desde la más pétrea del mercenario Lav hasta la furiosa de Philippe, pero en la de todos había un denominador común, la promesa de venganza.

La noche fue larga y agotadora. Tras quince horas de arrastrar los pies sobre la maldita arena, presente en cada puñetero kilómetro que recorrían, todo el grupo se encontraba exhausto y malhumorado. Eran las doce de la

mañana, y el sol pegaba de lo lindo, encharcaba sus ropas, provocaba picores, y les hacía soñar con un baño que todos sabían que tardaría en llegar.

Lariel se comportó como una campeona, pero hubo un par de tramos en los que hubo que echarle una mano porque su fondo físico realmente no daba para más. Ella se resistió, tanto porque quería estar a la altura de ellos, como por no soportar el contacto físico, pero al final, tras una seria charla con Yatorlav –que a decir verdad consistió en un par de frases gruñidas por el colosal hombre–, tuvo que reconocer que no podía más y que si no se dejaba ayudar, tendrían que parar. Y así fue como, entre miradas asesinas y temblores descontrolados, se subió a la espalda del alemán y accedió a que este la cargara durante un par de horas. Jass apretó los dientes todo aquel tiempo, queriendo ser él quien la llevara, pero agradecido de que al menos le permitiera a alguien hacerlo, lo cual ya era un milagro en sí. Y sabiendo que aquel tipo hosco y en extremo peligroso había conseguido tejer un fino hilo con ella, se contentó con transportar la mochila del hombre y disfrutar del espectáculo gratuito de aquel sensacional culito que se balanceaba delante de él, ignorando con terquedad el resto de desvergonzados ojos que hacían lo mismo.

Pero cuando Seppe ofreció su espalda horas más tarde, ante una exhausta Lariel que prácticamente se había quedado dormida mientras bebía de su cantimplora, y que se había echado el agua por encima y desperdició el precioso líquido sin apenas percatarse de nada, Jass no lo pudo soportar más, y apartando al empalagoso italiano de un empujón, se cargó a la chica sin muchos miramientos. Ella no se dio ni cuenta, se limitó a removerse hasta que encajó su menudo cuerpo en el de él, como un cachorrillo que tardara en encontrar la postura, y con un gemidito que le llegó más rápido y directo que un rayo a la entrepierna, se quedó muerta para el mundo.

Blasfemó en cuatro idiomas antes de volver a ponerse en camino y mientras Diego recogía su mochila del suelo con una carcajada, seguida de unas cuantas más de sus compañeros, él meditaba sobre lo largo que iba a resultar aquel viaje.

Minutos después sintió que alguien se le acercaba, y al girar el cuello vio a Ro quitándole la mochila a Lariel. Sabía que debía darle las gracias, pero no estaba de humor para mantener charlas amigables, así que volvió a mirar al frente con gesto hosco. Sin embargo, cuando su amigo lo adelantó y pilló su movimiento de cabeza y su sonrisa socarrona, le entraron unas terribles ganas de gritar.

Eso había sido horas atrás. Desde entonces Lariel se había despertado y había insistido en seguir sola, turbada y no muy agradecida, para ayudar después en las tareas de montar el campamento, esa vez algo más elaborado, puesto que por fin iban a pararse a comer y a dormir en condiciones. Si a acostarse a media mañana, soportando temperaturas de entre treinta y cinco y cuarenta y dos grados, podía llamarse descansar.

Pero esa era la realidad que les tocaría vivir durante las próximas semanas, y tras esa última experiencia Lariel regresaría a su hogar siendo una mujer muy diferente e infinitamente más fuerte, o la suma de todo aquello acabaría con ella. Y él pensaba asegurarse de que lo superara. Ninguna otra opción era viable.

—¿Un café? —La joven levantó sus enormes ojos para mirarlo, aún brumosos por el reciente sueño. Y como siempre el impacto de ese profundo e intenso azul lo perturbó mucho más de lo que debería. Ella estiró la mano en un movimiento tan lánguido como cauteloso y tomó la taza que le ofrecía. Interrumpió el contacto visual para mirar de forma distraída a los hombres que desmontaban con eficacia el pequeño cuartel, llegada de nuevo la hora de volver a ponerse en marcha.

Jass aprovechó para observarla, un pasatiempo que cada vez le consumía más tiempo y horas de sueño. Parecía una niña, sentada en el suelo con las piernas cruzadas como una india, aunque la postura era engañosa. Distinguió la famosa posición de loto, que estimulaba los nervios de las piernas y los muslos, además de tonificar los abdominales y fortalecer la columna y la parte superior de la espalda. Se decía también que esa postura, espiritualmente, era silenciosa, tranquila y contemplativa.

A pesar de ser una de las posiciones de yoga más reconocibles, se trataba de una asana de nivel avanzado, no apta para principiantes, lo cual significaba que lo practicaba con asiduidad. Otro detallito del rompecabezas que conformaba a la señorita Rosdahl, que había dejado escapar sin darse cuenta, y que él pasó a almacenar en un archivo mental impresionantemente preciso en el que las piezas iban juntándose unas con otras mientras el viaje proseguía.

Se sentó a su lado y le ofreció el paquete de galletas, que rechazó tras un breve vistazo de reojo.

—No me apetece.

—Pues coma sin hambre. —Eso sí le valió una mirada de su parte. Quizá lo dijo con más brusquedad de la que pretendía, pero apenas había probado bocado en la comida, de lo cansada que estaba. De hecho, había faltado poco para que no terminara ahogada en su cuenco de espesas gachas. Y cuando por fin se había tumbado, derrengada, todos habían sido testigos mudos e impotentes de sus terribles y continuas pesadillas. Ninguno había podido dormir muy de seguido con ella gimiendo, llorando, o suplicando cada poco rato, y las profundas y oscuras ojeras que lucía, sin ser consciente de ello, gritaban a los cuatro vientos que, incluso dormida, ella tampoco había descansado—. Necesita la energía que aportan, así que haga el favor de olvidar todas esas tonterías de las calorías y cómase al menos cinco.

—¿Cree que estoy preocupada por el peso? —Jass recordó el cuerpo suave, flexible, cálido y bien proporcionado que había estado abrazando durante las horas en que ella sufría, y sintió el tirón en la zona central de sus pantalones, aquel que se estaba convirtiendo en una constante en su vida. Ella lo desconocía, por supuesto, pero la había investigado, o más bien su rutina diaria en Manhattan, y sabía que realizaba ejercicio de manera regular, de ahí la buena forma física que tenía y lo bien que estaba aguantando.

—Bueno, es obvio que se cuida. —Señaló con un movimiento de la mano en dirección al físico que la ropa que le había elegido no conseguía ocultar, cuidando muy mucho de parecer indiferente.

—Eso no significa que esté obsesionada —refunfuñó—. Mucha gente se preocupa por estar en forma. Sin ir más lejos, usted y el resto del equipo están en unas condiciones físicas inmejorables. —Él alzó una ceja, sorprendido.

—¿Lo ha notado?

—Sería difícil no hacerlo. Son bastante impresionantes en ese sentido, y esas camisetas de licra no ocultan sus atributos precisamente. —La miró con fijeza durante un buen rato, clavando sus bellísimos ojos verdes en su rostro.

—¿Así que es consciente de nuestros... atributos? —Ella se levantó como un resorte, pero no antes de que viera el primer indicio de temor en esas profundidades azules. En un rápido movimiento le enganchó la muñeca, impidiéndole marcharse—. ¿No está cansada de huir? —Dejó de luchar de inmediato por soltarse y lo miró demasiado boquiabierto para responderle—. ¿No es eso lo que hace? ¿Echar a correr en cuanto entra en pánico? Nuestra lujuria y testosterona no supone riesgo alguno para usted, Lariel, y cuanto antes lo comprenda, más segura y relajada estará entre nosotros. Nuestra labor es protegerla y, con sinceridad, ya no se trata solo de un trabajo. —La joven cerró los ojos, sintiendo que se ahogaba por dentro, pero sin dar muestras de ello. La habían criado bien, bajo las premisas del decoro, la elegancia, el estoicismo y el saber estar. Mostrar sus emociones no estaba bien visto en la sociedad neoyorquina, y ella había encajado bien en el corazón de esta. Pero había veces en las que le gustaría gritar a pleno pulmón, cuando el miedo y el dolor se superponían a todo lo demás, o como mínimo cruzarse de brazos y patalear. Tenía entendido que se llamaba berrinche. En cambio, fijó su mirada en él, fría y altanera, como la princesa de hielo que tantas veces antes había interpretado ser. Detestaba aquella pose, pero en su mundo, un lugar que aquel bruto insensible no soñaba siquiera llegar a conocer, a menudo era necesario protegerse de los tiburones que habitaban entre el glamour y las sonrisas falsas, y sus padres le habían facilitado una educación muy completa que ella no había desaprovechado. Así que en ese momento fingió que no le repugnaba aquella cercanía, y que su respiración acelerada se debía a la furia, asegurándose a sí misma que los nudos que se

retorcían en su estómago como serpientes rabiosas no tenían nada que ver con el firme agarre de la mano masculina en su muñeca.

—¿Ha terminado con su sesión de psicología barata? ¿O su fuente de la sabiduría aún no se ha agotado? Porque de ser así puede que deba aceptar esa reserva de energía. —Dicho lo cual se inclinó sobre él, y como si no supusiera el esfuerzo más grande del mundo, se estiró para coger una galleta, rozándole la rodilla alzada con el hombro.

Su primer instinto fue saltar hacia atrás y alejarse todo lo posible, pero con una fuerza de voluntad que desconocía tener, se mantuvo donde estaba. La constancia de que, sujeta como estaba no podría ir muy lejos, ayudó también. Le dio un mordisco al dulce mientras sus ojos se retaban y se enderezó.

Jass tenía la boca seca y el corazón a mil. Al sentir el suave e inocente contacto del cuerpo femenino solo había sido consciente del clamor de su sangre, rugiendo porque aprovechara el agarre y la tirara encima suyo. El resto era fácil de imaginar, un montón de besos largos, húmedos, apremiantes y sabrosos, y el entrelazar de sus cuerpos sudorosos al son de sus respiraciones jadeantes por la pasión y el erotismo.

La soltó como si quemara, temeroso de llevar a la práctica sus alocadas fantasías, incluso las que llevaba casi un año guardando solo para sí mismo. Se perdió en su mirada, cautelosa y retadora al mismo tiempo, preguntándose no por primera vez cómo era posible aquel milagro, tener a aquella mujer, la dueña de sus sueños, de pie frente a él. O quizá la verdadera pregunta era cómo había podido soñar con ella durante meses sin conocerla ni saber siquiera que existía en el mundo real, y que aquellas visiones le transmitieran con total claridad que necesitaba ayuda.

—Siéntese, Lariel, aún queda un rato para que nos pongamos en marcha. —Por supuesto aquello fue visto como una orden, y por lo tanto desestimado. Jass no supo si sentirse agradecido o frustrado cuando Philippe llegó junto a ellos, se dejó caer al suelo y cogió el paquete de galletas, para engullir dos de ellas en pocos segundos.

—Hum, qué ricas. ¿Las has probado, Lari? Las galletas de Jass son un

pecado azucarado del que uno debe disfrutar al menos una vez al día, como del buen sexo. —La muchacha fue consciente de que en ese instante acaparaba por completo la atención masculina. Mantuvo la mirada del francés, que le guiñó el ojo y le tendió el paquete en silencio, con una expresión entre afable y risueña, y de repente no pudo resistirse a él. Cogió las malditas galletas, que ya sabía que estaban de muerte, y mientras le daba un gracioso mordisco a una, se sentó a un metro de ambos. El moreno de ojos pardos amplió su sonrisa en respuesta y le pidió que le pasara los dulces. Después de agenciarse tres de esas exquisiteces, se las acercó a su compañero —. Dime que has traído una buena reserva, amigo, porque a pesar de mis intenciones no tuve tiempo de pasar por la única tienda en la zona donde me dijiste que las habías encontrado. —Un amago de sonrisa apareció en el rostro del aludido, diluida tras el entrecejo con el que fulminaba al experto en explosivos. ¿Desde cuándo el trato entre esos dos se había vuelto tan familiar como para que la llamara Lari?

—Te diría que tenemos más que suficientes, pero al ritmo que te las zampas no nos durarán ni dos días. —La joven tragó lo que tenía en la boca, culpable por haberse comido ya tres de esas delicias. Jassmon le ofreció el menguante paquete con una expresión divertida, pero ella lo rechazó. El hombre se giró hacia el franchute con un ceño feroz, que solo consiguió una carcajada.

—Haz el favor de comer o el jefe me despellejará vivo. Te aseguro que si algo hay en este campamento son galletas de jengibre. Para Jass son casi un vicio, y nos lo ha pegado al resto, así que se asegura de que nunca nos falten, aunque eso implique que no tengamos otra cosa que llevarnos a la boca.

—Serás exagerado —masculló el otro, con el paquete todavía alzado hacia ella. Al fin, bajo la intensidad de su mirada y el dulce aroma en su nariz, lo cogió y se quedó con dos antes de pasárselo a Phil de nuevo. Jass se abstuvo muy mucho de mostrar su satisfacción.

—Reconozco que están deliciosas, y es un cambio agradable a lo que estamos comiendo últimamente. —Abrió los ojos como platos—. No quería

decir... —comenzó.

—No se disculpe —se rio Jassmon—. La comida fría del primer día fue un lujo en comparación a la carne seca, o las gachas que vinieron después. Al principio estábamos demasiado cerca de la ciudad para encender fuegos, y ahora los víveres están escaseando.

—¿Y qué haremos cuando se nos terminen? —preguntó con el corazón encogido, consciente de que el agua era lo primero que empezaba a faltar.

—No tiene que preocuparse por nada, Lariel. Todo el viaje está planificado al detalle. Mañana por la mañana pasaremos cerca de la ciudad de Al Majma'ah, perteneciente todavía a Riad, y allí nos reabasteceremos de provisiones. —Miró con intención al otro—. Salvo de galletas de jengibre. —El pesado suspiro de su compañero los hizo sonreír a ambos.

—¿Y no será peligroso entrar en la ciudad?

—Sí, por eso irán solo Phil y Diego. El resto esperaremos en las afueras. —El francés asintió.

—Pero...

—No temas por mí, preciosa. Volveré enterito para pedirte un beso como recompensa por mi audacia y valor. —Ambos hombres se aguantaron las ganas de reír ante la cara de horror de la muchacha—. Y un paquete entero de galletas de jengibre —aseveró subiendo y bajando las cejas repetidamente con gesto cómico. Después de un rato, una pequeñísima sonrisa tironeó de los sabrosos labios femeninos, sutil y reservada aunque preciosa. Phil se incorporó con esa gracia y fluidez propias de los doce hombres que la acompañaban, por muy bruscos o toscos que resultaran algunos, y le entregó el casi acabado envoltorio a su amigo. Cuando pasó a su lado y, sin detenerse, le metió una galleta en la boca con un movimiento suave, guiñándole un ojo con descaro a pesar de su obvio desconcierto. Jass vio cómo lo seguía con la mirada, y apretó el cartón entre sus manos con tanta fuerza que notó que sus preciados dulces se deshacían en pequeñas migas. Al oír el sonido, ella se giró, y durante unos angustiosos instantes se quedó mirando hacia abajo al estropicio que había hecho. Después alzó esos ojazos que le paralizaban el

corazón durante una fracción de segundo cada vez que ella lo elegía como fuente de atención, y estiró la mano. Parpadeó, confuso.

—¿Me da más galletas, por favor? —Aspiró una gran bocanada de aire, cuidando de que no se notara. Joder, la tensión que sentía en el pecho, ¿qué era?

—Están destrozadas —contestó con un graznido.

—Lo sé. —Ella le daba una mirada suave y calmada, tan diferente de la cautela y la aversión habituales, que el punto de rigidez se apretó un poco más—. De pequeña me encantaba comerlas así, por lo que Lenora, mi niñera, las molía en el mortero para mí. Cuando me apetecían de nueces o pistachos, a ella no le hacía mucha gracia. —La presión se disolvió como por ensalmo, y le tendió los restos sin percatarse de ello ante la nueva demanda de su mano. Lariel abrió el arrugado envoltorio con la tranquila elegancia que caracterizaba todos sus movimientos, e inclinándolo se echó una torrecita de polvo en la mano izquierda, mirándola con una sonrisa tan nostálgica que el pesar que pudiera seguir sintiendo por su estupidez se esfumó del todo—. Pruébelo, definitivamente así es mejor.

No lo dudó. Y cuando saboreó las migas, y compartió un gesto de asentimiento y una sonrisa concedora con ella, tuvo claro que tras ese momento casi íntimo se había quedado con una pequeña parte de su corazón.

¿Pero acaso no lo poseía entero ya?

Cuando llegaron a Al Majma'ah estaban todos exhaustos. El calor, incluso habiendo realizado la mayor parte del trayecto de noche, la falta de algo consistente que comer, y las quince horas diarias de caminata continua, pasaba factura hasta el más avezado guerrero. A pesar de ello, Philippe y Diego se prepararon para aventurarse en la ciudad, cambiándose la cómoda camiseta y el pantalón de algodón por la tradicional túnica de manga larga hasta los tobillos, llamada *thawb*, y la sempiterna *ghutra*. En ese caso no tuvieron que recurrir a las lentillas de colores, puesto que ambos tenían los ojos oscuros, y con el dominio que Phil tenía del árabe, pasarían

desapercibidos.

A pesar del evidente agotamiento de Lariel, su nerviosismo y preocupación por los dos hombres que iban a adentrarse en la ciudad era más que obvio para todos. Se retorció las manos mientras observaba los preparativos previos a su partida, con la ansiedad pintada en el rostro.

—¿Qué ocurre, niña? —El apelativo cariñoso entró en su corazón como un cuchillo cortando la mantequilla, porque le recordaba la cantidad de veces que Jadiya la había llamado así. Por un momento se paralizó, preguntándose si su familia la habría encontrado. Después se obligó a tranquilizarse, asegurándose que aquellos hombres no la habrían abandonado a su suerte para morir sola en aquella casucha vieja y aislada.

—Rolland, dime que no van a correr peligro. —El tono lastimoso de su voz lo hizo sonreír. Parecía una mamá cuidando de sus polluelos.

—En realidad no quieres que te mienta. —Ella lo miró fijo antes de negar despacio—. Es probable que la ciudad entera esté sitiada por los hombres del gobernador, pero los chicos están entrenados para enfrentarse a situaciones extremas. Debieras confiar más en ellos.

—No es una cuestión de falta de fe. Es que solo son dos...

—Los suficientes para pasar desapercibidos entre la muchedumbre y conseguir todo lo que necesitamos. Nos quedan ocho días y medio hasta llegar a Rafha, una localidad de las Fronteras del Norte que linda con Iraq, donde podremos volver a reabastecernos, así que estarán ocupados un buen rato, lo bastante para que nosotros levantemos el campamento. —Pero la chica no estaba convencida, el inquieto movimiento de sus manos y su mirada apesadumbrada hacia los muchachos hablaban por sí solos. El pesado suspiro a sus espaldas llegó a la vez que las tranquilas palabras.

—Llevarán los intercomunicadores, así sabremos si tienen problemas.

—Oh. —Ella abrió los ojos con gesto inocente—. Y cuando los estén friendo a tiros en la plaza y se lo comuniquen a gritos por esos aparatitos tan chulos y usted esté aquí, a cinco kilómetros de distancia, ¿de qué van a servirles? —Si el sarcasmo no goteara a través de cada una de sus palabras,

su fiera mirada le habría dado un buen revolcón en el suelo, como mínimo. Jass se la sostuvo durante un buen rato, impasible, encantado interiormente con toda esa fuerza y pasión. La iba a necesitar. Aunque durante un par de segundos algo que él sabía que se parecía mucho a los celos se instaló en su estómago, lo desechó con rapidez. La joven no estaba preocupada solo por el franchute. Su mirada ansiosa se desplazaba por los dos hombres a punto de partir, sin hacer distinciones. Se tragó otro suspiro, recordando el episodio de las galletas de la tarde anterior. No habían vuelto a hablar de ello, pero algo había cambiado. La frialdad con que lo llevaba tratando desde que se conocieron se había disuelto en parte, y había bajado sus defensas. Y en cuanto al resto, después de tres días de viajar juntos, se había establecido una especie de camaradería entre ella y los hombres. Aún era reticente a unirse al grupo, pero ya no se mantenía aislada. Así que para no romper la frágil paz instalada entre ellos no se acercó hasta rozar su propia nariz con la suya, ni la agobió con su tamaño, como tenía ganas de hacer, sino que permaneció a varios pasos de distancia, fingiendo que su fuego no le calentaba las entrañas, y que su pasión no le endurecía la entrepierna.

—Para no soportar que ninguno de nosotros rondemos a su alrededor, parece que nos está cogiendo cariño. —Echó una mirada al coronel—. ¿Por qué no le has contado que Lav y John les cubrirán las espaldas? —le preguntó malhumorado.

—¿Por qué no lo has hecho tú? —contraatacó el otro. Jass la miró, perforándola con sus ojos esmeralda.

—Porque toda esa ternura femenina es simplemente deliciosa. —Ro se cruzó de brazos con gesto satisfecho.

—Pues por eso mismo me he callado. Hace mucho tiempo que nadie se preocupa por nosotros. —La cara de la chica era todo un poema. Primero buscó con la mirada al francotirador ruso y al segundo teniente, que en ese momento salían de la tienda de campaña recién montada, a todas luces listos para entrar en combate de ser necesario, pues aunque iban vestidos como árabes, estaban armados hasta los dientes. A pesar de todo se reían con ganas

de algo que había dicho uno de ellos, como si aquello fuese algo cotidiano en sus vidas, sin importancia ni trascendencia. Le costó todo un minuto mentalizarse de que así era como vivían aquellos hombres, y su cerebro lo procesó mientras se reunían con Philippe y Diego, y las carcajadas continuaban. Después se giró hacia sus acompañantes, su mirada afilada como una navaja suiza.

—Sois unos ca...

—Cuidado, señorita Rosdahl. No se olvide de su educación duramente pagada. —Los ojos verdes emitían chispas de diversión, lo que provocó que los puños femeninos se crispasen—. Vamos, Lariel. Tiene que cultivar su sentido del humor. —Ella abrió la boca, y Jass se preparó para el golpe mortal que iba a asestarle.

—Estamos listos. —La joven se giró al escuchar al francés, que la miró con una sonrisa suave.

—Vais a cuidaros, ¿verdad? —La sonrisa de este se ensanchó, mostrando un espectacular relucir de dientes blancos que Jassmon sabía que hipnotizaba a todas las mujeres.

—Por supuesto. Jass me ha asegurado un paquete de sus galletas si regreso sin un rasguño. —Su mirada diabólica se enganchó a la de ella—. Pero haría cualquier cosa por catar esos labios dulces como la miel. Y también tengo una promesa sobre eso. —Aunque todos sabían que no fue consciente de ello, la muchacha dio un paso atrás antes de levantar el mentón.

—Yo no me he comprometido a besarte —dijo con firmeza.

—Pero muchacha, ese es el único aliciente capaz de conseguir que luche por volver.

—¿Y salvar tu vida no lo es?

—No es lo mismo, francamente. —Los otros tres hombres asintieron, apoyándolo. La joven entrecerró los ojos.

—¿Qué? —preguntó, confundida.

—Bueno, bonita, a todos nos gustaría uno de esos besos a nuestra vuelta

—aclaró el español con expresión pícaro. Lariel fue pasando de uno en uno, con la boca abierta.

—Estáis locos.

—Nunca hemos negado ese punto, preciosa —confirmó el francés, mientras cogía su arma y se la colgaba del hombro. Más tarde se la entregaría a los otros, pero mientras fuera viable no se separaría de ella. Se dio la vuelta, preparado para meterse en la boca del lobo. Lariel lo cogió del brazo y lo obligó a girarse, su masculina cara no demostró en ningún momento la sorpresa que aquel gesto le produjo, ya que era la primera vez que tocaba de manera voluntaria a alguno de ellos.

—Solo... No te metas en problemas, Phil.

—La vida es muy aburrida sin uno o dos contratiempos. Pero lo intentaré por ti, princesa —prometió, guiñándole un ojo en ese gesto tan suyo antes de alejarse. Cuando Lav pasó por su lado se detuvo y ambos se quedaron mirándose. En los últimos días habían pasado bastante tiempo juntos mientras él le enseñaba a manejar un arma, y ya no le tenía ese terror reverencial.

—¿Así que tú también quieres un beso? —preguntó, la voz impregnada de incredulidad. No podía pensar en nada más incongruente que ese grandullón haciendo una petición como aquella.

—Estoy pensando en *cargarme* a estos capullos y *quedarme* con los *cuatrrro* para mí. —La carcajada femenina atrajo la atención de los doce hombres, que dejaron lo que estaban haciendo para observarla. No hubo ni uno de ellos que no se quedara embelesado ante la tentadora imagen de la mujer de cabello casi blanco, con sus chispeantes ojos azul oscuro rebosantes de risa y sus mejillas rosadas. Y aquel sonido... Ronco, profundo y rico, hasta entonces desconocido para ellos, tan embriagador como un buen *whisky* después de hacer el amor... Les costó un mundo dejar de admirarla como lo estaban haciendo, y no fue la mirada asesina del jefe lo que lo consiguió, pues él la devoraba con la misma expresión que el resto, sino la constancia de la fragilidad de la muchacha, y el hecho de que aunque ella aún lo desconocía, ya había hecho su elección.

—Cuida de ellos, Lav.

—En *verrdad* no confías mucho en este equipo. *Somoss* soldados *prrofesionales*, de los *mejoreess* del mundo. *Volveremoss* —aseguró, rezumando confianza por todos los poros de su cuerpo. Y eso era mucho decir. Cuando los cuatro hombres partieron, el resto siguió con sus quehaceres, pero Lariel se quedó allí de pie, viéndolos alejarse, incluso cuando ya no podía vérselos. Lo sintió a su espalda más que oírlo, pero al contrario que otras veces su cuerpo y su mente no se tensaron.

—Van... Van a regresar, ¿verdad? —preguntó en un susurro quedo.

—No dudo que lo harán después de tu generosa oferta. —Quiso girarse y preguntar, pero se quedó inmóvil. Sabía de lo que hablaba y justo o no, no pensaba defenderse. Notó su cálido aliento junto a su oído antes de que pronunciara las palabras en un murmullo sensual que le erizó el vello de todo el cuerpo—. Nunca subestimes el poder de una buena recompensa. —Su voz dura pareció un latigazo en la carne tierna de su espalda. Un instante después ya no pudo sentir más que el calor abrasador del sol árabe tras ella.

Jass maldijo con violencia mientras se alejaba de la explanada en la que habían decidido descansar hasta volver a ponerse en camino.

Era consciente de que se estaba comportando como un maldito estúpido, pero parecía ser incapaz de parar de cavar su tumba cuando se trataba de la dichosa rubita de ojos turquesa. Los celos lo comían vivo cuando ella ofrecía besos gratis a diestro y siniestro como si fueran sabrosos caramelos, y ver a sus compañeros babear por una de sus sonrisas, ni decir ya por un succulento beso... Había sentido unas tendencias homicidas minutos atrás que no había experimentado por nadie más antes, como si Lariel le perteneciera.

Y todo por aquellos putos sueños. Sabía que haberla tenido solo para él durante diez meses, aunque solo fuera en sus más secretas fantasías, le había conferido aquel sentido de posesión. Y ahora se negaba a compartirla.

Se mesó los cabellos, frustrado hasta decir basta.

—Si no controlas tu libido, esta misión se va a volver jodidamente complicada. —No se volvió. No quería enfrentarse a Ro en ese preciso momento.

—Déjame solo. —No se escuchó ni el más mínimo sonido, lo cual no quería decir nada, pero supo que aún seguía ahí.

—Chico, la prioridad aquí...

—¿Intentas decirme que no estoy cumpliendo con mi cometido? —Se giró en un remolino de furiosa energía, su tono suave contrastaba con la llamarada de ira en su mirada.

—No —fue la sucinta respuesta. Aquello no lo apaciguó. En ese momento nada podía calmarlo.

—La misión está clara —contestó, por si era necesario explicarlo.

—Pero tu mente no. —Jass enseñó los dientes. Parecía un tigre a punto de revolverse—. Los muchachos saben que no pueden acercarse. Ya has marcado tu territorio, y van a respetarlo porque pueden oler que ella te ha aceptado, aunque la chica no lo haya admitido todavía. Pero son hombres al fin y al cabo, y esa muchacha es la única hembra con la que pueden tener contacto durante semanas, así que tendrás que aguantarte si se conforman con un poco de flirteo. —El joven apretó la mandíbula. Sabía que tenía razón. Los chicos la trataban con respeto y cuidado, conocedores de la vida que había llevado durante el último año. Tampoco la miraban como a una posible conquista, a pesar de que la mayoría de ellos, sino la totalidad, estarían dispuestos a hacerla suya, temporal e incluso de manera permanente en algunos casos—. De todos modos, necesitas resolver el caos emocional en el que estás inmerso o terminará afectando al trabajo, y eso no es algo que podamos permitirnos. —Jass se quedó mirando el lejano horizonte, siempre lleno de arena. Todo lo que abarcaba la vista, desde cualquier punto al que mirara, estaba repleto de ella. Un rato después, echó a andar.

—Voy a reconocer los alrededores —dijo sin mirarle.

CAPÍTULO 6

Lariel vio regresar al curtido coronel solo y suspiró, intentado ignorar aquella chispa de decepción, y pretendiendo achacarla al cansancio.

Hurgó en su mochila en busca del cepillo, pero cuando intentó pasarlo por su pelo lo dejó por imposible. Lo tenía demasiado enredado por el viento, y tan sucio que parecía pringoso.

Dejó el cepillo sobre la esterilla en la que estaba sentada con gesto abatido, soñando con un baño de espuma de loto blanco y té verde en su enorme jacuzzi del impresionante ático que tenía en el corazón de Manhattan. La sensación de añoranza, de desconexión con el mundo real, la embargó de repente, golpeándola con tanta fuerza que tuvo que controlarse para no doblarse en dos.

Pensó en sus padres, preocupados y aterrorizados por el bienestar de su única hija durante más de un año, y aquella línea de pensamiento trajo otra. ¿Les habrían avisado de su rescate o seguirían pensando...? ¿Qué?

¿Que había huido de casa porque era una cría rebelde descontenta con su vida segura y llena de lujos? ¿Que se había marchado con algún sinvergüenza, que lo único que quería de ella era su dinero y posición, y ahora no se atrevía a volver con el rabo entre las piernas? ¿Que la habían secuestrado y algo evidentemente había ido mal, ya que no habían pedido rescate por ella? ¿Que había muerto después de todos esos meses sin una sola noticia suya? Bien, había tenido catorce meses para ponerse en el lugar de ellos e imaginar las posibles alternativas, y sabía que cualquiera de ellas los habría devastado. Porque cuatrocientos treinta y nueve días sin saber de su pequeña sería un infierno en el mejor de los casos.

Se sobresaltó cuando Jassmon se acuclilló a su lado, sus astutos ojos demasiado sagaces como para no percatarse de las sombras que no pudo esconder con la suficiente premura de los suyos.

—¿Qué ocurre?

—Estoy cansada, me siento sucia, y tengo hambre —contestó con brusquedad, esperando que su tono hosco lo forzara a dejarla en paz. Por desconcertante que resultara, él sonrió.

—Para comer tendrá que esperar a que vuelvan los hombres, a no ser que quiera más de lo mismo. —Ella fingió un escalofrío que consiguió una porción mayor de esos dientes blancos y perfectos—. En cuanto al resto de sus quejas, creo que podemos hacer algo aquí y ahora. —Dejó que captara la implicación de sus palabras y, cuando sus ojos se abrieron como platos, asintió.

—¿Puedo...? —Se relamió los labios en un gesto incitante como el demonio—. ¿Puedo gastar una cantimplora para asearme, ahora que los chicos traerán provisiones? —Había tanta ansiedad en su voz —como si con su aceptación fuera a regalarle el mundo—, que sintió un conocido tironcito en el pecho. Giró la cabeza de lado a lado, negando.

—Mejor que eso.

—¿Dos? —susurró en tono reverencial.

—Mucho, mucho mejor. —El pequeño jadeo le llenó el corazón. Para alguien con su educación y forma de vida, pasarse tres días bajo el tórrido sol, sudando a mares y con todo el cuerpo y el pelo lleno de arena, sin posibilidad de bañarse, era sin lugar a dudas una tortura—. Podrá lavarse el pelo. —Creyó que se desmayaría allí mismo. Se acercó a ella deprisa, por si acaso—. ¿Está bien?

—En el cielo. O lo estaré cuando este enjambre de nudos esté limpio de nuevo. No está riéndose de mí, ¿verdad? —preguntó con cierto enfado y temor en su tono. Él se incorporó con un movimiento fluido y le tendió la mano, que aceptó sin pensárselo, su mente sumida en el sueño de la increíble promesa.

—En absoluto. Coja ropa limpia, así como la que necesite lavar. —Ella se quedó paralizada, los ojos fijos en él. Era una preciosa estatua.

—¿Voy a poder bañarme?

—Caliente, caliente. De hecho, se está quemando.

—Ooooh. —Ese «ooooh» llegó a la entrepierna de Jass con más rapidez que la velocidad de la luz, y con esa misma prisa la joven recogió cuanto necesitaba y se plantó frente a él.

—Estoy lista. —El hombre se tragó la sonrisa que su imagen le provocaba. Parecía un perrito ansioso y juguetón, esperando que su sueño le tirara la pelota. Solo le faltaba menear el rabito.

—Entonces vamos. —Le cogió sus cosas, las añadió a las suyas y le señaló la dirección. Caminaron en silencio durante un rato, pero al poco la joven comenzó a ponerse nerviosa.

—¿Está muy lejos? —Las oleadas de temor e incertidumbre manaban de ella como un ente vivo. Jass intentó que no lo afectara, pero algo en su interior clamaba que ya debería saber que por nada en el mundo la lastimaría.

—Aquí mismo. —Sobrepasaron una duna especialmente empinada y entonces Lariel contuvo la respiración. A sus pies se extendía una visión tan asombrosa que dudó que no fuera uno de esos espejismos de los que tanto se hablaba, en especial en sitios como aquel. Buscó la mirada esmeralda de su compañero.

—¿Estoy soñando? —preguntó sobrecogida. Él se rio.

—Si es así, es un bonito sueño. ¿No es cierto?

—Sí —confirmó, mientras sus pies se movían por voluntad propia y bajaba la cuesta hasta el pequeño oasis con un manantial de color índigo, rodeado de frondosa vegetación verde y altas palmeras. Le faltó poco para echar a correr y meterse vestida en la hipnotizante agua, y solo se contuvo por el hombre que tenía a su lado. Cuando llegaron junto a la orilla se arrodilló y tocó con la punta de los dedos la superficie, sin poder evitar suspirar cuando el frescor del agua la rozó. Jass colocó la ropa limpia cerca y añadió una pastilla de jabón y una gruesa toalla.

—Tómese todo el tiempo que necesite, nadie va a molestarla. —Ella se levantó como un resorte, la cautela de nuevo en sus ojos.

—¿Dónde va a estar usted? —Él señaló hacia los árboles, varios metros

más lejos.

—Allí, vigilando por su seguridad y privacidad, aunque ninguno de los chicos vendrá sabiendo que está aquí. —Por supuesto, aquella aseveración no era suficiente.

—Yo...

—Lariel, ¿confía en mí? —Dejó de respirar, esperando su respuesta, tan importante, tan vital. Los segundos se tensaron a la vez que sus tripas. Ella sondeaba su mirada como si viera su interior, su alma al desnudo, y eso lo asustaba como el infierno, no obstante, mantuvo su expresión inexpresiva y sus ojos fijos en ella, permitiéndole ver lo que quisiera, sintiéndose vulnerable, aunque seguro de sí mismo.

—Sí. —Dos letras y un mundo de sensaciones que traían consigo. Sus pulmones volvieron a funcionar, y los sonidos de la naturaleza regresaron, para alejar el silencio antinatural que su ansiada declaración había instalado en el reducido paraíso.

—Entonces créame cuando le digo que estará segura de todo y de todos, incluso de mí. Sobre todo de mí. —Ella desvió la vista y observó el agua.

—Es difícil —admitió en un susurro.

—Lo sé. —Había una sombra de pena en sus palabras. Lariel lo detestó, pero no lo demostró—. Y no espero que lo consiga de golpe, sin embargo, debe entender que los doce hombres que la acompañan tienen su instinto de protección mucho más arraigado que su testosterona. Ninguno le pondrá un dedo encima, pero todos y cada uno de ellos darían su vida por usted. —Se dio la vuelta y caminó hacia la arboleda—. Solo piense en ello.

Lo vio alejarse con una sensación extraña en el pecho, demasiado cerca del corazón para no saber que provenía directamente de allí. Desechando un razonamiento demasiado sensiblero que además no quería analizar en ese preciso instante, se volvió hacia las tranquilas y cristalinas aguas que parecían llamarla en atrayentes susurros, como el canto de una sirena. Hipnotizada las escuchó, los dedos picándole por desnudarse y sumergirse hasta el fondo, sintiendo hasta el tuétano la necesidad de estar limpia otra vez, de nuevo una

persona.

Echó un vistazo por encima de su hombro, estirando su mirada a las sombras tras su espalda, preguntándose si estaría allí escudriñándola, esperando a que se desvistiera para saltarle encima y violarla. Quizá el resto estaba con él, agazapados entre los arbustos, relamiéndose los labios, ansiosos, duros y erguidos ya, el olor de su presa impregnado en sus sentidos, jugándose a la pajita más corta para decidir quién sería el primero.

Tuvo que dejarse caer allí mismo en el suelo, con la respiración tan jadeante que un intenso mareo le emborronó la vista. Los latidos del corazón, tan rápidos y violentos, le atronaban en los oídos, y el pánico amenazaba con robarle la cordura.

Nunca, en todo el tiempo que había sido prisionera de H'arün, había perdido el control como en ese momento, pero la perspectiva de ser el juguete sexual de ocho Rambos era espeluznante, por muy gallardos y atractivos que fueran.

«Confíe en mí». La voz arrastrada, grave y aterciopelada que le susurró las palabras, mientras un escalofrío de placer se extendía a través de todas sus terminaciones nerviosas, fue firme y segura. Visualizó sus preciosos ojos verdes y su sonrisa lenta y provocativa, y el pánico comenzó a retroceder con lentitud. Recordó cómo ese tono esmeralda se volvía más oscuro cuando se enfadaba, y las chispas a su alrededor, que saltaban como fuegos artificiales en sus continuos encontronazos, pero ni una sola vez tuvo miedo de que le hiciera daño. Y todos sin excepción seguían sus órdenes, no porque su padre lo hubiera contratado para ello, sino porque lo respetaban. Lariel llevaba poco tiempo con ellos, sin embargo, sabía que creían en el honor y la integridad, en proteger a los inocentes y los indefensos, y ganarse el respeto de esos hombres no era una tarea sencilla.

Se quedó sin aliento cuando sus propios pensamientos atravesaron su todavía aturullado cerebro. Si de verdad se creía lo que acababa de decirse, ¿cómo podía, en conciencia, acusarlos de querer forzarla físicamente?

Cerró los ojos durante un par de minutos, lo que le costó deshacerse de la

idea preconcebida de que todos los hombres eran monstruos. Fue harto difícil, había sufrido catorce meses de vejaciones y torturas para asimilar aquella verdad, pero era hora de dejar atrás el miedo y empezar de cero. No podía volver a su vida con ese lastre, o sería incapaz de superarlo, por lo que tenía dos semanas por delante para «cambiar el chip», y estaba segura de que sus compañeros de viaje iban a ayudarla también en eso. Podían parecer duros, implacables, incluso mercenarios, pero tenían otra faceta que pensaba explotar. Y no sería complicado, se dijo con una sonrisa, la primera espontánea en mucho tiempo, porque esos machotes la dejaban salir en su presencia sin ser conscientes de ello.

Se levantó, y con movimientos rápidos por la anticipación se desvistió. Se metió en el agua con un suspiro de placer tan grande que estuvo segura de que su guardián lo había escuchado desde su puesto de vigilancia. No le importó. Se sentía de maravilla, y lo estaría mucho más cuando tuviera el pelo limpio. Como estaba acostumbrada a que las cosas le salieran mal, y esa era una sensación difícil de erradicar de la noche a la mañana, se bañó con rapidez y se sumergió para aclararse la larga melena. Oteó hacia el punto donde se suponía que estaba Jassmon, sabiendo que ya se había demorado bastante, aunque no pudo reprimirse y dedicó unos minutos preciosos a nadar, con el fin de desentumecer los músculos agarrotados que le dolían por todo el cuerpo. Cuando pensó que ya había abusado bastante de la paciencia del hombre y con toda la renuencia del mundo, salió, se secó con la suave y mullida toalla y se puso la ropa limpia en tiempo record, dándose perfecta cuenta de que las prisas se debían a la sensación de ser observada por cientos de ojos. Pero bien, Roma no se construyó en dos días, así que podía permitirse cierta debilidad.

—¡Señor Seveages! —Ni un solo sonido que alterara el ambiente del pequeño refugio. Esperó otro minuto entero antes de levantar la mirada para buscarlo, y se encontró unas gastadas botas frente a ella. No se asustó, las había visto cientos de veces antes —a su lado, delante suyo en el viaje, caminando tras su estela a ratos—. Con una lentitud enervante fue subiendo

la mirada hasta que encontró los ojos del propietario, tan impasibles cuando quería que le entraban unas ganas tremendas de abofetearle para provocar cualquier reacción, la que fuera, menos esa inexpresividad. Le recordaba a su padre, el gran lobo malo de los negocios. También él era un lince en enmascarar sus emociones frente a sus competidores.

Le hizo un gesto con el dedo para que se aproximara y obediente él lo hizo, tan solo se detuvo cuando los separaban un par de pasos de distancia, para no agobiarla, que ella salvó. Le pellizcó el brazo, no muy fuerte, pero sí lo suficiente como para ver el asombro y después la curiosidad en las profundidades de sus iris.

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntó con una voz ronca que sin razón aparente hizo que sus pezones se endurecieran.

—Para provocar una reacción. —El hombre se arrimó más, de modo que sus torsos se tocaron, y la joven supo que en ese momento podía darse cuenta de lo que esa cercanía le estaba causando a sus sentidos.

—¿Quiere una reacción? —Las llamas que lamían su mirada estaban a punto de quemarla viva. No había duda sobre lo que le estaba preguntando. Y sí, quería, y esa constatación la sorprendió tanto que se quedó sin habla. El miedo en sus pupilas era tan evidente que Jass se alejó de ella con una maldición y la dejó tambaleante y confundida—. Siga por allí. —Señaló a su izquierda—. A cincuenta metros encontrará una roca grande y plana donde da la sombra y podrá lavar su ropa. Llévese la pastilla de jabón. Yo he traído la mía.

—¿Usted... qué va a hacer? —preguntó acobardada a pesar de su reciente promesa, por lo que casi había ocurrido entre ellos y también por la salvaje furia que veía en sus ojos.

—Voy a disfrutar del mismo capricho que usted se ha dado, señorita Rosdahl. —Sus dedos se engancharon a la parte inferior de su camiseta, y con un movimiento rápido y fluido se la sacó por la cabeza.

Los ojos azules se deslizaron con fascinado horror por aquellos inmensos hombros, los marcados pectorales, la increíble tableta de abdominales...

Estuvo a un tris de decirle lo útil que le sería aquella tabla para lavar, pero en ese momento no creyó que él apreciara el elogio encerrado en la ironía, así que se limitó a bajar la mirada por su estómago plano y las caderas estrechas, acentuadas por los pantalones de corte bajo. Durante una décima de segundo, esta se quedó enganchada en la cinturilla, ofuscada por la presencia de la prenda, que le impedía disfrutar de la visión del resto de lo que seguro era un cuerpo perfecto y escultural. Después levantó la vista de golpe, ruborizada hasta la raíz del pelo, negándose a establecer contacto visual con él, por lo que recogió el montón de ropa en cambio y salió disparada hacia donde le había indicado. Por ese motivo se perdió la expresión asombrada del hombre de pie en el claro, que un minuto después terminaba de desvestirse y se zambullía hasta el fondo con la esperanza de enfriar su cuerpo y su lujuriosa mente entre las aguas demasiado caldosas de aquel oasis escondido.

Después de diez minutos de vigorosas brazadas a través del manantial, se sintió lo bastante calmado como para pensar en bañarse, lo cual hizo entre imágenes de la mujer a pocos pasos de allí.

Le había costado todo el autocontrol que tenía, y del que era famoso, no echar una miradita o dos desde su posición, pero le había pedido que confiara en él y no pensó romper ese finísimo lazo, por lo que se había conformado con la tentadora escena que su calenturiento y sobreexcitado cerebro había creado en cuestión de segundos, imaginándola quitarse la ropa despacio, seductora, magnífica en su desnudez. Y era una putada que ya supiese lo que esas prendas ocultaban, porque se puso más bruto que un toro al recordar sus curvas y valles, los pechos grandes coronados por preciosas rosas, fruncidas entonces por el agua, ese culo redondo y prieto que gritaba que lo estrujaran entre las manos, y la promesa que encerraba entre los suaves y tiernos muslos, aquella carne fragante y dulce, húmeda por él y que olía a hembra en celo... Se había pasado la mano por el frente de sus pantalones y apretado el bulto que palpitaba con la energía de la sangre acumulada, mientras temía correrse con un par de pensamientos eróticos, como un maldito escolar. Y sin embargo la tentación de sus labios llenos que se acercaban a su polla

hinchada casi lo había conseguido.

Como estaba a punto de hacerlo en ese instante, rememorando el momento de nuevo. Definitivamente, cuando se trataba de esa mujer, su afamado autocontrol salía volando por los aires.

Salió del agua –un dios pagano sin apenas ser consciente de ello– y buscó la toalla que le había prestado antes. Mientras se secaba con movimientos bruscos y apresurados se recreó en la imagen de la joven cuando llegó respondiendo a su llamada, y un suspiro entrecortado salió de entre sus labios. Estaba preciosa y sexy con la ropa húmeda pegada al cuerpo debido sobre todo a su pelo que chorreaba mojado y que ella intentaba escurrir sumida en sus pensamientos. Habría dado cualquier cosa por saber qué pensaba. Su hermoso rostro resplandecía con la conmoción del descubrimiento y la fuerza de la determinación. Era una faceta nueva que no había visto nunca en ella, muy diferente de la joven temerosa y cauta que se revolvía y atacaba con rapidez como una serpiente venenosa.

Una vez vestido buscó su ropa sucia, pero era obvio que se la había llevado junto con la suya, por lo que no le quedaron más excusas para demorarse en buscarla. Aquella idea lo sobresaltó. ¿Tenía miedo de enfrentarse a esa cosita de metro sesenta y cinco, y apenas cincuenta y dos kilos?

—No tenía que lavar mi ropa. —Su voz no sonó ni tan agradecida ni tan controlada como debería haber resultado tras sus tormentosas reflexiones, a pesar de que su camiseta estaba siendo restregada por esas pequeñas manos enrojecidas por el esfuerzo. Era la última prenda, el resto se secaba al sol a su derecha. La visión de sus *boxers* de Armani extendidos lo agitó internamente por lo íntimo de la situación. Saber que había estado tocándolos con el mismo mimo que estaba poniendo con la camiseta que lavaba en ese momento, y que después él se los pondría alrededor de sus propias caderas... Volvió a endurecerse, maldiciéndose por su poca falta de control.

—No es nada. —Ella reaccionó a su tono endureciendo el gesto y no le gustó, pese a que lo estaba provocando él. No quería estropear aquel

momento por nada del mundo.

—¿Ha disfrutado de su baño? —preguntó con voz suave, esperando que lo aceptara como una ofrenda de paz. Una vez extendida la última prenda sobre una roca alta, la joven se sentó a su lado y empezó a pasar los dedos por su pelo todavía húmedo, en un intento por desenredar los largos mechones.

—Ha sido maravilloso. Y la sensación de sentirme limpia de nuevo, insuperable. —Jass metió la mano en el profundo bolsillo inferior de sus pantalones cargo y sacó el cepillo de ella, que se había dejado olvidado en el campamento. No lo estaba mirando, su atención puesta en las tranquilas aguas, hipnotizantes en su oscuro y rico tono, por lo que despacio y de manera casual se colocó a su espalda, tan cerca que sus caderas se acoplaron con absoluta facilidad a las suyas. Su sobresalto fue tan evidente que dio un brinco, jadeando. La mantuvo quieta apoyando su enorme mano en su cintura y se inclinó sobre ella, a la vez que acariciaba su cuello con su aliento.

—Espere a que tenga el estómago lleno y se esté amodorrando dentro de un rato. —La contradijo con una sonrisa en su voz. Lariel lo escuchó inspirar hondo, y supo de manera instintiva que estaba respirando su aroma, lo que provocó que su desasosiego aumentara, pero también que se despertaran ciertas terminaciones nerviosas que había estado segura que ya nunca responderían. Entonces sintió la pasada lenta y suave por su pelo. Se giró, sorprendida.

—¿Qué está haciendo? —preguntó a pesar de estar viendo el cepillo en su mano.

—Peinándola. —Intentó quitárselo, pero fue más rápido y lo apartó, y con un simple apretón en el hombro la obligó a darse la vuelta.

—Puedo hacerlo por mí misma.

—Sé que puede, pero quiero hacerlo yo. —Ella movió un poco el cuello, lo suficiente para encontrarse con sus ojos.

—¿Por qué?

—Puro capricho masculino —acotó, incapaz de describir en palabras el placer que le producía hacer aquello. Recorrer las largas guedejas en

movimientos ligeros y pausados, y escuchar los suaves suspiros femeninos, sintiendo cómo se iba relajando poco a poco la inmensa tensión que la atenazaba, le provocaba una satisfacción inmensa. Y de repente aquella intimidad que nunca había compartido con ninguna otra mujer, a pesar de conocerse cada centímetro y recoveco de sus espectaculares cuerpos, le pareció extremadamente atractiva. Y mientras seguía peinando esa lujuriosa melena lacia, casi blanca ahora que estaba seca, supo que podría volverse adicto a ese tipo de situaciones caseras.

—Ya... ya está desenredado.

—¿Se siente molesta con esto? —Su cálido aliento revoloteó por la coronilla femenina. Su respuesta tardó dos segundos, pero fueron momentos tensos y largos, donde solo se escuchó el galopar de sus corazones.

—No.

—¿Cree que voy a aprovecharme de esta situación tan tierna para abalanzarme sobre usted? —Su voz fue baja y controlada, pero Lariel pudo darse cuenta del esfuerzo que le supuso no mostrar su enfado porque sopesara esa posibilidad. Ella volvió a mirarlo por encima del hombro, de una manera tan sensual que, de haberse percatado de ello, se habría apartado horrorizada.

—¿Desea hacerlo? —Jass parpadeó, descolocado. ¿Arrojársele encima y disfrutar de su femineidad, su calor, su cuerpo núbil y perfecto? Por supuesto no pensaba tocar eso ni con una pértiga. No era tan estúpido como para cavar su propia tumba. De forma inexplicable la mirada femenina se ensombreció, el dolor grabado en cada uno de sus rasgos. Aquella muestra descarnada de sentimientos duró apenas un segundo, lo que su parpadeo tardó en ocultarla, pero ya la había visto—. Seguramente está acostumbrado a lo mejor, así que no le interesan los despojos humanos, ¿verdad? —La rabia bulló por sus venas ante un comentario tan cruel hacia sí misma. Quiso cogerla por los hombros y zarandearla. Intentar meter algo de razón y cordura en esa mente tan confundida. Sin embargo, se quedó inmóvil, abrasándola con la mirada, los puños apretados a los costados.

—No hay un hombre en este campamento que no pasara la mitad de su

vida en el infierno por tenerla a su lado durante unos breves instantes. —Ella se quedó sin aliento mientras se perdía en aquellas profundidades esmeralda, ahora de un tono mucho más oscuro. Qué forma tan elegante de decir que los Rambos querían acostarse con ella. La idea debería haberla aterrorizado —el día anterior la habría espantado—, pero por chocante que pudiera resultar en ese momento mitigaba un poquito su orgullo herido. «Bueno, una barbaridad, que son doce, qué narices»—. ¿Incluido usted? —Los ojos masculinos llamaron con rebeldía antes de rendirse a lo inevitable.

—Yo más que nadie. —Las fosas nasales de la muchacha aletearon en respuesta, como si pudiera oler la excitación que liberaban sus cuerpos. Sin ser consciente de ello se revolvió en su regazo, se apoyó levemente en su pecho y se quedó medio cruzada entre sus brazos, que la sujetaron con rapidez. Así podían mirarse sin necesidad de contorsionismos, y lo que expresaban sus ojos era difícil de malinterpretar—. Lariel...

No llegó a terminar la frase. Por muchas veces que ambos repasaran aquel instante, nunca averiguarían quién se deslizó ese par de centímetros necesarios para que sus bocas se rozaran en el beso más ligero y exquisito que jamás habían experimentado. Las sensaciones se agolparon en aquel toque como miles de cuchillos afilados, los hicieron jadear a la vez, uno en la boca del otro, y mezclaron sus alientos, su esencia, su sabor.

Jass no se atrevía a moverse por temor a asustarla y que tuviera que interrumpir aquel sublime tormento. Era el beso más inocente y apasionado que había experimentado jamás, y la fiera necesidad de profundizarlo, de convertirlo en algo más, era tan avasalladora que los nudillos le crujieron de apretarlos con fuerza sobre la piedra, a los lados de su cuerpo enervado por la pasión. Se moría por acariciar el satén de su mejilla, acunar su cabeza como solo un hombre puede hacérselo a una hembra delicada, tomarla de la nuca con fuerza y hundirse en su boca provocadora para enseñarle a besar. Cualquier cosa salvo esa inmovilidad forzosa a la que estaba sometiendo a sus doloridos músculos, que rugían en protesta, señalando lo agradable que sería acercarse más, mucho más, y acoplarse por completo a la mujer

seductora que lo tentaba sin proponérselo.

Ella suspiró, temblorosa, y al hacerlo sus labios se entreabrieron en una invitación silenciosa que, a pesar de saber que debería declinar, no dudó en aceptar. No era un hombre controlado y racional cuando se trataba de ella, y cuando penetró en aquella cueva dulce como los melocotones en verano se preguntó cómo demonios se las iba a apañar para detenerse cuando fuera necesario. Y el pequeño y femenino gemido de satisfacción que tragó junto con su aliento no ayudó a detener el flujo de adrenalina que le corría por las venas como fuego líquido.

Lariel estaba en estado de shock. No entendía cómo había pasado de un simple desafío verbal a estar medio sentada en el regazo de ese macizorro, enganchada a sus labios como si le estuviera practicando los primeros auxilios con auténtica devoción. Pero besaba de fábula. Más que eso. Si lo hiciera mejor, seguro que ya habría muerto de placer. Su lengua se entrelazó con la suya en un baile lento y sensual, igual de hermoso y perfecto que el antiguo y prohibido vals de origen alemán que resonaba en su cabeza mientras se dejaba abrazar...

La abrumadora fuerza que prometían aquellos brazos de acero, que la sujetaban con increíble ternura, disparó una ensordecedora alarma que le estalló tanto en los oídos como en el cerebro, que paralizó su corazón durante unos pocos segundos para ponerlo a mil por hora al momento siguiente. El grito angustiado resonó en su cerebro antes de que lo empujara con la fuerza de la desesperación, insuficiente para apartarlo por sí solo, pero que lo consiguió con la más mínima insinuación de una negativa.

El atroz pánico que dilataba sus pupilas, junto con el horror que distorsionaba sus facciones, instantes antes bañadas con el rubor de la pasión, bastaron para que Jass retrocediera, quizá la cosa más difícil que había hecho en su vida. Pero esa expresión, mitad terror, mitad repulsión, dirigida hacia él, le provocó arcadas y un desgarró lacerante en el centro del pecho. Casi a gatas, cegado por la lujuria, el rechazo y el dolor, se arrastró lejos de la tentación de consolarla, sabiendo que no sería bienvenido, y consiguió

ponerse en pie y mirarla desde su impresionante altura entre jadeos entrecortados.

Lariel deseaba esconderse de esa mirada franca y controlada. Casi habría preferido enfrentarse a su furia, a las acusaciones, a un ataque directo y esperado. Pero tenerle allí, tan confundido y excitado como ella, intentando dominarse en un momento que llamaba claramente al descontrol, aumentaba una culpabilidad que amenazaba con consumirla.

—Lo siento. —Si no la hubiera estado mirando tan concentrado, se habría perdido el susurro ahogado. Rechinó los dientes, todavía demasiado atrapado por la pasión reprimida como para apreciar aquel maldito gesto equivocado.

—No quiero sus disculpas —gruñó.

—Es lo único que puedo brindarle. —Sus ojos se desviaron hacia su boca suave y carnosa, deliciosamente hinchada por sus besos, al rubor de sus mejillas de porcelana, y se deslizaron con lentitud por su cuello y hombros, a su puritano escote, cerrado hasta el último botón, lo que no evitó que se fijara en que sus senos subían y bajaban con su acelerada respiración. Apostaba a que la antigua Lariel se dejaba al menos un par de botones desabrochados por costumbre. Aun así, esa mujer tenía muchísimo para ofrecer. La miró con fijeza, queriendo hacerle entender con la fuerza de su propia convicción. No se acercó, pero ella se sintió más atada al punto sobre el que estaba de pie que si la hubiera mantenido allí por la fuerza, solo con la intensidad que desprendían sus preciosos ojos verdes, que parecían decirle algo que no quería reconocer.

—Los dos sabemos que miente.

CAPÍTULO 7

—Tendríamos que ponernos en camino. —No levantó la vista, pero preparó una taza para John, que la aceptó agradecido.

—Lo sé. —Echó un vistazo al bultito encogido frente a él, a unos quince metros. El recién llegado no tuvo necesidad de seguir su mirada para saber qué buscaba.

—En realidad no entiendo cómo consigue seguirnos el ritmo.

—Se llama desesperación. —Ambos hombres se miraron, compartiendo un pensamiento. Ella haría cualquier cosa, incluso caer reventada en la arena, por no terminar de nuevo en manos de ese enfermo hijo de puta. Y ellos se encargarían de que ese momento no llegara a hacerse realidad.

—No regresó muy bien del baño, pero parecía estar mejor después de la comida. —Aquel recordatorio de lo sucedido horas antes, y que se lo restregarán por la cara, como si ese malnacido supiera con exactitud lo que había ocurrido en el manantial, le sentó como un tiro en el estómago, ardiente y fulminante.

—Apenas ha dormido. —La voz de Jass salió rota por la preocupación. Intentó no pensar en ello, pero el resto del equipo estaba igual de intranquilo.

—Esas malditas pesadillas no parecen querer soltarla —estuvo de acuerdo el otro y posó sus ojos azules en la tranquila figura dormida. Cualquiera lo diría cuando apenas hacía una hora estaba revolviéndose como una posesa entre los brazos de Jass, bajo la agonía de un enemigo que todos conocían pero que ni en sueños ni en la vida real podían tocar.

—Hay momentos en que parece que van a tragársela viva. —Su amargura era tan evidente que sintió la bilis a través de la garganta. Lo único que quería era protegerla, y no estaba haciendo un buen trabajo con eso. John dio un largo sorbo de su cargado café y se permitió cerrar los ojos durante un segundo o dos—. Deberías haber dormido más. Podemos estirar la salida otra

media hora. —Los ojos azules se abrieron y lo miraron.

—No, no podemos. —Incluso habiéndose quedado en las afueras, el capitán de los *marines* había visto las patrullas que rondaban por los alrededores, sin dejar de entrar y salir con regularidad, lo cual solo significaba que estaban recorriendo los diferentes accesos, sin duda en su busca. En la ciudad era mucho peor. Phil y Diego confirmaron que aquello era un hervidero de actividad militar. No se podía andar dos pasos sin tropezarse con fuerzas armadas, que exigían la documentación y realizaban detenciones en plena calle. Los derechos humanos no significaban nada en un lugar dirigido por un gobernador corrupto y sin escrúpulos, que manejaba efectivos y recursos a su antojo y conveniencia—. Este sitio es demasiado tentador como para que nos quedemos más tiempo. Nunca debimos instalarnos aquí en primer lugar. —Pero todos sabían por qué habían corrido el tremendo riesgo de ser atrapados como ratas en aquel infierno hirviente. Para que Lariel tuviera ocasión de darse un largo y reparador baño y pudiera lavarse el pelo, puesto que al parecer la sacaba de quicio no hacerlo día sí, día también. La estaban mimando, el grupo entero tenía plena conciencia de ello, y aunque nunca lo admitirían en voz alta —ante todo, sobre todo, y por encima de todo eran avezados guerreros—, hacían lo humanamente posible para que ella se sintiera cómoda en una situación como aquella.

—Está hecho, así que deja de lamentarte. Asegúrate de que no queda rastro de nuestro paso —ordenó Jass mientras se dirigía con paso renuente a la figura grogui en el suelo. El resto se había levantado poco antes sin que él, encargado de esa guardia, tuviera que avisarles. Todos tenían un reloj interno que les decía cuándo era el momento de ponerse en marcha. Menos ella. La observó desde la distancia de un suspiro, permaneciendo en cuclillas, muy consciente de las profundas sombras negras bajo sus ojos y la expresión tensa hasta en el sueño. Nunca descansaban lo suficiente. Las largas horas de viaje, el tiempo que tardaban en preparar un lugar seguro donde refugiarse, encargarse de la comida y borrar las huellas de su estancia, dejaban poco margen para el sueño. Y ella se empecinaba en ayudar en todo.

—Lariel. —Susurró su nombre como una caricia, sin osar tocarla. Ya había cometido ese error una vez, y el grito aterrorizado que siguió al inocente contacto en su hombro puso los pelos de punta a todos los presentes. Los ojos azules se abrieron al instante, a pesar de haber estado profundamente dormida un momento antes.

—¿Es la hora? —La voz ronca, junto a los ojos brumosos y adormilados, lo pusieron duro en una fracción de segundo.

—Más o menos. —Ella se incorporó sobre un codo, frunció el ceño cuando vio el frenético movimiento a su alrededor y se sentó de golpe.

—Voy retrasada. —Con una rapidez y un arte asombrosos, se retorció el pelo como solo una mujer era capaz de hacerlo, y en cuestión de un minuto y cuatro horquillas, tenía hecho un impresionante moño. La simplicidad de aquel proceso, que personalmente a él le parecía muy complejo, siempre lo impresionaría.

—Claro que no, solo estamos adelantando trabajo. Aún dispone de unos minutos para refrescarse en el manantial. Y, por supuesto, tiene que comer. —La mirada anhelante de la joven se disparó hacia el pequeño y delicioso oasis, invisible desde allí. Sus hombros se irguieron mientras se levantaba de un salto.

—Tenemos que marcharnos. Incluso yo sé que seguir aquí es peligroso. —El suave agarre detuvo su avance. Ella se quedó mirando la mano, enorme y morena en contraposición con la suya, tan pequeña y blanca.

—No antes de que coma algo. —Las palabras eran como hierro fundido resbalando por su espina dorsal, no menos mortíferas por ser dichas en voz baja.

—Me está tocando —musitó, mirando a su alrededor para comprobar si alguien se había dado cuenta. Jass parpadeó antes de prestar atención al punto de agarre, como si la hubiera cogido antes de registrar el hecho. Dejó resbalar sus dedos hasta que el contacto se rompió.

—¿Lo que siente es miedo o repulsión?

—Solo hambre. —La conmoción bailaba en las motas más oscuras que

rodeaban los iris masculinos. Lariel decidió que aquel era un buen momento para aprovechar su ventaja—. Comeré de camino.

Esa vez no iban a poder rehuir el enfrentamiento con los soldados.

Jass no tuvo necesidad de utilizar el intercomunicador para sopesar las probabilidades porque los treinta y cinco soldados armados hasta los dientes que se acercaban hasta su ubicación desde tres posiciones diferentes, anulando cualquier posibilidad de retirada, solo dejaban la lucha como única alternativa viable.

Echó una rápida mirada a Lariel y perdió parte de su aplomo al verla tan pálida y temblorosa. Incluso a la luz de la luna llena podía darse cuenta de eso.

—Lav, Shawn, Al. Quedaos con ella. —Las instrucciones apenas susurradas se escucharon a la perfección a través de los diminutos audífonos. De inmediato el micrófono chisporroteó con una contraorden.

—Ni hablar. Tú formarás parte de la retaguardia. Lav y su encantadora Ludmila vienen con nosotros.

—Maldita sea, Rolland, aquí las órdenes las doy yo.

—No sé qué te ha hecho llegar a pensar eso, chico, pero la realidad es que tú lo único que haces es pagar las facturas. —La falta de respeto llenó el silencio de la noche, roto tan solo por los susurros ocasionales causados por los soldados árabes. Pero aunque por un instante Jass se sintió loco de rabia, no picó el anzuelo. Sabía que su amigo estaba intentando protegerlo, y no de la carnicería que estaba por llegar, sino de los efectos que esta tendría en él después. De la consciencia de haber robado vidas y tener que seguir viviendo con ello. Haría lo que fuera por proteger a Lariel, pero sabía que su alma pagaría un alto precio por aquella ayuda.

—Haré lo que tenga que hacer —aseguró a pesar de todo.

—Y una mierda lo harás. Sal de escena y encárgate de que no lleguen hasta ella.

—Que tus juguetitos cumplan las expectativas que has prometido sería de agradecer, también —terció John con ironía, del todo innecesaria puesto que sus aparatos, una vez que salían del laboratorio, nunca fallaban.

—He dicho que voy con vosotros. Lav podrá repeler cualquier ataque que venga por ese lado.

—Mierda, chico, no tenemos tiempo para esto.

—Pues muévete —le espetó con rabia al coronel. Lariel no podía escuchar toda la conversación, puesto que no disponía de intercomunicador, sin embargo, había pescado las suficientes frases susurradas a su alrededor como para hacerse una idea de lo que ocurría.

—Jass. —La angustia que envolvía esa única palabra, nunca hasta ese momento utilizada por la muchacha, rodeó su garganta con la suficiente fuerza como para estrangularlo. Sus ojos la buscaron, sondeando su expresión al tiempo que intentaba cerrar su mente a las explosivas emociones que emanaban de ella. Sintió su jadeo al aproximarse diez de esos bastardos por su izquierda como un rechazazo en el estómago. Maldijo con rabia.

—Está bien, joder —aceptó, preparándose para reptar sobre la arena y alejarla lo más posible del lugar, mientras acordaba que el ruso al final iría con ellos.

—¿Cómo era eso que nos contaste, Yasorlav? ¿Que Ludmila significa «La más sangrienta de la madre Rusia»? —Phil, el gran pacificador del grupo cuando no estaba en plan tocapelotas, sacó a colación aquella gran historia tantas veces relatada, con el único propósito de distender los ánimos.

—La amada por el pueblo —contestaron varias voces por el intercomunicador.

—*Cierrtamente*, es amada *porr* mí —aceptó el ruso con convicción. Jass no pudo evitar sonreír, parte de su enfado disipado por el intento de sus hombres de aligerar el ambiente. No perdió de vista ni un instante el pequeño cuerpo de la joven, que se arrastraba por delante de él, guiada por el segundo piloto. Detrás, se escuchó el inconfundible sonido de lucha, y de inmediato los hombres que lo acompañaban aceleraron el ritmo, lo cual agradeció

sobremanera. Se detuvieron un buen tramo después, y protegidos por una duna y en completo silencio, rodearon a la mujer como un capullo en flor, la vista fija en la batalla. Era una pelea desigual. Superados en número por cuatro a uno, el grupo combatía con ferocidad, conscientes de lo que se jugaban. No eran solo sus vidas, podían pensar en perderlas sin un parpadeo. Pero la remota posibilidad de que su derrota supusiera colocar a la mujer a su cuidado entre las fauces del gobernador los impulsaba a apretar el gatillo sin afinar la puntería, a saltar antes de que la bala alcanzara carne, a cargar el arma más rápido. «Clava el cuchillo si no puedes disparar, golpea más fuerte el hueso, rómpelo para inmovilizarlo. Mata porque no puedes permitirte morir. Ella está tras la línea que estos cabrones no pueden cruzar. Mata. Mata. Mata». Era la letanía que se repetían una y otra vez mientras procuraban mantenerse con vida. No obstante, los enemigos seguían siendo demasiados, a pesar del montón de cadáveres a sus pies.

—No lo van a conseguir. —La aseveración de Shawn sonó como una sentencia a muerte pese a que fuera hecha con toda tranquilidad. Aunque quizá fuera aquella maldita calma la que provocara que esa sensación fatalista se instalara entre las cinco sombras tumbadas boca abajo en el suelo. Pero probablemente tenía más que ver con la escena que se desarrollaba frente a ellos. Jass notó un ligero movimiento a su izquierda y se giró hacia él. Lav estaba escudriñando a través de la mira de su rifle M11, y él solo hacía eso cuando tenía una única cosa en mente.

—No podemos interferir —dictaminó, la pena en su voz impregnando la orden.

—Y una *mierrda* —contradijo el ruso, sin dejar de observar por medio del arma. Era un rifle de francotirador. La joya del ruso —un Lobáyev, ideado para operaciones antiterroristas y lucha contra francotiradores enemigos—, barrería de la faz de la Tierra a más de una veintena de saudíes si no lograba convencerlo del peligro inherente. Lo adoraba tanto que le había puesto nombre. Su adorada Ludmila.

—Lav, si haces un solo disparo, los tendremos encima de nosotros en

quince segundos. —El gigante desvió la vista un solo instante para fijarla en la pálida muchacha a su lado. Esta asintió en silencio, autorizando una operación suicida. Los mortíferos ojos volvieron a su objetivo, encendiendo el equipo de visión nocturna del arma en un solo movimiento.

—Mierda —soltaron los otros antes de seguir su ejemplo y poner el ojo en la mira cuando el primer disparo rasgó la noche, seguido de otros tres una fracción de segundo después.

—¡Agáchese! —exigió Jass a la mujer sin perder la concentración, abatiendo a otro que se acercaba a Ro por su espalda—. Hijo de puta —murmuró.

El sonido de una Sig Sauer disparando a diestro y siniestro a su derecha atrajo su inmediata atención, y por poco suelta el rifle ante la visión de la joven pegando tiros como si hubiera nacido para ello. No tenía tiempo para meditar sobre aquella locura, así que fijó un nuevo objetivo y apuntó, sin permitirse sentir nada cuando cayó desplomado al suelo. A pocos metros, otro árabe se derrumbó como un muñeco, y a pesar del ensordecedor ruido escuchó el leve jadeo a su lado. Con una renuencia nacida del conocimiento giró la cabeza, pero aparte de haber dejado de disparar la joven no demostraba en modo alguno lo que estaba sintiendo, pues el rostro femenino no dejaba traslucir nada. Se limitaba a mirar al frente, impassible, y sin embargo era esa misma inexpresividad lo que resultaba tan chocante en un momento como ese. Y si se fijaba en cómo temblaba la pistola en su mano, a punto de caérsele entre los dedos, entonces podía hacerse una idea bastante buena de quién había matado al bastardo.

Se dispuso a estirarse para cogerla entre sus brazos, aunque estaba seguro de que se rebelaría, pero sorprendentemente ella enderezó los hombros y cogió el arma con las dos manos para estabilizarla. La vio apuntar, y una bala voló en la noche.

No tenía tiempo para nada más, no en ese momento. Había visto caer a Seppe, así que apretó el gatillo en una rápida sucesión de certeros disparos, sin apenas detenerse a registrar al enemigo. Se desconectó de cuanto lo

rodeaba, y se convirtió en una perfecta máquina de matar, al igual que los tres hombres que tenía junto a él, ayudando a sus compañeros que se la estaban jugando a campo abierto, y no fue hasta mucho después que soltó con esfuerzo el dedo del gatillo. Lo tenía agarrotado, pero no más que el cerebro, incapaz de entender lo que había ocurrido en aquel maldito trozo de desierto.

Mirar esa carnicería no lo dejaba indiferente, como estaba seguro le ocurría al resto del equipo, pero ayudaba saber que aquellos soldados habían venido con intención de asesinarlos y llevarse a Lariel para entregársela de nuevo a H'arün.

Su principal problema consistía en los cinco cadáveres con una de sus balas incrustada en la frente. Ese detalle sería el que no le permitiría conciliar el sueño en los próximos meses. Y los cuerpos iban sumándose en una lista mental que redactaba en silencio.

Buscó a la joven, que rodeada por Al y Lav daba la impresión de ser tan pequeña y frágil que parecía a punto de quebrarse. Las miradas de los cuatro hombres se encontraron por encima de ella y supo que, a pesar de estar inmersos en la batalla, lo habían visto todo, y que al igual que él, se preguntaban si lograría superarlo, o si aquello sería lo que terminaría acabando con ella. La gota que colmaría el vaso.

Parecía que podía con todo porque siempre estaba dando mordiscos. Una anguila eléctrica solía llamarla Ro, por supuesto, cuando ella no estaba presente para escucharlo —Ro valoraba mucho sus pelotas—, pero la realidad era que caminaba sobre un hilo muy fino entre la cordura y la desesperación total. Había vivido un infierno que no muchos habrían sido capaces de soportar y el límite de su aguante, una vez libre de su captor y torturador, se estiraba tanto como una goma de mascar, en apariencia infinito, pero tan delgado y débil que en cualquier momento podría romperse. Y lo que acababa de ocurrir definitivamente inclinaría la balanza hacia el punto del no retorno.

Seguido por Shawn se acercó a ellos, cerrando la puerta de sus propios demonios en favor de los de ella.

—¿Estáis bien? —preguntó, sin apartar los ojos de la joven, que mantenía la cabeza gacha, como si no soportara lo que había hecho, lo cual era lo más probable.

—Nosotros sí, pero vi caer a varios de los nuestros. —Aquello sí la hizo reaccionar. Pasó por delante de ellos como un pequeño torbellino, y se lanzó a la carrera hacia el mar de cuerpos.

—¡Joder! —gritó Jass, echando a correr tras ella, seguido de cerca por los demás. La alcanzó en un par de zancadas y la sujetó desde atrás con un abrazo feroz alrededor de su cintura. Ella se tensó, como era de esperar, y se revolvió como una gacelita furiosa, frotándose contra él de una manera deliciosa e inquietante a la vez—. Maldita sea, mujer, piense un poco, para variar. Alguno de esos desgraciados podría estar vivo y terminar con esa dulce vida que estamos tan empeñados en salvarle. —De inmediato se quedó laxa en sus brazos, mirando a su alrededor con cautela.

—Todo despejado —avisó Fran desde algún punto al norte. Inspiró hondo, relajando los brazos en torno a ella, lo que aprovechó de inmediato para escabullirse. La muy tonta nunca imaginaría que si lo había conseguido era porque se lo había permitido. Con un ojo sobre ella hizo una batida buscando a sus hombres. La mayoría estaban en pie, pero Seppe y Fran estaban heridos. Aunque ninguno de gravedad, con las altas temperaturas a las que se enfrentaban, sin posibilidad de visitar a un médico, y huyendo como conejos a través del desierto en un recorrido difícil y a contrarreloj que aún les llevaría dos semanas completar, cualquier precaución sería poca. Para empezar, tendrían que tener mucho cuidado de las infecciones. Lariel ya estaba con ellos, revoloteando a su alrededor como una gallinita con sus polluelos, exigiéndoles que se sentaran para que pudiera examinarlos. La misma pregunta estaba en los ojos de todos. ¿Sabría qué hacer cuando los tuviera donde quería?

—Ro, ve a salvar a esos idiotas —pidió el jefe de la unidad, evitando por los pelos soltar una carcajada ante sus expresiones entre confundidas y horrorizadas. El coronel era quien se encargaba de atender las heridas,

aunque todos tenían nociones médicas básicas para casos de emergencia.

—No sé, yo creo que los muchachos necesitan un poco de cuidado maternal. Últimamente están muy hoscos —comentó este con buen humor.

—Eso es porque están faltos de sexo. Y te aseguro que *ella* no va a proporcionárselo —aseveró con voz glacial. Desde que la joven se uniera al grupo, la testosterona crepitaba en el ambiente, necesitando una única y minúscula chispa para provocar un incendio de proporciones colosales. La tensión sexual de todos era tan patente que podía olerse, verse, sentirse. Y si se parecía en algo a la suya, se tocaría en las próximas veinticuatro horas a más tardar. Esos tipos duros y controlados necesitaban una hembra. «Y por Dios que no será Lariel».

—Ninguno quiere a tu mujer, chico. Como no lo aceptes pronto nos espera un viaje muy duro.

—Ya nos espera un viaje muy duro —lo contradijo, enfadado consigo mismo por esos celos del demonio que jamás había sentido por nadie.

—Pues no lo compliques más —dijo sacando un pequeño maletín de su mochila y, sin añadir nada más, se dirigió hacia las tres figuras que para ese entonces discutían de manera acalorada, con seguridad porque no seguían las órdenes disfrazadas de peticiones de la joven.

Jass se dirigió hacia el lugar de la refriega, donde los cadáveres se esparcían alrededor de trescientos metros, y el resto del equipo había empezado el penoso trabajo de registrar los cuerpos antes de enterrarlos. No es que les importara que los animales se dieran un banquete con ellos, sin embargo, debían evitar que los hombres del gobernador los encontraran.

Durante un rato se quedó mirando el grotesco espectáculo, incapaz de agacharse y quitarle a un muerto sus pertenencias, pero observando como el resto lo hacía. Eso era lo que lo diferenciaba de ellos, esa falta de escrúpulos, de conciencia. Esos hombres actuaban como máquinas, mataban cuando su país se lo ordenaba porque debía hacerse, o porque alguien pagaba un buen fajo de billetes.

No eran asesinos como la escoria a la que acababan de enfrentarse, pero

tampoco sentían remordimientos ni escrúpulos. La ética o la moralidad no formaban parte de su reglamento si se interponían con el resultado de su misión y, sin embargo, tenían un código de honor firmemente arraigado en sus corazones.

Jass no había podido con toda esa mierda, y por suerte se dio cuenta a tiempo, antes de que lo enviaran a alguna misión y su incapacidad para matar pusiera la vida de alguien en peligro.

Tampoco se le daba bien aceptar órdenes, y la vida de un militar estaba repleta de ellas. Era demasiado restrictiva para alguien que necesitaba escapar de todo cada cierto tiempo.

—¿Todo bien? —No miró a Phil, consciente del horror que reflejaban sus ojos y que aún no era capaz de ocultar.

—Cojonudo. —No logró borrar el asco y la censura en esa única palabra, pero tampoco podía ser otra cosa más que él mismo.

—Solo cogemos lo que precisamos. —No había juicio alguno en su voz, tampoco disculpa. Debía hacerse y lo hacían. Era así de sencillo. Jass levantó la vista y se enfrentó a los ojos pardos.

—Lo sé. —Aunque aquello no lo hacía más tragable para él y ambos lo sabían.

—¿Lari está bien? —La pregunta lo obligó a centrarse en otra cosa, como estaba seguro que era su intención. No miró en su dirección, pese a que tuvo que compeler a los músculos de su cuello a no girarse.

—Todo depende del punto de vista. —Afrontó impassible la ceja alzada del otro—. Acaba de matar a dos hombres para salvar vuestros peludos culos. —La evidente sorpresa del francés se esfumó con rapidez, reemplazada por un profundo ceño de preocupación. Miró por encima de su hombro adonde la pequeña figura se encontraba arrodillada junto a Ro, con toda probabilidad vigilándole con ojos de halcón, por si cometía algún error.

—Eso ha debido costarle un buen pedazo de su inocente y dulce alma —murmuró, la pesadumbre impregnando cada palabra. «¿Como a mí, quieres decir?», la pregunta quedó flotando entre ambos mientras sus ojos se

desafiaban, uno a decirlo en voz alta, el otro, simplemente a que lo hiciera.

—No lo estará pasando nada bien —admitió en cambio, para nada dispuesto a saltar a ese precipicio.

—Joder, esto va a acabar con ella, Seveages.

—En absoluto. —Se cargó el arma al hombro y echó una última mirada a su alrededor, a la masacre que se extendía en cualquier dirección a la que mirara. Al parecer, el saqueo había terminado, porque estaban amontonando los cuerpos para calcular el tamaño de la fosa común que albergaría aquel ingente grupo anónimo de hombres. Nadie sabría jamás qué había sido de ellos, dónde estaban, si seguían vivos o no. Ningún lugar donde llorarlos, ni siquiera si había motivos para hacerlo. Treinta y cinco desaparecidos, cuyas familias se preguntarían siempre si habrían huido, los habrían capturado, o habrían sido asesinados. Igual que Lariel. Sus pasos se dirigieron inexorablemente hacia ella—. No lo permitiré.

Enterrar a los muertos les llevó casi toda la noche, así como convencer a la joven de que fuera a acostarse. Estaba empeñada en ayudarlos en aquella desagradable tarea, algo que ninguno de ellos iba a permitir.

Jass podía entender que sintiera que haciéndolo expiaba de algún modo parte de su culpa, pero por nada del mundo la dejaría perder sus ya mermadas fuerzas en aquella tumba, y mucho menos acercarse a la pila de cadáveres. Habían tenido que ponerse serios y darle otros quehaceres para mantenerla ocupada y lejos de la zona de trabajo, pero al final Jassmon se vio obligado a dejar al equipo que terminara con ello para encargarse en persona de esa testaruda mujer.

Fue hacia ella con pasos lentos y seguros, su intensa mirada clavada en su rostro. La cogió del brazo y la obligó a levantarse, sin inmutarse por el pequeño jadeo que provocó el contacto físico. Sabía que no la había lastimado porque la había tocado con extremo cuidado.

—Es hora de descansar. —La joven intentó zafarse de su agarre, pero aquellas garras de acero no se soltaron ni un ápice—. Jamás le haré daño. —

Ella levantó los ojos hasta encontrarse con los suyos, y se sorprendió cuando vio el intenso dolor concentrado en ellos, como las nubes grises y espesas cuando forman una tormenta. Fue entonces cuando se dio cuenta de que respiraba demasiado rápido y fuerte, como si se sintiera amenazada. La mano se deslizó despacio por su antebrazo, como una caricia de seda, hasta que tocó sus dedos, y entrelazándolos con los suyos la instó a seguirlo hasta la zona designada para dormir.

—No tengo sueño y aún queda mucho por hacer.

—Los chicos se encargarán —dijo, arrastrándola con delicadeza hacia su objetivo. Por el camino se cruzaron con Phil, que cargaba una enorme caja. Sin detenerse, y con su sempiterna sonrisa descarada, le guiñó un ojo antes de seguir su camino. Sintió las mejillas ardiendo, sabiendo muy bien lo que parecía aquella escena.

—¿Quiere hacer el favor de soltarme?

—No. —Miró su enorme espalda, sopesando la posibilidad de patearle el culo.

—Yo no lo haría —advirtió, con voz suave. Pero él no era ella... En ese momento aquel bruto arrogante se detuvo y casi chocó con el muro que representaba su inmenso cuerpo. Un segundo después se vio empujada con suavidad al suelo hasta que no le quedó más remedio que sentarse. Jass lo hizo a su lado, demasiado cerca para su gusto, pero no lo mencionó. Tampoco serviría de nada. Se había dado cuenta de que cada día él forzaba un poco más el tema del contacto físico. Nada alarmante, solo un roce aquí, otro allí... Como cogerla del brazo, o guiarla mediante un toque sutil en la parte baja de la espalda. Nada sexual desde el beso del día anterior, pero lo bastante turbador como para mantenerla en tensión, esperándolo con nerviosismo y... ¿anticipación?—. Cuénteme qué pasa por su cabecita. —«Ni loca».

—Que tengo que volver al trabajo. —Hizo amago de levantarse, sin embargo, la mano en su muslo la paralizó al instante. Se obligó a relajarse, a no permitir que su respiración se alterase, a que su expresión no revelara sus

salvajes emociones, sin saber que estas se mostraban en carne viva en las profundidades de sus ojos azules, en la rigidez de la pierna que estaba tocando, en el gemido bajo y agudo que se expandía por su pecho como el de un animal herido sin que la muchacha se diera cuenta siquiera. Muy despacio, como si hacerlo de otro modo pudiera suponer que ella echara a correr despavorida, retiró la mano, pero su expresión asustada y acorralada no desapareció.

—Está casi terminado. —No le dijo que no estaba allí para trabajar. Que lo único que tenía que hacer era seguir las órdenes al pie de la letra para que pudieran asegurar su bienestar. Ella no podría aceptar eso, y en ese momento debían tratar algo más importante—. No debió inmiscuirse esta noche, Lariel. —Había censura en su voz, y la joven saltó sobre eso.

—¿Y no hacer nada mientras los masacraban? —No contestó, se limitó a contemplarla, diciéndole mucho más con su severa y penetrante mirada que si hubiera puesto voz a aquella terrible admisión. La enormidad de aquello la noqueó con la fuerza de uno de los ataques de H'arün. Daba igual que se hubieran embarcado en aquella locura por dinero, con seguridad una maldita fortuna por sacar de aquel recóndito país a la mimada hija del famoso magnate americano de los negocios. Ahora todos darían su vida por ella, si así conseguían que uno solo la llevara sana y salva a casa. Se llevó el puño a la boca, espantada. ¿Por qué? ¿Qué la hacía mejor que aquellos valientes, honorables, intrépidos y protectores hombres?

—Sí. —No se dio cuenta de que estaba negando frenéticamente con la cabeza hasta que él puso sus dedos con delicadeza en su mentón para detenerla.

—No —susurró, incapaz de actuar de otro modo, aunque la escena se repitiera mil veces.

—¿Y ahora podrá vivir con dos muertes en su conciencia? —preguntó el hombre con voz suave, sus ojos mostrando la pena que los demás habían conseguido ocultarle. Se desasíó con un movimiento brusco.

—No es asunto suyo lo que mi conciencia puede o no soportar. —La

pequeña hoguera proyectaba la suficiente luz como para revelar su desesperación, así como las sombras debajo de sus ojos y su postura vencida, algo que no le hubiese permitido ver en otras circunstancias.

—Tiene razón. Pero me siento identificado. —Supo que la tenía. No hizo ningún movimiento, pero su pecho se contrajo en una inspiración profunda. Se giró hacia él.

—¿Cómo? —Una única palabra que lo englobaba todo. Y tan difícil de contestar. Pero si quería que ella sanara abriendo el pozo de dolor y culpa que aquellas muertes le habían provocado, tendría que ofrecerse a sí mismo.

—Quitar una vida es lo más duro que he hecho nunca. —Dos parpadeos. Esa fue la única reacción a su admisión. Después un silencio espeso mientras esos ojos enormes lo miraban sin expresión.

—Pero usted es... —La palabra soldado flotó entre ellos, y fue en ese momento cuando Jass comprendió que no tenía ni idea de quién era en realidad.

—¿Tan segura está de quién y qué soy? —preguntó en voz baja y ronca, furioso porque lo catalogase en un grupo que decididamente la dejaba fuera de su alcance. No había duda de que estaba loco, pero con ella su mente lógica nunca pensaba con claridad. Qué coño, desde el momento en que había puesto sus ojos en esa rubia, a través de los binoculares, su cerebro había explotado y no se había vuelto a saber más de él.

—Este es su mundo. —Gesticuló con las manos, abarcando el campamento, la enorme tumba común donde estaban echando los cuerpos, que se negó a mirar, incluida. Realizó una pausa, esperando que lo negara, pero Jass estaba cansado, hambriento y dolido, y no lo hizo—. ¿Cómo puede decir que le perturba su medio de vida?

—Cada uno hace lo que se le da mejor. Unos por amor a la patria, otros porque creen en el bien y el mal, algunos para salvaguardar lo poco que queda del mundo, unos pocos por saldar viejas deudas, hay quienes sencillamente no saben hacer otra cosa, y al resto los mueve tan solo el dinero. Pero eso no significa que todo lo que conlleva la guerra sea bonito o

tolerable, señorita Rosdahl. —El uso de su apellido le dolió. Marcaba una distancia que él quería reseñar. Como si la viera por encima de él, quizá en un pedestal donde no percibía las realidades de la vida. Y detestaba que pensara así de ella.

—¿Ya no soy Lariel? —preguntó a riesgo de llevarse un chasco. La intensa mirada esmeralda reflejó las llamas del fuego mientras la devoraba, y la joven sintió que la quemaba por dentro.

—Usted siempre será mucho más que Lariel. —Una rama crujió en el interior de la hoguera, para instantes después lanzar chispas por encima de ellos. Jass parpadeó—. Pero también es la señorita Rosdahl. Y la prometida de Kenneth Watford, ¿verdad? —Su voz sonó mucho más dura entonces, y sus ojos habían perdido su calidez anterior.

—Sí. —¿Qué otra cosa podía decir? Y a pesar de que Ken parecía lejano y borroso tanto en su mente como en su corazón, mencionarlo la hizo sentirse muy sola y perdida en aquel desierto, consciente de cuánto había vivido durante aquellos meses—. ¿Entonces lamenta las muertes de esos hombres? —preguntó en un susurro apagado. Tanto que apenas la escuchó.

—Terriblemente. A pesar de saber que eran unos cabrones despiadados con órdenes de asesinarlos a todos y llevarla de vuelta con el psicópata del gobernador, y que se trataba de una situación de vida o muerte y era o ellos o nosotros. Aun así, jamás olvidaré sus rostros, ni la expresión que tenían al morir, ni dejaré de preguntarme si tenían familia, si dejaron mujer e hijos esperándolos en casa para cenar. Me torturaré con ello el resto de mis días, y tan solo espero que la sensación se mitigue con el tiempo, porque las pesadillas no me permiten cerrar los ojos por la noche. Y eso me hace sentirme más miserable aún porque ellos están muertos, y sus seres queridos los han perdido para siempre. —La profunda angustia en sus palabras le llegó al corazón, porque era un fiel reflejo de lo que sentía en aquel momento, y al mirarlo vio el profundo dolor que guardaba solo para sí, ocultándolo al mundo lo mejor que podía. Quiso acercarse y abrazarlo, ofrecerle un consuelo que con seguridad rechazaría a pesar de necesitarlo con

desesperación, pero sabía que no era capaz de hacerlo, y esa fue la primera vez que lamentó ser menos que un ser humano completo. Y maldijo a H'arün porque de todas las cosas que le había robado, aquella era una de las que más dolía.

—No puede vivir con esa carga, Jassmon.

—¿Y quién va a quitármela?

—Solo usted puede hacerlo. Como ha dicho, ha sido defensa propia.

—Bonita excusa, ¿verdad? —Se pasó una mano por la cara, intentando despejarse. La noche había sido larga y poco fructífera, y después apenas tendrían unas horas para descansar si querían recuperar el tiempo perdido—. ¿Qué me dice de usted? —El cuerpo femenino se envaró.

—¿De mí?

—Ajá.

—No sé qué quiere decir.

—Hoy ha pasado por una experiencia muy traumática. —Ella rehuyó su mirada. Por supuesto, habría sido mucho esperar que nadie se hubiera dado cuenta, pero había tenido la esperanza de que, entre aquel caos de ruido y muerte, su participación en los hechos de esa noche hubiera pasado desapercibida.

—Como ha dicho, he hecho lo que había que hacer. —Sin embargo, su voz queda la delataba.

—¿Y podrá perdonarse? —preguntó en tono neutro. Pensó que le saldría con una de sus respuestas soberbias, de esas que debía dedicar a la clase alta neoyorquina, pero entonces la mirada femenina, como si tuviera voluntad propia, se desvió a la tumba repleta de cuerpos, que ya estaban llenando de arena.

—Nunca —susurró, el horror reflejado en cada letra mientras sus ojos seguían las paladas con hipnótica concentración. Jass cambió de posición con el propósito de bloquearle la visión que mantenía prisionera su mirada. La joven parpadeó, como si despertara de un sueño, y lo miró, rota por dentro y

por fuera, su corazón en la mano, más vulnerable de lo que la había visto nunca.

—No se castigue de este modo. —Las lágrimas empezaron a acumularse formando una gruesa cortina, apelando a su increíble valor para contenerlas, como diques a punto de romperse.

—Maté a esos hombres —musitó, destrozada.

—Y salvó a los nuestros. —No pareció escucharlo. Se miraba las manos, que le temblaban tanto que empezó a preocuparse de que entrara en estado de shock. Durante las horas que se habían dedicado a limpiar ese entuerto, sin permitir que ella se acercara, les había parecido que estaba bien, al menos todo lo bien que podía esperarse después de aquella masacre. Jass había pensado que tendría que bregar con los sentimientos de culpa, que no era poca cosa, pero viéndola ahora no estaba tan seguro.

—Tengo las manos manchadas con su sangre —sollozó, su voz a mitad de camino entre el grito y la histeria. Le cogió el rostro y apretó sus manos con delicadeza sobre sus mejillas surcadas de lágrimas. Estaba tan angustiada que ni siquiera se estremeció con el contacto.

—Basta. —Pero no lo oía. Podría estar en su casa de Nueva York por lo que a ella respectaba, si podía guiarse por su mirada desenfocada e ida, y su respiración rápida y superficial—. ¡Es suficiente, Lariel! —La muchacha intentó retroceder, pero no se lo permitió, manteniendo su cara entre sus manos en un agarre firme aunque suave—. Si todo lo que me ha dicho es verdad, ahora debe dejar que surta efecto en usted. —Ella gimió, sabiendo lo que quería decir. Podía exculparse en la medida de lo posible utilizando los mismos consejos que le había dado a él, o seguir flagelándose con el látigo de la culpa, en cuyo caso le demostraría que todo cuanto había afirmado era una sarta de mentiras. Y el caso era que creía cada palabra. Entonces, ¿por qué no podía aplicárselas a ella misma? Porque era más fácil exhortar al auto perdón a los demás que a uno mismo.

—Ya no puedo más —confesó, al borde de sus fuerzas.

—Claro que puede. Estoy aquí. Yo la sostendré. —Sabía que lo haría. Ese

hombre grande y fuerte, con una fortaleza interior que sobrepasaba a la suya en varios miles de seguridades y aplomos, que había visto y hecho cosas que no quería imaginar, que la miraba como si fuera el milagro más impresionante que existiera, la octava maravilla del mundo, la persona más frágil y delicada de la Tierra, y la más fuerte y valiente a la vez. Ese hombre duro como el acero, frío como el Ártico, dulce cuando la tocaba, amable si se rompía, caliente como un volcán. Ese hombre, apostaría su vida, siempre estaría allí para apoyarla. Jamás la dejaría caer. Y sin embargo no era un extraño lo que ansiaba.

—Necesito hablar con mi padre.

CAPÍTULO 8

Jass sabía que no podía ignorar ese ruego.

Hacía una semana que la habían rescatado, y era consciente de que llevaba días deseando ponerse en contacto con él. La excusa de que estaban demasiado cerca de la ciudad y podía ser peligroso había dejado de tener efecto, y si a eso le sumaba que Nathaniel estaba igual de ansioso por hablar con ella, el resultado solo podía ser el actual.

Además, la joven estaba demasiado afectada para aceptar más excusas. Necesitaba a alguien conocido, un ser cercano y querido que la consolara en momentos tan duros como aquellos. Le dolía que no fuese él, pero asumía que no cumplía ninguno de esos requisitos. Al menos, no había pedido que le pusiera con el prometido. No estaba seguro de que hubiera podido soportar eso.

Sacó con cuidado el teléfono y marcó el número de memoria, absorbiendo la expresión de absoluto anhelo que mostraba la chica mientras los pitidos de espera se sucedían.

—Quiero que se lo tome con tranquilidad. —Ella asintió. Jassmon miró su reloj, en Manhattan tan solo eran las diez de la noche.

—¿Diga? —Llamaba desde un número oculto, así que la voz seria e impersonal no le sorprendió. No contestó. Se limitó a colgar. Lariel lo miró con tanto horror que se sintió tentado de abrazarla. Con seguridad había llegado a escuchar la voz al otro lado de la línea.

—Es una señal. Ahora iré a un lugar seguro donde esté solo. —La tranquilizó. Y lo consiguió. Su cuerpo se desinfló como un globo, y una sonrisa temblorosa asomó a sus labios. Llamó de nuevo y en esa ocasión contestaron al primer timbrazo.

—¿Jass, eres tú? —Si le había parecido que ella estaba nerviosa, aquello no tenía comparación con la excitación que sintió en la voz del hombre al

otro lado del mundo. Le pasó el teléfono sin decir una palabra. La muchacha se lo puso en el oído, pero no fue capaz de articular palabra. Pequeñas gotas, como diminutos brillantes que resplandecían a la luz de las llamas, resbalaban silenciosas por sus mejillas mientras sus ojos, enormes y profundos estanques de emoción pura y verdadera, perforaban las entrañas de Jassmon y lo dejaban débil y tembloroso—. Jass, por Dios, dime que no le ha pasado nada a mi niña. —El miedo en la súplica era tan evidente que conmovería a una piedra.

—Estoy bien, papá. —Un silencio tenso, y después unos sollozos incontenibles, tan extraños para ella que no supo qué hacer. Nunca había visto llorar a su padre.

—Larry..., mi pequeña... —Comprendió que la emoción lo podía, y pudo comprenderlo porque se sentía igual. Por primera vez en más de un año empezaba a creer que estaba de camino a casa—. ¿Estás bien? —¿Qué contestar a eso? Él, que aún la consideraba su niña, ni siquiera podría empezar a soportar los abusos a su cuerpo. ¿Cómo podía contarle lo que ese bárbaro le había hecho a su alma?

—Sí, lo estoy. Y cuando llegue y pueda abrazaros a mamá y a ti, me pondré bien del todo —mintió, sin saber si intentaba engañarlo a él o a sí misma. Advirtió que Jassmon retiraba su mirada con rapidez, pero no antes de que captara un atisbo de... ¿pena?

—Cariño, esto ha sido muy traumático para todos. —Su voz aún sonaba algo ahogada, llena de sentimiento, pero más firme. Aun así, lo conocía lo bastante bien como para saber que estaba escogiendo con mucho cuidado sus palabras—. Se necesitará tiempo y cuidados para que podamos superarlo.

—¿Cuidados? —preguntó con voz temblorosa. Lo detestó, y detestó que su padre, siempre fuerte y controlado, la viera así, pero ya no sería la risueña y despreocupada niña de papá nunca más, así que mejor que lo entendiera ahora.

—Cualquier ayuda que precisemos, cielo, no importa de donde venga. —Un psicólogo, traducido con tacto en favor de su inestable estado. Pero ella

jamás expondría en voz alta lo que había padecido durante esos meses en cautiverio. Sintió moverse a Jass, y al levantar la vista vio a John. Ambos le sonrieron antes de alejarse unos cuantos pasos para hablar entre ellos, en un gesto que se suponía estaba destinado a proporcionarle intimidad, aunque era más que probable que fuera para que no se enterara de lo que decían, lo cual significaba que no era nada bueno. Pero en ese momento no quería preocuparse por eso, necesitaba los pocos minutos que tenía con su padre.

—Tenemos que salir de aquí. —Aunque la afirmación de Strickland fue hecha con calma, Jassmon pudo detectar la urgencia en las palabras.

—Lo sé —contestó mirando a Lariel, que seguía conversando con Nat con una débil sonrisa en los labios. Parecía más tranquila, más en paz consigo misma. Y aquello era malditamente importante.

—Es posible que hubiera más patrullas por los alrededores que hayan escuchado el tiroteo, o que alguien vaya con el cuento. Puede incluso que hayan visto los disparos desde el aire. Como sea, no podemos quedarnos aquí. —Era consciente de ello. Había querido que la puñetera chica descansara, pero era tan cabezota como su padre, y como resultado tenían que salir cagando leches de allí o correrían el riesgo de que les cazaran a pesar de sus esfuerzos por borrar todo signo de su paso por esa zona. Estaban cansados, hambrientos, y con el ánimo por los suelos, y lo único que les faltaba para poner la guinda al pastel era que a Nathaniel se le escapara el único secreto que podía joderlo todo de un plumazo.

—Recogedlo todo. Nos marchamos en cuanto termine esa llamada. — Captó la mirada burlona del capitán antes de que soltara lo que pensaba.

—Tus juguetitos siguen siendo los mejores, ¿eh? —Había orgullo en su voz, y no era para menos. Muchos de esos *juguetitos* terminaban en sus manos como soldado del ejército de los Estados Unidos, y a veces representaban una clara diferencia entre vivir o morir.

—Por eso sigo siendo líder del mercado —se jactó. El otro alzó una ceja y él la igualó. Pero no había nada que decir. El teléfono vía satélite en cuestión era más pequeño, más ligero, más seguro. No tenía interferencias, su

cobertura global era excepcional, puesto que contaba con su propio sistema de satélites, y Jass había creado una batería de larga duración que tardaba, en espera, dos semanas en agotarse, y que se había apresurado a patentar. Esta era el sueño de cualquier empresa de comunicación, y las ofertas de los competidores llevaban meses llenando su mesa. En esa misión era de vital importancia, puesto que no disponían de un enchufe a la vuelta de cada esquina, y con la de repuesto que guardaba como oro en paño tendrían de sobra hasta llegar al avión. Si la joven colgaba pronto. Volvió su atención a ella y vio que lo observaba, como si intentara descifrar de qué hablaban. Seguro que sí, era una cosita curiosa.

—Voy a tener que colgar —dijo la joven, para zanjar el espinoso tema de contarle sus secretos a un extraño, aunque se resistía a dejarlo, como si su mente le advirtiera que una vez que rompiera ese lazo con él, quizá no podría volver a establecerlo.

—Cariño, ten cuidado, sigue en todo momento las directrices de Jassmon. Él cuidará de ti y te traerá sana y salva hasta mí. —Detectó la urgencia en su voz, como si también a él le costara despedirse, así como algo más que en ese momento se le escapaba.

—Te quiero, papá... —Tenía que decírselo, por si no lo conseguía—. Pásame a mamá para que le dé un beso. —Hubo un segundo de silencio que sonó como un trueno.

—Ahora está durmiendo, cielo, pero le diré que has llamado.

—Son solo las diez.

—Sí, pero le dolía la cabeza y se ha acostado temprano. —A su madre jamás le dolía la cabeza. Había bromeado a veces sobre ello, diciendo que nunca podía inventarse esa excusa cuando su marido se ponía demasiado cariñoso, cosa que a ella le encantaba que hiciera, por cierto. Pero su padre se mostraba muy tranquilo y firme. Igual que cuando manejaba un negocio especialmente importante y delicado. Sintió un escalofrío bajándole por la espalda.

—Quiero hablar con mamá.

—Ya te he dicho...

—Y los dos sabemos que aunque le estallara la cabeza y no hubiera dormido en una semana, si supiera que estoy al teléfono se levantaría de la tumba para preguntarme cómo estoy y decirme cuánto me ama. —El jadeo agónico de su padre la dejó paralizada de miedo—. ¿Papá? —susurró, mientras la visión se le emborronaba por momentos.

—Pequeña...

—¿Dónde está mamá?

El espeluznante grito rompió la noche con la desesperación y el dolor que embargaba a la persona que lo emitía, y cortó de raíz la conversación entre Jass y John, que corrieron como locos hacia ella.

Al principio ninguno se acercó, temerosos de hacer cualquier movimiento que la pusiera peor, pero al final Jassmon se dejó caer de rodillas al suelo y la cogió entre sus brazos, un cuerpo inerte que encerraba una mente rota y un corazón desgarrado y sangrante.

—¿Qué ocurre, Lariel? —Pero ya lo sabía. Aquella reacción solo podía causarla una cosa. El terrible secreto había sido descubierto. Y aquella brillante muchacha iba a ser destruida—. Tranquilícese. —Pedía un imposible. Su cuerpo estaba antinaturalmente rígido, y su voz se había vuelto ronca de lo que estaba forzando sus cuerdas vocales. Echó una mirada a su alrededor. El equipo entero estaba allí, formando un círculo protector, con las armas en alto, listas para entrar de nuevo en combate de ser necesario, alternando su atención entre la joven deshecha en el suelo y la vasta extensión de arena que los envolvía, visible con los primeros rayos del amanecer. Tenía que dejar de gritar o cualquiera que anduviera por las inmediaciones los descubriría. En un sitio como aquel, los sonidos viajaban lejos y gratis, rompiendo los nervios y la distancia como cuchillos afilados. La cogió por los hombros y la zarandeó con fuerza—. ¡Basta! —Pero podría habérselo ahorrado. Sus ojos estaban vacíos, dos meros pozos profundos y oscuros sin ninguna expresión, que no veían ni sentían nada, salvo su infierno

particular. Los hombres intercambiaron una mirada entre ellos, sus ceños fruncidos, apretando las armas con más fuerza. Jass le acarició la mejilla con extrema suavidad, cerró los ojos y suplicó—. Perdóname. —Y sintiendo un dolor como jamás había experimentado, la noqueó. El silencio, bendito fuera, se extendió sobre ellos como un bálsamo calmante durante dos segundos. Después John lo liberó del escaso peso que ella representaba y él buscó el teléfono.

—...urre? ¡Por Dios, que alguien me diga algo! —atronó la voz desesperada de Nat al otro lado.

—Estoy aquí. —La inspiración entrecortada de su interlocutor se escuchó con claridad.

—Jassmon, ¿qué ha ocurrido? ¿Está bien mi hija?

—Joder, qué has hecho. —No era una pregunta, los dos sabían perfectamente bien lo que había ocurrido.

—No es lo que crees. No le he contado a mi pequeña por teléfono y a miles de kilómetros de distancia, después de más de un año de ser violada y torturada por un hijo de puta, que su madre ha muerto porque no había podido soportar su desaparición.

—¿Y entonces cómo ha sido? —Estaba intentando contenerse, no obstante, solo Dios sabía lo que habría sido capaz de hacerle si lo hubiera tenido enfrente en ese momento.

—Quería hablar con Sarah. Me inventé un montón de excusas para explicar que no podía ponerse al teléfono, pero no las aceptó. Lo descubrió sola. —Le creía. No solo porque amaba a su hija más que a nada en el mundo y se cortaría un brazo antes que hacerle daño sin motivo, sino porque ella era demasiado lista e intuitiva para su propio bien.

—Bueno, ya está hecho. En el peor momento posible, pero no tiene remedio.

—¿Qué quieres decir?

—Hemos tenido un enfrentamiento con los hombres del gobernador. Una verdadera masacre. No sé si nos habrán detectado, y con ella gritando como

una posesa... Tenemos que salir de aquí a toda pastilla.

—¿Cómo está ahora? —Jass la miró, seguía entre los brazos de John, tranquila y benditamente inconsciente. El resto estaba cargando las mochilas. Debían marcharse de inmediato.

—Dormida. —Solo un segundo después, como era de suponer, explotó.

—Maltita sea. ¿La has golpeado?

—¿Preferías que les abriera la puerta a otros treinta y cinco de esos moros? —dijo la insultante palabra a propósito, para enfatizar su punto, y supo que había acertado. Si había algo que aquel hombre sabía hacer era jugar a las posibilidades, y doce contra treinta y cinco, descontando los que no pelearían para proteger a su hija, no era una buena probabilidad.

—Vete ya. —La comunicación se cortó tras la imperiosa orden.

Se sentía como el infierno de mal. Y no era por no haber dormido nada en treinta y siete horas, tras solo cuatro de intermitente sueño las veinticuatro anteriores. Tampoco se trataba del ritmo brutal que había impuesto, o de que apenas se hubieran preocupado de comer.

Había golpeado a una mujer. Aquella idea arañaba su mente, golpeaba su conciencia, y lo dejaba bloqueado.

Le había pegado a Lariel. *Eso* hacía sangrar su corazón y destrozaba su alma, a la vez que despertaba a una bestia interior desconocida hasta ahora, que aullaba enfurecida por su osadía y estupidez.

El humano, compungido y humillado, entendía que lo había hecho por protegerla, pero había momentos, como ese, en que aquello no parecía más que una excusa, y no servía para aliviar la carga.

La observó, acurrucada en su pecho como si el mundo fuera un sitio seguro en lugar del callejón oscuro y peligroso en el que ella estaba escondida, con la frente alta y los hombros hacia atrás, temblando como una hoja.

No se había despertado desde que la dejara inconsciente de un rechazazo

el día anterior, aunque los efectos del puñetazo por fortuna hacía mucho que habían desaparecido, y simplemente se había deslizado en brazos de Morfeo. Ella estaba tan cansada.

Aquello le vendría bien, pero cuando despertara estaría furiosa con él. Y destrozada por la muerte de su madre.

Rozó su mentón con suavidad, endureciendo la mandíbula según iba tocando el feo hematoma que ya empezaba a oscurecerse. Aquello se lo había hecho él. Y jamás se lo perdonaría.

Lariel abrió los ojos y los tuvo que volver a cerrar, obligada por la luz cegadora del sol, las náuseas que le subieron por la garganta, y el mareo incomprensible que hizo que todo se moviera a su alrededor, como si fuera mecida por el viento. Se obligó a tragar el gemido desesperado que pugnó por salir de sus labios, odiando la sensación de desorientación que la embargaba, de no saber dónde estaba, qué había ocurrido. Con quién.

Porque el firme y duro pecho sobre el que estaba recostada era una muestra clara de que había un alguien. Le costó unos preciosos segundos llenos de terror tranquilizarse lo suficiente como para no ponerse a luchar como una fiera, pero cuando lo consiguió lo primero que supo de forma instintiva fue quién no era. No era H'arün.

Aquello le permitió respirar y no ponerse a gritar. Entonces sus sentidos empezaron a funcionar. Reconoció de inmediato el íntimo y único olor masculino, y sus huesos parecieron disolverse en el calor del abrazo que él mantenía sobre ella antes de que pudiera pensar qué significaba aquella reacción. Se permitió disfrutarla, porque aún estaba demasiado adormilada como para ponerse en guardia.

Hizo otra intentona por abrir los ojos, y esa vez los de él la estaban esperando, como si siempre la presintiera.

—Buenos días, bella durmiente. —Su voz, baja y acariciante, igual que su mirada, le hizo sentir burbujas de excitación por dentro. Y eso en sí mismo era chocante por la novedad que significaba.

—Hola —contestó, no muy segura de qué hora del día era. ¿Por qué se sentía tan malditamente desorientada? Intentó alejarse de él e incorporarse, pero sus brazos se tensaron con más fuerza a su alrededor y se lo impidieron. Además, no había mucho sitio adonde ir. Se arriesgó a mirar hacia abajo, ya que la sensación de vaivén persistía, y dejó escapar un jadeo incrédulo. Echó un vistazo a su alrededor, y la impresión la dejó muda. Sus ojos buscaron los de él y se agrandaron. «Dios mío, sus ojos». Él esbozó una sonrisa de medio lado.

—¿Nunca había montado en dromedario? —Se limitó a negar con la cabeza, demasiado impresionada para nada más. Al fin entendía por qué le parecía que se balanceaban—. Hemos modificado un poco nuestros planes. Al menos de manera temporal. —Señaló al equipo, que montaba los mismos enormes animales. Algunos la saludaron con discreción, sin embargo, ninguno se acercó. La joven frunció el ceño—. Están actuando, muchacha. —Él hizo un gesto con el mentón por delante de ellos, y estirándose cuanto pudo vio que no estaban solos. Viajaban con un grupo. Contó con rapidez, el corazón le galopó en el pecho y después se ralentizó hasta casi detenerse cuando la cifra total de hombres ascendió a veinte. El miedo era tan evidente en sus facciones que Jass volvió a echarla sobre su pecho—. No son soldados, y no nos han capturado —la tranquilizó—. Tan solo se trata de los hombres jóvenes de un pueblo que han salido a cazar. En su aldea escasea la comida, y harán lo que sea para conseguir que sus mujeres y niños no mueran de hambre. Aunque signifique quebrantar la ley.

—¿Le han contado todo eso nada más conocerlos? —preguntó recelosa.

—Supongo que han sabido ver a través de los disfraces.

—¿De ahí las lentillas? —preguntó, mirando sus ojos marrón chocolate, que la habían sorprendido tanto cuando su cerebro se despejó lo suficiente como para reparar en ellos.

—Las llevamos todos. Unos ojos claros llamarían demasiado la atención. Harían que la gente los recordara y, con ellos, a sus dueños. —De forma instintiva su mano subió hasta su rostro. Él la atrapó con delicadeza—. Eso la

incluye a usted, así que debe tener cuidado y no tocárselos. —Ella parpadeó. ¿Le habían puesto lentillas mientras dormía?

—¿Por qué viajamos con ellos?

—Porque aunque no encuentren los cuerpos, esos hombres estaban patrullando en una zona concreta, y cuando descubran que ninguno de ellos vuelve van a empezar a buscarnos con saña desde allí. —No le contó que eso ya había ocurrido. Que varios helicópteros habían sobrevolado el cielo desde la tarde anterior, armados como si la tercera guerra mundial hubiera sido declarada a voz en grito—. Podemos escondernos poco en un desierto, sin vegetación, ni rocas, ni nada más que la maldita arena por todas partes. Pero el camuflaje que nos aporta viajar con este grupo es bastante seguro.

—Siempre que no ataquen por tierra. —Era lista. Un cambio de ropa y unas lentillas no conseguirían pasar una inspección de cerca, igual que no había engañado a unos simples aldeanos.

—Ya nos hemos enfrentado a eso. —Ella mantuvo su mirada. Sí, y habían ganado. No se dejaría desmoralizar por el miedo y las dudas. Miró otra vez a su alrededor, al numeroso conjunto de árabes armados que los rodeaban, en apariencia ajenos a la presencia de extraños. Y después observó a los suyos, formando un círculo protector entre ellos y los demás. Un cordón infranqueable por el que no pasaba ni un aliento. Qué orgullosa estaba de ellos.

—No parece que haya dormido mucho —dijo, a pesar de sentirse descansada por primera vez desde que la rescataran. Todo en él se tensó, desde los duros muslos sobre los que estaba sentada, pasando por los brazos con los que sostenía las riendas y que la rodeaban de forma protectora, el duro y caliente pecho que la acunaba amorosamente, y terminando por el mentón que descansaba sobre su coronilla—. ¿Qué hora es?

—Temprano.

—Eso no es lo que he preguntado.

—¿Y tiene que ir a una cita importante para necesitar mucha exactitud? — Como respuesta se retorció, intentando ver su reloj. Él suspiró—. Son las

ocho.

—¿Qué? —musitó, con cara de no comprenderlo.

—Ha dormido veinticuatro horas seguidas. —Se limitó a mirarlo con fijeza.

—¿Cómo es posible eso?

—No lo diga con esa voz de espanto. Si pudiera, yo también me permitiría el lujo. Y apuesto diez mil dólares a que cualquiera de los aquí presentes admitirá lo mismo.

—Pero yo nunca duermo más de ocho horas. Y desde que estoy aquí... — No terminó la frase, y tampoco hizo falta. Llevaban juntos el tiempo suficiente como para que supiera que las noches eran un suplicio para ella, donde las pesadillas se adueñaban de su tiempo de descanso, y le dejaban solo los despojos del amanecer para reponer fuerzas.

—Razón de más para caer rendida —acotó él con firmeza. Sabía que terminaría acordándose de la razón que había llevado a su desmayo y de su implicación en ello, pero si seguía benditamente inconsciente un poco más, por él perfecto. Su propio recuerdo de ella gritando, mientras su cuerpo se convulsionaba descontrolado, aún le provocaba sudores fríos, y enfrentarse a ello de nuevo rodeado de una veintena de árabes armados no era la mejor de las situaciones.

—¿Y cómo les ha explicado que me haya pasado tanto tiempo grogui? — La sonrisa malévola que precedió a su contestación le puso los pelos como escarpas.

—Les he dicho que está embarazada. —El gritito indignado atrajo la atención de algunos hombres. Por fortuna eran de los suyos y, por las sonrisitas soterradas que vislumbró, debían estar haciéndose una idea bastante buena de lo que ella acababa de descubrir. Que era ni más ni menos que esperaba un hijo. Aunque fuera de mentira.

—¿Qué ha hecho qué?

—Que les he contado... —La mano femenina cortó el aire y le impidió seguir. El hombre apretó los labios, esforzándose por no reír. Tenía una

expresión tan graciosa.

—Estoy embarazada, no sorda. —No pudo aguantarse. Su acompañante soltó una gran carcajada, y por las que le siguieron, la joven supo que su conversación no solo no era tan privada como desearía, sino que estaba siendo seguida con más interés que un partido entre los Giants y los Packers—. ¿Y qué ha dicho ese nido de serpientes ante la buena nueva? —La sonrisa se borró de golpe. Y Lariel pensó que era una verdadera pena. Jassmon era, con diferencia, el hombre más guapo que había conocido nunca, pero cuando sonreía... Era para perder el sentido. Y desde que sus vidas se cruzaron, las oportunidades de ver esa sonrisa de vértigo habían sido tan exiguas como las de encontrar agua en ese árido país. Escasas aunque preciosas. Se sobresaltó cuando sintió el dorso de los dedos masculinos acariciando su mejilla, sobre todo cuando se encontró con su mirada apenada fija en ella—. ¿Qué? —preguntó en un susurro. Jass creía entender lo que ella pensaba. No siempre era fácil interpretarla. Se cubría con capas y capas de fingida indiferencia, a menudo mezcladas con grandes dosis de ironía que escocía como el demonio, que ocultaban sus sentimientos reales, tales como el miedo, la soledad, la indefensión, el dolor, la debilidad, el aturdimiento, la culpabilidad... Se había prohibido a sí misma tantas cosas, como no volver a depender de nadie, acercarse a las personas, querer, confiar, sobre todo en los hombres. Y, por encima de todo, el contacto físico. Pero si algo tenía claro era la opinión que le merecían absolutamente todos los ejemplares varones de aquel país. Con certeza ella los encerraría en un edificio de papel y le prendería fuego. Y nadie podría culparla por quedarse a mirar mientras los gritos se iban extinguiendo.

—Me han felicitado —contestó a su primera pregunta, una sonrisa traviesa tironeando de sus labios. Los ojos turquesa mostraron sorpresa—. Soy el orgulloso papá. —La sujetó antes de que descubriera su tapadera, preparada ya para golpearle—. Vamos, alguien tenía que asumir el papel, y puesto que cuando nos cruzamos con ellos estaba en mis brazos, fue lo más sencillo. —Maldijo en silencio. Como un águila cayendo en picado sobre su presa, ella

se echó encima de la frase.

—¿Por qué...?

—Obviamente porque estaba dormida y todos nos turnamos para llevarla. ¿O cree que me rebajé a violarla mientras estaba inconsciente? —Soltó otra palabrota. Al final se lo iba a contar todo él solito.

—No he dicho eso.

—No hace falta, ricura. Puedo oír sus pensamientos con la misma claridad que si los estuviera expresando en palabras. Está todo reflejado en sus ojazos para que cualquiera pueda verlo. —Ella hizo una mueca, y después soltó un quejido.

—¿Qué...? —La joven se llevó la mano a la barbilla, tocó el gran hematoma, y se encogió de dolor—. Mmmm... —Un segundo después sus ojos se abrieron de forma desmesurada, y la conmoción lo sustituyó todo. Estaba blanca como el papel.

Alguien dijo algo en árabe y hubo una respuesta, pero ella no lo oyó. Jass la miraba con preocupación y cuando no pudo más, la abrazó. Cerró los ojos y se obligó a respirar con tranquilidad, sabiendo que su corazón rozaba el suyo, y que ella necesitaba esa calma para no desbordarse.

Lo demás de momento no tenía importancia. El equipo tenía controlada la situación. Phil había avisado al jefe de los aldeanos de que tenían que parar unos minutos y que enseguida se reincorporarían. No les habían dado opción a que los esperaran, no querían público para lo que fuera a ocurrir, aunque si ella se ponía a gritar de nuevo poco importaba nada.

Era un riesgo separarse del grupo, podían mandar a uno de los suyos a dar aviso de su posición y tendrían que enfrentarse a todos ellos antes de poder ir tras el soplón, por lo que no llegarían a tiempo de interceptarlo. Pero no era mucho lo que podían hacer hasta que solucionaran aquello.

Sintió los temblores del pequeño cuerpo que sostenía, y se sintió tan indefenso como debía hacerlo ella. Pasó una pierna por encima del cuerpo del animal y bajó al suelo, con la joven entre sus brazos.

Mirando a sus hombres a los ojos y viendo la preocupación en ellos se

sentó sobre la arena, con ella en su regazo. Inquietud por Lariel, e intranquilidad por el escenario que estaban creando. Habían desmontado los rifles cuando habían visto a través de los prismáticos al grupo que se acercaba despacio, y los habían guardado en las mochilas. Las típicas prendas holgadas servían para ocultar las pistolas, cuchillos, granadas, y demás equipamiento ligero que conformaba el arsenal personal de cada uno, pero si llegaba a tener lugar una confrontación seria, necesitarían los malditos rifles o estarían muertos.

—Lariel —susurró, tomándose un tiempo del que no disponían para quitarle la *ghutra*. Entre eso y la *abaya* estaría achicharrándose, y no pensaba consentir que perdiera el conocimiento de nuevo. Los otros once hombres, como si le leyeran la mente, formaron una línea a su espalda, y crearon un muro de dromedarios que los protegió del abrasador sol. Jass abrió la cantimplora y mojó un extremo del pañuelo, el cual pasó por el su rostro congestionado, intentando endurecerse ante las lágrimas silenciosas que resbalaban en profundos ríos por sus pálidas mejillas. Se estremecía tanto que lo estaba asustando, sobre todo porque sus labios se movían, pero no salía ninguna palabra de su boca. Parecía a punto de romperse, y eso no era algo que pudieran permitirse en ese momento. Pero, con sinceridad, no sabía qué hacer para sacarla de ese estado—. Lariel, míreme —No lo hizo. Era obvio que estaba en un lugar muy lejos de allí. Si estaba perdida en algún recuerdo pasado de su madre, o reviviendo alguna de las pesadillas causadas por el sádico del gobernador, no sabría decirlo. Sus ojos eran solo dos pozos profundos de desesperación, sumidos en la agonía de un dolor absoluto e infinito, imposible de aplacar. Podría ser cualquiera de los dos. O una mezcla de ambos. De todos modos, él estaba fuera, sin poder ayudarla—. Larry, necesito que vuelvas. —Un parpadeo, tan ligero como el aletear de las alas de una mariposa, pero ahí estaba—. Sé que estás sufriendo, pero no puedes derrumbarte. —Y sin embargo era un hecho. Podía verlo en sus ojos, aquellos preciosos ojos mancillados por las lentillas. Deseó quitárselas para disfrutar del increíble color azul oscuro. Ella iba a abandonar. Al fin, después de todo

lo que le habían hecho, aquella pérdida la había derribado—. Tienes que seguir por nosotros —Su voz fue dura, pero tendría que empujarla. Obligarla. Solo vio rendición y desesperanza en su mirada—. Vamos a seguirte adonde vayas y si te rindes, caeremos todos. —Ella negó con la cabeza y a cambió él asintió, aliviado de que le importara, señalando a su espalda. Con un esfuerzo sobrehumano la joven miró por encima de su hombro, y jadeó al ver lo que quería decir. La fila que ellos habían formado estaba frente al sol, con seguridad friéndose, sin embargo, como uno solo se giraron en sus monturas y la enfrentaron, sin dudas en sus miradas. Eran miradas honestas, seguras, leales. Y rebosaba en ellas la certeza de las palabras de Jassmon. Sus vidas siempre habían estado en sus manos, y sería de ellos lo que ella determinara. Volvió a negar, esa vez de forma frenética. No quería esa responsabilidad. En ese momento no podía bregar con eso también. Tan solo quería cerrar los ojos y dejar de sentir ese dolor desgarrador.

—Dejadme. —Y eso lo resumía todo. Quería estar sola. Quería que H'arün la encontrara. Porque era una cáscara vacía, y entonces él no tardaría en acabar con su miseria. Pero ellos tendrían que estar muy lejos cuando sucediera.

—Eso no va a ocurrir. —No tuvo que mirarlo para saber que sus facciones se habían vuelto de granito. Estaba atentando contra su honor. El de todo el grupo—. Y si vas a soltar alguna estupidez sobre el dinero, déjame advertirte que no estoy de humor para apreciarla. —La joven supuso que no. No había tardado en advertir las ojeras, los ojos rojos, y su aspecto demacrado. Parecía agotado, y sin embargo ahí seguía, intentando salvarla, incluso de sí misma —. Vamos, Larry, te ha tocado vivir mucho en muy poco tiempo, y por desgracia todas esas vivencias han sido terribles, pero eres lo bastante valiente como para salir fortalecida de esta horrible experiencia. —Lariel no supo qué contestar a eso. Nunca se había visto a sí misma como alguien fuerte. Siempre había pensado —y estaba segura de que la gente que la conocía también compartía su opinión—, que era una persona débil, a la sombra de sus padres. La niña mimada de papá, arropada por mami y

protegida por un mundo de lujo y privilegios. De repente, uno de sus pilares había desaparecido y ella se tambaleaba, desestabilizada e incompleta.

—Mi madre ha muerto —susurró, como si aún no pudiera creerlo. Y no lo hacía. Todavía recordaba la última vez que la había visto, mientras se despedía de ella en la puerta de casa, cuando salía hacia la fiesta de los Nashville, segura de que conseguiría recaudar una enorme cantidad de dinero para financiar la construcción del colegio, y que por la mañana su madre y ella se reirían satisfechas de su triunfo. Se había despedido de ella con la mano, fijándose en lo bien que le quedaba el estrecho vestido de Versace en tono granate oscuro, que hacía resaltar de maravilla el magnífico collar de diamantes, los pendientes largos, y la pulsera haciendo juego. El enorme solitario de platino de Cartier con un diamante talla corazón de ocho quilates, rodeado de multitud de diamantes talla brillante, había refulgido como una estrella cuando le había devuelto el saludo desde la entrada. Estaba arreglada para la selecta reunión en la Casa Blanca a la que asistirían en cuanto su padre fuera capaz de colgar el dichoso teléfono y se subieran al helicóptero familiar, ya preparado en la parte trasera de la casa. Aquella cena, repleta de políticos y personalidades de relevancia en el mundo de las finanzas, era de suma importancia para el gran Nathaniel Rosdahl, hecho que no parecía importarle en lo más mínimo, puesto que seguía parapetado tras la puerta de su despacho, colgado del móvil a pesar de llegar tarde. También había sido la razón por la que ella iba a sustituirlos en la fiesta de beneficencia de esa noche, algo que últimamente había ocurrido con bastante frecuencia. La vida social de su padre —por llamar de algún modo a los negocios que llevaba a cabo fuera de los formales despachos, vestido con trajes más impresionantes y acompañado en esas ocasiones por su bella y encantadora esposa—, cada vez le había consumido más tiempo, y se había visto forzado a delegar otras responsabilidades menores inherentes a su posición en su única hija. Sí, había pensado mientras entraba en la limusina y le lanzaba un beso, para después dejar escapar una melodiosa carcajada al verla atraparlo en un puño y depositarlo con cariño en su mejilla, su madre estaría orgullosa de ella al día

siguiente. Iba a arrasar aquella noche. Y quizá se cruzaría con un príncipe azul, había suspirado, esa vez sin sentirse mortificada por tener ya un prometido.

—Eh. —La suave caricia en el pómulo la obligó a volver al presente de golpe, y con ello sintió de lleno el relámpago de dolor que le atravesó el pecho. En lugar de doblarse en dos por el impacto, se limitó a inspirar hondo, cogiendo fuerzas. Dejó que la marea de sus emociones se centrara por completo en aquellos ojos que la miraban con tanta preocupación y ternura, como si nada más a su alrededor existiera, contenta con el engaño temporal —. ¿Estás bien? —Los dos sabían que era una pregunta estúpida, sin embargo, le gustó que la hiciera, que intentara llegar hasta ella y no la dejara sola con su sufrimiento.

—Dios, he matado a mi madre. —Se sorprendió de haberlo admitido. La insidiosa idea llevaba un rato rondando su mente, robándole el aliento, quemándole el estómago. Pero no quería ponerlo en palabras porque lo hacía real. Sabía que todos lo pensaban, y sin embargo no había encontrado acusación en ninguna de las expresiones de esos hombres. De pronto, en cambio, *sentía* las palabras que se estaban callando. «La has matado...». «Igual que si hubieses estado allí con un cuchillo en las manos». «Fuiste tú...». «Habrías sido más piadosa si le hubieses pegado un tiro...». «Asesina...». Se tapó los oídos con las manos—. ¡Basta! —gritó hacia ellos, a pesar de que seguían de espaldas a ella.

—Lariel, ¿qué ocurre? —Se notaba en su voz que no entendía, incluso que pensaba que estaba enloqueciendo, y aquello fue lo más doloroso de todo, más que las recriminaciones. Empezó a negar con la cabeza.

—Tenemos que movernos. —El susurro de Rolland, suave, pero con la suficiente firmeza como para que supiera que iba en serio, le dijo que el grupo ya se había alejado bastante.

—Un momento. —Nadie lo contradijo, y dio gracias por ello. La joven no estaba en condiciones de seguir camino y si no conseguía tranquilizarla, se verían obligados a separarse de ellos. Su seguridad era su primera obligación,

pero su estabilidad emocional no podía pasarse por alto, y en ese momento era tan inestable como una de las bombas caseras de Seppe—. Escúchame. — Lo hizo porque estaba acariciándole la nuca con movimientos lentos y circulares, casi perezosos si no fuera por la intensidad de su mirada y la presión que su otra mano ejercía en su costado derecho, a pocos centímetros de la parte inferior de su pecho. Lariel se olvidó de respirar, de parpadear, de todo lo que no fueran esos preciosos ojos de color extraño, pero que reconocería en cualquier circunstancia, los duros muslos masculinos bajo sus nalgas, la fuerte pared de su torso que le hacía de refugio, y esa mano, grande, caliente y quieta que rozaba su seno, el cual inexplicablemente comenzaba a hormiguearle, el pezón duro como un diminuto guijarro. Y lo más extraño e inquietante de todo era que incluso ella pudo reconocer que ninguna de las sensaciones que la avasallaban, y que creaban un caos apenas controlado, eran a causa del miedo, el rechazo o la repulsión. Aquello sí que era aterrador—. No fue culpa tuya. —Negó con la cabeza, en ningún caso dispuesta a que le quitara aquello. Podía intentar ayudarla de muchas maneras, pero absolviéndola por obra y gracia de Dios, no. No iba a deshacerse de su sentimiento de culpa con alguna triquiñuela que sacara de su chistera de curtido soldado—. Tú no tuviste la culpa de que te secuestraran, ni aunque a su manera enfermiza de verlo lo hubieras animado, coqueteando con él. Tampoco fuiste responsable de lo que te ocurrió después, durante todos esos meses de cautiverio. Nunca debes pensar que lo incentivaste de algún modo, ni alentándole ni rechazándole, ni de manera activa ni pasiva. Y, por supuesto, de ninguna jodida forma, fue culpa tuya que la pena por tu ausencia pudiera con tu madre. —Jass apretó con fuerza la mandíbula ante el gemido desconsolado de la joven, sin embargo, no permitió que su dolor lo detuviera. Algunas cosas debían ser dichas aquella mañana para que ella empezara a perdonarse y a sanar, y al parecer era cosa suya hacerlo—. Condena a la vida, al destino, a H'arün, o a Dios. Incluso censura a tu madre, que perdió la esperanza y se rindió. —El desgarrador grito le quemó las entrañas, pero no pensaba dejarlo. Cualquier cosa era preferible a que ella cargara con eso en su conciencia, cualquiera. «Joder, si yo mismo pudiera

culparme de ello, por Dios que lo haría». Sintió la mirada acusadora de sus hombres en su espalda, pinchándole como si lo estuvieran haciendo con esos afilados machetes que manejaban tan bien. Maldita sea, estaba seguro de que estarían encantados de destriparlo mientras les iba pasando los cuchillos.

—Ella no... —No pudo seguir. Tenía la garganta llena de lágrimas y desolación, y Jass tuvo que hacer uno de los esfuerzos más titánicos de su vida por no retirar sus palabras.

—Sarah te amaba más que a nada en el mundo, igual de Nat. Y tú a ellos. Y ahora debes ser fuerte de nuevo, y volver sana y salva a casa, para que tu padre tenga algo a lo que agarrarse. —Enfrentó aquellos ojos encharcados con su propio nudo en la garganta. El corazón golpeó su dolorido pecho con demasiada fuerza, al recordar la expresión de su amigo cuando se despidió de él en el aeropuerto, mientras recorría con la mirada a la docena de hombres que montaba en el impresionante avión de transporte táctico con el emblema de los Estados Unidos en mudo recordatorio de la clandestinidad de la misión. Podrían haberlo borrado y vuelto a pintar a su regreso, pero era una estupidez cuando el maldito aparato estaba marcado en cien sitios más. «Dios Jass, no te detengas ante nada para traerla de vuelta. No puedo perderlas a las dos»—. Él ha soportado la pérdida del amor de su vida, Lariel, pero no sobrevivirá a la muerte de su única hija. —Sintió el movimiento inquieto de los animales tras él, signo inequívoco de que los hombres que los montaban estaban impacientándose. Se levantó con ella en brazos, implacable ante su mirada implorante. Sabía con absoluta claridad que aún quería que la dejaran atrás—. Y yo no pienso darle la estocada final —prometió con ojos llamantes, repletos de determinación. Por Nat, sí, pero también por sí mismo. Esa mujer era demasiado importante para él, y hasta que no descubriera los cómo, los por qué, y los hasta dónde, no iba a dejar de buscar respuestas. Aunque probablemente no le gustaran cuando llegaran.

CAPÍTULO 9

El grupo de aldeanos estaba bastante lejos, y tuvieron que correr como posesos para alcanzarlo, sobre todo por el maldito helicóptero que venía pisándoles los talones desde la lejanía.

De ahí que los chicos estuvieran tan nerviosos un rato antes. Le extrañaba que no hubieran cogido a la mujer y se hubieran lanzado a la carrera sin más, concediéndoles en cambio el tiempo que necesitaban mientras veían cómo la diminuta mancha iba acercándose inexorablemente.

Cuando sintieron los motores sobre sus cabezas mantuvieron los hombros erguidos y la mirada al frente, pero Jass sabía que todos tenían el dedo en el gatillo de sus pistolas, listos para atacar en caso de ser descubiertos.

Sintió a Lariel tensarse otro poco en torno a él, y se sorprendió de que pudiera endurecer aún más los músculos. Estaba sentada a horcajadas sobre él, los brazos y las piernas alrededor de su cuerpo, la cabeza apretada con fuerza contra su pecho. Su largo manto los envolvía a ambos como una capa mortuoria, y la postura forzada de ella la ocultaba de la vista de los ocupantes del aparato. El conjunto le confería la apariencia de un hombre mayor, con una voluminosa barriga y unas extremidades gruesas y algo deformes. Mantuvo los hombros encorvados para facilitar esa imagen, rezando para que se conformaran con una pasada rápida desde las alturas y no fueran soldados fieles y conciencudos, espoleados por la ausencia de sus compañeros. Mientras sentía temblar el cuerpo femenino contra él, confiaba con todo su ser en que el despotismo y la crueldad del gobernador, sumado a su impresión de su falta de generosidad, jugaran a su favor en esa ocasión.

No se arredraría ante otra escaramuza, sobre todo porque en aquel aparato tan solo viajaban ocho guardias, a pesar del par de impresionantes ametralladoras enganchadas en los laterales, pero la situación no era la más adecuada para que Lariel quedara en medio. Y tampoco quería meter al resto

de civiles en la refriega, pese a que algunos habían echado mano de forma subrepticia a la culata de sus rifles.

El maldito chisme no se movía, parecía que conformándose con lanzarles una tonelada de arena a la cara y obligarlos a cerrar los ojos y la boca en un inútil esfuerzo porque no les llenara el cuerpo. Se sintió masticándola cuando apretó la mandíbula al notar cómo la joven se aferraba de tal forma a su cuerpo que pensó que le quedarían marcas durante horas. A pesar de lo pequeña y delgada que era, empezaba a dolerle.

Unos cuantos de los aldeanos levantaron las manos a medio camino entre el saludo y el sometimiento. Blasfemando entre dientes, un par de sus hombres los imitaron, empezando a sacar las armas de debajo de sus túnicas.

—Tranquilizaos. —La voz de Ro sonó calmada y razonable, apenas audible por encima de los motores—. Solo están alardeando un poco. En cuanto se aburran se marcharán. —Por el rabillo del ojo Jass pudo ver cómo las manos volvían a desaparecer bajo la ropa. Uno de los soldados dijo algo, que fue contestado por uno de los integrantes del grupo, a eso siguió una conversación que a sus oídos comenzaba a sonar tensa. La opresión de los miembros femeninos se acentuó, lo que le provocó un espasmo. «Dios, iba a estrangularlo». Por no hablar de los veinte minutos que llevaba intentando no percatarse de cierta parte de su cuerpo que no paraba de rozarse con su hinchado miembro. Por la postura de ambos, tenían las caderas encajadas, y aquel frotamiento provocado por el vaivén del maldito dromedario lo había puesto duro como una roca. Tampoco ayudaba que los espléndidos pechos estuviesen incrustados en su torso, ni que sintiera sus pezones arañándole los pectorales a cada movimiento, endurecidos sin duda por la tela mojada de sudor. Sea como fuere aquella tortura iba a matarlo, si no lo hacían los malditos soldados, que ahora lo miraban con fijeza, señalándolo con el dedo mientras hablaban con el aldeano, su tono mucho más agresivo que minutos antes. El juramento bajo de Phil le tensó la espalda como si hubiera recibido un latigazo. Cogió las riendas con la mano izquierda, sin poder evitar abrir y cerrar el puño derecho varias veces, preparándose para lo inevitable. Estaba a

punto de susurrarle a Lariel que cuando la dejara caer al suelo se mantuviera allí, sin parar de rodar para intentar evitar que los animales la pisotearan, pero manteniéndose en todo momento entre ellos para impedir que fuera un blanco fácil, cuando otro de los guardias cortó la discusión de forma abrupta, y con unas pocas palabras apartó la atención de su compañero de Jass. Un minuto después, para su asombro y alegría, el aparato cogió altura y se marchó.

—Eso ha sido extraño —observó, desenrollando la capa y dejando que la joven saliera a la luz. No se movió. Tenía la cara congestionada, apretada contra su clavícula, los ojos cerrados con demasiada fuerza, y seguía aferrada a él como si le fuera la vida en ello.

—Eso ha sido el principio de una hijoputada. —Jassmon miró a Philippe, quien a su vez señaló algo a su espalda. La impresión de lo que vieron tras ellos los dejó mudos durante unos instantes.

—Madre de Dios —soltó Diego, poniendo en palabras los pensamientos de todos.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Shawn. Casi al mismo tiempo alguien susurró «*Samûn*», y el temor y el horror fueron patentes en cada sílaba. De inmediato los árabes espolearon a sus monturas para escapar de allí.

—¡Phil, díles que nunca conseguirán dejarlo atrás! —ordenó Jass. El grito del sargento los detuvo, aunque era obvio que no por mucho tiempo. Tenían la firme convicción de que solo conseguirían sobrevivir si huían, algo bastante lógico, ya que aquella cosa destruiría todo lo que se interpusiera en su camino—. *Eso* correrá mucho más rápido que sus dromedarios, así que la única oportunidad que tienen es quedándose con nosotros. Díselo, y ven aquí a ayudarme a planear cómo vamos a salir de esta. —No estaba tan seguro y calmado como aparentaba. Era evidente que lo que tenían detrás era una tormenta de viento y arena, tan impresionante que se habría dejado caer al suelo de rodillas si no fuera porque debía luchar por Lariel. Sintió a Phil a su lado, y vio de reojo a John y a Ro—. ¿Se han marchado?

—Sorprendentemente no. —Dejó escapar una risita—. Pero están discutiéndolo todavía. Creen que estamos locos por ponernos a charlar

mientras viene hacia nosotros.

—Y lo estamos —estuvo de acuerdo John. Pero siguió observando cómo se acercaba de forma inexorable.

—¿Alguien había visto algo igual?

—No creo que nadie haya vivido para contarlo, chico —expuso Rolland en tono seco.

—Qué optimismo. ¿Habíais oído hablar de ello, al menos?

—Es un simún. Un temporal propio de los desiertos de Arabia, aunque la temporada más propicia es a mediados de junio y agosto —explicó el francés.

—Muy oportuno —gruñó Jass, aunque nadie le hizo caso. Habría sido más fácil señalar que antes que cambiar la fecha de una tormenta, hubiera sido más viable hacerlo con la del rescate, pero tampoco parecía el mejor momento para dilucidar sobre ello.

—Como podéis ver se mueve como un ciclón, llevando nubes de polvo y arena, lo que significa que si nos pilla dentro nos matará por asfixia e hipertermia, ya que el viento cálido provee más calor al cuerpo del que puede ser evacuado mediante el sudor. Si creéis que ahora hacer calor, esperad a que esté aquí, su temperatura puede sobrepasar los cincuenta y cuatro grados, y su humedad no es superior al diez por ciento. —Las maldiciones no tardaron en sucederse una tras otra, y no era de extrañar. Las perspectivas no eran buenas.

—Sabes mucho del tema para haberlo leído en Google —lo pinchó Jassmon con una ceja arqueada. Phil, siempre imperturbable, se limitó a levantar un lado del labio superior, en un remedo de sonrisa.

—Cuando estudio algo de un país, no me gusta quedarme a medias, y en vista de que me decidí por el idioma, extendí los conocimientos un poco más. —Su jefe lo miró con atención. Estaba seguro de que no había nada de Arabia Saudita que hubiera escapado de las garras del francés, incluido el número de la combinación de la caja fuerte del mismísimo monarca. Volvió al tema que los ocupaba, pues los silbidos violentos que azotaban el aire indicaban que no les quedaba mucho tiempo.

—¿A cuánto está?

—A unos cuarenta kilómetros. —Asintió, conforme con la apreciación. Observó durante unos segundos la arena en suspensión, que teñía de anaranjado la nube que se desplazaba a gran velocidad hacia ellos, y que acabaría con cualquier ser vivo que entrara en contacto con ella. También los mataría a ellos si se lo permitían. Miró a Ro.

—Quince minutos —confirmó este.

—Vamos a perder a los animales —se vio obligado a señalar, observando por encima del hombro a los árabes, que hablaban entre ellos con grandes aspavientos, a un paso de salir corriendo, sin comprender todavía que no lo conseguirían.

—Es imposible conservarlos.

—Lo sé. —Contempló a Lariel, que seguía en la misma posición que cinco minutos atrás, como si aún esperara que los soldados bajaran del helicóptero para arrancarla de sus brazos—. Explicádselo a los aldeanos y haced que colaboren con nosotros.

—No será fácil —advirtió Philippe, que gracias a su conocimiento de la cultura y el país en sí, y a su capacidad para adaptarse a las circunstancias, entendía mejor la situación. Jassmon se giró hacia él, demostrando tanto su impaciencia como su incapacidad de comprensión.

—¿El qué, en nombre de Dios? ¡Se trata de vivir o morir! —gritó frustrado. El sargento suspiró.

—No todo el mundo es un puto héroe, Jass. Para algunos simplemente es más sencillo esconderse y esperar que las cosas se solucionen solas, de la forma que sea. Esos —explicó, señalando al grupo que vociferaba nervioso en dirección a la tormenta que se les echaba encima— solo son los hombres más jóvenes de su pueblo, sin experiencia en situaciones como esta, pero han escuchado suficientes historias a sus mayores sobre el «viento venenoso», que puede llegar a enterrar casas, carreteras y cualquier cosa con la que se encuentre, como la del historiador y geógrafo griego Heródoto, que relató que un *simún* se tragó al pueblo de los psilos y también sepultó un ejército entero

del rey persa Cambises II en su camino al oasis de Siwa. Así que lo primero que se les pasa por la cabeza cuando ven un monstruo como ese es salir corriendo y rezar pidiéndole a Alá que tenga clemencia de ellos. Solo unos tarados mentales como nosotros nos quedaríamos a enfrentarnos con las fuerzas de la naturaleza. —Jass se quedó mirando al francés con fijeza durante unos segundos, sin pronunciar palabra, mientras el resto del equipo seguía perplejo por la curiosa exposición.

—Haz lo que puedas. Dejadles claro que estos bichos ayudarán a salvar nuestras vidas. Si no lo conseguimos, moriremos todos. —Se dispersaron y se pusieron manos a la obra, incluso él. Echó los brazos hacia atrás y llegó hasta las manos femeninas, cerradas en torno a su espalda como tenazas. Con cuidado, pero sin vacilar, la forzó a soltarlo, y consiguió separarla un poco—. Larry, tenemos que movernos. —Ella ni siquiera parpadeó, perdida en algún momento del que él quería a toda costa que saliera, y no solo por el problema que tenían ante sí. Con un fluido movimiento los bajó a ambos del dromedario—. Linda, ahora mismo te necesito, y no puedo esperar. —La cogió de los antebrazos y la acercó, haciendo lo único que se le ocurrió para sacarla de ese extraño trance. La besó. Rápido y no demasiado suave, porque la ocasión no estaba para sutilezas, ni su paciencia podía ya con medias tintas, y cuando el dúctil cuerpo se convirtió en una tabla rígida bajo sus manos, supo que tenía toda su atención. Aun así, no la soltó de inmediato, perdido con rapidez en la increíble sensación de saborear aquellos dulces labios, tan frescos e inocentes a pesar de haber sido profanados incontables veces. Detestando hacerlo, se separó de ella, y se encontró con sus ojos, enormes, sorprendidos y cálidos. No había acusación en ellos. Jass contuvo el aliento, seguro de sus impresiones, aunque con una maldición silenciosa lo tuvo que dejar pasar. No tenía tiempo para afrontar aquello—. Se acerca una tormenta de arena y tenemos que prepararnos para enfrentarla. —Ella se giró, buscando la nueva amenaza, y cuando la encontró, dejó escapar un jadeo ahogado. No era de extrañar. La tenían casi encima. El viento que traía consigo era tan fuerte que prácticamente tenían que gritar para hacerse oír. En

ese momento, una fuerte ráfaga tiró de su oscuro pañuelo, aprovechando que mientras había estado escondida se le había soltado, y se lo arrancó de la cabeza. La oscura tela voló por el aire como una triste bandera proclamando un sombrío presagio. Nadie le prestó atención, mucho menos cuando el pelo rubio, casi blanco de la joven, quedó a la vista. Era mucho esperar que ninguno de los aldeanos reparara en él, pensó Jass mientras veía cómo, uno a uno, aquellos hombres abandonaban sus tareas para salvar sus vidas y se quedaban inmóviles, sus miradas fijas en Lariel. Ella se dio cuenta de su expresión y despacio se dio la vuelta hasta quedar frente a ellos. No tenía que mirarla para ver el pánico en sus pupilas y sentir el horror gritando en su mente. Sabía lo que estaba pensando y no sucedería. Jamás mientras le quedara un hálito de vida. O a cualquiera de los once hombres que lo acompañaban. Ninguno de esos puñeteros árabes la tocaría. Iba a dar un paso hacia ella, a poner su mano sobre su hombro para calmarla y a decírselo, la forma más rápida de que lo asimilara, cuando todos volvieron a lo que estaban haciendo, la urgencia en cada uno de sus gestos. Echó un vistazo tras él, y la fea palabrota fue absorbida por el ruido del vendaval que los envolvía. Agarró con fuerza la mano de la muchacha y la obligó a correr hacia donde estaba atareado casi la totalidad del grupo. El trabajo estaba casi terminado, y era un alivio, porque el temporal casi los había alcanzado.

—¿Qué es eso? —El hombre detectó el miedo y la angustia en su voz, y supo de inmediato el porqué de ellos.

—Nuestra oportunidad de sobrevivir. —Ella negaba con la cabeza, el espanto reflejado con claridad en su expresión por la abominación que sentía que estaban cometiendo.

—No puedes hacer esto.

—*No puedo* hacer otra cosa.

—Son seres vivos —suplicó, con lágrimas en los ojos.

—Son animales. Nosotros personas.

—Pero los estás mandando a la muerte.

—¿Prefieres que seamos nosotros en lugar de ellos? —gritó, furioso

porque lo pusiera entre las cuerdas en una situación de vida o muerte.

—No, pero...

—¡Dime qué otra cosa se te ocurre, por el amor de Dios! Pero hazlo ya, porque nos quedan menos de dos minutos antes de que *eso* nos exprima todo el aire de los pulmones y nos achicharre vivos —Supuso que no fue un movimiento muy inteligente mencionar lo que les ocurriría a los dromedarios cuando vio su cara descompuesta, sin embargo, tenía que hacerle entender que ellos eran prescindibles—. Larry, no voy a permitir que treinta y dos personas mueran por tu, en este momento, incorrecto sentido de la decencia. Si hubiese otro modo, lo haría, pero sabes que solo la barrera de sus cuerpos nos proporcionará la posibilidad de conseguirlo. —Y era una posibilidad muy remota, admitió para sí, mirando la pared circular creada con los dieciséis dromedarios que tenían. Diez toneladas de peso que esperaban que ese tremendo tornado no quebrara. La parte más débil era la superior, en la que habían puesto las livianas aunque resistentes telas de los paracaídas, aseguradas con cables, formando un improvisado techo que en circunstancias normales sería estable y seguro. Pero aquellas no eran circunstancias normales, y si esa tormenta no pasaba rápido por encima de ellos, la cubierta con toda seguridad saltaría por los aires como papel maché, y se llevaría con ella a todo lo que no que no pesara seis toneladas como mínimo. Miró a Lariel, sabiendo que no podía perder más tiempo en esa conversación. Su comprensión y su aceptación en ese asunto carecían de importancia, aunque le hubiera gustado tener ambas—. Entra en el refugio, Larry. —Las palabras sonaron como una orden, y el respingo femenino habló de que así lo había entendido. Durante un segundo pensó que se resistiría, y supo que la llevaría a la fuerza si era necesario, pero entonces ella encorvó los hombros y accedió por el pequeño hueco entre dos de los animales, seguida por varios de los aldeanos. Solo Ro, John y Phil permanecieron fuera con él—. ¿Todo listo? —preguntó mientras se agachaba a comprobar una de las cuerdas y recibía el ok de sus hombres con cierto escepticismo. Los dromedarios se removían, exaltados, reconociendo el peligro, no pudiendo hacer nada más debido a las

gruesas sogas con que estaban atados entre sí desde las cabezas hasta las patas, para que cuando el tornado los azotara no pudiera dismantelar la gran muralla viva que habían creado para proteger el interior que guardaban. O al menos eso era lo que esperaban. Diez toneladas parecían una cantidad suficiente para aguantar y desafiar a esa inmensa espiral de muerte y destrucción, pero cuando la tuvieron encima, ya no estuvo tan seguro. Las telas que envolvían la parte inferior de los animales, protegiendo a los ocupantes del refugio de los huecos que dejaban las largas y delgadas patas, se agitaron furiosas, tensándose y aflojándose según el capricho del viento, cada vez más agresivo—. Vamos dentro —dijo, sabiendo que todo lo que podía ser hecho, lo estaba. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra la buscaron de inmediato, sin ser consciente de ello. En un momento estaba a su lado. Aquel búnker tenía el espacio justo para que pudieran permanecer sentados en su interior, sin dejar ningún metro vacío. Cuanto más pequeño y compacto fuera menos resistencia ofrecería. La miró a los ojos, sabiendo lo que iba a encontrar en sus profundidades, sorprendido cuando vio solo aprensión y calma. Calma porque él se encontrara allí, comprendió, fuera de la locura en la que estaba convirtiéndose el exterior—. Tenemos que atarnos. —Lo dijo con toda la suavidad que pudo, consciente de que ella ya lo sabía, puesto que el resto o bien lo había hecho, o estaba en ello, pero a sabiendas de que para ella sería muy doloroso sujetarse a unos animales que estarían muertos antes de que esa experiencia hubiera terminado.

—¿No confías en que la cubierta aguante? —Había un ligero temblor en su voz, como si estuviera visualizando la posibilidad.

—Soy un hombre que no deja nada al azar. Eso es todo —la tranquilizó. Su mirada se alzó para tocarlo.

—Jassmon.

—¿Sí? —Ella lo observó, dudando si continuar. Al final, cuando el viento lamió las paredes de su refugio, inspiró con fuerza y se lanzó.

—Si esto sale bien, quiero conocerte. —Jass se quedó completamente inmóvil sobre ella, a medio camino de terminar el nudo en su cintura. Poco a

poco su cabeza fue girando hasta que sus ojos fueron visibles, y ella tragó con fuerza ante lo que revelaban. Quizá fue porque en realidad no mostraban nada, ninguna emoción definida, pero había tanto apretándose en aquel marrón chocolate, tan distinto del verde esmeralda al que estaba habituada, que en ese instante llameaba despiadado por algo que ella no comprendía. Supo que iba a preguntarle algo, porque sus labios se abrieron, y tuvo miedo de saber qué. Aquel era un hombre exigente, que no se conformaba con poco, pero entonces los animales comenzaron a gemir, descontrolados, y a golpearse entre ellos, muy asustados. La tormenta los había alcanzado—. ¡Tienes que atarte! —gritó por encima del estruendoso látigo del aire, aterrorizada de que el techo, que se sacudía con violencia, no lo soportara y se le llevara volando como a un muñeco—. ¡Vamos, date prisa!

—Estoy en ello —contestó entre dientes, sus manos trabajando con rapidez por debajo de su propia cintura, una vez que hubo terminado de asegurarla a ella y subirle el pequeño pañuelo atado en su cuello para cubrirle la boca y la nariz. Era más difícil atarse a uno mismo, y no podía pasar la cuerda por encima de sus brazos como los demás, por lo que tuvo que contentarse con sujetarse solo por las caderas, no obstante, esperaba que fuera suficiente. Intentó relajarse cuando acabó, y utilizó el brazo libre para cogerle la mano y entrelazar sus dedos, consolándola de esa pobre forma a falta de una mejor—. Todo saldrá bien —aseguró cuando ella saltó ante los pequeños embates de los dromedarios, que las sogas con las que estaban amarrados unos a otros les permitían. Fue consciente de cuando los pobres animales fueron pereciendo bajo el ataque del polvo, la arena y el calor. Los cuerpos se desplomaron, uno a uno, sin poder caer, simplemente apoyados en el cuerpo del otro, manteniendo el refugio para ellos, aunque desplazándolos un poco con el cambio de posición, lo que lo obligó a soltarla. Las lágrimas caían silenciosas por las mejillas de la muchacha en contraposición al estruendo que podía escucharse al otro lado. Las telas del techo revoloteaban, con profundos rasgones, y permitían que parte del aire sofocado y caliente penetrara en el interior, junto con una pequeña porción de arena. Ese

temporal avanzaba a ciento cuarenta kilómetros por hora, tendría que haberlos sobrevolado en cuestión de segundos y, sin embargo, parecía que se había detenido sobre ellos a echarse una siestecilla. O quizá era cierto que todo estaba sucediendo en unos pocos segundos, pensó Jass, pero los momentos angustiosos a menudo parecían extenderse durante infinitas horas. De repente escuchó un grito a su derecha que le puso los pelos de punta. Y cuando se giró creyó morir. Lariel se había soltado. La cuerda se sacudía floja de unos de sus agarres mientras ella se aferraba con las manos a la joroba de un dromedario. No aguantaría mucho. El gigantesco embudo de aire, aunque ya se retiraba por el otro lado de la improvisada construcción, tiraba con fuerza de ella, queriendo absorberla a su vórtice con toda su hambre. En un segundo alcanzó el cuchillo de su bota, y con un tajo limpio cortó la cuerda que lo mantenía sujeto, advirtiéndole que John, que estaba cerca de él, iba a hacer lo mismo, aunque le estaba costando más porque tenía atados los brazos—. ¡No! —ordenó, sin molestarse en ver si lo obedecía. Se agarró con todas sus fuerzas a cualquier parte que le sirviera de anclaje, y se desplazó el escaso metro y medio que necesitaba para llegar hasta ella. No fue fácil, ese maldito torbellino estaba decidido a comérselo, pero cuando sus dedos tocaron su ropa casi lloró de alivio. Sin perder tiempo desenganchó el mosquetón de su cintura y lo enganchó primero en ella y después en una de las cuerdas que rodeaban a los animales. Cogió otro y la aseguró con rapidez a él, uniéndolos. Solo entonces se permitió respirar y añadir un tercero algo más despacio al macizo cuerpo de otro de los dromedarios—. Te tengo, linda. Ahora estás a salvo. —Como si esa fuera la señal, la maldita tormenta pareció decidir continuar su camino, su reclamo de vidas satisfecho en aquel rincón del desierto. El rugiente sonido del viento comenzó a alejarse, como un eco profundo en sus oídos, la lacerante arena se posó en el suelo, los rasgados jirones de tela de la cubierta cayeron, inertes, hacia abajo, y el sofocante calor de un momento antes se disolvió un poco, para dejar tras él el frescor de sus sudorosos cuerpos. Lariel y él apenas notaron el impacto del golpe cuando dejaron de estar suspendidos en el aire. Estaban demasiado agradecidos de seguir vivos. Como el resto del grupo, suponían. Jass sintió unas manos a su

alrededor, que se afanaban por retirar los mosquetones y en ayudarlos a sentarse en el suelo. Aceptó agradecido la cantimplora de agua, asegurándose de que ella estaba bebiendo, y observó al hombre que se la había ofrecido.

—Si vuelves a ordenarme algo así, te patearé el culo. —Enfrentó la fulminante mirada del capitán con otra tranquila y cansada.

—No tenía sentido que nos sacrificáramos los dos. —Una chispa apareció en los ojos del otro, mucho más claros que los suyos, incluso con las lentillas, y era obvio que contenía una buena dosis de rebeldía y enfado.

—Joder, Seveages, no siempre tienes que ser un héroe. A veces aceptar ayuda mejora las cosas.

—Puede ser —concedió. Pero ambos sabían que si la situación volviera a repetirse, lo haría de igual forma. John lo escudriñó desde su posición elevada, sin revelar sus pensamientos más que el resto del equipo que los rodeaba. Aceptó la cantimplora cuando se la devolvió.

—No volveré a obedecer esa orden —advirtió cuando le dio la espalda, para dejarlo solo con sus demonios.

«Si esto sale bien, quiero conocerte».

La frase daba vueltas en su conciencia horas más tarde, después de haber recogido sus pertenencias de entre aquel terrible desastre, de haber seguido camino nuevamente a pie durante todo el día, y de haber parado a pasar la noche.

Bastante después, con el campamento levantado y agotado hasta la médula, continuaba repitiéndola como una letanía, desbrozándola entre sus labios cerrados, sin estar más seguro de su significado en ese momento que cuando ella se la había lanzado como un mazazo a la cabeza.

¿Qué había querido decir, por el amor de Dios?

¿Significaba acaso que lo había mirado como a un hombre, por primera vez? ¿Y qué demonios implicaba aquello para una mujer de la que habían abusado de todas las formas posibles, desmenuzando su alma y su orgullo

hasta reducirlo a la mínima expresión, quebrantando su espíritu a puñetazos?

¿Qué quería de él?

Estuvo a punto de levantarse y preguntárselo, pero el miedo y la aprensión se lo impidieron. No tuvo problemas para reconocerlos. El temblor de sus manos, el continuo y loco galopar de su corazón, que golpeaba frenético contra sus costillas, la absoluta incertidumbre que le carcomía, la maldita esperanza, mezclada a partes iguales con la angustiada sensación de posible fracaso.

Era un imbécil. Tenía los mismos síntomas que la primera vez que se acercó a Mary Anne Jamisson para pedirle que lo acompañara a la hamburguesería del barrio. Solo que entonces tenía catorce años, medía casi lo mismo que ahora y era tan delgado como una tabla. No así Anne, que con un año menos empezaba a mostrar a la muchacha en la que se convertiría algún día, llena de curvas y con un encanto chispeante y juguetón. Fue toda una sorpresa que le dijera que sí. A él, el empollón del colegio, que se mantenía alejado de todo y de todos, impidiéndoles acercarse hasta que también ellos dejaron de intentarlo.

El crepitar de las llamas lo devolvió al presente, y sus ojos se posaron de nuevo en la mujer al otro lado del fuego.

Sabía que estaba triste, incluso cuando mostraba esa fachada impasible mientras fingía comer, removiendo su guiso de un lado a otro del plato, sumida en sus pensamientos, que él sabía eran bastante funestos.

Estaba pensando en los malditos dromedarios, y en cómo habían dado sus vidas para salvar las de ellos. Podía entender que había sido inevitable, la única manera de que estuvieran allí en ese momento, pero aun así no dejaba de sentirse culpable. Era demasiado buena, tenía un corazón muy blando, incluso cuando había vivido su infierno particular.

«Si esto sale bien, quiero conocerte».

Volvió a preguntarse, por enésima vez, su significado, aun a costa de volverse loco.

¿Quería ella empezar una relación con él?

¿Tan solo deseaba que fueran amigos?

¿La perspectiva de morir había puesto la loca idea en su cabeza de que debían terminar lo que comenzaron en el manantial?

La simple esperanza de que fuera eso último lo puso duro como una piedra antes de que el concepto se asentara en su mente. Estaba claro que su polla pensaba más rápido que su cabeza, y eso lo asqueó. Lariel era una cosa dulce y atormentada, tan delicada y frágil que tan solo faltaba alguien como él para romperla en mil pedazos. No necesitaba su lujuria desatada, sino... a su estirado, pomposo e insensible prometido, se dijo con un dolor sordo en el pecho que se negó a reconocer, y una furiosa palabrota entre dientes para ocultar los terribles celos que se lo comían vivo. Ese mamón con seguridad la tomaría sin toda la amalgama de emociones que le embargaban a él cuando la tenía cerca, ni siquiera necesariamente entre sus brazos, y no la asustaría a muerte con su pasión, su deseo desenfrenado, sus ansias por tenerla, incluso por satisfacerla. Él era peligroso para ella. Tan solo tenía que recordarlo.

Al final Lariel dejó el plato en el suelo, sabiendo que no iba a comer más. Suspiró, cansada, preguntándose si había habido algún momento en su vida en el que no se hubiera sentido agotada. Sabía que la respuesta era afirmativa, pero aquellos momentos de risas y absoluta pereza parecían tan lejanos que bien podrían haber pertenecido a otra vida, otra persona. Lo más probable era que fuera esto último. Ya no era la misma Lariel Rosdahl de tan solo un año atrás, o al menos ya no se identificaba con ella. Sí, sus huellas coincidirían, sus rasgos eran exactos a sus fotografías de aquel entonces, pero no se reconocía a sí misma en lo que los demás esperarían de ella cuando regresara. Y ese era uno de sus mayores temores. Su familia y amigos estarían aguardando en el aeropuerto a que bajara del avión una mujer muy diferente. Al principio no se darían cuenta, achacando las diferencias a la conmoción del rescate y a la tragedia que había vivido, pero cuando descubrieran que esos cambios eran permanentes, que no sería más la complaciente, fresca y despreocupada muchacha que habían conocido y tratado... La recorrió un

escalofrío de temor. Temor por ser rechazada, por perder lo poco que le quedaba. Por estar sola de nuevo.

Sabía que podría soportarlo. En ese momento el ostracismo, aquella lacra que una vez pareciera lo peor para una veinteañera de la jet set, le resultaba una insignificancia frente a lo que había soportado. De hecho, le daría la bienvenida con gusto a un poco de anonimato. Sabía que cuando regresara su vida se convertiría en un circo. La prensa sensacionalista se encargaría de ello. Sintió un retortijón en el estómago, seguido de otro temblor, y se odió por ser tan débil. Se hizo la promesa de ser más fuerte.

—¿Te encuentras bien? —Se tragó un gemido, mitad angustia, mitad frustración. ¿Por qué tenía que ser él?

—Sí. —La mirada masculina se deslizó hacia su plato lleno.

—¿No piensas cenar? —El tono fue seco y ella sintió que rechinaba los dientes, lo único que en su estado de ánimo le permitió no decirle que a él qué le importaba.

—Ya lo he hecho. —Una oscura ceja se alzó a consecuencia de esa respuesta, pero no se dejó provocar. Respiró hondo y le mantuvo la mirada, tranquila en apariencia. Jassmon la observó durante todo un minuto, sus facciones relajadas, el indicio de una sonrisa tironeando de sus hermosos labios. Casi se podría decir que *veía* su mal humor. Y lo disfrutaba. «Maldito sea».

—Bien. Entonces vamos a pasear un poco. —No se movió, tampoco dio muestras de haber visto la mano que le había tendido para ayudarla a levantarse. De nuevo esa irónica ceja se levantó—. Para bajar la comida.

—Estoy bien. —Se limitó a decir.

—Pero yo no. —La diversión había desaparecido, tanto de su voz como de sus ojos, que brillaban como las gemas que eran, restallando en la oscuridad con el reflejo de las llamas. Aquella frase lo resumía todo. Por qué ella estaba tan nerviosa y enfadada, por qué había perdido el apetito, por qué estaba sentada en el otro extremo de donde lo hacía él, por qué tenía los nervios de punta, por qué llevaba un buen rato planteándose cosas que no tenían arreglo,

solo para no pensar en otras para las que no estaba preparada aún. Y, sobre todo, por qué él estaba allí de pie, con su mano extendida, esperando a que ella se rindiera y le diera lo que quería. Sintió un sobresalto cuando sus dedos se tocaron, y por un segundo o dos le faltó la respiración mientras sus miradas se enganchaban, ya levantada. Alguien habló a gritos y los dos miraron hacia abajo. Uno de los aldeanos dijo algo, gesticulando hacia el plato rebosante de la joven. Jass volvió a observarla, agarrando con fuerza su mano, y tiró de ella hacia la zona destinada a dormir, aún vacía—. Todo tuyo, amigo.

Lariel lo siguió, entre otras cosas porque zafarse de ese agarre de acero era imposible, a pesar de ser consciente de que estaba utilizando una mínima parte de su fuerza y que en realidad no le hacía ningún daño. Él nunca la maltrataba. Pero esa presión continua a la que la sometía, como si la empujara un pasito cada vez, forzando su resistencia al límite, probando su escaso temple, la asustaba casi tanto como el contacto físico y él lo sabía, por eso la obligaba con sutileza a aceptarlo un poco más cada día, de manera lenta e inexorable, como un amante dulce y comprensivo ante la primera vez de su pareja. Desconocía si Jassmon era consciente de lo que estaba haciendo o si simplemente no podía evitarlo. Era un hombre controlador y posesivo, no hasta un extremo insoportable, sino más bien de un modo protector y estabilizante, pero algo le decía que una vez que hubiera marcado algo como suyo, no consentiría que nadie lo rondara. Sintió una especie de fuego líquido en el bajo vientre, y jadeó al no comprender a qué era debido, aunque estaba segura de que lo había provocado ese último pensamiento. Él la observó por encima del hombro, sin cambiar el ritmo de sus largas zancadas, que era lento para poder acompañarlo a su diferencia de estatura.

Entraron –por decirlo de alguna forma– en el amplio espacio destinado a pasar la noche, donde se habían limitado a extender una de las pocas lonas que se habían salvado de la tormenta, para ocultar el brillo de la luna llena y ofrecer una tenue imagen de civilización. Pensar en esa mañana le provocó un fuerte estremecimiento que le recorrió todo el cuerpo.

—Dime qué es lo que te preocupa. —La voz baja y tranquila de aquel hombre, tan suave y aterciopelada como un buen *whisky* escocés de esos que tanto emocionaban a su padre y que le había enseñado a disfrutar tiempo atrás, le causó más temor y excitación que diez temporales juntos—. ¿Aún estás pensando en el simún? —preguntó, leyéndole el pensamiento.

—Ha sido... horrible. —Jass sabía que no se refería solo a la tormenta. Quiso acercarse y encerrarla entre sus brazos para proporcionarle seguridad y calmarse él mismo. En su lugar los cruzó, la única forma segura de mantenerse alejado de ella.

—Lo sé, pero tienes que dejarlo pasar. Ese demonio de tornado solo ha sido un fenómeno atmosférico común de los desiertos de este país, sobre todo en esta temporada del año. Pudimos haber muerto, y sin embargo aquí estamos, dispuestos a seguir luchando por sobrevivir un día más. —Lariel respiró con fuerza, sintiendo los latidos de su corazón pesados y rápidos contra su propio tórax. Tenía razón. Algo como lo que habían vivido esa mañana escapaba por completo a su control, era la naturaleza contra el ser humano en una guerra feroz, y contra todo pronóstico el débil hombre había ganado. Y ellos estaban allí para poder ver un nuevo amanecer. El cosquilleo que sintió por todo su cuerpo, fluyendo a través de su sangre, no era de miedo esa vez, y era una sensación tan nueva por su rareza que la pilló desprevenida y desprotegida. Por eso quizá no reaccionó como acostumbraba cuando la masculina mano rodeó su mejilla, en un gesto tranquilizador y posesivo a la vez—. No permitiré que nadie llegue hasta ti, linda. Nunca mientras me quede un hálito de vida —No le sorprendió que entendiera sus temores, que viera a través de su impenetrable fachada y descubriera lo que la atormentaba. Siempre parecía saber lo que sentía y lo que necesitaba, como si fuera la mitad de su alma. A veces pensaba que era una tonta romántica, un poco colada por su gallardo salvador, pero había otras, como entonces, que la sensación era tan fuerte y profunda que no podía quitársela de la cabeza.

—Si nos hubiesen descubierto habría supuesto nuestra muerte, incluidos todos esos buenos hombres —dijo, su voz una ferviente declaración.

—Te asustaste mortalmente. —La contradijo con una suavidad tan obvia en su voz y sus ojos que le flaquearon las rodillas. La sostuvo contra él de inmediato, colocando la palma de su mano sobre la parte baja de su espalda mientras la otra seguía ahuecando su mejilla, y provocó que se le acelerara el pulso cuando sus pechos se presionaron contra el muro pétreo de su torso y sus muslos se pegaron entre sí. Hacía mucho tiempo que no se acercaba tanto a un hombre de manera voluntaria y la sensación, a medio camino entre el placer y la aversión, la conmocionó.

—No puedo volver —admitió en un susurro tan ligero y bajo que se escuchó tan solo por estar tan juntos.

—No vas a volver. —El juramento fue hecho con una voz tan dura como sus fieros ojos, que la miraban sin dudas. Ojalá ella pudiera tener tan solo un poquito de esa seguridad.

—Jass...

—¿Qué necesitas, Larry? —Lo miró con sus enormes ojos azules, tantísimo dolor acumulado dentro de esas profundidades que le arrancó un trozo de su alma.

—Si alguna vez no puedes cumplir tu promesa...

—La mantendré —garantizó, como si todo en ese mundo pasara tan solo porque él lo permitiera.

—Pero si te ves impedido de hacerlo...

—Los chicos lo harán.

—Maldita sea, Jassmon, déjame hablar. Necesito decirlo. —Incluso ella escuchó su propia desesperación. Él tenía un músculo palpitándole en la mandíbula, pero se mantuvo callado, la tensión evidente en cada célula de su cuerpo—. Si las cosas no salen como pensamos y la posibilidad de que... H'arün me atrape se vuelve real... —Jass inspiró con fuerza, odiando con todo su ser escuchar aquel nombre saliendo de los labios femeninos—. Tienes que asegurarte de que no pueda cogermelo. —La miró con fijeza, sopesando sus palabras. Después entrecerró los ojos—. Tienes que prometérmelo —musitó mientras daba un paso hacia él, acortando la

distancia entre ellos a un mero suspiro. El hombre sintió un tirón a la altura de la clavícula, y no tuvo que mirar para saber que ella tenía su camiseta arrugada bajo su puño. Era una suerte, porque no podía apartar su mirada estupefacta de la ferviente y algo perturbada de ella.

—No me estás pidiendo que te quite la vida. —Nunca había oído algo más siniestro que la voz de Jassmon en ese momento. Todo su cuerpo se estremeció de pies a cabeza ante la emoción desnuda que despedían sus ojos, tan verdes que literalmente brillaban en contraste con la oscura noche. Estaba furioso. No, la palabra correcta, si era que existía alguna para describir sus sentimientos en ese instante, era rabioso. También herido, insultado, sorprendido, y esforzándose por ocultarlo a toda costa, pero predominando por encima de todo lo demás, profundamente asustado. Aquello calmó su propio miedo, tan a flor de piel cuando un hombre sentía tanto tan cerca de ella.

—Solo si...

—Bajo ninguna circunstancia.

—¡No puedo volver a vivir así! —gritó presa del pánico, las imágenes inconexas pasando por su mente a una velocidad vertiginosa—. ¡Y si tú no estás, no habrá nadie que venga a por mí! —Las descarnadas lágrimas que le desbordaban los ojos empaparon la mano de Jass con la que aún rozaba su pómulo y le hicieron daño, pero no tanto como su terrible admisión—. Tendré que soportarlo todo de nuevo, sabiendo que no habrá forma de huir esta vez, hasta que él quiera. —Que sería cuando le pareciera demasiado vieja o cuando la destrozara física y emocionalmente. En ambos casos ya no la querría, y lo más probable era que la vendiera como esclava a alguien menos exquisito. La mirada frenética de la muchacha sostuvo la suya sin parpadear—. Prefiero morir antes que vivir así. —Él se desenganchó los dedos cerrados como garras en su ropa y le dio la espalda, incapaz de enfrentarse a su aberrante petición, enmarcada por toda aquella intensa angustia.

—No puedo hacerlo. —El silencio fue su única reacción a su negativa. Se prolongó durante un minuto entero, y provocó que se le tensaran los

músculos del estómago y se le formara un nudo en las entrañas.

—Y aun así, me darás tu palabra. —La frase fue dicha con suavidad, pero con tanta determinación que lo obligó a girarse.

—Ah, ¿sí? —Ella solo asintió—. ¿Por qué, cuando acabo de decirte que no lo haré?

—Porque no podrías vivir sabiendo que él me tiene en su poder para hacer conmigo lo que quiera. —Se acercó a ella en dos zancadas y volvió a apresarla entre sus brazos, su mirada rabiosa una muestra de sus alteradas emociones.

—Nena, creo que ya hemos establecido que si tengo que tomar una determinación de ese calibre, es porque estaré a un paso de la muerte.

Los dos fueron conscientes de la aceptación que implicaban sus palabras. Lariel sabía que aquello iba en contra de todo cuanto él creía. De su afán de protección. De su firme honor. Pero lo haría por ella.

Tan solo tuvo un segundo para prepararse antes de que la sensual boca masculina bajara y se apoderara de la suya en un beso lento y embriagador que hizo que su vientre se contrajera de necesidad. Su lengua se deslizó de inmediato a través de sus labios abiertos y entró con una suave embestida, buscando la suya, ansiando una reacción muy diferente a la habitual que ella estaba acostumbrada a dar. Y no lo decepcionó, a juzgar por el gemido gutural que salió de su garganta y que la enervó casi tanto como el aliento compartido de aquel beso sin fin, o el sensual roce de sus cuerpos apretados en un estrecho abrazo. Sabía que debería estar asustada y cierta parte, en el fondo de su cabeza, se mantenía rígida y alerta, esperando un ataque que su mente racional, la que Jassmon había obligado a confiar poco a poco en él, sabía que nunca llegaría.

Aquellos labios suaves y expertos repartieron pequeños besos por su barbilla, como el delicado aletear de una curiosa mariposa, y bajaron después por su cuello, por alguna incomprensible razón alzado para facilitarle el acceso. Sintió una sucesión de escalofríos cuando la húmeda lengua rozó su carne, y todos y cada uno de ellos se reflejaron en cierta parte entre sus

piernas que hubiese jurado muerta. Esa vez el temblor que la recorrió contenía anticipación, sorpresa, excitación, y temor. Y no sabía cuál de todas esas emociones era la más peligrosa.

El gruñido de aprobación que retumbó en el pecho masculino la desconcertó, hasta que se dio cuenta de que reaccionaba a ella. Había subido las manos a su cuello, y mientras que una permanecía en la nuca, clavándole las uñas profundamente en la carne, la otra tiraba con fuerza del grueso y sedoso pelo masculino, ambos gestos una clara admisión de cuánto estaba disfrutando del momento. Se dispuso a soltarle, avergonzada.

—No lo hagas. —Fue una petición, hecha en voz baja y ronca. Su mirada voló hasta la de ella, y la intensidad de esos ojos rebosantes de pasión y necesidad la subyugó—. ¿Tienes miedo? —Jass esperó con el corazón en la boca aquella respuesta vital que tardaba una eternidad en llegar, estudiando los agrandados ojos azules, que mostraban signos de un incipiente deseo, en busca de alguna pista. Soltó el aire contenido cuando movió la cabeza de un lado a otro—. Nunca te haré daño. ¿Lo sabes? —Esa vez no contestó y aunque le dolió, lo entendió. Había sufrido demasiado y se conocían desde hacía poco. Se esforzaba mucho porque confiara en él, pero no podía ocurrir de la noche a la mañana, a pesar de que aunque ella no se diera cuenta, lo hacía cada vez con más frecuencia—. Si no estás asustada, no te retires — continuó con su comentario anterior, echando de menos sus manos en su cuerpo—. Me fascina que me toques. —Cogió aire en una inspiración profunda—. Me encanta.

Aquella admisión tocó algo suave en el corazón de Lariel, pero las garras de todo lo vivido a manos de un sádico monstruo empezaron a clavarse con fuerza en su atormentada mente. Notó el cálido aliento de Jassmon antes de que su boca rozara la suya en un tierno beso que fue más una caricia que un acto sexual, que consiguió tranquilizarla, relajar sus músculos tensos, hacer retroceder los horribles recuerdos, despertar sus sentidos. Siempre parecía saber qué necesitaba, en el momento preciso.

Dejó escapar un profundo suspiro que fue directo a la boca de él. Sintió

subir sus manos de nuevo hacia el ancho cuello, como si no le pertenecieran, primero pasando por sus desarrollados bíceps, tan duros que parecían de hierro, después por sus inmensos hombros, que por supuesto no podía abarcar, y por último las cerró en su nuca, tenso de la necesidad por atraerla más cerca, aunque se obligó en cambio a permanecer quieto y pasivo.

Aquella muestra de control no solo la intrigó, sino que hizo que se sintiera agradecida por su consideración, y contribuyó a que se calmara aún más. Lo suficiente como para que con cautela sacara su tímida lengua y lamiera despacio sus finos labios.

El sexy gemido que precedió a la apertura de la boca masculina, autorizando su entrada, le puso el vello de punta, y fue el acicate que necesitaba para encontrar el valor de hacerlo. Con reserva al principio, y algo más segura después, se internó en esa cueva oscura y misteriosa, seguida de cerca por su lengua experta, que se dejó explorar, sin meterle prisa, sin tomar el control, solo permitiéndole hacer, lo que aumentó sus ganas, su ansia por él, y eso se notó en el ritmo que imprimió en el beso, que él siguió sin problemas.

Pero llegó un momento en el que quiso más, no supo muy bien qué o cómo conseguirlo, simplemente le pesaban los pechos, los sentía demasiado sensibles de rozarse contra su torso, las piernas parecían de gelatina, y esa mano que descansaba en la parte baja de su espalda y que apretaba de vez en cuando de manera nerviosa, como si quisiera estar en otra parte... *Ella* deseaba que estuviera en otra parte, la visualizó un poco más abajo, masajeando... El calor subió a sus mejillas, sin poder borrar la imagen, mientras diminutas punzadas de dolor se concentraban en su pelvis y conseguían que se asustara.

Estaba claro que era virgen antes de caer en manos de un sádico violador, sin embargo, sabía reconocer el deseo sexual cuando lo tenía frente a sí. Y no había duda alguna de que Jassmon Seveages representaba los sueños eróticos de cualquier mujer en la Tierra. «Y si estás aprisionada entre sus brazos, con su lengua hasta la garganta... No te queda otra cosa que hacer más que

disfrutar hasta perder el conocimiento».

Solo que ella nunca pensó que conocería el significado de la palabra placer en su propio cuerpo. Sin embargo, allí estaba, jadeando en busca de aire, y a punto de suplicar por más.

No sabía cómo había ocurrido, pero la naturaleza del beso había cambiado, Jassmon se había hecho con el mando, tomando el control y haciéndolo más carnal, más profundo y rápido, excitándolos a ambos con su pericia y experiencia. Era un intercambio voraz, hambriento, y ella aún quería más.

El impacto de los largos dedos cerrándose alrededor de su pecho izquierdo fue como una descarga eléctrica para sus sentidos, que la sacudió con fuerza entre sus brazos. Él se detuvo de inmediato, aunque sin retirarla, su respiración jadeante en su oído cuando le susurró con aquella voz aterciopelada que la estremecía por dentro—: Me detendré ante la más mínima señal de que no deseas continuar, linda. Tan solo tienes que decírmelo y te juro que pararé. —Sus hermosos ojos refulgían contra la oscura noche, tan lujuriosos y decididos que la asustaron a morir—. La palabra *no* vale tanto para mí como mi honor y mi vida. —Y aquella simple frase eliminó todo su temor de un plumazo, y la dejó dúctil y ansiosa en su abrazo. Asintió, y aquellos dedos se movieron, lentos y perezosos, como los labios del hombre, cuando sonrió antes de bajar la cabeza de nuevo para apresar su labio inferior entre los dientes y tirar con suavidad de él en un gesto tan erótico que su vientre se retorció de necesidad.

—Por favor... —No sabía qué estaba pidiendo, pero estaba segura de que él sí. Y pudo comprobarlo cuando el pulgar y el índice se apretaron con delicadeza sobre su pezón duro, y los restregó sinuosamente hasta que consiguió el sonido desgarrado y suplicante que deseaba de ella.

No podía creer que todo aquello fuera posible. Las sensaciones, el placer, que tan solo pudiera sentirlo... Era un milagro y no quería que acabara.

La segunda mano masculina se deslizó por su espalda hasta sus nalgas, se cerró sobre ellas con firmeza y la apretó contra su impresionante miembro, grande, duro e hinchado.

Y el milagro terminó.

De pronto no era Jassmon quien la sostenía, quien le daba placer con su cuerpo, su boca, su simple aliento.

No eran sus manos las que la acariciaban con mimo y deseo.

Ni siquiera percibía todas esas cosas.

Solo reparaba en el enorme bulto que se frotaba contra su vientre, que bloqueaba todo lo demás. *Aquello* quería entrar a toda costa en su cuerpo, penetrar por la fuerza, hacerle un daño atroz, clavándose en sus entrañas una y otra vez, mientras sus gritos de dolor y humillación ahogaban el silencio de la noche...

—¡Nooo! —El desgarrador alarido casi le rompió los tímpanos. Jass apartó de inmediato sus manos, pero no la soltó. Jamás había tocado un cuerpo más rígido, tan poseído por la tensión. Buscó sus ojos, aterrados más allá de la razón, su rostro transfigurado por el horror y la desesperación, y se maldijo. No era mejor que aquel bastardo, consumido por la lujuria y la necesidad de disfrutar de ella, sin pensar en nada más.

—Larry, está bien. Ya me he detenido. —Apretó los brazos en torno a ella, que luchaba como una fiera por soltarse—. Escúchame, no voy a seguir tocándote de ese modo. Tan solo quiero abrazarte, para consolarte por haberte asustado tanto. —La joven siguió retorciéndose, dándole patadas en las espinillas. Intentó golpearlo en la entrepierna y la esquivó con dificultad, mientras cambiaba de postura para que no tuviera oportunidad de repetirlo. Las clases de Lav al parecer abarcaban algo más que aprender a disparar un arma.

—No necesito que me calmes. Por favor, suéltame. —Sonó como un ruego, porque en realidad lo era. Al mirarla vio lágrimas acumuladas y que se esforzaba por no derramar, y sintió un nudo del tamaño de una pelota de golf atascándosele en la garganta, consciente de que había sido él quien las causara. Despacio, y con toda la renuencia del mundo, la dejó ir. Rápidamente la mujer dio cuatro pasos hacia atrás en su afán por agrandar la distancia entre ellos, y se abrazó a sí misma, un claro gesto de inseguridad y

protección. Pasaron varios minutos en los que ninguno dijo ni hizo nada, tan solo sus respiraciones agitadas alteraban aquel silencio forzado. Cuando al fin alzó los ojos hacia él, todo aquel dolor desnudo le rompió el corazón, y lo dejó débil, mareado y muy enfadado consigo mismo. Un momento después, la joven dio media vuelta y se marchó. Jassmon se quedó solo, con la terrible sensación de que por primera vez en su vida él sí necesitaba a alguien que le consolase.

CAPÍTULO 10

Lariel levantó la polvorienta bota un centímetro por encima de la clara arena, pensando que si tenía que dar un solo paso más, se pondría a gritar de manera histérica, además de serle físicamente imposible.

Después de dos semanas huyendo a un ritmo frenético, su cuerpo debiera haberse endurecido, fortaleciéndose ante el ejercicio, o al menos entumeciéndose al dolor de los músculos acalambrados y rígidos por el esfuerzo. Por desgracia no había sido así, y en su lugar se sentía a punto de morir y de tirarse al suelo y suplicar clemencia, algo que no había hecho nunca antes, ni siquiera frente al peor de los abusos.

Tropezó consigo misma, ya que en aquel odioso desierto no había más que aquella maldita arena mirara por donde mirara, y cayó de rodillas, perdiendo el poco aliento que le quedaba.

De inmediato sintió una grande y cálida mano ahuecándose sobre su antebrazo, que la levantó con cuidado y firmeza. No sintió vergüenza por su torpeza, la convivencia con una docena de hombres, y las duras condiciones a las que se enfrentaban cada día se habían encargado de quitarle pronto la timidez y la modestia, pero sí notó el rápido cosquilleo que se extendió desde el punto en el que se tocaban, pasando por cada terminación nerviosa de su cuerpo, hasta el mismo centro de su ser. Ahogó un gemido repleto de derrota, que habría denotado su frustración y resentimiento. Había sucedido lo mismo desde aquel maldito beso, seis días y medio antes, y no se sentía más cerca de controlarse en ese momento que entonces.

—¿Necesitas descansar? —Aquella voz grave y sensual se deslizó por su espina dorsal como lo habría hecho un buen chocolate belga por su paladar. Soltó un lastimero quejido al pensar en una caja repleta de trufas Godiva que, por supuesto, él malinterpretó, lo que lo llevó a apretar su mano como una tenaza—. Te llevaré el resto del camino —dijo con brusquedad. Se zafó con

un tirón y respondió a su rudeza con su propio enfado.

—No será necesario. —Él se estiró, intentando alcanzarla de nuevo.

—Estás agotada. Deja que... —La joven lo esquivó, a pesar de dolerle hasta las raíces del pelo.

—He dicho no —murmuró entre dientes. Jassmon se quedó completamente inmóvil ante sus palabras, y solo cuando vio cómo aquel cuerpo enorme y masculino se ponía tan rígido que pensó que se rompería, y notó la tensión en todos y cada uno de los restantes miembros del grupo, se percató de lo que había hecho. Lo miró, sus ojos dos pozos profundos de arrepentimiento. La mano masculina se mesó el pelo mientras observaba con aire pensativo el horizonte.

—Rafha está a cinco kilómetros, pero pararemos después de esa duna. —Lariel se puso la mano a modo de visera para protegerse de los rayos del sol. La colina se le antojaba condenadamente lejos, pero supuso que podría hacerlo si eso significaba soltar la maldita mochila y sentarse durante un rato, sin nada más en su agenda que torrarse al sol. Echó a andar, arrastrando los pies y fingiendo que nadie se daba cuenta.

Jass tardó algo más en seguirla, aún herido y molesto por el encontronazo anterior. Negó con la cabeza, confundido. A veces cuidar de esa muchacha era más peligroso que enfrentarse a una cascabel.

—No quería arrinconarte —terció Josh, apareciendo a su lado. Hizo acopio de la reserva de paciencia que siempre guardaba en su interior para situaciones de emergencia, evitando ponerse a gritar como un poseso. En los últimos tiempos había hecho uso de ella en demasiadas ocasiones, y le sorprendía que aún le quedara algo, apenas unas hilachas, reconoció para sí cuando sintió las manos cerradas en sendos puños a los costados. Aquellos fondos le habían permitido continuar al frente de su imperio cuando sus demonios se alzaban, furiosos y descontrolados, reclamando una atención que era imposible concederles en el ordenado mundo de Jassmon Seveages. Y cuando ya no quedaba nada de su afamado autocontrol, desaparecía—. Simplemente, no lo puede evitar.

—Ya lo sé. —No se molestó en ocultar el tono cansado de su voz. Era bueno que hubieran llegado al segundo punto establecido para aprovisionarse. Los víveres apenas si llegaban para calmar los estómagos, y hacía tiempo que habían tenido que racionar el agua. No eran las mejores circunstancias para mantener alto el ánimo de nadie, pero el suyo era particularmente malo, y la responsable apenas se sostenía en pie unos metros por delante de él.

—Y aún así te afecta demasiado —El ingeniero de vuelo no se inmutó ante la fiera mirada del otro, sino que permaneció escrutándolo con sus ojos marrones, como si viera a través de su furia, y fuera capaz de extraer de su alma todos y cada uno de sus secretos—. A esa chica le queda un largo camino que recorrer, y tú la obligas demasiado, la empujas a cada minuto un paso más, esperando que se recupere a mayor velocidad. Y sin embargo, tú mismo no has sanado. —Jass se detuvo de golpe, los ojos entrecerrados, la respiración jadeante.

—Basta, Barlett. —Su tono cortaba como un cuchillo recién afilado, avisando de sus intenciones en caso contrario, pero una mirada al rostro tranquilo del teniente bastaba para saber que no se sentía intimidado en lo más mínimo. Hombre estúpido.

—Eres un buen tipo, Seveages. Valiente, orgulloso, posesivo, íntegro, arrogante, implacable, en exceso protector. No te gusta que se sepa, pero eres un superdotado. Una mente entre un millón. Alguien que debería estar en un laboratorio, descubriendo la vacuna contra el cáncer, o el secreto de la eterna juventud...

—Joder, cierra la puta boca —exigió a pesar de que se habían quedado solos, debido al gesto casi imperceptible que Josh le había hecho al grupo.

—Siempre has detestado no ser como los demás. Ser diferente... —El puño que estampó en su mandíbula finalmente lo obligó a callarse, lo que no había conseguido hacer su propietario por las buenas. «Dios, qué bien se siente», incluso con los nudillos quemándole como el demonio. Miró al hombre sentado de culo sobre la arena con la ira bulléndole en las venas.

—Estás aquí para tratar a Lariel, no para psicoanalizarme a mí.

Estaban acampando a cinco kilómetros de Rafha, una localidad de las Fronteras del Norte, esperando mientras Lav y Paul se colaban entre la fuerte patrulla nocturna para conseguir todo lo que necesitaban, con Seppe y Al que les cubrían las espaldas.

Jass frunció el ceño, meditando por centésima vez en lo extraño que era que el gobernador pareciera conocer todos sus pasos aún antes de darlos.

Podrían haber tomado cualquier dirección para salir del país, incluso habiéndose decidido por la opción actual, había varias rutas alternativas. Y sin embargo en los últimos días se habían cruzado con demasiados destacamentos como para que pareciera accidental. Por suerte, dada la preciada mercancía que llevaban con ellos, no se habían producido incidentes parecidos a la masacre de aquella noche, y gracias a su entrenamiento y buenas estrategias habían conseguido eludir enfrentamientos directos, incluso la mayoría de las veces evitar ser detectados. A pesar de todo, era obvio que los estaban acechando, tan claro como si llevaran un rastreador pegado al culo, y eso lo ponía un poquito nervioso.

Pero nunca tanto como la mujer en el punto de mira de todos. La buscó a través de la oscuridad. Por esa persecución exhaustiva y por la cercanía de la ciudad, no habían encendido fuego esa noche, pero la melena rubia, de un tono blanco a la luz de la luna llena, era fácilmente reconocible, incluso recogida en el sempiterno moño, tan tirante que no entendía cómo no resultaba doloroso tras semanas de llevarlo siempre recogido así. Ansiaba verla con el pelo suelto, mientras enmarcaba sus mejillas sonrosadas por la pasión, pero se negó a seguir por ahí, poco dispuesto a empezar una erección que apenas acababa de controlar.

Recordó que fue ese pelo el que los obligó a marcharse en mitad de la noche, una semana atrás, y abandonar el discutible refugio que les proporcionaba viajar con la veintena de jóvenes en busca de alimento para su hambriento pueblo. No podían arriesgarse a que alguno de ellos escapara para

avisar de su posición, aun cuando el cabecilla le había asegurado que contaban con su colaboración, tanto por su ayuda para salir vivos del simún como por haber sufrido en sus propias carnes los constantes atropellos por parte de la clase privilegiada. Escasez de agua, dificultad para conseguir empleo, médicos insuficientes, continuas e injustas prohibiciones, impuestos opresivos, y más de una de sus mujeres sacadas de sus casas con promesas de papel, devueltas con el cuerpo roto y la mente perdida, aduciendo un embuste tras otro para justificar los abusos. Alguna nunca regresó.

De todos modos, aquella partida era demasiado importante para jugársela a una carta tan baja, por lo que se habían encargado de la primera guardia y habían desaparecido de forma tan rápida y limpia como habían llegado al principio. Había sido simple, no habían tenido que entretenerse recogiendo porque estaba todo previsto y calculado al detalle.

Con un suspiro cansado se dirigió al grupo sentado frente a la exigua cena, un trozo mohoso de queso, algo de cecina, el pan más duro que había probado nunca, y un minúsculo sorbo de agua que todo el mundo era reacio a tomar porque era el último.

Ro y John se abrieron para hacerle un sitio entre ambos, lo que lo dejó frente a Lariel. Cruzó los tobillos y aceptó el plato que le tendió el coronel, intentando no arrugar la nariz ante la poco apetitosa cena, consolándose con que el desayuno sería infinitamente mejor.

Lariel se dejó abrazar por el ambiente cómodo y agradable que aquellos hombretones siempre conseguían, tan solo sentándose en el duro suelo con una comida que apenas servía para dársela a la mascota de uno como castigo por haberle destrozado a mordiscos un buen par de zapatos, tan poca cosa que sin duda no aliviaría su ingente apetito. Aún así, las risas y las bromas fáciles corrían por el círculo, como si se hubieran reunido en torno a la relajante hoguera de todas las noches, como el buen vino que faltaba en esa mesa, y distendían el ambiente de un día largo y agotador.

Los observó, tan relajados que si no hubiera sido por los abultados

músculos que definían sus cuerpos allá donde mirase, y por la cantidad de armas que portaban con la comodidad de quien las ha convertido en sus mejores amigas, hubiera pensado que eran solo unos colegas de acampada, disfrutando de una cálida noche de verano en un país extranjero.

Hasta que uno se cruzaba con sus ojos. Lo que había en ellos no dejaba lugar a dudas, incluso cuando se suavizaban para mirarla a ella acompañándose de una de esas sonrisas descaradas y cargadas de promesas que, tras unas cuantas semanas para acostumbrarse a ellas, la dejaban respirar casi con normalidad tras el impacto inicial.

Se permitió disfrutar de la vista, algo que le habría sido imposible solo unos días antes, y eso le hizo ver, como nada más, los cambios que la docena de *macho men* estaba produciendo en ella a marchas forzadas, en apariencia sin esfuerzo alguno. Pero sabía que, al igual que su líder, estaban trabajándola firme y seguro para que esa suave transformación se produjera y ella ni se enterara.

De todos modos, el sargento del Ejército de Tierra francés, Philippe Lasserre, con sus ojos pardos que prometían placer a toneladas, su espesa melena color chocolate que rozaba sus anchos hombros, su impresionante, con mayúsculas, cuerpo de metro noventa, duro y musculoso, que rezumaba testosterona, y sus muchas ganas de juerga, le calentaría la sangre hasta a las feligresas más devotas de camino a la iglesia, donde tardarían un buen rato en confesarse por haber caído en las redes de ese donjuan, al menos de pensamiento, aunque sospechaba que muchas en cuerpo y alma. Era guapo a rabiar y tremendamente sexual, y ese terrible sentido del humor que se gastaba solo contribuía a hacerlo del todo irresistible. Estaba segura de que tenía un numeroso club de fans allí donde tuviera su residencia fija, no obstante, era muy reservado en cuanto a su vida privada, lo que solo sumaba puntos a su favor. Bufó con suavidad, como si el dios del sexo necesitara más ayudas que un leve indicio de sonrisa, o el incitante alzamiento de una de sus insolentes cejas.

Pero por más que lo estudiara había algo que no encajaba en Philippe

Lasserre. Lariel intuía que había mucho más que una cara bonita y un cuerpo de escándalo en aquel hombre, además de un feroz guerrero, por supuesto, y el que se hubiera convertido con rapidez en uno de sus pilares en esa loca carrera solo reforzaba su convicción. Contra todo pronóstico habían conectado casi desde el principio, y el carismático hombre parecía entenderla y saber lo que necesitaba con una facilidad pasmosa. Y se sentía agradecida de poder contar con su amistad.

Giró un ápice la cabeza y vio a Alfred Niemann. Sin ser consciente de ello, frunció el ceño. Al la ponía en tensión y no sabía decir por qué. Era un hombre reservado, incluso en momentos como ese, en que todos intimaban entre sí, aunque no se apartaba del grupo. Pero suponía que tratándose de un *naupfeldwebel* o sargento mayor del Mando de Fuerzas Especiales alemán podía comprender que no se integrara del todo en los ratos de ocio, y que ella tampoco se sintiera completamente a gusto con él, a pesar de su aspecto anodino, con su pelo rubio cortado a cepillo, el saludable tono rosado de su piel, y su metro setenta y cinco, en obvio contraste con los gigantes que lo rodeaban. Pero sus fríos ojos azules no mostraban misericordia, y cuando se centraban en ella solo veía un pozo sin fondo, el vacío más absoluto, sin un ápice de interés masculino, no sabía si por respeto al supuesto reclamo de Jassmon, o simplemente porque no se sentía atraído.

El siguiente a la derecha del alemán era Shawn Blevins, primer teniente de la Fuerza Aérea americana y segundo piloto en esa misión.

En su vida diaria pilotaba un caza imposible de nombrar, lo que suponía que justificaba que fuera un gallito la mayoría de las veces, aunque su aire capaz y eficiente era bien patente. Era un manitas con cualquier equipo electrónico, lo cual lo convertía en el ojito derecho del jefe, que parecía tener un fetichismo por cualquier cosa con cables o que se encendiera.

También era guapo, a su manera ruda y despreocupada, con sus ojos azules tan claros que parecían transparentes, su piel blanca como la nata, y su pelo rubio del color del trigo. Para el gusto de la joven, el porte de machito sobrado que se gastaba le quitaba la mayor parte del encanto, pero imaginaba

que habría mujeres, un montón para ser exactos, que se derretirían por sus huesitos.

Cuando su mirada recayó en el coronel Rolland Crawford sintió la misma pared de recelo e incertidumbre que acompañaba siempre al maduro hombre. Debía tener poco más de cincuenta, pero por su constitución fuerte y sin un gramo de grasa aparentaba unos cuantos menos. Con su metro setenta no parecía sobresalir entre aquel grupo de titanes, pero la poderosa mezcla entre su rango superior, su corpulencia, y ese aire de suficiencia y sabiduría que llevaba casi como un aura sobre su cabeza, además de su constante expresión inmutable, y la innegable confianza y amistad que lo unía al jefe del equipo, lo habían convertido desde el primer momento en el segundo al mando.

El inconveniente era —y estaba claro que tanto Lariel como él tenían un problema—, que aquel soldado hasta la médula la veía como una potencial bomba de relojería. Incluso a veces lo pillaba mirándola con una expresión concentrada, como si estuviera contando en silencio los segundos, en espera de que estallara en mil pedazos. El quid de la cuestión, a su entender, era que Ro no iba a permitir que su pupilo se encontrara a menos de diez kilómetros del lugar de la explosión, mucho menos enredado entre sus brazos.

No podía culparlo, ni por querer proteger a su amigo, ni por desconfiar de ella. Lo único que no le perdonaba era la odiosa mirada de lástima que no había sabido ocultarle en varias ocasiones.

Pasó por encima del siguiente hombre como si no existiera, ignorando el frenético aleteo en su estómago y el atronador latido de su corazón, y fijó la mirada en el capitán del Cuerpo de *Marines*, John Clifford Strickland. Un suave suspiro se coló entre sus labios. John era... otro buen ejemplo de la masculinidad hecha hombre. De pelo castaño, con mechones más suaves entremezclados, y unos impresionantes ojos verdes muy claros, ribeteados por unas largas y tupidas pestañas, los rasgos marcados y duros, que le daban una belleza austera y sobria que se rebajaba solo gracias a una boca grande y generosa, de labios llenos y sensuales, que obligaba a mirarla fijamente al menos una vez cada hora. Con un par de parpadeos se obligó a dejar de

adorarla, meditando de nuevo en cuánto estaba cambiando. ¡Pero estar rodeada de adonis hacía que tuviera las hormonas revolucionadas! Y una vez que fue capaz de pensar en algo más que en los labios de John, pudo listar algunas de sus otras cualidades. Era un tipo ecuánime, acostumbrado a tener hombres a su mando, que nunca perdía la calma, y que siempre tenía un plan b. Supuso que todo eso lo convertía en un excelente francotirador, y en el perfecto segundo de Rolland, y quizá de ahí se debiera también ese sutil antagonismo entre Jassmon y él. Dos machos alfa en un espacio tan reducido siempre era sinónimo de problemas.

Lariel sonrió cuando observó a Francesco Adamo, jefe de primera clase de la Marina Militar italiana y encargado del reconocimiento en esa misión, *hablando* con las manos, que movía frenéticas de un lado a otro, y con un tono de voz tan alto que casi estaba gritando. Él declaraba a menudo con una sonrisa compungida que se debía a que en su amado país eran muchos, tantos que a veces parecían *demasiados*, y para poder escucharse unos a otros, tenían que gritar. La explicación siempre hacía reír.

Como buen italiano que era había tres cosas que Fran adoraba por encima de todo. Una de ellas, que rayaba en el fanatismo y de la que se sentía en extremo orgulloso, era el fútbol. La comida era otra, y como le gustaba aclarar, no solo la pizza y la pasta. A todos se les hacía la boca agua cuando, escuchándole hablar con pasión, se imaginaban probando estofado de jabalí con polenta en Trentino, *cannoli di ricotta* en Sicilia, *fiorentina* a la brasa en Toscana, o *spaghetti* con marisco en Puglia... Con él habían aprendido que la pasta a la bolognesa no existía, sino que en realidad se llamaba pasta al ragú, que en Italia estaba prohibido pedir una pizza con piña porque se consideraba un sacrilegio, y que el peperoni era un pimiento, comentaba muy indignado y con las manos en alto. La tercera cosa que le encantaba a ese hombre imponente e impetuoso eran las mujeres y, en especial, el deporte de cazarlas. Y como buen italiano había hecho un arte de ello.

La primera vez que la miró con fijeza y le susurró con su voz grave aquello de “*Ciao bellissima, dove hai lasciato le ali? No perché sei un angelo*”

caduto dal cielo”, solo pudo parpadear confusa durante todo un minuto, observando al hombre moreno, de piel bronceada, ojos profundos y nariz ancha, sin saber qué decir. «Hola hermosa, ¿dónde has dejado las alas? No, porque eres un ángel caído del cielo». Durante un momento le pareció como si estuviese paseando por el centro de Manhattan con una falda muy corta y unos tacones muy altos, y hubiese pasado por una zona en construcción. Era justamente eso, un piropo de obrero, pero mucho más elegante. Y cuando esos ojos oscuros la observaron bromistas y risueños, y esa boca ancha se abrió en una sonrisa inocente, no pudo evitar reírse, relajada. Ese italiano no era una amenaza, a menos que se le permitiera convencer con sus “*bellas ragazzas*”, cosa que se le daba de maravilla, porque aunque era el menos paciente del grupo, queriendo lanzarse siempre de cabeza a los problemas, en cuestión de féminas, su perseverancia no tenía límites.

Josh estaba sentado a su lado, y aunque era un hombre atractivo y encantador, tenerlo tan cerca no era algo que le agradara del todo. Quizá fuera porque buscaba ese lugar con demasiada asiduidad, podía ser porque forzaba una amistad con demasiado ahínco, buscando una intimidad que la ponía a la defensiva. No había nada sexual ni romántico en su acercamiento, y estaba agradecida por ello, sin embargo...

«Ah, maldita sea, no sé muy bien cuál es el problema». Joshua Barlett era un buen hombre, tranquilo, amable, dulce incluso. Su aire sosegado ayudaba a tranquilizarla cuando algo iba mal, y él siempre parecía notar cuando se encontraba en uno de esos momentos.

Aquella convivencia forzada día tras día los obligaba a ver lo mejor y lo peor de cada uno, y todos eran testigos de las muchas confrontaciones entre Jassmon y ella. Después de cada desastroso episodio, Josh la buscaba e intentaba que hablara con él, que le contara cómo se sentía si le apetecía, que charlara del tiempo si no. Más que nada, que se desahogara. Era muy bueno haciendo que la gente dejara salir lo que le carcomía por dentro. Lariel sonrió con tristeza. «Como un cura o un psiquiatra, que escarba con cuidado dentro de ti hasta que parece que ha sido cosa tuya». Había veces en que se debatía

entre rezar dos padres nuestros o pedirle una receta de Prozac.

Lo miró de reojo. Era segundo teniente de la Fuerza Aérea americana y el ingeniero de vuelo en esa excursión. Un tipo íntegro y competente, seguro de sí mismo, tranquilo y confiable. Pero incluso entonces, mientras comía y se reía de las payasadas de Fran, lo sentía plenamente consciente de ella, preparado por si necesitaba algo.

A veces sí. A veces la tentación de utilizar los anchos hombros del hombre era tan abrumadora que casi no podía resistirla.

Había pensado, necesitado creer, que cuanto más se alejara de *él*, cuanto más tiempo pasara sin verlo, mejor se sentiría. Pero aunque no le encontraba explicación, no era así. Cada minuto que transcurría era pura agonía, un dolor lacerante se apoderaba de ella y lo que era peor, el terror aumentaba, lo acaparaba todo y la asfixiaba.

A menudo lo comparaba a cuando uno se torcía un tobillo. Al principio parecía que no había sido nada y se seguía con la rutina. Después se iba a casa, seguía con sus cosas, y por fin se acostaba. Y cuando el tobillo «se enfriaba» aparecía el dolor, intenso e inesperado.

Como en ese momento. Llegó tan rápido que no le dio tiempo a inspirar, y le faltó el aire cuando el rayo pareció partirla por la mitad. «Dios santo», el corazón le latía tan fuerte y rápido que temió que le estuviese dando un infarto. La atenazó el miedo ante la certeza de que moriría en aquel maldito desierto, tan cerca de su torturador y tan lejos de su padre, que esperaba ansioso su regreso en casa. Sin poder visitar jamás la tumba de su madre... Le costaba respirar, se ahogaba, con seguridad por la serie de respiraciones rápidas y cortas a través de sus pulmones, sin embargo, era incapaz de tranquilizarse. El mundo, aquel pequeño círculo de compañeros iluminados tan solo por la luna llena, se emborronaron, y casi desaparecieron cuando se inclinó un tanto hacia un lado, aturdida.

—Respira hondo, llenando por completo los pulmones de aire, empezando por el abdomen y expulsándolo muy despacio.

Apenas sí registró las palabras de Josh, tan perdida estaba en la necesidad

de conseguir ese poco de aire imprescindible para vivir. Estaba sudando a mares, y desgarradores temblores le sacudían el cuerpo como si fuera un guiñapo. El pecho le dolía tanto que estaba segura de que colapsaría en unos segundos.

«Dios, voy a morir»

—Vamos, cariño, tu respiración es muy superficial, tus músculos están tensos, y apenas puedes hacer una inspiración profunda. Al respirar mal, tu corazón se acelera porque te está faltando oxígeno, y también sientes sensación de mareo. Estás hiperventilando. Y es justo por eso, junto con una serie de factores psicológicos, que estás teniendo un ataque de pánico.

El ingeniero se le había echado parcialmente encima, le había cogido una de sus manos y se la apretaba con suavidad, mientras que con la otra le acariciaba la espalda de arriba abajo, en pasadas leves y calmantes. Para cualquiera que mirara en su dirección parecería que mantenían una conversación privada y muy íntima, pero nada fuera de lugar. Lariel, sin embargo, no era capaz de apreciar el detalle porque seguía atrapada en aquella pesadilla de emociones confusas y estremecedoras. No era el caso de Phil, sentado al otro lado de la joven, que con rapidez se había dado cuenta de la situación. Las miradas de los dos hombres se encontraron por encima de su cabeza durante una milésima de segundo, y acto seguido el sargento se acercó a su costado, la cubrió con su soberbio cuerpo, y comenzó una acalorada conversación con Alfred sobre lo infinitamente mejores que eran los rifles de asalto americanos, que no tardó en ser seguida por la totalidad de los hombres, como era su intención.

—Sigue respirando como te he dicho para detener el exceso de adrenalina. Cálmate, no te va a dar un ataque, ni te vas a morir. Tampoco te estás volviendo loca. Solo es ansiedad. No te desmayarás si haces lo que te digo y te tranquilizas. —Sintió la mano grande de Josh en el vientre, apretando cuando se suponía que tenía que expulsar el aire, lo que la ayudó a controlar el ritmo que hasta entonces se le escapaba, sintiendo también las suaves caricias en la espalda—. Eso es, relájate. Míranos, estamos aquí, rodeados de

libertad. El cielo infinito tachonado de estrellas es nuestro techo, la suave y caliente arena nuestro jergón. Estamos juntos, ilesos y contentos, capaces de comernos el mundo. —Una pequeña risita histérica atravesó el nudo corredizo de su garganta reseca. Solo Josh podría ver la miseria diaria en la que vivían con esa percepción romántica. Pero aquel sonido ayudó a que dejara de pensar en catástrofes, y que sus pulmones se relajaran otro milímetro, como él quería—. Vamos, Lari, solo es un momento desagradable, puedes soportarlo. Eres la persona más fuerte que conozco. —Sus ojos volaron a los de él, y Joshua sintió un retortijón en el corazón cuando vio descubrió el terrible miedo y el punzante dolor en las profundidades de aquellos pozos turquesa repletos de lágrimas deseosas de escapar de su autoimpuesto encierro—. Ya hemos hecho el setenta por ciento del camino. El resto es pan comido. —Clavó su mirada en la suya, esperando que pudiese leer la verdad que allí había—. No dejaremos que te pase nada malo. Incluso cuando esta misión acabe. Siempre estaremos ahí.

Los ojos femeninos se abrieron con asombro justo antes de que el sollozo femenino rasgara la noche, sin conseguir superar los gritos enardecidos de los hombres, que seguían discutiendo como posesos, cada uno defendiendo el armamento de su país. Ella se dejó caer hacia delante, y apoyó la frente contra el pecho de él, dejando que su promesa actuara como un bálsamo para sus desafortunadas emociones, sin permitirse llorar y desahogarse, pero tranquilizándose poco a poco, volviendo a respirar con normalidad. Joshua no la soltó hasta que ella no le hizo ver que ya no necesitaba su consuelo, y cuando la miró comprobó que volvía a ser dueña de sí misma, al menos en el exterior.

—¿Estás bien? —Asintió, demasiado agotada para nada más, aunque esbozó una pequeña sonrisa de agradecimiento que le calentó el alma. Sabía que en esos pocos minutos había avanzado más con ella que en las dos últimas semanas, y aunque hubiera preferido que el ataque de pánico no hubiera tenido lugar, sí agradecía el resultado—. Lo he dicho de verdad, Lari. No estás sola.

Lo miró durante mucho rato, su expresión, por primera vez desde que entrara en crisis, indescifrable. Después desvió la vista, perdida en algún punto tras él, en la negra noche. Josh fijó la suya en el hombre que se había mantenido apartado de todo y de todos, sentado entre el grupo con su interés completamente absorto en ellos dos, como un enorme león a la espera. Se tragó una sonrisa. En efecto, Jass los miraba con fijeza, con una intensidad casi hipnótica, su atención centrada en la pequeña mujer a su lado. Se limitó a asentir, y el líder de la misión se levantó con un movimiento fluido y se acercó a ellos.

CAPÍTULO 11

—Ven. —La exaltada discusión se detuvo de golpe. Lariel sintió la mirada de todos centrada en ellos, pero después de un momento, como si la pareja no fuera algo digno de su atención, los ignoraron, y pasaron de las palabras a los gritos y las maldiciones, cada uno luchando por una pequeña parte de reconocimiento a su amado país, como si tener el rifle más preciso, el avión de combate más sigiloso, o el lanzamisiles de mayor alcance fuera algo de una importancia suprema. La mano alzada hacia ella le daba un miedo de muerte. Se sentía demasiado deshecha y desgarrada por dentro para enfrentarse a ese hombre arrogante, fuerte y autoritario. En ese instante solo quería hacerse una pelota y perderse en el olvido misericordioso del sueño, sin embargo, él la obligaría a encarar cosas que no quería ver o enfrentar, posiblemente incluso a sí misma. De forma involuntaria buscó apoyo en Josh, en quien nunca había confiado hasta entonces, y sus ojos amables y comprensivos parecieron entender hasta el último de sus temores. Notó el ligero apretón en su rodilla, tan corto que no le dio tiempo a tensarse en respuesta, y sintió más que escuchó las palabras susurradas en su oído a la vez que él se levantaba.

—Siempre cuidará de ti. Incluso cuando te lastime. —Con el ceño fruncido lo siguió con la mirada mientras se unía al grupo, golpeando con afabilidad la espalda de Fran. Este quiso saber su opinión sobre el candente tema que estaban tratando, y en tono burlón contestó que estaba seguro de que todos coincidirían en que las mujeres americanas eran las mejores de todas. Aquella broma los hizo reír, aligerando la tensión de un plumazo. Lariel suspiró, y volvió su atención al hombre que se mantenía de pie a su lado. Seguía ofreciéndole la mano, esperando, y al gesto sumó ese alzamiento de ceja tan soberbio que la fascinaba y la enfurecía a partes iguales. Como de costumbre, al primer contacto de su piel caliente y suave, se estremeció.

Siempre la sorprendía notar lo tersas y cuidadas que las tenía, tan distintas de las ásperas y callosas de sus compañeros, y renoció para sí cuánto le gustaba la diferencia. Cuando la ayudó a levantarse no la soltó, y aunque hubiera deseado tirar y escapar a su contacto, no lo hizo, demasiado cansada incluso para ese pequeño gesto de rebeldía. Miró a su alrededor, y comprobó que se habían alejado un poco del grupo, lo cual la puso nerviosa. Sabía que no iba a hacerle nada, pero estaban demasiado cerca de la ciudad como para aventurarse solos por ahí.

—¿Adónde vamos?

—Solo a una distancia prudencial de los demás como para que podamos tener algo de intimidad. —Se detuvo de golpe, clavada en la arena, lo cual le obligó a hacer lo mismo.

—¿Y para qué necesitamos intimidad? —Los ojos masculinos relampaguearon peligrosamente, se percató de ello incluso con aquella oscuridad.

—¿Aún piensas que soy capaz de violarte? —El tono era letal, tan sombrío y peligroso que debió de darle una pista de su estado de ánimo, pero el ataque de pánico era muy reciente, y aún estaba impresionada y confusa.

—Cualquier hombre puede obligar a una mujer —murmuró.

—Ah, ¿sí? —El ronroneo con el que hizo la pregunta le puso los pelos de punta, sin engañarla ni por un instante, a pesar de la voz melosa que había utilizado.

—Yo...

—Lo que quieres decir es que ningún hombre tiene el control absoluto de sus más bajos instintos y que, con las condiciones y la presión adecuadas, será capaz de forzar a una mujer contra su voluntad. —Lariel lo miró, con el pecho que le subía y bajaba de forma desacompasada. Desvió la vista y se encogió de hombros, aceptando la explicación como un hecho de la vida que no podía cambiarse. Jass apretó los dientes y los puños, intentando que ella no lo notara. Detestando que pensara así. Odiando que lo viera a él de ese modo. Había hecho muchas cosas para que confiara en él, pero al parecer no

había sido suficiente—. ¿Y cómo podrás vivir en este mundo pensando así? —preguntó, mientras hacía un gesto con las manos señalando cuanto les rodeaba—. ¿Cómo podrás casarte con tu prometido, dejar que te acaricie cada noche, dormir en la cama a su lado... si esperas que en cualquier momento pueda saltar sobre ti para tomar por la fuerza algo que en un momento dado no desees darle?

Decir aquellas palabras le costó todo lo que tenía, imaginarla en el lecho de otro hombre, dejándose amar, tocándolo con pasión, compartiendo con él las delicias de la carne... La rabia y el dolor se arremolinaban en su interior y le agitaban la sangre, todo lo que había en él de conquistador dispuesto a luchar por ella.

Levantó la cabeza de golpe. ¿Luchar por ella? Era un reconocido mujeriego, la prensa rosa vivía buena parte del año a costa de sus aventuras amorosas, describiendo con amplios y detallados comentarios socarrones sus variados cambios de pareja, cada día más espectaculares y sofisticadas.

Y tenían razón, ninguna le duraba más de unos pocos días. Con la mayoría ni siquiera repetía. Su corazón era inconstante, decían sus amigas, aquellas con las que no se acostaba y con las que, en cambio, hablaba, compartía su tiempo y se divertía. Lo miraban apenadas mientras le decían esa tontería, como si supieran un secreto que no querían compartir con él.

Su padre, siempre tan directo, prefería escupirle que su polla era versátil y caprichosa. Y que así nunca encontraría a alguien como su madre. «¿Para qué, papá? ¿Para hacerle lo mismo que tú?». Como le quemaban las palabras en la garganta.

Miró a la joven frente a él, tan pequeña, indefensa y triste. Tenía unas enormes sombras negras bajo los ojos, prueba de las duras noches a las que se enfrentaba sin saberlo. Daba gracias a Dios de que a la mañana siguiente no recordara las horribles pesadillas, ni de que tampoco supiera que todos ellos eran testigos mudos e impotentes de ello. Estaba seguro de que se sentiría muy humillada de ser así.

Ella aguantó su examen sin parpadear, tan valiente como el mejor soldado,

cuando un rato antes había combatido denodadamente por superar lo que a todas luces pareció una crisis de ansiedad. No le hacía falta ser licenciado en psiquiatría, como Josh, para reconocer los síntomas, incluso desde la distancia que los separaba.

Aunque había sido un completo imbécil, admitió para sí, porque los primeros minutos se los había pasado controlándose por no saltarle encima al ingeniero de vuelo, que se había achuchado contra Lariel como un mastín oliendo a una perra en celo, toqueteándola con descaro y familiaridad. El gesto había sido tan casual e íntimo que primero se había quedado helado, en parte porque ella no se había tensado, como acostumbraba, ni tampoco lo había rechazado, y después había sentido una furia asesina, acicateada por un dolor tan intenso en el alma que pensó que le se rompería en miles de fragmentos.

Pero entonces su cerebro volvió a funcionar con la lucidez que lo caracterizaba, analizando cada situación con precisión quirúrgica.

Uno de los principales activos de Joshua en aquella misión eran sus conocimientos de la mente humana. Jass le había pedido a Ro que metiese a un psiquiatra entre los miembros del equipo. No sabían en qué condiciones encontrarían a la joven cuando la rescatasen, pero había considerado importante intentar ayudarla durante el viaje de vuelta hasta que su padre encontrara a alguien que continuara el proceso de sanación en casa.

Y conocía al soldado lo suficiente como para tener la certeza de que era demasiado profesional para dejar de lado sus escrúpulos y lanzarse a seducirla, entorpeciendo su trabajo en el proceso.

Además, Lariel no estaba preparada para tener una aventura, como bien sabía él, y mucho menos en público. Aunque si era sincero consigo mismo, algo que en circunstancias normales solía hacer de manera brutal, debía admitir que si los celos no lo carcomieran como ácido en las venas, la situación no había pasado de levantar unas cuantas cejas. Pero cualquiera que tocara un pelo de la muchacha invadía un sentimiento de propiedad que hasta entonces no había tenido hacia nadie más. Y Lariel era innegablemente suya.

Después de solucionar ese punto en su mente, darse cuenta del resto de las señales había sido fácil. Los temblores descontrolados, la respiración acelerada y a punto de ahogarla, los desorbitados ojos, confundidos y aterrorizados, el cuerpo tan tenso que incluso debió dolerle... Todo cuanto el hombre a su lado procuraba encubrir con su metro ochenta y cinco casi encima de ella, fingiendo una conversación personal y profunda que con seguridad pretendía calmarla y detener el feroz ataque de pánico.

Su primera reacción había sido correr hacia ella y ocultarla entre sus brazos, protegiéndola del mundo y su crueldad. Pero tras el segundo inicial de visceral emoción, había comprendido que ella no necesitaba a un troglodita sobreprotector, sino al especialista que estaba atendiéndola, tranquilizándola con sus directrices y su calma sosegada. Le había dolido que fuera el teniente quien estuviera con ella, pero era lo bastante hombre como para aceptar que en ese momento le hacía más falta él y había esperado, paciente, aunque intranquilo como un padre primerizo, a que el momento pasara y se recuperara.

Había suspirado aliviado cuando Josh apartó sus manos de ella, y mucho más cuando dio su visto bueno para que se acercara, aunque se le había atascado la respiración al ver su rostro demacrado y asustado, los estragos que ese cabrón que seguía acosándola sin descanso estaba causando en su espíritu y su cuerpo.

Pero entonces, al toparse de nuevo con la barrera infranqueable de su desconfianza, comprendía que las cicatrices invisibles eran mucho más profundas, y que quizá ni todos los terapeutas del mundo conseguirían ayudarla.

—No lo sé. —El susurro fue tan bajo y tembloroso que por poco no lo oyó. Parecía tan desesperada, y había tanto tormento en aquellos ojos azules... Su instinto protector clamaba por acercarse y abrazarla, y ahogarlo manteniéndose en su sitio fue demasiado duro y doloroso—. Quizá nunca pueda darle ninguna de esas cosas a Ken, en cuyo caso no me casaré con él. —Jass apretó los puños incluso cuando sintió las uñas clavándose en la carne.

La insinuación de que pensaba intentar hacer el amor con ese hombre antes de la boda lo hizo estremecer de pies a cabeza. Nunca, en toda su vida, había experimentado un sentimiento de rechazo tan vivo y hondo, una rabia tan profunda, un dolor tan hiriente, unos celos tan negros, como cuando la agónica imagen de una Lariel con su exuberante cuerpo desnudo, tan pálido y delicado, retorciéndose debajo de su exigente y arrogante futuro marido, se dibujó con claridad en su mente, rompiendo su corazón con cada nuevo fotograma. Asustada o deseosa, no sabía qué imagen lo ponía más nervioso, pero lo que sí sabía con seguridad era que no quería que se hiciera realidad—. Kenneth y yo nos conocemos desde siempre, y creo que es posible que con él pueda superar... cualquier obstáculo que se nos presente. —Lo miró de frente, a pesar de sus mejillas sonrosadas—. En cualquier caso, no es asunto tuyo. —Pero sí lo era. Quería gritárselo, cogerla por los hombros y zarandearla. Hacer que lo entendiera. Sin embargo, se quedó quieto como una maldita estatua de piedra, todo su cuerpo rígido por el tremendo esfuerzo, y la miró con rabia y rencor, incluso con pasión. Y por supuesto, con la esperanza de que ella dejara atrás sus muchos miedos y traumas, y sintiera lo mismo. Cogió la suave manta que llevaba al hombro, la extendió sobre la arena, y sentó sobre ella. No sabía qué más podía hacer para poner distancia entre ambos, tanto física como emocional.

—¿Estás bien? —La pregunta la sorprendió, al igual que el repentino cambio de tema. Pero no desaprovechó la oportunidad, y viéndolo como una ofrenda de paz, se acomodó a su lado.

—Sí, claro. —Hubo una leve vacilación en el aire, la suficiente para que lo mirara y lo supiera. Sus ojos verdes, tan hermosos e indescifrables, mostraban ahora preocupación, incertidumbre, dulzura, y una suavidad inesperada que la conmovió y la enfureció a la vez. Jassmon la sacaba de sus casillas, le crispaba los nervios, la hacía reír, ponía mariposas en su estómago, despertaba emociones contradictorias en su corazón, destruía muros cuidadosamente erigidos para protegerla. La hacía sentir, cuando se había creído muerta a ciertos estímulos, la ayudaba a levantarse, aunque se

considerara derrotada. En definitiva, ponía su mundo patas arriba. Pero si había algo que no quería de ese hombre, era su piedad—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. —Su voz sonó del todo neutra, pero había desviado la vista al responderle. Lariel se llevó la mano al pelo en un gesto inconsciente de nerviosismo, y por milésima vez desde que huyera deseó poder darse un baño caliente. Incluso con el pelo recogido sintió los nudos y la suciedad, aunque aquella incómoda sensación no era ni la mitad de desagradable que saber que él había sido testigo de su derrumbe emocional—. Todos nos sentimos impotentes y acosados por nuestros demonios de vez en cuando, Larry. —Las palabras, dichas con extrema cautela, apenas alcanzaron a calmar su vulnerabilidad. Aquel hombre estaba hecho de acero, por fuera y por dentro. Y aunque era muy tierno que intentara consolarla, no la hacía sentirse mejor.

—Dudo que tú tengas momentos de debilidad y, de ser así, que los afrontes de la vergonzosa manera en que yo lo he hecho —adujo de manera cortante, haciendo alusión a su anterior ataque de pánico.

—Quizá no del mismo modo —concedió—. Yo acostumbro a correr lo más lejos que puedo de la humanidad, y simplemente a dejar que los días de soledad autoinfligida y de trabajo físico extenuante se encarguen de aliviar las heridas lo suficiente como para poder continuar. —Ambos tardaron bastante en recuperarse de la impresión. Jass nunca había puesto en palabras su necesidad de huir cuando se sentía sobrepasado por su pasado, y aunque Ro lo había adivinado porque lo quería y se había molestado en conocerlo, jamás habían hablado de ello. La joven parpadeó sorprendida, sin creer del todo sus palabras.

—¿Y de qué estás intentado escapar, Jass? —El hombre inspiró con fuerza ante la pregunta. Había detectado la curiosidad en su voz, así como la incredulidad y la indefensión en espera de su respuesta. Y mientras se sumergía en esos ojos turquesa que lo habían perseguido a lo largo y ancho del mundo, por primera vez en su vida, la tentación de contestar, de exponer sus más profundos sentimientos a otro ser humano, fue sobrecogedora. Sin

embargo, se contentó con darle algo que pudiera calmarla sin exponerse.

—Mi padre es un hombre que valora en extremo las tradiciones, y aún después de los años, no está contento con que no haya seguido sus pasos, ni los del resto de la rama masculina de la familia, a pesar de haberle demostrado de manera reiterada que soy bueno en lo que hago, y que no necesito su maldita ayuda para salir adelante. —No pudo ocultar la amargura de sus palabras, incluso después del tiempo transcurrido. Un insistente pitido rompió el repentino silencio de la noche, y Jass sacó uno de sus numerosos aparatitos electrónicos del bolsillo de su camisa y se puso a toquetear la pantalla táctil. La luz que esta emitía, sumada a la de la luna, iluminaban su apuesto rostro totalmente concentrado en lo que hacía. Observó sus manos, maravillándose de nuevo de lo cuidadas y perfectas que las tenía para alguien con su oficio, que se movían con una velocidad vertiginosa por la pantalla, como si hubiera nacido con ese chisme entre las manos y no con un rifle de asalto, y por un momento se lo imaginó con un elegante y carísimo traje de tres piezas sentado frente a una inmensa mesa de cristal en un espléndido despacho de algún rascacielos de Nueva York, sus hábiles dedos volando sobre el teclado de un ordenador de última generación con la misma eficacia que mostraba en ese momento. Abrió los ojos como platos y un jadeo de asombro escapó de sus labios, lo que provocó que la mirada esmeralda volara hacia ella.

—Eres *ese* Jassmon Seveages. —Jass hizo una mueca, con la que confirmó su declaración.

—Ojalá nunca te hubieras enterado —admitió con brusquedad.

—¿Por qué? ¿Y por qué me lo has ocultado? ¿Lo saben los demás? —Las preguntas que su nueva identidad suscitaban en su mente corrían a la misma velocidad que la sangre por sus venas. Se sentía... estupefacta, frustrada, conmocionada, desorientada. Traicionada.

—Porque no quiero que pienses que no estoy capacitado para dirigir esta misión. O para protegerte. Y sí, el resto del equipo siempre ha sabido quién soy.

—Qué... —Lo miró sin comprender, hasta que sopesó las palabras. Entonces, por primera vez lo vio como al hombre de negocios del que hablaban los periódicos en la sección económica, el joven que se había hecho a sí mismo de la nada, alzándose con el control de ese mundo tan competitivo y cruel, fijándose objetivos imposibles, que alcanzaba con aparente facilidad y desenfado, tomando decisiones estratégicas, a menudo arriesgadas, que le reportaban beneficios escandalosos y enemigos envidiosos y mortales sin que al parecer le afectara. Había batido varios récords mundiales tanto con sus impresionantes patentes como con sus descomunales ventas, y se decía de él que era despiadado y duro, que no se detenía ante nada para conseguir lo que quería, que arremetía contra cualquiera si se interponía en su camino, aunque también se hablaba a menudo de su sentido de la justicia y de que detestaba las trampas y la corrupción. Se lo mencionaba constantemente como un pionero en el mundo de la tecnología, comparándole con Bill Gates o Steve Jobs entre otros, y se dedicaba a cualquier cosa que llamara su atención, como la industria del software, las aplicaciones web, las herramientas empresariales, la conectividad móvil y por supuesto, cualquier aparato electrónico de alta tecnología: ordenadores, *tablets*, videoconsolas, móviles... Incluso corría el rumor de que sus inquietudes podrían llevarlo a probar con otro campo muy diferente, como era la imagen y el sonido, en el que su propio padre se manejaba muy bien. También la prensa del corazón lo retrataba en sus portadas casi a diario, aunque por motivos muy diferentes a sus méritos laborales. En sus páginas sensacionalistas chismorreaban de otro tipo de logros, y aunque Lariel no era adepta a ese tipo de lecturas, sus amigas se tropezaban con sus propias bragas cuando el tema en cuestión era el macizo y seductor Jassmon Seveages. Pero el hombre con el pelo ligeramente largo, que le rozaba los hombros, la morena cara bronceada por aquel despiadado sol, y vestido con aquellas ropas militares, toscas y anodinas, no se parecía en nada al refinado magnate del distrito financiero de Los Ángeles, ni siquiera al consumado seductor con más encanto que criterio del que tanto había oído hablar. Parecía un rudo soldado, como el resto al que comandaba, haciendo honor a la sangre de tantos ancestros que corría por sus

venas. Y su suposición de que, si hubiera sabido antes que en realidad no era un guerrero, habría sentido que no era capaz de protegerla, era una soberana tontería. No obstante, saber que era la única que ignoraba su identidad la ponía furiosa—. Dios, os lo habréis pasado en grande a mi costa —dijo con amargura.

—Maldita sea, Larry, nunca se ha tratado de eso. —Jass se pasó la mano por el espeso cabello, en un gesto que denotaba frustración y nerviosismo. Se lo veía cansado. Triste y solo también. Y eso barrió su enfado de golpe. El hombre que tenía ante sí era un líder nato; un genio, susurraban algunos, pues al parecer detestaba que lo tildaran de superdotado. Era alguien acostumbrado a mandar sobre masas, a tomar decisiones críticas con consecuencias vitales, que arriesgaba millones, y que nunca jugaba en apuestas seguras. Y, sin embargo, sintió que a su lado se hallaba el ser humano, tan diferente del que los demás veían que apenas se parecían. Y esa melancolía, y la tremenda soledad que percibía tras las sombras de sus ojos verdes la atraían hacia él como un imán. Al igual que esa otra profunda emoción que intentaba ocultar tras sus largas y espesas pestañas, que reconoció de inmediato. Anheló.

—¿Por qué estás aquí? —Él acusó la pregunta como un golpe físico, porque se sobresaltó de manera visible.

—Para sacarte de este infierno, por supuesto.

—Sabes lo que quiero decir.

—No tengo ni puta idea. —Hizo amago de levantarse, pero se lo impidió cogiéndole del brazo. El gemido masculino los sorprendió a ambos. Jass estaba tenso bajo su agarre, la cabeza baja, mirando con intensidad la mano que lo sujetaba. Y Lariel supo con exactitud qué era lo que estaba pensando. Era la primera vez que lo tocaba por iniciativa propia.

—¿Por qué, Jassmon? —susurró. La morena cabeza se alzó y pudo ver con claridad la desesperación en el bello rostro.

—Nat...

—Mi padre no te contrató. —Negó con vehemencia, segura de ese hecho—. Él no podría ofrecerte nada para que te metieras en esta misión suicida.

Dios, si tú podrías comprarle varias docenas de veces. Y tampoco sería capaz de encontrar un motivo para que lo hicieras. —Lo miró como si fuera la primera vez que lo veía y le resultara del todo incomprensible lo que encontró—. ¿Por qué viniste a buscarme? —repitió, inflexible. Jass se sentía acorralado. ¿Qué podía decirle? «Soñé contigo casi cada noche durante diez malditos meses, obsesionándome con tu rostro hasta que casi enloquecí, pensando que eras un producto de mi imaginación, un bonito y sensual envoltorio que mi mente había creado porque no era capaz de saciar mi lujuria entre los brazos de las numerosas mujeres que llevaba a mi cama. Porque me sentía vacío a pesar de no acostarme solo ni una sola noche de la semana, y volqué en ti mis frustraciones e inquietudes. Pero cuando sostuve entre mis manos tu fotografía enmarcada y descubrí que eras real, y junto a ese sorprendente descubrimiento comprendí que podía haberte perdido para siempre, supe que tenía que hacer lo que fuera para asegurarme, porque si había una posibilidad, por pequeña y desesperanzadora que fuera, de que estuvieras en alguna parte, tenía que encontrarte y traerte a casa». Imaginó la cara que pondría si decía en alto las palabras. Cómo su expresión confundida y expectante cambiaría lentamente para volverse pesadosa y compasiva. Creería que estaba loco. Incluso él lo pensaba a veces. Sin embargo, desde que la había rescatado de aquella prisión con barrotes de oro, los sueños habían desaparecido por completo, y aunque daba gracias a Dios por ello, no dejaba de sentirse un poco solo cuando ni siquiera la tenía ya en ese plano. Y el hecho de que estos lo hubieran atormentado mientras estaba prisionera, y hubieran dejado de producirse al liberarla, no podía atribuirse a la casualidad. La observó, seguía esperando una respuesta.

—Porque no podía dejar que te quedaras aquí —contestó. A fin de cuentas, era cierto. Ella dejó escapar el aire que sin percatarse había estado reteniendo.

—¿Así que solo eres un buen hombre? —La ceja masculina se alzó, en aquel gesto tan característico.

—¿Solo?

—Bueno, aparte de uno de los veinticinco hombres más ricos del mundo según la revista Forbes, y un cerebritito privilegiado —capaz de construir cualquier cosa que se te ocurra—, un dios del sexo —si hemos de creer a las revistas del corazón—, con el don de provocar un orgasmo a una mujer completamente vestida y a más de diez metros de distancia...

—Leíste eso, ¿eh? —preguntó con una suave sonrisa.

—¿Lo niegas?

—Ya sabes cómo es la prensa amarilla. —Descartó con un gesto de la mano, para un momento después admitir con gesto pícaro—. En realidad, tan solo estaba a dos metros de la dama —confesó ampliando la sonrisa, que se volvió diabólica mientras le llegaba a los ojos. Lariel se estremeció. No había negado el resto. La sola idea de que hubiese hecho gozar a una mujer sin desvestirla y sin necesidad de tocarla, ni siquiera estando cerca de ella... Para alguien con su historial era bastante incomprensible. La reacción de la joven fue malinterpretada por su acompañante, que borró todo signo de diversión de su expresión—. No deberías sacar los juguetes si no te apetece jugar, Larry —la amonestó con suavidad. Era cierto, había sido ella quien había sacado el tema, pero no estaba asustada, solo descolocada y sorprendida. Por supuesto sabía que mujeres de todas las edades disfrutaban del sexo, pero le costaba asimilarlo después de su desastrosa experiencia.

—No es eso. Pensaba en lo diferente que sería mi vida si no me hubiera cruzado nunca con H'arün. En cómo sería capaz de disfrutar de cosas sencillas que antes daba por supuestas. —Jass rechinaba los dientes cada vez que oía ese nombre saliendo de los labios de ella, y no por primera vez se preguntó cómo era capaz de hablar de él con tanta calma.

—Algunas heridas nunca se curan, Larry. Pero puedes mantenerlas libres de infecciones, permitiendo que tu vida transcurra como tú quieres, no como alguien dictaminó que sería a partir de sus actos. —La muchacha supo reconocer la verdad que contenía la afirmación, pero no tenía ni idea de cómo llevarla a la práctica, cuando todo lo que precisaba para sentirse acorralada y muerta de miedo era alguien del sexo opuesto a menos de tres metros de ella.

—Bonito discurso, aunque es un poco más difícil cuando no tienes nada con qué compararlo. Cuando todo lo que has vivido es esa pesadilla de dolor, miedo, y humillación. —Esa vez, las palabras no eran tranquilas ni suaves, hablaban de todo lo que se escondía en un corazón herido y roto. Por eso Jass tardó un rato en asimilar su contenido. La miró con la boca abierta, y Lariel se arrepintió en el acto de sus irreflexivas palabras.

—¿Estás diciendo que eras virgen antes de... conocer a ese monstruo? —Agradeció su delicadeza, aunque no pudo evitar ruborizarse. Se llamó tonta, simplona y cría, pero en realidad su vida amorosa solo podía calificarse como un desastre andante. Suspiró, un suspiro largo y lento, con el que dejó escapar muchos de sus sueños que ya nunca podría hacer realidad.

—Sé lo que estás pensando. Que veintiún años es una edad escandalosa para seguir intacta, y más estando prometida a un hombre a quien persiguen las mujeres como la cola de un cometa. Supongo que primero estaba esperando a mi príncipe azul, y más tarde asegurándome de que Ken lo era. Lo irónico de toda esta historia es que al final lo encontré.

El profundo tormento que impregnaba sus palabras penetró en el pecho del hombre más limpiamente que la afilada hoja de un machete, y lo torturó con más brutalidad de lo que hubieran sido capaces los hombres del gobernador de haber podido ponerle las manos encima. Esa muchacha era demasiado joven y pura para haber sufrido tanto, y aunque ese cabrón le había robado una parte importante de su inocencia, guardado en su interior, donde ella creía protegido y a salvo, aún conservaba un candor sencillo y limpio, ingenuo y fresco, que él estaba dispuesto a preservar a cualquier precio. Sintió su mirada y la enfrentó con coraje, notando un sofocante nudo de ira e impotencia en las entrañas a pesar de la aparente calma de la joven. Después de un momento, ella desvió la vista y la deslizó por la plateada noche como si buscara algo entre toda esa maldita arena.

—Vayamos donde vayamos, aquí H'arün es considerado una especie de príncipe, aunque si tuviera que ponerle un color sería más bien negro. —Jass la observó, embobado con la expresión de la chica, entre desolada y

romántica, perdida en algún lugar muy lejos de él—. He pensado cientos de veces cómo alguien con el rostro de un ángel puede tener un alma tan corrompida y un corazón tan sádico y salvaje.

Muy a su pesar, él se puso de los nervios al saber que aquel hijo de puta que le había destrozado la vida le parecía atractivo, incluso habiendo reconocido él mismo con anterioridad que era un hombre guapo con un cuerpo atlético, que obviamente se cuidaba y se machacaba en el gimnasio, y que atraía a las mujeres de todos los estratos como las abejas a la miel. No obstante, los celos le quemaron desde los intestinos, y la lava ardiente que fue dejando a su paso le llegó hasta la garganta, y creó una gran bola de fuego que apenas lo dejaba respirar. Tan solo fue capaz de pensar en que él había estado dentro de ella, tan íntimamente como solo un hombre podía llenar a una mujer, dándole placer las veces en que la tenía drogada hasta las cejas, cuando ese veneno fluía libre por sus venas y hacía de ella una concubina receptiva, dispuesta, y complaciente. Se olvidó, obstinado, del dolor de las muchas otras ocasiones en que tuvo que forzarla, cuando su mente era libre para elegir, para decidir, y la respuesta inmediata era un rotundo no. En aquel momento de locura transitoria, se resistió a reconocer que en ambos casos la posesión nunca había sido consentida.

—Supongo —admitió la joven con un susurro dolorido—, que me deslumbró con su patente interés por mí. —Jass parpadeó, sorprendido. Lo poco que habían recabado sobre esa noche siempre terminaba en el mismo sitio. Nadie había mostrado una inclinación especial por ella—. Me crucé con él cuando estaba escabulléndome de la fiesta. Estaba cansada y aburrida. Todos esos actos eran iguales, monótonos, mecánicos, hipócritas, repletos de gente que o bien se creía tan importante que no merecías más que limpiarle los zapatos, o esperaban que codearse contigo uno o dos minutos les reportara el lustre que les permitiría ascender un poco más en la brillante escala social a la que todos aspiraban. Otros simplemente querían uno u otro favor, en mi caso, de mi apabullante y poderoso padre. —Jass lamentó su tremendo cinismo, seguro de que antes del secuestro no estaba ahí—. En aquel

entonces no me parecía tan feo, pero era consciente de la realidad del mundo. Vivía feliz ignorándola a mi conveniencia. Sea como fuere, de repente aquel guapo morenazo apareció frente a mí, y no tuvo reparos en hacerme ver de manera clara y concisa que estaba más que interesado. Imagino que había estado observándome sin que lo notara y me sentí halagada. Era encantador, educado, y tenía un abrumador aire de poder, riqueza, y ostentación. Parecía haberlo visto y hecho todo. En definitiva, era tan diferente a Ken como el día de la noche y me sentí atraída, pero rechacé su oferta con una sonrisa compungida.

Jass aflojó los puños con esfuerzo, recordándose que aquello era el pasado, y que ese hombre no significaba una amenaza, al menos para el corazón de la joven. Sabía por qué le había dado calabazas. No se había mantenido virgen hasta los veintiuno, con un prometido aporreando a la puerta de su floreciente sexualidad, para terminar acostándose con un tipo al que había conocido cinco minutos antes, por muy apuesto y peligrosamente seductor que fuera.

—Entonces... —El miedo y la ansiedad de esa única palabra precedieron a su declaración—. Todo ocurrió muy rápido. Me volví para ir a por mi abrigo y pedir que fueran a buscar mi limusina, y apenas me dio tiempo a registrar unos pasos a mi espalda, un dolor punzante en el cuello y la sensación de caer, y unos brazos que me cogían, y después... Nada. Lo siguiente que recuerdo es la casa de donde me sacaste, y las largas horas hasta que apareció H'arün despojado de toda su civilizada fachada, vestido con ropas árabes, en contraste con su perfecto acento americano, informándome de que a partir de ese momento era su *melekia*, su propiedad, y que viviría allí, sin salir de entre esas cuatro paredes hasta que se cansara de mí, momento en el que decidiría mi nuevo destino, que nunca sería devolverme a mi hogar.

—Pero vas a volver —la tranquilizó—. Ya casi estamos allí. —Ella le dedicó una sonrisa triste, como si rechazara su promesa.

—Sigues sin comprender lo que siente por mí. Y lo que será capaz de hacer para llevarme de vuelta a su lado. —Pero hubo algo que sí entendió. Ella nunca había tenido esperanzas de salir de aquel país. De huir de las

fauces de su torturador. De salvarse de las violaciones. Tenía la firme convicción de que tarde o temprano el gobernador volvería a tenerla en su poder, y todo comenzaría de nuevo. Y saber eso le rompió el corazón.

—No puedes creer de verdad que hay algo más que un sentimiento corrompido de posesión, sadismo, y crueldad —escupió, asqueado.

—Él lo llama amor —contradijo con voz queda.

—¡Eso! ¡No! ¡Es! ¡Amor! —Gritó cada palabra como si le fuera la vida en ello, necesitando que comprendiera la diferencia entre el enorme sentimiento que el término significaba en realidad, y la aberración a la que ese engendro la había sometido durante un año. Vio que ella abría la boca, lista para replicar, y no pudo soportar escuchar lo que tuviera que decir—. ¡Dios, Larry, lo que él te hizo en ese jardín no tuvo nada que ver con el cariño, el afecto, o la ternura! ¡Fue algo obsceno, sucio, brutal, e inhumano! ¡Nadie que quiera a alguien sería capaz de tratarlo así! ¡Y mucho menos de hacerlo de manera reiterada!

Según comenzó a hablar fue consciente del gravísimo error que estaba cometiendo, pero no pudo obligarse a detenerse. Quería, no, necesitaba que ella entendiera de una vez por todas que aquello era censurable se mirara por donde se mirara. Y aunque sabía que la joven odiaba a su violador con todas sus fuerzas, no pensaba dejar ninguna brecha por la que pudiera colarse el perdón, ni siquiera por una tortuosa creencia de que a aquel energúmeno lo impulsaba un sentimiento totalmente retorcido y pérfido al que llamaba amor. Si él tuviera derecho a tenerla a su lado, la cuidaría y la honraría cada segundo del día, asegurándose de que se sintiera segura y especial. Querida.

Lariel retrocedió a trompicones, como si la hubiera abofeteado, la cara blanca, y sus ojos desorbitados a causa de la conmoción y el horror. Se llevó una mano temblorosa al pecho, en un acto reflejo al dolor que con seguridad debía sentir. Tendría que haberse callado. Por muy pesaroso y resentido que estuviera, tendría que haberse mordido la lengua y haberse llevado a la tumba el secreto de aquella mañana. En ese momento era tarde, y el terrible sufrimiento que ese conocimiento le estaba provocando no valía el pequeño

desahogo que le había reportado.

—¿Lo... lo viste? —Quiso negarlo. Las ganas que tenía de decirle que no le quemaban los pulmones, pero los dos sabrían que era una cochina mentira, y se había jurado ser sincero con ella.

—No tiene importancia, Larry. —Su voz fue tan suave como una caricia, sin embargo, los efectos fueron devastadores para alguien que había pasado por demasiado en un solo día. Una risa histérica escapó de su garganta.

—Por supuesto que sí. Viste cómo me tocaba, cómo me poseía... — Pareció que dejaba de respirar antes de soltar su siguiente frase en tono acusatorio—. Tú... lo... viste... —Supo lo que ella estaba pensando sin necesidad de que formase las palabras, y se apresuró a negarlo.

—Estábamos vigilando la casa para confirmar tu identidad cuando llegaron los coches. Cuando comprendí lo que pasaba era demasiado tarde, no habríamos podido llegar a tiempo. Te juro que si hubiera habido una manera, por muy complicada o suicida que hubiera parecido, de evitar que aquello sucediera sin que resultaras herida, lo habríamos hecho. Yo... solo puedo pedirte disculpas por no arriesgarme a perderte en aquel momento. Volver a dar contigo podría haber supuesto meses, y pensar en lo que te ocurriría durante todo ese tiempo extra estando en su poder... —Se pasó las manos por el pelo, revolviéndoselo a causa de la frustración—. Espero que puedas comprenderlo y perdonarme. —Ella lo miraba con esos enormes ojos revelando la traición que sentía, las lágrimas corriendo por sus mejillas como pequeños ríos. La comprensión le llegó como un rayo. Lo supo porque se estremeció de forma incontrolada, y unos sollozos desgarradores llenaron la noche. Dio un paso hacia ella, deseando consolarla, y maldiciéndose por causarle tanto sufrimiento, pero se detuvo de inmediato cuando saltó para apartarse de él.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío, dime que no estabais todos observándome mientras esa bestia me rompía la ropa y abus... —Se le rompió la voz a causa del llanto histérico que le convulsionaba todo el cuerpo. Jass apretó los puños, impotente, antes de lanzarse a por ella y abrazarla con todas sus

fuerzas, impasible a su lucha por desasirse, incluso cuando le mordió el hombro con fuerza, desesperada por controlar algo en su vida. Al final, no obstante, se dejó caer contra él, exhausta y avergonzada, hundida hasta el fondo en una desesperación sin precedentes.

—Ni siquiera lo pienses, linda.

—¿Que no lo piense? —murmuró con un hipido—. ¿Crees que puedo olvidar que he sido la protagonista de una película porno emitida en directo para un grupo de machos cargados de testosterona con los que llevo viajando durante más de dos semanas? —Lo miró, el espanto reflejado en sus iris color turquesa—. ¿Por eso intentas seducirme desde que nos conocimos? ¿Porque sabes la lujuria a la que puedo llevar a un hombre? —En una situación normal el empujón no habría conseguido su propósito, pero estaba tan atónito que la soltó en cuanto notó su resistencia, y ella aprovechó para alejarse varios metros.

—Cómo puedes siquiera pensar algo así, mucho menos decirlo en voz alta. —Lariel vio el dolor en la mirada esmeralda, la herida abierta, la pena, el enfado, pero estaba sobrepasada, y ya no era capaz de pensar con claridad. Se cogió la cabeza con ambas manos, sintiendo que le iba a estallar.

—¡No lo sé! ¡No te conozco! ¡Tú no me conoces! ¡Solo quiero volver a casa!

—Voy a llevarte allí, cueste lo que cueste —prometió, su rostro pétreo y la dureza de su voz, junto al brillo de determinación de su mirada, dieron más peso a la afirmación que el mismo juramento. Sin embargo, ella lo miró con tristeza, casi con piedad.

—Confío en que lo intentarás, incluso a costa de tu propia vida. Pero aunque pudiera vivir con ello, que no puedo, H'arün vendría a buscarme.

—Deja de llamarlo así. —La furia helada que contenían sus palabras la sorprendió, porque ella se esforzaba continuamente por utilizar su nombre en un intento por humanizarlo, por recordarse que era solo un hombre, y no el ser invencible que había mitificado, engrandecido de tal modo que sentía como su dueño y señor, incluso a pesar del tiempo que hacía que ya no estaba

bajo su yugo, incapaz de comprender que llegaría el día en que fuera libre de su dominio.

—Puedes llamarle como quieras, pero eso no cambia el hecho de que no me dejará escapar.

—¡Voy a sacarte de aquí, joder! ¡Y ya va siendo hora de que te hagas a la puta idea! —El jadeo de dolor no lo afectó tanto como los ojos agrandados de miedo, o la imagen de sus dedos clavados con saña en los delgados brazos femeninos. La soltó como si quemara, horrorizado y asqueado de sí mismo, y la joven salió corriendo hacia el campamento, demostrando una vez más lo lista que era. No la siguió, se quedó allí, sintiéndose una basura humana, con el pecho ardiéndole de las ganas de entregarse al dolor.

Lariel corrió como si el gobernador le pisara los talones. Los pulmones le quemaban y le dolía la garganta, pero sabía que no era por la carrera. Era consciente de que estaba destrozada por dentro, y dudaba mucho que fuera capaz de recomponerse alguna vez.

Lo que había vivido durante el último año la había marcado de maneras inimaginables, y con cada día que pasaba se preguntaba más a menudo si deseaba volver a casa y pasar por el «periodo de curación» junto a sus seres queridos. Quizá fuera más sencillo e inocuo empezar en otro sitio, donde todo sería nuevo y no tendría que dar explicaciones, donde no tendría que intentar ser la antigua Lariel, ni fingir que estaba bien.

Fuera de Manhattan podría reinventarse a sí misma y comenzar de cero. Aquello le gustaría. Salvo que su padre la seguiría a donde quiera que fuese. Y en el fondo lo deseaba. Ambos habían perdido a su madre y estaban a la deriva. Se necesitaban mutuamente, y aunque Nathaniel podría dirigir su imperio desde cualquier parte del mundo, su centro neurálgico estaba en Nueva York. Y escapar nunca había sido una opción para ella.

Llegó al campamento y se detuvo de golpe, derrapando en la arena. Los once hombres que la miraban con fijeza la aterrorizaron como nunca antes lo habían hecho, ni siquiera durante los primeros días. Estaban de pie y era

obvio que la esperaban, como si hubieran oído su carrera desesperada durante todo el camino. Comprendió que habían escuchado toda la discusión, pues en la quietud de la noche sus gritos habrían sonado como cañonazos.

Los observó a todos, deteniéndose en cada uno de ellos, y aunque sus rostros se mostraron imperturbables, lo supo. Habían estado allí, *mirándola*, en aquel momento tan horrible y privado. Y aunque había entendido y aceptado la explicación de Jassmon, sabiendo que les había sido imposible evitar que ocurriera, una parte de ella, aquella que había estado aterrorizada y que a pesar de todo luchaba como una leona intentando en vano que no ocurriera otra vez, no podía dejar de pensar que deberían haber hecho algo para ayudarla, que ellos eran más fuertes y valientes que ella, que por primera vez en todos aquellos meses no había estado sola y que, aun así, había vuelto a pasar.

Como pudo, recogió su maltrecho orgullo y se fue con la cabeza alta y los hombros erguidos hacia el lugar donde estaban su manta y su mochila, fingiendo que tenía toda la intención de olvidar y pasar página.

Doce horas más tarde se arrastraba en silencio sobre la cálida arena, rezando para que ninguno de sus dormidos, pero siempre alertas compañeros, detectara su huida.

No tenía ni idea de dónde sacaba las fuerzas para intentarlo. Después de ocho interminables horas de caminata, una comida apresurada aunque consistente por primera vez en algún tiempo –gracias a la nueva reserva de provisiones–, y la tensión de las últimas dos horas esperando que el campamento se adormeciera y llegara la ocasión que estaba esperando, decir que estaba para el arrastre era quedarse corta.

Y esa había tardado en darse. Como cada noche, Jass se había tumbado junto a ella, y aunque gracias a Dios se abstuvo de tocarla, lo sintió a su espalda, tan viril y caliente que la abrasaba. Sabía que no estaba dormido porque podía notar la tensión que atenazaba cada músculo de su cuerpo, y cuando al fin se levantó de un salto, frustrado y enfadado, suspiró aliviada.

Nunca lo habría conseguido con él a su lado, pero tuvo una posibilidad cuando le hubo cambiado la guardia a Diego. Y había tenido que aprovecharla, porque cuando había regresado al asentamiento la noche anterior y se había enfrentado a la mirada conocedora de todos los miembros del equipo, puesto que los cuatro que habían participado en la incursión acababan de regresar, tuvo claro que no podía seguir conviviendo con ellos cada minuto del día. Hacer frente a sus miradas piadosas. Una cosa era que imaginaran la realidad de su vida durante su periodo de cautiverio, pero tener conciencia de que habían sido testigos de su humillación... No podía vivir con eso.

Aunque la razón principal de su escapada era Jassmon. Sabía con una certeza absoluta que lucharía por ella hasta su último aliento, haciendo gala del honor y el coraje que aseguraba no llevar en la sangre, y llevándoles a él y al último de sus hombres a una muerte segura.

Hasta el momento habían tenido suerte. O quizá no tanta, porque en realidad eran unos luchadores de élite, infinitamente superiores a los del gobernador. Pero la necesidad de H'arün de volver a someterla era obsesiva, y el equipo no lo comprendía como ella. Por eso debía alejarse lo más posible de todos ellos. Para salvarlos. Porque ella ya estaba perdida.

Calculó que estaba a un kilómetro cuando permitió que las lágrimas cayeran sin control por sus mejillas, bajándole por el cuello y perdiéndose más abajo de la tela de la camisa. No sabía qué era más doloroso, si cada paso que la separaba de aquellos hombres, que en tan pocos días habían llegado a ser fundamentales para ella, o la perspectiva de que en unas horas volvería a sentir las duras manos de su enemigo recorriendo con avidez y crueldad todo su cuerpo.

—Se te ve ansiosa por deshacerte de nosotros. —Lariel dio un salto, alarmada, antes de sentir un alivio tan intenso que le cedieron las rodillas. No se atrevió a girarse, pues la rudeza y la furia en el tono del hombre eran tan patentes que parecía que cada una de sus palabras fuera la causante de las ráfagas de viento que removían la arena a sus pies, aunque al final lo hizo

porque no soportaba más la tensión. Sus fríos ojos, enmarcados por un rostro pétreo e inclemente, la examinaron durante un minuto eterno, fijándose en las lágrimas que seguían deslizándose por voluntad propia, siguiendo el mismo camino que llevaban hasta debajo de su escote—. ¿Por qué te vas, si no quieres hacerlo?

—Es lo mejor —contestó con voz estrangulada.

—¿Lo mejor para quién? —quiso saber, con la vista aún clavada entre sus pechos, donde se había formado un diminuto charco a base de su sufrimiento.

—Para todos. —Su mirada sí se alzó entonces, y la llamarada verde casi la quemó con la combustión de rabia y pasión que a duras penas contenía.

—¿También para ti? —Se quedó callada durante tanto tiempo que el hombre pensó que no contestaría.

—Yo no cuento. —Y era cierto. Desde el momento en que el guapo moreno de ojos grandes, tan oscuros que parecían negros, había fijado su atención en ella, había dejado de ser un ser humano con pensamientos propios, con deseos y necesidades, y se había convertido en un objeto de placer, disponible cuando era requerido, relegado hasta su próximo uso. Así había sido durante el último año, y así sería hasta que muriera. Apenas se sobresaltó cuando los brazos masculinos la rodearon en un férreo abrazo, y la acercaron a su cuerpo hasta casi fundirla con él.

—Lo haces para mí. Cada maldito segundo del día. —No intentó separarse, habría sido un esfuerzo inútil, y además necesitaba un momento de ese consuelo físico que solo él podía proporcionarle, así que se aflojó como solo una mujer puede hacerlo en brazos de un hombre, maravillándose de ser capaz de vivir ese milagro. Sintió sus labios sobre su coronilla, y su pecho contrayéndose al inspirar con fuerza para absorber su olor. Aquel gesto tan íntimo apretó su vientre en un nudo de emoción, y le hizo ser consciente de sus necesidades como mujer, tanto físicas como emocionales. Dios, ese hombre la hacía sentir viva cuando ella ya se había dado por muerta. Aún así se apartó, aunque lo lamentó aún antes de que los brazos masculinos se abrieran para dejarla ir, obedeciendo sus deseos cuando era obvio que no

deseaba hacerlo.

—Permite que me marche. —Dio un paso hacia ella antes de detenerse en seco.

—No es eso lo que me estás pidiendo.

—Jass...

—Esperas que consienta que regreses con él. —A pesar del sobresalto y la repulsión que la simple frase le produjo, se esforzó por no demostrarlo y asintió, confirmándolo. Lo vio apretar la mandíbula—. Él nunca volverá a tenerte —juró con fiereza.

—Esto no es una lucha entre dos perros por quedarse con el hueso —contestó enfadada, pues reconoció los celos y la rivalidad en las profundidades esmeralda.

—Entonces deja que lo exprese de otra manera. Jamás volverás a estar a merced de esa sanguijuela. No dejaré que estés expuesta a su maldad. Ni siquiera que te encuentres a menos de diez kilómetros de él. Voy a matarlo, Larry, para que nunca más debas vivir aterrorizada por él. Pero hasta que eso ocurra, no harás nada por ponerte de forma voluntaria a su alcance. O haré que lo lamente. —La amenaza debería haberla asustado. En cambio, algo suave y calentito rodeó su corazón, acariciándolo y arropándolo con mimo. Confianza. Por primera vez en mucho tiempo se sentía segura, porque había alguien que quería cuidar de ella, protegerla a cualquier coste... Negó con la cabeza.

—No quiero vuestras vidas sobre mi conciencia. En algún momento esto terminará en masacre, y no merezco que ninguno muráis por mí.

—Estamos entrenados para esto. No somos un blanco tan fácil como piensas, y si tiene que pasar... —Se encogió de hombros, diciendo que esa era la forma de vida de aquellos hombres, el trabajo por el que su padre les había pagado. Pero no era el suyo. Jassmon no era un soldado profesional, era un maldito hombre de negocios, y aunque se desempeñaba excepcionalmente bien con un rifle de asalto y un mapa, y era más que obvio que era un líder nato, aquello estaba tan fuera de su línea de acción habitual que Lariel

temblaba por dentro pensando que pudiera ocurrirle algo. Y sería solo culpa suya.

—Yo puedo evitarlo. Si me esfumo...

—No estamos discutiéndolo. Saldrás del país con nosotros. Punto. —Sus hermosos rasgos, duros e inmovibles de repente, le dijeron que no iba a capitular, aunque ella ya sabía que si cualquier miembro del grupo la sorprendía huyendo se lo impediría. Aún así lo intentó de nuevo.

—No puedo...

—No tienes elección, linda. —El regreso se le hizo más largo, desesperada por hacerle entrar en razón, pero con la certeza que no lo conseguiría. Él nunca permitiría que H'arün llegara hasta ella y siendo sincera, el alivio que aquella constancia le daba la hacía sentirse mareada de agradecimiento. La duna tras la cual se ocultaba el campamento apareció ante ellos y se detuvo de golpe. A su lado, Jassmon la imitó—. Sea lo que sea lo que estás tramando ahora, la respuesta sigue siendo la misma —comentó con voz cansada, pero una ojeada a sus ojos enormes y aprensivos, y a su rostro pálido y tenso, y toda su expresión cambió, mostrando su preocupación—. ¿Qué ocurre, Larry? —Ella retrocedió un par de pasos, y él se forzó a quedarse donde estaba.

—Por favor, no me obligues a volver. —El silencio se extendió durante unos segundos.

—¿Por qué? —preguntó con suavidad, aunque sabía la respuesta porque en parte era la misma razón por la que había huido de ellos, aunque no lo hubiera admitido todavía. Cuando había regresado junto a ella después de la terrible discusión que habían tenido y se había acostado a su lado, se moría por abrazarla. Para consolarla, sí, pero también porque él mismo lo necesitaba con desesperación. Sin embargo, había sabido que ella no podría con ello en aquel momento, y se había mantenido tenso de necesidad y frustración, contando los minutos que ambos permanecían despiertos y alertas el uno del otro, viendo pasar las horas con los nervios de punta, hasta que no había podido soportarlo más y había pensado que ambos lo pasarían mejor si se

levantaba y asumía la guardia. De todos modos, le iba a ser imposible descansar en el estado de agitación en el que se encontraba. Pensó que había sido un auténtico idiota. Si no la había abrazado con todas sus fuerzas había sido por lo vulnerable que estaba Larry en ese momento, después de haber descubierto que habían visto lo que le había ocurrido en el jardín. Se maldecía por haber sido tan bocazas, pero por desgracia no podía borrar sus rabiosas y apresuradas palabras, que habían provocado que se sirviera en bandeja a un depravado de la peor especie.

—No puedo soportar que me miréis, y saber que estáis recordando... aquello. Cada puñetero detalle de lo que él me hizo grabado en vuestra retina para siempre. —Cerró los ojos con fuerza, las mejillas sonrojadas por la degradación que su cuerpo y su mente habían experimentado de manera reiterada. Jass apoyó dos dedos con delicadeza bajo su barbilla, y la obligó a levantar la cabeza. Los ojos permanecieron cerrados con obstinación un momento, pero al fin se alzaron. Eran unos pozos profundos de sufrimiento y confusión, tan jóvenes y a la vez tan ancianos, tan atormentados que daban ganas de llorar y de gritar al mismo tiempo por las injusticias de la vida. Y fue en aquel instante que Jass se juró a sí mismo que sanaría aquel corazón costara lo que costase, que volvería a mirar esos ojos y solo encontraría felicidad e ilusión, aunque no fuera dirigida a él. Tragó con esfuerzo.

—Cariño, ¿de verdad piensas que habernos ahorrado ese trago haría que nuestra imaginación fuera menos vívida? ¿Crees que todos y cada uno de nosotros no nos torturamos constantemente con las posibles salvajadas que ese sádico ha podido hacerte? No nos hacía falta verlo para saber que te jodió de todas las maneras posibles, sobre todo en el alma, que casi destruye. Tu cuerpo pueden poseerlo muchos hombres a lo largo de tu vida, pero tu alma es tu esencia. Es única, y es solo tuya. Hermosa e irremplazable. Y ese malnacido se ha atrevido a mancillarla, a pisotearla, a rompértela. Y eso, más que nada, es lo que ninguno de nosotros va a perdonar. Porque ya te he dicho que eres más que un trabajo. Ellos —dijo, haciendo un gesto hacia el silencioso campamento oculto tras la duna—, harán cualquier cosa por ti. Y

no por dinero. —Lariel lo miraba en silencio, atragantada con las lágrimas que volvían a fluir como pequeñas cataratas por su pálido rostro. Qué irónico que durante todo aquel horroroso año no hubiera llorado ni una sola vez, y en esos pocos días no pudiera parar.

—Gracias —fue todo lo que pudo decir. Porque si decía algo más, se ahogaría entre tanto dolor.

CAPÍTULO 12

Estaban en Nayaf. Lariel oía los latidos de su corazón golpeando frenético contra su caja torácica. La expectativa y la esperanza se agitaban en una mezcla voluble, y la obligaban a enfrentarse, por primera vez, a la perspectiva de que quizá lo consiguieran.

Phil, Fran, Seppe y Diego habían ido al pueblo a abastecerse de los alimentos y los últimos artículos que precisaban para abandonar el país mientras que ellos seguían camino hacia donde tenían escondido el avión.

Se preguntó cómo podía esconderse un aparato con una longitud de treinta metros y una altura de casi doce en un desierto, pero había descubierto que esos hombres eran lo más parecido a superhéroes que había en la vida real, y eran capaces de cualquier cosa, como cruzar la frontera sin ser detectados por los iraquíes, por ejemplo, algo que hasta entonces había pensado que solo era posible en las películas de James Bond.

A pesar de lo cerca que estaban de su destino final, no pudo evitar sentir una punzada de ansiedad que la obligó a mirar por encima del hombro, como si esperara descubrir un batallón enemigo tras ellos, acechándoles en silencio, listos para echárseles encima a la menor oportunidad. Aunque no encontró nada más que un inmenso horizonte, azul anaranjado puesto que empezaba a amanecer, y la misma maldita arena que llevaba masticando durante dieciséis días, la aprensión que le atenazaba el pecho no se deshizo, sino que estrechó el nudo un poco más, sofocándola.

Apretó el paso, decidida a adelantar al inminente peligro que presentía, para nada dispuesta a fracasar al final de aquel infernal trayecto.

—¿Tienes prisa, *ma colombe*? —A pesar de lo nerviosa que estaba, no pudo evitar sonreír ante el galante francés que la miraba con ojos apreciativos y un tanto divertidos. Jean Paul Courtois, con su piel blanca, su pelo rizado muy rubio, y aquella mirada azul pálida siempre tan cálida y risueña, era un

hombre a tener en cuenta gracias a su atractivo rostro, su esbelto y fibroso cuerpo, y su más de metro ochenta.

—No soy tu paloma —lo riñó sin entusiasmo, sabiendo por experiencia que era un caso perdido. Paul era un seductor nato, y practicaba sus artes con toda la asiduidad que podía. Y teniendo en cuenta que ella era la única mujer disponible desde hacía semanas, las opciones de escapar a sus atenciones eran escasas.

—Pruébalo, *ma petite*. Podría hacerte volar —contestó con acento ronco y sugerente. No sintió nada, sin embargo, aun cuando era guapo y encantador, y aunque su mente le decía que era normal después del infierno por el que había pasado, muy dentro de sí una vocecita insidiosa le susurraba que, con el hombre adecuado, esas mismas palabras la tendrían ansiosa y ardiendo. Se negó a mentirse a sí misma, y buscó al líder del equipo, encontrándose con sus ojos inexpresivos durante un momento antes de que él apartara la mirada, y consiguió sonreír al capitán de corbeta de la Marina Nacional francesa, que aguardaba su respuesta.

—Me parece que el único que nos hará volar hoy será Jassmon, Paul. A casa. —No pudo evitar reflejar cierta dosis de esperanza en su voz. Estaban tan cerca de conseguirlo que parecía imposible que nada pudiera estropearlo llegados a ese punto. Y sin embargo no conseguía deshacerse de esa sensación de fatalidad que le recorría la columna, como si algo maligno se acercara por detrás... Sintió la mirada fija del hombre en ella, y cuando lo enfrentó comprobó que en efecto la observaba con atención.

—Eso me temo —contestó adustamente, y con la excusa de ajustarse el arma se rezagó, para dejarla sola y confundida.

Media hora después, sedienta y sudorosa, arrastraba los pies de manera mecánica cuando los vítores de los hombres la hicieron despertar de su letargo.

Alzó la vista y contuvo el aliento. Delante de ellos había una gran formación rocosa, y si bien eso ya de por sí era novedoso, pues en su largo viaje no habían encontrado más que arena por todas partes, y aunque aún no

podía verlo, sabía que en alguna parte, entre aquellas piedras, estaba el avión.

Sintió una mano deslizándose entre la suya, y la sensación fue la misma que si la hubiera alcanzado un rayo. Levantó la cabeza y la mirada esmeralda, comprensiva y tierna, la inundó de paz y de calor mientras conectaba con ella. Él sabía lo que estaba sintiendo. El cómo era un misterio, no obstante había decidido que hasta que llegara a casa aceptaría lo que pudiera de él, sin reservas y sin arrepentimientos. Y procuraría no pensar que apenas quedaban unas horas para eso.

—Lo hemos conseguido. —Asintió, desbordada de gratitud.

—¿Me llevarás a casa? —Los ojos verdes refulgieron, a la vez que una deslumbrante y descarada sonrisa pervertía esa perfecta boca.

—Por supuesto. —Jassmon apretó sus dedos y tiró con suavidad para instarla a caminar, mostrándole el camino hacia la libertad.

La verdad fuera dicha, el avión estaba condenadamente bien oculto, pese a que solo lo cubría una lona, del mismo color que la arena del desierto, eso sí, sujeta al suelo por numerosas piedras alrededor del aparato, que conseguía que desde el aire se fundiera bastante bien con el entorno. El inmenso avión militar estaba encajado entre las rocas, y hasta Lariel sabía que hacía falta una pericia extraordinaria para colocarlo en aquella posición, facilitando su camuflaje.

Josh quitaba una de las piedras que sujetaban la lona mientras el resto hacían lo mismo con las restantes, cuando el inconfundible ruido llegó hasta ellos. El corazón se le paralizó durante un par de segundos antes de que comenzara a latirle desbocado, resonándole en los oídos más fuerte que los motores de los coches que se acercaban a toda pastilla con el único propósito de aniquilarlos.

Los ojos de Jassmon se encontraron con los suyos un instante, pero la promesa fue más firme que si hubiera pronunciado las palabras a voz en grito.

—¡Shawn, la quiero dentro ya! ¡Y ponlo en marcha! —Cualquiera habría pensado que la media docena de Humvees los haría volverse frenéticos, pero

aquellos soldados entrenados durante años demostraron que sabían lo que hacían, y con unos nervios templados en acero, terminaron de descubrir el aparato y tomaron posiciones para defender el lugar. Entretanto el primer teniente llegó hasta ella, y cogiéndola del brazo la instó a seguirlo.

—¡No! ¡Puedo ayudar! —El rubio piloto le echó una mirada impaciente y hosca por encima del hombro mientras seguía tirando de ella hacia el Lockheed, claramente igual de frustrado que ella por tener que dejar a sus compañeros a su suerte.

—Si te quedas, varios de ellos —dijo, señalando a los hombres a sus espaldas— se limitarán a protegerte, y ahora mismo no tenemos tiempo para hacer de niñera. —Se quedó rígida ante la acusación, sabiendo que eso era justo lo que harían. Ella era la misión. Su bienestar, su vida, estaban por encima de todo. Y ni su padre ni Jassmon permitirían que corriera riesgo alguno, no importaba el costo que eso supusiera. Con un peso aplastante en el corazón, lo siguió sin resistirse, y entró en el avión tras él, sintiendo que el dolor crecía en su interior mientras los sonidos de la lucha disminuían en la gran nave.

—¿Puedo... hacer algo... aquí? —preguntó en un hilo de voz, frotándose los brazos con fuerza, pues a pesar del ligero bochorno que se había concentrado, tenía carne de gallina.

—Claro. Será un infierno arrancar esto yo solo. Anda, ven y siéntate a mi lado. —Lo hizo de inmediato, necesitando hacer algo para olvidarse de los continuos disparos que se escuchaban cada vez más fuerte. Los coches se acercaban—. Vas a ser mi copiloto. Y he de admitir que nunca he tenido uno tan guapo y sexy. —Ni siquiera pudo fingir un amago de sonrisa. De repente un enorme estruendo hizo vibrar los cristales, como si la tierra misma hubiera estallado. Un sonido bajo y agudo llegó hasta ellos, algo que no parecía humano, pero que resultaba obvio que no lo producía algo mecánico. Se sobresaltó cuando la mano de Shawn acarició con mucha suavidad su mejilla, y sintió una inexplicable humedad ante el contacto. Quiso apartarse, pero él apretó los dedos sobre sus huesos, sin causarle dolor, aunque le impidió

moverse—. Eso ha sido un cohete disparado por nosotros, y si por el ruido no lo has notado, baste decir que es uno de los juguetitos de Jass, así que es obvio que ha dado en el objetivo, que no es otro que esos cabrones. —Fue solo entonces cuando se dio cuenta de lo que era ese ruido desagradable y lastimoso. Era un gemido continuo, desgarrado, y aterrador. Y lo producía ella.

—No dejes que me atrapen de nuevo. —Mientras lo decía, sentía la vergüenza de pedirlo, sin embargo, el miedo atroz de volver a pasar por aquello eliminó su orgullo.

—Nunca —prometió con vehemencia, mientras apretaba botones con rapidez, giraba manivelas, subía y bajaba palancas, pero sin apartar parte de su atención de ella. La joven se giró hacia la ventanilla, necesitando saber qué estaba pasando—. ¿Ves ese botón rojo de allí? ¿El tercero de la derecha, la segunda fila de tu izquierda? Sí, ese. Necesito que lo pulses. Gracias. Y ahora coge ese libro, el de la cubierta azul marino, y empieza a leérmelo en voz alta. Este no es el tipo de avión que estoy acostumbrado a pilotar, así que necesitaré algunas instrucciones básicas mientras Jass se desocupa un poco. —La siguiente explosión la hizo botar del asiento, pero siguió pasando páginas hasta que llegó a la parte que necesitaba Shawn, fingiendo con valentía que los tiros cada vez más cercanos, los gritos y las detonaciones, no le ponían los nervios de punta. Siguió leyendo con voz temblorosa, tropezando con las palabras, aunque gracias a Dios el teniente no dijo nada en ningún momento, no obstante, cuando una bala se incrustó en la cabina, a escasos centímetros de su cabeza, se quedó muda. No había traspasado el metal, pero aquello significaba que el enemigo podía tocarlos.

—Dios, Shawn. ¿Y si ellos también utilizan lanzacohetes?

—No lo harán. —Levantó la vista hacia él, los ojos enturbiados por las lágrimas que intentaba con todas sus fuerzas no volver a derramar.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque no se arriesgarán a hacerte daño, y esas cosas destruyen todo lo que encuentran a su paso. —Asintió, y echando mano de un coraje que estaba

segura que no era suyo, volvió a leer, dispuesta a meter en el avión a todos los hombres del equipo, aunque tuviera que salir a por ellos uno a uno.

—Dime que estamos listos para despegar, porque si no lo hacemos en el próximo minuto y medio, no saldremos vivos de este puñetero desierto. — Los dos se volvieron hacia atrás, y respiraron aliviados al encontrarse con el primer piloto con los brazos en jarras, observando el panel de mandos con concentración. Le bastó un par de segundos para hacerse una idea clara de la situación, y otro más para dedicarle una mirada agradecida al otro hombre, por haber tenido a Lariel hábilmente ocupada para que no se pusiera histérica. Antes de partir hacia la misión había visto los expedientes de todos los integrantes del equipo, y era muy consciente de que Blevins podía pilotar ese chisme con los ojos cerrados, e incluso reproducir ese manual palabra por palabra si encontrase una razón lógica para hacerlo.

—Jassmon. —La joven se levantó, dejando caer el libro sin darse cuenta, y lo miró de arriba abajo, con seguridad buscando heridas. Cuando no encontró ninguna su alivio fue tan intenso que le fallaron las rodillas, y Jass tuvo que sujetarla del codo. Interceptó una mirada divertida del teniente antes de ocupar el asiento del piloto, que este había dejado libre, y seguir con los preparativos para el despegue.

—¿Cómo de feas están las cosas? —le preguntó Shawn.

—Hemos equilibrado un poco la balanza. Tres de sus preciosos vehículos militares están hechos papilla gracias a los lanzacohetes, lo cual es bueno, porque están blindados y tienen cristales antibalas. Eso los hace demasiados pesados para este tipo de suelo, y avanzan despacio. Y John ha conseguido cargarse el radiador de otro con esa jodida puntería que tiene, así que eso nos deja con dos coches y alrededor de una docena de árabes furiosos.

—¿Y nosotros? ¿Estamos bien? —Los dos hombres siguieron a lo suyo, intensamente concentrados. Y una pequeña campana de alarma empezó a sonar aún antes de que Jassmon se girara hacia ella y le viera los ojos. Había tanta pena en ellos... Tanta culpa y dolor.

—El resto del equipo ha vuelto. Debieron oír el jaleo y han echado el resto

para llegar por detrás de esos cabrones. Así es como hemos conseguido destruir uno de los Humvees. —Hizo una pausa, la garganta demasiado dolorida para continuar. Después miró a Shawn mientras confirmaba lo que ambos sospechaban—. Tenían que pasar por en medio de ellos para alcanzarnos. Era un jodido suicidio. Aunque aprovecharon la confusión de la explosión del tercer coche, los rodearon. Les dimos toda la cobertura que pudimos, incluso lanzamos un par de cohetes a lo loco como distracción. Paul y Josh se lanzaron a por ellos, los muy estúpidos. Creí que iba a perderlos a todos —admitió en un susurro atormentado—. Cuando los chicos llegaron hasta nosotros, dijeron que Diego se había sacrificado por el grupo. Se quedó allí, cubriendo la retaguardia, y permitiendo que le dejaran como un colador para que el resto pudiera escapar —terminó con voz rasgada y lágrimas en los ojos, la desesperación marcada en cada rasgo de su torturado rostro. Un sollozo entrecortado escapó de los labios trémulos de Lariel, que necesitó sentarse para digerir aquello. Pobre Diego. Por su mente pasaron multitud de imágenes del muchacho, el más joven y dulce de todos. Moreno, de ojos grandes del color del chocolate fundido, con un temperamento alegre y siempre dispuesto a complacer. Su talante bromista y su actitud abierta hacia la vida habían conseguido en más de una ocasión que la propia Lariel lo envidiara. Todo ello, junto a aquel rostro infantil y a sus escasos veintitrés años, le habían valido el apodo de El Niño, que como todo él se tomaba con una buena dosis de humor y una sonrisa ligera. En cambio, en ese momento, se preguntó quién lloraría a Diego Martínez Campos, alférez de Fuerza Aérea española y navegante en esa misión, y de inmediato miró a Shawn, que permanecía aparentemente indiferente, manejando los mandos del panel de control con eficiencia. Sin embargo, la mandíbula encajada y la tensión en su cuerpo desmentían esa fingida insensibilidad. A pesar de que era unos años mayor que el español, y de ser todo lo contrario a él, habían congeniado desde el principio, y el primer teniente se había convertido en un modelo a seguir para el joven. Decían que los polos opuestos se atraían, y en ese caso parecía ser cierto, porque aquellos dos hombres habían llegado a ser buenos amigos en muy poco tiempo.

—Shawn —lo consoló, tocándole con suavidad el hombro.

—Todos sabíamos el precio a pagar por venir aquí —contestó sin mirarla, apartándose de su contacto con un movimiento fluido.

—¡Tenemos que salir de aquí! —gritó Rolland desde la cola del avión, trayendo con él el rumor cada vez más cercano de los disparos.

—¡Espera a que terminemos nuestros cubatas! —ironizó Jassmon.

—¡La señora está saliendo de su sesión de belleza! —lo imitó el otro. Los demás empezaron a subir, tiraron sus mochilas donde pudieron, y no dejaron de disparar al exterior. Los motores aullaban, y poco a poco el avión comenzó a moverse hacia adelante.

—¿Estamos todos? —consultó el piloto.

—En cuanto suba... ¿Dónde cojones está Paul? —preguntó el coronel, cabreado.

—Allí —respondió Phil.

—Joder. —Bastante tiempo después Lariel pensaría en lo curioso que resultaba cómo una sola palabra podía llegar a representar tanto. Cómo unos simples segundos cambiaban vidas de un modo grotesco e inexorable. Pero en aquel momento lo único que fue capaz de hacer fue lanzarse a la carrera hasta la cola del avión y mirar hacia fuera. Y después rezó para no haberlo hecho. Porque supo que jamás olvidaría aquello. Jean Paul yacía en el suelo, a unos pocos metros de ellos, con un tiro en la pierna, y los dos vehículos restantes lo rodearon de inmediato. La puerta del copiloto se abrió despacio, y H'arün salió con la vista clavada en ella, a pesar de que alguien, tirando con violencia de su brazo, la arrastró a uno de los laterales, con el fin de ocultarla ante un posible ataque. También él estaba parapetado tras la puerta blindada, y la estudiaba a través del cristal a prueba de balas. El único que permanecía desarmado y desprotegido era Paul. Lo miró, y no vio miedo en su expresión, sino una serena sonrisa, y aquello le estrujó el corazón. Jassmon había detenido el aparato, y la tentación de salir a por él era tan grande que sabía que todos sentían lo mismo que ella.

—*Melekia*. —Aquella asquerosa palabra penetró en su alma y se la rompió

en mil pedazos. Los cientos de veces, los miles que lo había escuchado llamarla así antes regresaron de entre sus recuerdos para humillarla y confundirla, para atormentarla—. Él por ti. —Dio un paso al frente, dispuesta para el sacrificio. No había nada que pensar. Prefería morir que entregarse a él de nuevo, pero nunca sacrificaría la vida de otro por escapar de ese infierno. El gobernador abrió la boca en una gran sonrisa, mientras que la del francés se esfumaba a la vez que se incorporaba. El culatazo de un rifle le mantuvo en su sitio, y un brazo sobre su cintura la apartó a ella de la rampa.

—Ni lo sueñes. —Las palabras susurradas en su oído estaban cargadas de rabia y amenaza, pero no fue por eso que se estremeció. Durante un segundo se apoyó en ese pecho duro y cálido, antes de intentar soltarse.

—¡Déjame! —siseó, agarrando sus manos y clavándole las uñas en la carne, pero sin conseguir que su apretón se soltara ni una pizca— ¡Va a matarle si no voy con él!

—¡Y todos y cada uno de los aquí presentes preferimos verte muerta antes de que te ponga las manos encima otra vez! —Se quedó inmóvil, y se volvió hacia los demás. Jass giró con ella para permitirle el movimiento. Todos le mantuvieron la mirada, confirmando la declaración de su jefe. Se sintió henchida de orgullo. Ahí tenía a unos hombres que habían matado por ella, y que igualmente morirían por ella. Y ahora sabía que incluso acabarían con su vida para impedir que sufriera a manos de un sádico cruel y sanguinario. Y lo más importante de todo era que estaba segura de que no lo hacían por el dinero.

—¡*Melekia!* Mi paciencia se acaba. Ven por tu propia voluntad, o no solo este perro sufrirá por tu rebeldía. Los descuartizaré a todos, y alimentaré a las bestias con ellos. Y te obligaré a mirar cómo los torturo mientras te poseo. — Deseó poder hacerse un ovillo en el suelo como la cobarde que era. Deseó vomitar sobre las botas del hombre que la sujetaba para protegerla. Deseó llorar hasta quedarse seca por dentro y por fuera. Deseó aullar de dolor hasta perder la voz. Pero lo que hizo fue forzarse a mirar los oscuros ojos de su Némesis y no demostrar lo asustada que estaba. Aun así, él mostró los

dientes, como si olfateara el olor acre de su miedo—. Tienes diez segundos, Lariel, ni uno más. —Desesperada, buscó a Paul. Sus claros ojos azules la miraban con tranquila aceptación, y de nuevo esa sonrisa suave, en ese momento un tanto triste, teñía sus hermosos labios. El reguero de sangre que caía por el lado derecho de su cara solo añadía dramatismo a su atractivo rostro, que permanecía impassible mientras enfrentaba su mirada. Entonces le tiró un beso y sopló, como lo había hecho tantas veces durante aquellas semanas —y la había exasperado por ello—, sin embargo, en aquella ocasión era una despedida silenciosa. Se lanzó hacia delante con un sollozo estrangulado, y sintió la mano en su cintura apretarse hasta el dolor mientras por el rabillo del ojo veía a Alfred apuntar con su rifle. «Por Dios, no iban a ocuparse de su compañero ellos mismos, ¿verdad?»

—¡Ahora! —gritó Jassmon por encima del ruido de los motores a la vez que pulsaba un botón a su lado y la rampa comenzaba a subir.

Los motores rugieron, y el avión corrió a toda velocidad por la arena, preparándose para despegar. El gobernador maldijo en su idioma, y los disparos volvieron a sucederse. Jass intentó obligarla a ocultarse, pero se agarró con todas sus fuerzas a un panel y fue testigo de primera mano del terrible momento en que H'arün puso la pistola en la sien de Paul y le descerrajó un tiro. El cuerpo se sacudió con violencia y cayó con fuerza contra el coche. De una violenta patada, su asesino lo sacó de su camino y se metió dentro, para protegerse de las balas hasta que la rampa estuvo cerrada por completo.

—¡Nooooo! —gritó con los pulmones ardiendo de horror, sintiendo que le clavaban un enorme puñal en el pecho y la rajaban en canal hasta la cintura, mientras seccionaba cada órgano vital que encontraba a su paso. Esa era otra muerte que añadir a su cuenta, y la factura empezaba a ser demasiado elevada para poder pagarla en una sola vida.

—Shhh... No te tortures, linda. Él no lo habría querido de otro modo. — Percibió que la soltaba, y en su lugar otros brazos la alzaban y la apretaban sobre un pecho fuerte y duro. Su dueño se sentó después en uno de los

asientos con ella en su regazo. No le importó, porque el dolor era demasiado intenso como para desentumecer ninguna otra emoción.

—Estamos ascendiendo —le susurró Philippe en el oído, como si temiera que se derrumbara si hablara más alto, cosa que quizá fuera cierto—. Jass tiene que pilotar, o Shawn se pondrá a llorar como un bebé.

Recordó haber escuchado los pasos apresurados de alguien hasta la cabina, y que anteriormente Lav había mencionado que ese avión debía pilotarse por dos personas, e imaginó el esfuerzo que le habría costado al teniente despegar sin su compañero, sobre todo teniendo que sacar ese enorme chisme de entre las rocas. De repente el silencio se le antojó extraño, y se dio cuenta de que los impactos de bala en la chapa se habían interrumpido. Después de la explicación de Shawn, Lariel entendió que el gobernador había dado la orden de detener el ataque por miedo a estrellar el avión con ella dentro.

¿Pero qué podía importarle eso ahora que había escapado? No era capaz de pensar en ello en ese momento, de hecho, no podía pensar en nada. Solo la horrible imagen de Paul con sus sesos esparcidos por el desierto cuando poco antes había coqueteado con ella con su descarado habitual, llenaba por completo su mente, al igual que la cruel mueca de satisfacción que tenía la cara de H'arün cuando sus miradas se encontraron por última vez, mezclada con toda esa furia hirviente por haberla perdido.

Sintió los brazos de Phil rodeándola más fuerte, como si leyera sus pensamientos, y se permitió relajarse en su fuerza y seguridad, sin percatarse de lo que hacía.

Iba de camino a casa. Suspiró, mezclando la pena, el agotamiento y la esperanza en ese sonido apagado. *A casa.*

Se quedó dormida en segundos, sin ser consciente de las miradas de los ocho hombres, que vieron con gesto impasible cómo permitía que el sueño la venciera acurrucada entre los brazos de un hombre fuerte y viril, todo lo que ella rechazaba con ferocidad. Un hombre que además no era el suyo.

Jassmon rotó los hombros y el cuello, en un intento por desentumecer los agarrotados músculos después de ocho largas horas a los mandos de aquel enorme y temperamental aparato. Era un piloto experimentado, y no había bicho con alas que se le resistiera, pero la verdad era que no estaba acostumbrado a manejar aviones de tales dimensiones, y menos durante tanto tiempo. Aunque le había dicho a Shawn que durmiera un par de horas, él se había mantenido en su puesto todo el tiempo. Y ahora necesitaba un merecido descanso, pensó frotándose con energía la nuca, sintiéndose tan cansado que supuso que sería mejor mantenerse de pie si no quería quedarse frito en cuestión de segundos.

Salió a la bodega de carga y se quedó inmóvil, con la vista clavada en la pequeña figura hecha un ovillo entre los brazos de Phil. Como si presintiese su escrutinio, este abrió los ojos, y el brillo de conocimiento que detectó en las profundidades marrón oscuro lo irritó casi tanto como la íntima imagen de sus brazos alrededor del cuerpo suave y dúctil de Lariel.

Se obligó a permanecer indiferente, apoyándose en una de las mamparas, sin apartar su atención de él. Incluso cuando aquella estúpida sonrisa apareció en esa cara demasiado perfecta, algo que desearía remediar en ese justo momento.

—¿La quieres? —No se le escapó ni por un instante el doble sentido de la frase, y aunque escuchó a la perfección el sonido que produjeron sus dientes al rechinar unos contra otros en el silencio reinante de la bodega —ya que la mayoría de los hombres estaba durmiendo, y el resto fingía estar muy ocupado revisando sus armas, o simplemente ensimismado en sus pensamientos—, se mantuvo sereno, al menos en la superficie. El sargento hizo una mueca—. Podrías cogerla. Ocho horas en esta postura, por muy deliciosa que sea la carga, llega a ser un poquito incómodo. —Jass alzó una ceja, sorprendido.

—¿Llevas así desde que te la entregué? —La sonrisa del otro desapareció.

—Por supuesto. —Se quedaron mirándose, comunicándose sin necesidad de palabras. Jassmon la había dejado a su cuidado cuando ella más necesitaba

ternura y consuelo porque había presenciado cómo asesinaban a uno de ellos por no entregarla a aquel bastardo sí, pero también porque después de ser rescatada se había enfrentado cara a cara con su torturador. Aquello había supuesto un duro golpe emocional para ella, y todos sabían lo que le había costado dejarla en brazos de otro para pilotar el avión, pero su prioridad era sacarlos de allí con vida, y ante eso la elección tendría que haber sido sencilla. Pero no lo había sido. Se había sentido desgarrado por dentro, como si la estuviera abandonando en lugar de cerciorándose de ponerla a salvo. Y aún no había conseguido quitarse esa sensación de encima. Necesitaba saber que estaba bien. Se separó de la mampara y estiró los brazos, aceptando el bulto caliente y confiado que le entregaban. El suspiro que soltó Phil solo era a medias fingido, y a su pesar dejó escapar una leve sonrisa.

—¿Quejándote? —preguntó mientras se acomodaba a su lado, con la joven en su regazo, mirando de reojo cómo estiraba los músculos.

—En absoluto. Puedes volver a pasármela cuando quieras. —El gruñido bajo lo hizo reír, y a algún otro también, lo que demostró que no todos se mantenían al margen de la conversación.

—Te ha dejado cogerla. Y se ha dormido en tus brazos. —No quería haberlo dicho. Se prometió no mencionarlo, pero las palabras salieron sin su permiso, lo que lo avergonzó y enfureció a partes iguales. El silencio se prolongó durante un rato, para atormentarlo aún más.

—¿Te molesta? —preguntó el francés al fin.

—Un poco —confesó. Ese hombre podría ser un rival y, sin embargo, sentía una afinidad hacia él, como si pudieran ser grandes amigos si le diera una oportunidad.

—Se llama celos, compañero. —Había un toque de diversión en su voz, si bien no el suficiente para que resultara molesto.

—Ya —admitió a regañadientes.

—Podrías verlo como una muestra más del enorme cambio que se ha operado en ella en estas semanas.

—Lo sé. Es algo bueno. —Aún podía recordar con total nitidez la primera

que la vio. De hecho, dudaba que lo olvidara alguna vez—. ¿Te acuerdas cómo saltaba cuando alguno se acercaba a menos de tres metros de ella? —preguntó con ternura y cierta nostalgia.

—Claro. Parecía que tenía un detector que marcaba la distancia mínima de seguridad, y si la rebasabas... ¡Zas! Salía corriendo como una liebre en dirección contraria —contestó Phil en el mismo tono. Después se quedaron callados, cada uno rumiando sus propios pensamientos.

—Mataría a ese cabrón con mis propias manos cien veces si pudiera —juró Jass, apretando a la mujer que sostenía sin darse cuenta.

—Tú y todos los que viajamos en este avión. Lo que le ha hecho a Lari es... Joder, es una aberración. Tendríamos que hacérselo saber al presidente para que inicie un conflicto internacional. Me resulta imposible de creer que ese hijo de puta haya movido tantos activos sin que su maldito rey se haya enterado. Y si cuenta con su apoyo en esto...

—No creo que sea el caso. Puede que en este país se las den de elegantes y modernos con sus pozos petrolíferos debajo de la cama, sus yates de lujo, y sus Lamborghini Aventador SuperVeloce bañados en oro, pero no dejan de ser unos machistas que mantienen a sus mujeres prisioneras en casa, sin permitirles votar, conducir, trabajar, o vestir otra cosa que la *abaya* y el *niqab*. Aunque estoy seguro de que el caso del gobernador se sale de madre. Retuerce la realidad a su entera satisfacción y, cuando no es posible, simplemente se inventa sus propias normas. Pero por mucho que la sociedad árabe esté hecha para los hombres, dudo que Salmán esté enterado de sus actividades, menos aún que las haya aprobado. Apuesto a que habrá urdido alguna estratagema perfectamente convincente para explicar todo este embrollo, con toda seguridad relacionada con los atentados al barrio Diplomático y al Glove, justificando de ese modo el despliegue de hombres y armamento. —Philippe asintió, viendo la sensatez del plan.

—Lo de Paul fue una cabronada —dijo con voz queda—. Supo que iba a morir desde el momento en que sintió el tiro en la pierna, pero el muy cabrón lo llevó con honor y valentía. Un soldado de pura cepa. Tampoco quiso que

Lariel se diera cuenta hasta el final. —Tenía la mirada fija en la pared del frente, pero era obvio que no la veía. Todo el grupo había llegado a intimar mucho en aquel viaje y, a pesar de estar entrenados para aquello, de estar acostumbrados a ver morir a sus amigos o, en tiempos tranquilos, al menos de estar mentalizados para tal eventualidad, seguían siendo humanos, y el corazón que latía en su interior se rompía un poco cuando uno de esos compañeros moría ante sus ojos sin que pudieran hacer nada por evitarlo. Aunque Jass se había salvado a sí mismo de ese destino, a pesar de las expectativas de su padre, sabía con exactitud cómo se sentían sus hombres. Daymond había llegado destrozado a casa demasiadas veces, con los ojos vacíos y la mirada desenfocada. Su expresión un tanto trastornada, como si hubiera visto demasiados demonios para mantenerse cuerdo. Había sido testigo de cómo su madre se ocupaba de él, intentando consolarlo, darle apoyo y tranquilidad a un espíritu roto al que acosaban las pesadillas nocturnas, donde los gritos por los soldados a su mando, muertos en combate, desgarraban la noche. Con el tiempo, se fue endureciendo y acostumbrándose a perderlos, mientras que su esposa se iba desgastando, revelando una fragilidad que él no necesitaba ni aprobaba.

—Era un buen hombre —coincidió con voz cansada—. Y un valiente. Desearía haber podido llevarlo a casa. A los dos —aclaró. El sargento entendió lo que quería decir. Cuando un soldado moría, era importante poder llevar su cuerpo a su familia. Presentarse a ellos con una mentira, ya que ni siquiera podrían contarle la heroica hazaña por la que había muerto, y encima con las manos vacías, para dejarles únicamente una tumba vacía sobre la que llorar, era demasiado trágico. Phil observó a la joven que seguía durmiendo después de ocho horas.

—Casi creo que no se despierta por simple instinto de conservación.

—No ha sido culpa suya. —Las palabras le salieron más duras de lo que pretendía.

—Tú lo sabes. Yo lo sé. ¿Pero lo sabe ella? En su fuero interno esos hombres han muerto para que ella viva, y nada de lo que puedas decirle

cambiará eso en su corazón. —Jass inspiró hondo antes de dejar salir el aire con lentitud.

—Si hay que señalar con el dedo a alguien, debéis dirigirlo a mí. Yo formé el equipo, os traje aquí, señalé los objetivos. Ella no tuvo opciones en ningún momento. —Alzó la mano cuando el otro se disponía a hablar y lo obligó a callar—. Los asesinatos de Diego y Paul son mi pecado. —Había furia, amargura, desprecio, tristeza, condena, y un gran sufrimiento tras esa dura afirmación, y por un momento sintió que se ahogaba en la marea de todas esas fuertes emociones mezclándose en su interior.

—Nadie está juzgando a nadie. Vinimos con un propósito, y ninguno lo hizo por amor al arte. No somos hermanitas de la caridad, aunque creo que hablo en nombre de todos al decir que a lo largo de este tiempo hemos encontrado un incentivo mucho más poderoso que el dinero para terminar la misión. Y esperamos con ansia regresar para hacerlo. —Jass levantó la cabeza y se quedó petrificado de asombro cuando descubrió al resto del equipo con la mirada clavada en él, con el claro mensaje en sus ojos de que estaban de acuerdo con todo lo que su compañero acababa de decir, y aquello hizo que se sintiera algo mejor. No frente a las muertes de esos dos buenos hombres, pero sí en relación a su implicación. Seguía pensando que era culpa suya, y los remordimientos lo perseguirían para siempre, pero para salvar a Lariel volvería a hacerlo cien veces más, aún si todos los hombres del avión, incluido él, terminaban tirados en la arena del desierto arábigo.

—Lo haremos —prometió con solemnidad.

—Incluso admitiré que hemos salido bastante mejor parados de lo que pensaba. Este era un trabajo suicida —apostilló el francés cruzándose de brazos y cerrando los ojos, cediendo por fin al cansancio.

Jass los cerró también, más para ocultar su expresión que por otra cosa. Tenía que volver a la cabina, pero podía permitirse un minuto más sosteniendo el cálido cuerpo que cubría el suyo, y fantasear con que aquella maravillosa sensación era algo cotidiano en su vida y no que, una vez que la dejara en su hogar, todo habría terminado.

—Tienes el ceño fruncido. ¿Nos estamos quedando sin combustible? ¿El primer motor quedó inutilizado por los disparos y el segundo está incendiándose? ¿Nos siguen media docena de cazas con intención de derribarnos? ¿Nueva York ha sido invadida por los extraterrestres mientras veníais a rescatar a la damisela en apuros? —Jass sonrió con ganas. Después abrió los ojos y se quedó sin aliento. Aquel rostro de una belleza etérea lo dejaba noqueado tantas veces que le extrañaba no haberse idiotizado por completo a lo largo de esas semanas, pero era esa mezcla de dolor sordo, angustia, picardía, y confianza que anidaba en las profundidades de esos ojos turquesa lo que ahora lo tenía hipnotizado. Lariel recordaba con claridad lo sucedido antes de despegar, sin embargo, veía su propio sufrimiento e intentaba hacerlo sentir mejor, haciendo gala de ese humor cínico que tanto le gustaba de ella.

—Tenemos combustible suficiente, no te preocupes, y este avión dispone de cuatro motores, así que en el caso de que alguno fallara, lo cual no está sucediendo —aclaró con una sonrisa traviesa—, no estaríamos en una situación desesperada. En cuanto a los cazas, la última vez que miré por la ventanilla, el cielo estaba claro y despejado. Los iraquíes nos han dejado marchar con un apretón de manos, y la Fuerza Aérea árabe no puede atravesar su espacio aéreo, así que estamos a salvo por ese lado. Eso sí, lo de los alienígenas tomando Nueva York... En mi opinión, es muy posible que lleve sucediendo algún tiempo. Cuatro o cinco décadas al menos. Tanto *hippie*, *hipster*, *punk*... Personalmente, no te aseguraría que sean «humanos». —La carcajada espontánea de la joven lo sorprendió. Era un sonido maravilloso, como el repicar de unas campanas la mañana de Navidad, o una caricia suave y lánguida a lo largo de la espalda. Descubrió en los demás la misma expresión asombrada y complacida que debía mostrar él y suspiró, deseando tenerla a solas por una vez.

—Oh, eres terrible —lo regañó. «No, pero me gustaría serlo», pensó con malicia, mirando absorto esos labios carnosos y sensuales.

—Ah, ¿sí?

—Entonces, ¿todo está bien? ¿Además de...? —Se le quebró la voz, pero el resto de la pregunta estaba ahí, en su fragilidad y su angustia anterior, solo ocultos de forma temporal por él.

—Lo que ha ocurrido no tiene vuelta atrás, Larry. Ni tampoco tiene sentido buscar culpables. Montamos una misión de rescate y todos aceptamos los riesgos, el mayor de todos, no regresar. Si quieres condenar a alguien, te entregaré al único culpable no solo de esas dos muertes, sino de todas las demás que se han producido en nombre de esta atrocidad. H'arün Solaymán Bin Shahin. Ese es tu hombre.

Lariel se mordió el labio inferior con fuerza, lo único que pudo hacer para no negar con la cabeza con vehemencia. Ella era la responsable de todo aquello. Sin ella como detonante, todas esas vidas no se habrían perdido.

Pensó en Usama, cuya misión había sido la de mantenerla prisionera en la casa del gobernador, pero que a espaldas de este había cuidado de ella, y se había convertido en una especie, si no de amigo, sí de aliado, y que había muerto por haber entrelazado su vida a la suya. Pensó en... «¡No!». Había cosas que no podía recordar, mucho peores que las vejaciones o las violaciones, o no podría sobrevivir.

A pesar de todo, era capaz de ver cierta verdad en las palabras de Jassmon, al menos la suficiente para descargar un tanto su conciencia y no hundirse en un pozo de desesperación.

Jass la observaba con atención, deseando expectante que cogiera el cabo que le había tendido. Ella lo necesitaba de veras. Había sufrido mucho y de diversas formas para añadir también eso a su conciencia.

Intentó seguir sus propios consejos, aunque era bastante más difícil cuando se trataba de uno mismo. Aquella misión iba a tener un coste personal muy alto que nada tenía que ver con los millones que había pagado. Los hombres que había matado, con sus propias manos o por las decisiones que había tomado, lo acosarían de una manera u otra por el resto de su vida. Pero tendría que aprender a vivir con ello, como con muchas otras cosas, si no quería volverse loco.

—Si fuera tan sencillo... —susurró Lariel, pareciendo leerle el pensamiento. La apretó un poco más, cerrando sus emociones en banda, volviendo al papel de hombre de negocios con éxito que se sabía tan bien, una vez que habían salido de aquel maldito país.

—Lo es —contradijo con rotundidad, sin permitirle un resquicio de duda. Ella tenía que reconstruir su vida, levantar los cimientos de un mundo nuevo, seguro y tranquilo, sobre las ruinas de un pasado horrible, lleno de pesadillas y cicatrices sangrantes. Y ese era un buen momento para empezar—. Me encargaré de sus familias. No les faltará de nada. Y te prometo que sabrán que vivieron con honor y lealtad hasta su último aliento. Es lo único que podemos hacer por ellos. —Vio las miradas de respeto y admiración que le dirigían los hombres, y sintió agradecimiento y humildad. Era él el que se sentía honrado de haber podido trabajar codo con codo con todos ellos, e incluso de saber que con un poco de aliento podría llamar amigo a un par de ellos. El avión se sacudió con fuerza durante un segundo, y lo sacó de sus reflexiones—. Tengo que volver a la cabina.

—¿Cuánto queda para que lleguemos? —preguntó la joven arqueando la espalda para estirar los agarrotados músculos. Jass se tensó, absorbiendo la increíble visión de sus pechos alzados a pocos centímetros de su rostro, y la sensación de su delicioso culo apretándose contra su ingle con aquel movimiento. Hubiera jadeado de gusto, si no supiera que ella saltaría por la ventana más próxima. «Joder», definitivamente llevaba demasiado tiempo sin sexo si un gesto tan inocente lo ponía de cero a cien en un segundo, varios menos de lo que tardaba su Hennessey Venom GT, proclamado el coche más rápido del mundo. Frunció el ceño. ¿En qué lo convertía eso, en el hombre más salido del mundo? Carraspeó, incómodo, antes de contestar.

—Unas ocho horas —le informó, comprendiendo a la perfección la ansiedad que se leía con claridad en sus ojos, a pesar de corroerle las entrañas. Cuanto más se acercaba ella a su hogar, más se alejaba de él—. Deberías comer algo —dijo para no darle más vueltas de las necesarias a algo que no tenía solución. Ella hizo un gesto vago con la mano.

—Sí, en algún momento.

—*Este* sería un buen momento. —Sus ojos entornados y su mirada ardiente eran en verdad encantadores, incluso aunque presagiaran una buena tormenta para él.

—¿Te han dicho alguna vez que eres un déspota? —Parpadeó, anonadado.

—No. —Pero después lo echó todo a perder mostrando una sonrisa traviesa y juvenil. Lariel sintió el corazón galopándole sin control, y cientos de maripositas revoloteando en su estómago. Solo por una sonrisa. Mantuvo la expresión tranquila, aunque rezó porque el tiempo que quedaba para separarse de aquel hombre arrogante, encantador, y devastadoramente atractivo pasara rápido. Porque cada segundo que estaba a su lado, significaba un paso más hacia su confuso e inseguro corazón. Y Ken la esperaba en Rosser.

—Cada media hora más o menos, ¿eh? —Lo pinchó para no dejarle ver lo que estaba pensando. Él dejó escapar una pequeña carcajada que retumbó en todo su ser, sobre todo en zonas que no quiso reconocer.

—En serio, soy todo humildad y comedimiento —la engatusó con voz suave y melosa. Lariel se removió entre sus piernas, y Jass se preguntó si estaría notando su rotunda erección. La acomodó con cuidado para cambiar de postura, aceptando el dolor físico como una de las numerosas pruebas de lo que aquella mujer le hacía sentir en muchos y diferentes niveles.

—Ja —se mofó, los ojos brillantes por el desafío. Estaba preciosa y rebosante de vida. Y él iba a encargarse de que siguiera teniendo una vida a la que agarrarse con saña. Posó los labios en su coronilla, en un beso tan ligero y efímero como el batir de las alas de una mariposa.

—Tengo que irme —le susurró, apretando los brazos en torno a ella antes de levantarse sosteniéndola aún. Muy despacio, como si se tratara de una película vista fotograma a fotograma, fue dejando que su cuerpo se deslizara por el suyo hasta que sus pies tocaron el suelo, mirándola con una intensidad implacable, no exenta de pasión, que mantenía a raya con un gran esfuerzo. Dio un paso atrás, y después otro, con lo que consiguió que sus brazos la

soltaran—. Come —ordenó con voz ronca y dura antes de desaparecer en las entrañas del aparato.

Por suerte, el camino hacia la cabina no era ni muy largo ni muy complicado, porque la neblina roja que le cubría los ojos le impedía ver cualquier cosa a su alrededor.

Respiró varias veces, maldiciéndose por comportarse como un adolescente cachondo con su primera novia. Habría tenido que tirársela, se dijo. En ese puto país de mierda, durante esas dos míseras semanas de angustioso y febril deseo por la chica, tendría que haber cedido a sus necesidades y haberlos satisfecho a ambos. No dudaba que podría haber roto sus defensas y calmado sus miedos para al final haber encontrado un placer absoluto entre sus muslos abiertos. Habría sido lo mejor. Él no estaba acostumbrado a una abstinencia tan larga, y tener a una preciosidad como ella rondándolo cada maldito minuto del día...

«¡Joder! ¡Joder, joder, y mil veces joder!», maldijo en silencio, pasándose las manos por el pelo, en un gesto que denotaba nerviosismo y desesperación, lo único que podía hacer para no ponerse a dar puñetazos al maldito avión.

El nunca le haría daño. Y acostarse con ella nada más rescatarla, mientras huían a través del desierto, habría sido hacer precisamente eso.

Cogió la manilla de la puerta que comunicaba con la cabina y la abrió con rapidez, antes de aplastarla o quedarse con ella en la mano, rogando que aquel puñetero viaje terminara cuanto antes, por el bien de su cordura. Y mucho se temía que de algo más.

Un par de horas más tarde aquella misma puerta, entonces tras él, se abrió, y aceptó agradecido cualquier distracción. Antes de ver quién era el visitante le llegó el delicioso olor del café, y casi babeó de anticipación, a la vez que oía con claridad en el reducido espacio el rugido de sus tripas. Vio de reojo a Ro sentándose en el asiento vacío del copiloto mientras escuchaba su suave risa entre dientes.

—Imaginaba que necesitarías uno de estos —dijo, señalando la enorme

taza que sostenía, y que Jass sabía que sería negro, amargo, y fuerte como el demonio. Justo lo que precisaba en ese momento. Sentía los párpados pesados, y los ojos secos y arenosos, como si aún siguiera en el desierto, por no hablar de todos y cada unos de los músculos de su cuerpo acalambrados o rígidos. Llevaba veinticuatro horas sin dormir, y estaba tan agotado que si cedía un milímetro la tensa cuerda con que mantenía el control de su cuerpo y su mente, se quedaría dormido antes de volver a parpadear, y ese estado era sumamente peligroso para pilotar un avión de cuatro toneladas con once personas a bordo. Aceptó la taza y bebió un largo trago, impasible ante la temperatura del líquido, que pareció quemarle las entrañas. Se despejó de inmediato y suspiró de placer.

—Sigues siendo el mejor. —Una gran sonrisa apareció en el semblante por lo general adusto del coronel.

—Lo sé. Y no, no vuelvas a preguntarme mi secreto. Me lo llevaré a la tumba. O quizá te lo deje en herencia, chico.

—Sería un gran legado —aceptó, dando otro sorbo. El otro hombre le pasó un sándwich de rosbif que desprendía un aroma a vino y pimienta que le apretó el estómago en un nudo de hambre. Las gruesas rebanadas de pan, previamente untadas con mantequilla y tostadas después en la plancha hasta dejarlas crujientes, mostraban un aspecto amarillento muy atractivo. Salivó antes de dar el primer mordisco, y cuando tragó solo pudo mirarlo con gratitud.

—¿Está bueno? —preguntó su amigo con una sonrisa conocedora en los labios. Asintió.

—Mucho.

—Parece mentira lo que puede hacerse en un avión, ¿verdad? Y los chicos hicieron realizaron buenas compras en la ciudad. —Su mirada se ensombreció un momento, sin duda recordando al joven Diego y, por consiguiente, también a Paul—. Anda, come —lo regañó. Obedeció sin rechistar.

—¿Los demás también están disfrutando de las mismas atenciones que

yo?

—Por supuesto que no —contestó ofendido—. Eres tú el que está hasta la extenuación para llevarnos a casa, mientras esos haraganes se pasan dieciséis horas sin nada más que hacer que dormir la siesta. Por supuesto —añadió, entendiendo a la perfección su expresión—, tu damita se deleita con su propio plato de carne y verduras.

—Gracias —dijo en voz baja—. Y no es mi *nada* —gruñó.

—No, claro que no —aceptó con sorna. No se inmutó cuando lo fulminó con la mirada, pero claro, lo había visto nacer, así que se creía una autoridad en lo que se refería a lo que pensaba, lo que sentía, y cualquier otra cosa relacionada con él—. Pero podría serlo —acicateó, aun sabiendo que no era nada prudente empujar al muchacho.

—Déjalo, Ro. —La advertencia, dura y contundente, fue clara. Era un tema que no habían sacado con anterioridad, pero Jass lo había discutido hasta la saciedad consigo mismo. Su analítica mente había jugado con cada posibilidad existente, y las había descartado todas por imposibles. Había terminado convenciéndose diciéndose que no tenía ni la paciencia ni el tiempo para matar a los dragones y llegar hasta la princesa, oculta en la torre del castillo. Él tenía que seguir haciendo girar la Tierra, construir varios imperios más, conquistar unos cuantos mundos todavía. Había tanto por hacer, y la vida era tan corta... Sabía que pronto, muy pronto, los primeros acordes de la inquietud sonarían en su cerebro, tamborileando despacio al principio, como un ruido sordo y molesto. Pero después el ritmo iría aumentando con rapidez, hasta que ya no pudiera ignorarlo, y la melodía salvaje y frenética, compulsiva, lo obligaría a marcharse a cualquier parte del mundo donde pudiera sentirse... menos solo, menos despreciado y miserable, menos indiferente a cuanto lo rodeaba. Menos culpable.

—Debería hacerlo. Pero odio ver cómo dejas escapar algo verdaderamente bueno cuando por fin te das de bruces con ello. Y es extraño, porque siempre has tenido un gusto exquisito, y un olfato excelente para las cosas que valen la pena. Por eso no entiendo que vayas a limitarte a ver cómo ese traserito

redondito y respingón se marcha contoneándose y desaparece de tu vista para siempre —continuó pinchándolo, demasiado complacido al verlo apretar la mandíbula al límite de encajársela.

—Te recuerdo que ese culo ya tiene dueño.

—¿Y vas a permitir que se lo quede? ¿Que lo acaricie a placer? ¿Que lo haga suyo a su antojo? —El avión comenzó a descender en picado y, a pesar de la crítica situación, Rolland se tragó una sonrisa de satisfacción. Aquello duró apenas cinco segundos, lo que tardó el muchacho en recomponer sus muros y enderezar el aparato, pero para alguien que dominaba sus emociones al punto de convertirlo en un arte, fue una muestra clara de lo turbulentas que eran en relación con la joven en cuestión. Y lo importante que era ella para él.

—Si no quieres que te parta la crisma, será mejor que cierres esa boca. —Ro levantó las manos en gesto defensivo, una pose del todo fingida, ambos lo sabían, pues se habían enfrentado más de una vez. A fin de cuentas, el coronel le había enseñado cuanto sabía. Pasaron varios minutos en un silencio cómodo, basado en muchos años de amistad y camaradería.

—Tu padre ha llamado —soltó, mirándolo de reojo para ver cómo se tensaba. Siempre ocurría aquello cuando se le mencionaba al teniente general Daymond Seveages—. Quiere saber por qué falta un Lockheed 130 de la base desde hace dos semanas.

—Oh, oh. —Rolland entrecerró los ojos mientras lo fulminaba con una mirada que a sus soldados les habría puesto los pelos como escarpas.

—¿Eso es lo único que se te ocurre con tu carísima educación?

—Bueno, podría rasgarme las vestiduras. O volver a ese infierno ardiente y dejar que el psicópata que hemos dejado tragándose su propia lengua me pegue un tiro. ¿Lo preferirías? —El otro meneó la cabeza, irritado.

—Eres idiota.

—Seguramente mi padre esté de acuerdo contigo en eso. ¿Qué más te ha contado?

—Ha aprovechado para preguntar por ti. —Se puso rígido, esperando lo siguiente—. Estoy seguro de que el muy hijo de puta sabe que el Lockheed y

tú estáis en el mismo sitio. —Jass soltó una sarta de maldiciones. Había confiado en poder ocultarle aquella aventura al viejo, pero nunca se le escapaba nada.

—¿Qué le has dicho?

—Que la última vez que supe algo de ti estabas reinventando el mundo, y que probara en alguno de tus laboratorios de alta tecnología, repletos de cachivaches de última generación estilo *Star Trek*. Por la cantidad de palabrotas y gruñidos que escuché, estoy seguro que se estaba imaginando pistolas láser, naves espaciales, y máquinas teletransportadoras como mínimo. —Jass soltó una carcajada, sintiendo que el estrés acumulado del día se diluía un poco con las bromas y la reconfortante presencia de su mentor.

—Lo del teletransportador me tienta, no creas. Sobre todo, cuando aún nos quedan otras seis horas para llegar.

—Ese vago debiera traer su flaco culo aquí y dejar que fueras tú el que descansara un rato —comentó malhumorado.

—Déjalo en paz. Sabes que está muy tocado por lo de Diego, y que se esfuerza por ocultárnoslo. De todos modos, he sido yo el que le he dicho que se fuera a descansar.

—¿Y tú cuando vas a aflojar un poco, chico? ¿Pretendes caer reventado sobre los mandos?

—Aún no he llegado a ese punto —contestó, ocultando el cansancio en su tono—. No te preocupes por mí, os llevaré a casa sin problemas.

—¿Y quién se va a preocupar si no, joder? —Las palabras quedaron suspendidas en el aire, moviéndose como las partículas de polvo que los rodeaban. En realidad, no había nadie más. Podía que su padre hubiera preguntado por él, pero no era la inquietud paternal lo que lo motivaba, sino la necesidad de controlar cuanto lo rodeaba y, como su hijo, ese dominio también se extendía a él. O eso creía el mayor de los Seveages.

—¿Y el Lockheed? —preguntó Jass, deseoso de cambiar de tema.

—Eso será algo más complicado. La documentación acreditaba una serie de arreglos que justificaba que estuviera fuera de servicio durante tres

semanas, pero bastará una llamada al taller para saber que no ha pasado por allí en ningún momento. Y la paradita en el JFK tampoco nos beneficiará nada. —Sabía todo eso. Había confiado en que el omnisciente Daymond Seveages hubiese estado demasiado ocupado dirigiendo su magnífico imperio como para echar en falta uno de sus avioncitos, y aun en el caso de hacerlo, que no se molestaría en buscarlo por toda la base. Sería lógico, teniendo en cuenta que era la estación naval más grande del mundo, con setenta y cinco buques, y ciento treinta y cuatro aviones, junto a catorce muelles y once hangares, y que albergaba la mayor concentración de fuerzas de la Armada estadounidense. Diariamente se llevaban a cabo más de doscientos setenta y cinco vuelos, y entraban y salían de allí más de cuatrocientos pasajeros y setecientas toneladas de carga y correo. Pero debería haber sido más listo, y saber que su padre sumaría la desaparición del Lockheed con las repentinas ganas de irse de vacaciones de tres de sus mejores hombres. Si además había intentado ponerse en contacto con él y sus llamadas, al igual que las de todo el mundo, habían sido desviadas a su ayudante, quien tenía órdenes explícitas de decir tan solo que se hallaba fuera del país por negocios, la única conclusión posible para alguien como el teniente era una muy parecida a la realidad. El aparato, sus hombres, y su arrogante y descarriado hijo se habían esfumado juntos. Y querría conocer el motivo costara lo que costase. Antes de que hiciera rodar las cabezas de todos ellos.

—Ya pensaremos en algo —se comprometió. Porque bajo ningún concepto iba a permitir que nadie cargara con las consecuencias de sus actos.

—Sabes que no aceptará nada más que la verdad.

—Entonces se la daré. Pero ninguno sufrirá represalia alguna por el robo del avión. Yo soy el que ha organizado esta misión —afirmó con tono duro.

—Y sin embargo no te llevaste el Lockheed.

—De hecho, sí —le recordó, pues Shawn, Diego, y él se habían colado en la base con ayuda de Rolland, John y Joshua, y se habían marchado de allí como si nada, con un plan de vuelo falso que decía que iban a llevárselo a arreglar.

—Suma eso también a mis cargos —se lamentó el coronel, aunque en su voz no se apreciaba arrepentimiento alguno. Cuando aceptaron aquel trabajo sabían los riesgos que conllevaba, y dejar entrar a personal no autorizado en la base no era el menor de los cargos a los que se enfrentaría si los pillaban. Jass se metió el último bocado de rosbif en la boca y, cuando terminó de masticar, lo acompañó de un largo y revitalizante trago del fortísimo y amargo café. Después cogió aire y lo soltó despacio y con fuerza. El agotamiento había cedido considerablemente, y daba paso a la expectación de volver a Nueva York, un lugar tan conocido y cómodo, con sus rutinas, sus agobios, sus miles de posibilidades, su apretadísima agenda, sus alicientes, sus coacciones, su falta de recuerdos... Allí se sentía necesitado, motivado, pero también presionado, intranquilo, al límite. Tan cerca y a la vez tan lejos de la mujer que llevaba a los brazos de otro hombre.

—No, ponlo en mi cuenta —acotó, porque cada vez estaba más seguro de que sin ella no le importaba mucho lo que le ocurriera.

CAPÍTULO 13

Lariel echó una última mirada por su ventanilla antes de que la siguiente curva le impidiera ver el avión militar. Se empapó con la visión, como si el enorme aparato representara de algún modo a los hombres que había dejado atrás.

Aún no comprendía del todo la relación que se había forjado entre ellos, pero al desembarcar la embargó una profunda tristeza al comprender que tenía que despedirse de esos hombres, y que con seguridad no volvería a verlos nunca.

Y ese sentimiento de pesar se había acrecentado cuando Fran besó su mejilla izquierda y después la derecha, con una sonrisa suave en los labios. Estaba inusualmente quieto, y aquello apretó el nudo que tenía en la garganta.

—*Bella, non dimenticare di me perché io ti ricorderò sempre.*
—«Hermosa, no me olvides, porque yo te recordaré siempre». Por supuesto, las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas ante la conmovedora frase, incluso a pesar de haberse prometido que no lo haría—. Si vienes a mi amada patria, no dudes en pasar a visitarme, *va bene?*

—*Va bene* —acordó con voz quebrada, viendo cómo daba un paso atrás para que Al ocupara su lugar. Esa noche, sus ojos azules parecían más claros y traslúcidos cuando se posaron en ella, y aunque no la tocó, respetando en todo momento su preciado espacio personal, se sintió más cerca de él que en todo el tiempo que habían estado juntos.

—Si me necesitas en algún momento, *mädchen*, Rolland sabrá encontrarme. —Asintió, el agradecimiento patente en su expresión—. Cuídate —se despidió el alemán. John soltó un largo suspiro y apoyó su gran mano en su hombro en un gesto paternal. La sintió tensarse ante el contacto, pero no la retiró. En su lugar apretó los dedos, como si no le importara lo más mínimo su inquietud.

—Estoy orgulloso de ti, Lariel Rosdahl. —Ella gimió, dolorida hasta el alma.

—Oh, John...

—Eres la mujer más valiente que he conocido en mi vida, y ha sido un honor luchar a tu lado. —El sollozo compungido que salió de sus labios la avergonzó porque desmentía las hermosas palabras del capitán. Intentó soltarse, no por miedo o repulsión, sino porque sentía que no merecía aquel consuelo, pero él se limitó a presionar con más fuerza, sin darle opción—. El valor se mide por seguir cuando tienes miedo, por arriesgarte a perderlo todo por las personas que te importan, por no doblegarte cuando te están aplastando, por no romperte cuando deseas rendirte, por mantener tu alma intacta, tus ideales, tu corazón a salvo, incluso cuando quebranten tu cuerpo y tu mente. —Entonces la soltó, como si pensara que ella no podría soportar que siguiera tocándola y descubrió asombrada, que echaba en falta su contacto, como si la hubiera estado reconfortando—. Y tú has conseguido todo eso, Lari. Tienes nuestro respeto y nuestra amistad. No importa dónde nos encontremos, cuándo nos necesites, búscanos y vendremos.

—Yo... no lo merezco —fue todo lo que pudo decir.

—Nosotros pensamos que sí.

—¿Por qué? —Esa era la pregunta que se repetía una y otra vez. ¿Qué veían en ella, que por más que buscaba no encontraba dentro de sí misma? John se limitó a mirarla con una sonrisa suave.

—Algún día te mirarás en el espejo y verás lo que nosotros vemos. —Y sin más se dio la vuelta y se alejó. Quiso pedirle que volviera, que se explicara, porque de todos él era de los más sensatos. Veía cosas que a otros les pasaban desapercibidas. *Veía* a las personas. Estaba segura de que era buenísimo en su trabajo, porque no había detalle que se le pasara por alto. Pero alguien rodeó su cintura y la estrechó contra un fornido pecho, lo que la obligó a apoyarse contra él.

—Bueno, *ragazza*, nuestros caminos se separan, ¿sí? —Intentó zafarse de su agarre, pero era como estar sujeta por una prensa hidráulica. Se obligó a

sonreír.

—Ya puedes retomar tu vida, Giuseppe —dijo en un tono excesivamente alegre.

—Pero ¿y si no quiero volver a ella, *preziosa*, no sin ti? —Se miraron durante un largo instante, y cuando iba a contestarle con algo frívolo y trillado, un robusto brazo se interpuso entre ellos y los impelió a separarse. Suspiró aliviada, sobre todo cuando descubrió el brillo lascivo y furioso en los ojos del subteniente, unos pasos más allá, reacio a marcharse. Miró a Rolland, que a su vez la observaba con mudo entendimiento. Le dio un rápido y rudo abrazo, como si no supiera muy bien qué hacer con alguien tan pequeño y frágil, pero cuando la separó su expresión era suave y tierna, muy impropia de él.

—Todo va a ir bien, pequeña. —Asintió, más como un gesto mecánico para tranquilizarlo que porque lo pensara de veras. Él apoyó un dedo bajo su barbilla, con lo que la forzó a enfrentarlo—. Mi muchacho va a cuidar de ti. —De manera instintiva sus ojos lo buscaron entre el barullo de hombres que se decían adiós. Algunos volverían a montar en el Lockheed para llevarlo a reparar, algo que al final habría que hacer, pues los agujeros de bala serían muy difíciles de explicar si lo llevaban derecho a la base, pero la mayoría aprovecharía que estaban en el aeropuerto para coger vuelos a sus respectivos destinos. Jass estaba despidiéndose de esos últimos, participando de las bromas, recordando anécdotas, repartiendo apretones de manos, y guardando teléfonos para el futuro. Como si presintiera su escrutinio, se giró hacia ella, y compartieron una sonrisa triste, diciéndose sin palabras lo penoso que les resultaba aquello. Y sabiendo que en poco tiempo les tocaría a ambos decirse adiós. Y aunque era mentira, volvió a dirigir su atención al coronel y amplió su sonrisa.

—Sí, Ro. Todo saldrá bien.

—Vamos, carcamal, deja de acapararla. No podrías con ella y lo sabes. Aunque no tienes ni una sola oportunidad estando yo por aquí. —Lariel puso los ojos en blanco mientras escuchaba bufar al aludido, antes de que lo oyera

decir que, aunque la misión hubiera acabado y ya no fuera su superior, aún podía romperle las piernas. Las tres. Se atragantó con la risa mientras miraba los risueños ojos azules del piloto—. ¿Estás segura de que no quieres darle una patata en el culo al millonetis ese y quedarte con un hombre de verdad? —preguntó con suavidad. No movió un músculo, aunque sus entrañas se convulsionaran ante la fantasía de una posible relación con Jassmon.

—No sé si Rolland me aceptaría. —Shawn la miró con fijeza durante cinco segundos, posiblemente incapaz de entender que no lo prefiriera por encima de cualquier otro hombre, pero después soltó una profunda carcajada. La cogió de los brazos y la atrajo hacia sí, antes de plantarle un sorprendente beso en los labios. No fue sexual, ni agresivo, tan solo frotó sus labios con los suyos, sin obligarla a abrir la boca, demasiado impetuoso y demasiado rápido para que pudiera reaccionar o asustarse. Cuando se separó, había una expresión mordaz en sus ojos.

—Es lo máximo que voy a conseguir, ricura. —No pudo por menos que sonreír mientras lo veía alejarse en dirección al avión, preparándose para volver a despegar, ahora que el nuevo piloto que lo ayudaría en ese vuelo había llegado. De repente una sombra lo tapó todo. Echó la cabeza hacia atrás y tragó con fuerza.

—Lav —susurró.

—*Horra de irrse*. —Había pesadumbre en los ojos grises, y aquello significaba mucho para la joven. Ese gigante rubio, tan enorme e intimidatorio, con un carácter rudo y duro como el acero, se había convertido en alguien muy importante para ella.

—*Ty mnye ochen pomog*. —Lo decía de verdad, la había ayudado mucho y de muchas formas, y enseñarle a defenderse quizá no fue la más importante.

—La materia *prima* ya estaba allí. Yo solo te he pulido.

—Has hecho mucho más que eso. —Él se giró para marcharse, y Lariel tuvo que morderse el labio para no suplicarle que volviera. Entonces se detuvo y, con lo que supuso fue una maldición muy fea, la encaró de nuevo y la sepultó bajo un abrazo de oso.

—*Vsego nailuchshego*. —Le costó tres intentos, pero al final, entre hipidos y con la voz entrecortada, logró contestarle.

—Yo también te deseo lo mejor, Yarsolav. —Se soltó de su inmensa cintura, segura de que, de todos ellos, el futuro del frío mercenario era el más incierto. Solo podía imaginar lo peligrosas que serían sus misiones, y mientras lo veía alejarse con paso seguro y arrogante, rezó porque fuera siempre más rápido, más imprevisible, y más astuto que sus adversarios.

—Adiós, amigo —musitó. Observó a Josh caminar hacia ella y lo esperó, sintiendo la aflicción como un gran manto alrededor de sus hombros. Desde que tuviera el ataque de pánico se había apoyado en él con más frecuencia, hablándole de pequeñas cosas, como el color preferido de su madre, o cuánto disfrutaba esta planificando el jardín, incluso arrodillarse en la tierra para quitar las malas hierbas cuando disponía de tiempo suficiente. También le había contado lo unida que había estado siempre a su padre, y lo importante que había sido siempre para ella que se sintiera orgulloso de sus logros. No sabía por qué se había abierto al teniente de ese modo, cuando no lo había hecho con nadie más del grupo, pero era fácil hablar con él, y había veces en que sus ojos ámbar simplemente tiraban de ella y le sacaban todos sus secretos. En ese momento la miraban con ternura y cariño y sí, con una pizca de preocupación.

—¿Vas a estar bien?

—Dímelo tú. —Su sorpresa fue más que evidente y, a pesar de su congoja, se rio—. A menudo te veo como una mezcla entre un cura y un psiquiatra. —Movié una mano a través del aire—. No me hagas caso, estoy demasiado sensiblon para pensar con claridad.

—Tienes mi número. Llámame si me necesitas. Hablar, tomar una copa, salir a cenar... No estoy insinuando que no tengas con quién hacerlo. Estoy convencido de que en breve tu agenda social estará más llena que la de la primera dama, pero si te puede la morriña o... si necesitas desahogarte, y tu lista de amistades no te parece apropiada para hacerlo... Quiero que tengas muy presente que yo estoy aquí. A cualquier hora del día o de la noche. Por

teléfono o en persona.

—Vamos, Josh, la base de Norfolk está a quinientos noventa kilómetros de Manhattan.

—¿Y qué? Estaré aquí en unas tres horas en coche, si es muy urgente en una hora en avión.

—Ahora sí que pareces un loquero —susurró, un poco recelosa.

—Bueno, estoy dispuesto a ser *tu loquero*. —Él aguantó su mirada impasible durante un rato, pero después alzó las manos—. Vamos, sabes que hemos conectado. No de ese modo —se apresuró a decir cuando vio que lo miraba horrorizada—. Pero admitirás que hemos llegado a un nivel de compenetración muy agradable.

—Yo diría que ha sido totalmente unilateral. Tú no me has contado nada de ti —se quejó con un mohín. Él sonrió.

—Te desnudaré mi alma, lo prometo. Si me llamas. —Se dejó abrazar por él, tranquila y segura en sus brazos.

—Lo haré —aseguró—. Aunque no haya crisis a la vista.

—Eso también me vale. —Lo vio marcharse con mucha pena, porque esa era una amistad que deseaba conservar.

—¿Vas a añorarme a mí tanto como a él? —Sintió un dolor sordo en el pecho y, cuando se giró hacia el hombre, sus ojos ya estaban encharcados de lágrimas.

—Oh, Phil. —Él la recogió a medio camino, absorbiendo sin problemas el impacto de su pequeño cuerpo contra el suyo.

—Vamos, nena, no me marchó a la Antártida. La base está a solo...

—Sí, sí, a quinientos noventa kilómetros. Podrás presentarte aquí en tres horas si vienes en coche, una hora si lo haces en avión. —La miró con los ojos entrecerrados, sopesando si se estaba riendo de él, pero como lo enfrentaba con la mirada limpia, y ese puñetero río de lágrimas deslizándose por sus mejillas, no pudo acusarla de nada.

—Eso es. —Le dedicó una sonrisa matadora—. Aunque es bueno que me

estés echando de menos antes de irme. ¿Estás segura de que no tienes inclinaciones románticas hacia mí? ¿Eh? —insistió, susurrando en su oído—. ¿No te mueres por mis estupendos huesitos, *churri*? —Lariel se soltó de su abrazo con suavidad.

—Podría hacerlo.

—Pero el bueno de Seveages ha acaparado toda tu atención. —No había envidia en su voz, ni siquiera un poco de irritación. Tan solo era la constatación de un hecho.

—Voy a casarme con otro. —Esa vez el hombre sí mostró su sorpresa.

—¿Por qué?

—Porque me lo pidió y dije que sí. —Su penetrante mirada parda le perforó hasta el alma, allí donde guardaba sus secretos más íntimos.

—Pero eso fue hace mucho tiempo. Casi en otra vida.

—Y sin embargo, sigo siendo yo. —Phil se cruzó de brazos, la sonrisa floja, que tironeaba de sus labios, exasperante y presuntuosa.

—Mentirosa. —Ella apretó los puños, enfadada.

—Vete. El avión se marcha.

—Dime una cosa antes.

—¿Qué?

—¿Qué contestarías si te lo pidiera ahora? —Lariel sintió esa presión en el pecho que significaba que estaba afrontando un momento trascendente en la vida, cuando sabía que el corazón le iba a mil por hora, pero no lo escuchaba porque el retumbar en sus sienes, en sus oídos, era tan fuerte y poderoso que opacaba todo lo demás.

—Me lo pidió entonces —contestó, sabiendo que no podía ir por ese camino, que si abría esa puerta, todo a su alrededor se desmoronaría.

—Déjame plantearlo de otro modo. ¿Cuál sería tu respuesta si Jass te propusiera matrimonio?

—¿De qué estás hablando? —jadeó.

—De algo simple, preciosa. Estás enamorada de él, *n'est ce pas*?

Salir del aeropuerto no fue complicado, sobre todo porque la brillante limusina negra llegó hasta el mismo avión y, una vez dentro, no tuvieron más que acomodarse en los lujosos y confortables asientos de cuero y esperar a que Mathieu, el chofer que Jass le había presentado con tanta amabilidad, les sacara de allí con total discreción.

Jassmon la observaba en silencio, con el corazón a punto de partírsele en dos. Aunque la oscuridad en la limusina ocultaba la expresión de sus ojos, podía ver perfectamente el resto de ella, y si el hecho de que no pudiera estarse quieta durante un minuto entero, o la ansiedad evidente de su turbado rostro, no demostrara ya su creciente nerviosismo según recorrían los kilómetros que los acercaban cada vez más a la gran mansión familiar, sus dedos apretados como garras contra la suave piel del asiento terminaría de confirmárselo.

No solo estaba preocupada, tenía miedo. A qué, no era difícil imaginárselo. La perspectiva de ver a su padre, que no era otro que el gran Nathaniel Rosdahl, un multimillonario con los nervios de acero y el corazón de piedra en una mesa de negociaciones, famoso por hacer llorar a los más duros competidores y quedarse con sus empresas mientras reía entre dientes, no parecía muy apetecible después de las más de dos semanas de puro calvario a través del desierto.

Y, sin embargo, Jass sabía que su nerviosismo se debía no solo a la expectación de no saber qué pasaría, sino a la angustiosa necesidad de verlo, de tocarlo, de refugiarse en los brazos de la única familia que le quedaba. Porque él había sido testigo de cómo el acero se fundía en un mar de desesperación ante la frustrante falta de pistas en la desaparición de su hija, y cómo la piedra se rompía ante la trágica ausencia causada por la muerte de su esposa y la cada vez más completa certeza de que Lariel no regresaría nunca. Aquellos dos estaban muy unidos, y se querían con locura, pero después de más de un año separados, las dudas y la incertidumbre, sobre todo en el caso de la joven, que se sentía culpable y sucia, estaban causando estragos en su mente.

Jass alejó sus propios pensamientos funestos, echando a un lado la dolorosa sensación de que cada curva, cada árbol que dejaban atrás, desde que habían abandonado el bullicioso centro, lo alejaban un poco más de esa mujer tan especial.

—No deberías estar asustada. —Las palabras, suaves y dulces, la sobresaltaron, y consiguieron que le prestara atención.

—¿Lo estoy? —preguntó en un susurro.

—Absolutamente. —No lo rebatió. Se limitó a mirarlo con esos asombrosos ojos, enormes y misteriosos, y todavía ocultos en la oscuridad—. Ven aquí —pidió, con la mano extendida. Lariel bajó la mirada a esa mano grande y masculina, y después de un momento eterno en el que pareció que no aceptaría, la cogió y permitió que tirara de ella con delicadeza, y que la sentara a su lado, apoyada contra su cuerpo, mientras uno de sus brazos rodeaba sus hombros. Se tensó al instante, por mucho que a esas alturas debiera estar acostumbrada a su contacto. Él fingió no notarlo, o al menos se negó a retirarse—. ¿Qué te preocupa?

—¿Tan evidente resulta? —El hombre se esforzó por no sonreír, como si hasta entonces ella hubiera sido la imagen misma de la calma y la tranquilidad.

—Soy un gran observador —se limitó a decir, esperando que le cayera un rayo encima. Lariel se quedó callada, y el silencio que se extendió ante ellos durante los siguientes minutos fue distendido y tranquilo. Jass se conformó con acariciarle la nuca con movimientos calmantes, disfrutando de la proximidad, y poco a poco la joven fue relajándose. Sabía que estaba a punto de quedarse dormida, tan a gusto estaba acurrucada contra ese hombre duro y fuerte. Y tan caliente que la quemaba. Sentía esas leves caricias en el cuello como pequeños y levísimos besos, tan suaves que el sentimiento de irrealidad era aún mayor. Pero la diminuta huella de humedad que los acompañaba no formaba parte de la fantasía. Abrió los ojos, y descubrió que estaba parcialmente echado sobre ella, besuqueándole el cuello y... con una mano metida en el escote de su vestido, la cual acariciaba con delicadeza uno de sus

pechos. Se obligó a no gritar, a no apartarse, a no saltar hacia el asiento del fondo, muchos metros más allá, y se quedó donde estaba, intentando regularizar su respiración—. Tranquila, cielo. No voy a seducirte en un coche, por muy sugerente y excitante que sea hacerlo en una limusina. —La joven echó una mirada rápida hacia el frente, y soltó un suspiro de alivio cuando comprobó que la pantalla de privacidad estaba en su sitio. Escuchó la risa entre dientes de su acompañante y entrecerró los ojos, sabiendo que había leído sus pensamientos.

—¿Debo entender que ya lo *has hecho*... aquí? —preguntó, utilizando sus mismas palabras, aunque no quería saber la respuesta. Las proezas sexuales de ese hombre eran legendarias, no necesitaba su confirmación.

—Unas cuantas veces, sí. Pero no te preocupes por eso, ya te he dicho que no vamos a llegar tan lejos. —Su mano seguía moldeando su seno, y cuando apretó el pezón con el pulgar y el índice, aun sobre la tela del sujetador, sintió algo eléctrico y punzante, algo más aparte de miedo y, por increíble que resultara, nada de repulsión. Paseó la mirada por sí misma y se quedó asombrada al descubrir que tenía las piernas encima del asiento, recogidas bajo ella, y que no llevaba los zapatos, aunque no podía decir quién se los había quitado.

—Entonces, ¿qué estás haciendo? —graznó, pues tenía la voz ronca y algo estrangulada, y sabía que él lo notaba.

—Distrayéndote —le susurró al oído, segundos antes de apropiarse de su lóbulo y sorberlo. Y sí, debía de estar abstraída, porque cuando le metió la lengua en el oído, el escalofrío que la recorrió y que la hizo respingar —lo que a su vez provocó una risa baja y engreída en él—, sin duda fue de placer—. Haciendo que te olvides de todos esos temores tontos e infundados —murmuró mientras dejaba un reguero de besos por toda su garganta, siempre descendiendo, a la vez que la mano que jugueteaba con el aro de su sujetador se internaba por debajo de este. Cuando tocó la tierna carne, la joven soltó un jadeo, y ni siquiera ella supo si era de deleite o de protesta. Las alarmas estaban sonando, desde luego, y el volumen era tan alto que apenas podía

pensar, pero las sensaciones de esos dedos que se movían en círculos por su areola, tan tensa y expectante, también la desgarraban con igual intensidad—. Tu padre se muere por tenerte entre sus brazos. —Pasó el pulgar por su endurecido pezón, tan duro y pequeño como un guijarro, y la cabeza de Lariel le dio vueltas con la alegría de sentirlo ahí. Y sin embargo, la tremenda necesidad de que hiciera más la excitaba y asustaba a partes iguales—. No del mismo modo que yo, por supuesto. —Sintió entonces su otra mano, que hasta ese momento había mantenido fuera del juego, sobre su rodilla, y comenzó a avanzar de manera inexorable por su muslo desnudo. ¿Desnudo? «¿Dónde está mi vestido, por el amor de Dios?»—. Tiene tantas ganas de verte, de volver a tenerte con él, que he tenido que utilizar todo mi poder de persuasión para convencerlo de que se quedara en tu casa y no fuera a esperarnos al aeropuerto, pero era la mejor forma para que pasáramos desapercibidos. —Lariel se debatía entre prestar atención a su explicación, disfrutar plenamente de las increíbles sensaciones de sus hábiles manos por todo su sensibilizado cuerpo, o dejarse llevar por el pánico ante los desagradables recuerdos que esas percepciones le estaban provocando. Y se temía que en parte esa era su intención, crear tal vorágine de emociones en su interior que no quedara espacio para la duda de cómo sería recibida en Rosser. La mano llegó al borde de su ropa interior, y se movió con pereza a lo largo del elástico, hacia delante y hacia atrás, resiguiéndolo en un movimiento tan lento y obvio que los nervios le chirriaban, esperando con agónica expectación su siguiente paso. ¿Metería los dedos dentro del encaje y avanzaría como el decidido conquistador que era, presto a reclamar su ciudadela, o exploraría aquel paisaje campestre, tan cándido y tranquilo, obviamente inocente, tomándose su tiempo para saborear el momento y el innegable tesoro que permanecía dormido y a la espera? Sintió el leve tirón en la tela cuando la carne pasó por debajo de ella, y ya no hubo lugar para elucubraciones.

—¡No! —Empujó con todas sus fuerzas sobre el pecho masculino, nacidas casi todas de la desesperación y el miedo irracional, tan familiar como respirar, lo que hizo que cayera de culo sobre el suelo del coche—. No

puedo... —Intentó explicarse, pero la respiración se le escapaba a borbotones del pecho mientras se arrastraba por la moqueta de espaldas, apoyada en las manos y los pies. Jass hizo amago de seguirla, sin embargo, cuando vio su gesto defensivo se quedó inmóvil, con el cuerpo rígido y una expresión herida, como si lo hubiese golpeado de forma física.

—Larry, maldita sea... No voy a hacerte daño. Y te juro por Dios que no voy a forzarte —Fue su voz quebrada, o quizá los pocos metros que había puesto entre ambos, o la expresión de descarnado y profundo sufrimiento que mostraban sus ojos, o quizá todo junto, lo que al fin la hizo reaccionar. Pero de repente supo dónde estaba y con quién, y un momento después tuvo conciencia de que en esa ocasión, por primera vez, no era simplemente no. Y era una palabra de un gran valor. Costaba asimilarlo. Pareció que él notaba el cambio porque se relajó un tanto, y su voz sonó algo menos estrangulada—. ¿Estás bien? —Asintió, incapaz de hacer nada más todavía. Jassmon se pasó las manos por el pelo, frustrado e irritado a partes iguales—. Joder, no quería asustarte. Sé que debiera haberlo sabido, pero estabas tan nerviosa por volver a ver a tu padre... Si te hubieras visto... Solo he pensado en distraerte con un beso, te lo prometo, pero las cosas se me han ido de las manos en cuanto te he tenido entre mis brazos. Qué coño, ya estaba malditamente perdido cuando he detectado tu increíble olor. Con seguridad, me has mandado más señales que el Titanic antes de hundirse, pero estaba tan sumido en mi propia lujuria... Mierda, no soy mejor que él.

—¡No! —Salvó la distancia que los separaba, sin importarle que haciéndolo volviera a ponerse a su alcance. Se quedó de rodillas frente a él, y sin pensarlo dos veces apoyó la mano en su pierna—. No te pareces en nada a ese monstruo. ¿Me oyes? —Jass fue a rebatírsele, pero no se lo permitió—. Lo que acaba de pasar no ha sido un acto vejatorio, ni cometido a la fuerza. No me has obligado a realizarlo, ni te has aprovechado de mí.

—Por supuesto que sí —contradijo. Jass enfrentó su mirada interrogativa, y después cogió la mano que aún tenía apoyada en su rodilla y que quemaba como el demonio a través de sus gastados pantalones vaqueros, y la instó a

incorporarse para sentarla a su lado—. He utilizado la intensa atracción que hay entre nosotros para hacerte olvidar algo que te ponía muy nerviosa, disfrutando como un loco del momento, además, así que puedo afirmar sin ninguna duda que me he aprovechado de ti, linda.

—No seas idiota. —Ella ignoró la ceja oscura que se alzó ante su no muy sutil comentario, al igual que su afirmación de que había química entre ambos, y siguió con su planteamiento—. No has cogido nada que yo no te haya dado de manera voluntaria. Y te has detenido cuando no he querido continuar, ¿verdad? —Había ido bajando la voz según hablaba, así que las últimas palabras apenas habían sido un susurro.

—No significa no, Larry. En cualquier idioma, en cualquier lugar del mundo. —La joven retuvo el aliento, pues esa afirmación era idéntica a la que ella misma había pensado poco antes.

—Y a fin de cuentas es indudable que has conseguido entretenerme bastante bien. —Había un deje de irritación en su voz, y esperó que no lo hubiese notado. Era muy molesto que aquello de la seducción se le diera tan bien, y que sin embargo él pareciera tan inmune a sus encantos. Pero la sonrisa ufana que le dedicó echó por tierra sus esperanzas.

—Ya te he dicho que puedo ser muy persuasivo si la ocasión lo requiere. —Se inclinó sobre ella muy, muy despacio, sin dejar de mirarla, dándole todo el tiempo del mundo para que se apartara si así lo deseaba. No supo por qué no lo hizo, se limitó a quedarse observando esos oscuros ojos llenos de ternura, diversión, y promesas. Y fue la mezcla de todas lo que la hizo entreabrir los labios cuando los suyos la rozaron con delicadeza. Esperaba un beso abrasador, pasional, y un poco loco, como los que habían compartido antes, pero el suave roce de su boca, seguido del embriagador jugueteo de su lengua, ambas unidas en un baile lento y lánguido, fue a la vez dulce, amable y excitante. Y terminó demasiado pronto para su gusto. Cuando se separaron, jadeaban levemente y sus miradas reflejaban sus propias frustraciones.

—Es indudable que eres muy convincente —masculló acalorada.

—Mmm... —musitó, lamiendo su labio inferior para llevarse el rastro de

humedad que su beso había dejado. A Lariel aquel le pareció el gesto más erótico de toda su vida—. Supongo que sí, ya que estamos frente a tu casa. — La joven parpadeó, asimilando la noticia. Entonces, casi con reticencia, giró la cabeza, y las líneas dolorosamente familiares de Rosser se materializaron frente a sus ojos. El corazón se le detuvo, y se echó hacia atrás en el asiento, sintiendo un enorme impacto físico, que le golpeó con fuerza en el pecho. Pero no era la inmensa mansión de estilo clásico la que la tenía en aquel estado, ni el cuidado y exuberante jardín de su madre, que rodeaba el edificio y se extendía allí donde abarcara la vista, sino el hombre alto e imponente que permanecía en el vano de la puerta, sujetando con fuerza el marco, como si el simple acto de soltarlo fuera a hacer que aquel fenómeno de la naturaleza de metro ochenta se desplomara en el suelo. Sintió que los latidos iban espaciándose unos de otros hasta detenerse, y una sensación de mareo y náuseas se apoderaba de sus sentidos, hasta impedirle hacer nada que no fuera mirar con fijeza a su padre—. Tranquilízate, Larry. —Oyó la voz desde muy lejos, pero supo a quién pertenecía. Se obligó a mirarlo, y aquel gesto le permitió volver a tomar algo de perspectiva, y darse cuenta de que estaba jadeando y corría el riesgo de desmayarse si no le hacía caso y se relajaba. Se obligó a respirar más despacio, permitiendo que el aire entrara en sus pulmones con normalidad, y el mundo dejó de girar a su alrededor—. Todo va a ir bien, nena. Solo es Nat. —De repente se dio cuenta de que tenía razón. Aquel hombre que seguía paralizado en la entrada era su padre, la persona que más la quería en el mundo, que la había cuidado y mimado durante toda su vida y probablemente estaba tan aturdido, preocupado y asustado como ella en esos momentos. Asintió, y Jass abrió la puerta, salió primero y le ofreció la mano para ayudarla después. Una vez fuera la incertidumbre, el miedo, y el agotamiento agarrotaron cada músculo de su cuerpo, por lo que se quedó allí de pie, a escasos metros del hombre más importante de su vida, pero a todos los efectos tan lejos como si aún siguiera en Arabia.

—No puedo hacerlo —susurró, sintiendo el terror recorriendo sus venas como si fuera su propia sangre.

—Claro que puedes, Larry. —Las palabras, bajas y muy suaves, dichas directamente en su oído, estaban destinadas a distraerla, como en el coche, utilizando la sensualidad innata de Jassmon para hechizarla y envolverla en una red de sensaciones nuevas y extrañas que pretendían calmarla cambiando el foco de su recelo. Y el maldito lo conseguía sin mayor esfuerzo. Aun así negó con la cabeza mientras sus asustados ojos lo buscaban—. A él no le importa nada de lo que haya ocurrido allí, linda. Podrías haber sido la puta de toda la Marina Real de Arabia Saudita —continuó, con un retortijón en el estómago mientras escuchaba su jadeo ahogado, y contemplaba su mirada herida y la palidez de su hermoso rostro. Tenía que entender aquello, y debía hacerlo en ese momento. Por supuesto, habría gente, mucha gente, que en los próximos días la trataría diferente. Tendría que soportar sus miradas de desprecio, sus risas malvadas, sus expresiones especulativas. Daría igual qué historia inventaran, la imaginación era un arma muy potente, y los seres humanos, despreciables por naturaleza. Pero tanto él como su padre estarían allí para apoyarla y ayudarla a superar aquellos primeros momentos, se juró. Se sorprendió de sí mismo, puesto que había pensado entregársela a Nathaniel y volver a su vida esa misma noche, no obstante, mientras se perdía en el dolor y la incertidumbre de esos ojos turquesa supo que no podía echarla a los tiburones sin más—. Daría igual que hubieras rodado de prostíbulo en prostíbulo, que hubieras salido de esa limusina amamantando a un bebé, fruto de esas barbaries. Nat te cogería en sus brazos y lloraría de felicidad por tenerte de nuevo con él. —Ella rompió el contacto visual en un intento por contener las lágrimas que atenazaban su garganta, utilizando la excusa de alisarse la falda. Nada más aterrizar, una despampanante mujer, a la que el traje chaqueta en tono caramelo le quedaba como un guante, había subido al avión y le había entrado una pequeña bolsa de piel. Recordó su sorpresa al abrirla y encontrar la ropa interior de encaje, la blusa en crepé de china de color blanco, la falda de seda en tono rosa palo, ambas piezas de Prada, y las sencillas pero deliciosas sandalias blancas de ocho centímetros de Manolo Blahnik, que se ataban al tobillo con apenas un minúsculo cordón de piel. Agradeció que él hubiese tenido el detalle de proporcionarle aquella

ropa, tan parecida a lo que había estado acostumbrada toda su vida, y sobre todo que la alejaba un poco más de aquella pesadilla. Vio que su padre daba un paso dubitativo hacia la calle y gimió—. Anda, ve, él te necesita. — Aquellas palabras rompieron las cadenas que mantenían sus pies clavados al suelo y poco a poco, como si estuviera aprendiendo a caminar, se acercó al hombre al que parecía costarle el mismo mundo que a ella dar aquellos pasos. Pronto estuvieron uno frente al otro, mirándose, sintiendo el muro invisible que aquel año había formado entre ellos.

—Papá... —sollozó, incapaz de soportarlo más. Los brazos masculinos se abrieron y la rodearon, para estrecharla con la fuerza de la desesperación.

—Mi niña...

Lariel lloró, allí, en la puerta de su casa, con el hombre que la había sacado de ese infierno testigo de todo, apoyada en el familiar y querido cuerpo de su padre. Lloró como no se había permitido hacer desde que la habían sacado por la fuerza de aquella fiesta y se había despertado, aturdida y asustada, en un país desconocido, sabiendo que nunca más volvería a ser abrazada por ese hombre. Y cuando ya no le quedaron más lágrimas y el cansancio la venció, doblándole las rodillas, su padre la cogió en brazos y entró con ella en la mansión.

No tuvo mucha conciencia de haberse desvestido, ni de haberse metido en la cama, pero al poco estaba benditamente dormida, por primera vez en mucho tiempo sintiéndose segura y feliz.

Estaba en casa.

CAPÍTULO 14

Jass bebió otro trago del suave y ardiente *whisky* de su anfitrión, consciente de que debería parar antes de emborracharse. Aquel era un licor potente, engañoso al principio por su sedosidad y ligereza. Entraba solo, y únicamente cuando la cabeza le daba vueltas y no era capaz de levantarse del sillón, comprendía que estaba como una cuba.

Echó la cabeza hacia atrás contra el respaldo, preguntándose agotado si aquello no sería lo mejor que podría pasarle aquella noche. Al menos le permitiría dormir.

Hacía rato que Nat se había retirado, agradecido, aún eufórico, henchido de felicidad por tener a su hija consigo de nuevo. No quería su agradecimiento, joder. No cuando lo único que deseaba en ese momento, más que respirar incluso, era subir las largas escaleras, abrir la puerta del dormitorio de Lariel, y meterse en su cama de sábanas amarillo limón con primorosos bordados de flores. Cerró los ojos con un suspiro derrotado. Entrar en aquella habitación, tan malditamente femenina, que aún a pesar del tiempo transcurrido conservaba un esquivo aroma a frambuesa, y estar rodeado de sus cosas y de sus recuerdos, ser testigo de primera mano de su verdadera personalidad, tan diferente a la que le había mostrado hasta entonces, supuso un terrible impacto para sus sentidos.

Por supuesto ya había estado allí antes. Meses atrás, cuando decidió ir en su búsqueda, una de las primeras cosas que había hecho había sido registrar aquella estancia, y aunque había intentado que fuera algo impersonal y del todo profesional, la sensación había resultado igual de aplastante. Solo que en ese momento, con ella dentro, había sido mucho más abrumador.

Se terminó la bebida y miró el vaso vacío con el ceño fruncido. Vaya maldita noche. Ojalá estuviera allí Ro para poder desahogarse. Con toda seguridad lo lamentaría al minuto de haber abierto la boca, pero en aquel

estudio recubierto de paneles de oscura madera, envuelto en el silencio y las tinieblas, se sintió muy solo.

Pensar en su amigo le hizo recordar al resto de los hombres de los que se había despedido unas horas antes, y notó un pequeño pinchazo en el pecho. Eso lo sorprendió, él no era dado a sentimentalismos, pero supuso que las condiciones extremas que había compartido con aquellos ocho aguerridos soldados habían forjado un lazo invisible pero casi irrompible entre ellos.

—Ha sido un privilegio trabajar con vosotros —les había asegurado a los que habían sido sus hombres durante más de dos meses y medio con voz grave, en medio de la pista de aterrizaje, poco antes de que todos se dispersaran para seguir sus propios caminos.

—El honor ha sido nuestro, jefe —había terciado John, que después de Rolland, ostentaba el mayor rango del grupo. Con el corazón encogido había observado como el resto asentía en acuerdo a sus generosas palabras, confirmándolas. En aquel momento se había sentido humilde, agradecido y orgulloso de sí mismo. Era... una parte importante de algo, y por primera vez lamentó haber dejado ese mundo.

En las horas transcurridas desde entonces ese efímero sentimiento había desaparecido, por supuesto. Nunca echaría de menos la rígida disciplina, las numerosas normas que regían la vida de un soldado, la muerte y la devastación, la destrucción de los seres queridos. La inhumanidad que traía consigo esa vida.

Se levantó con fluidez, y aún cuando estaba seguro de que no era la más acertada de las decisiones, se rellenó el vaso, y caminó hacia las puertas dobles de cristal que daban al exterior. Aquellas vistas eran exquisitas. Sabía que el deslumbrante jardín era obra de la esposa de Nat y que, pese a que ella ya no estaba, él había dado órdenes estrictas de que se mantuviera tal y como a Sarah le gustaba, y la verdad era que no le extrañaba. La belleza de cuanto lo rodeaba, aun siendo de noche, le quitaba el aliento. Aunque sería justo admitir que la propiedad entera era impresionante, incluso para sus altos estándares. No solo era inmensa, tanto el terreno circundante como la

mansión, sino que la casa en sí era una obra de arte, creada con una elegancia y una sencillez que atrapaban. Todo en ella hablaba de dinero y opulencia, siempre bajo la premisa del gusto y la distinción. Igual que sus dueños. Jass no había tenido el placer de conocer a Sarah Servess, pero sabía con absoluta seguridad que su mano estaba por todas partes en aquel hogar. Porque a pesar de sus quince habitaciones, sus veintidós baños, y la ingente cantidad y variedad de dependencias para todo tipo de ocasiones que la familia tenía siempre disponibles, aquella maravilla arquitectónica era un hogar. Lo que la suya propia nunca había sido.

Levantó su vaso mientras la conocida furia iba apoderándose de él, apropiándose de cada molécula de su cuerpo a la vez que el fuerte *whisky*, intoxicante y purificante a partes iguales, iba bajando por la garganta. Y entonces la vio.

Solo era una sombra, matizada por la luna, deslizándose en la noche como un ser irreal, casi místico. Como una hermosa y deseable mujer que podía meterse en los sueños de cualquiera, apropiarse de ellos y hacerles ansiar su sonrisa inocente, su mirada cargada de erotismo, su risa cristalina, su cuerpo hecho para el pecado, sus seductores gemidos de satisfacción... Observó el líquido cobrizo con el ceño fruncido, seguro de que se había pasado de tragos, pero incapaz de dejar de beber hasta la última gota mientras agarraba el pomo de la puerta y lo giraba.

Las lágrimas caían sin descanso por su rostro y le impedían la visión, pero le daba igual. El dolor que sentía era tan grande, tan profundo e intenso que, aunque le hubieran clavado un puñal en el corazón, no lo habría sentido.

Era culpable de muchas cosas. De ser una niña mimada y consentida, de dar por sentado que tenía derecho a la vida regalada de la que había disfrutado hasta el día del secuestro, de haber quitado vidas humanas para ayudar a sus rescatadores, de ser la responsable de la muerte de Diego y de Jean Paul... «Oh, Dios». Aquello era tan desolador que apenas podía pensar en ello sin doblarse en dos por la pena.

Pero el peor de sus pecados se encontraba frente a ella. Se enjugó las lágrimas una vez más, obligándose a enfrentar la tumba de mármol blanco, tan fría, tan... definitiva.

«Sara Servess

1970-2016

Amante esposa. Madre devota.

Siempre te querré.

Algún día estaremos juntos eternamente».

Un sollozo estrangulado escapó de su garganta al leer por enésima vez aquellas palabras. Había matado a su madre. Igual que si lo hubiera hecho con sus propias manos. Y aquella certeza, junto con la constancia de haberle arrebatado a su padre a la mujer que había amado por encima de todas las cosas, terminaría acabando con ella. Lo único que H'arün no había conseguido.

—Mamá... —sollozó, cayendo de rodillas al suelo, las palmas de sus manos aferradas con fuerza a la fría piedra mientras su cuerpo se estremecía de forma convulsa a causa del incontrolable llanto.

Sintió unas fuertes manos cogerla por los hombros e incorporarla, y de pronto se vio envuelta en unos familiares brazos y apretada contra un duro pecho, a la vez que aspiraba un aroma picante y varonil que llenó sus fosas nasales y amenazó con colapsarla. No se retiró. Por el contrario, se aferró a él, a su ancha espalda, con todas sus fuerzas, y se permitió ser débil y vulnerable, dejando que las lágrimas arrasaran sus mejillas, sacando todo el dolor, el miedo, la culpabilidad y la incertidumbre que la embargaban.

Estuvieron mucho rato así, ella desahogándose, y él tan solo abrazándola, hasta que ya no le quedó ni una lágrima, ni siquiera un suspiro por verter. Aún así se sentía inquieta, nerviosa, su corazón estaba aterido, pero el resto de ella parecía funcionar al doble de velocidad, como si entendiese que si se detenía, ella se rompería en mil pedazos.

Se separó lo suficiente como para poder mirarlo, y como siempre le ocurría se vio perdida en aquella mirada felina, que la hacía compararlo con

una pantera negra. Había preocupación en ella, sufrimiento también, empatía e ira, además de impotencia. Era un hombre de acción, como había demostrado en ese horrible desierto, a pesar de encontrarse fuera de su elemento. En su vida diaria no era diferente. Manejaba sus innumerables empresas jugándose millones de dólares a diario con el dedo meñique de su mano izquierda, mientras con la derecha hacía gozar a las féminas de medio mundo sin despeinarse, y sin perder su sempiterna sonrisa perezosa y socarrona.

Aquel recordatorio de sus habilidades amorosas la hizo ser consciente de su situación. Estar de rodillas en la tierra íntimamente abrazada a un hombre debiera asustarla a muerte. Pero le gustaba, reconoció sorprendida. Fue consciente del momento exacto en que él se dio cuenta de ese hecho, porque sus pupilas se dilataron, y sus ojos verdes despidieron llamaradas. Y entonces, sin saber cómo, ambos se lanzaron a por la boca del otro, como si necesitaran aquel beso de un modo tan desesperado que no concibieran poder seguir respirando sin él. Sus dientes chocaron, y hasta eso los excitó. De inmediato la lengua masculina se enterró en su húmeda cavidad, y la degustó como llevaba tiempo queriendo hacer, sin reservarse nada de la pasión que lo consumía.

Lariel estaba tan perdida en aquel beso hambriento y devastador que no se dio cuenta de que Jassmon la había alzado y enlazado las piernas en la cintura. Lo único que sentía era calor, anhelo, placer, y una necesidad inmensa de no detenerse a pensar. Y había que admitir que aquel hombre era excepcionalmente bueno para conseguir todos sus propósitos.

Gimió al sentir el duro contorno de su erección presionándose contra la blanda y sensible carne de su monte de Venus, mojado y ansioso, y acompañó los movimientos bamboleantes de sus caderas con los suyos propios en un baile que no necesitaba aprendizaje alguno.

El beso se hizo más intenso si cabía, más carnal y erótico, imitando los largos embates de sus cuerpos, con lo que arrancó los mismos sonidos de sus gargantas que la dulce melodía *in crescendo* que iba entonando el resto de

ellos. Las manos femeninas subieron por los anchos hombros, se abrieron en su nuca, y se sumergieron en las guedejas de suave pelo negro, mientras apretaba sus pechos aún más contra el torso masculino, intentando fundirse con él para que nunca más tuvieran que separarse.

Entonces, unos ojos grandes y oscuros, casi negros, se colaron en su conciencia, y la golpearon como un latigazo en la espalda. La reacción fue igual de contundente. Su cuerpo sufrió una intensa sacudida y abrió los ojos de golpe.

—¡No!

Él se detuvo de inmediato y la observó con la respiración agitada. Lariel miró en derredor, asegurándose de que aquello no era real, de que él no la había atrapado de nuevo. Pero solo estaban ellos dos, entrelazados sobre la tumba de su madre, metiéndose mano como si ese detalle no importara.

Jass se percató del horror en su mirada, y no supo si era debido a que le había metido la lengua hasta la campanilla, a que aún tenía una mano sobre su nuca y la otra firmemente anclada en su culo, o a que todo aquello estaba ocurriendo en aquel lugar tan poco apropiado. O puede que solo estuviera acojonada por compartir un poco de buen sexo con un hombre, se dijo frustrado hasta decir basta, a pesar de reconvenirse a sí mismo mientras lo pensaba. Ella tenía todo el derecho de estar aterrorizada por ese tema en particular, y con todo lo que había vivido en los últimos días, le extrañaba que además no se estuviese tirando de los pelos, histérica. Pero aquello no calmaba sus propias necesidades, y eso lo volvía huraño e irascible.

No opuso resistencia cuando la joven se desenganchó de sus caderas, ni emitió protesta alguna cuando se levantó y echó a correr como una posesa hacia la casa.

Se quedó, en cambio, un buen rato mirando la blanca lápida con su emotiva inscripción de letras doradas, hasta que tuvo el valor de levantar la vista hacia el perfecto y hermoso ángel de grandes alas extendidas que presidía el espacio.

La pequeña sacudida en su hombro la despertó de golpe del profundo sueño en el que estaba sumida. Instantes después estaba acurrucada en el lado contrario de la cama, retirándose el pelo de la cara, en una actitud claramente defensiva.

—Soy yo. —La aclaración no era necesaria pues, aunque hacía poco que había amanecido, la pálida luz matutina era suficiente para reconocerlo. Fue extraño, pero las palabras, dichas con una suavidad extrema, la calmaron al instante.

—¿Qué ocurre? —preguntó, aún aturdida y amodorrada. Le parecía que acabara de cerrar los ojos y quedarse dormida—. ¿Qué hora es?

—Apenas las siete. —Lo miró asombrada. Eran algo más de las cuatro de la mañana cuando por fin se acostó, no le extrañaba sentirse como una sonámbula, ni el persistente pinchazo que tenía en la nuca, anuncio seguro del principio de una fuerte jaqueca. Entonces reparó en su rostro, tenso y preocupado, y un estremecimiento le recorrió la columna. Apenas fue consciente del jadeo ahogado que escapó de sus labios hasta que su expresión cambió, tornándose más blanda y dulce—. Las cámaras exteriores han captado un vehículo apostado frente a la casa desde hace varias horas. No está lo bastante cerca como apreciar la cantidad exacta de pasajeros, pero sí hay varios ocupantes. —La observó un momento, como evaluando si contarle el resto, y al final suspiró—. Si tuviera que apostar, diría que son hombres del gobernador.

—¿Aquí? —susurró en un hilo de voz, incapaz de asimilar que los hubieran seguido hasta la casa de su padre, y que además lo hubieran hecho en tan poco tiempo.

—Larry. —La firmeza de su voz la obligó a parpadear y a centrar su atención en él, como su era su intención—. Coge lo más necesario. Un par de mudas y lo más básico, pero límitate a lo estrictamente imprescindible. Y hazlo rápido. Tenemos que salir de aquí ya.

—¿Salir? —Odió el chirrido asustado en que se había convertido su voz, no obstante, saber que H'arün estaba relamiéndose los labios al otro lado de

su puerta la volvía loca. Lo vio asentir y ella negó en respuesta, incrédula.

—Aunque detesto hacerlo, vamos a escondernos hasta que lleguen los refuerzos. Ya he llamado a Ro, y los chicos están regresando, pero llevará algo de tiempo. Hasta entonces estamos solos. —Jass apretó la mandíbula mientras las manos se le cerraban en sendos puños sobre la cama. Había tanto terror en aquellos grandes ojos que instantes antes parecieran tan seductores, cargados de sueño y confianza. Y detestó ser él quien la atemorizara de aquella manera. Muy despacio acercó la mano a su mejilla y rozó su satinada piel—. Voy a cuidarte, linda. Te juro que no dejaré que se acerquen a ti.

Algo pasó en aquel segundo eterno. Las miradas de ambos se trabaron, diciéndose tantas cosas en silencio, prometiendo y uniendo lo que las simples palabras no habrían podido hacer. Lariel sintió que su respiración se ralentizaba, que su miedo cedía, que sus fuerzas regresaban. Y también su osadía.

«Oh, Dios».

Poniéndose de rodillas en la cama, se quedó quieta frente a él, sin importarle que la finísima camiseta de tirantes de algodón y el minúsculo *culotte* a juego se adaptaran tan perfectamente a su cuerpo que parecieran una segunda piel. Con una lentitud que en otra mujer habría parecido estudiada y en extremo sensual, se inclinó hacia él y, apoyando las manos en sus hombros, posó los labios en los suyos, tan sorprendida como él. Lo supo por cómo se quedó de quieto, por la rigidez de los músculos bajo sus dedos, y por la mirada esmeralda que la esperaba cuando se atrevió y entreabrió los ojos. Pero lejos de acobardarse, aquella falta de reacción —que era una respuesta en sí misma—, le dio el valor que necesitaba, y la punta de su rosada lengua asomó de entre sus labios para lamer con delicadeza aquella sabrosa boca. El contacto duró solo unos segundos y fue demasiado corto, pero tan dulce y electrificante que la subyugó.

Jass agradeció en silencio que terminara, porque un instante más y la hubiera agarrado de la cintura y la hubiera tumbado debajo de él. La observó, la garganta cerrada y la respiración acelerada.

—Confío en ti —susurró ella todavía a escasos milímetros de su boca. Y se sintió un capullo, porque ese beso no había significado lo mismo para los dos. Aquella chiquilla solo había pretendido demostrarle que creía en él tanto como para tocarlo por voluntad propia. Y aunque ese gesto significaba un mundo, no pudo evitar sentirse frustrado. Con una sonrisa pesarosa le tocó cariñosamente la nariz mientras, poniéndose de pie, dejaba distancia entre ellos.

—Vístete y prepárate. Tenemos que irnos lo antes posible.

—¿Y mi padre? —Se giró para mirarla, poco dispuesto a empeorar la situación aún más.

—Solo nosotros, linda. —Se adelantó a su rotunda negativa—. Me encargaré de su seguridad, pero mi principal preocupación eres tú. —Unos ligeros golpes en la puerta interrumpieron la conversación. Nat, vestido y con semblante pétreo, se adentró en la estancia. Si le molestó que Jassmon estuviera allí con su hija a medio vestir no dio muestras de ello. En su lugar, fue directo a ella, y padre e hija se fundieron en un abrazo repleto de amor, angustia y miedo. Jass quiso apartar la mirada, erizado y nervioso, pero como quien mira algo con morbosa fascinación le fue imposible perderse aquella entrañable escena que le resultaba tan ajena.

—Mi niña —murmuró el siempre inamovible hombre de negocios, besando la coronilla de su única hija, aquella a la que parecía que siempre estaba a un paso de perder.

—No voy a irme, papá —prometió ella con convicción. Las miradas de los hombres se encontraron sobre la cabeza de la joven, ambas con la misma promesa y determinación. Y esa pobre ilusa nada podría hacer para cambiar su decisión. La separó con cuidado, aunque con firmeza.

—¿Qué quieres decir? —Lariel se tensó. Nadie la conocía como Nathaniel Rosdahl, y viceversa.

—No seguiré huyendo. —Los miró a ambos, y supo de manera instintiva que tendría que enfrentarse a esos dos titanes, pero reconstruyó sus defensas y, enderezando los hombros, los enfrentó—. Estoy cansada de correr de un

lado para otro. Estamos en Estados Unidos. Podemos pedir ayuda a las autoridades, incluso al presidente... Tú eres poderoso aquí. Y sobre todo no pienso separarme de ti. —Una pequeña sonrisa tironeó de los labios masculinos antes de soltarla del todo.

—Y aún así te marcharás, pequeña.

—Yo no...

—Lariel. —No fue el tono, cortante como una navaja suiza, sino el uso de su nombre completo, lo que hizo que cerrara los ojos, dolorida—. Ese engendro no descansará hasta que no te tenga de nuevo entre sus fauces abiertas. —Un escalofrío de miedo se apoderó de su cuerpo ante las descarnadas palabras que estaban destinadas a asustarla. Se obligó a mantenerse firme ante la severa mirada de su padre, aunque muy dentro de sí temblaba—. Y yo no sería un buen padre si no hiciera todo lo humanamente posible para que eso no ocurra. Puedo tirar de muchos hilos, ponerte guardaespaldas las veinticuatro horas, esconderte en el último rincón del mundo, lanzar al mismísimo Obama tras Salmán bin Abdulaziz. Pero al final estarías mirando por encima de tu hombro el resto de tu vida. No quiero eso para ti.

—Tenemos que irnos. —Jass lo dijo en voz baja, pero había urgencia en su tono, como si con cada segundo que perdían su situación se volviera más crítica.

—Ven con nosotros. —Su padre se acercó de nuevo a ella y acarició su rostro con reverencia, su cara suavizada por la ternura.

—No puedo. Tengo demasiados frentes abiertos en la empresa para marcharme ahora. Y os resultará más fácil escapar siendo dos. No te preocupes, cielo, iré protegido en todo momento. No permitiré que me utilicen para llegar hasta ti. —Al final solo pudo asentir. El tiempo apremiaba y tenía razón, por mucho que le costara volver a separarse de él. Los dos hombres salieron para que pudiera vestirse, y bajaron al estudio.

—Eres consciente de que tienes un topo, ¿verdad? —Por un momento Nat se limitó a quedarse de espaldas a él, mirando el bello jardín de su esposa.

Después, muy despacio, se giró hacia él.

—Sí, apenas han aterrizado han venido directamente aquí.

—Reconozco que es el lugar más factible, pero alquilé habitaciones en el St. Regis, y nadie se ha personado allí para buscarnos. —Nat asintió, su mirada azul llameante. No preguntó cómo lo sabía, hacía tiempo que había aprendido que aquel muchacho era un fabuloso estratega, incluso mejor que él mismo, y que pocas cosas escapaban a su control—. ¿Has contratado a alguien nuevo en la casa?

—Solo uno. Es ayudante del mayordomo. Al anterior le atropellaron una semana después de la desaparición de Lariel. —Gruñó por lo bajo, anticipándose a su razonamiento—. Traía excelentes referencias, y Jobs se encargó en persona de su contratación. Y antes de que lo preguntes, ha desaparecido. Cuando me informaste del coche, llegué a las mismas conclusiones que tú y, al preguntar por él, no pudieron encontrarlo por ninguna parte.

—De todos modos, no esperaba sacar mucho de ahí —intentó tranquilizarlo—. ¿Tienes jefe de seguridad? —Su amigo se volvió hacia él como un toro de Miura, y a pesar de la situación tuvo ganas de reír.

—Tenía mujer e hija. Por supuesto que tengo un jefe de seguridad. Ahora se pasa el día leyendo el periódico e invirtiendo su exorbitante sueldo en los mismos proyectos en los que yo participo, cuyos beneficios anuales le reportan un buen pico que le proporcionará un estupendo plan de jubilación, pero está en alguna parte de mis oficinas centrales.

—Pues llámalo. Que venga de inmediato y se encargue de tu protección. No descartaría que ese cabronazo intentara hacerse contigo para llegar hasta tu hija. —Nat echó un vistazo rápido a su carísimo reloj.

—Llegará en cinco minutos. —Sonrió ante la ceja alzada de Jass—. Lo puse al tanto hace rato. Es un tipo muy capaz, y entendió a la perfección lo que necesitaba. —El joven sintió que el respeto que sentía por ese hombre aumentaba un nuevo grado. Su fama de infalible hombre de negocios era por completo merecida. Rápidamente se hacía una composición de los hechos y

aún más veloz tomaba decisiones, y esperaba que las personas a su alrededor las acataran y actuaran en consecuencia.

—Bien. —Los dos escucharon los pasos apresurados en el vestíbulo, y se giraron para ver aparecer a una pálida Lariel, que vestida con unos desgastados vaqueros y una camiseta celeste, y con el pelo recogido en una coleta, parecía mucho más joven de sus veintidós años.

—Cariño. —Nat la abrazó con demasiada fuerza, pero la mera idea de separarse de ella de nuevo lo destrozaba. Interceptó los taciturnos y anhelantes ojos de Jassmon, y le transmitió tanto una súplica como una orden con aquella simple mirada—. Todo va a salir bien. Te lo prometo. Te dejo en las manos de la persona en quien más confío para cuidarte. Jassmon es como mi propio hijo, y sé que irá al infierno y volverá por ti. Acaba de regresar de allí —musitó mirándolo con agradecimiento y cariño mientras fingía no darse cuenta de lo emocionado que estaba el joven por sus palabras—. Tú solo haz lo que te pida y mantente con vida. Yo... yo te estaré esperando, como siempre. —Los ojos de la joven estaban cuajados de lágrimas, aunque se negó a verterlas, sabiendo cuánto le costaba a él mantener la compostura, y no queriendo ser menos. Su padre necesitaba que fuera fuerte, y al menos lo iba a intentar.

—Lo haré —accedió para tranquilizarlo—. Pero prométeme que te cuidarás. —El hombre sonrió, desesperándola—. No sabes cómo es. De lo que es capaz. No tiene escrúpulos, ni corazón, ni alma. Hará lo que sea, *lo que sea*, para conseguir lo que quiere. Y me quiere a mí. Si tiene que cogerte a ti, si tiene que torturarte, matarte a sangre fría, acabar con cada ocupante de esta casa, lo hará sin parpadear. Prométemelo, papá —terminó casi gritando. Su padre la miraba con intensidad, y ella sabía lo que pensaba. Se estaba preguntando qué atrocidades le había hecho ese monstruo durante aquellos catorce meses. Y nada de lo que pudiese imaginar se acercaría a la realidad.

—Te lo prometo, pequeña. —Volvió a abrazarla y la besó en la frente, para terminar soltándola con todo el dolor del mundo y acercarse a Jassmon—. Será mejor que os vayáis. —El otro asintió.

—Es posible que la casa tenga micrófonos, o que los teléfonos estén pinchados. Sé que suena a película de Tom Cruise, pero con ese loco no descartes nada.

—Descuida, en cuanto llegue Logan será lo primero de su lista. No descansará hasta que a su entender la casa vuelva a estar segura. Es bueno. Te encantará cuando lo conozcas.

—Bien. Hazte con un teléfono seguro y llámame al número de siempre. Para ese entonces espero que hayamos llegado. —No le dijo cuál era su destino, y él no preguntó. Si en efecto había micros, sería un suicidio.

—No te preocupes, sé lo que hay que hacer. Y lo que desconozca me lo dirá mi jefe de seguridad. —Lo cogió del brazo, permitiendo que su hija se adelantara unos pasos—. Tienes que conseguir que ambos sobreviváis.

—Sabes que lo haré. —Aquello fue todo, no había tiempo para más. Un último abrazo, y se quedó de pie en el vestíbulo de su casa, presenciando cómo su pequeña se marchaba, quizá para no volver a verla nunca más.

Jass paseó su mirada por el inmenso garaje, muy parecido al suyo, disfrutando durante unos instantes de los fabulosos vehículos aparcados con holgura. Contó una docena, entre los que distinguió un Porsche Cayenne Turbo S negro, un Maserati Granturismo MC Stradale de un precioso tono *rosso magma*, un elegante Bentley New Mulsanne Extended Wheelbase en color plata, y un impresionante Aston Martin One-77, fabricado completamente a mano y valorado en un millón cien mil. No le dio tiempo a recrearse más la vista, sus ojos se vieron atraídos por la MV Agusta F4 negra de 1078 centímetros cúbicos aparcada al fondo, y se giró hacia su acompañante.

—¿De quién es esa moto? —preguntó entusiasmado, valorando las muchas posibilidades de la impresionante máquina, así como los trescientos quince kilómetros por hora que sabía que alcanzaba. A su pesar, ella sonrió, entendiéndole.

—Mía. —Los ojos verdes regresaron a su rostro, sorprendidos. Nunca

hubiera conciliado la imagen de la pequeña y suave muchacha montada en un juguete como aquel. Quizá en una *scooter*...

—Te sorprenderías —afirmó, leyéndole el pensamiento. Con las manos en los bolsillos y de espaldas al recinto, Jass se puso en marcha, sin dejar de observarla. Había algo oscuro, peligroso, y extremadamente varonil bullendo en las profundidades de esos ojos verdes que la estaba poniendo muy nerviosa—. ¿Qué estás pensando? —«¿Se lo cuento? ¿Le confieso que estoy imaginándola a horcajadas sobre esa poderosa motocicleta absolutamente desnuda? ¿Le digo cuánto me pone esa idea?». Pero no hizo falta. La mirada femenina fue bajando muy despacio por su cuerpo hasta que llegó a la prueba irrefutable de sus libidinosos pensamientos, y se quedó allí enganchada. Por suerte llegaron hasta la moto, y ambos la observaron con cierta veneración, admirando las modernas líneas—. ¿Cómo puedes... pensar en eso en este momento? —susurró ella sin mirarlo, pasando las puntas de sus dedos por el depósito.

—La culpa es tuya, linda. —Sus preciosos ojos turquesa volaron hasta él —. Eres demasiado preciosa y *sexy* para mi cordura. —Verla ruborizarse era una delicia, y aunque le hubiera gustado seguir pinchándola para ver extenderse ese bonito sonrojo, no era el mejor momento—. Está en perfectas condiciones —comentó, a la vez que cogía dos cascos de la estantería y le pasaba uno.

—Papá se encarga de cuidar a mis niños. —Jass soltó una carcajada. Mientras se colocaba el casco vio un Ferrari California T descapotable, de un vivo color amarillo con el interior en piel crema, no le cupo duda de a quién pertenecía. Esa belleza era demasiado llamativa para Nat, pero perfecta para la guapa joven que lo acompañaba. Se subió a la moto y arrancó. Aceleró un par de veces, y sintió cómo la adrenalina comenzaba a recorrer sus venas—. Vamos, churri, monta y agárrate fuerte. Comprobemos si es cierto que este trasto llega a los trescientos quince. —La joven sonrió, como él quería, y se puso detrás de él, un tanto nerviosa al abrazarse a su cintura. Mientras apretaba el mando del garaje, que llevaba junto a sus llaves, para abrir la gran

puerta, se inclinó sobre él para que pudiera escucharla.

—Puedes estar seguro de que lo hace, *churri*. —Se giró para mirarla, atónito, y ella se rio encantada de su expresión confundida antes de que de un fuerte acelerón salieran pitando de allí.

Cuando llegaron a las puertas principales, estas comenzaron a abrirse al instante y, antes de que terminaran de hacerlo, ya las había atravesado como una exhalación. Lariel se volvió para ver dos Cadillac Escalade Platinum siguiéndolos. Uno era el que había estado aparcado frente a la casa, y el otro apareció de la nada al girar en la primera curva. Sintió ganas de vomitar, a pesar de no haber desayunado.

Jass era un excelente motorista. Manejaba la moto como si fuera una extensión de sí mismo, incluso teniéndola a ella detrás, sujeta a su cintura como una lapa. Tomaba las curvas como un profesional, dejando un espacio tan mínimo entre el suelo y él que no le extrañaría comprobar que se estaba despellejando las rodillas. Los cambios de marcha eran tan exactos, las frenadas tan apuradas, que Lariel no dudaría en apuntarle en alguna carrera de Moto GP. Y aún así no conseguían dejar atrás a sus perseguidores. Estaban en un barrio residencial, y a esas horas de la mañana las familias aún dormían, o como mucho se estaban levantando, dispuestas a disfrutar del fin de semana.

De repente escuchó el rugir de un motor, y presenció horrorizada como un impresionante Hummer negro se abalanzaba sobre uno de los Cadillac y arremetía con brutalidad por el lateral del conductor. Con la velocidad que llevaba lo levantó por los aires y lo lanzó varios metros antes de que por fin cayera desmadejado en el asfalto, volcado y doblado hacia dentro.

—Cortesía de tu padre —explicó Jass por encima del ruido del tráfico, pero el segundo coche los seguía de cerca, sin querer soltarlos. Apenas escuchó la queda maldición de Jass cuando sintió el fuerte impacto en la parte trasera. Gritó mientras procuraba no caerse—. ¡Agárrate! —ordenó él, intentando estabilizar la moto, que serpenteó sin control durante unos agonizantes segundos.

Lariel se giró a tiempo para ver como el vehículo aceleraba con la intención de embestirlos de nuevo y, cuando estaba a cinco centímetros de ellos, Jass pegó un acelerón tan feroz que la máquina se puso en una sola rueda, lo que les hizo ganar unos bienvenidos metros.

Un instante después vieron la señal de la autopista y respiraron aliviados, el Cadillac color arena no podía superar los ciento ochenta kilómetros por hora, lo que prácticamente equivalía a seguirlos a pie frente a sus trescientos quince. Jass apretó el acelerador a tope mientras se metía con temeridad entre dos coches y saludaba con la mano a sus frustrados perseguidores, seguro de que en el interior de aquel vehículo se encontraba su más encarnizado enemigo.

Y ciertamente estaría muy encabronado.

CAPÍTULO 15

Lariel se apoyó en la barandilla de madera con el vaso de Coca Cola light en la mano. Escuchar el tintineo del hielo ayudaba a relajarla, confiriéndole a la tarde un aire de normalidad que casi lograba creerse.

Habían llegado horas antes y aunque agotada, seguía allí de pie, esperando a que Jassmon regresara. Mentiría si dijera que no estaba preocupada por su ausencia. Se repetía una y otra vez que tan solo había ido a por la cena, que era una mujer adulta, y que habían perdido a sus perseguidores días atrás, pero nada de todo eso hacía mella en el pánico que la engullía como un agujero negro y que anulaba a la joven vivaracha e independiente de antaño. Intentó consolarse diciéndose que estaba acostumbrada a no estar sola, primero rodeada de guardianes y sirvientes, y después del equipo de Jass, pero en el fondo sabía que era una mentira piadosa. Llevaba demasiado tiempo viviendo con miedo, y esa desagradable sensación se había convertido en una segunda piel para ella, demasiado familiar y cómoda como para deshacerse de ella de buenas a primeras. Comprendió de repente que aquello era cierto, y que si quería salir de aquella espiral de autocompasión y terror absoluto en la que estaba sumida desde que la raptaron, debía empezar por desembarazarse de la cobarde que la miraba a través del espejo cada mañana.

Una rama que se rompió a su derecha la hizo dar un brinco, con el corazón en un puño. Jassmon salió de entre los árboles, como si perteneciera a ese entorno salvaje y hostil, cargando una ristra de peces.

«Mañana» se prometió, esperando ser capaz de cumplir esa promesa.

Cuando él llegó a su lado pareció detectar su nerviosismo, porque frunció el ceño.

—¿Ocurre algo? —Ella negó con la cabeza. No quiso mirarlo, porque sabía que vería la mentira reflejada en sus iris. Pero Jass no dejó el tema. Con una delicadeza que siempre la desarmaba, le acarició la mejilla y sus ojos

volaron a los suyos. Se estremeció, pero no de rechazo—. ¿Seguro?

—Seguro. —Echó un vistazo a lo que llevaba en la otra mano—. ¿Esa es nuestra cena? —Una deslumbrante sonrisa apareció en el rostro masculino.

—Truchas —afirmó. Lariel salivó. Añoraba una comida caliente. Los ojos del hombre brillaron, sin duda conociendo sus pensamientos—. Voy a dejarlas preparadas para luego. —Se internó en la cabaña de madera y la joven lo siguió, contenta de guarecerse en el interior, algo más fresco.

—¿Te sirvo algo de beber? —le preguntó, queriendo sentirse útil. Él hizo un gesto con la mano antes de que se acercara a la nevera y le señaló el alto taburete al otro lado de la encimera de mármol.

—Siéntate —pidió, abriendo el frigorífico americano, del que sacó dos cervezas.

Levantó una ceja en gesto interrogante, y Lariel se mordió el labio para ocultar una sonrisa, aunque por la de él, socarrona y arrogante, supo que no lo había conseguido. Ella siempre había detestado esa bebida. La consideraba de bárbaros, o al menos de gente sin refinamiento. Amas de casa, obreros, estudiantes... clase media. Hizo una mueca, había tenido que bajar al infierno para darse cuenta de lo esnob que había sido durante toda su vida. Cuando se la había dado a probar, nada más llegar, y ella se había negado en redondo, le había dicho que si no le gustaba por supuesto tenía otras bebidas, pero cuando había admitido que no la había probado nunca, y le había explicado su razonamiento —que a ella misma le había parecido de lo más pretencioso—, se había mondado de la risa en su cara, para después obligarla a darle un sorbo a su propia botella. Quiso pensar que era el calor que traían después de ocho horas en la maldita moto, pero la verdad fue que la puñetera cerveza estaba buenísima.

Estiró la mano y la aceptó, mientras observaba cómo limpiaba los peces con la maña de un profesional. Ese hombre era todo un espectáculo para la vista y así, con los gastados vaqueros de cintura baja, la ajustada camiseta verde que hacía refulgir sus preciosos ojos como gemas, y cortando cabezas de pescado con el enorme y afilado cuchillo entre sus grandes y morenas

manos, reforzaba la imagen de impenitente seductor del que hablaban sus amigas tiempo atrás. Sintió un fogonazo de calor que nada tenía que ver con estar a finales de junio y sí con el hombre que tenía ante sí, y se obligó a apartar la mirada, sofocada e inquieta. Reparó en el salón, tan íntimo y acogedor, abierto gracias a que la cocina era americana, y solo la separaba de este la encimera de color negro y los tres taburetes de piel del mismo color.

No era una casa muy grande, tenía dos dormitorios, tres baños, la cocina y el salón. Sonrió al recordar cómo le había explicado, algo avergonzado al enseñárselo todo, que el garaje había sido reconvertido en una especie de laboratorio, donde se encerraba durante horas, a veces días, cuando le entraba la vena creativa. En ese momento, mientras su vista paseaba por los cuadros, los sillones y las alfombras, solo pudo admirar el lujo y el buen gusto del que siempre hacía gala su anfitrión.

Como vio que aún estaría ocupado un rato, cogió su cerveza y fue hasta la puerta, que mantenían abierta para que entrara algo de corriente. Observó el paisaje, impresionada ante tanta belleza, embargada por una emoción indefinible que le atenazaba el pecho, como si fuera necesario romper algo muy dentro de sí para empezar a ser ella misma de nuevo. Soltó el aire de golpe, sabiendo que aún no se atrevía. Había sentido algo parecido cuando despistaron a los hombres del gobernador y pudo disfrutar de volar por la autopista, pero la euforia no había durado mucho. Jassmon había marcado un ritmo infernal durante aquella huída, para nada dispuesto a que los alcanzaran. En cuanto pudo había abandonado aquella carretera, y había entrado y salido de varias más solo para despistar, hasta que al final estuvieron en la que los llevaría a Santa Bárbara. Durante los dos días y medio que duró el viaje, llegó a detestar la I-80W con toda su alma, pero conducir durante diecisiete horas seguidas, parando tan solo para repostar, ir al baño o estirar las piernas unos pocos minutos mientras devoraban un sándwich o algo igual de poco apetitoso, y dormir seis horas escasas para hacer lo mismo al día siguiente, mataría la sed de aventura de cualquiera. Habían llegado apenas un rato antes, y después de otra rápida e insustancial

comida, Jass se había marchado, prometiéndole una cena infinitamente mejor de lo que habían tenido hasta el momento, mientras ella colocaba la ropa de ambos en sus respectivos dormitorios. Bueno, lo de la cena estaba asegurado, pensó mientras escuchaba el agua del grifo a sus espaldas.

—¿Qué piensas? —susurró en su oído. Su aliento le provocó escalofríos de placer desde la nuca hasta la parte baja de la espalda. Bajó la mirada al suelo y descubrió sus pies desnudos, lo cual respondía a su pregunta de por qué no lo había oído llegar. Después giró la cabeza para poder verlo, y se perdió en el verde insondable de su mirada. Pensó que esos ojos parecían ver demasiado, que estaba demasiado cerca, que proyectaba demasiado calor. Entreabrió los labios, nerviosa y excitada, y la mirada masculina no se perdió nada, siguiendo el movimiento de su lengua cuando los humedeció en un gesto involuntario—. Voy a besarte —afirmó con voz ronca, sin pedir permiso, pero atento a su reacción, como siempre.

Las pupilas femeninas se dilataron, y al parecer aquella fue toda la respuesta que él necesitó, porque, cogiéndola de los antebrazos, la colocó frente a él, y un segundo después sintió sus tentadores labios sobre los suyos, moviéndose con suavidad, tentativos. Ser besada por aquel hombre era una delicia. No había un sitio en el mundo donde ella se sintiera más a gusto, más protegida, o querida que entre esos brazos, y deseando que aquella increíble sensación persistiera se alzó sobre la punta de sus pies y alzó los suyos, que colgó de su cuello.

El gruñido de satisfacción que reverberó dentro del pecho masculino la envalentonó, y sus manos rozaron su nuca, para internarse poco después en el espeso pelo negro. Jassmon la devoró, perdido en el lujo de ser acariciado por aquella beldad pura y apasionada. Su lengua se internó en la lujosa seda de su boca, lamió los confines de aquel paraíso terrenal, absorto en su sabor a cerveza cara y mujer inocente.

Sus manos se dirigieron por iniciativa propia a los pechos de la joven, primero los rozó con los nudillos en una caricia tan suave y efímera como el tacto de una pluma, consciente de que podía asustarse como una potrilla

descontrolada. Después los ahuecó y recibió la súbita exhalación femenina en el interior de su boca, pero sin ceder ni un ápice. Al contrario, apretó las manos, encerrando los exquisitos senos dentro, y atrapó los pezones entre sus dedos, para frotarlos con delicadeza.

Lariel se quería morir. De gusto, sobre todo, aunque una parte de ella se avergonzaba de permitir aquello. No era que fuese una mojigata, pero la imagen de un lejano prometido, amigo de toda la vida, se filtraba por entre sus devastados sentidos.

Tenía que detenerse, sin embargo no lograba convencer a sus brazos para que se soltaran de aquel cuerpo de escándalo, ni a su boca para que dejara de ser devastada por esos labios sensuales y expertos, ni a su cerebro para que obligara al resto a colaborar.

Aquello era demasiado... placentero, extraordinario. Único. «Un poquito más. Solo un poquito y pararé», prometió, introduciendo su lengua hasta el fondo en aquella cueva oscura y pecaminosa, a la vez que se internaba por debajo de la camiseta para palpar los músculos de acero que la habían tenido embobada durante semanas.

Los labios masculinos resbalaron por su mentón, giraron hacia su oreja y se apropiaron del lóbulo, el cual mordieron y estiraron hasta producir cierto picor, que se apresuró a aliviar con un lengüetazo tan erótico que cada vello de su cuerpo se puso de punta.

—Tengo que probarte —susurró en un tono tan bajo y grave que ella se estremeció—. Dime que puedo —pidió. Lariel cogió aire y se quedó congelada, sopesando las palabras. Una alarma comenzó a sonar en su cabeza, tan chirriante como la sirena de un camión de bomberos. «Cobarde». Asintió, echando a Ken y a sus miedos al fondo del edificio en llamas, confiando en silencio en que los servicios de emergencias se retrasaran un poco esa vez. Con cuidado, casi con reverencia, Jass fue desabrochando los botones de su camisa uno a uno, sin dejar de mirarla a los ojos. La prenda se abrió y reveló un sugerente sujetador de encaje de color gris perla, muy diferente a los que estaba acostumbrado a verle llevar. Aquel detalle le

recordó algo, y frunció el ceño—. ¿Has deshecho mi bolsa?

—He pensado que era lo menos que podía hacer mientras tú nos proveías la cena. ¿Te molesta? —preguntó al observar su actitud intranquila.

—No —se limitó a contestar.

—¿Estás pensando en toda esa ropa interior *sexy* y provocativa que guardabas entre tus camisas? —lo pinchó con una sonrisa juguetona.

—La viste, ¿no?

—Habría sido difícil no hacerlo —comentó, intentando no pensar que tenía la camisa abierta, y sobre todo en que los ojos verdes estaban fijos en la franja de carne expuesta. Las manos masculinas llegaron a sus hombros, y con una lentitud exacerbante se arrastraron por ellos hasta que la prenda cayó a sus pies.

—Es tuya.

—Ah, ¿sí? No recuerdo haberla comprado.

—Lo hice yo por ti. —Sin duda ni vergüenza se enfrentó a su mirada sorprendida—. Elegí cada pieza pensando en cómo te quedaría. Pero sobre todo en cuánto disfrutaría quitándotela. —Dio un paso hacia ella, pero Lariel alzó una mano y se detuvo de inmediato. Con el corazón a mil por hora, bajo amenaza de salirse del pecho, y el fragor de mil tambores que le resonaban en los oídos, se llevó las manos a la espalda. Los ojos de Jass se abrieron con sorpresa, e instantes después mostraron un brillo de admiración que le proporcionó cierto valor. Al menos el suficiente como para soltar los pequeños cierres del sostén que, aunque quedó flojo, afortunadamente se mantuvo en su sitio. Jassmon no se movió, ni siquiera cambió su expresión. Sabía que la deseaba, que estaba impaciente por continuar, sus ojos mostraban sin tapujos el anhelo y la necesidad que tenían de ella, pero iba a esperar a que estuviera preparada, a que diera todos los pasos por sí misma. A que no se arrepintiera de nada. Con un suspiro encogió los hombros, y las delgadas tiras se deslizaron por ellos hasta que desaparecieron. Lo vio inspirar con fuerza, y ella se olvidó de hacerlo, en espera de la sentencia. Jass se acercó despacio, y sin dejar de observarla abarcó uno de sus senos con la

mano—. Me encantan tus pechos. De hecho, me vuelven loco. —Y sin dale tiempo a reaccionar, se agachó, y se lo metió en la boca.

La joven jadeó de la impresión. Aquello, su lengua alrededor del duro pezón, los dientes que marcaban apenas la zona, mientras la mano izquierda se dedicaba con ahínco al otro, pellizcando con suavidad el dolorido guijarro, era tan avasallador para sus sentidos que no supo cómo afrontarlo. A efectos prácticos ella era virgen, aunque hubiesen profanado su cuerpo muchas veces. Pero era la primera vez que un hombre le hacía el amor. Y que ella se dejaba. Con un gemido tan erótico que a Jassmon se le oprimieron los testículos hasta dolerle, Lariel lo agarró del pelo y lo acercó a ella, exigiendo más sin saberlo. No desaprovechó la ocasión. La deseaba desde hacía demasiado tiempo, y por primera vez atisbaba una posibilidad de llegar a buen puerto. Jamás había estado tan excitado, y eso que en su dilatada carrera como conquistador había hecho de todo dentro y fuera de las sábanas. El sexo no revestía ningún misterio para él a esas alturas y, sin embargo, ninguna de sus alocadas experiencias podía compararse con la increíble mujer que tenía entre sus brazos en esos instantes.

Con un cuidado infinito sus dedos se amoldaron al pequeño triángulo de encaje de sus bragas, tan húmedo que sintió que se derramaría en ese instante, completamente seguro de que ella aún no se había percatado de que le había desabrochado los vaqueros y se los había bajado por debajo de las nalgas. Apretó los dientes hasta que se hizo daño, aguantando las ganas de arrancarle la ropa interior y embestirla con fuerza, y no parar de bombear en su interior hasta que sintiera la descarga del mayor y mejor orgasmo de toda su vida. Se contuvo a duras penas, observando su precioso rostro sonrosado, sus ojos cerrados, sus labios entreabiertos en busca de aire para sus pulmones. Esa era su primera vez, la primera que practicaba sexo consentido. Tal vez si conseguía recordarlo, no se comportaría como un animal en celo. Boqueando, y con todos los músculos tensos por el esfuerzo, le separó la delgada tela y le rozó el clítoris con el dedo corazón.

Ella se sobresaltó como si hubiera recibido una descarga eléctrica, pero la

abrazó a él, la pegó a su cuerpo, y deslizó el dedo hasta su entrada, donde lo introdujo con delicadeza, pero hasta el fondo. Un grito desgarrador, más parecido al de un animal herido de muerte, le taladró los tímpanos. Jass temió haberle hecho daño, pero antes de poder retirarse sintió el terrible rodillazo en su hinchada verga, y cayendo de rodillas al suelo aulló de dolor, doblado en dos, y apretándose la entrepierna.

Apenas veía lo que tenía delante. Todo se había vuelto borroso alrededor, y lo único que captaba su atención era ese tormento lacerante que tenía entre las piernas. El aire escapaba de sus pulmones a ráfagas cortas y rápidas, y una sensación de mareo se había apoderado de él. «Maldita muchacha». ¿Cuándo entendería que un simple no bastaba? Poco a poco la respiración se le fue normalizando, la visión se volvió más nítida, y la presión que sentía en aquella zona comenzó a disminuir. Aún le dolía horrores, aunque era lo bastante soportable como para intentar incorporarse. Gimió al hacerlo, y tuvo que sentarse en el sillón más cercano. Aquella estúpida le había atizado bien. Atisbó un movimiento a su izquierda y levantó la vista, los ojos aún encharcados en lágrimas.

—Sube a tu habitación. —Su voz fue tan dura como la encimera de mármol de la cocina, y Lariel retrocedió un paso. Jass soltó una palabrota, cansado del largo viaje, frustrado por el polvo inacabado, y dolorido por el tremendo rodillazo—. No voy a hacerte daño, maldita sea. Sabes que nunca te lastimaré, pero me gustaría salir de aquí con cierta dignidad. —Por primera vez no le apenaron los lagrimones que nacieron en sus enormes y tristes ojos y bajaron por sus pálidas mejillas. Volvió la cabeza, perdida la mirada en algún punto, lejos de ella. Al cabo de un momento la escuchó subir la escalera.

Y no mucho después, la joven oyó el motor del coche alejarse de la casa.

Algo más de tres horas después seguía recluida en su dormitorio. Desconocía si él había regresado o la había abandonado allí, y eso la asustaba. Era de noche, y no había tenido fuerzas para encender la luz, así

que estaba medio escondida en una esquina del cuarto, sentada en el suelo, abrazada a sus rodillas, como una niña pillada en falta y castigada después.

Se sentía mal, muy mal. No podía culpar a Jass de nada de lo ocurrido. Aquello lo habían iniciado los dos, ella había estado de acuerdo en todo, y se había rajado en el último momento de la peor manera posible. Si no quería seguir, tendría que habérselo dicho en lugar de recurrir a la violencia. El caso era que sí había querido continuar, pero al sentir aquel dedo intrusivo solo había podido pensar en... H'arün. Él era el único hombre que la había penetrado, y su cerebro no había sido capaz de discernir nada más. El placer se había evaporado, y su cuerpo había reaccionado de la única manera que sabía: atacando. Y le había hecho mucho daño. Incluso ella pudo apreciar eso. E imaginó que no solo físicamente. A alguien como Seveages, ese golpe le habría dado en algo más que en la ingle.

La ligera llamada a su puerta la sobresaltó casi más que si alguien la hubiera reventado y hubiera entrado como una tromba con un hacha en la mano.

—La cena está lista. —Un segundo después escuchó los pasos alejándose, y después el eco de la escalera. Suspiró con pesadez. ¿Qué esperaba? ¿Un ramo de rosas y un poema? Durante un rato sopesó quedarse allí encerrada, al menos hasta el día siguiente, pero ¿no se había hecho la firme promesa de dejar de ser una gallina y empezar a llevar las riendas de su vida? Así que se levantó, se sentó en la cama —porque tenía las piernas entumecidas de tanto rato en la misma postura— y se preparó mentalmente para lo que la esperaba en el piso inferior.

Jassmon la observó bajar las escaleras con los ojos entrecerrados, por encima del borde de su vaso. Fue consciente de sus ojos enrojecidos, y supo que había estado llorando. Una parte de él se apiadó, sabiendo que estaba asustada y confusa. La otra seguía furiosa. Se tragó ambas emociones junto con el resto del *whisky* y se levantó del sillón, enmascarando una mueca dolorida con un ceño de lo más amenazador.

Se dirigió a la mesa rectangular preparada para dos y corrió una silla, sin mirarla.

—¿Cenamos? —preguntó, esperando que se sentara. La joven dudó, pero se acercó y ocupó el asiento que le ofrecía. Él se fue a la cocina y regresó poco después con un bol de ensalada y una fuente con tres truchas asadas rodeadas de patatas cortadas en rebanadas muy finas. Lariel levantó la vista de la comida, sorprendida—. He aprovechado para ir al pueblo y comprar algunas cosas —contestó a su muda pregunta. La muchacha lo observó servir, encantada. Todo parecía delicioso. La ensalada tenía pequeños tomates cherry, queso de cabra, nueces, lechuga e incluso higos frescos. Y el aroma de las truchas le estaba haciendo la boca agua. Su estómago protestó, impaciente, lo que hizo que le subieran los colores. Jass le sirvió y rio entre dientes—. Come antes de que me devores a mí. —Lo miró mientras se dedicaba a su propio plato. En verdad podría hacerlo, pensó, admirando su cuerpo duro y proporcionado, tan bien delineado por los vaqueros desteñidos y la camiseta negra. Era obvio que acababa de ducharse, ya que aún tenía el pelo húmedo. Ese hombre sabía aprovechar el tiempo. Entonces él giró la cabeza y la pilló comiéndoselo con los ojos—. Creía que tenías hambre.

—Te estaba esperando. —Jass se sentó, y haciéndole un gesto con el tenedor se puso a comer, evitando sus ojos. La velada transcurrió sin pena ni gloria, entre un mutismo total por parte de ambos, y una absoluta concentración en sus platos para evitar cruzar la mirada. Lariel se sentía tan culpable, tan miserable, que a pesar de la deliciosa cena que tenía delante apenas la probó, arrastrando la comida de un lado a otro, desesperada por encontrar las palabras mágicas que deshicieran el daño que había causado con sus impulsivos actos. El largo y pesado suspiro de su acompañante la sacó de sus cavilaciones, y cuando levantó la cabeza se encontró con toda la fuerza de esos ojos verdes puesta en ella.

—No merece la pena que sigamos dándole vueltas a lo que ha ocurrido, Larry. Dejémoslo pasar, ¿de acuerdo? —No esperó una respuesta. Se levantó, su comida tan intacta como la suya, y con el plato en las manos se dirigió a la

cocina—. ¿Quieres café? —preguntó desde allí, trajinando en el lavavajillas.

—No, gracias. —Pensó que ya iba a costarle suficiente dormir sin aquel añadido. Demasiado nerviosa como para seguir sentada se levantó y fue hasta la chimenea. Sabía que debería quitar la mesa, como mínimo, pero el montón de fotografías que había esparcidas allí llamaba su atención y no pudo resistirse. Eran todas antiguas, de hacía algunos años. Lo sabía porque un Jassmon muy joven, apenas un adolescente, delgado y larguirucho, le sonreía desde las instantáneas. En muchas de ellas lo acompañaba una mujer de mediana edad, guapa y muy dulce. Lo sintió a su espalda, caliente y perturbador. Siguió mirando las fotografías, con el corazón galopante—. ¿Quién es?

—Mi madre. —Su voz había cambiado. Era dura y oscura, como si se enfrentara a mil demonios. Quiso espantarlos a todos por él. Ella, que no podía con uno solo. Se volvió y se encontró entre sus brazos, sus pechos rozando su torso.

—Lo siento. Yo no...

—No importa. —No se retiró, pero tampoco hizo movimiento alguno para tocarla. Ni siquiera la miraba, su atención estaba concentrada en aquellos instantes inmortalizados para siempre en papel.

—La echas mucho de menos. —No era una pregunta, y no sonó como tal. Pareció que él no contestaría, tanto tiempo estuvo en silencio, perdido en sus pensamientos.

—Era demasiado joven para morir —susurró, el cuerpo tan tenso que pensó que era sorprendente que no escuchara el crujir de algún hueso.

—¿Estaba enferma? —Entonces Jass volvió la cabeza hacia ella, y el dolor agónico que vio en sus ojos casi la hizo jadear.

—Sí, aquí. —Siguió el movimiento de su mano, y tragó con fuerza al ver que se la llevaba al corazón, y se apretaba la zona como si le doliera. Tenía tantas ganas de abrazarlo y consolarlo, sin embargo, no se atrevía. El contacto físico no era su fuerte.

—¿Quieres contármelo? —se encontró preguntando.

—No. —La palabra, sencilla y terminante, restalló en la estancia como un látigo de nueve colas y laceró su suave piel con la misma eficacia del arma. Se sintió estúpida, tan estúpida. Por supuesto, no era su amiga, ni su amante, nadie con quien él quisiera sincerarse. Rígida y dolida se separó de él y salió al porche, y allí se sentó en el bonito y cómodo banco de madera mientras intentaba ordenar sus ideas.

Jass maldijo con furia en voz baja.

—Joder, joder, joder.

Se había prometido que iba a actuar como si el desafortunado episodio de la tarde no hubiera ocurrido, o al menos con toda la normalidad que le fuera posible. La cena había sido un fiasco, a pesar de haberse esmerado en prepararla, pero llegar a casa para descubrir que la chica seguía atrincherada en su cuarto como si pensara abalanzarse sobre ella en cualquier momento y violarla sin contemplaciones no le había sentado nada bien. Al fin y al cabo, si había ido al pueblo era para conseguir provisiones, y después había regresado andando, cargado con la compra, durante un buen trecho, puesto que había escondido el coche que siempre tenía guardado allí tres kilómetros atrás. Como medida de precaución, se dijo, puesto que no tenía ninguna duda de que estaban a salvo en su refugio. Y por supuesto, cuando acabó de ducharse, mientras las truchas terminaban de hacerse en el horno, y comprobó que ella no se había movido, estaba más que cabreado. Y dolido. Lo cual le cabreaba aún más. Así que cuando ella sacó el desafortunado asunto de su madre la cosa se disparó. Ese sí que era un tema tabú.

La copa apareció en su campo de visión, y la sobresaltó un tanto. Por supuesto, él volvía a estar descalzo, y a pesar de lo molesta que estaba no pudo evitar pensar en lo erótica que le parecía esa costumbre. Se envaró un poco cuando se sentó a su lado, aunque hubiera espacio suficiente como para que no se tocaran. El silencio se extendió entre ellos, aunque no fue opresivo, como durante la cena.

—No me has dicho qué piensas de la casa. —Se aventuró a mirarlo, pero él observaba abstraído el paisaje que les envolvía.

—Es perfecta —reconoció. Advirtió la leve sonrisa que perfiló sus labios antes de que diera un sorbo a su bebida, lo que le recordó la suya. Se animó a probarla y tosió entre jadeos, creyendo que se ahogaría. La suave risa del hombre la acompañó mientras le palmeaba la espalda con suavidad.

—Poco a poco, niña. Este *whisky* es fuerte como el demonio, pero ayudará a calmarnos. —Lo miró entre los lagrimones que aún salían de sus ojos. «Ostras con el brebaje». Estiró el brazo para entregarle la copa, segura de que no quería volver a beber *eso* en la vida, pero entonces un ligero calorcillo se enroscó en su estómago, y tras un suspirito satisfecho se quedó con la bebida, dispuesta a darle otra oportunidad. Escuchó perfectamente la risilla socarrona de su acompañante, pero no le hizo ningún caso—. Recuerda. Da sorbos cortos y paladéalo. Podríamos irnos de vacaciones un par de días con lo que cuesta una botella.

—Vacaciones. —La palabra expresaba tanta nostalgia y deseo contenido que Jassmon apretó los dientes hasta casi pulverizárselos, recordando cuántas cosas le habían robado a esa joven.

—¿Adónde irías? —preguntó con curiosidad—. Si pudieras evadirte unos días —aclaró ante su evidente desconcierto.

—Me quedaría aquí. —La miró con la boca abierta. Después sonrió, demasiado satisfecho para su propio gusto.

—Es precioso, ¿verdad? —Ella asintió.

—¿Dónde estamos?

—En el Bosque Nacional Los Padres.

—Humm... ¿Y podemos estar aquí?

—Sí, no te preocupes.

—Pero...

—De los 7890 kilómetros cuadrados que tiene, unos 7132 son tierras públicas, pero el resto, aproximadamente 758 kilómetros, son propiedad privada.

—¿También has metido tus zarpas aquí? —preguntó con estupefacción.

Jass no pudo evitar reír. Alzó las manos en actitud defensiva.

—Esta vez soy inocente. Estas tierras son heredadas. Han pertenecido a mi familia desde hace generaciones. A mi padre no le interesaba encargarse de ellas y se las compré hace unos años. Construí la cabaña e hice unos ajustes, como los paneles solares, el generador, el pozo, y algunas cosillas más. —Lariel sabía que estaba pecando de humildad. Gracias a sus conocimientos sobre tecnología, y a su mente privilegiada, había llevado la electricidad y el agua, entre otros avances, a ese rincón del bosque, sin destruir el entono.

—Lo que has hecho es impresionante —lo alabó. Él hizo un gesto con la mano, descartando el halago.

—Hay algún rancho en los alrededores. Nos ayudamos unos a otros—Lo dejó pasar, sabiendo lo poco que le gustaba ser elogiado. Se arrellanó en el asiento, dio un precavido sorbo a su bebida y se empapó de la tranquilidad de la noche, y de su hermosura.

—Esto es maravilloso.

—Sí. Los Padres contiene una amplia gama de ecosistemas, desde hábitats marítimos y marinos hasta bosques de secoya, conífera y roble. También hay pastizales, enebros, chaparrales, y semidesierto. En total alberga más de cuatrocientas sesenta y ocho especies de peces y vida silvestre. Hay veintitrés especies amenazadas o en peligro de extinción, veinte especies de fauna sensible regionalmente, y treinta y cuatro especies silvestres sensibles al nivel de bosque. Los Padres provee hábitat para la reintroducción de cóndores de California, águilas calvas, halcones peregrinos, ovejas de carnero, y muchas plantas en peligro de extinción.

—Debe ser complicado luchar por salvarlos en el mundo que estamos creando. —Fue todo lo que se le ocurrió decir, a la vez que ahogaba una sonrisa en su copa. Era evidente que ese hombre estaba implicado hasta las cejas en el mantenimiento y desarrollo de ese bosque, y se apostaría su propia fortuna personal a que se dejaba sus buenos miles de dólares en donaciones para que todas esas plantas y animales no desaparecieran de la faz de la tierra. El silencio volvió a extenderse sobre ellos, cómodo y lleno de compañerismo.

La joven pensó que era probable que él estuviera algo avergonzado de su fiera defensa sobre las virtudes de aquel montón de tierra y piedras.

—Mi madre se suicidó.

Lariel giró la cabeza de golpe hacia él, como si la hubieran abofeteado. Pero Jass no la miraba. Tenía la vista clavada en sus manos, que apretaban con fuerza la copa, ahora vacía. No se atrevió a hablar, ni a moverse. Ni siquiera respiró.

¿Quería oírlo? Ella ya tenía suficiente mierda en su cabeza como para enfrentarse a las penurias de los demás.

Pero ese hombre estaba atormentado por aquella historia, y ella estaba segura de que nunca se la había contado a nadie.

Y la había elegido a ella para romper la presa de sus emociones...

—Era una mujer extraordinaria. Dulce, cariñosa y siempre sonriente. De una sensibilidad exquisita. Fue la mejor madre del mundo. Yo... la idolatraba —terminó con un susurro rasgado. De repente se levantó, incapaz de permanecer quieto más tiempo, y se quedó junto a la barandilla—. Amaba a mi padre con locura, sin embargo, no podía soportar sus largas ausencias. Vivíamos en la base, pero cuando lo mandaban a alguna misión nunca sabíamos cuánto tardaría en regresar, ni siquiera adónde iba. Y cuando volvía... Estaba tan tocado por lo que había visto y hecho, por las pérdidas de sus hombres, que tardaba meses en recuperarse. Y durante aquel tiempo chupaba de mi madre, como una maldita sanguijuela, para volver a levantarse. De su risa, de su alegría, de sus ganas de vivir. Todo eso lo comprendí con el tiempo, según fui creciendo. Durante años creí que mi padre era un puto héroe, y que mamá no era lo bastante fuerte para esa vida. Quizá no lo era, pero si la hubiese querido, habría hecho lo imposible por hacerla feliz. La habría sacado de allí, joder, en lugar de apoyarse en ella cuando todo iba mal y después, cuando las muertes, la destrucción y la conciencia dejaron de afectarlo, también dejó de necesitar a su esposa. El gran Daymond Seveages abrió los ojos y solo vio a una patética mujer, débil,

asustada, caída. Y en lugar de cuidar de ella, tal y como mi madre había hecho por él, se distanció de nosotros, se refugió en lo único que en realidad le había importado alguna vez: el ejército. Así que él no estaba cuando su esposa se metió una mañana en la bañera, se cortó las venas, y lo llenó todo de sangre. —Se dio la vuelta para mirarla, los ojos, los más duros que le había visto nunca—. Pero su hijo de catorce años sí. —Lariel ahogó un sollozo, sabiendo que si lo dejaba escapar él se alejaría, aunque el dolor que sentía en el pecho apenas le permitía respirar.

—Jass —musitó, incapaz de quedarse callada.

—Aún puedo ver con perfecta claridad su cuerpo sumergido en el agua, las muñecas que colgaban inertes por los bordes de la bañera, la sangre que chorreaba hasta el suelo color crema. —Los rasgos masculinos se endurecieron más si cabía, semejante a un dios de la venganza, furioso, inclemente, justiciero—. ¿Tienes una idea de lo espesa que llega a ser la sangre cuando se amontona formando un gran charco? ¿De lo profundamente roja que es? ¿De lo escandalosa que se vuelve cuando salpica por todas partes? ¿De lo jodidamente difícil que es de quitar de las juntas del suelo? — Un gemido, mitad lamento, mitad sollozo, salió de los labios de la joven mientras corría hacia él. Se tiró sobre su duro cuerpo y Jass la aguantó, pero nada más, sus brazos permanecieron laxos a los costados, negándose a aceptar su compasión—. No me tengas lástima, Larry. No es más que otra tragedia de la vida. —Ella levantó la cabeza, los ojos repletos de unas lágrimas que él ni había pedido ni necesitaba.

—No es piedad, Jassmon, es pena. Lamento tanto que tuvieras que vivir esa experiencia tan dolorosa. Nadie tendría que ver morir a un progenitor de ese modo, y mucho menos siendo tan joven. Yo acabo de perder a mi madre y me siento devastada, así que no puedo imaginar lo que tú tuviste que pasar entonces. —Jassmon tragó con fuerza, intentando que el nudo que le atenazaba la garganta se aflojase.

Aún no comprendía qué lo había llevado a sincerarse con aquella muchacha, rota por dentro de mil maneras diferentes, y en cierta forma una

desconocida para él. Aunque también, por extraño que pudiera parecer, tan próxima y familiar. Quizá debido a las semanas de viaje a través del desierto, a la convivencia forzosa, o a la indiscutible atracción física existente entre ambos. Lo desconocía, pero el caso era que cuando quiso darse cuenta se lo había soltado todo. Y era la primera vez que hablaba de ello con alguien. Ojalá pudiera decir que se sentía mejor después de decirlo en voz alta, pero no era así. La rabia, el dolor, y la amargura seguían intactos dentro de él, como si conservándolos pudiera retener algo de su madre que el tiempo no pudiera arrebatarse.

De todos modos, lo importante en ese momento era que, probablemente por propia experiencia, ella lo comprendía. Y aquello era todo un mundo. Descontrolado como estaba, como cada vez que se permitía revivir aquel tormento, solo pudo hacer una cosa. La cogió entre sus brazos, la acercó tanto a él que pensó que la fundiría a sus propios huesos, y le devoró la boca en un beso hambriento, húmedo, apasionado y carnal, sin importarle demostrarle cuánto la necesitaba.

Lariel gimió dentro de su boca, sorprendida, sí, pero también excitada. No esperaba aquel beso en esas circunstancias, sin embargo, le supo a gloria, porque hasta ese momento no se había dado cuenta de que, después de las desastrosas horas que había pasado, necesitaba sentirlo de nuevo. Saber que él no iba a rechazarla.

Con un ronroneo de gozo se apoyó en él, se colgó de su cuello, y le devolvió el beso con total abandono, momento en el cual Jass separó su boca de la suya y retrocedió un par de pasos, dejándola muda de asombro.

—Creo que me voy a pasar un rato por la ciudad. Volveré tarde, así que es mejor que te acuestes. Ha sido un día muy largo. —Un jarro de agua fría, o un bofetón en plena cara, no le habrían dolido tanto. Lariel se esforzó en no demostrarlo. Eso se le daba bien, al fin y al cabo, había tenido que fingir una gran cantidad de indiferencia ante H'arün para poder sobrevivir. Cuando ya no pudo seguir soportando su mirada impenetrable, bajó la vista, y se topó con su tremenda erección. Entonces entró en la casa y subió a su habitación,

pensando que se merecía un Oscar a la mejor interpretación en cine mudo. Después se echó a llorar.

Jass miró una vez más hacia la ventana iluminada de la primera planta, preguntándose por qué no se acostaba de una vez. Le daba apuro dejarla allí sola, levantada, aunque fuese una soberana estupidez. «¿No será que estás poniéndote excusas a ti mismo para no marcharte?». Se pasó la mano por el pelo, frustrado a más no poder.

Necesitaba echar un polvo. Así de simple. Entre los preparativos del viaje y la huída por media Arabia, llevaba más casi tres meses sin tocar a una mujer. Bueno, eso no era estrictamente cierto, se dijo, recordando todas y cada una de las ocasiones en que había tocado a la mujer que se paseaba de un lado a otro de su dormitorio, por lo que podía atisbar desde allí abajo. Y esa era otra parte del problema, *una de las más importantes*. Porque entre la abstinencia forzosa, y la excitación continua que ella le provocaba, estaba más cachondo que un toro. Y era una situación insostenible.

Así que cuando ese cuerpo grácil y flexible se había acurrucado junto al suyo minutos antes, y le había respondido con pasión y cierto descaro, no pudo soportarlo más. Además, sabía a qué iba a conducirlo eso, a otra noche de deseo insatisfecho, puede que incluso con rodillazo en las pelotas incluido.

No, lo mejor era que se fuera a la ciudad y se ligara a una preciosidad tan deseosa como él de pasar un buen rato. Y después todo iría como la seda entre ambos. Con ese pensamiento en mente se dio la vuelta y se dispuso a recorrer los varios kilómetros que tenía hasta el todoterreno.

—No te vayas. —Se giró de golpe, desconcertado por no haberla oído llegar, aunque había estado tan sumido en sus pensamientos que no habría sido consciente de una estampida de ciervos hasta que se le hubieran echado encima.

—No te inquietes. Aquí nadie va a encontrarnos. Estarás bien hasta que regrese. De otro modo, no me marcharía.

—No es eso lo que me preocupa. —Él ladeó la cabeza, pensativo.

—¿Entonces qué? —Incluso en la oscuridad pudo apreciar cuán turbada estaba, pero casi de inmediato alzó la cabeza, con porte orgulloso.

—Vas en busca de una mujer. —Jass no podía creerlo, pero sintió cómo un ligero rubor ascendía desde su cuello hasta su rostro, como si lo hubiera pillado en alguna falta.

—Yo no...

—¿Vas a mentirme? —preguntó, sintiéndose más valiente.

—Y si es así, ¿qué? —Aquella respuesta la desinfló, y su osadía se fue por el desagüe. Apartó la mirada, nerviosa y cohibida. Lo sintió moverse inquieto a su lado, como si estuviera desesperado por largarse. Y supo que si no hacía algo rápido acabaría en los brazos de otra.

—Elígeme a mí —susurró. Ni siquiera la mandíbula desencajada de él le subió el ánimo. ¿Aquello significaba que lo había sorprendido, o que la idea le parecía inverosímil?

—¿Qué?

—Para pasar la noche. Elígeme a mí.

—Te he entendido a la primera —aclaró con los dientes tan apretados entre sí que le extrañó haber comprendido sus palabras. Al menos no se había reído en su cara, o había echado a correr hacia la ciudad. Por si se decantaba por alguna de esas alternativas, se acercó a él y puso las manos sobre su pecho. Jass dio un paso atrás que ella absorbió de inmediato.

—No tienes ni idea de lo que estamos hablando, muchachita. —Las molestas palabras no le escocieron, porque supo que pretendía alejarla. Subió las manos por su torso en un movimiento lento y deliberadamente seductor hasta que llegó a su nuca, donde se demoró acariciando la sensible zona.

—Enséñame.

—Créeme, no es un buen momento para estirar mi caballerosidad —murmuró sombrío.

—No seas un caballero entonces.

—No sabes lo que estás diciendo —aseguró, intentando soltarle las manos

del cuello.

—Creo que sí —contradijo, entrelazando los dedos con los suyos por encima de la masculina cabeza, sus pechos rozándose sin cesar con su torso.

—Ese es el problema. Crees. Solo conoces lo peor de un hombre.

—Enséñame lo mejor —sugirió, a la vez que sus caderas encajaban a la perfección, ayudadas por el tira y afloja que se traían. Jass gimió, a un paso de caer en la tentación.

Ella era demasiado mujer, aunque no supiera qué hacer con el tremendo arsenal que poseía, y él una cucaracha con una erección de mil demonios. Sintió las pequeñas palmas apretando contra su carne, empujándolo, y el calor que le transmitían lo mareaba. Se dejó manejar por aquella diminuta muchacha, retrocediendo sin mirar, sus ojos hambrientos fijos en los estanques azules de ella, que se agrandaban por momentos, al parecer incapaces de creer que fuera a cooperar. En realidad, sabía que el calor que notaba lo estaba generando él, se sentía abrasar, y le extrañó no entrar en combustión.

Tuvo que detenerse cuando su espalda chocó contra el tronco de un árbol y alzó una ceja, divertido a pesar de la tensión que soportaba, esperando el siguiente paso de aquella seductora en ciernes.

—Estás ardiendo —murmuró la joven, en su tono un claro matiz de asombro. Jass se dio la vuelta con rapidez, con lo que cambió sus posiciones, en secreto encantado con su jadeo de sorpresa.

—No lo sabes tú bien —dijo, mientras acercaba primero su pelvis a su vientre para que comprobara sus palabras, y le comía la boca después, porque ya no podía resistir más su embrujo. Esperaba que esa vez fuera en serio, porque estaba harto de empezar para tener que detenerse. Lo entendía, y como que había un Dios que volvería a retirarse si fuera necesario, pero ese jueguito lo estaba matando. Enardecido por el entusiasmo de la joven, cogió sus muñecas, y le alzó los brazos por encima de la cabeza, y se las sujetó con una de sus manos mientras bebía el dulce néctar de su boca. Tardó bastante en notar la rigidez de su cuerpo, perdido en la delicia de sentir cada

centímetro de su cuerpo apretado contra el suyo, con el árbol como barrera, sin ningún otro lugar al que ir... Poco a poco levantó la cabeza y la miró, hasta que percibió el pánico en los preciosos ojos. No la soltó, ni siquiera aflojó el agarre—. ¿Tienes miedo? —preguntó, a pesar de ser evidente. Ella se limitó a fijar la mirada en él, la respiración le salía por la boca en jadeos ahogados que le rompieron el alma. Comenzó a separarse.

—Espera. —La palabra apenas fue audible entre sus resuellos, y sin embargo restalló en la noche con la fuerza de un trueno. La ceja masculina se alzó, mitad pregunta, mitad burla—. Estoy asustada, pero quiero continuar.

—Lariel. Quizá sea mejor no forzar las cosas. Está claro que no estás preparada para esto. Soy un cabrón egoísta...

—¿Qué estás diciendo?

—Que apenas hace dos semanas que escapaste de todo aquello. Has pasado por un infierno, cariño, una experiencia traumática que ha durado catorce meses. Solo con tiempo y mucha ayuda podrás superarlo, y lo que menos necesitas es que yo te presione para mantener relaciones sexuales. Debes darle tiempo al tiempo y algún día, cuando te sientas preparada, el aspecto físico vendrá solo. Y tu prometido será un tipo muy feliz. —Terminó con rabia en la voz. La muchacha cerró los ojos, deseando poder cerrar su mente a las palabras con la misma facilidad. No quería pensar, no quería recordar y, en ese instante, no quería hablar de Ken, al que Jass había mencionado para destruir aquel momento entre ellos.

—Te deseo. —Se encontró diciendo, sin saber quién de los dos estaba más sorprendido. Sintió moverse el miembro contra su vientre, en clara respuesta a su revelación, y su propio sexo se contrajo, expectante.

—Y yo a ti. No sabes cuánto. Pero...

No pudo seguir. Lariel se le echó encima, a pesar de seguir aprisionada contra el tronco, y de que sus manos estuvieran bajo el firme agarre de la suya. Y por primera vez lo besó como llevaba tiempo deseando hacerlo, con toda el ansia que tenía dentro por ese hombre bueno, valiente y hermoso. Porque intuía que iba a perderlo en cuestión de segundos, lo que había

evaporado sus miedos y reticencias, y dejado tan solo el anhelo y la necesidad que había sentido por él desde el primer momento en que le vio. La mano masculina voló hasta su cintura, acariciándosela con parsimonia, como si quisiera calmarla. Pero ella estaba desatada, sabiendo que disponía de unos pocos instantes para saborearlo antes de que se apartara y fuera a buscar en otra parte lo que ella no sabía darle. Así que lo tentó una y otra vez, deseosa de fundirse con él, de encontrarse con su lengua experimentada y concedora a mitad de camino, recorriendo sus encías, el perfil de sus dientes, internándose más profundo cada vez, necesitando un recuerdo que poder llevarse consigo si conseguían salir de aquel lío con vida. Y ni siquiera fue consciente de la exploradora mano que vagabundó por su cuerpo, primero por su cadera, bajando hasta su trasero, amoldándose a la nalga y apretándola contra la dura erección que palpitaba de pura ansia con pequeños embates de las caderas masculinas, hasta que escuchó su propio gemido cuando la segunda mano pellizcó su pezón por encima del sujetador. Aquello la sacó de su estupor sensual y atenazó cada uno de sus músculos. Sintió el suspiro de decepción llenando su boca antes de que la lengua masculina retrocediera, y supo que lo había perdido. Su mente gritó una negativa, y fue un grito angustiado, lleno de rebeldía, de rabia y repulsa por lo que aquel cabrón había hecho con ella, en lo que la había convertido. Sujetó la mano sobre su pecho, asustada hasta la muerte, mientras sus ojos se mantenían fijos en las brillantes esmeraldas de Jassmon, que ya comenzaba a negar con la cabeza.

—No te fuerces, linda.

—No te he pedido que pares.

—No has dicho la palabra, pero tu cuerpo ha hablado tan claro como si la ha hubieses aullado.

—No pensarías que sería fácil, ¿verdad? —le echó en cara, enfadada, aún sabiendo que no tenía motivos.

—No. Pero tampoco que sería tan difícil. —Se dio la vuelta con brusquedad, y Lariel se sintió abandonada, ya sin la presencia de su cuerpo a su alrededor. La frustración sexual, el sentimiento de rechazo, el extremo

cansancio y la impotencia, hicieron mella en ella, desbordándola.

—¡Maldita sea, Jassmon, quiero que me folles! —El aludido se giró muy despacio, los ojos abiertos de par en par, y la mandíbula desencajada. A pesar de la situación, la joven se echó a reír. Parecía realmente impactado.

—¿Qué has dicho? —preguntó, incapaz de creer que la siempre formal y bien educada señorita Rosdahl pudiera hablar así.

—Sé que no soy una de tus conquistas fáciles, pero... —Se mordió el labio, insegura. Después, levantó sus enormes ojos hacia él, tan bonitos y tristes—. Sé un poco más paciente conmigo. Más de lo que ya lo has sido, quiero decir. Dame una oportunidad y no te defraudaré, te lo prometo. —Jass llegó hasta ella en dos zancadas, y la abrazó con todas sus fuerzas.

—No estoy decepcionado, dulzura. Nervioso, frustrado, excitado hasta lo indecible, sí. Incluso un poquito asustado. Pero jamás podrías hacer nada para desilusionarme.

—¿Tú tienes miedo?

—Por supuesto. ¿Crees que no sé que esta es tu primera vez? ¿Y lo importante que es que todo sea perfecto con el bagaje que llevas contigo? Me aterra no estar a la altura —admitió en un susurro.

—No necesito perfección, Jass. Tan solo cariño y comprensión, y que no te retires cada vez que me bloquee. —Él asintió.

—¿Y Watford? —se obligó a preguntar, sabiendo que podría estropearlo todo, y no solo el sexo, pero tenía que dejar las cosas claras.

—Solo estamos tú y yo. Si quieres conjurarlo para terminar con esto, bien. Sin embargo, prefiero que seas sincero conmigo y admitas que no quieres complicarte la vida. De todos modos, los dos sabemos que esta será una historia corta y apasionada, que ambos disfrutaremos recordando en nuestra vejez, nada más. —Le dolió oír aquello, no supo bien por qué. Sin embargo, saber que para ella su posible relación amorosa sería algo efímero y sin consecuencias le contrajo las entrañas. Pero si quería tenerla debía asumir que era eso o nada.

—¿Estás segura de que no quieres reservarte para él? —Se obligó a

insistir, incluso cuando se llamó a sí mismo gilipollas. Ella lo miró a los ojos durante un buen rato, como sopesando la pregunta, y Jass sintió el martilleo de su propio corazón atravesarle las costillas.

—Te he esperado toda mi vida, y ahora que te he encontrado no voy a desperdiciar la oportunidad. —Se enfrentó a la intensa mirada, ferviente e inquisidora de él sin parpadear, pero no le aclaró sus palabras. En cambio, se estiró para robarle un beso, un beso que no fue un hurto, sino un regalo, porque su acompañante lo cedió gustoso. Cuando acabó, los dos respiraban de forma entrecortada. Jassmon inspiró con fuerza y la cogió en brazos, lo cual la sorprendió.

—Pues aprovechémosla. —Y se dirigió hacia la casa, perdido entre sus labios abiertos. Solo cuando sintió las suaves y frescas sábanas bajo ella, Lariel se dio cuenta de que habían llegado al dormitorio de él, y aunque las campanas sonaban de nuevo con fuerza en su cabeza las ignoró con decisión. No más miedos, no más echarse atrás en el último momento. Iba a disfrutar de aquello, de ese hombre y de su sexualidad, y nada ni nadie se lo impedirían. Ni siquiera ella misma. Lo besó, y supo por la forma en que él se hizo cargo del beso que esos labios habían compartido muchos momentos como ese. Echó la cabeza hacia atrás cuando sintió la lengua resbalando por su cuello hasta el hombro, disfrutando del escalofrío de placer que la recorrió por entero—. Deseo tenerte desnuda debajo de mí, pero no quiero que te asustes —susurró en su oído antes de lamerle la oreja, lo que le provocó un jadeo ahogado. Lariel habría mentido si hubiese dicho que el pequeño pero apretado nudo en el estómago no era de aprensión, sin embargo, lo arrojó al fondo de su conciencia. Quería hacerlo, quería ver sus ojos turbios de pasión mientras la miraba, aunque sobre todo quería sentir sus pieles rozándose.

—¿Por qué no empiezas tú? —sugirió a cambio, y aquella respuesta lo sorprendió. Aunque rápidamente entendió que de ese modo le condecía unos minutos más para hacerse a la idea. Se incorporó hasta ponerse de rodillas, y con un fluido movimiento se sacó la camiseta por la cabeza. Lariel tragó, la mirada perdida en el aquel musculoso y bien definido torso, tan repleto de

músculos. Estaba claro que se machacaba en el gimnasio, porque nadie podía tener un cuerpo como ese de forma natural. Esos brazos fuertes eran una delicia para la vista, al igual que los marcados pectorales, y los ondulantes abdominales.

—¿Te atreves con más? —le preguntó con una sonrisa traviesa, consciente de que le estaba gustando lo que veía. Asintió, no muy segura de ser capaz de hablar sin dejar caer la baba. Jass se mordió el labio inferior mientras la observaba un instante, para acto seguido llevarse las manos al botón del pantalón. El sonido de este al desprenderse del ojal fue nimio, pero en el absoluto silencio de la habitación pareció un disparo a bocajarro. Los ojos femeninos volaron como halcones hacia allí, y no parpadearon cuando la mano bajó la cremallera y las dos partes se abrieron, revelando la ausencia de ropa interior. Dos latidos de corazón, y la prenda bajó por las estrechas caderas, se deslizó por los poderosos muslos, y cayó al suelo cuando él la descartó sin miramientos. Cuando se irguió, la observó serio, esperando su reacción, pero Lariel solo tenía ojos para su tremenda erección, que se mostraba orgullosa y gloriosa al alcance de su mano. «Dios mío». Aunque intentaba que el pánico no la dominase, solo de pensar que ese enorme pene tuviese que entrar en ella..., la verdad era que estaba haciendo verdaderos esfuerzos por no bajarse de la cama y echar a correr.

Jassmon sabía que se estaba echando atrás. Y sabía además el porqué. Era muy consciente de que estaba bien dotado a nivel físico, y lo que para otras mujeres era sinónimo de una noche de gozo y desenfreno, para Lariel era un claro handicap. Ella creía que iba a lastimarla debido a su tamaño.

—Cariño, mírame. —No lo hizo, por supuesto. Pareció seguir hipnotizada por su verga, como si fuera una boa constrictor preparándose para atacar—. Larry. —Por fin alzó sus atemorizados ojos hacia él, y el hombre fingió no darse cuenta de su miedo—. Sé que el tamaño te impone, pero te prometo que no voy a hacerte daño. El sexo consentido no duele. Lo sabes, ¿verdad?

—Mi parte racional sí.

—Pues hazle caso a esa. A la otra ya me encargo yo de convencerla. —

Ella asintió con una débil sonrisa, y Jass se acercó despacio. Miró su camisa —. ¿Puedo?

—Sí. —Las manos masculinas se movieron con maestría, pero sin prisas y se deshicieron de los botones. Cuando terminó con el último, separó la tela con ambas manos y jadeó al descubrir el sujetador en tono verde intenso que comprara en Riad para ella, cuyas diminutas copas de encaje en forma de mariposa apenas cubrían sus areolas. Sabía que en la espalda tenía unas pequeñas alas también de encaje, que reforzaban el efecto sensual de la prenda, y por supuesto recordaba a la perfección cómo era la parte de abajo. Gruñó de anticipación, sintiendo que su erección aumentaba—. Dijiste que era para mí. —Se justificó la joven, de repente insegura por habérselo puesto.

—Y lo es. Te queda divino. —Depositó un suave beso en el valle entre sus senos—. ¿Te he dicho ya que me encantan tus pechos?

—Alguna vez, sí.

—Pues lo reitero. —Se apropió de su boca en un beso apasionado, lo que no sirvió para que Lariel olvidase que estaba desabrochándole el vaquero y tirando de él para quitárselo. Lo dejó hacer, aunque los nervios se la estaban comiendo viva—. Relájate, linda. Si no, tendré que detenerme —amenazó. Los pantalones salieron por sus tobillos y cayeron al suelo con un ruido sordo.

Esperó sentir sus manos vagando por su cuerpo de inmediato, pero aparte de tumbarse sobre ella y prodigarle cientos de besos no fue más allá. Sentir su peso, el increíble calor que emanaba de su cuerpo, el ligero cosquilleo de su escaso vello al rozarla... Todo aquello la conmovió. Al igual que su implacable boca, que estaba utilizando con una maestría sorprendente para relajarla y excitarla a partes iguales. Desde hacía rato se sentía sofocada, inquieta, y desesperada por más. Lo cual sin duda era la intención de aquel consumado seductor. Se removió bajo él, notando la potente erección sobre su abdomen. La cabeza masculina se alzó, y Lariel tragó con fuerza ante la abrasadora mirada del hombre. Si la lujuria pudiera transformarse en un metro noventa de puro pecado, con un escandaloso cuerpo hecho para amar,

los ojos más bonitos que hubiera visto nunca que prometían toda clase de placeres imaginables, y una sonrisa ladina que decía claramente que sabía el efecto que le estaba causando y lo que le pasaba por la cabeza, Jassmon Seveages era el epíteto del erotismo y la voluptuosidad.

Aquella mirada se desplazó por su cuerpo como una caricia lenta y suave, y la joven pudo notar cómo la tensión lo dominaba mientras se hacía una idea de lo que la ropa había escondido hasta entonces. Cuando por fin los ojos ascendieron de nuevo hasta su rostro, ardían en llamas, y ella sabía que parte de la culpa la tenía el minúsculo y frágil tanga en forma de mariposa que apenas cubría los rizos de su sexo y que, por supuesto, no tapaba, ya que el encaje era bastante transparente.

—Me encanta ese conjunto —dijo él, confirmando sus suposiciones—. Pero ahora voy a quitártelo. —Ella tembló. No supo si de aprensión o de anticipación. De todos modos asintió.

Volvió a besarla, y no fue hasta mucho tiempo después, cuando la mano masculina se posó en su pecho, que comprendió que estaba desnuda. No tuvo tiempo de asustarse, Jassmon abandonó su boca y pasó la lengua con lujuria por su apretado pezón, lo que lanzó cientos de candentes descargas hacia la parte baja de su cuerpo. Sus manos se movieron por voluntad propia para terminar enredadas en su pelo y tiraron con fuerza cuando él cogió ambos senos en sus manos y los amasó mientras se dedicaba a lamerlos por turnos. En una ráfaga de pensamiento coherente pensó que era bueno que ya no la estuviera besando, porque apenas conseguía aire suficiente como para no desvanecerse. De pronto, la magnífica boca de su amante se apartó y emitió un sonido de protesta, antes de sentir los besos que recorrían su torso, y aquella dichosa lengua que se hundía sin descanso en su ombligo. Alzó las caderas, inquieta.

—Jass...

—Sé lo que quieres, linda. Y no dudes que voy a dártelo —prometió con la voz tan ronca que apenas pudo entenderlo. Su cálido aliento sobre su pubis debió ser un aviso bastante claro, pero cuando sus labios se posaron sobre su

hinchada carne la sorpresa la hizo hundirse en el colchón, como si así pudiese evitar que continuase. La sensación de su boca al comérsela fue devastadora, a pesar de no ser nueva. H'arün le había hecho aquello muchas veces, pero ni una sola había sentido placer con aquello, al contrario que en ese momento, en el que le cogía el pelo a puñados, apretándolo contra su sexo, frotándose contra él, gimiendo entre espasmos cuando un orgasmo arrollador la sacudió como un tsunami contra la costa. Aun así, él no se retiró, siguió chupándola despacio, con paciencia al principio, hasta que ella volvió a retorcerse de gozo, su cuerpo necesitado de nuevo, utilizando los dientes para arañar la suave carne del clítoris, y cuando le rogó más, presionó el pulgar contra este, y lo frotó con movimientos circulares que la hicieron enloquecer de placer. Entonces sintió el dedo penetrando muy despacio en su interior y fue como si el mundo se detuviese de golpe. Aquella invasión, aunque suave y dulce, trajo consigo unos ojos casi negros, tan hermosos que dolía mirarlos y que sin embargo escondían una malevolencia demasiado grande para portarla un solo hombre.

Jassmon notó su retirada en el acto, y aunque había sabido que aquello ocurriría, no pudo sofocar la chispa de decepción que lo embargó. Él no era el gobernador. No se parecía en nada a ese malnacido, y que ella no pudiese diferenciarlos cuando la acariciaba con tanto mimo, cuando se privaba de su propio placer para satisfacerla a ella una y otra vez en un intento porque se relajara lo suficiente como para poder llegar hasta el final, le dolía como pocas cosas en la vida. Apretó la mandíbula, cerrándose a la desilusión y la pena, y alzó la mirada a su rostro arrebatado y húmedo. Estaba preciosa y sexy, y su miembro latió con desesperación.

—Esto no te hace daño. —Esperó unos segundos a que se lo confirmara o lo negara, no obstante, ella se mantuvo muda—. Yo no soy H'arün. —Se maldijo por admitir cuánto le molestaba aquello, y más por meter a aquel cabrón en la cama con ellos, pero las palabras habían salido solas de su boca. Los ojos azules se abrieron con sorpresa.

—No es la primera vez que te digo que lo sé de sobra. Es solo que... —Se

mordió el labio, incapaz de explicarle sus sentimientos. Pero no hacía falta, él los conocía. Se echó hacia atrás, poniéndose de rodillas, y Lariel cerró los ojos con fuerza, nerviosa ante la imagen que le ofrecía, tirada en la cama y abierta de piernas para él.

—Incorpórate un poco. —Abrió los ojos de golpe, sorprendida por la petición—. Colócate la almohada detrás de la espalda. Quiero que veas todo lo que voy a hacerte. —El silencio de la habitación era tan espeso que habría podido confundirlo con niebla.

—¿Qué?

—Me has oído perfectamente, linda. Deseo que me mires mientras te sorbo, te masturbo y meto los dedos en tu interior. Que no pierdas detalle de nada de lo que te haga. Eso me excitará muchísimo y creo que a ti también, además de que te hará sentir menos insegura porque siempre estarás al tanto de lo ocurre antes de que pase, y en ningún momento tendrás duda de que soy yo quien te hace el amor apasionadamente.

—Jassmon...

—Ahora, Larry. Estoy deseando estar contigo, y mi control se deshilacha con cada gemido y contoneo que me regalas. Hazlo por mí —suplicó cuando vio que iba a negarse. Tardó un momento, pero fue eterno para el hombre, que no había exagerado ni un ápice cuando había admitido que ya no podía esperar mucho más para poseerla. Necesitaba entrar en ella de inmediato, y la pasión que le había demostrado hasta entonces lo estaba ahogando en un mar de deseo insatisfecho que lo consumiría en pocos minutos. Soltó el aire que había estado conteniendo cuando vio que seguía sus instrucciones, apoyando la espalda en el cabecero de la cama, con el almohadón de por medio. Había cerrado las piernas, pero pensaba remediar ese detalle en un santiamén. Se acercó despacio, colocó las manos en ambas rodillas y presionó con ligereza. Se abrieron enseguida—. No dejes de mirarme —exigió mientras hundía la cabeza entre sus piernas y sacaba la lengua en un movimiento pausado y sugerente, la pasaba con parsimonia por sus labios hinchados y mojados, y la encajaba después en la pequeña abertura de su sexo. Lariel gritó e intentó

cerrar los muslos, pero no se lo permitió—. Mantenlas bien abiertas, Larry. —Y volvió a la carga, penetrándola una y otra vez con embates lentos y lánguidos que arrancaron pequeños maullidos de la joven. Los ojos esmeralda la observaban con lascivia, lo que la excitó casi más que lo que le estaba haciendo, y solo cuando estuvo seguro de que no se resistiría soltó sus tersos muslos y subió las manos hasta sus senos, donde cogió sendos pezones y los pellizcó repetidamente—. Me encanta tu pequeño y rosado botón del placer —murmuró mientras se lo introducía en la boca y lo degustaba como si fuera un caramelo, a la vez que su dedo corazón rozaba su entrada durante un segundo, avisándole de sus intenciones. No sirvió de nada, cuando se insertó con precisión hasta el fondo de su canal, un gemido agónico salió de la garganta femenina, y el placer que había sentido hasta entonces se esfumó como por ensalmo—. Mírame —ordenó Jass con voz firme aunque dulce. Lo hizo, y aquellos ojos verdes y la ternura que contenían borraron los marrones que la acosaban—. Soy yo. Te deseo, tú me deseas, y esto está bien y es hermoso. —No la dejó pensarlo. Aquel insidioso dedo comenzó a moverse con rapidez, penetrándola con delicadeza, pero a un ritmo endemoniado, y su boca, glotona y voraz, hizo el resto. El clímax, intenso y enloquecedoramente largo, la hizo gritar mientras sus miradas se aferraban una a la otra, y solo cuando su cuerpo quedó inerte, agotado y satisfecho, él salió de su interior y separó su boca de su banquete. Pero no había acabado aún con ella. Reptó por su cuerpo repartiendo besos por doquier, y cuando llegó a su altura la miró a los ojos, tan verdes que le parecieron sobrenaturales—. Me encantan tus gritos —dijo, con una sonrisa presumida. Lariel rio, contenta.

—Te encanta todo, *playboy*. —Él fingió una expresión herida, pero la echó al traste besándola hasta dejarla sin aliento.

—De ti, sí —admitió sin problemas. La sonrisa de la joven se borró. Podía sentir la erección presionando su muslo, y sabía que solo gracias a una fuerza de voluntad tremenda controlaba sus ganas de culminar el acto. Y se lo merecía, reconoció avergonzada, recordando todo lo que le había hecho desde que terminaran en aquella cama. Había sido paciente y cariñoso, a la

vez que descarado y morboso, enseñándole que el sexo podía ser mucho más que dolor y humillación. Y aún no habían llegado a lo mejor.

—Hazme tuya —pidió, contenta al reconocer la sorpresa y el deseo entremezclados en la felina mirada de su amante.

—¿Estás segura? —Ahora la desconcertada fue ella.

—¿Lo dejarías en este punto? —Él se separó un tanto, como si lo hubiese ofendido, y supuso que así había sido.

—¿Aún lo dudas? —Tiró de él hacia sí, preocupada de perderlo, pero no consiguió moverlo ni un milímetro.

—No. Ha sido algo reflejo. Te pido disculpas. —La miró un instante más, y al final volvió a inclinarse hacia ella y se apropió de su boca. Aquel hombre besaba de maravilla. Era capaz de hacer que se olvidara hasta de su propio nombre usando esos sensuales labios, y al parecer esa era su intención en ese momento, porque cuando notó la cabeza de su miembro en su entrada no sintió nada más que expectación y mucho calor. Jass fue entrando despacio, atento a cualquier signo de pánico por su parte, y solo cuando estuvo totalmente anclado en su interior respiró tranquilo. «Jesús». Era como llegar a casa. Se sentía pleno, eufórico, colmado, y tan necesitado de moverse, de bombear en su caliente y mojado pasaje, que no estaba seguro de poder comportarse como la ocasión requería. Así que el cuerpo rígido y de repente frío como el mármol que tuvo entre sus brazos un instante después lo pilló tan desprevenido que no lo asimiló. Observó sus ojos horrorizados con el corazón encogido, por completo inmóvil sobre ella.

—Lariel... —«*Melekia*», fue lo que escuchó ella en su lugar. Y unos ojos negros en un moreno rostro, desfigurado por una sonrisa malvada mientras se cernía sobre ella, hiriéndola en cuerpo y alma, lo que su mente se empeñó en mostrarle como una realidad tangible. No pudo respirar. De repente se sintió transportada a la casa en la que había estado retenida durante más de un año, siendo el capricho sexual de aquel degenerado, y no fue capaz de separar la realidad de la pesadilla—. ¡Larry, basta! ¡Él no está aquí, solo estoy yo! — Aquel grito la sobresaltó, y obligó al otro hombre a desaparecer, trayendo el

rostro de Jassmon de vuelta, preocupado y un tanto enfadado. Empezó a salir de ella, y la joven supo que si se detenían no lograría superar aquello nunca. Subió las piernas, las enganchó a sus nalgas, y lo encajó de nuevo hasta el fondo. Sintió el temblor que recorrió el fuerte cuerpo que la cubría, y la desesperación en la voz masculina—. Nena, no puedo más. Deja que me marche, te lo suplico. —Había tanta angustia en su tono que estuvo a punto de hacerlo, pero en su lugar alzó las caderas para clavarlo en su interior. Después bajó y subió de nuevo, y lo hizo una y otra vez hasta que él la obligó a parar cogiéndola de las caderas. La mirada de Jassmon hablaba de todo menos de contención—. ¿Qué estás haciendo? —preguntó con los dientes apretados.

—Disfrutar. —El asombro apareció por un momento fugaz, en el verde de aquellos ojos. Después devoró su boca y se zambulló en ella con una poderosa embestida no exenta de delicadeza. Y detrás de esa siguieron más, muchas más, a cada cual más perfecta y abrasadora. Su boca estaba en todas partes, tironeando del lóbulo de su oreja, lamiendo el hueco de su clavícula, chupando su hombro, mordiendo sus sensibilizados pezones... El placer era tan intenso que comenzó a sollozar, incapaz de aceptarlo todo de golpe, necesitando la liberación que él se esforzaba por retardar. La agarró por las nalgas y empujó su indefenso cuerpo contra él, en un movimiento que la obligó a recibir las acometidas más adentro de sí, tan largas y profundas que pensó que llegaría hasta su alma. No parecía tener prisa por terminar, su empuje era lento y calculado; intenso, sí, pero tranquilo, como si tuviera toda la noche por delante, a pesar de saber cuánto necesitaba él correrse. Lo siguió como pudo, levantando la pelvis cuando él embestía, dejándose caer cuando se retiraba, poniendo de su parte para que aquello durara, porque ese momento se grabaría a fuego en su mente para siempre.

—Me encanta como te mueves. —La afirmación la hizo sonreír y afanarse más por complacerlo—. Eres puro fuego, linda. —Antes de que pudiera contradecir tamaña mentira, él movió las caderas en círculo, y la sensación fue tan exquisita que con un grito desgarrador llegó al clímax, rompiéndose

tan completamente ante una experiencia tan alejada a lo vivido hasta entonces que las lágrimas se mezclaron con los gemidos apasionados. Jassmon no pudo soportarlo más y, envuelto en las contracciones vaginales que le aprisionaban la verga hinchada y llena de sangre, permitió que el orgasmo más intenso de toda su vida lo arrollara como la marea alta y lo despojara del recuerdo de cualquier mujer que hubiera conocido con anterioridad. Y aquello acojonaba, pues habían sido unos pocos cientos de ellas. Agotado y jadeante salió de su interior, aunque habría preferido no hacerlo, se echó a su lado, y la miró con intensidad. Nada en la expresión tranquila de la mujer indicaba lo que sentía, pero él sabía que podía fingir una normalidad desconcertante, aunque estuviera ahogándose de miedo. Y las lágrimas silenciosas que surcaban su precioso rostro sin que ella se diera cuenta no eran una buena señal—. Lo siento. No quise ser tan brusco. Tendría que haberte tratado con más suavidad y paciencia, pero llevo bastante tiempo sin compañía femenina, y te deseo desde hace tanto... Perdóname —pidió, sintiéndose como una culebra miserable y rastrera.

—Me encanta cómo haces el amor —le rebatió Lariel, utilizando las palabras y el tono que él siempre usaba con ella. Se rio de su cara sorprendida y la imagen que ofrecía, desternillándose entre lágrimas y contenta de hacerlo sonreír. Y el nudo de aprensión disminuyó un tanto—. Sé que parezco una lunática, pero es que... Pensaba en lo distinto que ha sido todo. —No añadió nada más, y tampoco hizo falta que lo hiciera. Jass comprendió a la perfección lo que había querido decir, y aunque le escocía un poco que siguiera comparándolo con el cabrón de su violador, en el fondo lo entendía. Además, la joven no había vivido más experiencias que aquellas dos.

—La mayor diferencia de todas es que en esta ocasión querías entregarle tu cuerpo a alguien. —Lariel contuvo el aliento. Un segundo después asintió, aceptando la verdad de las palabras.

—Jamás te olvidaré, Jassmon Seveages. —Jass se preguntó por qué aquella deslumbrante sonrisa, capaz de detener el movimiento de la Tierra a su antojo, se clavaba como un puñal en su corazón, preludio de una despedida

que ya empezaba a vislumbrar.

CAPÍTULO 16

El espelúznate grito lo arrancó del profundo sueño en el que estaba sumido, y en menos de dos segundos se había hecho con la pistola y estaba encima de Lariel, protegiéndola con su enorme cuerpo. Casi de inmediato se sintió impulsado hacia atrás, cuando el pequeño pie lo golpeó con una fuerza sorprendente en pleno estómago, lo que lo dejó sin aire y lo hizo caer de culo en la cama. Apenas tuvo que echar un vistazo rápido a la habitación para saber que estaban solos, y que no los atacaban en plena noche. Dejó el arma sobre la mesilla, sin perder el contacto visual con la figura encogida al otro lado, que lo miraba a su vez con una mezcla de terror, repulsión, y agonía que le destrozó el pecho con más efectividad que una granada de mano.

Era la primera vez que una de aquellas pesadillas la despertaba, y hubiera hecho cualquier cosa por evitárselo. Al menos el resto de las ocasiones se había levantado sin recordar nada, pero dudaba mucho que fuera capaz de olvidar aquel maldito sueño.

Tan despacio como le fue posible se acercó a ella, con la mano alzada para retirarles el enredado pelo de la cara. Sin embargo ella se apartó como si tuviera intención de pegarle. O de violarla. Fingiendo que aquello no le dolía como el demonio, bajó el brazo, cansado.

—¿Estarás bien si paso el resto de la noche en el sofá? —Vio los rastros del miedo en las profundidades turquesa, pero también la aprensión por quedarse sola. Se maldijo por ser un idiota blando y sentimental—. ¿Necesitas que te abrace un rato hasta que te duermas? —Lariel asintió, y él se tumbó encima de la sábana para no ponerla más nerviosa. La pegó a su cuerpo, sorprendido de que encajara tan bien, y más aún de que se acurrucara a su lado. Aparentemente los restos del sueño se habían esfumado—. ¿Quieres contármelo?

—No.

—Está bien. —Pero no lo estaba. Esa coraza que había colocado alrededor de sus emociones, bloqueándolas de tal manera que no pudiesen alcanzarla, estaba haciéndole más daño que bien. Por eso la acosaban las pesadillas. Eran su única vía de escape. Los minutos pasaron y, escuchando su respiración tranquila y pausada, percibió que se había dormido. Para él no sería tan fácil. Tenía demasiadas cosas rondándolo, y sabía que hasta que no encontrase una solución a cada uno de ellas no podría relajarse lo suficiente como para descansar. Pero algunas de esas incógnitas eran demasiado complicadas para solventarlas esa noche. Le habría gustado perderse en su laboratorio y dedicar sus pensamientos a temas menos espinosos. Además, llevaba demasiado tiempo sin prestar atención a sus juguetes, y su mente necesitaba trabajar a pleno rendimiento, sin embargo, no se atrevía a dejarla sola y que las oscuras sombras de su subconsciente la engulleran de nuevo, así que se mantuvo despierto, apretándola contra su pecho, concentrado en el lento latir del corazón femenino, sintiéndose por primera vez en mucho tiempo a gusto consigo mismo.

—Gracias. —Le apenó que no consiguiera tranquilizarse y coger el sueño, pero debió haberlo imaginado. Nada era sencillo cuando se trataba de Lariel.

—¿Por qué?

—Por cuidarme cuando me acosan las pesadillas. —Jass se retiró un poco para poder estudiar su expresión, y lo que vio le confirmó sus suposiciones —. Esto... no es muy habitual, gracias a Dios. Pero Jadiya me explicó que ocurría en mayor o menor medida cada noche, solo que yo me levantaba como si nada. Le pregunté a Josh —afirmó, mirándolo a los ojos—, y me contó que te pasabas las noches abrazado a mí, susurrándome palabras tranquilizadoras, intentando que los malditos recuerdos se esfumaran. Dijo que aquello te estaba destrozando. —Él apartó la mirada, incómodo.

—Desearía ser yo quien las sufriera en tu lugar —admitió con voz grave.

—Lo sé. Pero no te castigues con eso. No es tan terrible si no lo recuerdas. —La sonrisa temblorosa que le dedicó solo contribuyó a encogerle aún más el corazón—. Lo peor no fueron las violaciones en sí —la escuchó decir con

el pulso tronándole en los oídos—, sino el sentimiento de no valer nada, de haberme convertido en un despojo humano. Ni siquiera eso. Había ocasiones en que me sentía menos que un ser humano, como un objeto caro, raro y exótico, que en el momento en el que se rompiera se sustituiría fácilmente por otro igual de bonito. Su *Melekia*. Significa propiedad en árabe —le aclaró, olvidando que se lo había contado tiempo atrás—. Aunque no te negaré que los abusos fueron terribles. Me hacía daño, mucho daño. Porque me quería complaciente y yo no colaboraba, me resistía hasta el final, y él se vengaba siendo cruel. —Aspiró con fuerza, intentando tranquilizarse, a la vez que apartaba la mirada de él—. Me sodomizó. Tantas veces que perdí la cuenta. Y cuanto más gritaba, más le gustaba. —Jass le cogió el mentón con dedos temblorosos, intentando que no notara que sentía arcadas.

—Nada de todo eso fue culpa tuya.

—Y aún así ocurrió una y otra vez. Y cuando quería que fuera servicial, me ponía hasta las cejas de droga y me obligaba a prestarle unos servicios que de otro modo nunca le habría hecho... —Un sollozo escapó de su garganta, y Jassmon la abrazó con fuerza—. Aún puedo escuchar su risa cuando terminaba, diciéndome cuánto lo había complacido...

—Ya basta. No te tortures así —la amonestó, furioso, aunque no con ella.

—Supliqué tantas veces que ocurriera algo, lo que fuera, que cambiara las cosas... —Jass cerró los ojos, recordando con total nitidez el trozo de cristal entre sus dedos, y la férrea determinación en sus ojos, preparada para morir aquella mañana tras la última agresión. Y de repente le vinieron a la mente sus propios sueños, en los que ella venía a él, casi siempre pidiéndole ayuda. Y pensó que quizá sus ruegos habían servido de algo, después de todo.

—¿Nunca tuviste ocasión de escapar? —preguntó, más para cambiar de tema que como una posibilidad factible, pues aunque aquella opción se hubiera dado, ¿qué habría podido hacer ella sola en aquel país? Sin embargo, el repentino silencio y la rigidez del cuerpo que atesoraba entre sus brazos lo pusieron nervioso—. ¿Lariel? —La joven comenzó a levantarse, pero los dedos masculinos se aferraron a su muñeca a tiempo y no le permitieron salir

de la cama. Intentó no fijarse en el voluptuoso cuerpo expuesto a su lado, pero sus ojos lo devoraban sin darse cuenta, perdidos en los cortos rizos rubios de su pubis, que volvían a crecer libres, lejos de los dictados del gobernador. Sabía que estaba incómoda con su escrutinio, y por eso le acercó la camisa que le había quitado un rato antes, y que apenas le tapaba el trasero. La cogió agradecida y se la puso, pero no se la abrochó, sin darse cuenta de que lo desarmaba con la impresionante vista de sus atributos a través de la abertura—. ¿Te apetece un té? —ofreció con la voz ronca, habida cuenta de que de momento no iban a dormir. Lariel lo precedió por la escalera en dirección a la cocina, y se quedó frente a la ventana, sumida en sus pensamientos mientras él preparaba la infusión. No la presionó, aunque intuía por su reacción anterior que había una historia tras su silencio. Cuando lo tuvo todo dispuesto, llevó las tazas a la mesa baja del salón, frente al largo sofá, y cuando regresó a por el plato de galletas de limón y canela la cogió de la mano y la llevó con él. Se sentó a su lado con un pesado suspiro, que demostraba lo cansada que estaba. Jass le metió una pasta en la boca—. No tienes que hablar, solo relájate. —La joven lo miró con cara de pocos amigos, pero masticó y tomó un sorbo de su bebida. Esa vez el suspiro expresaba deleite, y cuando quiso darse cuenta se había terminado la bebida y tres de los deliciosos dulces.

—Llevaba seis horas allí cuando intenté escapar. —Jassmon se quedó inmóvil, con la taza a medio camino de sus labios. Muy despacio la volvió a dejar en su sitio, rogando porque el sutil movimiento no la distrajera y dejara de hablar. Sabía que sería lo mejor. Aunque había sido él quien incitara aquella conversación, intuía que lo que iba a escuchar sería como poco desgarrador—. Simplemente salí corriendo. No tenía ni idea de hacia dónde, puesto que no conocía la distribución de la casa. Tan solo abrieron la puerta y me lancé por ella. Por supuesto, me alcanzaron mucho antes de que consiguiera llegar a la calle. Estuve aterrada durante horas, imaginando todas las atrocidades que me harían. Ya había conocido a H'arün, y suponía lo que podría esperar de él. Estoy segura de que le avisaron en cuanto sucedió, pero

no se presentó hasta el día siguiente. Para cuando llegó, tenía los nervios de punta. —La joven volvió a coger su taza, y pareció sorprenderse cuando la vio vacía. Él se ofreció a llenársela y aceptó con una mirada perdida, como si en realidad no estuviera allí. Se quedó mirando el líquido caliente, con toda probabilidad buscando fuerzas dentro de sí—. Se limitó a observarme con semblante inexpresivo durante una hora, y cuando creí que me pondría a gritar mandó llamar al guardián que me había abierto la puerta y que, según él, había permitido que intentase huir. El hombre era grande como un armario y, sin embargo, sudaba y balbucía como un niño. No tardé en comprender por qué. H'arün dijo unas palabras a uno de los hombres, que se marchó, y entre los gritos del guardia, que estaba siendo sujetado por otros tres, me miró, sonriente. Aquellos ojos contenían tanta maldad... Yo creí que iba a matarme, no obstante, cuando el soldado regresó, portando una enorme espada, fue al pobre guardia al que obligaron a arrodillarse en el suelo, a pesar de sus denodadas súplicas de clemencia. Yo miraba la escena con morboso horror, como si fuera una película de terror, y de un momento a otro pudiera pulsar la pausa y aquella atrocidad fuera a detenerse. Pero no ocurrió así. Ese psicópata restregó su boca contra la mía en una parodia de beso y antes de alejarse me susurró al oído: «Tú lo has matado». Mi mente aún no había registrado las palabras cuando describió un arco con la espada y la cabeza del hombre rodó de manera incongruente por el suelo, como si fuera una pelota, mientras el resto de su cuerpo caía hacia delante de manera grotesca y chocaba contra la mesa. Recuerdo la odiosa risa de H'arün al ver mi expresión de estupefacción y asco, y la sangre caliente resbalando por mi cara. Él se acercó a mí, y me la restregó por el pómulo, besándome la otra mejilla. «Tú huyes, yo te castigo. Recuérdalo, *melekia*». —Lariel se sobresaltó cuando le quitaron con suavidad la taza de las manos, y su cuerpo se agarrotó entre los fuertes brazos del hombre, incluso sabiendo muy dentro de sí que no había otro lugar en el mundo donde quisiera estar.

—Ven aquí. —Jass la apretó contra sí tanto como se atrevió, consciente del tremendo esfuerzo que ella estaba haciendo para permitírselo. Alejarse de

la gente, especialmente de los hombres, era un mecanismo de defensa muy arraigado por su parte, y era en momentos como aquel —cuando más necesitaba del contacto humano—, cuando lo rehuía. Pero no iba a consentírselo. Esa mujer estaba rota, tan rota que no podía imaginar por qué tipo de milagro conseguía conservar unidas todas sus piezas y seguir siendo esa joven ingenua, inocente y pura, a pesar de haber visto y sufrido la maldad en estado puro. Se juro que la mantendría intacta costara lo que costara—. Ya pasó todo. Sabes que no fuiste responsable de la muerte de ese hombre... — La joven se soltó de su agarre y se levantó, fulminándolo con la mirada.

—¡Claro que lo fui! ¡Pero lo peor de todo es que ni siquiera me importó!
—Ella abrió los ojos como platos, y se tapó la boca con las manos, pero era tarde. Había admitido uno de sus más grandes pecados. Retrocedió de espaldas, pero su intención era obvia. Jass se levantó muy despacio.

—Larry. —Por supuesto, lo hizo. Se dio la vuelta y salió corriendo hacia el exterior. Jass maldijo la necesidad de mantener la puñetera puerta abierta y la siguió, renegando de los pocos pasos que se le había adelantado. La alcanzó de inmediato, no tenía nada que hacer frente a su zancada más larga y poderosa—. Basta —susurró junto a su oído, mientras esquivaba sus brazos y piernas, en un intento salvaje por escapar. Al final la cogió en volandas , entró en la cabaña, y cerró la puerta tras ellos. La dejó en el suelo, y ella se alejó como si apestara, retirándose el pelo de la cara. Jass se frotó los ojos, realmente exhausto, y se dirigió al mueble de las bebidas—. Si vuelves a intentarlo, te ato a la cama. —El fulgor de pánico que pasó por los ojos turquesa ante la vacía amenaza lo paralizó durante un segundo, después del cual siguió su camino como si no se hubiera dado cuenta, aunque estaba pensando que destrozaría a ese cabrón miembro a miembro cuando finalmente lo tuviera delante. Estaba del todo seguro de que ese momento llegaría. Y que no faltaba mucho para que ocurriera. Una sonrisa muy cabrona se instaló en su boca, y se mantuvo de espaldas a la joven para que no la viera. Con parsimonia se sirvió un *whisky* doble y se lo tragó de golpe, sin saborearlo. Parte de la hiel que le quemaba la garganta como ácido se fue

con el potente licor, así que se sirvió otro bien colmado y se dio la vuelta, dispuesto a enfrentarla. La encontró hecha un ovillo en uno de los sillones individuales, indiferente a la imagen sensual y sexy que presentaba con la camisa abierta y su precioso cuerpo al descubierto, y con toda probabilidad sin ser consciente de ello. Si alguna vez había sabido cómo flirtear y seducir, ya no lo recordaba. La cuestión era que aquella muchacha no necesita hacer absolutamente para volver loco a un hombre—. Sabes que te importa. Incluso ahora. —Detectó el escalofrío que la atravesó aún desde allí, y se detestó por ello, pero tenía que empezar a enfrentarse a sus demonios.

—No lo entiendes.

—Claro que sí...

—No, no lo entiendes. La muerte de aquel hombre me afectó, por supuesto, pero fue el modo en que ocurrió, presenciarlo. Al fin y al cabo, era un asesinato a sangre fría. El tipo no había hecho nada para merecer aquello. Pero no me importó lo suficiente como para no volver a intentarlo tres días después. —Jassmon contuvo el aliento. Miró la copa que aún tenía en la mano y la dejó sobre la mesa, después se sentó. Algo le decía que para el final de aquella historia necesitaría un apoyo para su cuerpo y la mente despejada. Lariel estaba pálida, y profundas ojeras destacaban en su perfecta piel. Durante un buen rato estuvo callada, mirando a algún punto cercano al cuello de Jassmon. Este no se atrevió a respirar, aunque lo que en realidad deseaba era salir corriendo hacia la oscura y pacífica noche y olvidarse de esa locura—. En aquella ocasión tenía muy claro que no podía fallar —prosiguió ella—, así que anudé las cortinas y me encaramé al muro del jardín. —Jass la miró incrédulo. Aquella pared tenía quince metros de alto y, de haberse caído, se habría matado—. Llegué a tocar el suelo. Durante dos segundos me sentí tan feliz. Y entonces escuché la carcajada de H'arün a mi espalda. El muy cabrón había estado en la casa todo el tiempo, y había permitido que lo intentara para divertirse. Antes de que pudiera pedir ayuda, me metieron dentro de nuevo y me llevaron al salón. Solo él se quedó conmigo, mirándome con una sonrisa tan fría y despiadada que me puso los pelos de

punta. Sabía que me tenía preparado algo horrible por el nuevo intento de fuga, pero... —Respiraba de forma tan agitada que si no se controlaba empezaría a hiperventilar de un momento a otro. Cogió su copa y estiró el brazo, ofreciéndosela en silencio, sin atreverse a invadir su espacio personal en ese momento tan crucial. Ella la aceptó con un gesto mecánico, no obstante, cuando probó la bebida se atragantó, lo que no evitó que diera un nuevo sorbo. Jass no quería que se emborrachara, pero quizá lo necesitaba, después de todo—. Cuando la puerta se abrió esperaba cualquier cosa menos ver aparecer a Tina. —Jass frunció el ceño, intentando recordar por qué el nombre le resultaba familiar—. Ella no tendría que estar allí. La había dejado en la fiesta, y no debería haber estado frente a mí, con aspecto de haber sido violada y golpeada repetidas veces. —Lo miraba con incertidumbre, como si aún un año después, no pudiera comprender aquel hecho.

—Larry. Tina Lawler murió en un accidente de coche la noche de tu desaparición —se sintió obligado a explicarle, una vez que recordó de quién estaban hablando. Ella le sonreía desde su asiento y se intranquilizó. Su expresión era extraña, y no por primera vez temió por la cordura de la joven.

—Claro. Por eso H'arün la mató delante de mí aquel día, para demostrarme que nunca podría salir de allí. Que le pertenecería para siempre. —Jass se calló, incapaz de afrontar el dolor de ella, que emanaba de su cuerpo como un ente vivo.

—¿Qué ocurrió? —preguntó cuando se hizo evidente que no continuaría.

—Tina llevaba allí el mismo tiempo que yo. De hecho, la habían cogido en la fiesta, una vez que decidió que me quería. Nos había visto juntas, y se enteró de que era mi asistente y mi amiga. El resto debió ser fácil después de llevarme al avión. Ordenó a sus hombres que esperasen a que ella se marchara del evento y la secuestraron. H'arün me dio los detalles mientras Tina y yo nos mirábamos a través del enorme y vacío salón, temblando como hojas. Estaba sucia, y tenía muy mal aspecto. Iba a ser mi correa, el arma secreta con la que ese monstruo me sometería, pero su bienestar no importaba demasiado, así que se la había cedido a sus hombres, y durante tres largos y

agónicos días se la habían pasado entre ellos, haciéndole toda clase de perrerías, y como no habían tenido suficiente con eso, se habían divertido pegándole. Aquella ya no era mi amiga, Jassmon, la mujer de treinta y cinco años inteligente, divertida, independiente y práctica que yo quería y respetaba. Solo era un esqueleto, una cáscara vacía, aterrorizada, vejada, y quebradiza. Y mientras la miré a los ojos, semicerrados por los golpes, supe que sería la última vez que la vería. —Lariel se frotó los brazos como si tuviera frío, aunque era obvio que no era así. Tenía unas ganas tremendas de abrazarla y consolarles a ambos, pero estaba seguro de que sería rechazado, por lo que se mantuvo donde estaba, necesitando con desesperación la copa que ella había olvidado a un lado—. Lo fue. Mi torturador se puso a su espalda y la cogió de la mandíbula, inmovilizándola. No habría hecho falta. Tina estaba tan aterrada que se mantenía de pie gracias a los dos soldados que la habían estado sujetando. —Las lágrimas caían sin control por las mejillas de la joven, único signo visible de su sufrimiento. Por lo demás, aparentaba una calma que él estaba seguro que estaba muy lejos de sentir—. Los ojos de H'arün no dejaron de perforarme ni un solo instante mientras le cortaba el cuello a mi amiga y yo jamás, jamás olvidaré sus estertores mientras se ahogaba con su propia sangre. Después se limpió las manos en la túnica de Tina y se dirigió a la puerta, y desde allí sus oscuros ojos me observaron con diversión. «También has matado a esta, *melekia*. Es mi última advertencia. La próxima vez serán papá y mamá quienes paguen tus travesuras. Ya has comprobado que haré cualquier cosa por conservar lo que es mío, y no dudes que ni todos los guardaespaldas del mundo evitarán que me acerque a ellos. Te lo quitaré todo si es necesario, para que aprendas quién es tu amo». Nunca volví a intentarlo. Me sometí, si puede llamarse así a aceptar mi destino junto a aquel desaprensivo loco. Bien, ya lo sabes todo —comentó levantándose, dispuesta a alejarse de él como tantas otras veces. Cogió su mano cuando pasó por su lado, lo que la detuvo, y se levantó.

—Te necesito. No me rechaces —pidió. Supo que aquello era lo único con lo que conseguiría mantenerla a su lado y no lo desaprovechó. Sentía de veras

las palabras. La necesitaba junto a él, para saber que era real, y porque se había vuelto alguien importante en su vida, pero en ese instante lo que más primaba era el bienestar de la joven. Y ella precisaba de alguien que la abrazara y le dijera que todo iría bien, que los recuerdos algún día se mitigarían lo suficiente como para poder convivir con ellos, que sería capaz de hacer las paces con ella misma, con lo que se había visto obligada a hacer para sobrevivir. Que tenía un futuro.

No supo cuanto tiempo estuvo llorando, aferrada a él como si fuera un salvavidas en un naufragio, pero no le importó. Se mantuvo firme y fuerte, aunque por dentro lloraba con ella, su corazón tan aterido de frío y dolor como el de la muchacha. Por sus propios traumas, y por la carga añadida de los de ella. Aquel día ambos los había sacado a la luz. Los habían enfrentado. Y esperaba de corazón que eso marcara el comienzo de su curación.

Jass se despertó con un cierto sobresalto. Le dolía el cuello de haber dormido sentado en el sofá. Miró a Lariel, acurrucada sobre él, la cabeza apoyada en su pecho y sus brazos alrededor de su cintura. Supuso que se habían quedado fritos después de la catarsis de horas antes. Giró la cabeza hacia la ventana, y una mueca dolorida apareció en su cara. Tenía las cervicales hechas puré, y eso que no podía haber dormido más que un par de horas. Apenas había amanecido.

Escuchó el molesto sonido que lo había despertado minutos antes y todo su cuerpo se tensionó en respuesta, de repente alerta. Levantó el brazo y miró el reloj, que era el que lo emitía, y maldijo en voz alta, incorporándose todo lo que el peso muerto de la chica le permitió.

—Lariel. —La zarandé sin mucha ceremonia—. Lariel, despierta. Tenemos problemas. —Aquello la despejó. Alzó la cabeza, y durante un segundo sintió pena ante sus ojos adormecidos e hinchados.

—¿Qué ocurre?

—Tenemos visita —anunció, a la vez que la hacía a un lado y se levantaba. Acto seguido fue hasta el centro del mueble, donde un cuadro

abstracto presidía el lugar, y pulsando un botón de su moderno reloj digital que provocó un ruido metálico, hizo que la pintura comenzara a desplazarse hacia un lado. La mujer se acercó despacio, con los ojos agrandados, mientras una serie de pantallas iban apareciendo ante ellos. Cuando estas mostraron a la docena de hombres armados que caminaban entre los árboles con sigilo, retrocedió como si los tuviera delante. Porque sus ojos estaban fijos en una sola de las imágenes, la de H'arün Solaymán Bin Shahin. Jass apagó las televisiones y se puso frente a ella—. Olvídalo. Olvídalo todo. Céntrate solo en salir viva de aquí. —La cogió de la nuca con firmeza, en un gesto que la obligó a concentrarse en él—. ¿Me oyes? Podemos conseguirlo, pero solo si puedo contar contigo.

—Sí —susurró, aterrorizada, pero incapaz de fallarle. No haría nada que lo pusiera en peligro. Él la agarró de la muñeca y bajó al garaje, de donde sacó varias armas. Por suerte se habían vestido después de que Lariel se sobrepusiera a su confesión, por lo que saldrían de allí rápido. Jass le puso una pistola en la mano, consciente de que le temblaba, pero sin dar muestras de haberlo notado.

—Vámonos.

La quietud del exterior la dejó sin aliento. Habría preferido mil veces encontrarse en Manhattan, donde sin importar la hora que fuera habrían estado rodeados de gente y ruido. Allí, sin embargo, se sentía un blanco fácil, y los altos árboles y la espesa vegetación no parecían suficiente protección frente a los fusiles que los expertos soldados llevaban colgados del hombro, listos para descargarlos sobre ellos.

Al principio miraba sin cesar a uno y otro lado, esperando encontrarse con ellos en cualquier momento, pero eso hacía que tropezara constantemente, o que chocara con la espalda de Jassmon, desconcentrándolo. Así que terminó por hacer caso a sus indicaciones de seguir sus pasos sin pensar en nada más, ya que él se encargaba de buscar señales de sus perseguidores. Era más fácil decirlo que hacerlo, pero sabía que tenía razón; además, él poseía entrenamiento militar, y sabía que moriría antes de permitir que llegaran a

ella. Ese era el problema. Que mucho se temía que sería la culpable de la muerte de ese gran hombre.

Ni siquiera los vio llegar. Fue Jassmon el que la empujó hacia el este, y sin mirarla se lanzó a por ellos.

—¡Corre! —No lo pensó. Sus piernas se movieron por iniciativa propia, como si el mismísimo demonio la estuviera persiguiendo. Y en realidad era así. Porque si H'arün la cogía pasaría el resto de sus días en el infierno. Y por nada del mundo podía volver allí. Así que siguió corriendo aún cuando las piernas le dolían tanto que pensó que no la sostendrían ni un solo paso más, cuando la respiración se le hizo tan trabajosa que coger aire dolía más que asfixiarse, cuando estaba tan agotada que la idea de caer en manos del enemigo casi parecía agradable.

Los disparos hacía tiempo que se habían detenido, y la angustia por no saber si Jassmon estaba bien la carcomía. Cuando le había gritado que echase a correr la parte de su cerebro que vivía sumida en un continuo miedo no había razonado, solo se había lanzado a la carrera, deseando ponerse a salvo. En ese momento, sin embargo, aunque seguía aterrada, una vocecita, que sorprendentemente conseguía imponerse al clamor de su corazón, gritaba que lo había abandonado allí para que se enfrentara solo a aquellos guardias sedientos de sangre.

Y ni siquiera era su sangre la que querían. Jassmon estaba luchando su guerra. Peleaba por su vida para salvar su pequeño e ingrato pellejo. Y lo había dejado solo.

Echó una mirada por encima del hombro mientras seguía corriendo, como si pudiera visualizarle a través de los kilómetros que había recorrido, asegurarse de que estaba ileso y que pronto se reuniría con ella, como había hecho tantas veces en Arabia.

El golpe en el estómago le sacó todo el aire de los pulmones, y si el tremendo impacto no hubiera sido suficiente para desplazarla varios metros atrás, con el consiguiente golpe contra el suelo, el no poder respirar la hubiera puesto en la posición actual, de rodillas y boqueando por una brizna de aire.

Jass estaba en cuclillas, intentando normalizar su respiración mientras escuchaba con atención, en busca de más enemigos potenciales.

Había acabado con media docena, y aunque no iba a decir que había sido pan comido, debía reconocer que su entrenamiento, aunque básico, era mucho mejor que el de aquellos hombres. Claro que luchar por su vida y la de la mujer a la que protegía era un aliciente importante. Lariel...

Se incorporó con cierto esfuerzo, pues un par de esos tipos le habían encajado varios golpes bastantes duros, y echó a correr en la dirección que le indicara a la joven, rezando porque tuviera sentido de la orientación. Por suerte había ido dejando más señales que un elefante, y resultaba fácil seguirla.

Entonces escuchó los tiros, y se quedó petrificado sobre su último paso. Aquellas detonaciones lo sobrecogieron, pero lo que de verdad le heló la sangre fueron las palabras que ordenaban no dispararle a la mujer.

Fueron los quinientos metros más largos de su vida, y estaba seguro de haber batido su propio record, a pesar de haber participado en unas cuantas carreras tanto en la universidad como en la base militar. «Dios mío, que esté bien. Dios mío, que esté bien. Dios mío, que esté bien», se repetía una y otra vez, incapaz de tragar la bilis que le subía por la garganta al imaginar las docenas de posibilidades que podrían estar ocurriendo en ese mismo instante sin que él hiciera nada por evitarlo.

Salió de entre los árboles como un jabalí furioso, por primera vez en su vida la cabeza fría que lo caracterizaba perdida entre emociones más intensas: furia, pánico, odio.

Y a pesar de haberse preparado para varios escenarios, a cada cual más atroz, cuando la descubrió de rodillas en la hierba con una pistola pegada a la sien, no supo si podría soportarlo. Seis hombres la rodeaban, como si encañonada e indefensa pudiera suponer un peligro para ellos. Su propia arma estaba en el suelo, lo bastante lejos como para que no pudiera alcanzarla, aunque cometiera la estupidez de intentarlo. Jass miró al tipo que la apuntaba, y la frialdad de sus ojos le dijo que no dudaría en apretar el

gatillo. Por último, se enfrentó al gobernador, que observaba la escena entre irritado y divertido, unos metros más allá. Jass sabía que le molestaba no ser el centro de atención, y precisamente esa había sido su intención al ignorarlo, pero en ese momento el hijo de puta los tenía donde quería, así que podía mostrarse benigno.

—Tírala —dijo en tono casi amable, mirando su Sig Sauer. La dejó caer, para acto seguido empujarla con el pie a fin de que no supusiera una amenaza. H'arün esbozó una sonrisa burlona, cruzándose de brazos—. El resto de tu arsenal, americano. —Los ojos de Lariel se cruzaron con los suyos. Había tanto miedo y desesperanza en aquellos estanques turquesa que, aunque los últimos catorce meses no hubieran existido, habría desollado a aquel cabrón solo por tener ese poder sobre ella. Suspiró y comenzó a deshacerse de las armas. H'arün soltó una carcajada mientras estas iban golpeando la tierra—. Bien, *melekia*, ven aquí. —Lariel ni siquiera parpadeó cuando enfrentó los oscuros ojos del árabe, y asintió de forma imperceptible.

—Está bien.

—¡No! —gritó Jass, adelantándose para impedirlo. Pero el círculo que la custodiaba se estrechó, reafirmando la advertencia que hasta entonces solo había parecido una muestra más de la fuerza del gobernador. El guardia que mantenía la pistola junto a su cabeza acarició el gatillo, como si estuviera buscando una excusa para apretarlo. Jass cerró los puños, impotente, viendo cómo la muchacha se incorporaba, con una mano sobre el estómago, como si le doliera—. ¿La habéis golpeado? —rugió, mirando a su alrededor y encontrándose con los ojos negros y la sonrisa guasona del cabrón que le incrustaba con saña el cañón.

—No pasa nada, Jassmon —susurró, aún sin mirarlo, a la vez que daba el primer paso que la llevaría directa a las garras de su torturador.

—Ella está acostumbrada a ser castigada si no es obediente. —Lariel escuchó perfectamente el chasquido, aunque sabía que nadie más lo había oído. Fue un sonido seco, desagradable y muy, muy feo. Pero a ella le pareció lo más hermoso que había escuchado nunca. Porque la liberó de unas cadenas

invisibles que la mantenían prisionera de su propio miedo desde hacía demasiado tiempo. Había cambiado mucho desde que la sacaran a rastras de aquella fiesta, aunque tampoco era la misma persona que mantuvieran prisionera durante aquellos interminables meses. Su periplo por el desierto de Arabia, y la influencia del grupo que la sacara de allí, y sobre todo del hombre que los comandaba, había dado lugar a una mujer diferente. Y el momento de sacarla a luz era ese. Contó hasta seis, segura de que la distancia que la separaba del gorila que había estado apuntándole le permitiría hacer lo que tenía pensado, y cogiendo aire por la nariz echó la pierna derecha hacia atrás de la forma en que le había enseñado Yasorlav. Escuchó el grito de dolor, y antes de que su cerebro registrara que había dado en el blanco ya tenía el arma en las manos y amenazaba al grupo, que la miraba pasmado, salvo el gobernador, que no había variado ni un ápice su postura indolente, excepto para sonreír con suficiencia—. Vamos *ma-achen*, dámela antes de que te hagas daño. —No le molestó que la consideraba una inútil, pero sí que la llamara mujer con aquel tono tan despectivo, como si su sexo la hiciera valer menos que un gusano. Y por encima de todo quería borrar esa sonrisa presuntuosa de su cara. Agarró la pistola con fuerza, ya que le sudaban las manos, y se la apoyó en la sien, sintiendo los latidos frenéticos de su corazón, que golpeaban con demasiada fuerza contra su de repente demasiado pequeño pecho. El moreno hombre frente a ella frunció el ceño, toda pretensión de burla olvidada—. Pelo de trigo, no hagas tonterías —advirtió con voz dura, aunque esa vez moderada. La joven había aprendido a conocerle durante su cautiverio, y era consciente de la fuerza de contención que estaba llevando a cabo en ese momento para que ella no viera la furia ciega que lo embargaba por haber conseguido cambiar las tornas y que fuera ella, una simple mujer y su esclava, su *melekia*, la que lo hubiera colocado en esa tesitura, y de paso lo hubiera humillado públicamente. Y no había que olvidar a Jassmon, su enemigo por extensión. Otro macho alfa que se le había escapado demasiadas veces, y que podría volver a hacerlo si no lograba aplastar su instante de sublevación. Sin embargo Lariel sabía que junto a la rabia y la sed de venganza existía otro sentimiento, uno que, aunque él detestase admitirlo,

primaba por encima del resto. Estaba asustado. Incluso los metros que los separaban no podían camuflar el tufo a miedo que emanaba de él con la misma potencia que el caro perfume que usaba y que tanto detestaba. Porque se preguntaba si sería capaz de llevar a cabo su fanfarronada, pero no se atrevía a intentar desmontarla, y eso lo ponía nervioso. Entonces más que nunca estuvo convencida de que él, a su manera enfermiza, la quería.

—Prefiero morir antes que permitir que vuelvas a ponerme una mano encima. —Comprobó cómo apretaba los dientes, furibundo, pero no pudo controlar el revelador latido de una vena en el cuello. Lariel echó una rápida mirada a Jassmon, que no se había movido de su sitio, como si no quisiera que los guardias se fijaran en él—. Recoge tus armas. —Vigiló a los soldados, que comenzaron a tantear los rifles cuando vieron al americano agacharse para equiparse de nuevo. El segundo grupo no se había reunido con ellos y era obvio por qué, así que no les hacía ninguna gracia ver cómo se hacía con todo un arsenal. La joven chasqueó la lengua para atraer su atención, y ante un significativo gesto se quedaron quietos. Jass no tardó en reunirse con ella, y aunque no lo miró supo que estaba observándola.

—¿Estás bien? —Detectó la preocupación en la voz masculina, y la mano que sostenía la pistola le tembló levemente.

—Sí.

—Te mataré. —Jassmon tardó unos segundos en desviar sus ojos hacia el cabrón que tenía delante. Las ganas de arremeter contra él eran tan intensas que en verdad tenía que hacer fuerza para mantener el cuerpo quieto. Deseaba matarlo. En ese instante. Era tal la intensidad de su odio por ese hombre que incluso una satisfacción breve y efímera como un disparo a bocajarro entre los ojos le serviría. Cerró los dedos de la mano izquierda y apretó, escuchando crujir las articulaciones, y durante unos interminables minutos, mientras ambos se estudiaban con el odio reflejado en sus pupilas, no supo si sería capaz de controlar sus instintos más básicos. Entonces la pequeña mano tocó su bíceps, tan duro y tenso que pensó que se retiraría, asustada. En su lugar lo apretó, en un torpe intento de consolarlo. Aunque funcionó. Se relajó

ante su contacto, y soltó el dedo del gatillo. H'arün desvió su atención hacia Lariel, su expresión denotaba rabia y posesividad—. *Melekia*, también me vengaré de ti. Eres mía. —Con total deliberación la joven se arrimó a su compañero, y con una sonrisa sensual de esas que jamás le había dedicado al árabe, recorrió su brazo en una lenta caricia.

—Ya no. —Los ojos del gobernador se abrieron ligeramente cuando comprendió la insinuación, para después refulgir de ira. Jass la cogió de la cintura y sonrió con burla.

—Ahora es mía. —Si la cólera fuera un ente vivo, con toda seguridad en ese momento caminaría hacia ellos, pues casi podían ver la negra bruma que rodeaba al hombre, extendiéndose hacia la pareja como si quisiera atraparlos, en una promesa de violencia desatada.

—Has profanado su cuerpo, sucio perro yanqui. ¡Y tú le has permitido hacerlo! —Durante un segundo Lariel solo pudo mirarlo con incredulidad. Después se resignó ante las evidencias. Ese hombre estaba loco. Jass tiró de ella con suavidad, instándola a moverse.

—Vámonos. —Retrocedió junto a él, las armas apuntando a esos desalmados que no dudarían en matarlos y dejarlos tirados en aquel apartado bosque.

—Te encontraré, *melekia*. No descansaré hasta que ocupes de nuevo el lugar que te corresponde, que es debajo de mí. ¡Y te juro que entonces todo lo que has vivido te parecerá un paraíso comparado con lo que voy a hacerte!

Nunca se había parado a pensar lo rápido que pasaba un segundo, pero antes de que hubiera terminado de proferir su advertencia había apuntado y disparado. Y otro segundo después Jassmon la arrastraba hacia la protección de los árboles, en un intento porque no los frieran a tiros. Estos llegaron tan rápido que apenas les dio tiempo a echar a correr, y aunque intentaron responder, no resultaba tarea fácil cuando se era el blanco, y tenían que huir para salvar la vida. Las balan volaban sobre ellos, y aunque la joven escuchó gritar al gobernador que tuvieran cuidado de no darle a ella, era imposible hacer tal distinción.

Unos minutos después llegaron al bosque y se detuvo, intentando coger aire. Apenas podía respirar, y le temblaban las piernas.

—No podemos parar, Larry. Están justo detrás de nosotros. —Cogió su mano y la obligó a seguir, sin importar si estaba preparada para hacerlo.

No supo cuánto tiempo estuvieron corriendo, saltando árboles caídos, subiendo y bajando inmensas cuevas, incluso entraron y salieron varias veces de un pequeño pero revuelto río, supuso que para que sus perseguidores perdieran las huellas. Al principio sabía que los tenían pisándoles los talones, casi podía sentir su aliento en la nuca, escuchaba a su líder lanzando órdenes a diestro y siniestro, y se le ponía el vello de punta, pues aunque hablaba en árabe lo entendía perfectamente. Pero llegó un momento en el que solo los acompañaron los sonidos que ellos mismos provocaban, y se preguntó si estarían siendo silenciosos para confundirlos. Aquella idea la puso de los nervios.

A pesar de seguir cogida de su mano, tropezó con una raíz y se cayó de rodillas en el duro suelo. No se molestó en intentar levantarse, estaba agotada. Jass se agachó y la miró.

—No puedo seguir —admitió, avergonzada.

—Y sin embargo lo harás —le rebatió en tono tranquilo aunque firme. Respiraba algo agitado, pero como si estuviese haciendo unas vueltas alrededor de su ático en Manhattan, escuchando música clásica en su iPod. Le pareció de esos, al menos, porque se dio cuenta de que no lo conocía en absoluto. ¿Ese hombre no sudaba nunca? Vio su mano y la ignoró, e hizo el esfuerzo de ponerse en pie por su cuenta—. ¿Qué ocurre? —preguntó, notando su ceño fruncido.

—¡Que estoy harta de todo esto! —explotó—. ¡Que no soporto vivir así, al borde de la navaja, preguntándome cuándo ese loco sanguinario llegará hasta mí y... —Un sollozo estrangulado se le atascó en la garganta y le impidió seguir. De inmediato sintió los fuertes brazos rodeándola, y el miedo y la angustia retrocedieron para dejar sitio a la calidez y la esperanza.

—Sé que es duro. No puedo imaginar cuánto, porque no lo he sufrido

como tú, pero estamos luchando para cambiarlo. Lo primero es ponerte a salvo. Entiendo que ahora mismo no te sientes segura, pero te prometo que lo estarás. Y después haré que nunca más tengas miedo. —La joven asintió y se soltó, trastabillando al andar. La agarró para estabilizarla—. ¿Estás bien?

—Cansada. ¿Falta mucho para llegar al coche?

—Un kilómetro. Hemos dado unas cuantas vueltas para despistarlos. Pero mira ahí. —Giró la cabeza hacia donde le señalaba y cogió aire cuando descubrió los tres Cadillac Escalade Platinum. Sintió su mano en el hombro antes de que él pasara por su lado en dirección a los vehículos—. Tranquila. Esos idiotas no andan por aquí aún. Aunque no tardarán en llegar. Cuando hayan comprendido que nos han perdido, vendrán a por los coches para cubrir más distancia.

—¿Y qué hacemos aquí? —preguntó mirando a todos lados.

—Asegurarnos de que cuando lo hagan les sea imposible seguirnos —dijo con la voz amortiguada. Lariel se volvió y lo vio con medio cuerpo dentro del capó de uno de los todoterreno. Cuando salió llevaba en la mano algo parecido a unas bujías que se guardó como si nada en el bolsillo trasero del pantalón. Le sonrió con maldad mientras se dirigía a otro de los coches para repetir el proceso. Cuando terminó con el tercero le sorprendió que se agachara y rajara con saña una de las ruedas, que se desinfló de inmediato, y que hiciera lo propio con los otros dos Cadillac.

—¿Por qué les pichas las ruedas? ¿Pueden volver a colocar esas cosas? — Señaló sus bolsillos.

—Nadie lleva estas piezas en la caja de herramientas, pequeña. ¿Pero te imaginas sus caras cuando cambien las ruedas con este calor y luego intenten arrancar? Lamento tanto perderme el espectáculo. —Parecía un niño pequeño, y sonrió a su pesar. Se pasó la mano por la frente, mareada. Sí que hacía calor, sí.

—Tenemos que seguir. No estaremos seguros hasta que no lleguemos a nuestro propio medio de transporte y consigamos dejarlos atrás. —Había una disculpa en su voz, como si le pidiera perdón por tener que volver a ponerse

en camino. Supuso que tenía una pinta horrible, pero no sabía lo que Jass veía: una muchacha al borde de la extenuación, pálida como la muerte, que temblaba sin control. Suponía que haber estado tan cerca del gobernador había supuesto un *shock* que empezaba a pasarle factura.

—Sigamos entonces —aceptó a media voz.

Recorrer aquel kilómetro fue una de las cosas más duras que Lariel había tenido que hacer en los últimos tiempos. Pensaba que atravesar el desierto la había curtido en ese sentido, y que en comparación recorrer un bosque californiano sería coser y cantar. Sin embargo, llevaba un rato dando tumbos, apenas consciente de lo que la rodeaba, tan solo siguiendo a Jass como una autómatas. Se concentraba en dar un paso tras otro, diciéndose que ese la acercaba un poco más a su destino, sin detenerse a pensar que aquel únicamente era otra parada más en el largo camino que tenían por delante.

El costado izquierdo le dolía tanto que quería gritar. Durante horas pensó que era flato, pero ese dolor intenso que le ardía como fuego no se parecía en nada a las molestias que había sentido en ocasiones cuando salía a correr. Como no podían detenerse lo suficiente como para que se le pasara lo dejó pasar, al igual que el resto de dolencias que la aquejaban, rogando porque el maldito coche apareciera de repente ante sus ojos, como uno de aquellos oasis de Arabia. Y cuando por fin el lujoso Mercedes AMG G65 de Jassmon se materializó frente a ellos, se dejó caer al suelo, segura de que era un espejismo. Sintió la gran mano de su compañero bajo su axila, que sin esfuerzo la aupó.

—Venga, nena. No te rindas ahora. —Casi la llevó en volandas hasta el 4x4, abrió la puerta del copiloto, y la sentó con cuidado. Lariel abrió los ojos cuando sintió el silencio, pesado y espeso, a su alrededor. Él estaba en cuclillas, observándola con ternura y preocupación, y una pregunta muda en sus ojos verdes.

—Estoy muy cansada —repitió, apenas capaz de formar las palabras. La expresión sombría de él se oscureció aún más.

—Lo sé —fue todo lo que dijo—. Ahora descansa. —Depositó un beso

muy suave en sus labios tensos y blanquecinos, cerró la puerta, y rodeó el capó para sentarse tras el volante. El rugido del potente motor la sobresaltó, pero apenas un momento después se sintió envolver por una niebla de agotamiento, y se dejó llevar por la somnolencia.

Jass desvió la vista una vez más de la carretera para observar a la mujer dormida a su lado. A pesar de saber que necesitaba ese respiro se sentía intranquilo. Su estado físico no era normal, no lo había sido desde que salieran despavoridos intentando que no les mataran en aquel claro. Por supuesto no era a ella a quien disparaban, pero habría sido un milagro que no la dieran si alguna de esas balas destinadas a él hubiera pasado algo más cerca.

La joven no había podido seguirle el ritmo. Se había agotado tras la primera media hora, algo por completo ilógico dado que antes de su rapto se ejercitaba de manera diaria, y mucho menos tras su precipitada huida por Arabia. El último tramo casi lo había hecho a rastras, por pura fuerza de voluntad, y él había temido que perdiera el conocimiento. La única razón por la que no la había llevado en brazos era porque estaba seguro de que no se lo permitiría.

La miró de nuevo. Aún después de un rato de descanso parecía rozar la inconsciencia. Sus ojos resbalaron por su figura inmóvil, deseoso de detectar cualquier muestra de vida, y se quedó sin respiración cuando vio el reguero rojo oscuro bajando por la clara tapicería de piel. Clavó el pie en el freno, provocando que el coche derrapase en la carretera de dos sentidos por la que circulaban. Ni el olor a goma quemada, ni el estridente sonido de las bocinas de los otros coches penetraron en su cerebro. Consiguió estabilizar a la bestia que tenía entre las manos, se echó a un lado de la vía, y se quedó mirando aquella sangre, que en la camiseta negra de ella apenas era visible. «Dios, le han dado».

—Larry. —La llamó en un susurro tan bajo que apenas se oyó a sí mismo—. ¡Lariel, despierta! —gritó zarandeándola, pero no reaccionó. Ni un gemido, nada. El terror lo engulló, negro y muy frío. Arrancó de nuevo

mientras pulsaba un botón del manos libres. Al tercer timbre, mientras se incorporaba sin mirar, como un loco, a la carretera, se escuchó la voz de Rolland.

—Estamos llegando, muchacho.

—¡Ro! —Detectó en su voz el pánico y un dejo de histeria, y supo que su amigo también lo notaría.

—¿Qué ocurre?

—¡Le han disparado!

—¿Dónde estáis? —Se lo dijo, mirando por el retrovisor por si aquellos cabrones hubiesen encontrado la forma de seguirlos. Esperó con impaciencia a que el coronel calculase la ruta—. Llegaremos en veinte minutos.

—¡No tengo veinte putos minutos! ¡Lleva más de dos horas desangrándose, joder!

—Hijo, haré lo que pueda, pero este trasto tiene límites, por mucho que lo forcemos. Tú mantenla con vida hasta que lleguemos. Después, Phil se encargará. —La línea se cortó antes de que pudiera contestarle, y durante dos segundos se quedó mirando el puñetero manos libres con la boca abierta. ¿Qué la mantuviera con vida? ¿Y cómo se suponía que iba a hacer eso, si además no podía dejar de conducir?

—Por favor, cariño, aguanta —suplicó con la voz rota por la emoción.

Quince minutos después una sombra enorme apareció por encima del coche, y respiró hondo. Instantes después se escuchó el inconfundible sonido del motor de un helicóptero. Sin prestar demasiada atención a lo que hacía, encendió el intermitente y salió de la carretera. Cuando el aparato se posó en el suelo, él ya tenía a Lariel en sus brazos y se acercaba con cuidado, ya que las palas del aparato levantaban mucho aire. John bajó y lo ayudó a subirla. Cuando ambos estuvieron a bordo, vio que la habían puesto en una camilla, y que Philippe ya le había desgarrado la camiseta para valorar la situación. Apartó a Giuseppe para poder acercarse más, e intentó mostrarse indiferente

ante la cantidad de sangre que empezaba a formar un charco en el poliuretano amarillo.

—¿Cómo está? —preguntó en un murmullo quedo.

—Tenemos que ir a un hospital.

—No me jodas, Lasserre. —Enfrentó su cara de incredulidad sin parpadear.

—¿Esperas que yo me encargue de esto? —Era obvio que Phil que aguardaba una respuesta. Cuando solo obtuvo su silencio y una mirada cargada de intención, el sargento maldijo como un marinero mientras presionaba un montón de compresas sobre la herida para evitar que terminara de desangrarse. El problema era que Jassmon estaba demasiado desesperado como para sentirse culpable por lanzarle aquel problema a la cara a su recién adquirido amigo. Además, el francés era un idioma demasiado bonito y refinado como para que las palabrotas resultasen realmente groseras a los oídos—. La hostia, Jass, no estoy capacitado para esto.

—Por supuesto que lo estás —lo contradijo con voz firme.

—Solo estudié dos años de medicina. ¿Cómo puedes siquiera pensar en poner en mis manos la vida de tu mujer?

—No lo estoy pensando. Lo estoy haciendo. —Philippe echó un vistazo a su alrededor, buscando apoyo, pero no encontró sino miradas de aceptación, como si todos los presentes pensarán que podía sacar esa bala con los ojos cerrados. Miró a la joven inconsciente, sabiendo que se debatía entre la vida y la muerte, y que cada segundo que pasaba dudando la acercaba un poco más a esta última.

—Maldito seas, Seveages. Dejé la carrera porque no quería jugar a ser Dios. No podía soportar ser el responsable de hacer que otro ser humano viviera o muriera —dijo, desesperado.

—Y sin embargo, ¿no es eso lo que haces todos los días? —El joven lo miró, atónito. Después se pasó la mano por la cara y suspiró, de repente parecía mucho mayor de lo que era.

—Necesitaré ayuda. Joder, ni siquiera estoy seguro de que recuerde todo

lo que me enseñaron. Y cuando esto acabe quiero una botella de ese famoso *whisky* que tanto te gusta beber, cabrón. Pienso cogermela una borrachera de aúpa.

—Te prometo una caja al mes. Ahora, salva a mi mujer. —Todos fueron conscientes del tono posesivo en su voz, así como del desliz al hablar de la joven, pero no dijeron nada porque para ellos hacía tiempo que estaba claro que aquellos dos estaban hechos el uno para el otro.

Fuego. Sentía fuego quemándola. ¿Dónde? Era difícil saberlo. Intentaba abrir los ojos, pero pesaban demasiado. Hablar pidiendo ayuda habría sido una solución, sin embargo, la boca se negaba a responderle. Disipar la espesa niebla que embotaba sus sentidos parecía un esfuerzo tan hercúleo que ni siquiera lo intentó.

Así que se mantuvo inmóvil, no porque quisiera, sino por necesidad, durante lo que le pareció una eternidad, soportando aquel dolor incesante que no conseguía localizar y que la estaba destrozando, y cuando no pudo soportarlo más, se dejó llevar por la bendita inconsciencia sin sentir las pequeñas lágrimas que rodaron por sus sienes, únicas testigos de su angustia.

Cuando volvió a despertar no se encontraba mucho mejor, pero al menos sus párpados aletearon de manera imperceptible, en un intento por volver a la consciencia. De inmediato notó una presencia junto a ella, un cálido aliento sobre la mejilla que llenó sus recuerdos de calor y añoranza.

«Jassmon».

—¿Estás despierta? —escuchó su voz, dulce y preocupada. Intentó hablar, pero apenas le salió un graznido como respuesta antes de que empezara a toser. Segundos después la incorporaba con cuidado, y un vaso de agua le rozaba los labios resecaos. Bebió un pequeño sorbo, a pesar de querer más, porque estaba demasiado débil para continuar. Él volvió a acomodarla contra la almohada—. ¿Mejor? —Asintió.

—¿Qué... ha... pasado...? —susurró con esfuerzo. Hubo un pequeño silencio, roto finalmente por un suspiro masculino.

—¿Recuerdas la huída por el bosque? —Lo pensó durante un momento. Contuvo un escalofrío. Sí, se acordaba de todo.

—Sí. —Intentó llevarse la mano a los ojos porque le dolía la cabeza, pero se encontró con que no pudo. Pesaba demasiado.

—¿Te molesta la luz? —quiso saber Jass.

—Sí, lo siento... Aún estoy... muy cansada... —Lo oyó moverse, y poco después escuchó que corría la cortina. Suspiró de placer cuando la habitación se quedó en penumbra.

—Linda —dijo el hombre, de nuevo a su lado—, no estás cansada. Esos cabrones te alcanzaron. Por eso te costaba tanto seguir el ritmo. —Ella no pareció entenderlo, porque no reaccionó a sus palabras—. Te dispararon. — Los ojos turquesa se abrieron de golpe, y la joven lanzó un gemido desesperado, aunque no supo si por el dolor que le supuso el repentino movimiento, o por la terrible imagen que presentaba Jassmon.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Ayer. —Ella lo miró, horrorizada. ¿Cómo había podido deteriorarse él tanto en un solo día? «¿Y qué aspecto tengo yo?», se preguntó, ceñuda. Porque a la que le habían pegado un tiro había sido a ella, y si lo que estaba sintiendo era un reflejo de su apariencia, debía tener una pinta horrible.

En cuanto a él, tenía el pelo todo revuelto, como si se hubiera pasado la mano por entre los gruesos mechones en innumerables ocasiones, y en varios sitios estaba de punta debido a alguna sustancia oscura que se había quedado seca. Sus preciosos ojos se veían cansados, tristes y opacos, rodeados de unas profundas ojeras negras. Tenía restos de sangre en ambas mejillas, donde la sombra de una oscura barba estaba empezando a crecer, supuso que por haberse tocado con las manos manchadas sin darse cuenta. Bajó la mirada y comprobó que en efecto las tenía completamente rojas, igual que si las hubiera sumergido en un barreño de sangre. «De mi sangre», se recordó. También la ropa, sucia y arrugada, estaba llena de manchas carmesí. «¿Cuántos litros puede perder una persona sin morirse?» se preguntó, muy impresionada por su apariencia.

—No quiero ni pensar... cómo debo de estar yo si tú te ves así. —Jass se echó un vistazo con cara de no entenderla, pero inspiró con fuerza al verse, probablemente por primera vez desde que se diera cuenta de que estaba herida. Se llevó las manos a la espalda, en un intento tardío por ocultárselas, pero al final lo dejó por imposible, sobre todo cuando se percató de su ceja levantada. Le acarició el pelo en una caricia suave y cadenciosa que la relajó de inmediato.

—Tú pareces un ángel —aseguró convencido. No le creyó, pero decidió ignorarlo.

—¿Dónde estamos? —preguntó cerrando los ojos por el agotamiento, mientras disfrutaba del lento ir y venir de aquellos dedos expertos sobre sus mechones.

—En un sitio seguro.

—¿Y cómo hemos llegado hasta aquí?

—Nos trajo John en un helicóptero. —Intentó mirarlo, pero le pesaban demasiado los párpados.

—¿John está aquí?

—Y Phil, Ro, Josh, y Seppe. Son los únicos que estaban en el país cuando les pedí ayuda. Rolland y yo estábamos de acuerdo en que podíamos apañarnos nosotros seis sin tener que involucrar al equipo entero. Pero ahora que te han herido...

—Sabes que no lo han hecho a propósito.

—Qué bonito epitafio: «La mataron sin querer». —Las palabras fueron dichas sin inflexión alguna, y por ello supo que escondían una gran mezcla de emociones que él se esforzaba por controlar y, más aún, en ocultar.

—No hace falta que lo admitas, gran machote, pero empiezo a ver que ha sido duro para ti pensar que no lo conseguiría. —El silencio se extendió entre ellos, mientras el hombre seguía pasando la mano por entre sus cabellos, en una caricia hipnótica que no se sabía si estaba destinada a consolarla a ella o a él. Ni siquiera un minuto después, la muchacha se había dormido.

—Ha sido un condenado infierno —pudo admitir al fin.

Apagó el soplete y se levantó las gafas protectoras, frotándose el dolorido cuello mientras lo dejaba con cuidado sobre la mesa.

Debiera haberse ido a la cama mientras Lariel dormía, pero allí estaba, en el cuarto que tenía habilitado como laboratorio, intentando despejar la mente. Tenía una habitación idéntica a esa en cada una de sus casas, porque cambiar cualquier cosa, habida cuenta de que poseía nueve propiedades en el país en las que residía en algún momento u otro, sería una locura.

Con un suspiro que contenía parte de frustración y una gran dosis de insatisfacción, dejó que su mirada se perdiera en el amplio ventanal frente a él, absorbiendo la siempre sorprendente visión del enjambre de luces y coches que serpenteaban por las atestadas calles de Los Ángeles, aunque allí, en el último piso del altísimo rascacielos, apenas eran diminutos puntos que se movían como hormigas obreras.

Se preguntó si había sido una locura esconderse en la madriguera del zorro, observando con fijeza el impresionante edificio de cristal que albergaba al Ritz-Carlton, el lujoso hotel en el que estaba alojado H'arün, a tan solo unas pocas manzanas de su propia casa.

Le había parecido lo más lógico con Lariel a punto de desangrarse a su lado, y un Phil furioso, que gritaba que por mucho que se empeñase no podía sacarle la bala dentro del helicóptero. Estaban a ciento sesenta kilómetros de su ático en la ciudad, y no tenían tiempo de pensar en otra solución. Pero los treinta y seis minutos que tardaron en llegar fueron los más largos de toda su vida. Por suerte, la joven aguantó, y en ese momento descansaba mientras su cuerpo se reponía de la traumática experiencia de la pérdida de sangre.

Cabeceó recordando la impresión que se llevó cuando por fin fue al baño y se vio a sí mismo, cubierto de ella. Intentó no pensar en lo que habría sentido la muchacha nada más recuperar la consciencia y encontrarlo de esa guisa.

—Veo que encerrarte aquí no ha contribuido a relajarte. —Observó a Rolland a través del cristal, no muy seguro de desear compañía en ese

momento.

—Supongo que estoy demasiado cansado hasta para mis juguetes.

—Chorradas. Te he visto quemarte las pestañas durante más de noventa y seis horas seguidas cuando tenías algún proyecto en mente.

—Pero ahora solo estoy matando el tiempo. Será por eso que no me concentro.

—Si quieres engañarte a ti mismo... —Su amigo se enfrentó a su ceja alzada—. Tú nunca te aburres, no tienes tiempo. ¿Es la chica lo que te perturba, o no poder salir corriendo tras ese cabrón?

—Podría ir a por él —dijo, contestando a la pregunta, aunque ambos sabían que el verdadero motivo de su peligroso estado de ánimo era que Lariel casi había muerto en sus brazos el día anterior.

—Podrías. Pero sería un suicidio. Estará más custodiado que la reina de Inglaterra, y sin el equipo al completo estamos...

—¿Crees que habría que llamarlos, entonces? —lo interrumpió, sabiendo de sobra lo que quería decir.

—Sería lo mejor. Apenas somos suficientes para mantener a raya a ese mierda.

—Reduje bastante sus efectivos, y es poco probable que los haya repuesto. Se me ocurren muchos calificativos para el bueno del gobernador, pero descerebrado no es uno de ellos. Estoy seguro de que no entablará una guerra abierta en medio de una gran urbe. —Volvió a girarse hacia la ventana, mirando al alto edificio que de noche se encendía de un bonito y llamativo tono azul—. ¿Qué tienes para mí? —Escuchó el pesado suspiro a su espalda, pero lo ignoró.

—Está en la suite Ritz-Carlton.

—Por supuesto —masculló, la mirada aún perdida en el flamante hotel, como si así pudiera descubrir a su enemigo a través de alguna de las ventanas.

Aquella habitación costaba dieciocho mil quinientos dólares por noche.

Tenía doscientos setenta y un metros cuadrados, múltiples áreas de entretenimiento con televisión de pantalla plana de alta definición de cincuenta pulgadas, reproductores *blu-ray* y DVD, varias zonas para sentarse con cómodos sofás, una barra de bar, y un espacioso comedor formal con capacidad para diez personas, además de un estudio ejecutivo, y un amplio dormitorio con vestidor de lujo y un baño con bañera de hidromasaje y ducha con diferentes tipos de chorros, lavabos de mármol italiano, y televisores empotrados en los espejos. La suite disponía de unas espectaculares vistas panorámicas de las montañas y el océano, así como de la ciudad. El importe de la habitación incluía los privilegios del Ritz-Carlton Lounge, con cuatro presentaciones diarias de alimentos y bebidas.

El hijo de puta era un hedonista, y tan predecible que si las tornas se volvieran de repente, y él pasara a ser la presa en lugar de ellos, sería demasiado fácil.

Se quedó inmóvil, mientras su cerebro iba a mil por hora.

—¿Qué estás tramando, chico? —Se volvió hacia el coronel con una gran sonrisa.

—Que voy a darme el capricho de cargarme a ese cabrón, después de todo.

CAPÍTULO 17

—Servicio de habitaciones, señor.

La camarera huyó corriendo ante su señal, una vez hubo dicho las palabras. Sabía que no daría la voz de alarma. Los mil dólares que le había dado comprarían su silencio, incluso si dentro de aquella estancia ocurría algo realmente horrible, como él pronosticaba. No esperó más para sacar su pistola y quitarle el seguro, puesto que escuchó cómo el pomo comenzaba a girar, y cuando la puerta se abrió un par de centímetros arremetió contra ella y se tiró al suelo, rodó para adentrarse en la habitación e intentar hacerse una idea de cuántos eran y sus posiciones.

Alguien arremetió contra él, le cayó encima y mandó su arma a Dios sabía dónde. Se giró y le pegó en la cara, a la vez que recibía un buen golpe en el costado. Apenas vio el brillo del sol reflejado en el acero del tremendo puñal que se abalanzó sobre él, antes de sujetar aquel brazo que parecía de acero. Durante unos segundos no se escuchó nada más que sus respiraciones, jadeantes a causa del esfuerzo por superar la fuerza del otro. Aquel tipo estaba decidido a sacarle un ojo y podía conseguirlo, teniendo en cuenta que la punta estaba a apenas cinco centímetros de él. Soltó uno de sus brazos, lo cual hizo que el afilado cuchillo casi lo rozara, y se dirigió veloz a su entrepierna.

Cuando tuvo aquella sensible parte entre sus manos, apretó con todas sus fuerzas, estremeciéndose por dentro ante la cara de horror y sufrimiento que presentó el árabe. No por eso lo soltó, se aferró a su verga como si le fuera la vida en ello, y se la retorció con tanta saña que pensó que le iba a faltar poco para arrancársela. El aullido de dolor llenó la inmensa sala, y Jass supo que si había alguien más allí, aparecería en cuestión de segundos. Pero no ocurrió. En su lugar, la mano que agarraba el arma cedió un tanto, y de un empujón se quitó a esa mole de encima.

Apenas fue un breve respiro, porque ya lo tenía frente a sí, encorvado y sin recuperarse del todo, pero dispuesto de nuevo para la batalla.

Se midieron entre respiraciones jadeantes, calculando las posibilidades del otro. Jass sabía que tenía que terminar aquello pronto. Si el gobernador no estaba allí, significaba que andaba buscando a Lariel, y su visita no tenía razón de ser. Pero ese tipo no se lo pondría fácil. Era el segundo de H'arün, el que encañonara a la joven el día anterior, y por la vigilancia que habían hecho sobre el grupo antes del rescate, tenía una idea bastante clara de sus probabilidades frente al árabe.

De repente este atacó puñal en alto, y tuvo que clavar los talones al suelo para soportar el envite. Jass le dio un fuerte rodillazo en la cara exterior del muslo que consiguió desestabilizarlo, antes de dar un giro de ciento ochenta grados y empujarlo contra la pared. Allí golpeó repetidamente su muñeca contra una de las estanterías, hasta que consiguió que soltara el cuchillo. Era muy posible que también le hubiera roto la muñeca en el proceso, aunque eso no evitó que le atizara un derechazo con esa mano, seguido de otro con la izquierda, que lo envió trastabillando varios metros más allá.

Sin tiempo para coger aire, lo vio tirarse a por el maldito cuchillo, pero como él estaba más cerca, lo mandó volando de una patada al otro extremo de la habitación. Gruñó cuando terminó en el suelo con un golpe sordo, puesto que ese desgraciado le había cogido el pie, y acabado tirando.

Los golpes llovían sin cesar por ambas partes, como si los impulsara una fuerza invisible. Jassmon dejó caer contra la cara de su adversario el codo, que impactó contra su nariz, y el sonido a chasquido avisó de que se la había roto.

Aquello dio lugar a una breve y bienvenida pausa. De rodillas, y apoyado parcialmente en una mesita auxiliar, observaba con atención al árabe, que tampoco le quitaba de encima el ojo que todavía tenía abierto. Sabía que él tenía al menos dos costillas rotas, pero no podía bajar la guardia o no saldría de aquella suite. El aire le salía en una especie de silbido entrecortado, pero se obligó a levantarse, mientras observaba con sorpresa que el otro hacía otro

tanto, se lanzaba a la carrera hacia él, lo forzaba a retroceder y le incrustaba contra la pared a su espalda. El golpe contra la parte posterior de su cabeza fue brutal y lo dejó desorientado.

Aquel bastardo aprovechó el momento para machacarle con sus puños de hierro. Le encajó varios derechazos en la cara, y no le partió la mandíbula de milagro. Sus costillas se resintieron cuando las golpeó sin piedad hasta casi triturárselas. Por supuesto, el muy cabronazo sabía dónde debía sacudir para hacer más daño. Acabó cayendo al suelo, exhausto y malherido, a la vez que se decía que aquel era un buen momento para sacar fuerzas de flaqueza y terminar aquel asunto a su favor.

Fue entonces cuando sintió una explosión de dolor en la sien izquierda, y el suelo se precipitó hacia él cuando se desplomó, apenas rozando la consciencia. Algo cayó a su lado, tan cerca que a punto estuvo de machacarle la cara. Era una figura de bronce manchada de sangre.

Oyó al otro hombre moverse por la estancia, supuso que buscando un arma con la que rematarlo. Cerró los ojos, demasiado cansado como para que le importara.

Un gemido agonizante escapó de su garganta cuando fue dado vuelta sin miramientos y se encontró frente a la sonrisa satisfecha y socarrona del soldado, que hacía girar la empuñadura plagada de joyas del puñal con la clara intención de intimidarlo. Sin embargo, él solo podía pensar en qué estafalarios eran esos árabes, siempre dados a presumir.

La hoja se clavó con la misma precisión que habría utilizado un cirujano, y lo hizo gritar. La herida no era mortal, pero sí estaba destinada a causar unos cuantos destrozos. Sintió la sangre saliendo a borbotones y supo que si no la paraba, se desangraría en cuestión de minutos.

—No debiste arrebatársela, yanqui. Ese día firmaste tu sentencia de muerte —le dijo el otro en perfecto inglés.

—Vosotros los moros... siempre parecéis... olvidar que los seres... humanos... tenemos derechos... —contradijo. El otro simplemente negó con la cabeza, en un gesto casi amable.

—Y vosotros los occidentales os negáis a aceptar nuestras costumbres. Ella siempre será suya.

—¿Dónde está ese asesino y... violador de mujeres? —Solo una sonrisa blanda respondió a su pregunta—. ¿¡Dónde!?! —gritó con las pocas fuerzas que le quedaban, presa del mareo.

—Con su *melekia*. —Jass dejó de respirar. Supuso que la herida había dejado de sangrar, porque la sangre se le había congelado en las venas. Tenía miedo, mucho miedo, y no era por él. Sintió una energía nueva, que no estaba ahí segundos antes, extendiéndose por todo su cuerpo, como una batería extra muy bienvenida.

—Voy a matarte —prometió—. Primero a ti, y después a cada uno de tus compañeros, hasta que llegue al hijo de puta de tu jefe. Y cuando le eche el guante voy a descuartizarlo miembro a miembro, empezando por ese rabo del que está tan orgulloso. ¿Entiendes lo que estoy diciendo, cerdo asqueroso? Voy a castrarlo y a tirar ese colgajo inútil por el váter... —La mano que sostenía el cuchillo se levantó por encima de la cabeza del hombre, con obvia intención de rematarlo, aunque su rostro furioso no lo hubiese advertido ya de lo que iba a ocurrir. Vio cómo esta comenzaba a bajar un segundo antes de escuchar la pequeña detonación, sofocada por el silenciador. Con un esfuerzo sobrehumano se echó hacia un lado para que no lo acuchillase al caerle encima, y se quedó allí, con el tremendo peso muerto sobre él durante lo que le pareció una eternidad. Al final, pensando en que debía salir de allí para ayudar a Lariel, le dio tres empujones, con lo que lo desplazó lo suficiente como para liberarse, y a duras penas logró ponerse de rodillas.

Miró la pistola que todavía tenía en la mano, dando a gracias a Dios por haberla visto bajo el sofá beige cuando cayó noqueado, a tan solo medio metro de él, y haber tenido oportunidad de cogerla mientras el árabe se hacía con su propia arma. Se la guardó, y apoyándose en la mesa se puso de pie. Se tambaleó cuando todo comenzó a dar vueltas a su alrededor y se apresuró a sentarse, sabiendo que tenía que ponerse en marcha, aunque incapaz de hacerlo.

Estaba perdiendo mucha sangre. Se quitó la camisa, y rasgándola improvisó un vendaje que taponara la herida. De momento no podía hacer más. Se pasó la mano por la frente, y cuando la retiró comprobó que estaba llena de sangre.

Maldiciendo entró en el dormitorio y se fue directo al baño. Respingó frente al espejo, tenía una pinta horrorosa. Grandes hileras rojas le corrían desde la sien izquierda hasta el cuello, y ya tenía varios hematomas en el rostro y el torso, además de unos cuantos cortes, y el labio partido. Abrió el grifo, cerró el tapón, y cuando el seno estuvo lleno metió la cabeza dentro y frotó con vigor. El agua fría contribuyó a despejarlo y a reducir un poco la sensación de mareo. Utilizó la suave y mullida toalla para secarse y se dirigió hacia el vestidor, donde cogió sin prestar atención una de las camisas colgadas con pulcritud, y se la abrochó de camino a la salida, rogando porque sus hombres fueran tan buenos en su trabajo como él creía, y hubieran impedido que ese psicópata se llevase a Lariel.

—*Melekia*, de nuevo en mis manos —dijo H'arün agarrándola por el pelo y atrayéndola hacia él. Lariel tembló por dentro, pero se cuidó muy mucho de demostrarlo. Apretó los labios con fuerza, creyendo que la besaría, pero se obligó a permanecer impassible cuando sintió el escupitajo bajando lentamente por su mejilla. No se lo limpió, se limitó a mantenerle la mirada, la de él llameante por el odio y el asco. El grupo entero se adelantó para protegerla, incluso desarmados, maniatados, y en inferioridad numérica, pero los hombres del gobernador los rodearon, apuntándoles a la cabeza.

Todo había ocurrido muy rápido. En un momento John, Rolland, Giuseppe, Philippe, y ella estaban en el salón, viendo con pereza la televisión, y al siguiente cuatro hombres entraron tranquilamente, dispuestos a abatirles. El equipo comenzó a defenderse, pero las sorprendentes palabras de Seppe los detuvieron de golpe.

—Yo no lo haría, chicos. —Se giraron hacia él, soltando alguna que otra maldición. Phil intentó abalanzarse sobre el subteniente, pero John lo sujetó,

esperando que ninguno de ellos fuera de gatillo fácil, y sin querer darles una excusa para matarlos antes de tiempo.

—Traidor hijo de puta —siseó el francés, soltándose de golpe del agarre del capitán, aunque se quedó quieto, sus ojos fijos en la joven que seguía sentada en el sofá, la pistola a escasos centímetros de su sien.

—Hay que ganarse la vida —adujo el italiano, sin pizca de arrepentimiento.

—¿Y medio millón de dólares no te parece suficiente? —El otro se encogió de hombros.

—Para empezar. Pero os aseguro que el millón que me paga el gobernador engrosa bastante más mi plan de jubilación. —Como si esa fuera la señal, H'arün entró por la puerta, con toda la soberbia y la arrogancia que lo caracterizaban, que parecían envolverlo como un manto de poder y seguridad, seguido de otros dos soldados que encañonaban a Josh, el cual ese día era el encargado de preparar la comida.

—Un hecho muy afortunado para mí, debo decir —se jactó con una sonrisa presumida.

En ese momento supo que Seppe los había traicionado desde el principio, y que ese día había desconectado la alarma y el ultramoderno sistema de vigilancia de Jassmon, e incluso había abierto la puerta principal y conseguido mantener al grupo reunido en una sola habitación. Convencerla de levantarse un rato y posicionarse a su lado antes de que llegase su verdadero equipo había sido pan comido en comparación.

—H'arün. —Dio los pasos que la acercarían a él, cuando lo único que deseaba era alejarse tanto como le fuera posible. La miró, sus hermosos ojos oscuros se percataron al instante de su lento caminar, y de la mano con la que se sujetaba el costado.

—¿Estás herida?

—Me disparasteis —explicó sin más. El hombre observó uno por uno a sus hombres y aunque no habló, no hubo ni uno de ellos que no bajara la cabeza, atemorizado. Ella se obligó a ponerse de nuevo a su alcance—.

H'arün, esto ha ido demasiado lejos. Demostraste tu punto, fui tuya, hiciste conmigo lo que quisiste. Pero ya basta, te lo ruego. Déjanos vivir. Ten piedad.

—¿Estás suplicándome, *melekia*? —preguntó entre desconcertado y divertido. Lariel se limitó a mirarlo durante un rato, escuchando su propio corazón, que iba a mil por hora. Cogió aire y lo soltó muy despacio, odiando lo que iba a hacer con cada fibra de su ser. Pensó en los cuatro hombres que estaban a su espalda. Su lealtad, su vitalidad, su instinto protector, su sentido del humor. Sus vidas dependían de ella. Y pensó en Jassmon, que se suponía que había salido por cuestiones de negocios, pero que, por supuesto, no era cierto, porque nunca se marcharía en un momento como ese por una razón tan trivial. Quería devolverle su vida.

—Sí. —La sonrisa de satisfacción de aquellos hermosos labios fue como una bofetada. De hecho, le dolió más que algunas de las que él le había dado anteriormente.

—Un momento para disfrutar, sin duda. Una pena que no tenga tiempo para esto. Y que llegue tan tarde. Has estado follando con ese perro yanqui, así que no eres más que una puta. Ya no te quiero para mí. —Sintió un alivio tan intenso que se le doblaron las rodillas. La sujetó para que no cayera, aunque no lo hizo con amabilidad—. No te deseo, pero una mujer como tú, con tu piel blanca, tus ojos azules, y ese pelo tan rubio como el trigo, junto a tu temperamento tempestuoso, que cualquier hombre árabe desearía aplastar, es extremadamente apreciada en mi país. Valdrás una inmensa fortuna si te ofrezco a un prostíbulo. —La joven jadeó de pavor, lo cual provocó una carcajada de regocijo y maldad en el hombre. Se dirigió a Seppe—. Nos marchamos. Encárgate de tirar la basura. En cuanto estemos en el avión, tendrás tu transferencia. —El aludido debió mostrar algún reparo en su expresión, porque el gobernador alzó una ceja, interrogante—. Podrás hacerlo, ¿verdad? —Su tono amenazante no dejaba lugar a dudas sobre lo que ocurriría si la respuesta era negativa.

—Por supuesto. Dalos por muertos.

—¡No! —gritó Lariel, tratando de acercarse a ellos. Pero le fue imposible, H'arün la cogió del cuello y la empujó hacia la puerta, presionando un poco más cuando intentó girarse para ver por última vez a sus amigos, que luchaban con fiereza por impedir que se la llevaran.

—Debieras preocuparte por tu propio destino. Te aseguro que, apenas pongas un pie en Arabia, desearás estar tan muerta como ellos. —La amenaza no le preocupó en ese momento, tan solo podía pensar en los cuatro hombres que serían masacrados en unos minutos.

Y en que si Jassmon no estaba allí, únicamente podía significar que también había caído.

Jass patinó en el suelo de mármol nada más salir del ascensor. Recuperó el equilibrio y se quedó allí parado, frente a la puerta abierta de par en par del ático, escuchando su propia respiración jadeante por la carrera desde el hotel. Nunca había forzado tanto un coche, y eso que le gustaba ponerlos al límite, a los vehículos y a él. Reconocía que en ese momento sí estaba al límite, y que atravesar esa puerta lo aterraba. Aún así lo hizo. Y la escena que se encontró en medio de su salón lo dejó bastante patidifuso.

Philippe estaba encima de Seppe, aporreándole la cara una y otra vez, al parecer sin percatarse de que estaba inconsciente. O sin importarle. Mientras tanto, John desataba a Ro y a Josh, que miraban el grotesco espectáculo con total indiferencia.

—Basta, Phil. —Los tres se giraron para mirarlo, y pudo apreciar la sorpresa, el alivio, e incluso la preocupación por su aspecto. Pero el francés, o bien no lo escuchó, o no le interesó, porque continuó machacando al otro sin piedad. Se adelantó, y le puso una mano en el hombro, y se lo apretó con suavidad—. Vas a matarlo. —Los puños dudaron, y finalmente se detuvieron. Phil alzó la cabeza y lo miró. Jass parpadeó, enfrentándose por primera vez al odio de aquel hombre.

—Sí —fue todo lo que dijo.

—Aún no.

—¿Lo sabías? —le preguntó Rolland, con el ceño fruncido.

—No que fuera él, pero hace tiempo que venía sospechando que teníamos un topo. Esos cabrones nos han seguido por media Arabia como si supieran siempre donde íbamos a estar. Nos encontraron en Los Padres a las pocas horas de llegar, cuando era imposible que nos hubieran seguido, y solo el equipo sabía que íbamos allí, y tuve la certeza absoluta cuando el segundo de H'arün me dijo que venía para acá. —Eché un vistazo en derredor, más allá de la puerta, hacia el dormitorio que ocupaba la joven—. ¿Y Larry? —preguntó en voz baja y queda, queriendo mantener la esperanza. Pero el silencio que siguió a su pregunta la aplastó con un golpe de realidad.

—Se la ha llevado. Piensa venderla a un prostíbulo en su país, ahora que la has *mancillado*. En cuanto a nosotros, nos dejó para que nuestro amiguito se encargara de liquidarnos. Parece que tus quinientos mil se le hicieron poco, y la promesa de otro kilo fue suficiente para olvidar el honor y la lealtad.

—Y la humanidad —añadió Josh. Jass asintió, haciendo un esfuerzo por obviar el destino que esa vez le tenía preparado ese loco a Lariel.

—Está claro que piensan viajar en avión privado, si no, no podrían esconder que la obligan a ir en contra de su voluntad. Pero, ¿a qué aeropuerto se dirigen?

—¿Por qué no se lo preguntamos? —Todos miraron a Ro, que observaba a su vez el cuerpo desmadejado del traidor. Jass lo agarró por la ensangrentada pechera de la camisa, y con un gruñido lo arrastró por el suelo en dirección al baño. Allí lo metió en la enorme cabina de la ducha y toqueteó el panel digital hasta que infinidad de chorros helados empezaron a caer sobre el hombre inconsciente.

—Si no lo has dejado como un vegetal, esto lo despertará lo suficiente como para que podamos sacarle algo —le gruñó al francés.

—¡Estás herido! —exclamó el coronel, al ver la mancha de sangre que iba extendiéndose por su camisa tras el esfuerzo de cargar con el pesado cuerpo de Mancini. Su amigo intentó ver su herida, pero se lo impidió apartándolo de un fuerte empujón.

—No tengo tiempo para esto, Ro. —En ese momento el italiano gimió, señal de que iba recobrando la consciencia. Jass lo sacó a rastras del agua—. Vamos allá —dijo. No obstante, antes de que pudiese hacer más, cayó de rodillas al suelo, presa del mareo y la debilidad.

—¡Por Dios! ¿Cuánta sangre has perdido ya? —le preguntó Phil, presionándole el hombro para evitar que se levantara, como era su intención. Con la mano libre cogió el maletín que le ofrecía John y lo miró muy serio—. Túmbate en el puto suelo, Seveages. —Quiso negarse, pero ni siquiera tuvo fuerzas para eso, y si quería rescatar a Lariel, tenía que encontrarse mucho mejor que en ese instante. Se dejó caer y cerró los ojos, agotado. El resto del equipo se miró, sabiendo lo mal que tenía que estar para colaborar sin rechistar.

No tardaron demasiado en cerrarle la herida y ponerle un buen chute de antibióticos. Mientras tanto, John y Rolland se encargaron de Seppe, que cantó como un ruiseñor, una vez que comprendió que las cositas desagradables que le estaban haciendo sus excompañeros continuarían de manera indefinida a no ser que les dijera lo que querían.

—Bien —dijo el coronel, levantándose del suelo y limpiándose la sangre de las manos en una de las caras toallas blancas—. Me encantaría dedicar tiempo y esfuerzo a matar a este cabrón, pero hay que irse, así que tendremos que conformarnos con un tiro a bocajarro. —A ninguno le hizo gracia aquello. Querían justicia, y una muerte rápida y sin dolor no se las proporcionaría, pero el tiempo era esencial y habían perdido demasiado, así que aquello tendría que servir para aplacarlos. Además, el pobre diablo estaba medio muerto de todos modos.

—¿Quién lo hará? —preguntó Josh. Todos miraron a Jass. Debería encargarse él porque era el jefe del grupo y porque Lariel, lo quisieran admitir ellos o no, era su mujer. Pero él no se encontraba en condiciones de acometer ninguna tarea aún. Permanecía tumbado en el suelo, pálido como la muerte, con los ojos cerrados y la respiración demasiado superficial. Parecía más muerto que Giuseppe.

—Lo haré yo. —Cuatro armas apuntaron hacia la puerta, listas para disparar al intruso. Este rio con fuerza mientras se adentraba en la espaciosa estancia. Se agachó junto a Jassmon y lo miró a los ojos, ahora abiertos y centrados en él.

—Sí, tú lo harás —aceptó el hombre más joven.

—*Trrae* a la niña de vuelta, muchacho —ordenó Yatorlav con voz dura. Acto seguido se levantó y cogió al judas por la camisa, lo levantó más de un metro del suelo y salió con él del baño, seguido de sus angustiosos gritos de auxilio, que nadie escuchó.

Lariel se obligó a hacer una serie de diez respiraciones lentas y largas. Incluso las contó para ayudarse a calmar el pánico que se la tragaba por segundos. Llevaba con esa táctica la última media hora, y aunque no estaba muy segura de que fuese efectiva, al menos no estaba gritando como una histérica, ni forcejeando con el picaporte para salir del Cadillac.

Pero estaba muerta de miedo. Sabía a ciencia cierta que si permitía que la metieran en aquel avión, nunca más saldría de Arabia, y lo que la esperaba una vez que llegara era mil veces peor de lo que ya había vivido allí. H'arün se encargaría de ello.

Que hubiera consentido que otro hombre la poseyera, y que además hubiera participado de manera activa en la seducción de Jassmon, había supuesto un duro golpe para el orgullo del hombre sentado a su lado en el asiento posterior. Pero sobre todo para su hombría.

Estaba segura de que en su fachada de hombre de mundo se habría acostado con infinidad de mujeres experimentadas, tan descaradas y perversas como él, pero el árabe, el ser celoso y posesivo, el que creía en la supremacía del hombre por encima de la mujer, y que esta estaba en la Tierra para servir, obedecer y dar placer, nunca llevaría a su cama a una fémica que hubiera pertenecido a otro. Y durante el tiempo que fuera suya, exigiría fidelidad absoluta.

Así que el delito que había cometido la había rebajado a simple basura a

sus ojos. No era digna ni de besarle los pies. Y estaba furioso y dolido. Porque aún la amaba.

Era una manera enfermiza y cruel de querer a alguien, y Lariel lamentaría toda su vida el día en que puso sus ojos en ella, pero lo aceptaba como una verdad incuestionable.

Y precisamente porque estaba enamorado de ella, iba a destruirla. Porque sería la única forma en que podría soportar su traición.

Pensó en John, Ro, Phil y Josh. Y en Jass. Y el corazón se le rompió de dolor al imaginar el modo estúpido en que habrían muerto. Su único pecado había sido protegerla, igual que el de Jean Paul y Diego. Tantas muertes por su culpa, y total, para nada. Sintió las lágrimas calientes resbalando por sus mejillas, pero no quería darle la satisfacción a H'arün de ver que sufría, así que se las tragó, junto con el miedo y las enormes ganas de hacer algo estúpido. Algo como intentar escapar.

Apoyó la cabeza en el asiento, agotada. Las pastillas que le había dado Phil para el dolor hacía rato que habían dejado de hacer efecto, y necesitaba otra ración de medicamentos para poder funcionar con mediana normalidad.

Pero la idea no dejaba de rondarle. Y si iba a intentarlo tenía que darse prisa, no tardarían en llegar al aeropuerto, y allí sería imposible despistarlos, sobre todo porque contarían con la ayuda del resto de guardias que H'arün había mandado adelantarse con órdenes de que el avión estuviera preparado para despegar en cuanto ellos llegaran. Debía hacerlo mientras siguieran en la ciudad, donde camuflarse entre la gente, los comercios, y los coches fuera fácil.

Suspiró. Como si algo de aquella locura fuera a ser fácil. Echó un vistazo a H'arün, que tecleaba furioso en el móvil. Llevaba un rato intentando ponerse en contacto con Murtadi, su segundo, sin éxito, y tras varias llamadas perdidas y otros tantos mensajes de Whatsapp sin contestar se estaba impacientando. Con disimulo observó al copiloto, que le echaba ocasionales miradas ceñudas por el retrovisor interior. Ese supondría un problema, porque detectaría cualquier estratagema que se le ocurriese. Claro que ¿qué

podía hacer, si no tenía más que lo que llevaba puesto? Ni siquiera un pequeño bolso del que echar mano...

Tan solo unas manoletas, unos *leggings* y una camiseta holgada. Ni siquiera un cinturón o un reloj que poder tirarles, a ver si les daba en un ojo. Contuvo la respiración. Salvo...

El alfiler con el que se sujetaba el pelo. Ella siempre lo había llamado palito, porque con los dieciocho centímetros de largo que tenía no parecía un alfiler. Aquellas cosas le encantaban, sobre todo porque su espesa y larga melena en ocasiones le molestaba, y ese artilugio resultaba muy útil para mantenerlo fuera de la cara, y mucho más estético que el bolígrafo que solía usar en el colegio, por eso tenía unos cuantos de diferentes formas y colores en casa. De hecho, había metido ese en la mochila el día que salieron corriendo para volver a huir, nada más llegar a Estados Unidos.

El palo en cuestión era de plata labrada, con una intrincada forma en la parte de arriba y rematado por varias piedras diminutas. Y cogiéndolo adecuadamente podría muy bien ser un pequeño estilete. No poseía la afilada punta de este, por supuesto, pero clavado en el sitio correcto debería resultar bastante dañino. Y Yasorlav le había enseñado bien.

El problema era hacerse con el arma sin que lo notaran. Volvió a echar un vistazo disimulado a sus acompañantes, agradeciendo que tuvieran una opinión tan pobre de las mujeres en general, y que además no le prestaran demasiada atención al pensar que, estando herida, no iba a darles problemas. La verdad era que no se encontraba nada bien, pero no iba a permitir que eso la detuviera.

El móvil de H'arün sonó y se apresuró a cogerlo, alzando la voz de inmediato. Escuchó que se trataba de una conversación de negocios, algo relacionado con la compra de una cadena de hoteles que se estaba viniendo abajo, y él le echaba en cara a su interlocutor que no pudiera manejar el asunto por su cuenta.

Dejó de prestar atención para centrarla en el copiloto, que seguía mirándola con recelo. Tenía el corazón a punto de estallarle de lo rápido que

le latía, le sudaban las manos y la cabeza le daba tantas vueltas que empezó a ver borroso. No podía demorarlo más, estaban a punto de salir de la ciudad para coger la autopista, y entonces cualquier intento de fuga sería un suicidio.

Estiró el brazo del lado contrario a la herida para coger el alfiler, el cual escondió todo lo que pudo dentro de la mano, rezando porque vieran aquel movimiento como algo natural, ya que de todos modos casi todo el recogido se había desmoronado hacía rato. De inmediato H'arün se giró hacia ella, en su rostro una expresión de curiosidad, hasta que la vio mirando al frente, peinándose con los dedos como si fuera lo más normal del mundo en una situación como esa. Se limitó a mover las cejas y siguió chillándole al teléfono. En cuanto al árabe que iba sentado delante, la contempló por el espejo antes de girarse parcialmente hacia ella. Le devolvió la mirada, y comenzó a recogerse el pelo en un moño, y a meterse el palo entre las guedejas para sujetarlo. El conductor le preguntó a su compañero qué calle tenían que coger y, después de una última ojeada, este se volvió para estudiar el mapa, indicándole que girara a la derecha a cien metros. Lariel volvió a tirar del alfiler, se hizo un nudo en el pelo para que quedara sujeto, inspiró fuerte y, tragándose una arcada, se lanzó hacia delante, con el puntiagudo objeto sujeto con las dos manos, que clavó con todas sus fuerzas en el cuello hasta el fondo.

El aullido fue horrible, pero la sensación que fue provocando el metal al hundirse en la carne, junto al casi paralizante dolor de su propia herida, casi la hizo desmayarse.

El coche dio un giro violento, chocó contra un bordillo y terminó volcando. Se arrastró varios metros por el asfalto hasta que se paró en medio de la carretera, lo que detuvo ese chirrido infernal que destrozaba los oídos.

Lariel jadeó, intentando soltarse el cinturón, sabiendo que en cuanto lo consiguiera iría a parar encima de H'arün, el cual parecía inconsciente, como el resto de los ocupantes. Ninguno llevaba el cinturón de seguridad puesto más que ella, algo con lo que ya había contado antes de cometer aquella locura. Maldijo cuando el dichoso dispositivo se le resistió, con toda

seguridad a causa de sus propios nervios, que la volvían lenta y torpe, y miró nerviosa hacia los otros tres ocupantes, mientras rezaba porque ninguno abriera los ojos.

Cuando escuchó el maravilloso clic soltó un sollozo y, de inmediato, cayó a plomo sobre el hombre inmóvil de su derecha. Rozando la histeria se alejó de él, e incorporándose abrió la puerta, que pesaba una tonelada al tener que izarla hacia arriba. Pero la alternativa era quedarse encerrada allí dentro con esos hombres, y si alguno de ellos se despertaba, sin duda la mataría por lo que había hecho, así que sacó fuerzas de flaqueza y lo consiguió. Después se aupó con los brazos, sacó medio cuerpo fuera, y parpadeó varias veces a causa del brillante sol.

Una mano, apretada como una garra, se aferró a su tobillo y tiró de ella hacia el interior del vehículo, con lo que deshizo en apenas unos segundos lo que tanto esfuerzo le había costado realizar a ella.

—¿Dónde crees que vas, puta? —El grito de espanto de la mujer fue sofocado con rapidez, a la vez que era arrastrada por la fuerza hacia un abismo de desesperanza y catástrofe.

Jass observaba el exterior a través de la pequeña ventanilla cada vez más ansioso. Deberían haber aparecido ya. De hecho, se suponía que eran ellos los que no tendrían que haber llegado a tiempo. Y sin embargo, ahí estaban, esperando como idiotas después de haberse hecho sin problemas con el impresionante jet privado, y haber despachado a los tres soldados que llegaron en el Cadillac, y que admitieron haberse adelantado para preparar el despegue. Según ellos el segundo coche con H'arün y Lariel venía pisándoles los talones, pero tras media hora de tensa espesa no daban muestras de hacer acto de presencia. Se giró para preguntarles a sus hombres qué pensaban de salir a buscarlos.

—¿Eso es un taxi? —Escuchó la voz perpleja de Phil a su derecha. Volvió a parapetarse tras el asiento, asegurándose de asomar tan solo la nariz por la ventana para confirmar las palabras del francés. ¿Qué cojones hacía un taxi

allí? Pero no tuvo que preguntárselo durante mucho tiempo. En cuanto se detuvo, una de las puertas traseras se abrió, y el gobernador bajó, agarrando del brazo a Larry. Del asiento del copiloto descendió uno de los guardias una vez hubo pagado al taxista, y ambos esperaron sin moverse hasta que dio la vuelta y se perdió de vista. Después, H'arün tiró de la joven, y la obligó a subir las escaleras, prácticamente empujándola, pues parecía que ella apenas era capaz de caminar, y se balanceaba de forma precaria al borde de los escalones.

Jass fue reptando por el suelo hasta la puerta, y una vez allí se incorporó, en espera de que llegaran.

—Acaba de subir, maldita sea, vas a terminar cayéndote hacia atrás. — Escuchó murmurar al árabe antes de ver asomar su perfil detrás de ella. Un segundo después lo tenía encañonado, y en voz baja y muy calmada pronunció las palabras que llevaba semanas deseando decir.

—Estás muerto, hijo de puta. —La muchacha se giró hacia él, y en sus ojos leyó tanta incredulidad que supo que lo había creído muerto—. Aléjate de él, linda. —No fue necesario repetírselo. Dio un paso a un lado, pero de inmediato se desplomó en el suelo—. Phil. —El sargento se arrodilló, la cogió en brazos, y se la llevó hacia el fondo del avión, donde había un dormitorio. En ese momento se escuchó un disparo, y un segundo después el estrépito de cristales rotos. Tras una breve mirada a John, que se encogió de hombros con inocencia, volvió a prestar toda su atención a su enemigo, a pesar del ruido del cuerpo al caer por las escaleras.

—Estaba sacando un arma —justificó el capitán al resto de compañeros, que asentían con comprensión.

—Eres difícil de matar —dijo el gobernador, mirándolo con todo el odio que le tenía, que no era ni mucho menos mayor que el que él mismo sentía por ese cabrón. Levantó la vista cuando Philippe apareció.

—Se le han abierto los puntos. Tengo que volver a coserla. Parece ser que se las arregló para volcar el coche y matar a una de estas ratas en el proceso. —Había una buena dosis de orgullo en su voz, y Jass sabía que si miraba a

sus hombres, encontraría más de eso en sus expresiones. Sonrió mientras le daba un buen repaso a ese cretino, con la sangre chorreándole por la frente y la mitad derecha de la cara, y a juzgar por la cojera que mostraba al caminar, alguna que otra lesión.

—Siempre fue mucha mujer para ti. —Un coro de risas acompañó a su insulto, lo que provocó que el hermoso rostro del hombre se pusiera rojo de vergüenza.

—Será mejor que acabes conmigo porque...

—H'arün. —Todos se volvieron hacia ella, de pie, a unos metros de distancia—. Ya basta. Has perdido.

—¿Qué haces levantada? —exigió Jass, cabreado, viendo cómo se tambaleaba de un lado a otro.

Cuando se quitó la mano del costado, y Jassmon descubrió la mancha roja que iba expandiéndose con rapidez, maldijo furiosamente y dio un paso al frente. En ese momento el gobernador le cogió la mano con la que sostenía el arma en un intento por hacerse con ella, y ambos comenzaron a forcejear. Antes de que ninguno pudiera llegar hasta ellos, y en una maniobra inesperada, H'arün los hizo girar a los dos, de modo que la pistola quedó apuntando a Lariel.

El disparo sonó alto y claro, puesto que el silencio en el interior del aparato era absoluto. Los ocupantes del avión tan solo se permitieron respirar de nuevo cuando el brillante punto carmesí se marcó en la camisa del gobernador, a la altura de su corazón. El hombre, sin el agarre de Jass, cayó con pesadez al suelo.

Uno a uno se fueron mirando, buscando al causante del tiro, y cuando lo encontraron no supieron cómo reaccionar. Lariel soltó la pistola que Phil había dejado sobre la mesilla de la habitación mientras revisaba su herida, y se dejó resbalar hacia el suelo, tan agotada que supo que le faltaba poco para desmayarse. Sintió a Jassmon correr a su lado y abrazarla, y se empapó de su presencia cuando ya pensaba que no volvería a verlo nunca más.

—*Melekia*... —Todo su cuerpo se tensó, pero se obligó a mirar a su

torturador, que permanecía tendido en el suelo con la mirada fija en ella. Sin razonarlo se estiró hacia él, no obstante el hombre a su lado se lo impidió. Aun así, siguió intentándolo hasta que él la soltó por miedo a que se hiciera más daño. Como pudo se arrastró hacia el árabe y se sentó a su lado, con cuidado de no tocarlo—. Parece que este será el final, después de todo— graznó, pues tenía la boca llena de sangre. Su piel, siempre tan perfectamente morena, mostraba un aspecto cetrino, y sus preciosos ojos oscuros estaban vidriosos y desenfocados, anticipando una muerte segura.

—Para ti, sí —dijo, sin pizca de compasión. Él hizo un amago de sonrisa, aunque pareció más una mueca.

—Yo te amaba —admitió por primera vez.

—Estás enfermo. Esto —dijo, abarcando todo cuanto los rodeaba— no es amor. Es locura, humillación, dolor, violencia, dominación... Pero nunca amor. —La miró durante un momento, como si sopesase la idea de discutirle el punto. Supuso que no le mereció la pena, porque suspiró y cerró los ojos.

—Siempre serás mía. Lo sabes, ¿verdad? —Por supuesto que sabía lo que quería decir. Todo lo que le había hecho durante su cautiverio la había convertido en una persona asustadiza y débil, con un temor reverencial hacia los hombres en particular, y hacia la vida en general. Él le había dejado su marca. Miró a los hombres apostados a su alrededor, por si se le ocurría atacarla. Sus amigos, a los que les confiaría su vida sin dudarlo. Después buscó a Jass, que la observaba con preocupación y ternura, y que apenas dos días antes le había enseñado las delicias de la pasión. Bajó la mirada al hombre moribundo.

—Nunca más seré de nadie —juró con fiereza. Los ojos masculinos se abrieron con sorpresa, y tras unos segundos la vida se extinguió de ellos, no sin antes entender que no había conseguido someter a la valiente mujer que más le había importado en la vida.

CAPÍTULO 18

Cualquiera que mirase a la despampanante mujer vestida de rojo intenso, que no paraba de sonreír cogida del brazo de su padre, pensaría que era una mujer feliz, contenta de estar de nuevo en casa, ajena a las murmuraciones sobre su lamentable historia. Todos sabían ya en esa fiesta de su huída a España durante algo más de un año, acobardada por su compromiso con el heredero de las famosas y lucrativas navieras Watford y, con toda seguridad, deseosa de una vida llena de aventuras y desenfreno. Obviamente, eso último fue cosecha de los chismosos y a menudo malintencionados miembros de la alta sociedad, siempre dispuestos a adornar una habladuría si esta no poseía las suficientes dosis de intriga y maleficencia.

Aquello no era cierto, por supuesto, y tampoco justo, pero era infinitamente mejor que la verdad, por eso Lariel lo aguantaba con estoicismo. Las miradas perversas, las sonrisas socarronas, las insinuaciones solapadas, incluso los comentarios maliciosos de los más descarados, siempre mantenía la máscara de dignidad y aplomo que se había colocado al bajar del jet, dos semanas atrás, y que no había abandonado desde entonces.

A veces parecía que no había pasado más que un minuto desde entonces, y otras demasiado tiempo.

Suspiró, viendo acercarse a una pareja de mediana edad, famosa por ser bastante cruel en el uso de sus armas, las palabras. Se movió con rapidez, poco dispuesta a dejarse aniquilar por ellos. Una cosa era no gritar a los cuatro vientos que había sido secuestrada por un loco que la había mantenido como su esclava sexual durante meses, pero su cupo de masoquismo tenía un límite, y si quería aguantar lo que quedaba de la noche necesitaba una bebida que contuviera un mínimo de graduación alcohólica. Sintió un suave roce en el brazo y pegó un pequeño salto antes de comprobar quién la estaba tocando. Los preocupados ojos de su padre la miraban interrogantes, y se apresuró a

sonreírle para tranquilizarlo.

—Tengo sed. Enseguida vuelvo. —Y se alejó antes de que le sugiriese acompañarla, necesitando estar sola un momento.

Cogió una copa de vino tinto de la bandeja de uno de los camareros y caminó sin rumbo fijo por la enorme sala, procurando no hacer contacto visual con nadie, lo cual era bastante difícil, porque todos en aquel maldito evento querían hablar con la hija pródiga. Todos menos su prometido, pensó con una mueca. Había hecho el paripé apareciendo a su lado al llegar y un par de veces, durante unos minutos, en las dos horas que llevaban allí, pero no era más que teatro. Solo se habían visto una vez antes de esa noche, cuando su padre lo llamó para contarle que había regresado. Y había tardado dos días en aparecer por casa. Nat le había montado un buen número por eso y él, avergonzado, había admitido que se había quedado bloqueado por la noticia, y que se había pasado todo ese tiempo borracho, sin saber qué sentir. Por supuesto, se sentía muy feliz con su vuelta, pero... simplemente no se lo esperaba. Lariel podía entenderlo. Ella misma nunca imaginó regresar, así que para los demás, que no habían sabido si estaba viva o muerta, debió haber sido mucho peor.

—Un Jaeger-LeCoultre por tus pensamientos. —La joven soltó una carcajada, recordando aquella manida frase que ambos usaban desde hacía años, haciendo referencia a la afamada firma de relojes. Ella siempre bromeaba diciéndole que si le regalaba uno de oro rosa, de esos que eran tan caros que en lugar de la etiqueta con el importe ponía «precio bajo pedido», le desnudaría su alma. Miró su reflejo en el cristal de la ventana desde donde estaba observando la ciudad, y se asombró de nuevo descubriendo que ya no le parecía ni tan guapo ni tan carismático. Se volvió con una suave sonrisa.

—Ya no necesito un Jaeger-LeCoultre. —La expresión del joven apenas varió, pero sí lo suficiente como para que supiera que le había molestado su respuesta.

—Parece que ahora no necesitas nada ni a nadie. —Ella miró detrás de él, y le guiñó el ojo a alguien.

—No es cierto. —Su prometido echó un rápido vistazo por encima del hombro, encontrándose con la fría y seria mirada de su futuro suegro, y volvió sus castaños ojos hacia ella.

—¿Y qué hay del amor, cari? —Aquel apelativo cariñoso que tantas veces antes le había dedicado se le antojó estúpido e inapropiado. Hasta ese momento, con Ken, no había comprendido cuánto había cambiado en realidad.

—¿Tú me amas? —preguntó a bocajarro, dispuesta a zanjar aquel tema de una vez por todas. Siempre había tenido miedo a dejar escapar a Kenneth, como si una vez que había aceptado ser su esposa hubiera sido lo máximo a lo que pudiera aspirar. Pero de repente estaba segura de que aparte de él había mucho más. Y comprendió en ese instante revelador que aceptar su proposición de matrimonio había sido una muestra de rebeldía juvenil, una forma infantil de sublevarse contra el visceral rechazo de su padre a esa unión, cuando nunca antes le había negado nada. Después, aquella relación se había vuelto cómoda y, por qué no admitirlo, le había gustado presumir antes sus amigas de haber conquistado a un hombre como aquel, incluso sabiendo que la insatisfacción que sentía a veces a su lado solo era una muestra más de su equivocada decisión. Supo que lo había descolocado, porque la miraba sin saber qué decir, y eso en sí era una respuesta muy elocuente.

—Sabes que te quiero...

—Y tú sabes que eso no es lo que te he preguntado. —Él apartó la mirada, y la dejó vagar por la sala, pensativo—. Tampoco la quieres a ella. —Los sorprendidos ojos volaron hasta los suyos.

—¿Qué?

—Es una mujer hermosa y apasionada. Por eso te gusta. Pero tu atracción por ella no va más allá de la cama. —Casi sonrió. El dicharachero Ken se había quedado mudo, y ese era un logro bastante meritorio—. ¿Creías que no sabía lo de Milena? —Él negó con la cabeza—. Solo quiero que me digas una cosa. ¿Empezasteis mientras estuve... fuera, o viene de antes? —Vio cómo su nuez se movía al tragar y tuvo su respuesta, pero quería que tuviera las

narices de reconocérselo.

—Cari...

—Deja de llamarme así. —Observó su sorpresa ante su petición—. Y respóndeme.

—Está bien, maldita seas. Hace tiempo, bastante tiempo. Antes —admitió con un gruñido cuando sintió la presión de su mirada turquesa. Lariel se tragó el nudo de decepción que tenía en la garganta, llamándose tonta. ¿Qué había esperado, amor y devoción acompañados de fidelidad? Ya sabía cómo era ese hombre, con todas sus virtudes y debilidades, así que hacerse cruces por tener una prueba tangible de su carácter era una estupidez. Dio un sorbo a su copa mientras contemplaba a la multitud, consciente de que no pasaban desapercibidos. Muchos los observaban con disimulo, esperando ser testigos del desenlace de su relación.

—Espero que seas feliz, Ken —susurró mientras daba el paso definitivo que la alejaría de él. Pero el hombre se interpuso en su camino, con cara de asombro.

—¿Qué estás diciendo?

—Que eres libre para intentarlo con Milena, o con quien decidas. Yo me retiro.

—Joder, Lariel... Si es porque he tenido algo con ella...

—Haz el favor de no insultarme. No lo *has* tenido. *Sigues* con ella. —Él tuvo el buen tino de no negarlo. Se pasó la mano por el pelo, dejando ver una mínima parte de su irritación y nerviosismo.

—La dejaré. Te lo juro.

—No quiero que lo hagas.

—Deja de comportarte como una cría y escúchame...

—Cállate, Kenneth. Este compromiso nunca debió formalizarse. Entre nosotros jamás hubo nada que lo justificara. Tú no me quieres y yo... no te amo.

—Los dos hemos cambiado en este último año. Podríamos construir

nuestra historia a partir de aquí —intentó, angustiado. Ella lo estudió, procurando comprender el porqué de esa desesperación. Era un hombre joven, guapo, y con dinero. Podía conseguir a la mujer que quisiese. ¿Qué la hacía a ella tan irresistible? Lo observó mientras él desviaba la mirada hacia su padre, que no se perdía detalle de lo que ocurría entre ambos, por si tenía que ir en su rescate. Y lo supo. Nunca la había querido a ella. Lo que en realidad ansiaba Ken era a Nathaniel Rosdahl, y el imperio que pasaría a sus manos a través de su esposa.

—No, no podríamos —dijo, sin mencionar lo que ahora sabía para no humillarse, y también para no destruir lo que quedaba de su amistad—. Apártate, por favor.

—No hasta que entres en razón. Sé que lo que te ha ocurrido ha sido horrible, pero...

—Creo que ha sido más horrible para ti que para mí. —Se la quedó mirando horrorizado.

—¿Qué?

—Yo lo estoy superando a mi manera, pero tú eres incapaz, ¿verdad?

—No sé de lo que estás hablando.

—De que te doy tanto asco, que no soportas tocarme. —Se quedó blanco. Incluso retrocedió un paso.

—Estás loca.

—¿Piensas que porque soy joven y estoy traumatizada no me doy cuenta de esas cosas? ¿Que no veo la repulsión en tus ojos cuando no te sientes observado? ¿Que no he caído en que no me has puesto un dedo encima ni para ayudarme a bajar de un coche?

—Estás sacando de quicio...

—Dime que me deseas —exigió. El silencio se extendió, largo y espeso entre ellos, en medio de una sala por lo demás ensordecedora.

—Pensar en ese cabrón forzándote casi cada noche me destroza, cari —susurró con la voz rota—. Pero cuando te imagino entregándote gustosa a él,

suplicándole que te poseyera...

—¡Estaba drogada! —se quejó. Aquella vez en que había ido a verla se lo había contado todo, aunque sin entrar en detalles, puesto que aún no era capaz de hablar de ello, sin embargo, sentía que se lo debía, puesto que iban a casarse. Y que en ese momento él lo utilizara en su contra, como si hubiera estado con H'arün por propia voluntad, le rompía el corazón.

—Lo sé. Pero no puedo quitármelo de la cabeza. Durante más de un año nos preguntamos qué había ocurrido. Fueron cientos de hipótesis, pero nunca pensé que... —Se pasó las manos por la cara, intentado borrar las imágenes que tenía grabadas a fuego en las retinas—. Lo superaré —prometió.

—No necesito que superes nada. Da la casualidad de que yo no te deseo a ti. Así que no hay más que hablar.

—Lariel...

—Podemos ser amigos o permitir que esto destruya todo lo que hemos tenido. —Él la observó con el pecho encogido durante interminables minutos. Algo en su mirada le dijo que hablaba en serio, y que nada la haría cambiar de opinión. Asintió, y acercándose pegó los labios a los suyos, consciente del tremendo esfuerzo que supuso para ella no apartarse.

—Aprende a quererte, cari. Que yo no sepa hacerlo no significa que no lo merezcas. —Se separó despacio, y con una sonrisa triste se alejó. Lariel le vio marcharse con una sensación agrisada. Había perdido un prometido, pero había ganado su libertad. E increíblemente esta última se le antojaba valiosísima. Aunque de repente no supiera qué hacer con ella.

Jassmon sintió ese beso hasta el mismísimo centro de su ser. No fue un beso apasionado, pero hablaba de una complicidad que alzó sus celos hasta límites insospechados. El consumado seductor, el que pasaba cada noche de la semana con una mujer diferente, se había plantado en medio de un atestado salón —en una ridícula fiesta a la que, de haber sabido que ella asistiría, no habría ido—, solo para poder atisbar durante uno o dos segundos la espalda

desnuda de la diosa rubia más sexy del planeta.

Aquel vestido carmesí, sencillo y sumamente excitante, dibujaba aquel cuerpo perfecto de manera asombrosa.

Jass sabía con exactitud cuánto costaba, y el nombre del diseñador que lo había creado, porque se lo había visto lucir a la deslumbrante modelo elegida por este en el desfile de la Fashion Week de Milán a finales de febrero. Pero la preciosa morenaza quedaba eclipsada por la fresca belleza de Lariel. Aunque eso no significaba que no hubiera disfrutado habiéndoselo quitado entre besos hambrientos y gemidos desesperados para gozar de la top model durante las siguientes treinta y seis horas, una vez finalizado el prestigioso desfile.

Jass la vio dirigirse hacia su padre, y aceptar con desenvoltura un beso en la mejilla. Deseaba deshacerle el sensual recogido, para permitir que su largo cabello rozara su piel desnuda, pero sobre todo se moría por besar esos labios rojo sangre hasta comerse el carmín que los impregnaba.

Estaba loco, lo sabía. Había sido testigo del momento íntimo entre su futuro marido y ella, y entendía que sobraba.

Él solo había sido el encargado de sacarla de aquel nido de ratas. Había llevado su papel de protector demasiado lejos y se había enamorado perdidamente de ella. Y tocaba pagar las consecuencias, otra pérdida inestimable en su vida para alguien que ya había perdido demasiado.

En cuanto a Lariel... Solo era una muchacha confusa, herida y asustada, que lo había visto como al héroe de una novela romántica, y al final de su historia le había agradecido su ayuda de un modo bonito y suave, como solo una mujer podía hacerlo. Se tragó una arcada al pensarlo.

Había llegado el momento de que ella recuperase su vida, casarse, tener hijos. Empezar de cero. Incluso con aquella bazofia que estaban soltando a los cuatro vientos para ocultar la verdad. Una verdad que no era culpa suya, pero que la perjudicaría mucho más que la mierda que llevaba toda la noche escuchando de boca de todos.

Terminarían perdonándola, claro. Era joven, hermosa, rica, e hija de un

pez muy gordo en el mundo de los negocios. Y para más inri, iba a emparentarse con los Watford. Así que su escapada para vivir la vida loca durante un añito antes de sentar cabeza pronto pasaría al olvido.

Aunque esa noche no. Su regreso estaba demasiado reciente, y si bien la sociedad achacaba su egoísta acto a su extrema juventud e inmadurez, nadie podía olvidar que su madre había muerto durante su ausencia, debilitada por el dolor y la pena. Jass había visto con rabia e impotencia cómo la acosaban sin piedad, incluso protegida bajo el ala del gran Nathaniel Rosdahl, y cómo ella se defendía con tan solo su sonrisa como único escudo.

Deseaba más que nada cogerla de la cintura y aspirar su embriagante aroma mientras besaba su tierno cuello, tan accesible gracias al artístico recogido, y ser su paladín frente a todas esas pirañas, pero para eso estaba su prometido. ¿O no? se preguntaba cada vez que lo buscaba y lo encontraba en cualquier sitio menos a su lado.

Aquel beso, y la ternura que descubrió en los ojos de ambos le habían machacado el corazón igual que un martillo lo haría con una almendra. Sin poder soportarlo más, se dio la vuelta y se marchó sabiendo que ella no había reparado en él en toda la noche, pero sin ser consciente de que su amigo Nat no había dejado de observarlo ni un instante.

Lariel volvió a repetirse que tenía que salir de allí. Llevaba veinte minutos atrincherada en el coche, con la capota puesta para pasar desapercibida, y la cara enterrada en el volante, preguntándose qué demonios hacía a pocos metros de la puerta de la casa de Jassmon.

Era incapaz de marcharse, aunque había arrancado el coche siete veces, pero al mismo tiempo no tenía ni idea de qué decirle si se atreviese a bajar y llamar al timbre.

«¿Para eso has montado todo este circo?», se preguntó furiosa, recordando con cuanto esmero se había vestido, peinado y maquillado para después llamar a la ayudante de Jass, fingiendo ser la asistente de la secretaria de su padre, que necesitaba saber si el señor Seveages estaba en su ático por

indicación de su jefe. Menos mal que la mujer fue servicial, seguramente debido a que sabía que, aparte de tener negocios juntos, ambos hombres eran amigos, y no solo le confió que no estaba allí, sino que se encontraba en su mansión de las afueras, donde pensaba quedarse todo el fin de semana.

Se golpeó la cabeza contra el volante de piel, diciéndose que era una idiota integral por acobardarse en el último momento, con lo que se había esforzado por encontrarlo.

—Idiota no, estúpida. Estúpida, estúpida, estúpida... —Unos golpecitos en el cristal la sobresaltaron tanto que soltó un grito mientras pegaba un brinco hasta casi darse con la dichosa capota. Sus ojos se abrieron con incredulidad cuando se encontró con el objeto de sus desvelos al otro lado del cristal, con la mano apoyada en el techo para poder mirarla. Al ver que no reaccionaba, le hizo un gesto con la mano para que bajara la ventanilla, pero siguió mirándolo embobada, recreándose en esos ojazos verdes con los que tantas veces había soñado durante esas semanas. Jass frunció el ceño y tiró de la manilla, intentando abrir, lo cual no pudo hacer porque tenía el seguro puesto.

—Abre la puerta, Lariel. —A pesar de que su voz sonó amortiguada, detectó su preocupación, y se apresuró a bajar la ventanilla—. ¿Qué ocurre? —preguntó en cuanto lo hizo.

—Nada —susurró, incapaz de poner en palabras lo que sentía.

—¿Y por qué estás aquí? —Su tono había cambiado. Se había vuelto suave como el chocolate derretido, y la joven tragó con esfuerzo. ¿Qué podía decirle? Su casa era la única propiedad en kilómetros a la redonda, así que inventarse que pasaba por allí no colaría.

—Yo... —Se quedó atascada en aquella primera palabra, y se sintió tan angustiada por no parecer desesperada que temió ponerse en evidencia. Jass la observó en silencio, leyendo el miedo, la soledad, y el sufrimiento en las profundidades turquesas que lo tenían cautivado. Recordó la vergonzosa forma en que la habían tratado en la fiesta unas noches atrás, y la manera estoica en que les había hecho frente, y supo que estaba agotada y herida a través de cada palabra que omitía, tan solo con una de sus miradas inocente y

sincera.

—Sígueme. —Lo miró sin comprender y, apartándose un poco, él le permitió ver su coche, un despampanante Lamborghini Veneno en color rojo fuego dejado como si nada en medio de la carretera, con la puerta del conductor abierta, y el motor en marcha.

—Guau. Esa preciosidad debe valer... —Ladeó la cabeza, pensativa—. ¿Dos y medio? —Jass sonrió, al tiempo que volvía a ponerse las gafas de sol y se dirigía hacia el vehículo en cuestión.

—Dos millones novecientos mil, para ser exactos. —El silbido de apreciación lo hizo reír—. Vamos, ven. —No tardaron mucho en llegar a las enormes puertas de entrada, que se abrieron para dar paso a kilómetros de verdes campos hasta la casa que se alzaba frente a ellos. Jass la condujo hasta el garaje, y con un gesto de la mano la invitó a meter el coche dentro. Lo dejó en una de las plazas libres, y cuando se bajó observó las maravillas que él tenía, entre las que vio un Porsche Panamera 4S azul noche, un Ferrari La Ferrari rojo de más de un millón, un Bugatti Veyron negro y naranja que sabía que rondaba los dos millones, y el Mercedes AMG G65 que habían utilizado en Los Padres, además de tres motos en un lateral, una Honda RC213V-S roja y blanca, que era una réplica de la de Márquez y Pedrosa, una Harley Davidson negra con el depósito amarillo, nuevecita a juzgar por la matrícula, y una MTT Streetfighter negra que alcanzaba la friolera de cuatrocientos kilómetros por hora. Y aquello era lo que podía ver sin dar un paso. Se giró hacia él, que la observaba con una sonrisa suave apoyado con descuido en el Bugatti, como si supiera con exactitud lo que estaba sintiendo—. Bonitos, ¿eh?

—Arrebatadores —admitió con un suspiro. El hombre soltó una carcajada, compartiendo su opinión, y alzó la mano.

—Ven. Voy a abrir una botella de vino. —Se agarró a él, y juntos subieron hasta la planta baja, donde se dejó guiar hasta la inmensa y moderna cocina.

—Debería irme —dijo. La miró, y se sintió obligada a explicarse—. Es viernes. Supongo que tendrás planes.

—Nada que no pueda anular con facilidad —descartó con sorprendente sencillez.

—No por mi culpa...

—Siéntate y deja de preocuparte por tonterías. —En lugar de hacerle caso, se dirigió a la puerta doble que daba al jardín de atrás, encantada con la preciosa vista, y pensó que si él tenía una cita para aquella noche, realmente lo lamentaba, porque se sentía bien allí, y a no ser que le dijera con claridad que tenía pensado salir, iba a aceptar su invitación y a disfrutar un rato de su compañía—. Es impresionante ver el atardecer desde aquí, ¿verdad? Esto no puedo hacerlo en el ático. Oh, allí el espectáculo también es digno de admiración, pero no es lo mismo que disfrutar de esta paz, del olor a naturaleza, de la sensación de sentirte conectado a algo. O poder compartirlo contigo. —Lariel alzó la cabeza mientras miraba hacia atrás, perdida en aquel verde salvaje que la tenía hipnotizada desde que lo conociera. Durante unos preciosos segundos en que ninguno habló ni se movió, se miraron a los ojos aguantando la respiración, sin saber qué más hacer para no lanzarse el uno a por el otro. Entonces, Jassmon le besó la punta de la nariz, y le ofreció la copa, para retirarse en cuanto la cogió—. Pruébalo, es una cosecha excelente. —Ella la miró dudosa, el vino blanco no le hacía especial gracia, no obstante, se dejó llevar por su consejo.

—Humm, está rico. —A pesar de que estaba atareado buscando algo en un armario, apreció la sonrisa masculina.

—Mujer de poca fe. ¿Qué te apetece cenar?

—¿Qué? Yo no... —Se giró hacia ella con los brazos cruzados, al parecer muy concentrado en su respuesta—. No he venido con la intención de autoinvitarme a cenar.

—Y no lo has hecho. Pero estás aquí, así que no sé por qué no podemos hacerlo juntos, como muchas otras veces. Además, seguro que con el estómago lleno es mucho más fácil sacarte lo que te preocupa. —La sonrisa fácil había desaparecido, y en su lugar había una mirada penetrante que pretendía llegar hasta su alma.

—Ya te he dicho...

—Sé lo que has dicho. Lo que espero descubrir es la verdad que me estás ocultando. —Y tras eso se dio la vuelta y abrió el enorme frigorífico americano—. ¿Ensalada, chuletón, salteado de setas, y patatas al vapor?

—No tengo mucha hambre. —Él le echó un vistazo por encima del hombro, desde la camiseta de algodón que se ajustaba a sus generosos pechos y su vientre plano, pasando por la vaporosa y corta falda que dejaba sus firmes y preciosos muslos a la vista, hasta las bien torneadas pantorrillas, terminando en las delicadas sandalias de piel y cristales de Swarovski que mostraban esos deliciosos pies con las uñas pintadas de un rosa suave. Por un instante, el hombre se quedó sin respiración imaginando que se metía esos pequeños dedos en la boca y los lamía uno a uno.

—Sí, ya me he dado cuenta de eso. Cada día estás más delgada. —Sacó todos los ingredientes que necesitaba para preparar el menú que había mencionado y de espaldas a ella se recolocó los pantalones antes de ponerse a trocear las setas.

—Oh, qué cumplido tan bonito. Ahora entiendo por qué todas las chicas hacen cola en tu puerta... —Jass sonrió de espaldas a ella, como siempre, encantado con su peculiar sentido del humor.

—¿Quieres echar un vistazo a la casa, o prefieres que te la enseñe después?

—¿No te importa que curioseee un poco? Aún falta bastante para que termines, y reconozco que me muero por comprobar si el resto es igual de impresionante que lo que ya he visto.

—Adelante, curioseaa todo lo que quieras. Te avisaré cuando la cena esté lista si te entusiasmas demasiado. —La joven comenzó a salir, llevándose la copa de vino—. Larry.

—¿Sí?

—El cajón con mi ropa interior sexy es el segundo de la derecha, en el chifonier. Para que no tengas que volverte loca buscándola. Y si quieres quedarte un recuerdo, en plan fetichista, tengo unos bóxers negros con

pequeños labios rojos... —La risa cristalina de la joven lo acompañó mientras picaba el perejil y los ajos, sintiéndose más relajado. De momento había conseguido borrar las sombras que ensombrecían aquellos bonitos ojos.

Lariel recorrió la mansión con el asombro pintado en el rostro. Estaba más que acostumbrada al lujo y el esplendor. Rosser era una buena muestra de lo que el dinero y el buen gusto podían construir, pero aquella residencia era tan imponente que se habría quedado sin palabras de elogio de haberla acompañado el propietario.

Se alegraba de estar explorándola sola, de poder empaparse de toda aquella magnificencia a pequeños tragos, parándose aquí y allá para embeberse de la hermosura de cada estancia.

Era una casa moderna, aunque también cálida y acogedora, y cómo había conseguido esa curiosa mezcolanza el hombre que se afanaba en la cocina era uno de los muchos misterios que él representaba.

Estuvo un buen rato parada en la puerta del dormitorio principal, mirando con fijeza la gigantesca cama que se alzaba en el centro de la habitación, sintiendo un curioso hormigueo en el vientre mientras lo imaginaba tumbado en ella, con las caderas cubiertas por la preciosa colcha en tonos verdes. Notó cómo le ardía la cara ante la nítida imagen y, antes de darse la vuelta para salir corriendo de allí, se añadió a sí misma al cuadro mental, ante el cual soltó un suspiro de completo anhelo cuando los brazos masculinos la estrecharon con fuerza en medio de la erótica fantasía.

Cuando terminó la visita salió al cuidado y colorido jardín por la puerta del salón, y se sentó en una de las tumbonas de madera que miraban a la maravillosa piscina, pensando en cuánto le gustaría desvestirse y probar si el agua estaba tan estupenda como parecía.

—Podrías darte un baño más tarde. —Giró la cabeza, apoyada en el alto respaldo, y lo observó, reclinado contra el quicio de la puerta con su copa en la mano.

—No he traído bañador. —La diabólica sonrisa masculina le aceleró el corazón, y le hizo contener el aliento mientras sus ojos le daban un repaso

lento y minucioso desde la cabeza hasta la punta de los pies. Cuando volvió a mirarla, había puro fuego en ellos.

—Puedes usar cualquiera de los que hay en la caseta. Estoy seguro de que encontrarás alguno de tu talla. —La rabia se apoderó de ella, imaginando a quién pertenecerían esas prendas, pero se obligó a permanecer impasible, como si esa respuesta la dejara fría. Él entrecerró los ojos y se enderezó—. La cena está lista. —Se levantó, y con paso lento y seguro se acercó. Cuando iba a sobrepasarlo para entrar, la cogió de la mano y la detuvo—. ¿Entonces quieres que vaya a buscarte un bikini? —Lariel dejó resbalar sus dedos entre los suyos, mientras se soltaba con suavidad. Le dedicó una sonrisa tan deslumbrante que el hombre parpadeó, confuso.

—Antes me bañaría desnuda. —No lo esperó, se fue a la cocina antes de estamparle la copa en la cabeza, por lo que se perdió la sonrisa encantada de Jass tras ella, que miraba el vaivén de sus caderas totalmente hipnotizado.

Lariel masticaba el chuletón como si fuera una tira de cuero, cuando en realidad se deshacía en la boca, sabroso y en su punto, dándole vueltas a la engorrosa historia de los dichosos bañadores. O más bien de sus misteriosas propietarias.

—¿La carne está muy hecha? —Aunque el tono fue engañosamente neutro buscó sus ojos para cerciorarse, pero solo pudo encontrar esa candidez tan sospechosa que le hizo encajar las mandíbulas.

—Tú sí que estás hecho un... —murmuró la joven entre dientes. Cogió aire, reconociendo unos celos como la copa de un pino a los que no estaba acostumbrada. Se bebió en dos tragos largos lo que le quedaba de vino, con la esperanza de que el suave líquido se llevara ese sentimiento nuevo y para nada bienvenido, y dejara a la Lariel equilibrada y desapasionada de siempre.

—¿Cómo se están portando las pirañas? ¿Se conforman con un atisbo de sangre, o quieren la pieza entera? —El súbito cambio de tema la descolocó, y durante unos segundos lo miró pasmada, sin saber a qué se refería. Después sonrió apenas, apreciando la metáfora. Hizo un gesto con la mano, descartando el asunto.

—Se abalanzarán a la menor señal de debilidad, pero sobrevivo sin mayor dificultad. —Jass dio un sorbo a su vino y la miró con intensidad por encima del borde de la copa.

—¿Has hablado con Josh? —preguntó, aún sabiendo la respuesta.

—Un par de veces por teléfono, desde que nos despedimos por última vez —admitió mientras seguía comiendo, concentrada en su plato, a pesar de sentir sus ojos fijos en ella.

—Larry, no me mientas. —Lariel dejó de fingir que disfrutaba con la copiosa cena, y que aquella conversación era intrascendental. Un par de minutos después levantó la mirada y lo enfrentó.

—¿Por qué lo preguntas, si ya lo sabes? —susurró.

—Porque quiero que me lo cuentes tú.

—¿Y qué quieres que te diga? ¿Que la presión es enorme? ¿Que ya no me siento a gusto entre mis amigos de toda la vida? ¿Que todo el mundo me mira diferente, me juzga, y me condena? ¿Que si supiesen los verdaderos motivos de mi desaparición, lo que estoy padeciendo ahora mismo sería un chiste en comparación con lo que me esperaría entonces? ¿Que siento la tentación de hacer realidad la mentira y escapar de mi vida perfecta para no regresar jamás? ¿Que es lo único en lo puedo pensar últimamente, en desaparecer, buscar un lugar donde nadie haya oído hablar nunca de mí, y empezar de cero? ¿Que incluso hay veces en que quisiera alejarme hasta de mi propio padre para no volver a ver en sus ojos el dolor y la culpa que lo embargan cuando me mira?

—Pequeña. —Las lágrimas caían sin control por sus mejillas, libres por fin del férreo control al que ella las sometía. El corazón del hombre se encogió de pena al ver de nuevo todo el sufrimiento que albergaba esa muchacha dentro de sí, y que en tan contadas ocasiones dejaba entrever.

—Josh lo comprendió a los cinco minutos de empezar a hablar, y dos días más tarde se presentó en casa. Ya sabes... Tres horas en coche, una en avión. —Ambos sonrieron ante la broma, pues se trataba de un buen recuerdo, pero un instante después la joven se levantó y se acercó a la impresionante

cristalera que abarcaba todo un lateral del salón, el cual ofrecía unas vistas espectaculares de los jardines, con la piscina de fondo. De repente sintió sus brazos rodeándola desde atrás, y su fuerte y musculoso cuerpo pegado al suyo, tan caliente y seductor a pesar de que únicamente ofrecía apoyo y consuelo. Ella aspiró hondo para oler su perfume, que le encantaba, y apoyó la cabeza en su hombro, cerrando los ojos.

—¿Te ayudó? —le susurro al oído, en un tono íntimo y ronco que le llegó a sitios dormidos hasta hacía muy poco.

—Sois unos cabrones. ¿Te lo he mencionado?

—¿Y eso? —preguntó sin inmutarse.

—Metisteis a un maldito psiquiatra entre los miembros del equipo. — Abrió los ojos y aquel azul turquesa lo golpeó con más fuerza que un mazo en las costillas—. Fue idea tuya, ¿verdad?

—No sabíamos en qué condiciones íbamos a encontrarte. Y si esperas que me disculpe, te recomiendo paciencia.

—Oh, no te preocupes, nunca se me ocurriría pensar que seas capaz de tanta humildad. —Jass la miró con ojos chispeantes, lo que la obligó a sonreír.

—¿Y entonces? —La joven suspiró, detestando esa vena tozuda que le impedía detenerse cuando se le metía algo entre ceja y ceja.

—Hablamos. O más bien yo hablé. Va a tratarme una vez cada dos semanas, si su trabajo en la base se lo permite. —Él frunció el ceño.

—¿No sería mejor algo más estable? ¿O cada menos tiempo? —Ella comenzó a separarse.

—¿Y lo decides tú en función de...? —Jass la apretó contra él, sin permitirle alejarse.

—Lo siento, estaba siendo sobreprotector. Y muy gilipollas —añadió al sentir que seguía intentando soltarse. Aquel autoataque pareció aplacarla, porque se quedó quieta, y un minuto después su cabeza volvía a descansar en su hombro.

—No es tan sencillo contarle a otro ser humano toda la inmundicia que rodea tu vida, Jass. Aunque todo el mundo te repita hasta la extenuación que nada de lo que te pasó fue culpa tuya, la vergüenza por lo que te viste obligada a hacer, el asco hacia ti misma, la humillación por los continuos abusos, la sensación de ser simple basura... Uno hace cualquier cosa por evitar recordar, por fingir que no ocurrió... Incluso mentir, si es necesario... —Se le quebró la voz, como siempre que ahondaba en los recuerdos.

Buscó la mirada esmeralda, en la que leyó sin dificultad el dolor desnudo por su sufrimiento, la impotencia y la rabia ciega, consciente de que si le fuera posible, mataría a H'arün cien veces por lo que le había hecho. No encontró sin embargo ni un ápice de lástima o de reproche. Aquellas eran algunas de las razones por las que le encantaba estar con él. No tenía que enfrentarse a su compasión, como en el caso de su padre, y tampoco la juzgaba por haber sido la víctima de un psicópata, como le ocurría a Ken.

Sin darse cuenta se alzó lo suficiente como para rozar sus labios, y cuando los probó no fue capaz de detenerse. Sacó la lengua y los lamió, y se solazó en el gemido bajo de aquel hombre que sabía a pecado.

De inmediato las manos masculinas se hicieron cargo de la situación, dándole la vuelta y amoldándola a su cuerpo duro y fuerte mientras le devoraba la boca con frenesí, como si hubiera ansiado ese momento tanto o más que ella. Las lujuriosas fantasías que había tenido con él, despierta casi siempre, no se acercaban a la maravillosa realidad que abrazaba como si le fuera la vida en ello. Detestó que las escasas tres semanas que habían pasado desde que estuvieran juntos, compartiendo una intimidad que nunca le había dado a nadie, hubieran desdibujado aquel placentero momento. Y se juró que en esa ocasión prestaría atención a todo cuanto aquel pedazo de hombre le hiciera para no olvidar ni un solo segundo de los que viviera a su lado. Él interrumpió el beso y la miró, jadeando.

—Esto no es buena idea. —Lariel frunció el ceño, acalorada y notando perfectamente la erección que se apretaba contra ella.

—¿Ah, no? —Jass la soltó. Sin riesgo a equivocarse, lo más duro que había hecho en muchísimo tiempo. Quería tenerla. Se moría por tenerla, no obstante, no podía olvidar ni por un segundo que en alguna parte, seguramente incluso en la puñetera cama de ella, estaba el maldito prometido, buscando en Google algún lugar paradisiaco para la luna de miel. Y aunque él era un auténtico cabronazo en cuestión de mujeres, nunca se metía en medio de una relación consolidada. Se pasó la mano por el pelo, frustrado a más no poder, mirándola de reojo, con aquella faldita tan mona que apenas tapaba lo esencial, y la sencilla camiseta que dibujaba una silueta que él ya sabía perfecta. Suspiró para no ponerse a gritar de frustración—. ¿Quieres que me vaya? —Se perdió en sus estanques turquesa, nublados de pasión y sensualidad. Una pasión que había despertado él y cuya mera existencia representaba un milagro de por sí, algo que solo unos pocos conocían. Quiso saber si el jodido Watford lo sabía por propia experiencia, pero no se atrevió a preguntarlo. «Lo que de verdad te acobarda es la respuesta, chico».

—No —fue cuanto contestó, ya que de lo único de lo que estaba seguro era de que por nada del mundo quería que volviera a casa con su futuro marido. Ella sonrió, y con un movimiento de caderas que habría hecho palidecer a Ava Gardner en sus mejores tiempos, se acercó despacio a él, que ya estaba cardiaco aún antes de que llegase a su lado.

—Entonces, convénceme de que me quede. —Por supuesto, se rindió.

No había mucho que pensar, de todos modos. La mujer de sus sueños estaba a dos centímetros de su boca, y le suplicaba que le hiciera el amor, así que la rodeó con fiereza y volvió a reclamar sus labios, perdiéndose en su increíble sabor. Su lengua recorrió aquellos sedosos confines mientras sus manos deambulaban lentamente, alcanzando sus pechos llenos, con los pezones erectos y necesitados, y bajando por su estómago plano, su cadera y su muslo, hasta subir de nuevo por debajo de la falda, donde encontró el diminuto tanga encharcado, detalle que delataba que estaba húmeda y preparada para él. Aquello lo puso duro como un garrote, y lo instó a cogerla por las nalgas e izarla contra él. Con rapidez, las piernas femeninas se

engancharon a sus caderas, y acoplaron esas partes de sus cuerpos tan necesitadas de atención que ambos dejaron escapar un gemido de satisfacción.

Con paso seguro, como si no pesara más que una pluma, los llevó a ambos hasta la mesa donde habían comido, y de un manotazo retiró el mantel. Le dedicó una sonrisa perversa antes de levantarle la parte de atrás de la falda y apoyarla sobre el frío cristal, la cual amplió cuando escuchó el jadeo ahogado de ella a causa de la impresión. Se apartó lo suficiente como para poder alzarle el resto de la falda y se quedó mirando con intensidad la pequeña pieza rojo intenso de sensuales volantes y aquellos diminutos lazos en los laterales con los que había fantaseado durante más de mes y medio, o más bien había fantaseado con la idea de deshacerlos. Alzó la cabeza y buscó sus ojos.

—Me lo regaló un tipo con mucha clase. ¿Te gusta? —preguntó con timidez, y las mejillas más encarnadas que la prenda en cuestión. Se inclinó para besarla.

—Me encanta —admitió, lo que los hizo sonreír a los dos. Cuando se incorporaba, tiró del bajo de su camiseta hacia arriba y se la sacó por la cabeza. Se quedó sin respiración por la seductora imagen que ella ofrecía. El sujetador, de copa baja, y del mismo color que el resto del conjunto, también estaba lleno de volantes y lazos, y daba la impresión de que la joven era un regalo para que él lo abriese y lo disfrutase a placer. Algo que pensaba hacer en breves instantes.

—Hace demasiado calor para llevar medias, así que he prescindido del liguero.

—Una pena, pero lo entiendo. —Le besó el ombligo a la vez que metía las manos por debajo de su espalda para desabrocharle el cierre. Cuando lo hizo, retiró la prenda, y se solazó en las dos esferas perfectas que parecían pedir que las besara—. Voy a darte placer, linda. Mucho, mucho placer. Y cuando grites pidiendo misericordia, seguiré obligándote a correrte. —Lariel sintió cómo su sexo se contraía, expectante, y se relamió los labios.

—Ahora, Jass. Olvídate de los preliminares, no los necesito. —Intentó sentarse para alcanzar su cinturón, pero la mano masculina que se apoyó contra su vientre se lo impidió.

—Pero puede que yo sí los necesite, cariño. Además, tengo que coger un preservativo. La última vez ni llevaba encima ni estaba para pensar en eso... —La sombra de inquietud que cruzó sus ojos le dijo con claridad a la joven lo que estaba pensando.

—Tuve la regla hace una semana, así que no debes preocuparte por un posible embarazo. Además, he empezado a tomar la píldora. Me hice análisis de todo tipo nada más regresar, y gracias a Dios estoy sana, y por tus palabras imagino que no tienes por costumbre acostarte con mujeres sin protección.

—No. Admito que en nuestra primera vez me comporté con mucha irresponsabilidad, pero te aseguro que valoro a las mujeres y a mí mismo mucho más que eso. —Ella alzó la cabeza, y él se inclinó para atender a su petición silenciosa. Cuando el beso acabó ambos se miraron con intensidad, respirando con fuerza.

—Estás tardando en darme lo que quiero, *playboy*. —Jass se quitó la camiseta blanca por la cabeza, con lo que reveló su torso esculpido en mármol, que secó la boca de la joven en segundos, y con una lentitud exasperante se desabrochó los botones del vaquero, para después bajárselos y dejarlos caer al suelo. Lariel parpadeó cuando se dio cuenta de que no llevaba calzoncillos.

—Como has dicho, hace calor. —Su mirada se quedó enganchada en su miembro, largo y grueso, tan rígido que uno pensaría que lo partiría si intentaba enderezarlo—. ¿Vuelves a tenerme miedo? —Buscó sus ojos, y si sus palabras no se lo hubieran indicado ya, estos le hablaron de preocupación y recelo. Pero ella no quería comedimiento. Deseaba pasión en estado puro.

—En absoluto. Más bien pensaba en cuanto placer puede proporcionarme. —Ante sus ojos, esa parte de su cuerpo se hizo aún más grande, enardecida por sus palabras.

—Voy a demostrártelo ahora mismo, linda —Y sin perder tiempo tiró de

los finos lazos de seda de su tanga, lo que dejó al descubierto su precioso pubis rubio. Ni siquiera se molestó en retirar la prenda, que quedó atrapada bajo su trasero, sino que acercó la ancha cabeza de su pene a su húmeda entrada y besó con suavidad sus labios—. ¿Seguro que no necesitas prolegómenos? —La joven se abrazó a sus caderas con las piernas, en un delicioso movimiento que consiguió que se introdujera unos preciados centímetros y que arrancó de sus gargantas sendos gemidos de placer.

—Penétrame de una maldita vez. Te deseo muchísimo. —Aquella declaración fue como miel caliente derretida sobre la espalda del hombre, que de una certera embestida se empaló por completo en ella. El siseo femenino lo obligó a detenerse, con los dientes apretados.

—¿Te he hecho daño?

—Me lo harás si no te mueves con energía. —No se hizo de rogar. Aunque la primera vez que estuvieron juntos había sido dulce y tierno con ella, en ese momento necesitaba sexo del bueno. De ese que hacía sudar, jadear, y caer desfallecido al acabar, totalmente satisfecho. Escuchó los ruidos de sus cuerpos al chocar, el chapoteo continuo debido a lo lubricada que estaba ella, y los gritos de ambos al gozar como locos. La agarró por las nalgas, necesitando acercarla más a él y profundizar la penetración, y se agachó para llegar a sus pechos, los cuales mordió y lamió, así como succió sus tensos y pequeños pezones, mientras seguía empalándola sin descanso.

—Nena, esto es bueno... muy bueno...

—Sí... —logró balbucear ella.

—Córrete, linda. Dame tu placer —exigió cuando sintió que se quedaba rígida entre sus brazos. Pero ella se resistía, como si quisiera alargar el momento. «Oh no, de eso nada, hoy vas a disfrutar de lo lindo, guapa. Yo me encargo». Giró las caderas en un movimiento sorprendente y la sintió temblar. Lo volvió a repetir, y otra vez, hasta que el profundo grito que salió de su garganta le indicó que había ganado. Los músculos vaginales se cerraron con una fuerza asombrosa sobre su verga y cerró los ojos, concentrado en disfrutar hasta que ella se quedó laxa y agotada. Entonces se

detuvo, y esperó a que sus preciosos ojos, vidriosos y somnolientos, se fijaran en él. Su sonrisa presumida arrancó otra socarrona por parte de ella, pero no habló. Jass salió de su cálido y muy mojado interior, complacido con su ronroneo de protesta, y con cuidado le dio la vuelta sobre la mesa, apoyó su torso sobre el cristal y permitió que sus pies tocaran el suelo. Con la rodilla le abrió las piernas, y durante unos minutos la acarició entre ellas, satisfecho ante sus suspiros entrecortados. Cuando la tuvo como quería, excitada y dispuesta de nuevo, se arrodilló en el suelo, y abriéndole el sexo pasó la lengua con ligereza entre los pliegues. Sonrió con suficiencia cuando notó su brinco, y esperó con impaciencia su reacción a los largos dedos que insertó en su lubricado canal. Lariel gimió y se retorció, ansiosa. La sedujo durante un rato con su boca y su lengua, lavando los restos de su placer, endureciendo su clítoris, y con paciencia y maestría la llevó una vez más a la cumbre y la obligó a quedarse suspendida en ella—. ¿Quieres volver a correrte, Larry? —preguntó con voz ronca.

—Sí...

—¿Seguro?

—Por favor... —Jass sacó los dientes, y mientras metía profundamente los dedos en ella, le mordió con suavidad aquel pequeño y sensible capullo, encantado al escuchar el grito que anunciaba su liberación. Le dio un par de lametazos antes de ponerse de pie y, sin darle tiempo a que pensara en incorporarse, la penetró de una lenta estocada. Lariel suspiró, y fue un suspiro tan cargado de aceptación y gozo que casi se vertió allí mismo.

—Creo que es mi turno, cariño —le susurró en el oído, mordisqueándole el cuello, encantado con los escalofríos que ese gesto le estaba provocando.

—Por supuesto, coge lo que necesites —ofreció con voz agotada. Jass soltó una carcajada, y comenzó a mover las caderas con frenesí, mientras causaba estragos en la respiración de ambos. No podía apartar la mirada de la zona donde sus cuerpos estaban unidos, hipnotizado por la imagen de su miembro, que entraba y salía con rapidez de su dilatada vagina.

—Me encanta zambullirme en ti y bombear con fuerza —graznó mientras

hacía precisamente eso, aumentado la velocidad y la potencia de las embestidas hasta que casi la incrustó en el empañado cristal de la mesa—. Me encanta el sexo contigo, linda —gruñó cuando sintió la conocida tensión en la parte baja de la espalda, anunciando un clímax demoledor—. Me encantas tú —admitió cuando el potente orgasmo lo atravesó como un rayo y la sensación de que lo partían en dos de placer explosionaba en su interior, a la vez que Lariel aullaba debajo suyo, presa de su propia culminación. Tardaron varios minutos en reponerse, y solo entonces Jass fue capaz de salir de su interior y levantarla de la mesa. Con ella en brazos se sentó en el sofá, demasiado agotado para llegar hasta la cómoda cama de la primera planta—. ¿Estás bien, cielo? —preguntó, retirándole el pelo de la cara para poder valorarlo por sí mismo.

—Después de tres orgasmos, ¿crees necesario preguntármelo? —Jass sonrió, bastante ufano.

—Te lo advertí, pequeña.

—Sí, pero...

—¿No me creíste? Déjame decirte que esto no es nada en comparación con lo que tenía en mente. Ha sido todo demasiado rapidito y exaltado. Concédeme un ratito más y verás... —prometió con un alzamiento de cejas muy picantón. Lariel se rio, contenta.

—Menos lobos, Caperucita. —Él la tumbó con un movimiento rápido y se colocó sobre ella.

—¿Estás menoscabando mi hombría, por casualidad?

—Tú estás exagerando tu hombría —contradijo, incapaz de creer que pudiera proporcionarle más placer que el que le había dado momentos antes. El hombre meneó la cabeza, divertido.

—Sigo diciendo que me encantas. —La sonrisa femenina se evaporó.

—Jassmon... Yo no puedo interesarte en serio —dijo, consciente de que llevaba encima demasiados traumas y destrozos como para que alguien como él considerara mantener una relación duradera con ella. Pero Jass malinterpretó su comentario. En cuanto las palabras salieron de su boca, supo

que le hablaba de Watford, y las sintió como un rechazo total y absoluto. Entonces, ¿qué hacía allí?

—¿A qué has venido, Lariel?

—¿Qué? —Él se quitó de encima y se puso de pie, sin importarle tener que encararla desnudo.

—¿Tantas ganas tenías de echar un polvo? —Se enfrentó a la perpleja mirada turquesa sin parpadear—. ¿Es eso? ¿Estabas caliente y te apeteció repetir? ¿O es que el bueno de tu prometido no se encontraba disponible? ¿Me elegiste a mí porque no podías tenerlo a él, o querías disponer de más material para hacer comparaciones entre los dos? —añadió furioso. La joven se había levantado mientras él soltaba burrada tras burrada, y en ese momento permanecía frente a él, tan solo con la vaporosa faldita y sin nada que la cubriera arriba, esperando a que terminara. Cuando lo hizo, alzó la mano y lo abofeteó con todas sus fuerzas. El golpe restalló en el silencio de la habitación mientras se miraban con los ojos echando chispas.

—Yo no te pregunto con quién te acuestas, ¿verdad? —No lo sacó de su error. Estaba demasiado enfadada y dolida como para hacerlo—. Por lo tanto, Casanova, en mi vida sexual tú no tienes nada que decir. —En un segundo estaba encerrada entre sus brazos, y su boca cubría la suya en un beso agresivo y lleno de posesión.

—Te equivocas, linda. Eres mía. Tu cuerpo, tus gemidos, todos tus orgasmos. Tu mente, tu futuro, tus hijos. Mía, Lariel. —El más puro terror se apoderó de los rasgos de la muchacha, pero cuando lo vio y comprendió lo que había hecho, ya era demasiado tarde. La mujer se retorció como una posesa para escapar y, para no hacerle daño, la soltó—. Cariño, yo no...

—No soy de nadie. ¿Me oyes? ¡Nunca más seré de nadie! —le escupió con pasión.

—Me he expresado mal. Quería decir...

—¡Los dos sabemos lo que querías decir! ¡Y no ocurrirá! —Buscó su ropa, y ante la incredulidad de Jass se puso la camiseta, agarró el sujetador, las sandalias y el bolso, y se encaminó hecha una furia en dirección al garaje.

Maldijo, y mientras la seguía consiguió coger al vuelo los pantalones y ponérselos a la pata coja, llamándola a gritos para que volviera.

Creyó que no conseguiría darle alcance cuando la vio parada, completamente rígida, frente a su mayordomo. Ambos se miraban igual de sorprendidos, y parecía que ninguno estuviera dispuesto a decir una palabra. Como si intuyera su presencia, la joven se giró hacia él, su expresión una máscara de espanto y bochorno a partes iguales.

—Ludor, me gustaría hablar con la señorita Rosdahl un momento. —La mueca que Lariel hizo al mencionar su apellido le resultó graciosa, aunque no la entendió. Pero, claro, casi nunca entendía a esa mujer.

—Por supuesto, señor. —Aceptó este antes de desaparecer tan silenciosamente como había llegado, tras hacer una inclinación de cabeza a modo de despedida.

—Larry...

—¿Todo el tiempo que nosotros...? —Inspiró con fuerza, como si necesitara de ayuda extra para tranquilizarse—. ¿Él ha estado merodeando a nuestro alrededor? —De repente sus ojos se abrieron, consternados—. ¿Hay más gente en la casa? —susurró en un hilo de voz. Y entonces lo entendió. Se apresuró a negar con la cabeza.

—Voy a quedarme todo el fin de semana, pero me apetecía estar solo al menos esta noche, así que les di el día libre. Se suponía que la mansión estaría vacía, pero Ludor se resiste a creer que puedo cuidarme por mí mismo, razón por la que supongo que ha contravenido mis deseos y se ha quedado. Sin embargo, estoy seguro de que se ha mantenido en sus habitaciones todo el tiempo, con la esperanza de que no me topara con él, y te garantizo que están lo bastante lejos de esta zona como para no percatarse de lo que hemos estado haciendo.

—Oh sí, lumbreras, y con seguridad el llamativo sujetador que llevo en la mano, al que no le faltan más que unas campanillas tintineando, no le ha dado una idea muy clara de a qué hemos dedicado parte de la noche. ¿Crees que se tragará lo del calor?

—Por supuesto, señorita. Estoy absolutamente convencido de que esa es la razón por la que también ha prescindido de esto —afirmó el hombre mayor, llegando hasta ellos y extendiendo la mano, mostrando su tanga rojo fuego. Tosiendo furiosamente Jass se lo quitó y se lo guardó en el bolsillo trasero, para después pasarse la mano por los ojos, como si el ataque de tos fuera el responsable de que se le hubieran saltado las lágrimas. Lariel miraba al empleado con mudo horror, tan roja que el joven pensó que si alguien era capaz de morir de vergüenza, sin duda ella era una excelente candidata. Esa linda cabecita se giró hacia él cual niña del exorcista, con una cara de mala leche impresionante, y sin decir palabra giró sobre sus talones descalzos y se marchó con una dignidad propia de la reina de Inglaterra.

Sin bragas, pero muy digna.

Los dos hombres la observaron irse en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos, hasta que la puerta se cerró con un estruendoso portazo.

Adiós a la dignidad.

Jass estudió a su mayordomo, que a su vez seguía con la mirada fija en el sitio por el que la enfadada mujer se había largado.

—No puedo creer que hayas hecho eso —lo acusó sin ningún énfasis. El otro lo miró de soslayo.

—Verá, muchacho, la dama parecía bastante furiosa con usted, así que pensé que era una buena idea desviar su atención. —Aquella respuesta lo hizo abrir la boca, estupefacto.

—¿Estás diciendo que montaste todo ese numerito para que canalizase su enfado sobre ti y no sobre mí?

—En efecto.

—Joder Ludor, lo que has hecho ha sido...

—¿Maleducado, irrespetuoso, grosero, poco caballeroso?

—Todo eso, sí.

—Pero funcionó, ¿verdad? —Jass seguía con el ceño fruncido.

Personalmente, le había parecido una broma sin importancia, pero conociendo a las mujeres como las conocía, tenía muy claro que Lariel tardaría bastante en olvidar ese incidente, y algo más en perdonar a su mayordomo. Escuchó el pesado suspiro del otro hombre y lo miró—. Soy consciente de que me he comportado como un completo imbécil, pero mejor yo que usted. No sé qué le habrá hecho a esa jovencita, y casi prefiero no enterarme, sin embargo, déjeme decirle que por la cara que llevaba tendrá que arrastrarse durante varios estados para tener una oportunidad de ser absuelto. Entretanto, espero que todo ese despliegue de ropa interior sexy significara que ha sido una noche gloriosa, porque preveo un castigo de órdago, y la consiguiente abstinencia forzosa. Señor —comentó con irreverencia mientras se alejaba con paso vivo.

—¿Y por qué tienes la impresión de que cerrado ese grifo no beberé de ningún otro? Al fin y al cabo, hay infinidad de depósitos. —La suave risa del criado, más amigo que empleado, lo puso de malhumor. Con un resoplido se sacó la diáfana tela del bolsillo y, aun sabiendo que estaba haciendo el tonto, se la llevó a la nariz e inspiró hondo, mientras se llenaba los pulmones del dulce aroma de su mujer.

CAPÍTULO 19

Los fuertes golpes en la puerta rompieron su concentración y, deteniendo el rápido movimiento de sus dedos por el teclado, levantó la cabeza de la enorme pantalla plana y la fijó con cierto enfado en la madera oscura frente a él.

—¿Sí? —preguntó con cierto retintín, como desafiando al que había llamado a entrar. Por supuesto, Ludor no tuvo ningún reparo en hacerlo, e incluso alzó una ceja al toparse con su mirada rebelde y tormentosa—. Dime que se está cayendo la casa, o mejor aún, que hay un incendio de proporciones épicas y está alcanzando esta ala. Si no, atente a las consecuencias por molestarme, estoy en plena fase creativa.

—Su padre está en el vestíbulo con maletas para varios meses de estancia, y pregunta en qué habitación lo vamos a acomodar. —Jass se levantó como un resorte, lo que mandó su silla varios metros por detrás de él. No la escuchó chocar contra la pared, tan solo las funestas palabras del empleado le martilleaban las sienas mientras lo miraba ojiplático. Cuando lo vio sonreír no terminó de registrar el gesto, aún asombrado—. Es broma —admitió con cara de guasa. El joven parpadeó, achicando los ojos. Después de contar hasta cincuenta y siete muy, muy despacio, se atrevió a hablar.

—Muy gracioso. ¿Cuándo terminaba tu contrato?

—Cuando yo quiera. Pero no es necesario que le recuerde que soy indefinido, aunque eso no signifique mucho. —Los dos se mantuvieron la mirada un instante, con sendas sonrisas tironeando de sus labios. Al fin acercó de nuevo la silla, consciente siempre de quién necesitaba más que ese sinvergüenza continuara en su puesto. Y no era Ludor.

—Y si no es por la inesperada visita de mi queridísimo papá, ¿qué narices haces molestándome cuando estoy trabajando?

—Oh, sí, esta simpática charla nuestra casi hace que lo olvide. El señor

Rosdahl ha venido a verlo. —Los ojos verdes se alzaron con rapidez.

—¿Nat? —El otro asintió— Hazle pasar de inmediato.

—¿No sería mejor que le recibiera en su estudio? —preguntó mirando a su alrededor, sin duda fijándose en la cantidad de *ideas* en distintas fases de creación, y en el caos ordenado que reinaba en la inmensa sala. Eso sin hablar de que jamás permitía que nadie aparte de él se adentrara en su santuario.

—Nathaniel es de confianza. No se molestará por traerlo a mi guarida.

—Como quiera. —Comenzó a salir, pero cuando tenía el picaporte en la mano se giró—. Señor.

—¿Humm? —musitó, concentrado de nuevo en los números y símbolos en los que estaba trabajando desde hacía días.

—¿Qué habría hecho si el señor Seveages se hubiera presentado de verdad?

—Echarle a la puta calle. Puedo hacer el esfuerzo de aguantarlo durante unas horas, pero hasta ahí llega toda mi tolerancia —contestó con voz monocorde, sin levantar la mirada de la pantalla.

Cinco minutos después volvieron a sonar los molestos golpes, avisándole de que su tiempo para encerrarse en sí mismo con sus ideas e inventos había terminado. Con un suspiro menos intenso de lo que le hubiera gustado, se levantó, fabricando una sonrisa en su rostro cuya calidez era del todo sincera.

—Jassmon, por favor, discúlpame por molestarte un sábado por la tarde —lo saludó el padre de Lariel a la vez que le estrechaba la mano.

—Déjate de tonterías. —Le quitó importancia, a la vez que lo invitaba a sentarse, reparando en el caro esmoquin que llevaba con exquisita elegancia—. Además, ¿no se supone que para eso están los amigos? ¿Para presentarse sin avisar en casa de uno para que lo inviten a...? —Echó un vistazo a su reloj y parpadeó ante la hora que era—. ¿Merendar? —preguntó, sintiendo de repente un hambre canina, suponiendo que en alguna parte debía de tener la comida que le había llevado tiempo atrás Ludor, y que no había tocado.

—No has comido, ¿verdad?

—Me temo que no. A veces, cuando aprieto el botón «Modo creativo», el tiempo deja de existir, y mis necesidades como ser humano pasan a un segundo plano. O tercero, o cuarto... —le explicó un tanto avergonzado, aunque contra todo pronóstico no lo estaba mirando como a un bicho raro, como tantas veces le había pasado con su padre, sino con una sonrisa divertida y comprensiva.

—He levantado un imperio, muchacho. Sé lo que quieres decir.

—¿Quieres tomar algo? —ofreció, por cortesía y porque no le gustaba hablar de sí mismo.

—No, gracias, pero aprovecha para picar tú algo. En realidad, he venido a pedirte un favor.

—Lo que necesites —aceptó sin preguntas. Nathaniel lo miró con humildad y un agradecimiento infinito. Aquel joven había hecho por él más que mil hombres juntos, devolviéndole lo único sin lo que no podría vivir, una vez perdida a su querida esposa. Para ello había ido al infierno en un viaje con billete solo de ida, no obstante, contra todo pronóstico había conseguido regresar sano y salvo. Siempre le estaría agradecido por ello, y contaba con su eterna amistad e incondicional apoyo. Algo que parecía recíproco. El problema era que desde su vuelta no parecía él mismo. Estaba huraño, taciturno, molesto, enfadado. En una palabra: infeliz. Y como daba la casualidad de que convivía con otra persona que padecía los mismos síntomas, tenía muy claro qué era lo que le pasaba a ese tonto enamorado.

—He venido a que me acompañes a un evento. —Si el inmediato ceño que siguió a sus palabras no le hubiera dejado claro lo que pensaba de su invitación, la cara de profunda aversión habría terminado de aclarárselo. Aun así, fingió ignorancia, y se lo quedó mirando con la sonrisa más inocente que pudo fingir. Algo que para un tiburón era bastante complicado.

—Eh... Verás, Nat, estoy un poco liado ahora mismo y... de todos modos, los actos sociales no son lo mío. —El otro levantó una ceja en un gesto inquisitivo—. La verdad, los detesto —terminó por admitir.

—Es una pena. Tenía la esperanza de que vinieras conmigo. También a mí

me han avisado en el último momento, y es un compromiso que no puedo ni quiero rechazar. Además, es por una buena causa. Los beneficios irán a una asociación para mujeres que han sufrido abusos de carácter sexual por parte de hombres sin escrúpulos. —Jass sabía que le habían colocado una soga al cuello, que le habían apretado el lazo, y que estaban retirando lentamente la plataforma que mantenía sus pies en el suelo. Si la petición de su amigo de acompañarlo no lo hubiera convencido, la mención de la asociación para mujeres violadas bastaba para que se pusiera el maldito esmoquin y siguiera al hombre sentado frente a él hasta la aburrida y encopetada fiesta con el fin de ayudar a un puñado de pobres desafortunadas que habían pasado por lo mismo que Lariel. Alzó la mano cuando vio que iba a insistir, en su mejor papel de implacable hombre de negocios.

—Está bien, me habías convencido con la carita de pena y la súplica de no dejarte ir solo. —La resplandeciente sonrisa del hombre mayor lo obligó a levantar la parte derecha de la boca, aunque a regañadientes. No tenía ninguna gana de salir de casa—. Como aún nos quedan unas horas hasta que nos vayamos, podemos ultimar los detalles de Tokio.

—Verás, muchacho, en realidad tenemos que salir en cuanto te cambies. —Jass lo miró con extrañeza.

—¿Pero a qué hora es ese acto?

—A las nueve.

—Apenas son las seis...

—Ya, pero tendremos que ir en helicóptero. De hecho, he venido en él. —El joven lo perforó con la mirada.

—¿Dónde has dicho que era?

—Te lo contaré por el camino o llegaremos tarde. Anda, ve a vestirte y no tardes. —Enfrentó con tranquilidad los penetrantes ojos esmeralda, mientras los dedos de la mano izquierda de su anfitrión repiqueteaban sobre la madera de la mesa. Por un momento pensó que se negaría a ir, o al menos que lo sometería al tercer grado antes de aceptar, pero se levantó casi de un salto, en una demostración de la energía contenida que siempre parecía emanar de él.

—¿Por qué no me esperas en el salón mientras me cambio? Es bastante más acogedor... que esto. —Nat reprimió una sonrisa y asintió. «Y tú estarás mucho más tranquilo si no toqueteo tus juguetes, ni merodeo a mis anchas por tu santuario particular». Se levantó con fluidez y lo precedió, ansioso por empezar lo que ya anticipaba como una noche apoteósica.

Dos horas y media más tarde aterrizaron en la azotea de un rascacielos propiedad de Nathaniel y bajaron al aparcamiento del edificio, donde los esperaba una limusina negra, lista para llevarlos al que era su destino final. Jass no tenía ni idea de adónde iban, aparte de que estaban en Chicago, ya que su acompañante se había pasado todo el viaje hablando sin parar del importante negocio que se traían entre manos en ese momento, y como para él también era de vital importancia que este llegara a buen puerto, y que ningún detalle se dejara al azar, se metió de lleno en la conversación. Al fin y al cabo, el sitio donde se celebrara la fiesta era lo de menos.

Pero mientras el coche se detenía, y observaba a la multitud reunida frente al edificio de al lado, empezó a picarle la curiosidad. Cuando el chófer abrió su puerta y se bajó, comprobó sorprendido que estaban en el Chicago Symphony Center, en el 220 de South Michigan Avenue, pero se quedó sin aliento cuando un enorme cartel a todo color con la imagen de Lariel sentada frente a un piano acaparó toda su atención. Después de unos demolidores segundos consiguió apartar la vista para fijarla en Nat, apreciando su sonrisa divertida antes de que echara a andar hacia la entrada principal, saltándose la larga fila de gente que esperaba para acceder a la sala de conciertos, los cuales no dudaron en mostrar su descontento por su osadía. Lo siguió como un autómatas, aún atontado ante la revelación de que en unos minutos estaría compartiendo espacio con la mujer que le había robado todo pensamiento coherente, indiferente a las miradas de reproche y los siseos de indignación, y accedió al recinto en cuanto el personal reconoció a su acompañante, que debía ser un asistente asiduo por la deferencia que le mostraban.

Un empleado muy atento los acompañó a sus asientos, situados en un

palco privado frente al escenario, y tomó nota de lo que querían beber, otra de las prebendas de llamarse Nathaniel Rosdahl. Jass estaba acostumbrado a ese tipo de trato porque se lo dispensaban a diario, y en esa ocasión le iba de perlas, necesitaba un trago con desesperación.

—¿Vas a decirme ahora qué hacemos aquí? —no pudo evitar preguntar, ni que su voz sonara más dura de lo que pretendía.

—Escuchar buena música, claro —le contestó en tono afable. Se giró hacia él, con cara de pocos amigos.

—No me toques la moral, Nat. No es un buen momento.

—Dime que no te mueres por verla —contraatacó el otro. Jass le sostuvo la mirada, implacable, como tantas veces antes lo había hecho con hombres similares en salas de reuniones de todo el mundo, luchando encarnizadamente por cerrar negocios de miles de millones de dólares. Salvo que en esa ocasión el corazón no le bombeaba a mil por hora a causa de la adrenalina, ni se sentía eufórico por el reto que suponía sacar al mercado un nuevo e innovador proyecto. Allí, sentado en aquella butaca, esperando ver aparecer a Lariel, estaba muerto de miedo, y la expectación se lo estaba comiendo vivo.

—¿De qué estás hablando? —Nathaniel lo observó un momento más, analizándolo, y después suspiró, mientras desviaba sus perspicaces ojos hacia el escenario vacío.

—Siempre me pregunté por qué fuiste a buscarla. No es que no te esté agradecido, claro, te entregaría cuanto tengo en este mismo instante sin dudar...

—Y yo lo rechazaría —lo cortó con suavidad el joven, lo que le valió una sonrisa triste por parte de su acompañante.

—Lo sé. Y que tu patrimonio sea mayor que el mío no es la razón que te llevaría a hacerlo. Eres de esos tipos que no piden nada a cambio de cierta clase de favores. Buenas personas, creo que se dice —comentó en tono jocoso.

—No soy un puñetero santo —rechazó, hosco.

—Lo cual me lleva a volver a preguntarme por qué aquel día, nada más

ver su fotografía, me juraste que la encontrarías y la traerías de regreso a casa. No nos conocíamos lo suficiente como para que te lanzaras de cabeza a una muerte segura, y nunca habías visto a Larry. Así que... —Lo miró, y la frase inconclusa pesaba casi más que aquellos ojos que lo perforaban sin piedad, intentando llegarle al alma. Jass no sabía qué decirle, porque la verdad era impensable, y nada más que la verdad tendría sentido.

—Dejémoslo en que era importante para mí, y que sentí que tenía que hacerlo —pidió, esperando que fuese suficiente. De todos modos, aquella afirmación se acercaba bastante a la realidad, por lo que no se sintió mal al decirla.

—Ya —aceptó después de un largo rato observándolo en silencio, como el que estudia un insecto que va a diseccionar.

—¿Cómo está? —preguntó, dando por cerrado el tema. Además, se moría por saber. Habían pasado tres semanas desde que se vieran por última vez, y el recuerdo agri dulce de aquella noche aún impregnaba sus fosas nasales, su boca, su aliento. Si cerraba los ojos con fuerza, podía sentir el suave y delicado tacto de su piel de nácar bajo las palmas de sus manos, los fruncidos picos de sus redondos pechos contra la punta de la lengua, la espesa nata resbalando entre sus dedos mientras masajeaba su hinchado clítoris, los potentes gritos femeninos frente a sus fuertes embestidas...

—¿Jassmon? —Abrió los ojos de golpe, avergonzado. ¿Había algo más patético que tener fantasías eróticas frente al padre de la chica de sus sueños?

—Perdona. Me he distraído un momento con uno de mis inventos — intentó justificarse.

—Pues debes disfrutar mucho... inventando. —Lo miró, y vio que le observaba fijamente el paquete. Quiso llorar de frustración y bochorno. Por supuesto, tenía una erección de caballo, como siempre que pensaba en Lariel. Se cruzó de piernas, y se colocó el programa sobre el regazo, como si con eso pudiera fingir que no había ocurrido. Rosdahl mostró una sonrisita ladeada, pero volviendo a mirar al escenario, dejó pasar el bochornoso momento sin más comentarios—. Mi hija está hecha un asco, igual que tú. —Movié la

cabeza en un gesto negativo para cortar la réplica que ya empezaba a salir de sus labios—. Eres un cabrón arrogante y orgulloso —lo acusó, pero en sus palabras no había acritud, sino más bien un deje de piedad y cierta tristeza.

—Es uno de mis peores defectos —admitió sin remordimientos. Su amigo chasqueó la lengua, reprendiéndolo.

—Me recuerdas a mí mismo cuando rondaba a Sarah, y te aseguro que aún recuerdo la miseria que aquello supuso hasta que la conseguí.

—Nat, yo no...

—He visto cómo la miras, cómo responde tu cuerpo a su cercanía, las ganas que tienes de reclamarla. Puede que me haya convertido en un madurito de buen ver —concedió con una mueca desagradable, minimizando su apostura, su enorme carisma, y el efecto que causaba en las mujeres—, pero te aseguro que mi instinto, dentro y fuera de un despacho, sigue siendo infalible.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó en tono cansado.

—Que la hagas feliz. —Jass no supo qué contestar a eso. Era lo que más deseaba en el mundo, pero no tenía ni idea de lo que pensaba Larry al respecto. Por lo que él sabía, la muchacha no lo quería cerca, y era algo a lo que tenía que acostumbrarse.

—Creo que no entiendes la situación, amigo. —El aludido metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó una preciosa estilográfica que de inmediato comenzó a mover entre sus manos. El joven había perdido la cuenta de las veces que lo había visto hacer ese gesto, estaba seguro que inconsciente. Parecía que lo tranquilizaba, lo centraba, lo ayudaba a tomar decisiones, dependía del momento. Jass sabía por el propio Nat que aquella pluma era un regalo inestimable de su querida esposa y que siempre la llevaba encima, para firmar con ella acuerdos que cambiaban la economía mundial. La estudió mientras daba vueltas entre sus dedos, perdido en sus pensamientos. Se trataba del modelo de Montblanc Meisterstück UNICEF Solitaire Skeleton 149, que en su plumín ostentaba la primera letra que aprendían los niños en la escuela en los seis alfabetos más utilizados. Su

diseño estaba inspirado en la piedra de Rosetta, un antiguo fragmento de piedra utilizado para descifrar jeroglíficos egipcios, que había sido creado en Egipto en 196 antes de Cristo. Estaba hecha en plata, y tanto en el capuchón como en el barrilete tenía una parte azulada transparente, rodeada por esas mismas letras. Era preciosa, y costaba la friolera de diez mil trescientos dólares.

—Conozco perfectamente a mi hija, Seveages. Y sé todo lo que le ha hecho ese hijo de puta. —Jass inspiró, asombrado—. Por supuesto, ella se cerró en banda sobre ese tema, y yo no quise presionarla. Su estado mental, a pesar de pretender ser fuerte y dura, era muy inestable, pero tras hablar por teléfono con un psiquiatra pareció estabilizarse un tanto. Dos días más tarde ese hombre, Joshua, se presentó en casa. —Los ojos azules lo observaron con intensidad—. Estuvieron hablando todo el día, al principio encerrados en mi despacho, y luego paseando por el jardín. Ni siquiera hicieron acto de presencia a la hora de comer, aunque me aseguré de que les prepararan algo. Cuando al fin aparecieron, riendo como niños y cogidos del brazo, la tarde se esfumaba. Le pedí a ese joven que se quedara a cenar con nosotros, pero dijo que salía para una misión en unas horas y se marchó. —Se pasó las manos por la cara, en un gesto cansado que denotaba su angustia—. Tres días después Lariel me lo contó todo, o al menos lo que su alma es capaz de revelar sin resquebrajarse. Sé que hay muchas cosas que aún guarda para sí, pero son detalles que no necesito conocer o me volveré loco, y ella lo sabe. —Tenía la voz ronca, y Jass era consciente del tremendo esfuerzo que hacía por ocultarle la pena, la furia, e incluso las ganas de llorar que sentía. Apoyó la mano en su hombro.

—Lo siento, amigo. Ojalá hubiera llegado antes... —Nathaniel alzó sus tristes ojos hacia él y sonrió compungido.

—¿Catorce meses antes? —El otro asintió—. No digas tonterías. Has hecho mucho más de lo que habría soñado que fuera posible. Has sacado a mi hija de las puertas del infierno, y me la has traído sana y salva. Eso es impagable. Un milagro.

—Y, sin embargo, está marcada para el resto de sus días. —Su voz sonó fría y desapasionada, pero no ocultó el dolor y la decepción que sentía.

—Jass. Tú eres más listo que todo eso. —Los dos hombres se sostuvieron la mirada durante un buen rato, cada uno intentando encontrar en el otro las respuestas que necesitaba—. Mi hija está terriblemente asustada —terminó cediendo el mayor, al aceptar que el joven no lo entendería por sí solo.

—Necesitará más de una sesión para arreglarlo.

—Y las tendrá. Barlett va a tratarla, pero no me refiero a lo que ha sufrido. Tú la asustas. —Jassmon alzó la mirada de golpe, estupefacto ante el mazazo que aquella simple frase supuso.

—Me moriría antes de lastimarla de cualquier modo. —La enorme sonrisa que respondió a su aseveración lo desconcertó.

—Hay más de una manera de atemorizar, hijo. Larry tiene miedo de lo que le haces sentir. Pero tal vez a lo que más le teme es a lo que tú sientes por ella.

—¿Qué... quieres decir?

—Eres un cerebritito. Tranquilo, comedido, y distraído muchas veces. Pero en tu vida personal eres un hombre pasional, posesivo, territorial, agresivo, exigente, celoso, inclemente, con una fuerza de voluntad férrea, y unos instintos básicos y primarios. Tú quieres poseer y conservar. —Se calló, esperando su reacción, pero no obtuvo nada, ya que se mantuvo mudo, perforándolo con una mirada calma e impersonal—. Lo que Lariel no sabe es que toda esa ansia viene de haberte quedado sin madre siendo tan joven, y en aquellas grotescas circunstancias, y de tu necesidad de no volver a perder a nadie más que te importe. Sí, te he investigado —admitió con gesto contrariado—. Era lo mínimo que podía hacer ante tu propuesta de rescate de mi hija. Además, mi lema es saberlo todo de mis posibles socios antes de sacar siquiera la pluma para firmar cualquier acuerdo. Y lo que los informes obviaban con la lógica bastaba. —Jass lo observaba atónito, incapaz de creer que lo hubiera calado tan hondo cuando apenas si él comprendía todo eso de sí mismo—. Lo que menos aún entiende mi hija es que no tiene nada que

temer de ti. Que a pesar de todo lo que he dicho, no la asfixiarás. La quieres demasiado como para hacer de ella una prisionera de tus sentimientos. Tú. Nunca. Volverás. A. Encerrarla. —Vocalizó cada palabra con extremo cuidado, sabiendo que ambos entendían la importancia de su mensaje. Lariel había sufrido mucho por un amor enfermizo y opresivo, y no soportaría volver a vivir bajo el yugo de otro igual. Pero jamás imaginó que ella lo comparara con H'arün. Entonces, su reacción al final de aquella última noche juntos le pareció más comprensible y tolerable.

—Estás dando por supuesto que lo que crees que siento por ella es lo suficientemente fuerte como para que deje a mis mujeres y mi continuo libertinaje, y me dedique solo a ella —dijo, en un intento desesperado por negar lo evidente, sobre todo a sí mismo. Porque allí el que más miedo tenía era él. Miedo de no ser suficiente para esa mujer divina, de no saber comprenderla, de no saber ayudarla a superar todo ese abismo de dolor y sufrimiento que aún anidaba en su interior. Miedo de que lo rechazara de nuevo.

—Estoy dando por supuesto que la amas, gilipollas. —Las miradas de ambos se enfrentaron en un duelo silencioso. Dos hombres imponentes, acostumbrados a hacer girar el mundo a su antojo, a no ceder nunca un ápice, a destruir imperios y seres humanos sin el menor remordimiento. No fueron conscientes de que las luces se atenuaban hasta casi apagarse, ni que las voces de los cientos de espectadores se diluían en un silencio expectante. Tampoco escucharon la emocionada presentación, ni los aplausos de reconocimiento, pero cuando la primera tecla rasgó el absoluto silencio del auditorio, Jass giró la cabeza despacio, y sintió un golpe físico en las entrañas cuando la figura menuda de cabellos rubios, iluminada por cientos de brillantes focos, apareció frente a él, a tan solo unos pocos metros de distancia por debajo del palco. La conexión que sintió con la joven fue tan intensa que pensó que si estiraba el brazo sería capaz de tocarla, y la tentación de probar su teoría se volvió casi dolorosa.

La música lo envolvió como si fuera su precioso cuerpo, lo llenó de luz y

calor, y lo impregnó de una paz como hacía mucho tiempo que no sentía. Se dejó abrazar por aquellos acordes suaves y melancólicos, que hablaban de una tristeza nacida de un corazón solitario y perdido. O al menos eso quiso creer.

No le sorprendió aquel derroche de talento, pero sí se sintió sobrecogido. Él era un hombre de ciencia, su mente privilegiada creaba tecnología que a menudo estaba a años luz de lo que el mercado actual ofrecía. Nada que ver con aquel espíritu artista que tenía a más de dos mil quinientas personas sentadas en el borde de su asiento, casi sin respirar, absortos en la magia de sus dedos. Estaba cautivado, hechizado, y cuando al fin la última nota se desvaneció en el absoluto silencio de la sala, miles de aplausos enloquecidos resonaron emocionados, sin dejar duda alguna de la opinión de todos los presentes.

Lariel se levantó entonces, llena de gracia y femineidad, y saludó, visiblemente agradecida y conmovida.

—Me temo que deberé seguir al frente de mis negocios un tiempo más. — Jass desvió su atención hacia su acompañante, aunque le costó un esfuerzo enorme dejar de devorar a la joven—. Ella ha nacido para esto. Y aunque se ha empeñado en acabar la carrera para echarme una mano, su corazón nunca estará implicado. —Nat miró a su hija, el orgullo patente en cada línea de su rostro—. Eso es algo que también deberás asumir, Jassmon. Tus negocios, tus patentes, siempre han sido lo más importante para ti. Tendrás que cambiar tus prioridades, porque la música la llevará lejos, a veces muy lejos de ti. Y solo tú puedes decidir si deseas esperarla en casa rodeado de tus juguetitos, o acompañarla en su sueño. —Cuando se volvió hacia él, lo descubrió con la mirada puesta en su hija. Y era una mirada hambrienta, de un hombre que llevaba media vida sintiéndose solo, convencido de que jamás hallaría a nadie que lo complementase, porque se había encerrado tanto en su pequeño mundo de chips y raíces cuadradas, tan empeñado en crear un imperio donde fuera el rey supremo, siempre doscientos escalones por encima de la humanidad, que aquella posibilidad llamada Lariel escapaba a su comprensión. Esa mente

brillante que sumaba cantidades imposibles, que imaginaba fantasías y las hacía realidad ante el asombro de sus competidores, que sumaba millones a su cuenta bancaria con la misma facilidad con la que otros reunían los vales de descuento del supermercado, sentía un miedo reverencial hacia una muchachita dulce, rota, y frágil como el cristal de Murano. Y, sin embargo, no podía vivir sin ella—. ¿A qué esperas? —gruñó, irritado por su vacilación. Se enfrentó a esos ojos verdes llenos de incertidumbre y pavor con otros enfadados e intransigentes, y solo cuando él salió casi a la carrera de allí se permitió sonreír y soltar un suspiro de alivio.

Lariel regresaba a su camerino para cambiarse, aceptando las felicitaciones de los distintos trabajadores con una sonrisa o unas palabras de agradecimiento. Se sentía bien por todo aquel reconocimiento a un trabajo que sabía impecable y, como siempre, aquellas dos horas sin pensar en nada, mientras sentía la música fluyendo por sus venas, habían conseguido sosegarla como ninguna otra cosa era capaz de hacerlo. Durante ese rato se había sentido viva, entera, intacta. Incluso segura, de nuevo la joven de antaño. Pero cuando la última nota dejó de sonar, todas aquellas sensaciones se esfumaron, y volvió a ser solo ella, una mujer asustada la mayoría de las veces, tímida e inestable. Creía que la visita de Josh había ayudado, pero a la vista estaba que no. «No te engañes, el que lo ha cambiado todo ha sido él». Y justo después de aquel pensamiento llegó el dolor. Fuerte e intenso como un rayo, e igual de demoledor. «Jassmon». El nombre le supo a hiel, a pesar de sentir un calor espeso inundándole el corazón.

Recordó con total nitidez aquella noche, tres semanas atrás. Nunca debió buscarlo, pero se sentía tan sola en ese entorno que de repente se le antojaba desconocido y agresivo. Las personas que un año antes eran sus amigos en ese momento no conseguían conectar con ella, y aunque entendía que la culpa era suya, no por eso era más soportable. La tentación de dejarlo todo y desaparecer regresó con fuerza, pero la descartó mientras se enjugaba una solitaria lágrima que resbalaba por su mejilla. Estaba cansada de huir, porque

al fin había entendido que sobre todo huía de sí misma.

Pero la historia con Jass era diferente. Él... él quería hacerle lo mismo que H'arün, aunque sin el dolor ni la humillación. Era un hombre controlador y posesivo, y pretendía convertirla en una posesión más. «Eres mía», recordó. El primer escalofrío la dejó tambaleante en medio del pasillo, a tan solo unos metros de su camerino. Él deseaba demasiado de ella. Lo quería todo. «Mía». El siguiente temblor la hizo doblarse en dos, respirando con dificultad. Se obligó a dar un paso hacia la puerta frente a ella, donde podría desmoronarse sin dignidad.

Sintió la mano grande aferrándose a su muñeca, y aunque lo hizo con mucha suavidad, a ella le pareció una garra clavándose en su carne. Se giró, sus enormes ojos destellaron de miedo a la vez que se retorció para liberarse. Tardó unos segundos que a él se le clavaron en el alma, pero aquel pánico irracional desapareció con la rapidez del reconocimiento. Jass respiró aliviado.

—¿Qué ocurre? —preguntó preocupado.

—¿Qué... qué estás haciendo aquí?

—Escuchar buena música —adujo, apropiándose de las palabras de Nat—. Nunca te había oído tocar.

—¿Y qué te ha parecido? —susurró, sorprendida de lo importante que le parecía aquella respuesta.

—Sublime. Mañana mismo compraré un piano. Quedará perfecto junto a los ventanales del salón. Y tú aún más sentada frente a él, inundando mi vida con tu melodía. De hecho, voy a poner uno en cada una de mis casas —añadió con convicción. Lariel retrocedió un paso con el ceño fruncido.

—Jass, yo no...

—Dime que estás enamorada de él. —La joven parpadeó, confundida.

—¿Qué?

—Dímelo. Porque es la única maldita forma en que me haré a un lado, joder.

—Ken y yo... —De repente se vio atrapada en un abrazo de hierro, y unos labios duros y exigentes la obligaron a abrir la boca. Aquella lengua no fue suave, sino que se internó en su interior con voracidad, saqueando, incendiando, reclamando.

—Dile a Ken que se busque a su propia Barbie. Tú eres... —Se calló a tiempo, pero el daño ya estaba hecho. La mujer que se revolvía entre sus brazos como una tigresa no estaba dispuesta a ser de nadie, y eso lo enervaba como pocas otras cosas—. Maldita sea, Larry, deja de luchar contra mí. Te quiero, te necesito —terminó admitiendo mientras la soltaba. La mujer trastabilló hacia atrás, la sorpresa y la negación bullían en las profundidades turquesa de sus inmensos ojos.

Lariel lo observó con el corazón palpitante, mientras sus últimas palabras aún le escocían como un eco lejano. Estaba impresionante con aquel esmoquin hecho a medida, sin duda alguna de algún diseñador de renombre que cobraría al menos treinta mil por aquella chaqueta entallada, los pantalones ajustados al centímetro y el fajín negro, además de los gemelos de oro grabados, el reloj suizo, y los zapatos italianos. Recordó haberlo imaginado con algo parecido en el campamento y, aun así, se le cortó la respiración al verlo frente a ella, tan apuesto y seductor. Y aseguraba quererla...

—Yo no soy para ti —afirmó en un susurro roto.

—¿Pero sí para él? —contraatacó furioso por su nuevo rechazo.

—Kenneth y yo hemos roto. —La mirada esmeralda la abrasó, aun a varios metros de distancia.

—¿Cuándo?

—Hace algún tiempo.

—¿Desde cuándo no estáis juntos, Lariel?

—Desde la fiesta del alcalde —susurró en un hilo de voz. Jass la miró alucinado.

—¿Hace casi un mes? ¿Y no me has dicho nada?

—¿Y por qué iba a hacerlo? Tú y yo no somos nada más que...

—¿Un par de polvos? —terminó por ella—. ¿Eso es lo que ibas a decir? Aunque convendrías conmigo en que bastante buenos, ¿no?

—No es necesario hacer sangre, Jassmon...

—¿En serio? Acabo de decirte que te amo, joder. Y a cambio tú me tratas como si no hubiera significado más que un momento de calentón. —La joven miró a ambos lados del pasillo, y advirtió que estaban empezando a llamar la atención.

—¿Podemos hablar de esto en un lugar más privado? —Jass se limitó a mirarla con fijeza. Después, con gesto tenso, extendió la mano para indicarle que la seguía. Sintió sus enfadados ojos pegados a su espalda mientras entraba en el pequeño cuarto que le habían asignado, y cuando se giró hacia él, aún le pareció más diminuto ante su imponente tamaño y su más que evidente furia—. ¿Qué es lo que quieres, Jass? —preguntó, abriendo los brazos, tan confundida que no supo que más decir.

—Tan solo a ti —se limitó a contestarle. Ella negó con la cabeza de forma frenética.

—Pides demasiado. —El hombre se acercó unos pasos, pero se detuvo de inmediato cuando la vio retroceder.

—¿Por qué crees que voy a cortarte tus preciosas alas, Larry? —La vio coger aire a bocanadas, seguro de haber dado en el clavo. Le agradeció profundamente a Nat que le hubiera abierto los ojos.

—Porque no sabes ser de otro modo. Esa necesidad de marcar y retener está en tu naturaleza. Y yo necesito ser libre.

—Yo. No. Soy. H'arün —aseguró con rabia, odiando con cada fibra de su ser tener que decirlo.

—Claro que no. No conozco dos hombres más diametralmente opuestos. Y, sin embargo, ambos ansiáis mantener el control en vuestras manos. De personas y cosas.

—No pretendo controlarte.

—Pero quieres poseerme. —No la contradijo esa vez porque era así, pero no del modo en que ella lo veía.

—Larry —dijo, pasándose la mano por el pelo, frustrado—. Yo... no quiero perder a nadie más. Apenas dejo que alguien entre en mi mundo, pero cuando lo hago me aseguro de que permanezca dentro, de que no me abandonará... como hizo mi madre. —Se había apartado, de espaldas a ella, por lo que no fue testigo de su mirada de lástima—. Quizá me he convertido en una persona controladora, egoísta y posesiva, pero no es mi intención acosar a mi pareja. Créeme cuando te digo que es tan importante para mí dejarte tu espacio como tener el mío propio. Tú tienes tu música, y entiendo que tendrás que viajar para hacer conciertos por todo el mundo, a los cuales me gustaría acompañarte si quisieras. A cambio, yo me paso horas encerrado en mi laboratorio, inventando artilugios que modernicen el mundo, o de acá para allá ampliando mi vasto imperio, porque nunca me parece tener suficiente. Pero sé que podemos acoplarnos el uno al otro, cariño. Tan solo tienes que darnos una oportunidad. —La observó, serio y con el corazón en los ojos—. Aún no me has dicho qué es lo que sientes por mí. —Ella lo miró durante un buen rato, apenas sin parpadear.

—No me hagas esto —susurró con los ojos encharcados.

—No puedo vivir sin ti.

—Por favor, Jass...

—¿Te he dicho hoy que me encantas? —murmuró acercándose despacio, a la vez que se lamía el labio inferior en un gesto inconsciente que ella siguió con avidez.

—Para.

—Quiero escucharlo. —Lariel negó con la cabeza, conteniendo la respiración cuando llegó hasta ella, tan cerca que sintió el ligero roce de su torso contra sus pechos—. No voy a intentar convencerte, ni a presionarte para conseguir lo que quiero. Podría hacerlo. Podría besarte hasta que perdieras el conocimiento, hasta que olvidaras todos tus temores, acariciarte como sé que tanto te gusta, hacerte gritar solo con la boca. Al final, serías tú

la que me suplicarías a mí. Pero no lo quiero así, linda. Te quiero en plena posesión de tus facultades, aceptando lo que hay entre nosotros. Aceptándome a mí. Como tu compañero, como tu amante, como tu amigo, como tu mitad de un todo. Yo no voy a coartarte, ni a encarcelarte de nuevo. Te quiero libre, y te juro por Dios que veré el día en que vuelvas a volar como la mujer vibrante y feliz que una vez fuiste. —Lariel solo podía mirarlo, atónita ante sus palabras, incapaz de encontrar las suyas para responderle. Porque ¿qué podía decirle? Seguía asustada de la enormidad que él pretendía de ella, segura de que era demasiado dominante para su gusto, pero lo amaba con toda su alma, y cuanto más se alejaba de él, más miserable se sentía. Más perdida. Más chiquitita y miserable.

—¿Me respetarás, entonces? —se sintió obligada a preguntar, para asegurarse. Jassmon se echó hacia atrás, sus ojos verdes llameantes.

—¿Cuándo he dejado de respetarte?

—Nunca —admitió. Los brazos masculinos se cerraron en torno al pequeño cuerpo con un suspiro de alivio. Minutos después lo sintió removerse, como si buscara algo, y giró la cabeza a tiempo de verlo alzar la mano. Se le agrandaron los ojos de asombro cuando vio lo que sostenía, y ya los tenía encharcados de lágrimas cuando él lo balanceó frente a ella.

—Creo que hace algún tiempo que perdiste esto —dijo con voz suave.

—Jass... ¿De dónde lo has sacado?

—Oh, lo encontré por ahí —mintió, enfrentándose a su expresión de incredulidad con otra de inocencia. No pensaba admitir que había llevado el colgante consigo cada día desde que se lo entregara Nat, y que nunca se decidió a devolvérselo porque sentía que de ese modo conservaba una parte de ella. Se inclinó para colocárselo, contento con la emoción que vio en sus ojos—. Eres lo más hermoso que me ha pasado nunca. Me aseguraré de que seas dichosa a mi lado cada día de tu vida. —Lariel lo observó con aire pensativo, mientras tocaba la pequeña figura del piano de nuevo en su cuello.

—Nunca contestaste a mi pregunta. —Sonrió ante la arrogante ceja masculina, alzada a modo de interrogante—. ¿Por qué fuiste a buscarme? —

Jass no preguntó a qué se refería porque lo sabía perfectamente. ¿Qué podía decirle? ¿Qué había soñado con ella durante meses, hasta que se le metió bajo la piel? ¿Que se había convertido en una obsesión, aun creyéndola un producto de su imaginación? ¿Que cuando vio su fotografía, después de los primeros minutos de incredulidad, cuando descartó que estuviera volviéndose loco, *supo* que su destino estaba ligado al de esa joven de ojos grandes y labios carnosos, y que nada ni nadie le impediría buscarla y conocerla? No podía decirle eso. Aquel sería un secreto que se llevaría a la tumba.

—Porque te soñé —se encontró diciendo, a pesar de su anterior promesa. Los ojos turquesa se abrieron con sorpresa, al igual que su boca, formando una perfecta o.

—¿Que me... soñaste?

—Sí. Durante años he fantaseado con que algún día encontraría a alguien especial. Una mujer que me necesitaría tanto como yo a ella, que no tendría en cuenta los dígitos de mi cuenta bancaria, mi estatus social, o mi éxito profesional. Alguien a quien no le importasen demasiado mis despistes a la hora de cenar, mis excentricidades, mis continuas idas y venidas, o la necesidad de escaparme de todo de vez en cuando.

—¿También de mí? —preguntó con lágrimas en los ojos, pues se había emocionado con sus palabras. Él se pasó la mano por el pelo, sin terminar de soltarla.

—No lo sé, Lariel. Ahora mismo me parece impensable separarme de tu lado, pero hay momentos en que me siento... —Se detuvo cuando dos de sus dedos se posaron con suavidad sobre sus labios, y los suyos mostraron una sonrisa temblorosa.

—Nuestras cicatrices son profundas, Jass. Las tuyas no por haber ocurrido hace tiempo se han cerrado. Y las mías... siguen rojas y feas, recordándome a cada momento cada una de las heridas abiertas y sangrantes que una vez fueron. —El hombre la abrazó con ternura, apoyando el mentón sobre su coronilla.

—Yo siempre estaré aquí para curarte, linda. Nadie más volverá a herirte

jamás. Te lo prometo. —Aquella vez a Lariel no la asustó su sobreprotección. Aun más, la hizo sentirse segura, mimada, querida. Y necesitaba mucho de todo aquello.

EPÍLOGO

El pequeño grito angustiado la despertó de golpe, aun sabiendo que provenía de ella misma. Se sentó en la cama, intentando no despertarlo, pero la mano que subió despacio por su espalda le confirmó que no lo había conseguido.

—¿Estás bien? —susurró con voz adormilada.

—Sí, vuelve a dormirte. —Y, sin embargo, al momento sintió sus brazos rodeándola por detrás, a la vez que se encajaba a su cuerpo como solo él podía conseguirlo.

—Sabes que no podré hacerlo hasta que ronques como un angelito a mi lado. —La risilla baja lo tranquilizó.

—Los ángeles no roncan, bruto.

—¿A cuántos conoces que puedan sustentar tu teoría? —la retó, burlón.

—A dos —contestó, zafándose de sus brazos para empezar a levantarse.

—*Touché*. ¿Adónde te crees que vas? —inquirió disgustado, a pesar de saber de sobra la respuesta. Ella se inclinó para darle un leve beso en los labios, que por supuesto le supo a poco.

—Volveré en un segundo.

—Nunca es un segundo, Larry.

—Está bien, cinco minutos. Lo prometo. —La dejó ir, claro. Aquello era una especie de ritual tras una de sus pesadillas.

De momento no había logrado deshacerse de ellas, aunque en los dos años que habían pasado desde que consiguiera sacarla de Arabia se habían reducido a meros episodios esporádicos. Aquel cabrón estaba muerto, pero la seguía torturando desde la tumba, recordándole aquel infierno cada vez que se despertaba bañada en sudor y lágrimas.

Se levantó con impaciencia, se acercó a la ventana entreabierta, y aspiró

con fuerza el aire fresco y limpio que transportaba la noche.

Lariel había avanzado mucho desde aquel día en el Chicago Symphony Center, cuando por fin aceptó darle una oportunidad a su relación, y era consciente de que una gran parte de ese progreso se debía a la terapia con Joshua. Su amigo era un profesional como la copa de un pino, y hacía malabares con su agenda para poder atenderla, sobre todo habida cuenta de que era un soldado en activo que a menudo tenía que salir de misión. Aunque últimamente lo notaba menos reacio a su idea de que dejara ese mundo y se instalara en una consulta propia, donde sería mucho más fácil tratar a su mujer de manera más regular.

Si Lariel supiera cuál era su juego, lo regañaría con dureza, ya que seguía detestando que manejara a todo el mundo, en especial a ella, como a títeres sin cabeza. Pero aunque él podía haberse suavizado un tanto en los bordes a fin de no asfixiarla, y sobre todo de no perderla, nunca dejaría de ser quien era. Un hombre sobreprotector y primario en sus emociones y sentimientos.

Miró el reloj y suspiró, advirtiendo que habían pasado bastante más de los cinco minutos prometidos. Pensó en concederle alguno más, ya que las reminiscencias del dichoso sueño la tendrían más nerviosa de lo normal, pero precisamente por ese motivo la quería con él, así que se dio la vuelta dispuesto a arrastrarla a la cama si era necesario.

Se quedó paralizado, absorto en la preciosa mujer que lo observaba desde el otro lado de la habitación, aún sin asimilar que fuera suya.

—Has tardado mucho —se quejó en tono hosco mientras le tendía la mano. Ella se lanzó a cogerla de inmediato, acortando la distancia despacio, con una sonrisa jugueteando en sus labios.

—¿Me has echado de menos?

—Terriblemente —admitió, perdido en su pelo, respirando su olor como cada vez que se quedaba dormida. Él era incapaz de hacerlo sin sentir cómo aquel aroma fluía por sus venas.

—No he tardado tanto. Solo necesitaba... —Su voz se perdió ante su mirada escrutadora.

—Sé lo que necesitabas, linda. —Pero ella podía notar su censura como un ente vivo, incluso sabiendo que no era lo que él estaba haciendo. Se apartó, porque no soportaba saber que en realidad era ella misma la que se reprochaba su estúpido comportamiento.

—Son mis hijos, Jass. Tengo que asegurarme de que están a salvo. —Escuchó su propia voz desesperada, y se obligó a respirar hondo para tranquilizarse. Cerró los ojos cuando la mano masculina atrapó su muñeca y la atrajo hacia su fornido cuerpo desnudo.

—Lo están, Larry. Nunca permitiré que os ocurra nada. —Sus palabras la tranquilizaron, al igual que las manos al vagar sin rumbo por su espalda, en un movimiento lento e hipnotizante.

—Son tan pequeños... —Jassmon la cogió en brazos y la llevó a la cama, donde la depositó con infinito cuidado. Allí la calmó de la única forma que sabía, con besos suaves y lánguidos, repletos de todo el amor que sentía en su interior.

Ella nunca le había dicho con palabras que lo amaba, y aunque eso dolía como el demonio lo aceptaba. Josh le había explicado que sus traumas eran muy profundos, y que aunque parecía que externamente iba recuperándose, por dentro estaba costándole un poco más. En el fondo de su alma Lariel seguía siendo una jovencita aterrada y perdida, ocupada en recoger todos los trocitos de su destrozado corazón, y hasta que no tuviera el último de ellos y encontrara la forma de pegarlos, no se sentiría preparada para dar el gran paso de anunciar su amor a los cuatro vientos. Y él seguía esperando.

En cuanto a sus dos hijos, los preciosos mellizos de ocho meses, se habían convertido en la luz de sus ojos. Apenas pudo creerlo cuando Lariel le informó que estaba embarazada, siete meses después de aquella noche que lo cambió todo para ambos, y aunque en un principio ella estaba aterrada ante la perspectiva de la maternidad, dado su terrible pasado, y debido también a su incipiente carrera como pianista, pronto aceptó la idea, y en la actualidad era la mejor madre del mundo.

Solo en noches como esa, tras una de sus atroces pesadillas, Lariel debía

correr al cuarto de Anne y Alex para asegurarse de que sus bebés estaban en sus cunas, durmiendo apaciblemente, sin que nada ni nadie pudiera hacerles daño. Por supuesto, ella sabía que era una necesidad irracional, nacida de la desesperación y el temor ilógico de que la esencia de sus sueños hubiera conseguido deslizarse hasta su cuarto, que pudiera de algún modo tocar la inocencia de sus pequeños. Bastaban unos pocos minutos para calmar sus miedos, al igual que abriendo los ojos la pesadilla desaparecía, y traía consigo la realidad. Pero ella precisaba realizar esa rutina. Y Jass se mantenía en tensión en la enorme cama, dejando que lo hiciera a su manera.

—Olvídalo, señora Seveages. Ahora quien te necesita es tu marido —murmuró en su oído antes de meterle la lengua, lo que provocó un escalofrío en la joven. Lariel sintió su miembro grande y duro rozando su muslo antes de que se colocara encima de ella, y abrió las piernas en clara bienvenida—. Mumm... ¿Intentas decirme algo, linda? —inquirió con voz seductora.

—Si tienes que preguntarlo, no lo estoy haciendo muy bien.

—Al contrario, estás haciéndolo de fábula —admitió con la mandíbula apretada, mientras se hundía en su interior muy, muy despacio. El gemido femenino se le antojó el sonido más maravilloso que hubiese escuchado nunca, y cogiéndola por las nalgas para levantarla y acercarla más a él, salió y volvió a entrar en su cuerpo con una lánguida acometida que los hizo jadear a ambos—. Dios, nena... Si naciera mil veces... te juro por mi vida que querría pasar todas y cada una de ellas a tu lado... —La mujer se perdió en aquella mirada salvaje, repleta de promesas de futuro, rebosante de un amor incondicional que, al contrario de lo que había esperado, nunca la había desbordado ni aplastado. Se agarró a sus caderas, anclada hasta el fondo en su falo inclemente, que la penetraba sin descanso, para llevarla sin remedio al punto de no retorno.

—Tengo que decirte una cosa. —Él se detuvo en el acto, y se alzó sobre los brazos para poder observarla, sus ojos demasiado abiertos, en muestra de incredulidad y júbilo a partes iguales.

—¿Más bebés? —musitó con voz reverencial. Lariel soltó una carcajada.

—No, tonto. Nunca elegiría *este* momento para soltarte algo así.

—¿Y qué sí me dirías en un momento como *este*? —preguntó con el ceño fruncido. Ella se lo alisó con los dedos, antes de besárselo con ligereza. Notaba el corazón latiéndole demasiado rápido y fuerte, y podía sentir el familiar enorme rayo de luz donde antes solo había un hueco frío y vacío, justo en el centro de su pecho. Los niños lo habían llenado de vida y calor, claro, pero también aquel hombre maravilloso que, a pesar de su naturaleza conquistadora, había estado cada uno de los días de aquellos dos años apoyándola, guiándola, aguardándola. Y ya era hora de que dejara de esperar. Alzó la mano y le acarició la mejilla, sonriendo cuando él giró la cabeza para aumentar el contacto.

—Que te amo. —No pareció que la hubiera escuchado, y sin embargo sabía que las palabras habían calado en su corazón con la misma fuerza del simún que dejaron atrás en el desierto arábigo. Los segundos pasaron sin que reaccionara y comenzó a asustarse, hasta que poco a poco levantó la cabeza y aun a la mortecina luz de la luna llena pudo ver el brillo de las lágrimas que comenzaba a asomar a sus ojos.

—Creí que nunca te oiría decirlo —susurró con la voz rota por la emoción.

—Lo siento, Jass... No estaba preparada para entregarte esa parte de mí aún... Aunque te he querido aquí —explicó, colocándose la mano sobre el corazón. Él la abrazó con fuerza.

—Siempre lo he sentido así, cielo. Igual que sabía que llegaría este día. Gracias por este precioso regalo, y por todo lo que me das. —Su boca reclamó la suya, en un beso tierno al principio y absolutamente carnal después, que reavivó con rapidez las brasas de lo que habían empezado antes. Sintió su miembro engrosarse en su interior y latir desenfrenado por ella.

—Señor Seveages, déjese de sentimentalismos y céntrese. Después del ajeteo de esta noche estoy segura de que no podré conciliar el sueño hasta que no haya gozado al menos tres veces. Y con su fama de libertino echada por tierra al contraer matrimonio con cierta neoyorquina niñita de papá, no sé si será capaz de cubrir mis expectativas... —La estruendosa risa de su esposo

mientras una vez más la empalaba sin compasión cortó de raíz cualquier gana de bromear que tuviera, y encendió la mecha de su pasión como si estuvieran soplándola con un fuelle. Notó el calor de su aliento antes de que el susurro de sus palabras llegara hasta ella.

—Ay nena, ¿te he dicho que me encantas?

NOTA DE AUTORA

Escribir este libro ha sido bastante complicado, ya que he tenido que adentrarme en varios países muy diferentes al mío, con sus costumbres, sus ideales, sus diferentes escenarios, incluso la comida típica, o la ropa más representativa. Uno de ellos ha sido Arabia Saudita, el lugar donde la protagonista pasa catorce meses de su vida privada de su libertad y sus derechos más básicos, a manos de su secuestrador —el gobernador de la ciudad de Riad—, que se fija en ella durante una fiesta en Manhattan y, tras la negativa de la joven a aceptar sus avances amorosos, se la lleva por la fuerza y la convierte en su juguete sexual. Cuento todo esto para poner al lector en antecedentes, aunque entiendo que llegados a este punto todo el mundo sabe de qué va el libro.

La historia, los protagonistas, y todos y cada uno de los comentarios incluidos en *A un beso de perderte* son ficticios, y creados tanto para poner en situación, como para dar realismo a la historia. Si en algún momento el lector se siente ofendido por algo aquí expuesto, pido perdón porque en ningún caso ha sido mi intención, pero sinceramente, no creo que después de lo que Lariel ha soportado durante ese tiempo ni ella, ni Jassmon, ni ninguno de los implicados directamente con la trama, puedan ser políticamente correctos y no sentir rabia o rechazo hacia un hombre como H'arün, capaz de tratar así a un ser humano, y de crear tamaña devastación y muerte con tal de recuperar a su esclava. Así que también es lógico que en algunos momentos, ese sentimiento de rechazo se extienda hacia todo un país que a ojos de los afectados —no olvidemos que vienen de una cultura muy diferente a la de Arabia, donde la posición de la mujer está a años luz de la suya—, vive en otro siglo.

Lo expuesto en el libro como pensamientos de los personajes no refleja, en ningún caso, la opinión personal de una servidora, y eso es lo que deseo

reflejar con mi explicación. Esta es una novela de entretenimiento, no una exposición de ideas políticas, religiosas, ni de ninguna otra índole.

Espero que la disfrutéis tanto como a mí me ha gustado crearla.

Si te ha gustado

A un beso de perderte

te recomendamos comenzar a leer

El lago de Van

de Olga Hermon

Selección RNR

El lago de Van

PORVENIR DE PAPEL 1

OLGA HERMON



Romance Actual

CAPÍTULO I

Cdad. de Londres, Inglaterra, septiembre de 2010

Isabella aguardaba impaciente a que la azafata anunciara que ya podía retirarse el cinturón de seguridad; eso y su creciente inquietud la hacían revolverse en el asiento del avión que la trasladaba al que sería su hogar por los próximos seis meses. Si no cesaba en su remolineo, terminaría por sacar de quicio a su vecina de asiento que no dejaba de mandarle señales con ojos de tía solterona.

El estrés estaba pasándole factura, le dolía la espalda y el cuello como consecuencia del ajeteo por los preparativos del viaje. De pronto, acudió a su memoria el último día de compras con su entrañable amiga Giselle, esto le sacó una sonrisa, pero la nostalgia por abandonar su amado país y a su gente, desplazó el efímero momento.

Era la primera vez que viajaba sola al extranjero y, a diferencia de anteriores ocasiones, su estadía en tierras lejanas sería por mucho, mayor; esto le causaba ilusión, pero también la llenaba de incertidumbre. No podía evitar preguntarse qué le depararía su aventura, si lograría la inspiración que tanto necesitaba para su próximo libro y, sobre todo, si conseguiría avanzar en la búsqueda del equilibrio para su vida.

Aún le restaban muchas horas de vuelo, por lo que decidió aprovechar el tiempo para reflexionar sobre los pasos recorridos y los que debía seguir en los próximos meses.

De nuevo Giselle ocupó su mente. Apenas habían pasado unas horas desde que se despidieron en el aeropuerto y ya la extrañaba. Esa chispeante amiga suya ganó su cariño de inmediato y en poco tiempo logró convertirse en la hermana que siempre deseó tener. Ahora ella y sus amigos eran su nueva familia.

Sin poder evitarlo, unos recuerdos indeseados se colaron en su memoria. Como si fuera apenas ayer, se reprodujo ante sí aquella terrible discusión con su padre que la había obligado a abandonar el que hasta ese día había sido su hogar.

Talló su rostro con las manos con la intención de apartar las imágenes que

desfilaban por su cabeza, atormentándola. Aunque quisiera negarlo, tenía que admitir que las palabras aún dolían, y dolían demasiado.

—*¡Nada de eso!, ¡harás lo que yo diga! ¿Quedó claro, Isabella?*

—*¡No! Lo siento, padre, pero en esta ocasión no voy a ceder.*

—*Piénsalo bien, jovencita impertinente, si insistes en desafiarme, será mejor que te despidas de mi apoyo, de mi herencia y también de esta casa.*

—*No serías capaz...*

—*¡Por supuesto que sí! Tú sales por esa puerta sin acatar mi voluntad y te puedes olvidar de que tienes padre.*

—*Muy bien. A partir de este momento, usted y yo no tenemos nada que ver el uno con el otro. Que tenga buenas noches, señor Hamilton.*

Esa fue la última vez que vio a su padre; desde entonces habían transcurrido dos largos años... Y todo porque se negó a trabajar en la dirección de las empresas Hamilton. Eso era peor que haber cometido un pecado mortal; se había atrevido a contrariar los deseos del *señor todo poderoso* que tenía planeado, en un futuro no muy lejano, que asumiera el mando total del imperio como su única heredera.

Isabella estaba acostumbrada a que su padre decidiera sobre su vida sin que a él le importara en lo más mínimo lo que ella opinara o sintiera. Durante años ella se lo permitió sin poner objeción, pero tratándose de sus sueños, no estaba dispuesta a dejarse manipular más.

La voz de la azafata la devolvió al presente cuando le preguntó si apetecía alguna bebida y la aceptó gustosa. Una vez a solas concluyó para sí que, a pesar del dolor de la pérdida y de las peripecias subsecuentes, la vida la compensó con poner en su camino a Giselle.

Los siguientes minutos, Isabella los dedicó a ojear las revistas de los famosos que ofrecía la aerolínea, pero los chismes y sus banalidades no lograron distraerla. Cansada, cerró los ojos un momento y se perdió de nuevo

en los recuerdos.

A su mente acudió la última vez que salió con sus amigos. Esa noche decidió que por nada del mundo se perdería la oportunidad de divertirse, ya que pocas veces se conjuntaban el grupo de rock que tanto le gustaba y un bailarín de la talla de Gerard, su amigo y la estrella principal del *Royal Ballet School*.

—Será un placer para mí bailar contigo, mi querido Gerry.

—¡Gerard, Isabella, Gerard! —exclamó con enfado—. Sabes de sobra que me molesta que me compares con el ratón de Tom y Jerry. —Le fastidiaba que jugara con él de esa manera.

—Oh, vamos, no seas tan refunfuñón y muévete como solo tú sabes hacerlo —dijo inmune a sus berrinches.

Por casi una hora, Isabella imitó los sensuales pasos del profesional de la danza sin lograr ponerse a tono con él; sospechaba que en parte se debía a un leve exceso de copas. Propuso que regresaran a la mesa para tomarse un respiro y un gran vaso con agua. Como diría Giselle, se estaba curando en salud para que no le fuera tan mal con la resaca del día siguiente.

—Amiga, ahí hay un tipo que no te quita la vista de encima. ¿Lo conoces? Giselle se acercó a ella mostrando con la mirada al sitio, con rostro de preocupación.

—¿Qué? ¿Quién?

—El tipo enorme de traje azul y lentes oscuros.

Obediente, Isabella miró en la dirección indicada, pero no encontró a nadie con las características mencionadas por su amiga.

—No lo veo Gis, ¿segura de lo que dices?

—Sí. Te juro que hace un momento estaba ahí.

—Amiga, creo que estás tan ebria como yo, o quizá un poco más —se burló minimizando sus temores.

Un rato después, Isabella estaba de nuevo en la pista de baile, con el

dispuesto y disponible de Gerard como pareja.

—¡Vamos, Gerry! Muéstrame cómo se hace, nene ¿Cómo va ese pasito tan mono donde mueves tu cadera más o menos así?

Se contoneó con movimientos demasiado sensuales, sin percatarse de que parecía hacerle el amor a su amigo. No solo a él se le figuró, algunos pares de ojos cercanos a ellos también lo vieron así.

Entonces sucedió lo inevitable

—Si insistes en provocarme, seguro es porque esperas que yo tome la iniciativa, ¿me equivoco?

Sin miramientos, Gerard arrastró a Isabella a una apartada esquina donde la besó de forma arrebatada y brusca; sus manos recorrían con desesperación el cuerpo de sinuosas curvas que lograron sacarlo de quicio durante la noche.

—¡No! ¡Suéltame, hombre! ¿Qué te pasa? —indignada, forcejó para liberarse del abrazo de tenaza con el que su errático amigo insistía en mantenerla cautiva, pero él parecía no escucharla—. Gerard, por favor, déjame ir...

—Ya escuchó a la señorita, ¡suéltela en este momento!

Gerard obedeció la autoritaria voz sin replicar, con la creencia de que el portador pertenecía a un elemento de la seguridad contratada por el sitio. Justo en ese instante, Giselle y François se unieron a ellos para averiguar qué sucedía.

En cuestión de segundos todo se convirtió en caos alrededor de la pareja. En medio de la confusión, Isabella trató de ubicar al dueño de tan fascinante voz para agradecerle su oportuna intervención, pero él ya no estaba...

Regresó al presente cuando de nuevo la azafata le preguntó si deseaba acompañar su platillo con agua simple o con una gaseosa. Le tomó unos segundos reaccionar pues el eco de esa profunda voz se repetía en su cerebro una y otra vez. Al final se decidió por una bebida mineral con un toque de

limón para regresarle la humedad a su garganta que, de pronto, se sentía seca.

Mientras disfrutaba del refrigerio, recordó el gran alboroto que había armado Giselle en torno al extraño del bar; según ella, un lujoso auto negro seguía de cerca el taxi que abordaron cuando decidieron abandonar el sitio después del desagradable incidente con Gerard...

—¿Puedes decirme qué rayos pasó? —Giselle no había perdido tiempo en atosigarla con uno de sus acostumbrados interrogatorios—. ¿Ya viste?, ahí está ese auto de nuevo —dijo mirando por el parabrisas trasero.

—Seguro llevan el mismo rumbo que nosotras; deja de ser paranoica ¿A quién podría interesarle seguir a un par de chicas comunes y corrientes?

—Deberías ser más cautelosa, Isabella, recuerda que eres hija de uno de los hombres más ricos y poderosos de este país y, aunque no vivas con él, no dejas de ser su heredera.

—Yo soy una escritora con solo un éxito literario y en busca de su perdida inspiración y nada más —aseguró brava.

Giselle se volvió a la ventanilla como si no la hubiera escuchado, observando atenta el vehículo en cuestión.

—Tengo un mal presentimiento acerca del tipo del antro. Es más, podría apostar mi alma al diablo a que es él quién nos sigue en ese auto. —Señaló persistente.

—¿Por qué estás tan segura? ¿Acaso lo viste?

—No, pero... ¡Oh, Dios, Isabella! ¡Solo confía en mí!

Al llegar a casa, Giselle le prohibió encender las luces y con sigilo atisbó por la ventana para cerciorarse de que el auto obscuro no estuviera estacionado en los alrededores. Después de revisar la zona y no encontrar nada fuera de lo común, con un ruidoso suspiro se desplomó en un sillón, dispuesta a seguir con el interrogatorio que Isabella ya veía venir.

—Ahora quiero que me expliques con pelos y señales qué sucedió con Gerard en el bar.

—No lo sé, todo iba de maravilla. De verdad, amiga, no entiendo nada, él

me reclamó que lo llamara Gerry; siempre lo hago, pero nunca había reaccionado así.

—¿No se te ha ocurrido pensar que quizá Gerard llegó al límite de su tolerancia?

Isabella no respondió la pregunta, se limitó a observarla en espera de que prosiguiera con su teoría.

—¿Recuerdas que te lo advertí? —Giselle la cuestionó con la mirada llena de inquietud—. Bella, no puedes ir por el mundo provocando a los hombres sin esperar que no haya consecuencias, incluso, algunas tan desagradables como las de esta noche.

—¿Estás diciendo que yo misma busqué lo que él hizo? —No cabía en su asombro—. ¡Yo nunca alenté a Gerard a nada! No me parece justo que me agrade por no corresponder a sus deseos.

—Amiga, no es tan sencillo como decir: «Aunque parezca lo contrario, no quiero nada contigo». El problema está en que tu lenguaje corporal y ese estilo tan directo que tienes los confunde. Si a eso le añadimos que la mayoría de los hombres son unos tarados que piensan que cuando decimos «NO» es porque queremos hacernos del rogar..., todo resulta un desastre seguro —concluyó con rostro de agobio.

—Razón de más para que no me fije en ninguno. El día que yo me enamore, si eso llega a suceder —dijo con mofa—, será de un hombre especial, diferente, único... —entonces se dio la media vuelta para recluirse en su habitación, dando así por zanjado el tema.

—Sigue soñando, amiga —oyó que le decía Giselle.

Después de varias horas de viaje por aire y por tierra, Isabella arribó por fin al que sería su hogar por los próximos meses. Tenía reservada una habitación de manera temporal en el hotel Intercontinental, mientras su compañía editora la ayudaba a encontrar un lugar decente donde vivir.

Al llegar, con asombro observó que el hotel realmente era de cinco

estrellas, a pesar de encontrarse en una ciudad que no presumía por su fastuosidad, según pudo confirmar en el recorrido del aeropuerto al sitio donde este se ubicaba. Otra agradable sorpresa fue la calidez con que fue recibida por parte del personal de recepción, la hizo sentir cómoda de inmediato. Ya en su habitación, se fue directo a la terraza para observar la vista trasera del lugar. Al alcance de su mano había un hermoso jardín de un verde intenso y la gran piscina que invitaba a refrescarse. Con los ojos cerrados levantó el rostro al sol para que acariciara su piel, a su nariz llegó el olor salino del Mar Muerto.

Moría de ganas por darse un chapuzón y gozar del fabuloso clima, pero también sentía el cuerpo molido por el largo viaje, así que se decidió por un buen descanso antes de nada. Pensó que el día aún era joven y la esperaba mucho del astro rey por delante.

—Novela, libros y apuntes, entiendo que quieran salir de su encierro, pero primero he de descansar. —Rio de sus propias ocurrencias al tiempo que se dejaba caer en la enorme y mullida cama.

Varias horas después, Isabella se estiró en el colchón cual felino satisfecho; sin levantarse enfocó la mirada en la carátula de su reloj de pulsera.

—¡Diablos! Si no me apresuro, me perderé los últimos rayos del sol para que me den la bienvenida —dijo levantándose de un salto.

Rebuscó en su maleta hasta localizar los trajes de baño y los bikinis. Se decidió por estrenar uno de dos piezas en tonos malva que se asemejaba al precioso atardecer que se podía contemplar a través del ventanal que daba a la terraza, pero antes se tomó unos segundos para admirar tan bello espectáculo que la naturaleza, con benevolencia, le obsequiaba.

Lista para salir se miró al espejo y recordó las palabras que Giselle siempre le decía: «Bella, tienes el don de convertirte en una hermosa mariposa cada vez que así lo deseas». Sonrió con nostalgia al pensar en ella.

De nuevo fijo la vista en su imagen y trató de analizarse con objetividad.

Era una chica de mediana estatura, delgada, pero con pronunciadas curvas donde debía de haberlas. Pero lo de verdad llamativo en ella, era su espesa cabellera roja y rizada que enmarcaba de forma contrastante su níveo rostro. De ser honesta consigo misma, también había sido agraciada con un par de ojos rasgados (herencia de su madre), de un extraño azul turquesa (herencia de su padre). Otra historia era la exagerada blancura de su piel, esta le venía por parte de su abuela materna, una hermosa escocesa de nombre Marlene Shuttlenston, que causó estragos en la población masculina en sus tiempos mozos.

El reflejo de su rostro de pronto se volvió triste al recordar que tuvo que recurrir a sus dotes de investigadora para poder hacerse una idea del aspecto de su madre. Gracias al servicio que prestaba la hemeroteca de la región, Isabella encontró fotografías en revistas y periódicos de la época en que Loretta Shuttlenston, su madre, era la mujer más famosa y cotizada de las pasarelas. Incluso, encontró un artículo sobre su ostentosa boda con el magnate Ricardo Hamilton.

Su padre había destruido todo aquello que se la recordara; incluso mencionar su nombre estaba prohibido en su presencia. De ella, su hija, no había podido deshacerse como de los objetos; solo se limitó a enviarla a un internado para tenerla lejos y, cuando eso ya no fue posible, la inscribió en clases de esto o aquello para mantenerla ocupada y fuera de su vista. Su madre había muerto al darla luz y, aunque no era su culpa, ella siempre asoció el rechazo e indiferencia de su progenitor a la terrible pérdida.

—Ya supéralo, Bella.

Sacudió la cabeza para disipar los tristes pensamientos, tomó su bolso de playa y salió de la habitación para dirigirse a la diversión que le ofrecía el ahora. «Disfruta el hoy». Ese era el lema que profesaba con religiosidad desde hacía dos años hasta la fecha.

Aun las palabras más pomposas a Isabella le parecieron pobres para calificar la vista que el exterior le regalaba a manos llenas: el increíble ocaso colgado de majestuosas colinas rosadas; la multitud de esbeltas palmeras, que

como celosos guardianes custodiaban el lugar y los atractivos rostros morenos de rasgos bien delineados de los nativos de la zona. Todo era un mundo fascinante.

De pie frente a la piscina, hipnotizada con los alrededores, contemplaba la belleza exótica del entorno, sin percatarse de que ella misma ofrecía a los huéspedes un espectáculo similar con su bonita figura medio desnuda.

Ajena a su apariencia, se despojó con lentitud del sexy pareo para recostarse en la tumbona y disfrutar de los últimos rayos del sol que, según su sabia amiga, no dañarían su blanca y delicada piel.

De pronto, una fuerza poderosa e invisible la sacó de su relajación para obligarla a abrir los ojos y mirar en todas direcciones. Ahí, muy cerca de ella, justo del otro lado de la piscina, se encontraba el más impresionante espécimen masculino que jamás había visto antes, recargado en una columna del bar exterior, de brazos cruzados, en una pose de total indolencia. El indómito personaje vestía con las ropas típicas de la región y solo mostraba sus ojos de verde jade que la miraban sin el menor recato.

Sometida a tan descarado escrutinio, Isabella desvió la mirada; cuando la volvió hacia él, había desaparecido junto con el tibio viento y el último halo de luz, que rompió con brusquedad el hechizo y la dejó con una sensación de vacío.

Después del extraño episodio en la piscina, deseó poder toparse con el misterioso hombre de camino a su habitación. Suponía que también era huésped del hotel, eso explicaba su presencia allí. Con sorpresa descubrió su absurda necesidad de saber más de él.

Llegó a su destino desilusionada por no satisfacer la repentina curiosidad que la embargaba. En ese ánimo, mejor decidió cenar en la habitación, aún se sentía cansada por el viaje. Levantó el auricular para pedir una comida ligera; mientras esta llegaba deshizo el equipaje y acomodó en el armario y en los cajones toda su ropa, en vista de que no sabía con exactitud cuántos días permanecería en el hotel.

Cuando le tocó el turno a la maleta que contenía los libros y apuntes, casi

se desmaya de la impresión: en su interior descansaba, con descaro, el ejemplar que le habían regalado días atrás en el bazar.

Recordó cómo Giselle le había pedido, con insistencia, que la acompañara a esa tienda de antigüedades, «Historia y Magia». Así lo anunciaba el amplio letrero del lugar.

—Anda, vamos, tal vez encuentres algo de interés para la investigación que estás haciendo —argumentó su amiga tratando de convencerla.

Isabella no lo creía, pero ya se había negado demasiadas veces, así que se decidió a darle el gusto con tal de que le bajara dos rayitas a su paranoia. Igual, estaba amenazada por ella de que no se le despegaría hasta que se subiera al avión. Giselle seguía con el tema del tipo del bar y el auto negro.

—¿Quién te va a cuidar ahora que te vas? —Sin poder evitarlo sus ojos se empañaron de lágrimas.

—No llores, cariño, solo estaré fuera medio año; si consigues que te autoricen las vacaciones que pediste, me podrás ir a visitar. Dame dos meses en Ciudad del Cabo y te prometo que seré tu guía de turistas personal.

Después de vagar por los pasillos y mostradores llenos de reliquias, Isabella estaba deseosa por salir de allí.

—¡Qué pérdida de tiempo! Todo lo que hay aquí son baratijas, pésimas réplicas y libros que no valen la pena. —Ni si quiera se molestó en disimular su aburrimiento.

—Isabella, baja la voz que te va a escuchar la dueña.

—No me importa, tal vez así se esfuerce por ofrecer cosas de calidad y auténtico valor.

En el trayecto a la salida de la tienda, algunas personas la reconocieron y le pidieron su autógrafo, Isabella gustosa los atendió.

—¿Se va usted? —Como invocada, la dueña del bazar, madame Selé, se presentó ante ellas.

—Sí. Isabella tiene que ir a una firma de autógrafos de su libro —comentó

Giselle apresurada para impedir que su imprudente amiga hiciera gala de su pomposa honestidad.

—Fue un honor para mí tenerla por aquí, señorita Hamilton. ¿Encontró algo de su interés?

Isabella recordó que madame Selé era una dama poseedora de una belleza etérea y de una mirada intrigante. Jamás había visto a alguien como ella: era extraña, con un aire casi espectral.

—Siendo honesta, no. Diría que... —Habría dado su opinión de manera tajante, si no fuera porque con un codazo Giselle la instó a callar.

—No haga caso a mi amiga, madame; a ella le gusta mucho hacer bromas.

—Qué pena que mi tienda no pueda aportar algo para su novela histórica, señorita Hamilton. Antes de que se vaya, permítame obsequiarle este libro como recompensa por el tiempo perdido.

Sin darle oportunidad a réplica, la madame le colocó sobre las manos un pequeño libro que parecía muy antiguo. El encuadernado era de piel color marrón y tenía un extraño escudo dorado en la portada.

—Se lo agradezco, pero no puedo aceptarlo.

—No seas malagradecida, Isabella, recibe el regalo que te ofrece madame Selé con tanta amabilidad —Giselle le susurró apenada.

—Le prometo que no se arrepentirá, Isabella. Encontrará que la lectura es en verdad interesante. Es más, me atrevo a asegurarle que influenciará en su viaje al igual que en su porvenir. —Madame Selé desapareció entre los visitantes aprovechando el instante de duda de Isabella.

—Qué dama más extraña. Vámonos ya, esta tienda me da escalofríos. No sé... se me heló la sangre. —Isabella arrastró a Giselle a la puerta. Ella se encontraba distraída con unas lámparas antiguas.

—¡Oh, por Dios! ¡Esto tiene que ser una maldita broma! —vociferó sin dejar de avanzar con paso enfadado por la concurrida avenida.

—¿A qué te refieres, Bella?

—*El libro está escrito en otra lengua o tal vez sea un dialecto, no lo sé.*

Isabella recordó claro que, decepcionada, lo había arrojado al interior del gran bolso que colgaba de su hombro.

—*Me pregunto cómo sabrá la madame que la novela que inicié es de época y que viajaré pronto. ¿No te pareció todo muy raro? Ella es muy extraña —concluyó ceñuda.*

—*Debió escucharlo o leerlo en alguna de tus entrevistas —respondió Giselle con lógica.*

—*Tal vez —dijo no muy convencida.*

Recordó también que, al llegar a casa, había buscado en su bolso el celular para devolver la llamada de su editor y se topó con el misterioso libro, entonces, lo sacó y volvió a hojearlo.

—*¡Esto es el colmo! Mira el libro de tu preciosa madame Selé —dijo molesta pasándoselo a su amiga para que lo revisara.*

—*¡Wow! ¿Qué le pasó a lo de adentro? ¡No puedo creerlo, todas las hojas se borraron!*

—*¿Qué, qué le pasó? —ironizó—. Es obvio. Este libro es tan viejo que la exposición a la luz natural lo dañó. No soy traductora y menos de textos de dudosa procedencia, pero puedo asegurarte que no se perdió nada importante. Arrójalo a la basura, por favor —pidió desdeñosa.*

De regreso al presente, Isabella recordó que, ante sus ojos, Giselle se había despedido de forma ceremoniosa y teatral del libro y luego lo tiró en el cesto, ¿entonces?, ¿qué hacía el vejestorio en su maleta?

Pensó en que quizá era una broma de su amiga. «Sí, eso es, ¿qué otra explicación hay para justificar que esté entre mis cosas? Ella lo puso aquí», se dijo. Ya ajustaría cuentas con Giselle cuando la viera. En ese momento llamaron a la puerta y eso la sacó de sus cavilaciones; supuso que se trataba del camarero que traía su cena.

Después de ingerir las delicias que le llevaron, decidió dejar la maleta de

los libros para la mañana siguiente. Luego, vio un rato televisión, pero de nuevo acudió a su memoria el extraño hombre de la piscina y eso le robó la concentración.

Cansada de dar vueltas en la cama, optó por levantarse y terminar de desempacar. Comenzó por sacar su *laptop* y seguido acomodó los artículos de más uso sobre el escritorio que la administración del hotel le facilitó a instancias de su editor.

Mandó un *e-mail* a Giselle para contarle todo sobre su llegada, pero sin revelarle aún su ubicación actual. Sentía remordimientos porque no le había informado del cambio de planes, pero lo hizo por su bien, para que no entrara en pánico. La conocía lo suficiente como para saber que el alboroto por el tipo del bar no sería nada en comparación con el que armaría si supiera que en lugar de ir al «salvaje» continente africano, había viajado a Oriente Medio, a un país que estaba en constantes guerras. Se consoló diciéndose que le confesaría la verdad más adelante, cuando estuviera bien instalada y aclimatada a su nuevo hogar.